

# Cuando pase la tormenta

*Lucía de Vicente*



Lectulandia

Mary Mantley recibe el encargo de viajar a Kenia para realizar un reportaje fotográfico. Lo que ella no sabe es que esto sólo es una excusa para alejarla del peligro que amenaza su vida. Alguien ha descubierto los diarios privados de su padre, el coronel Jonathan Mantley, en los que relata las hazañas de un grupo de ególatras que tienen en su mano el destino de toda la humanidad.

David Silkford es el único hombre capaz de protegerla. Un duro exagente secreto, orgulloso, machista y manipulador.

Mary derribará todas sus barreras superando cada reto que él pone ante ella. Pero el camino a seguir supone un alto precio y ahora, además, están en peligro sus corazones...

**Lectulandia**

Lucía de Vicente Barros

# **Cuando pase la tormenta**

ePub r1.0

Titivillus 16.11.15

Título original: *Cuando pase la tormenta*

Lucía de Vicente Barros, 2011

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de epublibre.org. Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## PRÓLOGO

*El corazón tiene razones  
que la razón no entiende*

BLAISE PASCAL

*Newmarket, Suffolk (Inglaterra)*

*Julio de 1994.*

—Schussss, *Bounty*, no hagas ruido, que nadie se ha enterado de que me he escapado de la siesta.

El potrillo dio un pequeño relincho y hoció contra la axila de la niña que le acariciaba, mirándole con los ojos llenos de adoración.

Los fluorescentes del techo estaban apagados y pequeños rayos de sol se colaban en las caballerizas a través de los tragaluces situados bajo las vigas de madera del tejado, creando un ambiente repleto de claroscuros. Era una de esas escasas tardes de calor en la campiña inglesa y la umbría del lugar atraía como un imán a todo aquel que buscara un lugar tranquilo donde relajarse.

—Mira lo que te he traído —dijo enseñándole una manzana—. La he cogido de la cocina para ti. Y también he robado un par de onzas de chocolate para mí.

Mary se sentó en una bala de heno que había dentro del pequeño compartimento y dejó que el animal masticara con deleite la fruta que colocó sobre su regazo mientras ella mordisqueaba la golosina.

¿Quién se lo iba a decir diez días antes, cuando papá había vuelto a dejarla en Silkford Manor al cuidado del tío Tom y la tía Margareth? Había llorado desconsolada entonces. Papá siempre se iba a trabajar cuando ella estaba de vacaciones y la dejaba allí... Se aburría; David era malo y no quería jugar con ella.

Pero el tío Tom había sido muy simpático este año. Tenía una sorpresa especial para ella: ¡un potrillo recién nacido! ¡Y sólo sería suyo!

—El próximo verano, cuando vuelva en vacaciones —explicó Mary en un susurro al pequeño animal—, podremos pasear juntos por la finca. Tú ya serás un caballito muy grande y yo una buena amazona. Este año, cuando vuelva al cole, mi monitor, Andy, me ha dicho que ya no va a sujetarme las riendas, así que...

Un grito rasgó el silencio.

Mary se puso en pie de inmediato propinando a *Bounty* un golpe en los belfos que hizo que el potro reculara contra la parte de atrás del cajón, refugiándose en el rincón más apartado.

Allí cerca estaba ocurriendo algo terrible. Dos personas estaban luchando en uno

de los compartimentos. Quien había gritado era una mujer, pero un hombre quería hacerla daño. Mary estaba segura de eso, ya que él no dejaba de gruñir como si fuera un perro enfadado.

Salió al pasillo cerrando tras ella la puerta del box de *Bounty* para estar segura de que no pudiera escaparse. Luego anduvo con cuidado a lo largo del corredor, poniendo la oreja sobre cada una de las puertas que cada tres metros se sucedían una detrás de otra. Todavía no era lo suficientemente alta como para mirar por encima de la madera ni llegaba a los barrotes de acero inoxidable entre los que algunos equinos sacaban la cabeza.

Sólo tenía seis años y, además, ni siquiera era de las niñas más altas de la clase, aunque su papá siempre decía que algún día sería tan alta como él.

—Ahhhhhh, ¡por favor! —la voz femenina rasgó el silencio de nuevo.

Algunos caballos piafaron asustados.

Mary corrió hacia el lugar de donde había llegado el nuevo grito. Se asomó con cuidado a uno de los compartimentos. La puerta estaba entornada y un hombre, desnudo de cintura para arriba, sujetaba, con una sola de sus fuertes manos, las muñecas de una mujer por encima de su cabeza inmovilizándola contra la pared de cemento.

Mary observó en silencio cómo el hombre, que estaba de espaldas a ella, luchaba contra la muchacha que, retorciéndose, intentaba zafarse del apretón al que la tenía sometida, aprisionándola contra la pared bajo el peso de sus caderas. Luego, con la mano libre, tomó el cuello de la camisa de la joven y dio un fuerte tirón de ella haciendo que los botones saltaran de los ojales.

La mujer resolló por el esfuerzo de defenderse hasta que consiguió soltarse las manos y sujetó a su oponente de la cinturilla del pantalón mientras intentaba apartarlo de sí misma y le mordía en el pecho en un intento de inútil defensa.

El hombre gruñó y le devolvió el gesto. Bajó la boca hasta la piel que acababa de dejar al aire y apresó con los dientes uno de aquellos desarrollados pechos desnudos.

—¡Ayyyyy! ¡No! —escuchó a la joven, que llevó la cabeza hacia atrás.

—Oh, sí. Ya lo creo que sí —contestó él con voz ronca, empeñado en cumplir sus promesas.

Entonces Mary descubrió quién era la mujer que estaba siendo agredida, cuando él bajó la cabeza una vez más.

«No puede ser, Dios mío. ¡Que no le ocurra nada, por favor! Es tan buena..., —rezó la niña en silencio—. Espera, Bea, que enseguida busco ayuda. Aguanta un momento».

Mary se dio la vuelta y desanduvo el camino corriendo como loca hacia la salida. No se detuvo en ningún momento hasta que llegó a la casa, a la que entró por la puerta principal, gritando como una *banshee*<sup>[\*]</sup> colérica que anunciara la muerte de un ser querido.

—¡Por favor, ayudadme! ¡Por favor! ¡Un hombre quiere matar a mi niñera!

¡Socorro!

Thomas Silkford salió de su despacho y sólo acertó a ver un pequeño retazo de color y unas larguiruchas piernas morenas que corrían en dirección a la sala de estar de Margareth.

En cuestión de segundos, el pasillo era un hervidero de sirvientes que intentaban coger a Mary, que se escabullía de todas las manos en su afán por hacerse escuchar al tiempo que pedía socorro.

Margareth abrió la puerta al tiempo que la niña se agarraba al picaporte. Mary cayó sobre ella como una tromba.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Tía Margareth, ven conmigo. Un hombre quiere matar a Beatriz... Ven, por favor —dijo tirando de ella de una mano.

Margareth miró a Tom y ambos siguieron a la muchacha hacia las caballerizas seguidos del mayordomo y tres sirvientes.

Nada más abrir la puerta de los establos, gemidos y gritos femeninos inundaron los oídos de los recién llegados. Una sola mirada de comprensión entre Tom y Margareth bastó para que lo entendieran todo. Aquello no tenía nada que ver con un ataque, sino con un acto plenamente consentido por ambos protagonistas visto desde los inocentes ojos de una niña de seis años.

La pequeña corrió hacia el box y abrió la puerta de un portazo abalanzándose contra la espalda desnuda del hombre que, ahora, aprisionaba contra el suelo a Beatriz.

—¡Malo! ¡Suéltala! —Quiso defenderla propinando inútiles puñetazos contra la sólida musculatura de aquel muchacho con sus pequeños puños—. ¡Déjala! ¡No le hagas daño!

El joven giró la cabeza. Sus negros ojos reflejaban frustración y sorpresa a partes iguales.

—¡David! —exclamó al reconocerle—. ¿Por qué quieres matar a Bea?

—¿Matarla?

Pero David no tuvo tiempo de decir mucho más. Tras aquella canija descerebrada empezaron a aparecer caras sorprendidas. La peor de todas, la de su padre, que irradiaba una ira que no se molestó en disimular.

Tomando una manta que había sobre una de las puertas, se la echó por encima a David y cogió a la niña en brazos saliendo del cubículo para depositarla en los brazos de una de las sirvientas a fin de que la llevara de vuelta a su habitación.

—¡Fuera todo el mundo! —rugió Thomas.

Los sirvientes salieron de allí de inmediato dejando sola a la pareja de amantes con Thomas y Margareth.

*Londres, 15 de noviembre de 1999*

—Joder, joder, joder... ¡El cabrón de Thomas me ha puesto un ojo a la funerala!  
—gritó Jonathan Mantley frente al espejo del cuarto de baño.

Lo cierto es que, a pesar del hematoma que ensombrecía su verde mirada, no se sentía mal. En realidad no le importaba demasiado; sabía que la razón estaba de su parte y había actuado conforme a los dictados de su conciencia.

Thomas Silkford aún no lo sabía, pero algún día le agradecería que hubiera tomado cartas en el asunto.

En cuanto al golpe, ésta no era la primera vez que su amigo le hacía probar las virtudes de su famoso «gancho Silkford», si bien ésta era la primera ocasión que no se había molestado en hacerle catar la no menos popular «respuesta Mantley».

Pero si no había contestado a su amigo como se merecía era porque sentía que tenía que mediar entre padre e hijo, o Thomas y David terminarían haciendo o diciendo algo que lamentarían el resto de sus días. ¡Y él no podía permitirlo!

«Bendito sea Dios, ¡Margareth debe de estar revolviéndose en su tumba!», pensó.

Siempre había tenido muy claro que ella era el agente catalizador entre ambos, pero nunca había podido imaginar que su falta provocara semejante reacción, y menos tan pronto. «¡Aún no hace ni quince días que la enterramos!».

La relación entre padre e hijo siempre había sido complicada y fría, los dos eran demasiado tercos y orgullosos y David había tenido una adolescencia difícil y rebelde, pero Margareth, con su sabia intervención, siempre había sabido establecer la paz entre ellos. Ahora, en su ausencia y con el dolor que ésta provocaba en los dos hombres, las cosas habían llegado a un punto en el que de alguna manera tenían que poner tierra de por medio y dejar que la distancia y el tiempo curara todas las heridas.

Quizá Thomas no le perdonaría jamás su intervención, pero no podía quedarse con los brazos cruzados viendo cómo se destrozaban la vida mutuamente. David era su ahijado, el hijo varón que nunca pudo tener, y le debía protección y apoyo por mucho que su padre fuera su mejor amigo desde la infancia. Además, eso no le impedía ver sus defectos y empecinamiento.

Y estas alturas, Thomas ya tendría de haber asumido que David no tenía el más mínimo interés en su exitosa y maravillosa empresa editorial. El muchacho jamás había mostrado la más mínima intención de dedicarse al periodismo, aunque ése fuera el futuro que su padre había planeado para él.

Debería de haberse dado por enterado cuando, durante el segundo curso de carrera de su hijo, averiguó que el chaval no se había plegado a sus deseos. Le había obligado a estudiar Periodismo, pero el muchacho, haciendo trabajos extras, se las había ingeniado para financiarse por su cuenta los cursos para obtener la titulación que realmente deseaba. Se había matriculado en Biología y sacaba adelante los exámenes de ambas materias.

¿Cuándo aceptaría Thomas que David era un aventurero y que jamás le vería sentado en un despacho impregnado de olor a tinta y rodeado de papel cuché?

Por eso había tenido que tomar él cartas en el asunto.



Aun así había estado muy mal que David, en un arrebatado de orgullo casi infantil, hiciera trocitos el diploma de su licenciatura en Periodismo en las mismas narices de Thomas y, luego, le tirara a la cara el documento que le facultaba como biólogo.

Aquella actitud no había sido nada correcta, pero aun así, el muchacho le había infundido un gran respeto cuando le vio hacerlo. Había que tener un par de cojones para desafiar de semejante manera al Gran Silkford, un hombre admirado y temido a partes iguales en toda Inglaterra. Incluso él mismo se lo hubiera pensado dos veces antes de hacer nada semejante.

Thomas contuvo a duras penas los deseos de golpear a su hijo pero, en cambio, dejó que la ira siguiera su curso cuando se enteró de que, ayudado por él mismo, el joven se había enrolado en las Fuerzas Aéreas Especiales del ejército del Reino Unido. «De alguna manera había que canalizar aquel exceso de testosterona que su padre ya no era capaz de controlar. El ejército se encargaría de ello».

—Jamás he visto a Thomas más descompuesto. Claro, que he sido yo quien ha pagado los platos rotos.

*Londres, 1 de marzo de 2005*

Mary Mantley lloraba desconsolada ante el féretro de su padre, cubierto con la bandera de Gran Bretaña. El Primer Ministro del Reino Unido, Tony Blair, había estado presente en los oficios y presidido los actos protocolarios.

Pero a ella le daba igual. Como militar de alta graduación merecía ese trato, pues el coronel Jonathan Mantley había muerto en Irak mientras desempeñaba labores de reconstrucción y asistencia humanitaria en aquel país, pero ahora mismo a ella el Reino Unido y su política exterior la traían al paio.

Lo único que quería era recuperar a su padre. Él era el único familiar que le quedaba y ahora también se había ido.

Sintió el brazo protector de su tutor, consolándola, y se refugió en la calidez que su abrazo le proporcionaba. También él estaba solo.

De alguna manera, su vida se había roto en mil pedazos.

# CAPÍTULO 1

*Un amigo trabaja a la luz del sol,  
un enemigo en la oscuridad.*

(PROVERBIO ACHOLI - UGANDA)

**Londres**— Santísimo Cielo, estamos en manos de unos locos con carnet.

Hoy he asistido a la reunión más extraña de mi vida. Estoy tan conmocionado que todavía no doy crédito a mis ojos y oídos.

Aunque conocía a todos y cada uno de los veintisiete asistentes a aquella extraña cita, me he comportado como una mosca en la pared limitándome a mirar y escuchar lo que allí ocurría. Cualquier británico con dos dedos de frente hubiera hecho lo mismo, ya que hablo de los representantes de todos los poderes fácticos del estado. Un puñado de hombres poderosos jugando a ser dioses; de hecho, siéndolo.

Me han informado que vuelva cada tercer viernes de mes. Lo haré, siempre cumplo las órdenes, pero no me gusta nada lo que he visto en lo que, desde hoy, bautizaré como «Misión Olympo».

*(Entrada del 18 de mayo de 1995  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Londres, 2 de diciembre de 2010*

Thomas Silkford no podía creer lo que estaba viendo. La foto que tenía entre sus manos no dejaba lugar a dudas. Su único fundamento era desestabilizarle a todos los niveles.

Conmocionado, volvió a mirar la imagen. Una estilizada muchacha de bronceadas piernas y larga melena negra como el carbón, recogida en una coleta, hacía *footing* en un parque ataviada con unos escuetos pantalones cortos y una camiseta. Llevaba unos pequeños auriculares en las orejas conectados a un iPod y una ligera pátina de sudor daba brillo a la piel de su estrecha cintura y los musculosos, y aun así femeninos, hombros.

Dio la vuelta al papel y volvió a leer, por enésima vez, la frase que, con rotulador indeleble y letra de imprenta, estaba escrita al dorso:

Es una pena que tanta belleza pueda marchitarse.

Thomas se peinó con los dedos el corto flequillo canoso. A sus sesenta y nueve años todavía mantenía la mayor parte de su rebelde cabello.

Posiblemente en unos meses su cabeza pareciera una bola de billar, pero antes tenía que hacer un montón de cosas. No pensaba dejarse amilanar por el pernicioso cáncer hepático que le habían diagnosticado. Se sometería a la quimioterapia que había intentado aplazar durante semanas si así conseguía salvar la vida de la muchacha de la que era tutor y, al tiempo, descubriría al mundo la razón que había llevado a la tumba a su mejor amigo y padre de ésta.

Cuando Jonathan murió durante el transcurso de una operación de rutina en el desempeño de su trabajo como miembro de las Fuerzas Armadas Británicas, a Thomas no le quedó más remedio que coger las riendas de sus negocios y hacerse responsable de la educación y el cuidado de Mary, su única hija.

Desde que ésta nació él había sido designado su tutor legal y el fideicomiso de su herencia en caso de que algún contratiempo dejara a la muchacha huérfana. Algo que finalmente ocurrió una fría mañana hacía casi seis años, el primer día de marzo de 2005, cuando la joven todavía no había cumplido diecisiete años.

Ahora, volviendo a mirar su imagen corriendo por el parque mientras hacía ejercicio, Thomas sentía que, una vez más, tenía que sacar fuerzas de flaqueza y ser valiente por ella.

En un principio casi había dado la bienvenida a la enfermedad. Bien es cierto que hubiera preferido un final menos traumático y doloroso, pero ya estaba harto de vivir. Desde que Margareth, su adorada esposa, desapareciera hacía ya once años y después de haber roto definitivamente la relación con su único hijo, David, pocas cosas consiguieron interesarle en este mundo.

La muerte de Jonathan fue un revulsivo en su día, y todavía más cuando, cinco meses después descubrió, casi por casualidad, la clave que le condujo hasta el banco suizo donde éste había depositado sus diarios secretos: el USB AG de Gstaad, ubicado en Promenade, 66. El código lo encontró releendo por enésima vez la última carta que recibió de su amigo: 23A8317D5H48M.

Allí, en una caja de seguridad, encontró un legajo de libretas y documentos acreditativos que pondría los pelos de punta a hombres más bragados que él y que, desde ese día, le provocaban pesadillas.

Descubrir, sin embargo, que tenía los días contados, le había hecho ser más aguerrido en sus investigaciones. Desgraciadamente, alguien había descubierto sus intenciones y se había permitido el lujo de amenazarle. ¡Como si eso le preocupara! Precisamente que alguien se tomara la molestia de quitarle la vida era una bendición. Le ahorraría las penurias de los últimos meses de batalla contra el tumor que le estaba comiendo por dentro.

Pero nadie iba a tocar ni un pelo a su niña. De eso se ocuparía él aunque fuera lo último que hiciera. Y si tenía que dar un buen pisotón a su desmesurado orgullo, lo haría sin dudar. De todas formas sabía que ésa era una asignatura pendiente que,

tarde o temprano, tendría que intentar aprobar. Ahora el tiempo apremiaba.

Tenía un as en la manga que estaba dispuesto a utilizar. Una carta que Jonathan le había pedido que usara si llegaba a ser necesario y eso era algo que no podía dejar de hacer para salvar la vida de la única hija de su mejor amigo, aunque tuviera que arrastrarse como un gusano.

Pero tenía que actuar con mucha cautela. Estaba seguro de que estaba siendo investigado y era posible que incluso le hubieran intervenido el teléfono.

Apagó el ordenador y sacó del cajón el maletín de piel. En él introdujo el informe financiero que acababa de pasarle su secretaria y el sobre acolchado, de color amarillo y sin remitente, en el que le habían enviado la foto de Mary. Luego se dirigió a la caja fuerte, oculta tras un cuadro de Eduardo Tapies.

Tecleó la clave y el clic de apertura resonó frío y distante en el silencio del despacho. Con dedos diestros extrajo el fajo de papeles y cuadernos que guardaban el secreto del destino de miles de personas. Posiblemente de toda una raza.

Los metió también en el maletín y cerró la tapa con cuidado. Luego llamó a su chófer para que le esperara a la puerta del edificio de Silkford Ediciones con el coche preparado, e informó a su secretaria de que se tomaba libre el resto del día.

Cerró los cajones con llave y abandonó las oficinas en el ascensor que bajaba directamente hasta la recepción del edificio, situado en la City.

Richard, el chófer, ya tenía la puerta abierta del Bentley cuando pisó el último escalón que le separaba de la calzada. Miró a ambos lados de la acera, para estar seguro de que nadie aparecería de improviso, y se subió al coche lo más rápido que pudo. Una vez dentro, cerró el seguro de la puerta y respiró profundamente.

Sabía que tenía que trasladar esa documentación. No era seguro que estuviera en la oficina, pero tenía miedo de ser interceptado por la fuerza en el camino. La foto de Mary le había hecho tomar decisiones drásticas. Ésa era sólo una de ellas.

—Richard, no lleve el coche al garaje —pidió al chófer al llegar a su casa—. Espéreme aquí. Vuelvo en unos minutos.

Sin más explicaciones, subió las tres escaleras y entró en la enorme mansión victoriana. El mayordomo abrió la puerta antes de que él tuviera la oportunidad de golpear con la aldaba.

Ni siquiera iba a molestarse en quitarse el abrigo, así que hizo caso omiso del gesto del sirviente y continuó su camino hasta el estudio privado, situado en el ala de la mansión donde estaban ubicadas sus dependencias particulares.

Cerró la puerta con llave y se dispuso a guardar los papeles de Jonathan en la caja fuerte junto con la foto de Mary. ¡Ahora sí estaban protegidos de verdad! La casa contaba con un sistema de seguridad realmente fiable. En teoría también su despacho laboral, pero había llegado a un punto en el que ya no se fiaba ni de su propia sombra.

Miró la esfera del costoso reloj en su muñeca y suspiró. En el lugar adonde tenía que llamar eran las dos de la tarde. Era posible que no localizara a la persona que buscaba, pero se había preocupado de dejar un rosario de mensajes lo suficientemente

inquietantes como para tener la certeza de que en esa ocasión respondiera a su llamada.

No podía asegurar al cien por cien que las paredes no tuvieran oídos, así que abrió el cajón superior del escritorio y sacó una libreta tamaño cuartilla.

Tenía por costumbre ir abriendo cuadernos individuales para todos los individuos que iba investigando y a éste en concreto le había dedicado muchas más horas de las que estaba dispuesto a admitir, pero nunca dudó que cada segundo invertido en él valía su peso en oro. Ahora estaba seguro de ello.

Con fría y sistemática paciencia había ido recopilando todos los datos que con el paso de los años iban cayendo en sus manos, aunque la finalidad nunca fue llegar a utilizarlos en beneficio propio. Algo más que su espíritu periodístico le obligaba a recabar toda aquella información, por eso tenía más hojas rellenas de lo que en un principio supuso que tendría nunca. Aquel ejercicio le había hecho ser consciente de lo poco que el ser humano llega a conocer la auténtica personalidad de la gente que tiene a su lado.

Abrió el cuaderno de apuntes por una hoja determinada y, después de releer durante unos minutos los datos allí registrados, apuntó un número de teléfono en un papel que cogió del taco de notas que había sobre la mesa. Lo dobló meticulosamente y lo introdujo en el bolsillo interior de la chaqueta. Luego guardó el bloc nuevamente bajo llave y sacó de un armario una caja que contenía un teléfono móvil y varias tarjetas prepago.

Con dedos firmes colocó la tarjeta SIM y la batería en el aparato. Cuando lo encendió, la barra de carga de la pila reflejó que estaba a tope. Marcó el número secreto de la tarjeta y lo guardó en el bolsillo del abrigo, que se abrochó descuidadamente mientras desandaba el camino hasta el parterre de entrada de la mansión.

—Richard, lléveme a Richmond Park.

—Sí, señor Silkford.

Si la inusual solicitud extrañó al chófer, en ningún momento se reflejó en su enjuto rostro ni en los cuidados modales de aquel hombre, acostumbrado a obedecer ciegamente.

*Nairobi, 2 de diciembre de 2010*

David Silkford volvió a mirar el reloj digital de la pantalla del televisor de plasma que había sobre el aparador de la salita de estar de su *suite*. En los últimos días había recibido una serie de llamadas crípticas que habían llegado a intrigarle hasta el límite.

Sospechaba que tenían que ver con la Agencia y, aunque en un principio había pensado ignorarlas, finalmente decidió plantarles cara. Hacía ya tres años que había presentado su renuncia irrevocable y así se lo iba a decir a quienquiera que se

empeñara en darle la tabarra. No pensaba volver a colaborar con ellos por mucho que insistieran.

Sin embargo, alguien se había tomado muchas molestias. Le habían dejado recado en su casa, en el hotel donde tenía reservada permanentemente una habitación, en su teléfono móvil e, incluso, en el buzón de voz de La Luz de Kenia, la agencia de viajes que dirigía.

Siempre era el mismo mensaje: «El dos de diciembre, a las quince horas de Kenia, procura estar localizable en el Hilton Nairobi para recibir una llamada telefónica importante».

Y allí estaba, esperando que sonara el teléfono de la *suite*. Eran las catorce cuarenta y cinco.

Se dirigió al minibar y abrió un botellín de Chivas Royal Salute. Lo vertió en un vaso bajo y echó dentro tres piedras de hielo. Los malos tragos mejor pasarlos con el gaznate húmedo.

Moviendo el contenido con sinuosas rotaciones de muñeca, se dirigió al cuarto de baño. Se miró al espejo. Tenía un aspecto deplorable. Necesitaba dormir quince horas seguidas, como mínimo. Después de un safari de diez días por el parque Tsavo con cinco ejecutivos descerebrados en busca de emociones fuertes, había regresado a la civilización para recibir una inquietante noticia de boca de su socio.

Enfadado hasta la saciedad, en lugar de quedarse a descansar en su casa, había cogido el todoterreno y había conducido durante toda la noche hasta Nairobi. Una vez allí, tras encargarse de algunas gestiones urgentes en la ciudad, había intentado dormir un rato, pero no había podido pegar ojo, así que se limitó a pedir un frugal almuerzo en la habitación. Las preocupaciones siempre tenían el mismo efecto.

Dann Warter, el hombre al que se había unido para montar aquella agencia de viajes que le procuraba a partes iguales alegrías y disgustos, estaba empeñado en hacer el caldo gordo al departamento de turismo del gobierno keniano. Pero él no estaba por la labor de dejar que esa pandilla de corruptos politicuchos de medio pelo le dijeran cómo y de qué manera tenía que organizar su empresa.

Abrió el grifo de agua fría y metió la cabeza bajo el chorro. Luego se restregó la cara con fuerza y volvió a mirarse en la pulida superficie, que le devolvió una mirada iracunda por debajo de unas largas pestañas negras, del mismo color que su flequillo, de las que goteaban gruesas gotas que aterrizaban sobre sus angulosos pómulos.

Se arrancó de un tirón el pañuelo que llevaba anudado al cuello, ahora empapado, y se secó con la blanca y mullida toalla que lucía orgullosa el anagrama del Hilton Nairobi. Pequeñas hebras de algodón se quedaron prendidas de la recia barba de tres días que no había tenido tiempo ni ganas de rasurarse.

Tiró la toalla usada dentro de la bañera, hecha una bola, y regresó a la sala con el vaso de *whisky* en la mano. «A ver si sonaba el chisme aquel de una puñetera vez y podía, por fin, echarse a dormir hasta que pasaran las grandes lluvias».

Sacó la cajetilla de cigarrillos del bolsillo derecho de la camisa y encendió uno

con el Zippo que guardaba en el compartimento especial de la pernera de su pantalón de safari.

Necesitaba una ducha. Debía de oler a hiena. Llevaba tres días sin cambiarse de ropa.

Se repanchingó en el sillón envolvente y estiró las largas piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos, mientras degustaba con placer el *whisky* y el cigarrillo.

Escasos segundos después sonó el teléfono. «¡Ya era hora!».

—Sí...

—David —respondió una voz masculina al otro lado de la línea telefónica—. ¿Sabes quién soy?

—¿Pa... papá?

—Sí, soy yo.

—¿Ocurre algo? ¿Se ha hundido Gran Bretaña? ¿Ha emergido la Atlántida? ¿Te ha dado un ataque de amor repentino?

—David, deja a un lado el sarcasmo y escúchame hasta el final. Luego, si quieres, puedes olvidarte de esta llamada... —dijo el interlocutor apremiante—. No puedo hablar mucho. Y sí, ocurre algo. Y muy grave, además. Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

David se alarmó de inmediato. El viejo no había vuelto a llamarle desde que tuvieran aquella última y sonora bronca, apenas quince días después de la muerte de su madre, cuando le comunicó lo que, bajo su prisma, podía hacer con su saneada empresa editorial. Como consecuencia de aquel altercado, él renunció a todos sus derechos como hijo y se alistó en el ejército, no sin antes avisarle de que no quería volver a saber nada de él en lo que le quedaba de vida.

Ningún contacto, ninguna carta, ninguna llamada de teléfono; no habían vuelto a cruzar entre ellos ni siquiera una felicitación navideña. ¿Por qué ahora le llamaba con tanta premura y misterio? No cabía duda de que algo grave había ocurrido.

Para remate, el Gran Silkford jamás había pedido ayuda a nadie y mucho menos a él, la oveja negra de la familia.

Y puede que guardara rencor a su padre, que su orgullo le hubiera impedido llamarle durante años, que se hubiera engañado a sí mismo diciendo que no tenía ningún sentimiento filial por él; pero lo cierto es que la sangre tiraba y un temor extraño se había alojado en ese espacio de su caja torácica que él hubiera jurado que estaba vacío.

Además, la experiencia le había enseñado a distinguir matices en la voz que revelaban más detalles de lo que el emisor pensaba y, precisamente, su padre estaba diciéndole demasiadas cosas con sus silencios.

—David, por favor, escúchame...

Por si aún tenía alguna duda, aquel ruego no tenía nada que ver con ninguna de las taxativas órdenes paternas bajo las que había crecido y, sin temor a equivocarse, podía distinguir el miedo en la voz. Algo totalmente increíble, si no fuera porque lo

estaba escuchando con sus propios oídos.

—Sé —continuó Thomas— que, durante casi diez años, has pertenecido al Servicio Secreto Británico. Que dejaste el MI6 hace poco más de dos años y que ahora te dedicas, exclusivamente, a tus negocios en ese país perdido de la mano de Dios. Por todo ello, por tu experiencia, necesito tu ayuda; pero no puedo explicarte nada por aquí.

—Mañana tomo un vuelo a Londres. —Él mismo se sorprendió con sus palabras.

—No, quiero que todo siga como está y mis enemigos continúen pensando que entre nosotros no hay ningún tipo de comunicación.

—¿Qué ocurre?

—No puedo contártelo por teléfono, pero estoy siendo extorsionado por alguien poderoso que se ha empeñado en borrarle de la faz de la tierra. Es algo relacionado con la muerte de Jonathan Mantley.

—Jonathan murió en acto de servicio... Fue un accidente...

—No, hay toda una trama detrás de su muerte, David, pero no puedo contártelo por teléfono. Tengo sus diarios y he encontrado documentación que lo demuestra, pero cuando me he puesto a investigar, he tropezado contra un muro.

—¡Házmela llegar! —exigió David—. Deberías de haberme enviado todos esos papeles antes de hacer nada por tu cuenta.

—Tienes razón, pero ya sabes... El orgullo de los Silkford... De todas formas, por eso te llamé la semana pasada.

Escuchar la capitulación de su padre hizo que a David se le pusiera la carne de gallina.

—Sin embargo —siguió diciendo Thomas—, en estos días han cambiado bastante las cosas. Aun así, sigo sin poder hacerte llegar la documentación por correo y tampoco puedo ponerte al corriente de todo por teléfono. Supongo que en casa están todas las comunicaciones intervenidas e Internet no es seguro. Tampoco puedo llevártela yo mismo: arrastraría a mis enemigos hasta la puerta de tu casa.

—¡Como si me preocupara...!

—Ya, a ti no, pero a mí sí. Escúchame, hijo. —Que le reconociera como tal le hizo dar un respingo—. Haré que una persona de mi absoluta confianza te lo lleve en mano. Lógicamente, no tendrá ni idea de qué es lo que contiene el sobre lacrado que te entregará, por lo que no debes de ponerle al corriente de nada.

David hizo una silenciosa mueca. ¿Acaso iba su padre a enseñarle ahora cómo actuar en una operación de alto riesgo? Sin embargo omitió cualquier comentario al respecto.

—Escucha —le apremió Thomas—, te lo enviaré con uno de los reporteros de la editorial. Voy a hacer que contraten a tu empresa como guía para llevar a cabo un reportaje fotográfico. Límitate a aceptar el encargo, pero estate pendiente porque no seré yo quien haga la gestión. Tus servicios serán solicitados por una de las revistas del grupo y se encargará de ello el editor de turno.



—¿Cuándo llegará ese reportero?

—Lo antes posible. Té mantendré informado.

—De acuerdo.

—No llames a casa, David. Espera que sea yo quien me ponga en contacto contigo. En el sobre te adjuntaré un número de teléfono seguro. Un móvil como éste desde el que te estoy llamando ahora. Uso tarjetas prepago que sólo utilizo una vez y luego destruyo para que no puedan seguir las pista.

—Perfecto.

—Cuídate, David. Vigila tu espalda.

—Cuídate tú, papá. Espero tus noticias.

Cuando colgó, David sintió que los pilares de su existencia se desmoronaban.

No tenía la más ligera idea de cómo su padre había llegado a enterarse de su filiación al MI6, pero negárselo hubiera sido una tontería. Era obvio que estaba al cabo de la calle y que, por mucho que le pesara reconocerlo, de alguna manera sabía lo que se traía entre manos. Bastaba con ver cómo estaba actuando con los teléfonos.

*Londres, 2 de diciembre de 2010*

Thomas miró a su alrededor. Seguía estando totalmente solo. Se había adentrado en el parque, desde el aparcamiento donde aún estaría esperándole el chófer, y tomado una senda peatonal que surgía a la derecha del Jardín de Jorge V.

Cuando llegó a una loma desde la que pudo comprobar que no había nadie cerca, hizo aquella llamada. Porque aunque el día era tan frío que impedía que los turistas se arriesgaran a pasear, siempre había gente para todo; así que intentó asegurarse de que ningún oído curioso escuchara sus palabras, ni siquiera con la ayuda de micrófonos direccionales. Aquel espacio abierto era ideal, sin árboles, sin promontorios que pudieran esconder a una persona; su única compañía era la de algunos gamos y ciervos rojos que trotaban en las inmediaciones.

Por alguna extraña razón, las manos le temblaron ligeramente cuando presionó la tecla de interrupción de llamada. Siempre había pensado que esa conversación resultaría mucho más difícil de lo que realmente había sido. Curiosamente, David se había mostrado muy, pero que muy, receptivo.

Esperaba no estar tomando una decisión equivocada.

Se guardó el teléfono en el bolsillo del abrigo y sacó un cigarrillo de la pitillera de plata. No debería de fumar, pero lo necesitaba más que respirar. Lo encendió ceremoniosamente y desanduvo sin prisa el camino hasta el aparcamiento.

Ya de regreso en su domicilio y una vez en el estudio, con la calefacción a tope para recuperar la sensación de que tenía manos y pies, descolgó el teléfono y marcó el número directo del despacho de Robin Akerman, el director de *Intrepid*, la revista de viajes que reportaba cuantiosos beneficios a Silkford Ediciones.

—Hola Robin, soy Thomas.

—Dime...

—Verás, he tenido que irme de la oficina porque no me encontraba demasiado bien, pero hay un tema que me gustaría discutir contigo.

—Tú dirás, Thomas.

—Bueno, es un poco largo. ¿Tienes algo que hacer esta noche? He pensado —continuó sin dejar que Akerman le confirmara o no su ausencia de planes—, que podías venir a cenar a casa y así charlamos tranquilamente.

Robin miró resignado el reloj de la pantalla del ordenador. Todavía tenía varias gestiones que hacer antes de irse a casa, pero había pensado que a las seis ya sería dueño de su tiempo.

En fin, había cosas que no podían negarse y una petición de ayuda de Thomas Silkford era una de ellas. Le debía algo más que favores, le debía la misma vida; así que acudiría a la cita y pondría buena cara por poco que le apeteciera.

Thomas había sido su primer jefe. El director editorial de una revista extranjera mientras él sólo era un novato que buscaba un hueco en el mundo laboral. Pero además del puesto, había una diferencia importante entre ellos: su mentor era un hombre de éxito.

Silkford dejó el cargo en el *American Travel* cuando se casó con la hija del dueño de la empresa y montó su propio grupo editorial. Una apuesta que le había catapultado a la fama empresarial en muy poco tiempo. Desde entonces no habían vuelto a verse hasta aquel funesto día, diez años atrás, en el que le sacó del negro agujero en el que se había sumido cuando, tras verse abandonado por su esposa, que se llevó con ella a sus dos hijos, se refugió en el juego.

Al principio aquella absurda afición había sido algo esporádico, pero poco a poco su ludopatía empezó a adquirir proporciones gigantescas hasta el punto de que, cuando Thomas lo encontró, estaba a punto de perder todo cuanto le quedaba de valor.

Se reencontraron, por casualidad, en el *hall* de la residencia social de un club de golf al que le habían invitado. Silkford salía del restaurante mientras él lo hacía de la sala de juegos, un lugar que el otro hombre jamás pisaba.

Aquella noche debía llevar el fracaso dibujado en la cara, porque cuando Thomas le vio se alarmó de inmediato por el terrible aspecto físico que arrastraba y quiso saber cuál era el motivo de tanto deterioro. Le invitó a una copa en el salón de fumadores.

Por aquellos días Silkford ya era un reconocido magnate del mundo de la comunicación y la prensa británica, y aunque al principio de su separación habían mantenido el contacto telefónico, se habían ido distanciando con el paso de los años.

Lo cierto era que lo poco, o lo mucho, que sabía de periodismo y fotografía se lo debía a él. Incluso sospechaba que Silkford le dio algo más que un empujoncito cuando salió a concurso el puesto del que hacía pocos días le habían despedido por su

mala cabeza: el de director gráfico de la edición inglesa del *American Travel*. Siempre se había preguntado qué era lo que Thomas Silkford había visto en él, pero desde el primer día que le conoció le había ayudado a crecer profesionalmente.

Por fin, aquella noche tan aciaga fue la que la diosa Fortuna había elegido para regresar a su lado. Cuando acabaron la entrevista, cuatro horas después, él salía de allí con un préstamo económico a fondo perdido, un nuevo puesto de trabajo y una firme promesa sobre sus hombros.

Silkford cubriría las pérdidas económicas que había sufrido en esa velada y le daría una oportunidad como editor gráfico de la revista de viajes de su editorial. A cambio, él se sometería a un riguroso tratamiento de desintoxicación (que también sufragaría Thomas), en una costosa clínica escocesa.

El porqué lo hizo siempre le produjo una gran curiosidad, pero puesto que jamás le había explicado los motivos, él se había limitado a aceptar aquel regalo caído del cielo sin cuestionarse nada más.

Por eso, una consulta profesional a deshora no iba a ser la causa para negar el capricho del hombre que se había convertido en su mecenas y salvador, por mucho que su desenfrenado sentido de la irresponsabilidad le pidiera hacer otras visitas.

Llegó a la cita con la puntualidad de la que tan amante era su anfitrión, que le recibió en la sala de estar, leyendo el periódico.

—Siéntate, Robin —le apremió—. Te he hecho venir porque necesito un favor personal y preciso a alguien de mi total confianza.

—Tú dirás, amigo...

Thomas se levantó y sirvió un generoso trago de *whisky* escocés en vaso corto y se lo acercó a su invitado antes de tomar asiento de nuevo.

—Es por ello por lo que esta propuesta prefiero hacerla fuera de la oficina, si bien tiene algo que ver con el trabajo.

—No hay problema. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Bien. —Eché de menos tener también un vaso del que beber—. Últimamente no he recibido buenas noticias de mi médico.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robin con la alarma reflejada en la voz.

—Me han diagnosticado un cáncer.

—¿Qué?

—Bueno, está en fase inicial, así que no hay por qué preocuparse de momento. Pero por si acaso, quiero dejar resueltos algunos asuntos pendientes y necesito que me eches una mano.

—¡Por supuesto! Lo que necesites.

—No sé si estás al corriente de que tengo un hijo, David, con el que no me hablo desde hace once años.

—¿Necesitas que le localice y le ponga al corriente de tu enfermedad?

—No exactamente. Como sabes también soy el tutor legal de Mary Mantley, pero en vista de que mi enfermedad puede complicarse, me gustaría que ellos retomaran el

contacto sin que ninguno de los dos supiera el motivo de ello ni mi intervención en el tema.

—¿Y cuál es mi papel en todo esto?

—Mary es una de tus fotografías en plantilla. Quiero que la envíes a Kenia, donde David dirige una agencia de safaris, a hacer un reportaje del país.

—¿Sólo eso?

—Sí, pero nunca debes decirle que yo te lo he pedido ni, por supuesto, quién la recibirá a su llegada a ese país. Necesito que contrates a mi hijo como guía, pero él tampoco puede saber quién será el reportero. Ni siquiera que se trata de una mujer, o se negará.

—¿Por qué va a negarse a hacerlo?

—Se negarían ambos. Se odian a muerte.

—Ah, ¡ya entiendo! —dijo Robin con un reflejo de lucidez en sus ojos vidriosos.

—Yo, personalmente, sufragaré los costes extras que ese viaje ocasione, pero Mary debe de ir allí sin límite de gastos ni tiempo. Pónselo todo lo difícil que puedas para que tenga que permanecer en aquel país, como mínimo, dos o tres meses.

—¡Me haces polvo! Pensaba enviarla a hacer un reportaje a Argentina. Necesito a alguien que hable español.

—Manda a otro —replicó taxativo.

—Está bien —acató sin impedimentos.

Thomas se puso en pie dando por zanjada la conversación.

—Bien, ahora pasemos al comedor. La cena ya debe de estar puesta en la mesa. —Se dirigió a las puertas dobles que separaban ambas estancias sin reparar en si Robin le seguía o no—. Una cosa más... —dijo antes de abrirlas.

—¿Sí?

—Esta conversación nunca ha tenido lugar. Jamás debes comentar con nadie, he dicho con nadie —insistió poniendo especial énfasis en la última palabra—, lo que aquí hemos hablado ni la finalidad real del reportaje de Kenia. Cómo te las apañes, es cosa tuya. A quién tengas que convencer, también. Y nadie, insisto, debe conocer el paradero de Mary durante estos meses. ¿Entendido?

—Claro como el agua, jefe.

—¡Ah! —dijo volviéndose una vez más—. ¡Y yo estoy tan sano como una manzana!

—Por supuesto...

El teléfono sonaba con una insistencia tan machacona, que Mary no era capaz de encontrar las llaves del apartamento entre la ropa sucia del gimnasio que llevaba en el macuto.

Por fin tocó con los dedos la fría argolla de metal del llavero y tiró de ella con fuerza. Acababa de atascarse en algo. Cuando lo sacó, arrastraba consigo un hilo del albornoz de baño que había usado para salir de la piscina. No podía encajarlo en la

cerradura.

El teléfono seguía atronando con su inquebrantable ring ring tras la sólida puerta de madera.

Se agachó. Colocó la mochila en el suelo y utilizó los dientes a modo de cuchilla para sesgar el filamento de algodón que le impedía liberar las llaves.

«¿Pero quién será el pesado que insiste tanto, Dios mío?».

No había cosa que la pusiera más nerviosa que un teléfono sonando insistentemente y no poder cogerlo. Pero siempre pasaba lo mismo, tan pronto entraba a la ducha, a alguien se le ocurría que tenía que localizarla para la última perogrullada de turno.

Y, también esa mañana, como suele ocurrir la mayor parte de las veces, según abrió la puerta y se precipitó como un obús contra el maldito aparato, éste dejó de sonar.

Malhumorada, regresó al recibidor, recogió la bolsa de la ropa del suelo y cerró la puerta con un sonoro golpe que retumbó en las paredes del elegante edificio donde vivía.

En esas ocasiones era cuando echaba de menos seguir viviendo en Silkford House. Allí siempre había alguien dispuesto a coger el teléfono y, Philippe, el mayordomo, le hubiera abierto la puerta incluso antes de que empezara a subir las escaleras.

Pero cuando regresó a Londres, terminados ya sus estudios universitarios, había tomado la decisión de vivir sola. Aquel enorme caserón le resultaba demasiado opresivo, por difícil que pudiera parecer debido a las gigantescas dimensiones que tenía. Allí la intimidad era algo que no estaba al alcance de ninguno de sus habitantes. Todo el mundo sabía a qué hora entraba, a qué hora salía, con quién lo hacía y dónde estaba en cada minuto del día. Odiaba la falta de intimidad.

Prefería su coqueto apartamento en Chelsea, donde no había sirvientes indiscretos en cada recoveco, aunque en él tuviera que cocinar y hacer la compra; eso no le suponía ningún problema. A veces resultaba hasta divertido y le hacía creer que la vida era algo más que sentarte a esperar que te lo dieran todo hecho.

Además, la mayor parte del año estaba viajando de ciudad en ciudad y de país en país, así que poder comer en pijama un simple sándwich con los pies sobre el sillón, sin atentar contra la riqueza patrimonial o la historia del Reino Unido, era toda una bendición.

Lo había decorado a su gusto, con muebles modernos de líneas sencillas y tapicerías de colores alegres, que no robaran la escasa luz de Londres. Las paredes eran blancas y había colocado plantas en cada rincón de aquellos ciento cuarenta y dos metros cuadrados.

El teléfono sonó de nuevo.

—Dígame.

—Hola, Mary.

—Hola, Tom. ¿Eras tú el que llamabas hace cinco minutos?

—Sí. Necesito hablar contigo. ¿Vas a pasarte hoy por la editorial?

—Sí, tengo una reunión con Akerman a las diez. ¿Quieres que pase por tu despacho después? Es que antes no puedo, acabo de llegar del gimnasio y todavía tengo que prepararme... —se excusó Mary con cierto tono de lamento.

—Ah, no te preocupes. Pasa a buscarme cuando termines tu reunión. Te invito a comer en el club, ¿vale?

—De acuerdo.

Bueno, adiós a los vaqueros y al jersey con los que pensaba vestirse. Ahora tendría que ponerse algo más elegante. Thomas no soportaba el desaliño y, además, le gustaba presumir de pupila ante los fósiles de su club de golf.

Sólo esperaba que no se le ocurriera volver a intentar prepararle una cita a ciegas con alguno de los impresentables hijos de sus amigos. ¡Ella elegía a sus amistades y, sobre todo, con quién salía a cenar!

Aunque Thomas siempre había sido un hombre frío, manipulador y distante que no había demostrado el más mínimo interés por convertirse en abuelo, en los últimos meses le había dado por buscarle posibles partidos y estaba obsesionado por un heredero. Afortunadamente ella tenía el suficiente carácter como para no dejar que se propasara ni un milímetro en ese sentido. Hacía demasiados años que la responsabilidad de buscar esposo había dejado de ser problema de los tutores. Por lo tanto, no estaba dispuesta a pasar por alto esa actitud tan decimonónica.

Últimamente Tom se estaba volviendo demasiado absorbente, sobre todo después de que decidiera dejar de vivir en su casa. A veces llegaba a ser un poco irritable con su control, pero le quería demasiado para negarle algo tan trivial como una comida e, incluso por eso, a veces regresaba durante algunos días a Silkford House.

Sacó del armario un vestido de corte Jackie, de lanilla azul oscuro con ribetes blancos, y buscó unas medias y una muda de ropa interior en el cajón de la cómoda. Lo dejó todo sobre la cama y se dirigió a la ducha a toda velocidad. ¡Ya iba con el tiempo justo! ¡Como siempre!

Tres horas más tarde, cuando entró en el enorme despacho de su tutor, todavía estaba impecablemente vestida, con el ligero maquillaje impoluto y, además, llevaba la felicidad impresa en el rostro.

—¿A que no sabes una cosa, Tom? —irrumpió atropelladamente mientras se precipitaba hacia el presidente para plantarle un sonoro beso en la mejilla—. ¡Me voy de viaje!

—¿De veras, pequeña? No entiendo cómo puede hacerte tanta ilusión estar siempre por ahí. ¿No te da pena dejar aquí solo a este pobre anciano?

—¡Ni gota! —Se rio—. Además, tú tienes de anciano lo mismo que yo de monja. Eso sí, eres un egoísta y si por ti fuera no me despegaba de tus pantalones ni un solo día.

—Sabes que no me entusiasma que viajes tanto.

—¡Porque eres un machista sin solución! ¿Cómo crees que se hacen las fotos de la revista de viajes de tu empresa?

—Tenemos más fotógrafos. No entiendo que tengas que ser tú quien las haga cuando puedes quedarte, como te he ofrecido mil veces, sentada en un despacho formando parte de la plana ejecutiva de la empresa que heredarás algún día.

—¡Déjate de bobadas, Tom! Ésa no es mi vida y lo sabes.

—Sí, por eso no pongo demasiados impedimentos... Anda, vamos a comer y me cuentas adónde te marchas en esta ocasión.

Thomas se levantó con agilidad del sillón de cuero de su escritorio y cogió el abrigo del perchero. Aquella mujer de rasgados y enormes ojos —de un extraño color que variaba entre el azul y el verde según su estado de ánimo—, facciones perfectas, satinada piel dorada y gruesos rizos morenos como el ala de un cuervo tenía que conseguir volver loco a su disoluto hijo, rezumante de testosterona en estado puro.

Pero, si su experiencia en la vida le confería tantos aciertos como acostumbraba, esa parte estaba asegurada. Mary era elegante, vivaz y muy inteligente. Además, aunque estaba delgada, poseía las curvas que hacen apetecible a una mujer ante los ojos de un hombre, aunque no era muy alta —ni siquiera alcanzaba el metro setenta—. Sólo faltaba que ella fuera tan incauta como para caer rendida ante los encantos masculinos de un Silkford.

La única pega de toda aquella trama era que ambos se odiaban a muerte, pero la pasión y la lujuria hacen insólitos compañeros de cama. Él iba a ponérselo fácil y, después, podría morirse tranquilo.

—Bueno, cuéntame adónde te vas en esta ocasión —le preguntó mientras separaba la silla del restaurante para que se sentara.

—A Kenia. Tengo que hacer un reportaje de un montón de parques nacionales.

—¡Imposible!

—¿Cómo que imposible?

—Espero que Akerman no haya sido tan descerebrado como para encargarte a ti ese trabajo, Mary.

—Claro que lo ha hecho. Y tú no vas a impedirselo, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! Ese reportaje no es para una mujer.

—No digas bobadas, Tom. Yo puedo hacer las mismas fotografías que cualquier hombre o, incluso, mejores.

—No se trata de la calidad de tus fotografías, cariño. Es que... verás...

—Creo que no tengo nada que ver. ¡Voy a hacer ese reportaje!

—Mary, la cosa no es tan fácil como crees. Esa tarea, en concreto, la he encargado yo mismo; pero le dejé muy claro a Akerman que enviara al mejor.

—¡Yo soy la mejor!

—Es que...

—Cuéntamelo todo, Tom. Aquí hay gato encerrado.

—Está bien. Escucha. Akerman no lo sabe, pero no se trata de un reportaje al uso

para el *Intrepid*. Eso es lo que yo le he hecho creer, pero en realidad se trata de ilustrar una historia que hemos descubierto sobre una trama oculta en el seno del gobierno keniano. Al parecer, políticos corruptos están vendiendo animales de parques protegidos a cazadores británicos, millonarios y miembros de las altas esferas gubernamentales, que pagan las piezas a precio de oro.

—Pero en Kenia la caza está prohibida...

—Sí, ya. Precisamente por eso es por lo que no quiero que vayas tú. Cuando todo eso salga a la luz, va a arder Troya y podrías verte involucrada si eres tú la que haces el reportaje.

Thomas sabía que aquél era un caramelo demasiado apetitoso para que Mary lo dejara pasar. La periodista que llevaba en su interior no permitiría que nadie más que no fuera ella hiciera el trabajo.

—Bien, en ese caso, yo soy tu fotógrafa. Haré las fotos que necesitas.

—¡No! Es demasiado arriesgado.

—¡Vivir es arriesgado, Tom! Quiero hacer ese reportaje.

Thomas fingió que lo pensaba durante unos minutos.

—Está bien —capituló—. Supongo que a estas alturas no puedo hacer nada para evitarlo sin que se sepa todo.

—Gracias —dijo Mary, guiñándole un ojo de manera cómplice—. Te prometo no arriesgarme más de lo necesario.

—En ese caso, tendrás que hacer lo que te diga. En principio, de esto no puedes hablar con nadie, ni siquiera con Akerman. En segundo lugar, límitate a hacer un reportaje al uso; no necesitamos fotos fuera de lo común. Pero a cambio, tendrás que hacerme de enlace con alguien.

—De acuerdo —aceptó ella de inmediato—. ¿Qué tengo que hacer?

—Poco. Sólo te limitarás a entregar un sobre lacrado, que protegerás con tu propia vida, hasta que sea depositado en las manos adecuadas. Luego harás el reportaje y te volverás a Londres lo antes posible.

—¿Cómo sabré quién es tu enlace?

—Será fácil. Es alguien a quien conoces.

—¿Quién, Tom?

—Es mejor que no te diga su identidad. Así, si ocurriera algo y te interceptaran antes de llegar, no podrías delatarle; pero en cuanto lo veas, sabrás quién es, te lo garantizo.



## CAPÍTULO 2

*Las ofensas son como patas de moscas,  
aterrizan en cualquier cosa que encuentran.*

(PROVERBIO DE CAMERÚN)

**Londres**— Y todavía tienen la desfachatez de felicitarme... Ni que me hubiera tocado la lotería.

No sé a quién pretenden engañar, pero desde luego a mí no. Que el Servicio de Inteligencia Secreta me haya nombrado coronel en Jefe para África Oriental no es ningún honor, ¡joder! Lo mismo piensan que me hacen un favor enviándome a la zona más problemática del globo... Sí, ya sé que peor hubiera sido Oriente Medio, vale, pero la diferencia es insignificante.

Y si al menos con esto me hubieran eximido de las reuniones mensuales de la «Misión Olympto»... Pero no, están encantados con mi presencia allí. De hecho creo que mi nombramiento es consecuencia de ello.

*(Entrada del 6 de septiembre de 1995  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Nairobi, Kenia.*

*3 de enero de 2011*

Mary abrió los ojos sobresaltada y miró hacia el exterior por la ventanilla del avión. El cielo clareaba de malva por el Este. Casi había amanecido, pero volaban todavía muy alto. Aún quedaba más de una hora para aterrizar en Nairobi. Volvió a mirar su reloj de oro, regalo de su padre.

Había dormido más de cuatro horas en una mala postura y le dolía el cuello. Estaba entumecida. Necesitaba estirar las piernas y mojarse la cara. La sentía tirante; la saliva se le había escapado por la comisura de los labios. No podía entender que, después de tantos días de insomnio, hubiera podido quedarse dormida de manera tan incómoda.

Se puso de pie y tiró de las perneras de los vaqueros, que después de siete horas de viaje se habían adaptado a su cuerpo como si fueran una segunda piel, antes de alisar la camisa de algodón color celeste. La mayor parte de los pasajeros de primera estaba dormida, así que daba igual que tuviera el aspecto de una aparición y los ojos bordeados de pegotes de rímel corrido como si fuera un mapache. Al fin y al cabo,

nadie iba a fijarse en ella.

Bueno, quizá su compañero de asiento: un norteamericano muy serio, con aspecto de ejecutivo, que no había abierto la boca en todo el trayecto y que nada más tomar vuelo abrió su ordenador portátil y se puso a trabajar, aporreando como un poseso el teclado como si le fuera la vida en ello. La verdad era que ella se lo agradeció infinito, porque no tenía ganas de hablar con nadie.

Tomó el bolso de mano, donde guardaba el preciado sobre que tenía que proteger «con su propia vida», y pidió permiso a su silencioso compañero para dirigirse al aseo. Cuando regresó, totalmente recompuesta, sobre la mesita plegable estaba el café bien cargado que había pedido a la azafata.

Estaba nerviosa. Quizá no fuera tan buena idea tomarse aquel negro brebaje, porque aun a pesar de tener en su haber un buen número de reportajes y más de medio centenar de viajes por todo lo largo y ancho del globo, ¡estaba frenética! Este trabajo le proporcionaba una incertidumbre que le recordaba a los primeros encargos que recibió, cuando todavía no había terminado la carrera y hacía prácticas durante las vacaciones.

Pero, sin duda, la culpa de esa desazón la tenían las conversaciones que había mantenido al respecto con Tom. Sabía que la cuestión no era un tema de presentimientos o temor por su capacidad profesional, sino de la manera tan extraña y solapada con la que su tutor se había comportado con respecto a este viaje.

En primer lugar, tenía sobre su regazo una documentación que, al parecer, venía a ser lo más parecido a una bomba de relojería; segundo, tenía que encontrarse con alguien que, aunque conocía, vete a saber quién era, y tercero, a pesar de que el reportaje que iba a cubrir era sumamente sencillo, había recibido órdenes de apurar el tiempo del visado —tres meses—, haciendo cuantas fotos pudiera por toda la geografía de aquel país. Pero ¿dónde y cuándo iban a publicar tanto material?

Un material que, por otro lado, no tenía que enviar a Londres, como solía hacer siempre, sino guardarlo a buen recaudo hasta su regreso. ¡No entendía nada!

Pero lo que menos entendía era lo del pasaporte.

Eso sí que había sido toda una sorpresa.

Quince días antes Tom la había citado en su casa para decirle que se encargara ella misma del billete de avión y que lo pusiera a nombre de su pasaporte español. Y que no lo hiciera por Internet ni por teléfono, que fuera directamente al aeropuerto a comprarlo.

La excusa, en principio, le había parecido razonable: un nombre extranjero le guardaría la espalda cuando todo saliera a la luz en Inglaterra y, puesto que sus padres habían cometido la enorme tontería de darla de alta en el registro civil español con diferente nombre que en el británico, con aquel hábil movimiento legal estaba asegurado el tema. Lo que la carcomía por dentro era, ¿por qué tanto misterio?

Pero, como no quería que Thomas se arrepintiera y le quitara el trabajo para dárselo a otro fotógrafo de la plantilla, se había limitado a obedecer y callar la boca,

aunque la incertidumbre estaba servida. La única respuesta que había recibido era que ya se enteraría de todo cuando llegara a destino y que era más seguro para ella permanecer en la ignorancia.

Y allí estaba ahora, a sólo unos minutos de darse de bruces con las respuestas y llevando en el bolso un pasaporte a nombre de Laura María de la Calle Mantley. Al final, el capricho de su madre de cambiarle el orden de los apellidos y el nombre, para según cuál de sus dos nacionalidades, y que tantos quebraderos de cabeza le habían ocasionado a lo largo de su vida, iba a servirle de algo...

O mejor dicho, iba a servir a su tutor. Porque como el billete estaba extendido a Laura de la Calle, si ocurría un accidente, Dios no lo quisiera, iban a necesitar algo más que ayuda para identificarla.

No pudo evitar esbozar una sonrisa. Después de todo aquello, ¿cómo no iba a estar nerviosa?

Una voz de fondo la sacó de sus reflexiones. Ni siquiera se había dado cuenta de que el avión volaba ya muy bajo y una amplia masa verde se veía tan cerca que casi se podía tocar. El comandante daba las instrucciones pertinentes y se despedía del pasaje.

Notó una opresión en el estómago, ya no había marcha atrás.

Tragó saliva para ayudar a la descompresión atmosférica que sentía en los oídos y se puso tensa ante el inminente aterrizaje. Esos últimos pensamientos, tan nefastos, habían despertado en ella un temor nada irracional. ¿Quién le mandaba pensar en identificaciones momentos antes tomar tierra?

Por fin los motores del avión se detuvieron y el denso silencio existente entre los pasajeros desapareció cuando la ya familiar voz del sobrecargo les daba las gracias por volar con la Kenya Airways y les recomendaba permanecer sentados en los asientos con los cinturones abrochados hasta que se apagaran las señales luminosas.

Suspiró aliviada, pero un calambre le atenazó la boca del estómago. Estaba a punto de enfrentarse al primer problema de su viaje: ¿Irían a recogerla al aeropuerto?, ¿estaría allí el contacto de Tom para recoger el maldito sobre...?, en pocos minutos iba a saberlo y, por un momento, sintió deseos de echarse atrás.

Esperó a que el resto de viajeros bajara el equipaje de mano de los compartimentos situados sobre sus asientos y, cuando todo el pasaje de primera abandonó el avión, aspiró profundamente a fin de infundirse seguridad, cogió sus bártulos y se dirigió presurosa hacia la escalerilla de descenso.

Al salir al exterior, un fogonazo de luz le hizo guiñar los ojos en busca del guía que había contratado la revista y que se suponía que acudiría a recogerla, mientras la corriente humana la arrastraba hacia el interior de la terminal aérea. Dentro, el ambiente estaba cargado y húmedo. Leyó los carteles que exhibían los empleados de las agencias turísticas, buscando su nombre o el de su empresa.

No lo localizó. Poco a poco se fueron haciendo grupitos y ella no estaba en ninguno. «¡Mal comienzo!», pensó.

El Boeing 777 de la Kenya Airways parecía arder a través de la calima de la pista de aterrizaje del aeropuerto Jomo Kenyatta de Nairobi.

Joshua, el camarero keniano que trabajaba en las instalaciones del aeropuerto desde hacía seis años, secaba los vasos y los colocaba en fila sobre la estantería que había bajo a la barra. Absorto, miró al único cliente que había en el local, sentado desenfadadamente en un taburete frente a él mientras leía un ejemplar del *Times*, fechado dos días atrás, con una copa de cerveza local en la mano derecha y un pitillo americano en la otra.

Estaba impecablemente vestido con unos pantalones de lino recién planchados de color marfil y una camisa de algodón de manga corta en tonos ocres que resaltaban el perpetuo bronceado de su piel. Joshua, a sus diecinueve años recién cumplidos, admiraba a su cliente por encima de a cualquier otro mortal.

David Silkford era todo lo que el camarero quería llegar a ser algún día. Tenía una de las mayores propiedades de la comarca, un floreciente negocio de safaris fotográficos, paraba poco en la ciudad y se conocía el país como la palma de la mano. Además, por si eso fuera poco, era atractivo y tenía un gran éxito con las mujeres.

—Señor Silkford, ¿viene a recoger a algún cliente rico para ir de safari?

—Sí. A un periodista londinense que viene a descubrir Kenia —contestó el europeo levantando la mirada del periódico.

—Pues el avión de la Kenya Airways hace un rato que ha aterrizado.

—No te preocupes, Joshua, si es tan buen periodista, sabrá encontrarme.

Minutos antes había visto a la azafata abrir la puerta del 777 para dejar que la escalerilla se encajara correctamente. Al momento, un ejército de turistas descendió por ella ruidosamente, llenando de gritos y algarabía las salas prácticamente desiertas hasta entonces, y en las que ahora se agolpaba un nutrido número de empleados de las empresas mayoristas de viajes con carteles de las diferentes compañías para recoger a sus grupos, ayudarles a pasar el control de pasaportes y obtener el visado de entrada al país.

David miró hacia ellos. No le gustaba nada aquel trabajo y hubiera querido negarse, pero su padre, el Gran Thomas Silkford, se había asegurado de que no pudiera hacerlo.

Hacía años que había roto todo tipo de contacto con él. Aquella última bronca fue sólo el detonante. La ruptura entre ellos era algo que venía fraguándose desde su más tierna infancia. Nunca se llevaron demasiado bien, pero cuando alcanzó la pubertad y la rebeldía fue el motor de sus días, empezó a no poder soportar el régimen espartano al que su padre le sometía. Su madre fue la única capaz de infundir una brizna de contención entre ambos pero, en cuanto ella faltó, la chispa prendió y su relación saltó por los aires como un castillo de fuegos artificiales.

Él siempre le exigía más. Por mucho que se esforzara por complacerle, nunca era suficiente. Jamás fue el hijo que Thomas Silkford deseaba; no estaba a la altura. No

era lo suficientemente valiente; no montaba a caballo tan bien como debiera, aunque tuviera todo tipo de trofeos en los estantes de su habitación; sus notas no eran todo lo buenas que tendrían que ser, aunque tuviera una media de notable alto; las chicas que elegía no eran las adecuadas, aunque fueran las hijas de sus amigos; sus juergas le dejaban en ridículo... En resumen, un rosario de acciones y consecuencias desafortunadas bajo el riguroso prisma de los Silkford.

Y siempre, siempre, sería el hijo de Thomas Silkford. Vivía a la sombra de un gigante. ¡No podía soportarlo! Así que, un buen día, se marchó.

Y desde entonces no había vuelto la vista atrás durante tantos años que ya casi ni se acordaba. Nunca le llamó por teléfono ni para decirle dónde estaba. Pero lo que más le dolía es que su padre tampoco había movido un dedo por localizarle, así que estaba claro: le despreciaba.

Y al parecer, en eso también se había equivocado. ¡Jodido orgullo Silkford! Ninguno de los dos había dado su brazo a torcer durante once años y, a decir verdad, prefería pensar que ése era el motivo y no que, realmente, su padre no le quisiera o incluso, le odiara. Él amaba a su progenitor, aunque no lo soportara y el principal objetivo de su vida fuera llevarle la contraria.

Sin embargo, en esa ocasión y sin que sirviera de precedente, no podía negarse a complacer sus deseos. Hacía poco más de un mes que había recibido aquella llamada; la más desestabilizadora de toda su vida.

Cuando colgó el teléfono no podía dar crédito a lo que acaba de escuchar: el viejo y orgulloso Thomas Silkford rogándole que hiciera algo y pidiéndole ayuda. El *whisky* que en aquellos instantes estaba tomando se le había helado en las venas después de que apurara el vaso de un solo trago.

Se daba perfecta cuenta de que su padre estaba empezando a envejecer, puesto que de su conversación se desprendía una sensibilidad de la que nunca había hecho gala y era la primera vez que veía en él un rasgo de humanidad. No sólo le estaba pidiendo ayuda, sino que además reconocía su valía abiertamente.

Bien era cierto que la vida le iba en aquella petición, pero su sexto sentido le decía que debajo de todo aquello subyacía algo más. Su padre no había demostrado demasiado apego a este mundo desde que su amada esposa le abandonó, víctima de un cáncer linfático, en sólo cinco meses. ¿Se encontraría él también gravemente enfermo y no se lo quería decir?

Llevaba semanas dándole vueltas a todo aquello. El viejo nunca pedía. ¿Para qué pedir cuando podía ordenar?

Algo no cuadraba en todo aquello. Si no hubiera sido porque sabía que los remordimientos no le dejarían vivir tranquilo el resto de sus días si le ocurría alguna desgracia que él hubiera podido evitar, le hubiera demostrado que no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. Su orgullo Silkford prevalecía por encima de la emoción que le había procurado aquella conversación.

Pero recordó los consejos de su socio, cinco años más joven que él, keniano de

nacimiento e hijo de inmigrantes británicos: «no te dejes vencer nunca por el primer impulso, cuenta hasta diez y piénsalo de nuevo antes de tomar una decisión». Y ése era el motivo por el que aquella mañana estaba allí.

Volvió a mirar hacia la pista de aterrizaje. Ya sólo quedaban por allí algunos miembros de la tripulación del avión y el personal del aeropuerto. La potente luz que se reflejó en el cristal le deslumbró.

Aquella luz que había dado nombre a la compañía de viajes que creó hacía ya diez años con su íntimo amigo Dann Warter y que sirvió a ambos como tapadera para sus actividades como agentes secretos del gobierno británico destinados en África Oriental. La Luz de Kenia no era, como la mayor parte de las agencias de viajes instaladas en el país, una sucursal de cualquier mayorista que se dedica a pasear a grupos de turistas de nivel medio por los parques naturales más importantes. Ellos estaban especializados en realizar safaris hechos a la medida de los clientes; siempre ricos y extravagantes, deseosos de huir de la excursión generalizada y que exigen un trato particular.

Y a pesar de los altísimos precios que tenían establecidos y de que no se publicitaban en parte alguna, su fama se había ido extendiendo como un reguero de pólvora magistralmente esparcido por clientes satisfechos, muchos de los cuales solían repetir la experiencia. Por eso podían permitirse el lujo de declinar aquellas peticiones que no les interesaban, bien porque les fuera imposible atenderlas —ya que no contaban con demasiado personal contratado para ayudarles—, o porque intuyeran que pudieran llegar a reportarles más problemas que beneficios.

En esta ocasión, sin embargo, no había forma de deshacerse del encargo que esa mañana había ido a cumplir, aunque pertenecía a la última de las dos categorías y que, además, venía justo del cliente que había jurado más de mil veces no atender jamás bajo ninguna circunstancia: Silkford Ediciones.

Mary decidió no perder la calma y, puesto que no era la primera vez que viajaba a un país del Tercer Mundo, sabía que el primer paso era pasar el control de pasaportes, situado en la planta superior de aquel aeropuerto. Se puso al final de una larga fila, fijándose disimuladamente en todo lo que ocurría a su alrededor. Lo más importante a la hora de atravesar una aduana era mostrar seguridad.

Los guías locales proveían a sus clientes de los típicos impresos de inmigración, que se encontraban en unos casilleros frente a los mostradores de los funcionarios, así que tomó uno y empezó a rellenar con cuidado los datos solicitados.

La experiencia le había enseñado que no era buena idea dejar ningún casillero vacío si quería evitarse un sinfín de preguntas.

Pero el problema llegó a la hora de cumplimentar el lugar donde iba a alojarse. No tenía ni idea de dónde pensaban instalarla y no conocía ninguno ni se había preocupado por informarse previamente, se sentía perdida. Por suerte, un par de norteamericanos bien vestidos que hablaban un poco más alto de lo normal,

comentaron que iban a hospedarse en el Ambassadeur Hotel. Parecía una buena elección. «Total, da igual, esos datos nunca se comprueban...».

Volvió a colocarse en la cola. El funcionario de turno parecía no tener prisa. Cuando le tocó a ella, aquel hombre miró varias veces la fotografía de su pasaporte, leyó meticulosamente el impreso y luego empezó a someterla a un rutinario interrogatorio.

—¿Motivo de su visita a Kenia, señorita De la Calle?

—Turismo.

—¿Trae en regla el Certificado de Vacunación?

—Sí, aquí lo tiene —le dijo mientras le entregaba el documento—. Tenía entendido que no es obligatorio.

¡Menos mal que se le había ocurrido hacérselo! Aunque todavía recordaba con dentera la reacción que le dio la banderilla que le pusieron a traición en el Centro de Vacunación Internacional.

—Habitualmente no, aunque es muy recomendable, pero en su caso, puesto que su pasaporte tiene visados de otros países africanos a los que ha viajado, es imprescindible.

¡Caramba!, se le había olvidado que había estado en Somalia hacía ocho años, visitando a su padre, y había usado su pasaporte español porque había cogido un vuelo desde Madrid y le había parecido más cómodo.

A aquellas preguntas siguió un eterno cuestionario que parecía alargarse indefinidamente. Empezaba a inquietarse.

Por fin, el funcionario puso los visados de entrada en el pasaporte y se lo devolvió, no sin antes avisarle: «Ya sabe que este pase de visitante no es válido para trabajar». Se rio para sus adentros, justo eso es lo que pensaba hacer. Recogió su documentación y dio las gracias con una forzada sonrisa.

Ahora se daba cuenta de que tenía un nuevo problema a la vista: el equipaje. Era demasiado voluminoso y había tenido que pagar por sobrecarga en Londres.

Se encaminó al piso inferior rezando para que no se hubiera perdido ninguno de sus bultos. Por la cinta empezaban a circular las maletas. Pidió al Cielo que, si por casualidad había surgido algún contratiempo, que no tuviera nada que ver con el gran baúl metálico en el que viajaba todo su equipo fotográfico.

Poco a poco, y como si con un cuentagotas los fueran soltando, fueron apareciendo sus pertenencias. Pesaban una barbaridad, aunque se las apañó para ir recogéndolas sin perder de vista ninguna de las bolsas que ya había apartado. ¡Sólo faltaba que le robaran nada más llegar!

Ya no quedaba casi ningún viajero junto a la cinta cuando por fin apareció el baúl metálico y, justo cuando empezaba a angustiarse con la idea de cómo retirarlo sola, un nativo vestido con un mono de trabajo se le acercó por detrás ofreciéndole en correcto inglés sus servicios de portaequipajes.

Suspiró aliviada, aceptando de inmediato su ayuda e indicándole que el pesado

cofre plateado que se aproximaba lentamente le pertenecía. El joven llamó a algunos compañeros en un ininteligible dialecto y, en cuestión de segundos, se vio apartada de sus maletas quedándose con la única compañía de un carrito que uno de los recién llegados le entregó y su bolso portasobres, al que no quitaba la mano de encima.

La ansiedad estuvo a punto de sobrepasarla. Pero cuando no faltaba nada para que perdiera los nervios, los cuatro maleteros se aproximaron a ella y depositaron, a cámara lenta y sin prisa, todo su equipaje en el destartado carrito al que se había agarrado férreamente sin darse cuenta.

El mismo muchacho del mono que la había ayudado minutos antes y que parecía ser el dirigente de toda la operación de carga, se acercó a ella cortésmente y le preguntó si tenía en regla el visado de entrada al país a fin de dirigirse directamente al control de aduanas. Mary asintió con un simple gesto y, tras localizar su pasaporte color burdeos en el amplio bolso bandolera que llevaba cruzado al pecho, encabezó la comitiva hacia el puesto de policía.

Tenía por delante otra interminable fila, así que se tomó la situación con paciencia.

Y cuando le llegó el turno, echó mano de todos sus encantos femeninos para que no abrieran cada uno de los bultos de su equipaje. Una curtida práctica en aduanas tercermundistas avalaba el hecho de que una arrebatadora sonrisa y una cándida mirada de sus llamativos ojos verdes conseguían milagros.

Cuando el policía puso una cruz de tiza blanca en cada una de sus pertenencias, por fin recuperó un poco el color y el optimismo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al maletero, demostrando más seguridad en sí misma de la que realmente sentía.

—Mathew, *lady*.

—¿Podrías indicarme cuál es el mejor hotel de la ciudad y me ayudarías a llevar mi equipaje hasta allí?

—Claro, señorita. ¿No tiene usted guía?, yo podría facilitarle también uno muy experimentado.

—Sí, tengo un guía contratado desde Londres, pero creo que se ha olvidado que tenía que venir hoy a recogerme al aeropuerto, por eso he pensado que sería una buena idea instalarme y luego intentar localizarlo en la ciudad.

—¿Quién es su guía? ¿A qué empresa pertenece?

—No me acuerdo del nombre... No-sé-qué-luminosa o algo así... Tendré que llamar a mi oficina para que me den los datos.

«Llamaré a Akerman desde el hotel, al que por cierto, voy a asesinar en cuanto regrese a Londres», pensó.

—Espere un momento aquí.

El muchacho se dirigió con paso rápido hacia la pequeña cafetería situada al final de la terminal. Acababa de percatarse de que todavía quedaba un guía en el aeropuerto y, a juzgar por el aspecto de aquella mujer, que cumplía con las



características de los clientes que él siempre atendía, y que el nombre de la agencia podría cuadrar, era fácil suponer que se tratara del que la había dejado abandonada.

Mary observó al muchacho hablar con un hombre que estaba sentado en un taburete frente a la barra del bar. Un tipo altísimo, de pelo negro y muy musculoso, impecablemente vestido e inmejorable aspecto, mezcla entre colono rico y militar extranjero. Algo en su interior le indicó que el baile acababa de empezar y que las cosas no iban todo lo bien que suponía.

Cualquiera que fuera el problema que retrasaba a Mathew, no eran buenas noticias a juzgar por la forma de reaccionar del europeo que gesticulaba airadamente. Llenándose de paciencia, encendió uno de sus cigarrillos americanos mientras esperaba que el nativo regresara. ¡Qué bueno que la ley antitabaco que asolaba el «mundo civilizado» no hubiera llegado todavía a África!

Miró hacia otro lado, para no parecer curiosa, y leyó el letrero que tenía enfrente: BARCLAYS BANK CAMBIO. De pronto se dio cuenta de que no tenía moneda oficial del país, así que para ganar tiempo, entró en la oficina y pidió el cambio de setecientas libras. Con eso tendría suficiente para sus gastos durante buena parte del viaje.

—Señor Silkford...

—Hola, Mathew, ¿qué hay? —dijo llamando al operario por su nombre de pila.

—Hay una señorita inglesa ahí fuera que, supongo, es el pasajero que espera esta mañana.

—¿Una señorita...? No creo. Yo estoy esperando a un periodista que viene de Londres... —«¡Cómo hayan tenido la brillante idea de enviarme a una mujer...!».

—Pues yo creo que sí. Sin duda, ella es inglesa y me ha dicho que tiene contratado un guía desde su país. Parece estar muy segura de lo que dice. Además, trae el equipaje típico de un fotógrafo.

—No puede ser. Algo debe de andar mal o mi padre ha perdido un tornillo —farfulló David entre dientes—. ¿Te refieres a aquella joven que está apoyada contra el carrito de equipaje?

—A la misma, señor. La que está encendiendo el cigarrillo en estos momentos.

David estaba iracundo. Había visto a la joven nada más bajar del avión por la cristalera que daba a las pistas y había reparado en su dulce belleza. «¡Un bombón!», había pensado. Observó su desconcierto inicial y a punto estuvo de acudir en su ayuda, hubiera sido agradable poder compartir un rato de charla con la muchacha antes de que a la pobre se le quebrara la voluntad al saberse abandonada en un país extranjero. «¿Quién habrá sido el truhán capaz de dejar plantada a esa atractiva mujercita con el despiste reflejado en la mirada? —maldijo entonces para sí mismo—, porque está claro que no encuentra a quien busca...».

Luego la perdió de vista y se olvidó de ella convencido de que no era el momento de ponerse a flirtear. Tenía una desagradable tarea por delante y su talante no era el

más apropiado para ejercer de héroe salvador.

Cuando finalmente vio descender a los pilotos y las azafatas, empezó a lamentar haber escuchado a su padre. No habían preguntado por él y ya no quedaba ningún pasajero a bordo. El mensajero parecía haber perdido el vuelo y nadie se había tomado la molestia de avisarle para que no esperara.

Estaba indignado y de mal humor, así que decidió terminar la cerveza tranquilamente y regresar al hotel para enterarse de qué era lo que había ocurrido. Llamaría a Silkford Ediciones, que era quien, en teoría, le había contratado desde Londres.

«¡No puede ser!».

David, que podía ser el hombre más mujeriego del mundo y al que su padre tachaba de irresponsable por ese motivo, se tomaba sin embargo muy en serio su trabajo. Y el primer punto de su particular código deontológico era «no hacer de guía a mujeres», cuanto menos a débiles damiselas recién salidas del cascarón proclives a quebrarse ante el primer contratiempo. Al principio de su andadura turística las había aceptado en ocasiones y, siempre, le habían dado problemas.

En este caso, además, el tema era más complicado. No se trataba del típico *tour* prefabricado por alguna de las grandes cadenas de viajes, sino de un safari fotográfico que, en principio, estaba previsto que durara de dos a tres meses. Pero, sobre todo, no estaba dispuesto a ejercer de guardaespaldas de nadie. Especialmente si ese alguien era una protegida de su padre; ya que cualquier accidente, habituales allí por encima de la media mundial, le acarrearía más problemas de los que necesitaba. Por eso estaba dispuesto a hacer desistir de su empeño a la inglesita recién llegada. Le reclamaría el sobre que llevaba y la haría regresar en el próximo avión de vuelta.

Apuró su cerveza de un solo trago, machacó el pitillo contra el suelo y partió resuelto en busca de la mujer, que charlaba animadamente con algunos operarios de raza kikuyu, atraídos por la soledad de la joven y la blancura de su piel.

Mary le vio aproximarse y contuvo el aliento, aspiró una bocanada de humo de su cigarro y lo lanzó al suelo sin apagar. Lo había reconocido en cuanto entró en su ángulo de visión.

—¿Da... David? —preguntó estupefacta, aun segura de la respuesta.

Él la miró a la cara y tampoco tuvo ninguna duda. Aquellos ojos gatunos no podían pertenecer a ninguna otra persona.

—¿Mary? ¡Bendito sea Dios, mi padre ha debido de volverse loco!

De acuerdo que el viejo necesitaba a alguien de confianza para hacerle llegar la documentación que esperaba —el resto era pura tapadera—, pero enviar a su pupila no era la mejor idea.

Mary se recompuso mucho antes que él. ¡Con razón le había dicho Thomas que le reconocería en cuanto lo viera! David había cambiado mucho, ahora era todo un hombre —y uno muy atractivo, por cierto—, pero aquellos rasgos eran

inconfundibles.

—Sí, soy Mary Mantley —dijo tendiéndole la mano a modo de saludo—. Perdona que te haya hecho esperar. No sabía a quién tenía que encontrar aquí. Tu padre me dijo que alguien me esperaría, pero jamás pensé que fueras a ser tú. Ni siquiera sabía que vivías en Kenia... Bueno, supongo que no me reconociste, es normal, no nos vemos desde que éramos unos críos...

David tendió su mano de forma instintiva y tras un corto apretón, acompañado de un raro mohín, la soltó de inmediato.

—Hola y adiós. Creo que aquí hay un grave error. Mi padre me dijo que tenía que hacer de guía a un fotógrafo de su revista, pero no me previno sobre el tema más importante de todos: que sería una mujer la encargada de hacer el reportaje.

—¿Y qué ocurre porque el fotógrafo en cuestión sea una mujer? ¿Tienes algún problema de interrelación con las mujeres?

—Yo no tengo ningún problema con las mujeres; ni de interrelación ni de ningún otro tipo, pero aquí el jefe soy yo y elijo a mis clientes. Y precisamente las mujeres no están entre ellos.

—Bien, pues no hay ningún problema. Si tú no quieres ser mi guía, supongo que conocerás a alguien que pueda darme el servicio. Espero que no todos los profesionales sean tan escrupulosos como tú y estén encantados de recibir unos jugosos honorarios.

David estaba tan anonadado que no dijo ni una palabra.

—De momento estoy cansada y quiero ir al hotel para dejar mis pertenencias y darme una ducha. Hace más calor del que yo esperaba; me habían comentado que aquí la temperatura era más fresca de lo habitual en los trópicos.

Sin esperar a que él reaccionara y envalentonándose ante los resultados obtenidos con su ataque, se encaminó a la salida como si no hubiera nada más que añadir. No pensaba darle ninguna ventaja.

—¿Podrías encargarte de indicar a estos hombres dónde deben llevar mi equipaje? Supongo que habrás venido en coche y tendré una reserva en algún hotel... —continuó escupiendo su imparable verborrea por encima del hombro mientras caminaba. Luego, en voz baja y letal, lanzó una terrible andanada—. Y si quieres lo que tengo para ti, me parece que no te va a quedar más remedio que, de momento, ayudarme...

David echaba chispas por los ojos. Estaba rabioso y en ningún momento pensó que aquella niña malcriada se atrevería a plantarle cara. Su rapidez de reflejos le había desarmado durante un minuto.

—Espera un segundo, *milady* —la detuvo, llamándola por el mote de la infancia y elevando la voz, al tiempo que la aferraba por la parte superior del brazo—. De momento no vamos a ninguna parte. Antes hay que dejar claros algunos puntos.

—Supongo que podrás esperar a que me instale y me duche para aclarar lo que sea —contestó mientras se zafaba del recio apretón de un brusco tirón que le pilló

desprevenido—. No creo que el aeropuerto sea el mejor lugar para zanjar ningún asunto, ¿verdad?

David se dirigió rabioso a Mathew dándole algunas órdenes en kikuyu que el joven se apresuró a obedecer.

—Tengo un todoterreno fuera. Te llevaré al hotel para que descanses, pero no deshagas el equipaje; regresas a Londres en el próximo vuelo.

Mary irguió los hombros y levantó la nariz mientras pensaba «¡eso ya lo veremos!». Pero no contestó y se dirigió al exterior ocultando una pícara sonrisa. Había ganado la primera escaramuza pero sabía que la guerra estaba declarada. No iba a ser nada fácil convencer a David para que le presentara a algún otro guía, pero ahora él no podía hacer nada para que regresara y tampoco podía dejarla tirada en mitad de Nairobi sin prestarle ayuda.

Aunque en un principio, y a juzgar por su cara de enfado, creyó que estaría dispuesto a hacerlo. Una vez más se confirmaba la teoría de que la mejor defensa era un buen ataque, y esa táctica nunca le había fallado ya que, a juzgar por su frágil aspecto, nadie esperaba de ella ninguna muestra de agresividad; con lo cual solía pillar desprevenidos a sus adversarios.

Al salir, la claridad del día y el fuerte sol la deslumbró. Había tanta luz... Todo era mucho más claro y el aire parecía no pesar. Era como si respirar no costara trabajo a pesar de la humedad reinante. Los colores tenían una viveza que no había visto hasta ahora y daba la sensación de que todo tenía alguna otra dimensión desconocida; como si los objetos y todos sus detalles se salieran del contorno.

Mentalmente calculó la luminosidad del día en función del diafragma de un objetivo fotográfico. Su deformación profesional la tenía sujeta a este juego desde hacía años. Había intentado evitarlo, pero sucumbía sin apenas darse cuenta.

El aire olía a humo, pero en realidad era más fresco de lo que cabía suponerse, por lo que se percató de que el calor del que se había quejado minutos antes era fruto de la aceleración interna y los nervios contra los que llevaba luchando desde que tomó el avión en Londres.

David pasó por su lado mientras ella miraba con la boca abierta a su alrededor. Para él aquella actitud no era nada nueva, casi todos los visitantes solían actuar de igual modo cuando llegaban por primera vez a Nairobi, así que se adelantó a buen paso y, pocos metros antes de llegar a la parada de taxi que se encontraba frente a la terminal de llegadas, se volvió dirigiéndose a ella.

—¡Vamos, *milady!*, que no tenemos toda la jornada. Mary echó una pequeña carrera, apretando el paso para acomodarlo al de él. Por fin llegaron hasta el Toyota Landcruiser con techo de lona de color verde safari, cuyas puertas no se había molestado en cerrar con llave al abandonarlo, por lo que los maleteros estaban subiendo sin demora el equipaje a bordo.

Él tomó asiento junto al volante y puso el motor en marcha, mientras ella echaba una última mirada alrededor antes de montar en el asiento del copiloto.

Tomaron una maltrecha carretera.

David estaba enfurecido y no despegó los labios en todo el trayecto. La antigua carretera era mejor que la nueva para poder descargar su cabreo en la conducción. Lo hacía deprisa, con la vista fija en el destartado trazado del camino, cuyas curvas y desniveles conocía a la perfección.

Ella agradeció el silencio, no quería volver a empezar a discutir y prefería emborracharse de la belleza que la rodeaba. Tomaron una curva a gran velocidad tras la que apareció un cartel medio borroso que decía: «Bienvenidos a Nairobi, ciudad verde bajo el sol».

Al cabo de unos quince kilómetros, empezaron a verse pequeñas edificaciones pertenecientes a lo que parecía uno de los barrios residenciales del extrarradio. Un continuo ir y venir de personas, ataviadas con trajes coloristas y alegres, la trasladaron a la época de las grandes expediciones de principios de siglo. Era como si el reloj se hubiera quedado parado en algún minuto olvidado hacía ya muchos años.

El cuatro por cuatro tomó una ancha avenida llena de coches que circulaban por la izquierda, como en su Londres natal, y que parecían avanzar a golpe de bocina en un perfecto caos organizado. Las aceras estaban abarrotadas y fijó la vista en la multitud.

Mujeres africanas vistiendo a la usanza europea, pequeños grupos de turistas recelosos con el despiste en el rostro, mendigos harapientos que pedían en las esquinas luciendo mutilaciones y heridas, jóvenes nativas con varios niños de cara desnutrida colgados de sus faldas, prostitutas que ofrecían descaradamente su mercancía, policías de aspecto aburrido y todo un ejército de vendedores ambulantes intentando colocar a los extranjeros la artesanía local.

Finalmente llegaron frente al Hilton Nairobi. Tenía muy buena pinta. David frenó en seco el vehículo, bajándose a toda prisa. El portero, un africano vestido con levita y sombrero de copa, le saludó cortés llamándole por su apellido, mientras giraba en torno al coche para abrirle la puerta.

—*Yambo, bibi*—la saludó con su típica expresión de acogida keniana, a la vez que aclaraba en un correctísimo inglés—, sea usted bienvenida, señora.

Mary contestó con un apresurado «muchas gracias», mientras seguía de cerca a su malhumorado guía, que se dirigió veloz hacia la recepción, repleta de empleados impecablemente vestidos con uniformes rojos que resaltaban contra el color de su piel africana. El vestíbulo era un tremendo caos. Varios grupos de turistas se agolpaban frente al mostrador reclamando ayuda y atención mientras otros, recién llegados al país, igual que ella, reposaban en los lujosos sofás del espacioso recibidor, en espera de que sus guías les solucionaran la papeleta de un registro rápido haciendo valer sus derechos y veteranía.

David se dirigió al jefe de recepción llamándole por su nombre. El hombre, un enjuto africano que no sobrepasaría la cuarentena, enseñó una blanca hilera de dientes en lo que era su más cordial sonrisa y se acercó presuroso. Hablaron en swahili y el

repcionista llamó a tres muchachos que salieron veloces hacia el todoterreno para desembarcar el equipaje de Mary, mientras entregaba dos tarjetas a David.

—¿Qué hora tienes? —la increpó una vez diligenciados los trámites de llegada.

—Las seis y media, hora de Londres —contestó sorprendida por la pregunta mientras miraba su Cartier.

—Aquí hay tres horas de diferencia, o sea que son las nueve y media de la mañana. Pon el horario correcto en tu reloj. Tu habitación está en la última planta, puedes subir a cambiarte y descansar un rato. A las doce te espero para comer en el restaurante Traveller's, que está bajando esas escaleras, a la derecha. Un botones te acompañará a tu alojamiento.

Entregó una de las tarjetas al joven keniano uniformado, que esperaba sonriente y, a continuación, dio media vuelta y desapareció de su alcance en dirección al bar.

El botones era muy amable. No dejó de sonreír ni un instante mientras le mostraba la habitación: el minibar, el televisor, el cuarto de baño... La estancia era amplia y luminosa, muy acogedora y tenía un pequeño saloncito con una gran cesta de frutas tropicales.

Mary rebuscó en el bolso intentando acertar con la propina correcta. Haciendo un rápido cálculo mental con el cambio oficial, le entregó cien chelines esperando no quedarse corta, algo menos de una libra esterlina, pero por la luminosa sonrisa del muchacho comprendió que era demasiado.

Se quedó sola en su pequeño hogar provisional. Abrió el minibar, tenía muchísima sed. Había al menos tres tipos de cerveza diferentes. Tomó una pilsen que estaba fría, la destapó y, sin echarla en un vaso, dio un largo trago. Era bastante aceptable.

Encendió el televisor de pantalla plana y movió los canales hasta localizar la BBC World Service, que estaba emitiendo en inglés uno de los programas de mayor audiencia de Gran Bretaña. La cama era enorme y estaba preparada, con el embozo doblado en uve y un bombón sobre la almohada con una misiva que rezaba «*Lala sala ma*». No entendía lo que decía pero supuso que debía de ser algo agradable y lo guardó como recuerdo en el bolso que había tirado sobre el sofá de la salita.

En esos momentos llamaron a la puerta. Eran tres botones que llevaban su voluminoso equipaje. Dio treinta chelines a cada uno y les despidió con una amplia sonrisa. Se moría por meterse en la bañera. Aunque habitualmente prefería una reparadora ducha de agua tibia para estimularse, en esos momentos se moría por un baño caliente repleto de espuma.

Abrió el grifo y echó todo el contenido del frasco de gel que proporcionaba el hotel, mientras rebuscaba en su equipaje para localizar la ropa interior limpia y los enseres de aseo. Se recogió la larga melena con una pinza de plástico de peluquería y enroscó los cabellos en una toalla a fin de que no se le mojaran. Luego se desnudó apresuradamente, se quitó el costoso reloj de la muñeca y se sumergió en el agua para relajarse. Los acontecimientos de las últimas horas y el largo viaje la habían agotado.

El calor del agua le empañó los sentidos. Se recostó contra el borde de la bañera, cerró los ojos y se relajó tanto que, cuando despertó, el agua se había quedado fría. No sabía cuánto tiempo llevaba allí dentro, pero tenía los dedos de las manos arrugados y las uñas parecían de nácar.

De pronto se acordó que había quedado para comer. Salió rápidamente de la bañera, en busca del reloj, pidiendo al Cielo que no fuera demasiado tarde. Suspiró aliviada cuando comprobó que todavía eran, las once y media. Había dormido durante más de hora y media.

Con el albornoz a medio abrochar, fue en busca de algún vestido cómodo y ligero. Encontró uno de tirantes de *lycra* negro, con amplio escote redondo atrás y delante y falda *evasé* corta. Cambió la ropa interior que había elegido al principio por un conjunto del mismo color para que no se marcara y buscó unos zapatos de tacón a juego. Lo cierto es que ahora su aspecto le importaba bastante poco. No quería impresionar, sólo se había arreglado por pura coquetería femenina.

Se cepilló con fuerza la melena, se aplicó una fina línea de kohl en los párpados y se pintó los labios con una barra de color naranja claro. Se abrochó el reloj en la muñeca, tomó su bolso con el explosivo contenido dentro y bajó al restaurante sin mirarse siquiera en el espejo.

## CAPÍTULO 3

*El puente sólo se repara  
cuando alguien cae al agua*  
(PROVERBIO SOMALÍ)

**Nairobi, Kenia**— ¡Joder; con Murphy! Mira que hay espías de la Corona repartidos por todo el globo... (Sí, ya sé que nosotros llevamos más papeletas de la rifa que todos los demás pero ¿por qué uno de mis equipos?).

Ayer, el helicóptero en el que viajaban dos de mis hombres de la célula de Kenia fue abatido por un francotirador somalí cuando regresaba de una vigilancia rutinaria en la frontera. Es vital que reponga el equipo de inmediato y, actualmente, sólo se me ocurre un hombre que esté lo suficientemente preparado, ¡y loco!, como para aceptar hacerse cargo de la misión con sólo una agencia de viajes por tapadera.

Lo peor de todo es que estoy seguro que si se lo propongo, lo tendré aquí en cuestión de horas, pero me juego mucho en esta decisión: la vida de mi propio ahijado y la amistad de su padre. ¡Tengo que consultarlo con la almohada...!

*(Entrada del 4 de diciembre de 2000  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Calais, Francia.*  
*3 de enero de 2011*

—Sí, mi general. De acuerdo. Lo que no entiendo es que, si es un problema de los ingleses, ¿por qué tengo que ser yo quien saque las castañas del fuego a esos prepotentes?

»... ¿Y qué, que sea una misión del Consejo de Seguridad de la OTAN? ¡Es problema de ellos! ¿Acaso no tienen los *british* gente preparada? —preguntó con desprecio.

»... Sí, claro que acepto. ¿Quién es el sujeto a interceptar?

»... ¿Mary Mantley? ¿La hija del impoluto coronel Jonathan Mantley? —dijo con sorna, conteniendo la risa.

»... ¡Ningún problema, general! Usted mejor que nadie sabe que tengo una deuda pendiente con su papáito, le agradezco que pensara en mí. En realidad me encanta esta misión.

«No tiene ni idea de hasta qué punto», pensó el hombre pendiente del tráfico por



el espejo retrovisor de su Renault Stepway. Sus pálidos ojos azules refulgían de anticipación.

»... No, mi general, lo haré yo. No era una queja, sólo dejaba constancia de lo que me molesta hacer el caldo gordo a esos repugnantes isleños que se creen el ombligo del mundo...

»... ¡Son unos inútiles! Yo recuperaré el rastro que ellos no han sabido seguir. Localizaré a la joven, puede jurarlo.

»... Sí, aunque lleve dos días desaparecida. Tengo contactos en Londres que podrán ayudarme, no se preocupe.

»... Estoy seguro, mi general.

»... De acuerdo. Hoy mismo me trasladaré a Londres. Le mantendré informado.

El hombre desconectó el manos libres del móvil y esbozó una sonrisa lobuna al tiempo que se relamía los finos labios y se echaba hacia atrás el rubio mechón de pelo rebelde que le caía sobre la frente.

«¡Fantástico!, no podían haberme encomendado mejor tarea», pensó. Nunca una misión podía resultar tan buena para sus intereses particulares.

*Nairobi, 3 de enero de 2011*

Las puertas del ascensor se abrieron y Mary salió precipitadamente mientras volvía a mirar, nerviosa, el avance de las manecillas del reloj. Eran las doce y cinco y no quería hacer esperar a David. Si tenía el mismo sentido de la puntualidad que su padre, su tardanza no haría más que darle otra excusa para desatar su conocido mal humor.

Una vez en el vestíbulo siguió las indicaciones que él le había facilitado horas antes y enseguida se encontró en el Traveller's Restaurant. Entró resuelta y se quedó prendada de la belleza de las camareras africanas, con su uniforme verde y su peinado estilo afro, que acompañaban solícitas a los clientes hasta las mesas; la mayor parte de ellos, a juzgar por los portafolios que llevaban en la mano, hombres de negocios de raza negra que lucían sus mejores joyas y vestían a la usanza europea.

Buscó a David con la mirada, pero enseguida se aproximó la señorita encargada de ubicar las reservas.

—El señor Silkford me espera.

—Sígame, por favor.

Él la había visto nada más llegar. Mientras atravesaban el comedor a paso rápido, se fijó en las largas y bien torneadas piernas de Mary, que caminaba ligera sobre unos altísimos tacones detrás de la joven camarera con la vista fija en la espalda de la chica y ajena a las miradas de aprobación que levantaba a su paso entre el resto de los comensales.

Cuando llegó junto a la mesa, David abandonó su Martini y se levantó para

saludarla y esperar a que tomara asiento.

—Buenas tardes. ¿Tienes hambre?

—Hola. La verdad es que estoy desfallecida —contestó Mary mientras tomaba la carta, para comprobar acto seguido que toda aquella retahíla de manjares le sonaban a chino—. Pero como no conozco la gastronomía del lugar, creo que sería una buena idea que pidieras por mí.

—Espero que te guste la carne, es la especialidad del país. ¿Cómo la prefieres, guisada o a la plancha?

—A la plancha, pero me da igual, me dejaré asesorar.

—Por favor —dijo dirigiéndose a la camarera con una amable sonrisa—, tomaremos para picar *sambusas* y salchichas y, después continuaremos con el guisado de avestruz acompañado de un *ugali*.

Mary hizo un gesto de conformidad, aunque la realidad es que le era indiferente lo que le pusieran en el plato con tal de que mitigara su apetito.

—Dejaremos la carne a la brasa para la cena, es menos pesada. Te conviene saber que la oferta culinaria de Kenia se basa esencialmente en especiar las comidas con generosidad. Puede resultar un poco difícil de digerir si no estás acostumbrada.

—Ah, no te preocupes por mi estómago, por regla general no tengo ningún problema con las digestiones y no soy nada especial con las comidas, me gusta todo.

Miró a su interlocutor con cara de niña buena y dócil, abriendo mucho los ojos. Prefería no despertar a la fiera tan pronto. Si empezaba a poner impedimentos a la comida de un restaurante de lujo de Nairobi, sería improbable que estuviera dispuesto a facilitarle la labor para poder hacer el reportaje que tenía que llevar de vuelta a Londres.

Era consciente de que las diferencias que les habían separado desde la infancia no tardarían en salir a la luz. Jamás habían sido capaces de estar media hora juntos sin discutir, pero esperaba que al haberse convertido ambos en adultos, al menos sabrían guardar la compostura durante un rato.

El tiempo justo para que ella tuviera la oportunidad de convencerle de que le presentara a otro compañero para que hiciera de guía. Era una bendición que él se hubiera negado a cumplir su contrato, porque si tenía que recorrer el país durante dos o tres meses con él, lo más seguro es que acabaran a tiros.

David reparó en el intenso y extraño color de aquellos ojos que le miraban conciliadores y que resaltaban extraordinariamente con la morena melena y el negro vestido. Quién hubiera podido decir que aquella niña desgarbada y patilarga, con la cara perpetuamente manchada de chocolate, se convertiría en semejante belleza.

Era una mujer muy guapa, pero no podía dejarse influenciar por esos detalles. Aunque hubiera cambiado mucho a nivel físico, estaba convencido de que seguía siendo la misma niñata malcriada de siempre. Estaba dispuesto a devolvérsela a su padre en el menor tiempo posible, y eso eran dos días. Antes no, porque ya se había informado de que no había pasajes libres para el día siguiente en ninguno de los

vuelos que salían de Nairobi hacia Londres.

Mientras la esperaba había estado pensando en cómo decirle que ni él ni nadie iba a acompañarla por las llanuras de Kenia en busca de imágenes fotográficas. No quería escenas y tampoco pretendía hacerle daño, pero no estaba dispuesto a dejarse convencer. El safari para el que le habían contratado en la revista era demasiado arriesgado para una mujer y él ya tenía demasiados problemas como para hacer de guía y niñera a la vez.

En cuanto a la idea de presentarle a algún otro compañero que la ayudara, como ella le había propuesto, estaba fuera de toda discusión. Y no porque su padre no le perdonaría jamás que lo hiciera, sino porque no se fiaba de ningún colega al que poder dejar la responsabilidad de una mujer sola, joven y guapa en mitad de África.

Por lo tanto, ejercería de perfecto anfitrión en Nairobi y dejaría que volviera a desaparecer de su vida durante otra temporada que, esperaba, fuera como mínimo igual de larga. Tampoco era tanto sacrificio, además su madre se revolvería en su tumba si dejaba desamparada a esa niña que, como siempre le decía, era «su medio hermana».

Por otra parte, a él tampoco le vendría mal un corto descanso. Al tiempo aprovecharía para enterarse de cómo seguían las cosas por Londres, sobre todo la salud de su padre y, aunque no es que tuviera un interés especial por limar las asperezas de su juventud, intentar mantener un trato cordial en aras del mantenimiento de esa extraña familia que ambos conformaban.

—Me alegra saber que eres una chica fuerte, porque aunque tu estancia aquí será corta, no está de más que recuerdes que te encuentras en un país tercermundista, así que no te olvides de seguir todas las recomendaciones típicas. Aunque estamos en la capital, esto no tiene nada que ver con Londres.

—Ya me imagino —terció rápida, haciendo caso omiso a la referencia de la brevedad de su estancia en Kenia—. Ésta no es la primera vez que visito África. He estado antes en Zaire y en Somalia.

—¿Ah, sí? ¿Trabajando?

—Trabajando sólo en Zaire, a Somalia fui a visitar a mi padre. Y ambos me parecieron países bastante más preocupantes que Kenia en lo que a seguridad y problemas de salud se refiere. De entrada, el aeropuerto de Nairobi es todo un lujo comparado con los de esos países.

—Claro, por aquí pasa todo el tráfico aéreo con destino a África del Este. Nairobi es un poco la capital de capitales, está mucho más europeizada que el resto, pero no deja de ser África.

—Ya veo. Me ha parecido impresionante.

«¡Qué conversación más anodina y falsa!», pensó Mary consciente de que David estaba haciendo tantos esfuerzos como ella por no sacar a la luz los verdaderos sentimientos existentes entre ellos ni tocar ningún tema que pudiera llevarles por un camino pedregoso.

Un incómodo silencio se instaló entre ellos.

Parecían dos auténticos desconocidos, aunque realmente no es que nunca hubieran intimado demasiado. Lo cierto era que entre ellos siempre había existido una extraña rivalidad. ¿Celos infantiles? Posiblemente, pero el caso es que todo aquello había desembocado en algo mucho más serio.

En lo que a ella respectaba, incluso ahora, visto desde el prisma de un adulto, David seguía cayéndole fatal. Años de rencor eran difíciles de olvidar, así que por mucho que se empeñaba en mirarle con otros ojos, no podía conseguirlo.

Estaba segura de que a él le pasaba otro tanto. Su mutua animadversión nunca había sido un secreto.

David se ensimismó en sus pensamientos, cuyo eje principal era cómo hacer que Mary le entregara lo que había ido a llevarle y se volviera a Inglaterra sin hacer este reportaje que parecía tan importante para ella.

Decidió atacar el asunto sin dar más rodeos. Nunca le había gustado aplazar lo inevitable y empezaba a cansarse de tanto paripé de buenos amigos.

—Tienes algo que mi padre te ha dado para mí, ¿verdad?

—Sí. Lo tengo en el bolso. ¿Lo quieres ahora?

—No, no. Luego me lo das.

—Vale. No lo he hecho antes porque Tom me dijo que fuera discreta y lo protegiera con mi vida, así que supuse que era mejor no dártelo en público.

—Has hecho bien.

—No sabía que tenías trato con tu padre... Pensé que no os hablabais.

—¿Y? —Acababa de tocarle una fibra sensible con aquel sencillo comentario—. ¿Te molesta compartir el cariño de papá, *milady*?

El sarcasmo y el resentimiento eran tan evidentes que la pulla dio justo en la diana. Le dolió que David pensara que en algún momento había luchado para quedarse con el cariño de Thomas en exclusiva. Jamás había sido ése su objetivo y precisamente por eso llevaba años intentando que su tutor retomara el contacto con su único hijo.

—Mira David, dejémonos de tonterías y hablemos claro de una vez por todas — explotó—. Sé que toda la vida me has tenido unos celos enfermizos porque creías que quería robarte el cariño de tus padres...

—¿Yo? —la interrumpió.

—Sí, tú. Pues bien, ¡entérate!, jamás he querido nada que no fuera mío. Yo tenía un padre que me adoró hasta el día de su muerte; no necesitaba al tuyo. Y sí, echaba de menos a una madre que me quisiera y mimara pero... ¿Sabes una cosa? Aunque idolatraba a Margareth, quien yo quería que me abrazara era la mía. Claro que eso era imposible; a mi alrededor siempre había un niño cabrón que se empeñaba en recordarme que yo la había matado.

David sintió lo mismo que si le hubiera propinado un puñetazo en el estómago. ¿Había sido él tan desalmado alguna vez...? Sí, claro que sí. Por mucho que intentara

olvidarlo, sabía que ésa era su venganza favorita contra ella cada vez que los celos le superaban.

—*Touché* —reconoció—. Lo siento. La verdad es que aquello era de una crueldad terrible, pero supongo que no podía evitarlo. Sé que no es excusa, pero sólo era un adolescente con las hormonas en plena efervescencia queriendo encontrar un hueco en la vida.

—No, no lo es, pero te agradezco el intento.

Mary se quedó callada y David se dio cuenta de que, en cierta medida, tenía razón: había estado muy celoso.

En esos momentos llegó la comida que habían pedido y fue una salvación, porque al levantar la mirada, Mary se percató de que eran el centro de atención de todos los ocupantes de las mesas vecinas. Ambos habían ido elevando la voz poco a poco y la gente que había alrededor había dejado sus asuntos empresariales aparcados para poner atención en la disputa de la pareja.

La mesa se llenó de apetitosos olores y Mary, iracunda y hambrienta, echó mano a una de las pequeñas empanadillas que habían colocado en el medio. Dio un bocado y, al momento, se arrepintió de haberlo hecho. Fue como si hubiera mordido una brasa. Escupió el trozo sobre la mano abierta, soplando enloquecidamente. David no pudo evitar la carcajada, lo que rebajó un poco la tensión.

—Eso son las *sambusas*, están rellenas de carne o verdura y se sirven muy calientes. Añádeles unas gotas de lima, verás cómo adquieren un sabor muy característico —dijo entre risas.

Era la primera vez desde su reencuentro que Mary veía reírse a David. Tenía una dentadura preciosa y su rostro adquirió un aspecto diferente; parecía más humano. Había entrecerrado sus grandes ojos negros y le salían dos hoyuelos en las mejillas que daban un gran atractivo a sus angulosas facciones. Mary también se rio.

—Me he quemado viva —dijo mientras soplabla la otra mitad que sostenía en la mano y a la que había condimentado según las indicaciones que le había dado—. No sé si es el hambre que tengo, el mal humor o que realmente está bueno, pero me parecen deliciosas.

Él cogió una, la sopló y se la comió de un solo bocado. Acababa de descubrir que también estaba hambriento y se alegraba de que las altas temperaturas estuvieran ahora sólo en la *sambusas*, ya que no le atrajo nada comprobar que medio restaurante estaba pendiente de ellos.

—Prueba una salchicha, son fantásticas, están hechas con carne de ternera.

Ahora la conversación se había centrado en la gastronomía del país, especialmente cuando trajeron el guisado de avestruz y el *ugali*, un bollo de maíz cocido que estaba más caliente aún que la *sambusa* y cuya masa parecía estar mezclada con queso.

—Los *ugalis* tienes que comerlos con los dedos. Es la tradición. Pero ten cuidado porque están muy muy calientes. Son deliciosos. Se comen así. Sopla antes.

Toda la conversación de David parecía estar conjugada en imperativo: ¡prueba!, ¡sopla!, ¡añade lima!, ¡pon salsa!... ¿sabía hacer algo que no fuera mandar?

Mary empezó a inquietarse. El tema crucial no había sido abordado y sabía que, aunque ahora, al margen de sus mandatos, la charla le resultaba amena y parecían haber firmado una *entente cordiale*, tendrían que abordar el asunto tarde o temprano. Fue ella quien lo hizo.

—Bueno, David. ¿Vas a presentarme a algún compañero para que me haga de guía?

—Creo, pequeña, que no te has enterado de nada de lo que te he dicho. Tú no vas a hacer este safari, el miércoles regresas a Londres. Kenia no es para ti.

—¿Qué estás diciendo? Claro que voy a hacerlo, ya te lo he dicho en el aeropuerto. Contigo o sin ti llevaré de vuelta el reportaje que me han encargado en mi empresa. Te garantizo que puedo ser tan cabezota como tú. Tu ayuda no es imprescindible, sólo se trata de contratar los servicios de cualquier otra agencia y he visto que hay cientos diseminadas por todo Nairobi. La oferta es tan amplia como puedan serlo las exigencias de cualquiera, incluidas las mías.

—Escúchame. Esto no es un capricho de niña mimada. Aquí se han acabado tus rabietas y tus chantajes emocionales. Lo malo no es que pongas tu vida en peligro, lo peor es que pretendes poner también la mía y, a eso, no estoy dispuesto. ¿Lo has entendido?

—Yo no pongo la vida de nadie en peligro. Soy lo bastante capaz como para defenderme en cualquier medio, por muy inhóspito que pueda resultar. Además, tú no eres nadie para hacerme regresar a ninguna parte en contra de mi voluntad. ¡No puedes obligarme!

—¿De verdad? —replicó irónico—. ¡Ponme a prueba!

—Me importa un rábano que no quieras ayudarme, David.

—Oh, pero claro que voy a hacerlo. Voy a ayudarte a no meterte en líos, y la única forma de conseguirlo es haciendo que vuelvas por donde has venido. Si te vas ahora no tendrás que reconocer tu fracaso, como dices; simplemente me puedes echar a mí la culpa y volver con la cabeza alta.

—¡Tú no me conoces!, nadie me creería si dijera eso, suponiendo que estuviera dispuesta a hacerlo. Cuando he decidido hacer un reportaje lo he conseguido siempre a pesar de las dificultades. Si temes por mi integridad física, puedes estar tranquilo; aunque me veas muy poquita cosa he estado en situaciones arriesgadas muchas veces en mi vida y tú no estabas allí para salvarme. Desaparece. Kenia tal vez te necesite, yo no.

—Mira pequeña...

—¡Ni se te ocurra llamarme así! —gritó furiosa.

—Señorita Mantley..., aquí hay varias normas que vamos a aceptar ambos desde un principio. La primera es que no me gritas y la segunda, es que aquí el que manda soy yo.

—¿Y cuál es la parte que tú aceptas? ¿La de que como estamos en un restaurante te das por enterado, sin necesidad de exhibiciones públicas, del gesto que mentalmente te he hecho con el dedo corazón de mi mano derecha?

David fue a contestar, pero ella no le dio tiempo.

—Por mi parte, estoy de acuerdo en lo de no gritarte. Que mandas ya lo veo, ¡y mucho!, pero no me subestimes porque no soporto a los sargentos sin galones. Si estás enfadado, yo no tengo la culpa; tus problemas psicológicos los arreglas a solas con otras damiselas dispuestas a soportar tu autosuficiencia machista. A mí no vas a manejarme tan fácilmente, y menos aún por las malas. Si quieres, por las buenas, hablamos todo lo que sea necesario...

—Yo no tengo ningún problema, ni psicológico ni de ningún tipo, y precisamente si alguien necesita al otro, eres tú a mí.

—Empiezo a dudar seriamente que tú puedas ser la necesidad de alguien, David. Desde luego, creo que en lo que a mí respecta, puedo pasar sin ti. No voy a hacerte perder tu precioso tiempo intentando convencerte de que estoy preparada para hacer mi trabajo, ya que dudo que estés capacitado para escucharme. Lo único que te he pedido, porque no quiero problemas ni contigo ni con tu padre, es que me presentaras a otro colega tuyo.

—¡Escúchame tú a mí!, si es que puedes dejar esa lengua viperina un ratito en estado de reposo... Me importa un cuerno lo que pueda pensar mi padre, eso deberías saberlo, pero por muy malo que sea el concepto que tienes de mí, no voy a olvidar que somos casi hermanos. Así que no voy a dejar que te marches al corazón de África de la mano de un nativo kikuyu dispuesto a engañarte. Eso, en el mejor de los casos.

Mary hizo un gesto de incredulidad sarcástica que consiguió que David sacara lo peor de sí mismo.

—¿Sabes lo que puede representar para ti ir a un lugar solitario e inhóspito en la compañía de dos o tres africanos? Y no te estoy hablando de los peligros que por sí ya ofrece la sabana... Serías como una gacela entre las garras de una leona. No creo que llegaras ni a Narok sana y salva, y eso que sólo hay unas horas de viaje.

David había dulcificado un poco el tono de su voz y Mary dio un respingo en la silla. Realmente no se había planteado esa situación. No había caído en la cuenta de que estaba intentando llevar a cabo un viaje en solitario. Era cierto que en otras ocasiones había visitado zonas tan salvajes como aquélla, pero siempre había ido acompañada de algún colega. La situación empezaba a escapársele de las manos, pero no estaba dispuesta a cambiar su actitud ahora que veía que a él le preocupaba tanto como a ella el tema.

—Pues entonces, cumple con el contrato que has firmado y acompáñame tú, aunque no acierto a ver la diferencia. ¿Realmente me crees tan vulnerable como para no saber defenderme? Si es por miedo a que me violen, te aseguro que puedo hacerles cambiar de idea. De todas formas, explícame cuál es la diferencia entre un kikuyu europeizado harto de tratar con turistas y un británico asalvajado desde hace más de

diez años.

—¿Tú estás bien de la cabeza? —replicó ofendido en lo más profundo de su ser.

—En mi opinión, en el escalafón de virtuosos no tienes un buen puesto. Eres machista, mujeriego y utilizas a las mujeres como artículo de uso y disfrute. Hasta donde sé, no eres sincero con ellas, las embaucas y las conquistas para romperles el corazón tan pronto empiezan a enamorarse de ti. Vamos, que son un juguete de porcelana en manos de un bebé o... ¿cómo has dicho tú?, ¿una gacela entre las garras de una leona...?

—Si eso es lo que piensas de mí no sé qué hacemos hablando desde hace tanto rato ni por qué has venido en mi busca. Creo que esta conversación ha terminado. Desde este mismo instante considérate sola y en perfecto derecho a hacer lo que te dé la gana. —Y se levantó de la mesa con la clara intención de abandonar el restaurante.

Mary no podía dejar que él dijera la última palabra.

—Desde luego, no es lo que yo pienso, sino lo que he podido ver con mis propios ojos. ¿Es necesario que te recuerde que te he visto medio violando a mi propia niñera?

—¡¿Medio qué?! —Se volvió a dejar caer en la silla, sacudido como si le hubieran propinado un mazazo.

La cara de David era un mapa. Mary empezaba a ser consciente de lo que acaba de decir. Acusar a un hombre de violador, no era nada inteligente, y menos si era falso.

Que aquélla fuera la excusa que esgrimió Beatriz en su día para que no la despidieran del trabajo, no la convertía en un hecho real. Estaba claro que era una mujer despechada, pillada en falta grave durante su horario laboral, con un expediente profesional que le cerraba todas las puertas en la alta sociedad británica. Acusar al hijo de su patrón de intentar violarla era la única salida. Y ella, en su inocencia infantil, la creyó; pero ahora conocía la realidad del cuento.

Hacía años que lo intuía pero, por desgracia, desde hacía más de tres años, sabía a ciencia cierta que lo que ella vio era un acto consentido y compartido por ambas partes.

Le había ofendido. Estaba segura de que si ella hubiera sido un hombre, la respuesta inmediata de él hubiera sido un puñetazo en la boca y a esas horas tendría los dientes en un tarrito de cristal. Había podido ver reflejada la ira en sus negros ojos y también los esfuerzos que había hecho para sujetarla mientras hablaba.

Empezó a ponerse un poco nerviosa. Abrió su bolso y sacó un paquete de cigarrillos. Procuró que sus manos no delataran el temblor del que estaban siendo presas. Ofreció uno a David y éste sacó su mechero, un Zippo de plata, para encender ambos pitillos.

—Discúlpame, David. No tengo derecho a acusarte de lo que lo he hecho. Me he dejado llevar por los nervios. Soy mala perdedora.

—Entonces, ¿realmente no piensas que puedo violarte tan pronto nos



encontremos en mitad de ninguna parte, como hice con tu niñera? De todas formas quiero que quede bien clara una cosa, puede que sea todo lo que has dicho pero, en el terreno sexual, jamás en mi vida he forzado a ninguna mujer a hacer algo que no quisiera; ni tampoco nadie me ha forzado a mí. ¿Está claro? Tú verás lo que haces, yo no pienso seguir perdiendo mi tiempo con crías ofensivas. Si lo deseas, mañana te enviaré al hotel a un guía competente para que te acompañe. Con esto creo que hemos dado por terminado nuestro encuentro.

—¿Y el sobre?

—Más tarde pasaré a recogerlo. Ahora necesito aire...

—Lo siento... De verdad —dijo con un hilo de voz, desolada—. Estaré en mi habitación.

Dicho lo cual se levantó de la silla y se encaminó hacia la puerta. David la siguió a pocos pasos y, cuando la alcanzó, la tomó por encima del codo y la retuvo.

—¿Adónde vas?

—Ya te lo he dicho, a mi habitación.

—Ponga la comida en mi cuenta —dijo a la camarera al llegar a la salida—. Me aseguraré de eso.

—¿Por qué? ¿Qué más te da dónde vaya?

—Porque no quiero tener que ser yo quien te lleve de vuelta a Londres para dar explicaciones al viejo de por qué no he sabido cuidar a su nenita. Nairobi es una ciudad peligrosa para una mujer blanca paseando sola.

Mary no respondió y se dejó acompañar, aunque no volvieron a dirigirse la palabra. David le cedió el paso en el ascensor y, sin preguntar, apretó el botón del piso dieciocho. Un grupo de estadounidenses compartió con ellos el recinto hasta la décima planta.

Nadie habló durante el ascenso y a Mary la subida se le hizo tan interminable como había parecido el descenso dos horas antes; sólo que ahora estaba mucho más preocupada y, a juzgar por la expresión que lucía su acompañante, la enfermedad se había convertido en contagiosa.

Cuando se quedaron a solas se puso a buscar la llave en el bolso que llevaba colgado a fin de llenar el espacio con alguna ocupación. Las puertas se abrieron de golpe y Mary salió sin levantar la mirada de sus pertenencias. Su habitación estaba al final de pasillo y él la siguió un paso por detrás.

—¿Me das el sobre ahora? —rompió David el silencio.

Mary se limitó a confirmar con un cabeceo mientras abría la puerta y dejaba que él entrara delante.

Cuando estuvieron a solas y a salvo de la mirada de cualquier curioso, lo sacó del bolso y se lo entregó exhalando un suspiro de alivio.

—Piensa en lo que hemos hablado. A las siete te llamaré para salir a cenar —dijo David mientras abría la puerta y desaparecía.

Mary cerró la puerta con cerrojo tan pronto David atravesó el umbral.

Liberada del peso de aquel funesto sobre, pero todavía furiosa por el encontronazo que había tenido con aquel prepotente, que exudaba testosterona por cada poro de su piel y rezumaba machismo en estado puro, lanzó el bolso contra un sofá y se quitó los zapatos de dos patadas.

Descalza se encaminó a la cristalera y miró hacia el exterior a través de los amplios ventanales, protegidos de los rayos del sol por unas floreadas cortinas. Nairobi era una ciudad grande llena de altos edificios.

Abajo, en la calle, diminutos transeúntes y coches minúsculos circulaban ajenos a sus problemas. Si David se cerraba en banda y se negaba a encontrarle un guía, tendría que tomar soluciones drásticas que no se había planteado de antemano.

Con la vista perdida en los bloques de cemento se percató de que si Tom se enteraba de que David no quería ayudarla, montaría en cólera y la haría regresar a Inglaterra de inmediato.

Por otra parte, Thomas le había dicho que, bajo ningún concepto, telefonara a Londres. Nadie debía saber qué es lo que había ido a hacer. En resumen, la había dejado abandonada a sus propios recursos y decisiones. Si buscaba otro guía a favor del cumplimiento de las necesidades de su empresa, jamás podrían echárselo en cara. Además, quedaba descartado que David, que no se había puesto en contacto con su padre durante años, fuera hacerlo ahora para contarle que ella se había ido de safari con otra empresa porque él no había querido cumplir con su tarea.

Se retiró de la ventana y se dirigió a la cama. Se sentó en el borde, cogió el bombón que había dejado sobre la mesilla de noche y se lo metió en la boca. «Ummmmm, ¡chocolate! Me encanta», se relamió. Estaba cansada, muy cansada.

Disfrutando de aquel dulce placer en el paladar, se tumbó de espaldas, longitudinalmente al lecho. Cerró los ojos, pero su ladina mente lo único que le trajo a la memoria fueron las inquietantes palabras de David: «Tú no vas a hacer este safari... Kenia no es para ti». «No voy a dejar que te marches al corazón de África de la mano de un nativo kikuyu dispuesto a engañarte...», «serías una gacela entre las garras de una leona...».

Un sopor extraño la invadió y cayó en un profundo y alterado sueño en el que David se reía a carcajadas de ella, como cuando se quemó con la empanadilla, mientras repetía esas mismas frases una, dos, tres..., cientos de veces.

David cerró el último de los diarios de Jonathan. Tenía ganas de vomitar. No era la primera vez que se sentía como si fuera un gusano ni que tenía la impresión de que la tierra se tambaleaba bajo sus pies. En esos instantes, su concepto sobre la humanidad no era mejor que el de un gran muladar lleno de excrementos. No le gustaba formar parte de ello y no poder hacer nada por evitarlo.

Se levantó del sillón de la sala de su *suite* y se dirigió al escritorio sobre el que estaba el ordenador portátil. Necesitaba estar seguro de que todo aquello no eran los locos desvaríos de un enajenado.

Aun sin tener que comprobarlo en Internet, sabía que muchas de las fechas y consecuencias de acciones de repercusión mundial de las que Jonathan hablaba en sus diarios, habían sido algo más que proféticas. Como si fuera un Nostradamus del siglo XXI, las posibilidades que había ido desgranando a lo largo de todas aquellas páginas se habían cumplido con una fidelidad que asustaría al más valiente.

De hecho, en uno de los capítulos más reveladores, fechado en enero de 2005, dos meses antes de su muerte, había descrito con letal precisión la terrible crisis mundial que comenzaría a asolar el mundo en octubre de 2008 y de la que aún hoy no se había repuesto.

Visto lo cual, todo lo que detallaba a continuación tenía visos de ser igual de fiable. Sobre todo, porque a tenor de su experiencia como militar y agente secreto, contaba con datos y detalles que le hacían ver todo mucho más claro.

David vació casi de un trago medio vaso de *whisky*. Necesitaba algo fuerte que tuviera la capacidad de nublarle la razón y la lógica, pero la bebida no lo consiguió. Todo era demasiado espeluznante.

Jamás había dudado de que la Tercera Guerra Mundial llevaba años fraguándose en los despachos y que ésta sería nuclear y biológica. El Armagedón tendría lugar tarde o temprano pero ¿tan pronto...? Las fechas de Jonathan no daban más moratoria de doce o dieciocho meses. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

Su padre había ido a meter la nariz en aquel asunto concreto y lo que había conseguido con ello era atroz. ¿Cómo narices había descubierto Thomas Silkford el emplazamiento donde el gobierno británico estaba investigando el letal virus que daría lugar a lo que, en poco menos de unos meses, el mundo conocería como la «Gripe China»?

No tenía la menor idea, pero ahí estaban las fotos y las pruebas. Y lo más terrorífico de todo era que ellos se habían enterado de que él tenía información privilegiada. Una información que, bajo ningún concepto, iban a consentir que llegara a oídos del común de los mortales y que era tan poderosa como para no despeinarse ni un pelo a la hora de amenazarle de muerte.

¿Y qué había hecho el inconsciente del viejo para protegerse? ¡Pues publicarlo! ¡Qué gran idea...!, pensó con sarcasmo.

Bien es verdad que lo había hecho de manera velada pero, al fin y al cabo, era una información codificada que estaba al alcance de cualquiera con la clave necesaria para descifrarlo.

Era tan iluso como para creer que eso podría detenerles. De aquella manera lo único que había conseguido era obligarles a mover ficha. ¡Y vaya si la habían movido! Un jaque al rey que no podría ser neutralizado ni con un ejército de alfiles.

David entornó los ojos, pensativo, y volvió a mirar otra de las fotografías que su padre había incluido en el *dossier*. Una instantánea de Mary haciendo deporte en un parque con una clara amenaza en el reverso.

¡Qué astuto era el viejo! Ahora entendía tantas cosas...

Le importaba un rábano lo que pudiera ocurrir con su vida, pero no así con la de su pupila. Su único objetivo había sido ponerla a salvo. Sacarla del tablero y ponerla fuera del alcance de sus perseguidores, al tiempo que la dejaba bajo la protección del único alfil capaz de mantenerla, al menos momentáneamente, a salvo.

Su padre sabía de antemano que él se habría negado de habérselo explicado así de claro; pero también contaba con que una vez que la muchacha estuviera allí, no tendría corazón de enviarla de vuelta al encuentro de una muerte segura.

El expediente no había sido más que el cebo. Una carnaza que, por otra parte, era suficientemente atractiva como para que le dedicara más de cinco minutos.

Desdobló de nuevo la carta y la leyó:

Querido David:

Supongo que te habrás sorprendido cuando hayas visto que mi emisaria de toda confianza, nuestro enlace, no es otra que Mary Mantley. No me queda más remedio que pedirte perdón por la pequeña encerrona pero, ya te avisé de que el tema es serio. Tanto que, como habrás visto por las amenazas que te he adjuntado, no sólo mi vida pende de un hilo, sino también, la de la hija de Jonathan.

Y no porque toda la información parta de él —supongo que ese cabo es algo que ellos todavía no han atado—, sino porque, como habrás visto en la documentación que te adjunto, cuando han comprobado que yo no voy a amilanarme ante sus extorsiones han optado por amenazar a mi familia.

Ése ha sido el motivo por el que he tomado tantas precauciones a la hora de ponerme en contacto contigo y por lo que no quiero que me telefonees ni vengas a verme. Se supone que a día de hoy nuestras diferencias son tan profundas que no sé nada de ti ni del lugar del mapa donde te encuentras, por lo que tu seguridad está relativamente a salvo.

Sin embargo, hijo, como habrás podido comprobar, siempre lo he sabido. Durante todos estos años he estado al corriente de cuáles eran tus actividades y también de dónde las ejercías. Tampoco me preguntes cómo me he enterado, lógicamente no te voy a dar a conocer mis fuentes; sé que lo entiendes. Pero ¿no me creerías tan descastado como para perder un hijo y quedarme de brazos cruzados? Soy consciente de que me conoces más que eso.

Todo este tiempo he respetado tu decisión y tu silencio, pero ahora, me veo en la necesidad de romper este pacto tácito y recurrir a ti. Tú eres el único que puede ayudarme. Primero porque tu capacidad te faculta de sobra para ello y, segundo, porque soy consciente de que tus relaciones con el Foreign Office ya no son lo que eran y ha surgido entre ambos una grave brecha coyuntural que yo, en mi egoísmo, no voy a dudar en aprovechar.

Mi seguridad, como habrás comprobado, me importa muy poco. No tengo ganas ni ánimo para seguir luchando por una vida que no me gusta y por la que he perdido

la ilusión hace años. Supongo que si no hubiera sido por Mary y fuera un poco menos cobarde, incluso me habría planteado quitármela después de perder a mi esposa y a mi hijo. Pero no puedo permitir que la única persona que ha sido capaz de sacarme de este lodazal que son mis días y mis noches, la pierda por mi culpa.

Ella es joven, vital y tiene todo el derecho a disfrutarla. No ha hecho nada para que, por mi mala cabeza, una panda de desalmados sin corazón se la arrebatara de un plumazo. Y no me digas que eso debería de haberlo pensado antes, que ya lo sé. Pero lo hecho, hecho está y no hay marcha atrás.

Ahora sólo tú puedes salvarla de ese cruel destino. Y también sé que lo harás aunque sea a regañadientes. Sólo por el mero hecho de que tu madre la adoraba y de que Jonathan era tu padrino y mentor, sé que honrarás la memoria de ambos; aunque soy consciente de las diferencias que os han separado desde la infancia.

Ella no sabe nada de esto. Ni siquiera que iba a verse contigo. Te ruego que, mientras puedas, sigas manteniéndola en la ignorancia sobre los motivos que me han impulsado a tomar esta decisión.

Ahora se trata de que mis enemigos le pierdan la pista. Para ello, la he convencido con absurdas patrañas sobre un reportaje de alto riesgo que yo estaba haciendo en ese país y que para que no nos relacionasen, lo mejor para ella era que utilizara su pasaporte español, que paradójicamente está a otro nombre. Por lo tanto, la única persona que ha llegado a Kenia es Laura de la Calle.

Aquí nadie, salvo el director de *Intrepid*, que fue la persona que te contrató, sabe dónde está. Mary tiene visado para tres meses, por lo que tienes tiempo de sobra para mantenerla a salvo y excusa para hacerlo. Del resto ya me ocupó yo.

Tú sólo encárgate de que ella no pueda ponerse en contacto con nadie en Inglaterra. Cómo lo hagas me da igual, pero por Dios, David, ¡hazlo!

Bueno, no te robo más tiempo. Si tienes algún problema, en el expediente tienes un número de teléfono seguro donde puedes localizarme.

Y una cosa más, hijo, cuídate mucho.

Te quiere,

Papá

A pesar de ser la cuarta vez que leía aquella misiva, cuando llegaba a la última línea, no podía evitar el tirón de sus entrañas ni la congoja que se instalaba en su pecho. Jamás había dudado de que su padre le quisiera, pero tampoco nunca hubiera soñado con escuchárselo decir y menos aún verlo por escrito.

Al menos tenía que concederle la habilidad de no haberle dicho cómo tenía que hacer las cosas, a pesar de que la tarea que le había encomendado era una patata caliente. Algo que él no quería hacer y que no sabía cómo se las apañaría para librarse de ello sin poner en peligro a aquella muchachita de arrebatadores ojos rasgados, mirada indolente y cuerpo de infarto.

De momento, le proporcionaría el safari que ella creía que había ido a hacer a Kenia y la apartaría del mundanal ruido. Sin duda, aquel país era lo suficientemente grande e inhóspito como para perder la pista a cualquiera. Luego ya vería cómo se las compondría, pero cruzaría cada puente cuando lo encontrara en su camino.

Algo despertó a Mary bruscamente.

Había dejado abierta la puerta del baño y a través de ella se oía caer el agua de la ducha de la habitación colindante. De pronto tuvo conciencia de que se había quedado dormida. Miró sorprendida el reloj y vio, con asombro, que eran más de las seis de la tarde. La luz había declinado sorprendentemente y su corazón palpitaba deprisa, conmocionado todavía por las pesadillas que acababa de vivir. Un sudor frío empapaba su cuerpo.

Se incorporó a toda prisa. Acababa de acordarse de que las últimas palabras de David fueron que vendría a recogerla a las siete de la tarde. Apenas tenía tiempo para prepararse para la cita. No había podido poner las ideas en orden. Había previsto que durante las horas que faltaban hasta su reencuentro prepararía una estrategia a fin de conseguir su meta, pero el cansancio la había vencido y ahora estaba desprevenida.

Entró en la ducha y abrió al máximo el grifo de agua fría. Sintió un profundo escalofrío. Luego fue templando poco a poco la temperatura y dejó durante algunos minutos que las gotas cayeran sobre su piel hasta hacerla reaccionar.

Utilizar sus encantos femeninos siempre era una baza, así que pensó cuál sería el atuendo adecuado para la cena, haciendo inventario mental del equipaje que había traído. Se envolvió el cuerpo con una toalla que prendió por la punta sobre su pecho y revolvió en las bolsas hasta encontrar un sencillo vestido de lino color salmón, de corte clásico, con un discreto escote cuadrado y tirantes anchos, que tenía una americana a juego. Estaba arrugado.

Se secó la larga melena y maquilló con discreción las profundas ojeras que habían aparecido bajo sus llamativos ojos, que resaltó con una elaborada y finísima línea de color negro sobre el párpado y una gota de máscara en sus pestañas. Justo cuando estaba terminando de aplicarse la crema hidratante y se disponía a encender un cigarrillo, un botones le devolvió el traje perfectamente planchado. Le dio una propina de treinta chelines y le pidió que llamara al servicio de limpieza para recoger el agua que había vertido en el suelo y le cambiaran las toallas.

Se vistió deprisa, ya casi no tenía tiempo. No podía llegar tarde. ¿Dónde había puesto los zapatos? No los encontraba por ninguna parte. Se arrodilló en el suelo para buscar debajo de la mesa, pero la falda del vestido, en forma de tubo, no le facilitaba demasiado la labor. Estaba agachada dando la espalda a la puerta, enseñando sus generosas nalgas, cuando llamaron con unos golpes cortos y secos.

—Pase, la puerta está abierta —contestó sin levantar la mirada estirándose todo lo posible para alcanzar el calzado, que se había colado debajo del tresillo.

Una carcajada la sacó de su ensimismamiento. Era el mismo sonido con el que

había estado soñando durante toda la tarde.

—¿Tú crees que ésta es la mejor manera de recibir a un machista descortés, deseoso de violar a jóvenes desvalidas?

Se incorporó como movida por un resorte mientras el rubor le subía hasta la frente.

—P-Perdón. —Casi no podía articular palabra—. Pensé que era la chica del servicio de limpieza que venía a recoger el agua. Estaba intentando coger los zapatos, que se han colado al final.

Divertido, David la ayudó a levantarse cogiéndola del brazo.

—Yo te los cogeré —dijo mientras se tumbaba en el suelo para alcanzarlos—. ¿Cómo han ido a parar allí abajo? No pareces una mujer muy organizada si es así como cuidas de tus pertenencias. ¿Y eres tú quien quieres llevar a cabo un safari extremo?, no sé cómo vas a salir de ésta...

Su ronca risa inundó la estancia.

Mary se sentía abochornada y fuera de lugar. Se estiró la falda y se atusó el pelo, recogiendo dos mechones que caían sobre su frente con un pasador de pasta, a fin de retirárselos de la cara. No sabía qué decir y optó por callar.

David la tomó del brazo para obligarla a sentarse en uno de los sillones individuales que había junto a la mesa. Luego se agachó poniendo una rodilla en tierra y, cogiendo el zapato que acababa de rescatar, se lo colocó en el pie con toda suavidad.

—¡Ya estás lista, Cenicienta! Ahora vamos a cenar antes de que cambie de idea.

Se apartó a un lado de la puerta mientras sujetaba el picaporte con la mano derecha y le cedía el paso caballerosamente, haciendo con la mano izquierda, un ademán fingido.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mary al salir a la calle, recuperada ya la compostura perdida.

—¿Has oído hablar del Restaurante Carnivore? —ella asintió con la cabeza—. Allí tendrás la oportunidad de conocer a algunos colegas míos y, si sigues empeñada en hacer ese safari, tal vez podamos llegar a un acuerdo con alguien para que te guíe.

Mary no pudo evitar sentir un calambre en el estómago. ¿Sorpresa?, ¿aprensión?, ¿miedo? Por lo visto David había tomado una decisión: no la acompañaría, sin embargo la ayudaría a buscar quien le supliera. Sólo deseaba que la elección fuera la adecuada.

Al parecer, la anterior disputa había minado más su seguridad de lo que ella había pensado en un principio.

Se estremeció y sacó fuerzas de flaqueza para esbozar una amplia sonrisa que acompañó con un tono triunfal.

—Así que, por fin te he convencido para que me presentes a algún colega. Te lo agradezco. Siempre es mejor estar bien asesorada por un profesional.

Pero, como siempre, su conciencia llamó a la puerta de la razón. Thomas eligió

ese momento para asomarse al umbral de su sentido común. Tenía que asegurarse que no iba a dar ningún paso en falso, así que puso cara de niña buena y soltó toda la ponzoña que guardaba en su verbo. Al descuido, como sin darle importancia, preguntó:

—¿Se lo has dicho ya a tu padre?

David giró la cabeza sosteniéndole la mirada, a la vez que la empujaba delicadamente por la espalda invitándola a caminar hacia el restaurante, al que llegarían dando un paseo.

—¿Yo...? ¡No! Yo no tengo nada que decirle, se supone que tendrás que ser tú quien se lo cuentes. Él no espera que yo le llame para nada y está acostumbrado a que conteste a sus solicitudes con silencios y desapariciones.

La tomó de la mano para cruzar la calle, que supuso toda una aventura, pasando entre los coches que les pitaban por su osadía.

—De todas formas —continuó una vez que alcanzaron la acera opuesta—, si aceptas un consejo, te recomendaría que no le dijeras nada y, si lo haces, espera hasta haber regresado. Si todavía le conozco algo, si se lo cuentas ahora no te va a dar su bendición para que hagas el safari e intentará por todos los medios que regreses. A pesar de su mal genio siempre ha hecho gala de tener bastante buen juicio.

—Creo que te haré caso. No en vano has mantenido con él una encarnizada lucha desde tu más tierna infancia.

—Claro, te convendría hacerme caso siempre —dijo haciendo un especial hincapié en la palabra siempre.

Ella no respondió y continuó andando despacio, mientras reparaba en el paisaje humano que había a su alrededor. Ambos conformaban la perfecta pareja de turistas adinerados, objetivo de cualquier malhechor dispuesto a apropiarse de todo lo que llevaran encima; él con su traje de importación color crudo, su camisa blanca y su corbata azul marino; ella con sus zapatos de tacón y su traje color salmón.

Los nativos volvían la mirada al cruzarse en su camino y un chiquillo harapiento, que llevaba cargados un montón de cestos y lucía su mercancía ambulante, intentó venderle un brazalete. David se interpuso entre ambos y le dijo en swahili algunas palabras. El muchacho se marchó rápidamente encaminándose hacia un nutrido grupo de vendedores de su misma categoría.

—La vuelta la haremos en taxi. Nairobi de noche no es una ciudad muy recomendable para hacer turismo.

—¿Qué le has dicho al niño?, se ha marchado como alma que lleva el diablo.

—Nada. Que yo ya te he comprado todos los recuerdos que querías, pero que en todo caso, si te apeteciera algo más, ya me encargaría de conseguírtelos donde no me engañen. Que te dejara en paz si no quería que avisara a la policía.

—Pobre, no estaba haciendo nada, sólo intentaba ganarse algunos chelines. No hacía falta que te hubieras portado tan groseramente con él, bastaba con haberle dicho que no nos interesaba y punto.



David la miró divertido y sonrió.

—Eso es lo que tú crees. Esta gente no cede en su empeño tan fácilmente y, además, son toda una banda organizada. Son tan pesados que, al final, aunque sólo sea para librarte de ellos, les compras cualquier cosa. Pero con la excusa de venderte una baratija, se enteran del dinero que llevas encima y dónde lo guardas, así si les parece buen negocio, te lo quitan antes de que te des cuenta. Y si no pueden por las buenas, intentarán robarte por las malas.

—Creo que exageras. O bien que intentas acobardarme para que me sienta desprotegida sin ti. —Lo que por otra parte empezaba a pensar que era cierto.

—Piensa lo que quieras, pero mientras estés a mi cuidado no voy a dejar que te roben ni, por supuesto, que me roben a mí. Cuando te quedas sola actúas como creas más oportuno, pero te recomiendo que recuerdes mis consejos. —Antes de continuar, esbozó una sonrisa pícar—. ¿O es que piensas que sin mí vas a estar, realmente, desprotegida?

—Supongo que no estaré tan protegida, pero saldré de ésta, descuida. Mi idea de la protección, de todas formas, difiere bastante de la tuya, porque a juzgar por tu actitud lo único que pretendes es tratarme como si fueras mi niño particular, temeroso de que pueda hacer algún movimiento y me pegue un coscorrón; sin embargo lo que yo pretendía era asesoramiento profesional con derecho a equivocarme. Puedes jurar que, como preceptor, tengo suficiente con Thomas Silkford; no necesito recorrer medio mundo para encontrar un sustituto en su hijo.

Él acusó el golpe. A decir verdad era cierto que la estaba sobreprotegiendo, pero sabía por experiencia que las mujeres blancas y guapas eran fáciles objetivos entre la canallesca africana. Era preferible pecar por exceso que por defecto. A lo primero se le suele encontrar solución, pero lo segundo, a veces, tiene un difícil arreglo.

## CAPÍTULO 4

*La mentira es como un pez muerto,  
siempre sale a la superficie*

(PROVERBIO LUO - KENIA)

**Londres**— Virgen Santísima, aquí está involucrado hasta el gato...

Durante más de cinco años, cada tercer viernes de mes asisto a las reuniones «olímpicas» y, si ya en la primera ocasión salí conmocionado —sensación que ha ido en aumento mes a mes—, hoy estoy destrozado.

Hace más de dos años que les escucho hablar de un proyecto absurdo, arriesgado y rocambolesco que apodan «Operación Telic». Nunca lo he tomado en serio, pero debería haberlo hecho.

Filtrar a la ciudadanía información falsa sobre que Irak posee armas de destrucción masivas en contra del Convenio de 1991, parecía una simple maniobra de despiste sobre problemas más acuciantes. Esta tarde, sin embargo, han sido más explícitos y han reconocido que existen problemas técnicos en la ejecución de la fase definida.

Ahora planean, en connivencia con Estados Unidos, hacer creer que Saddam Husein, apoyado por células de terrorismo islámico, es una amenaza para el mundo y hay que destruirlo. Están hablando de provocar una guerra en Oriente Medio... ¡Esto es de locos!

*(Entrada del 15 de diciembre de 2000  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Nairobi, 3 de enero de 2011*

El Carnivore era un restaurante lujoso y estaba lleno de turistas. Una camarera se acercó a David, llamándole por su apellido sin haberle preguntado previamente, mirando atentamente y con descaro a Mary y observando su piel y su ropa. Tras indicarle que la mesa que había reservado estaba preparada, les guio hasta ella.

—Veo que eres un personaje muy conocido en todas partes, parece que gozas de muy buena reputación por estas tierras...

—No lo dudes.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Sí, bastante. Casi siempre que estoy en la ciudad vengo alguna noche a cenar.

—¿Cenas de negocios?

—Preguntas demasiado, *milady*, pero por esta vez voy a satisfacer tu curiosidad femenina. No siempre son cenas de negocios; pero si lo que quieres saber es si es aquí adonde traigo a mis conquistas, te diré que casi nunca lo hago porque prefiero llevarlas a lugares más discretos y románticos. ¿Satisfecha con la respuesta?

—No me importa nada lo que hagas con tus conquistas —respondió furiosa—, sólo intentaba entablar una conversación sin que discutiéramos continuamente. Empiezo a aburrirme con tanta disputa.

Mary se sentó en la silla que él separó amablemente para ella, a todas luces divertido de hacer saltar sus resortes cada vez que se lo proponía. Le encantaría saber cómo poder evitarlo.

El local era grande y olía a carne asada. David tomó asiento enfrente. Entre ambos se levantaba una enorme fuente de tres pisos en la que habían dispuesto alrededor de una veintena de salsas diferentes. Al igual que ocurrió a mediodía, y ejerciendo de perfecto guía turístico, él no tardó en explicarle en qué consistía cada uno de aquellos manjares que poco a poco iban trayendo los camareros. Todo un desfile de diferentes especialidades de carnes ensartadas en espetones que iban desde la nada exótica ternera hasta el temible cocodrilo.

—Cada salsa es para una carne distinta. Si como dices tienes buen estómago, te recomiendo que pruebes todas: eland, avestruz, oribí, búfalo, cocodrilo, ñu... Yo te indicaré qué salsa corresponde a cada una y, cuando consideres que no puedes tragar ni un bocado más, baja la banderita que tienes delante del plato para que los camareros dejen de servirte.

La cena resultó agradable y ambos se relajaron mientras la conversación giraba por derroteros gastronómicos. Mary no se sintió con ánimos de regresar al maldito tema hasta que hubo acabado la comida y, aun entonces, se resistía a ser la primera que abordara el asunto.

Cuatro jóvenes hicieron su entrada y David se levantó de inmediato para dirigirse a ellos. Mientras ella se quedaba en la mesa disfrutando de un excelente café local, observó atentamente su corta charla, que interrumpieron al cabo de unos pocos minutos para acercarse hasta donde ella estaba sentada.

—Voy a presentarte a unos compañeros —dijo mientras ella se ponía en pie para saludar cortésmente—. Ellos también son guías turísticos, los colegas de los que te he hablado mientras veníamos de camino: Anthony, Jacques, Harry y Greg.

Mary les tendió la mano mientras estudiaba cuidadosamente a cada uno de ellos.

—Ella es la señorita Laura de la Calle, una gran amiga a la que conozco desde que éramos pequeños.

Mary se extrañó al escucharle usar su nombre español, pero no puso objeciones. Suponía que su padre le había dado algún tipo de instrucción en el sobre que le había hecho entrega aquella misma tarde.

Lo que más la sorprendió, sin embargo, fue que estuviera dispuesto a dar tantas

explicaciones a sus compañeros. Él, que parecía hacer gala de un estudiado hermetismo en cuanto a lo que su vida privada se refería. Aunque al pensarlo otra vez, supuso que las aclaraciones eran debidas a que, si iba a ponerla en manos de alguno de ellos, preferiría que supiesen que entre ellos había vínculos antiguos, con lo cual podría estar evitando ciertos problemas de la índole que le había planteado durante el almuerzo.

Aunque, hubiera sido mucho más cómodo presentarla como su hermanastra de padre, más consanguíneo y más seguro para el caso, pero por el motivo que fuera, aquello parecía que tenía que seguir siendo un secreto.

Ellos contestaron cortésmente al saludo, estrechándole la mano por turnos.

Harry, un africano joven y guapo, acompañó el apretón con el habitual «*Karibu*», a modo de bienvenida. Tras las consabidas preguntas, los cuatro se dirigieron a una mesa situada en el extremo oriental del comedor y David recuperó su asiento.

—Harry es kikuyu, trabaja para una compañía especializada en aventuras en *camping*; Greg también es kikuyu y trabaja para la U. S. T. (Universal Safari Tours), que prefiere convertir la experiencia en un lujo con alojamientos en *lodges*; Jacques es francés, aunque nacido en Kenia, y su padre creó la compañía de viajes que ahora regenta él y fue uno de los pioneros en hacer turismo especializado por el país. En cuanto a Anthony, él es keniano, de abuelos australianos, y presta sus servicios en la Yare Safaris Ltd.

David soltó todo aquello del tirón, nada más sentarse y beberse de un sorbo la taza de café que empezaba a enfriarse.

—Cualquiera de los cuatro son lo bastante competentes como para prestarte sus servicios. ¿Cuál de ellos prefieres?

—¿Y yo qué sé?

No podía dar crédito a lo que escuchaba. Apenas podía creer que David fuera a tratar el asunto con tanta ligereza. Y ella que pensaba que estaba intentando preservar su seguridad e integridad física...

—Se supone que eres tú quien los conoce. Elige tú por mí, seguro que lo harás bien.

—A mí me da igual. ¿Qué prefieres, un negro, un australiano o un francés? —repuso con frialdad.

—A la que le da igual es a mí. No he venido hasta Kenia para ligar, sino a trabajar, y eso es lo único que pienso hacer, así que elige por mí e infórmame de los resultados.

—Bien, en ese caso, creo que Harry es el más competente. ¿No serás racista, verdad?

—A veces pienso que eres tonto de remate, ¡claro que no! Yo no tengo ningún tipo de prejuicio, en eso no me parezco nada a ti.

Estaba tan ofendida que no se molestó en disimular la afectación de su voz. David parecía muy divertido con la situación. Daba la sensación de que el terrible mal

humor que había exhibido durante toda la jornada se hubiera disipado con la ducha y la siesta, porque desde que abandonaron el hotel él había estado sonriendo la mayor parte del tiempo y parecía ser feliz sacándola de sus casillas cada pocos minutos.

—Bueno, pues elegido el guía, tendrás que decirle cuáles son tus objetivos y qué lugares tienes previsto visitar. Eso es lo más importante para preparar un safari como el que quieres hacer.

David estaba dispuesto a hacerla rogar y continuó exprimiendo la situación hasta límites insospechados. Sabía que ella no traía nada preparado porque en *Intrepid* le dijeron que él tendría que encargarse de todo y que lo dejaban a su libre albedrío.

Y Mary estaba a punto de perder los nervios sabiéndose fuera de juego en todo momento. No esperaba aquello, había leído algo sobre el país y sus parques, pero no había preparado una guía de trabajo acorde a sus necesidades. Le habían avisado que ella tenía que limitarse a dejarse llevar y hacer fotos.

—En estos momentos no tengo aquí mis notas sobre las necesidades a cubrir para hacer el reportaje —mintió con objeto de ganar tiempo. Lo haría después con ayuda de Internet—. No tengo intención de ir a la costa, pero quiero conocer todos los Parques Nacionales y Reservas, y dentro de eso, lo importante y lo menos turístico. Además, quiero hacer una excursión en globo, un *tour* en avioneta y no sé... Lo que surja.

—Veo que tus exigencias son tan amplias como tu osadía. Espero que cambies de idea tan pronto te pongas en camino y te conformes con hacer alguna que otra foto en el Maasai Mara. Con eso tendrías suficiente como para cubrir el expediente sin arriesgarte demasiado.

Ya no lucía la sonrisa de la noche y se había puesto serio.

—Lo dudo, hacer fotos es para mí algo más que un trabajo. Es mi pasión. Siempre quiero más.

—Bien, lo que tú quieras. ¿Hablamos ahora con Harry o prefieres que se lo diga yo y llegue a un acuerdo con él?

—Preferiría que lo hiciéramos juntos.

—¿El qué? —dijo David con un brillo pícaro en sus negros ojos.

—Hablar con Harry ¿qué va a ser? —contestó furibunda.

—Lo cierto es que no me parece demasiado acertado ahora que está comiendo con tres compañeros de la competencia; sería una descortesía por mi parte para con el resto. Esperaremos a que se vayan para hablar con él, pero creo que tú deberías ir al hotel a descansar. En Kenia amanece muy temprano y tienes muchas cosas que preparar si quieres salir mañana.

—¿Mañana? —pregunto incrédula.

No era posible que sólo cuatro horas antes le dijera que tenía que regresar a Gran Bretaña y ahora quisiera que partiera de inmediato para un viaje de meses. Era demasiado precipitado.

—Sí, mañana. No tienes demasiado tiempo si realmente quieres hacer todo lo que

tienes previsto. Cubrir todo ese territorio te llevaría varios meses, lo que te deja en una difícil situación: en marzo empieza la estación de grandes lluvias y convendría que estuvieras de regreso para esa fecha si no quieres quedarte atascada en mitad de ninguna parte. Apenas si dispones de dos meses.

—Pero no he preparado nada. Sólo he traído un saco de dormir y mi equipo de fotografía.

—No te preocupes, Harry se encargará de todo. Tú límitate a llevarte tus efectos personales, que del resto se ocupa él. En cuanto al equipaje, toda esta ropita de niña rica que luces, puedes dejarla en el hotel; llévate sólo lo que de verdad vayas a necesitar. A tu regreso estará todo perfectamente cuidado, daré órdenes para que lo guarden en mi habitación hasta que vuelvas.

Por supuesto ella siempre había sabido que todo aquel despliegue de vestidos elegantes no tenían ninguna razón de ser en la sabana, pero Thomas se había empeñado en que lo llevara por si tenía que ampliar su estancia en la ciudad y hacer alguna gestión para él y el reportaje que estaba preparando.

—Bien, entonces aquí acaba nuestro encuentro, ¿no? Dime cómo puedo regresar al hotel y a qué hora tengo que estar lista.

Su orgullo no le permitía echarse atrás una vez que había tomado una decisión. No sería una Silkford de pura cepa, pero vivir con ellos durante tantos años había marcado su carácter. Por otro lado, sus genes españoles eran lo suficientemente potentes como para conferirle un genio latino al cien por cien.

Le parecía todo muy precipitado, pero no iba a darle el gusto de arrepentirse. Justo eso era lo que él estaba esperando que ocurriera. Su voluntad estaba por encima de los contratiempos y su forma de ser no le permitía crear problemas antes de que éstos sucedieran. En caso de que se presentaran, sólo entonces, se plantearía cómo salir al paso de ellos.

—Por supuesto en taxi, pero te acompaño. Una vez a buen recaudo en el Hilton estarás libre para hacer todas las locuras que quieras; hoy todavía estás a mi cuidado.

—Entonces vamos, que tengo una larga noche por delante.

—No tan larga, *milady*, mañana empieza la tarea a las cinco de la madrugada.

—Bien, estaré dispuesta para esa hora. Dile a Harry que le estaré esperando en la recepción del hotel.

Ambos se pusieron en marcha. David sacó un fajo de billetes de la americana, contó un buen número y los depositó sobre la mesa.

Antes de salir a la calle, se despidieron de los cuatro guías que habían llegado poco rato antes, momento que David aprovechó para cambiar algunas frases en kikuyu con Harry. Luego ya en inglés y con tono autoritario le dijo:

—Te espero dentro de una hora en la cafetería del Hilton. No tardes demasiado.

David paró un taxi. No hablaron durante el trayecto, ella estaba preocupada y él permanecía pensativo. Cuando llegaron al destino, otro portero diferente al que le había dado la bienvenida por la mañana le abrió la puerta mientras él abonaba el

importe correspondiente al conductor tras un corto regateo en swahili.

Sin esperar a su acompañante, entró en el hotel. David se acercó por detrás cuando esperaba el ascensor.

—¿Te encargarás tú de decirle a Harry cuáles son mis necesidades? Te quedaría muy agradecida si quisieras pasarle el plan de viaje que habías confeccionado para el fotógrafo de Silkford Ediciones que esperabas —le preguntó sin girarse para mirarle.

—No te preocupes, me encargaré de todo. Va a salir bien, ya lo verás.

—¿Estarás aquí cuando regrese? —le preguntó Mary con voz queda, ante la puerta de la habitación.

—Supongo que sí. Por nada del mundo me perdería tu maravillosa experiencia.

—Bien, entonces digámonos adiós ahora, no me gustan las despedidas.

David tomó la mano que le tendía y, tirando de ella hacia él, se agachó y le dio dos besos en las mejillas.

—¡Hasta la vista, *milady*! —dijo con una ancha sonrisa en los labios.

—Adiós, David. Si alguna vez vas a Londres, espero poder corresponder a tu hospitalidad y devolverte la invitación a las comidas. Llámame, sabrás cómo localizarme.

Luego entró en su habitación y cerró con llave.

En el fondo, estaba dolida por la indiferencia de David ante la petición de su padre. Él se había espantado las moscas del hombro y le había dejado la responsabilidad a un amigo.

Empezaba a pensar que Tom tenía más razón de la que ella suponía con respecto a su único hijo. Pensaba que exageraba, desvirtuando lo que no podía ser otra cosa que rebeldía de juventud que, con los años, habría dado paso a la seriedad y responsabilidad de un adulto de, casi, treinta y cinco años. Pero se había equivocado. Estaba claro que seguía siendo el individuo altivo, malhumorado, orgulloso, mujeriego y machista que conocía desde la infancia. Todo un combinado de las cualidades que Mary más odiaba en un hombre.

Claro que, ¿qué se puede esperar de un misógino?

David abría la puerta de su *suite* dos horas más tarde.

Un hombre rubio, fuerte y apuesto, de tupida melena rizada, ojos azules y piel morena miraba el televisor con el mando a distancia en la mano derecha y un botellín de Tusker en la otra. Había otros dos vacíos sobre la mesa.

—Hola Dann. Perdona el retraso. He tenido que dejar resuelto un asunto.

—Está bien, amigo. He estado entretenido —dijo levantando la cerveza, como si brindara.

—¿Cómo ha ido la reunión?

—Mal.

Dann Warter era un hombre conciso. No era dado a grandes explicaciones, pero aun así, una respuesta tan breve sólo sirvió para alertarle.

—¿Qué ha ocurrido?

—No me gusta nada cómo están las cosas, David. Patrick Kiruki es un gran hijo de puta disfrazado de hombre honrado. Ha tenido la desfachatez de amenazarme sin ningún miramiento.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues con su ladina carita de no haber roto un plato en su vida, me ha sugerido que, tal y como están las cosas, es mejor que hagamos oídos sordos a los disparos que escuchemos a partir de ahora en el Tsavo y otros parques. Que está todo demasiado revuelto con el tema de los furtivos y que, puesto que nosotros tenemos ciertas libertades en los parques, es mejor que pasemos desapercibidos, porque al ser blancos e ingleses...

—¿Está insinuando que podrían pensar que nosotros estamos involucrados en el tema?

—Eso parece.

David, incrédulo, se limitó a soltar una carcajada.

—Vamos, que no le ha hecho ninguna gracia la carta que hemos enviado al director del Kenya Wildlife Service... —dijo David cuando fue capaz de contener la hilaridad.

—Era lo que esperábamos, ¿no?

—Sí, por supuesto. No tenía ninguna duda de que no tardaría ni una semana en llegar a sus oídos, pero...

—No hay peros, David. Kiruki está al cabo de la calle de lo que está pasando. De alguna manera está involucrado en todo esto.

—Bien, bueno es saberlo.

—No es suficiente con saberlo. Él también está al corriente de que conocemos los hechos...

—¿Y qué sugieres? No puede hacer nada contra nosotros, Dann. No hemos quebrantado la ley. Nos hemos limitado a cumplir con nuestra obligación y poner en conocimiento de la autoridad pertinente que no todas las cazas ilegales en Kenia están lideradas por furtivos somalíes; que hay blancos cazando en estas tierras...

—David, Kiruki me ha recordado que tenemos que renovar la licencia turística como *tour*-operadores de clase A en marzo y me ha advertido que, con tanto revuelo, es muy posible que nos cancelen el permiso para acampar fuera de las áreas acotadas para ello, limiten la circulación de nuestros vehículos y nos retiren la licencia de los aviones. Todo ello antes de preguntarme por la salud de mi mujer y mi hijo...

—¡Kiruki es un grandísimo hijo de puta!

—Te repites, socio. Eso ya lo he dicho yo antes.

David se dejó caer, derrotado, sobre el sofá de la sala. La expresión de capitulación en el rostro de su amigo le alarmó todavía más que la furia que sentía crecer en su interior como un maremoto incapaz de detener.

¿Dónde estaba la fría determinación y el arrojo del hombre con el que se había



jugado la vida durante tantos años al servicio de la Corona? ¿Qué había pasado con la legendaria sed de justicia de su socio? ¿En qué rincón de su alma había escondido el amor por su tierra y los animales que la poblaban?

De alguna manera, David lo sabía. Dann tenía miedo. Pero no era miedo por él mismo, sino por su mujer y su hijo recién nacido, que ahora lo eran todo para él... Aquél mal nacido se había permitido el lujo de amenazar la vida de esas dos inocentes personitas.

Miró a su alrededor y evaluó de nuevo la situación. Dann era su socio y su amigo, prácticamente lo primero en su particular escala de valores; pero para el rubio exagente del MI6, David Silkford y Kenia ya no eran lo que habían sido. Ambos acababan de bajar unos cuantos puestos en el escalafón de importancias. Pudiera ser que para Dann su vida siguiera sin ser lo primero —aunque ya no estaba tan seguro de eso—, pero la de su familia era otra historia. Sabía que la protegería por encima de cualquier cosa.

Y podía entenderlo, pero no lo compartía. Él seguía sin tener nada que perder. Continuaría luchando por los valores que consideraba importantes, aunque su antiguo compañero de fatigas no pudiera estar a su lado secundándole. Se sobraba y bastaba para hacer el trabajo por los dos. Y había muchas fórmulas para conseguirlo.

De todas formas, ése no era el momento. Necesitaba tiempo. Ahora tenía demasiados asuntos encima como para tomar ninguna decisión precipitada. Las afrontaría de una en una, y lo primero era resolver los problemas de un padre con el que no se hablaba y una especie de hermanastra a la que tenía más aversión que simpatía. ¡Pero nobleza, obliga! Kenia podría esperar unos días.

Sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo de su americana y encendió un cigarrillo con movimientos metódicos. Luego se dirigió al minibar y abrió la única botella de cerveza fresca que quedaba en la nevera. Haciendo un alarde de pragmatismo, que por supuesto no sentía, se quitó la chaqueta, se desanudó la corbata y volvió a tomar asiento junto a Dann.

De alguna manera tenía que tranquilizarle y sacarle de la encrucijada en la que se encontraba. Sabía que la vida de todos ellos corría un serio peligro y que, para los corruptos corazones de la mayoría de políticos africanos, borrar a dos europeos y a sus familias del mapa no era nada complicado. Era importante seguir manteniendo la calma.

Por otro lado era consciente de que las prioridades cambiaban en función de las circunstancias y de que algunos amigos habían llegado a convertirse en terribles enemigos empujados por la velocidad y la dirección de los vientos reinantes. Ya tenía suficientes adversarios en su haber como para conseguirse otro más.

La fauna y la naturaleza de Kenia eran importantes para él, sí, pero no tanto como para granjearse la enemistad de su mejor amigo. Lucharía con su propia vida para que todo aquello no desapareciera y para que los animales no se extinguieran porque, entonces, ¿qué iban a enseñar a sus clientes?; pero ya habría tiempo y forma de

salvarlos a todos sin tener que llevar sobre su conciencia más muertes injustificadas.

—Bueno, socio, tenemos un pollo en el horno, ¿verdad? Son estos malditos bichos o nuestro futuro... —preguntó David quitando hierro al asunto.

—Sí, eso me temo.

—¿Y qué sugieres, Dann?

—No lo sé. Estoy hecho un lío.

—Por mi parte pueden ir dándoles mucho a los bichos... ¿Qué te ha dicho Evelyn al respecto?

—¡Por Dios, David, Evelyn no sabe nada! Y espero que siga siendo así durante mucho tiempo —le amenazó veladamente, sugiriendo que mantuviera la boca cerrada sin informar a su esposa de lo que estaba ocurriendo.

—No te preocupes, no acostumbro a inmiscuirme en asuntos conyugales.

—Ya.

—De cualquier forma, nosotros hemos cumplido con nuestra obligación. Ya están enterados, ¿no?

—Sí, así es.

—Intentaremos asegurarnos nuestra licencia por otros medios y ya veremos qué hacemos en un futuro, ¿te parece?

—Creo que es lo mejor —acató aliviado.

—Además, yo ahora tampoco puedo centrarme en ese tema. De momento voy a ocuparme de esos asuntos personales que te comenté esta tarde, que son más urgentes. Y, como sabes, tengo contratado un safari, así que me voy hoy mismo de Nairobi.

—Por cierto —le interrumpió Dann—, con respecto al tema de tu padre, ya he hecho algunas gestiones. He puesto vigilancia en el laboratorio y también me he encargado de que alguien cubra las espaldas a Thomas Silkford. Tú, límitate a hacer tu parte, tal y como hemos acordado, y espera mis noticias al respecto.

—De acuerdo, Dann, gracias por todo. ¡Eres rápido, joder!

—¿Lo dudabas?

—No. —Se rio—. Y no te olvides de tranquilizar al cabrón de Kiruki; dile que no creemos que lleguemos a escuchar más disparos de furtivos y ocúpate de que Evelyn prepare una fiesta a la que asistan todos los que son alguien en el Ministerio de Turismo.

—¿Para qué? ¿Por qué quieres una fiesta?

—Para tenerlos a todos a mano y poder asegurarnos nuestras licencias al tiempo que vemos cómo respira cada uno...

—Sí, creo que sí. Me parece una buena idea —dijo Dann analizando la nueva opción que su amigo había puesto sobre el tapete—. Tenemos la excusa perfecta, daremos una fiesta con motivo del nacimiento de Mickel.

—¡Ah, muy buena idea!

—Por cierto, recuerda que eres su padrino y que el bautizo es dentro de tres

semanas, David.

—Tranquilo, socio, que no me he olvidado.

Aún faltaban diez minutos para las cinco cuando Mary salió del ascensor en la recepción del hotel.

Esperaba que, a esas horas de la madrugada, el vestíbulo estuviera prácticamente vacío; pero su sorpresa fue enorme cuando en cambio observó a una barahúnda de turistas, agolpándose en grupos, en torno a un buen número de desbordados guías que intentaban poner orden entre ellos, con escaso éxito.

Aquel elegante entorno era lo más parecido a un patio de colegio. Sonrió. Parecían revoltosos escolares hablando todos al mismo tiempo, con la expectación y la euforia reflejadas en las miradas, perfectamente uniformados con sus trajes de aventurero. Aferrados a los *trolleys* de sus coloridos equipajes, gritaban intentando hacer valer sus derechos haciendo oídos sordos a las normas que, por su bien, pretendían hacerles seguir.

«¡Qué curiosa es la naturaleza humana! Todos nos desbordamos cuando nos dan carrete...», pensó alarmada al comprobar que, al contrario de lo que había pensado al principio, no estaba tan deseosa de abandonar lo que sería el último reducto de civilización en muchos días.

«¡Maldito sea David Silkford, que ha metido en mi cabeza todas esas ideas!».

Al principio había dado gracias a Dios porque él no había querido hacerse cargo del trabajo para el que le habían contratado, pero ahora ya no estaba tan segura de haber tomado la decisión correcta.

Hasta el mediodía anterior había creído que lo peor que podía ocurrirle era tener que aguantar durante varios meses al malhumorado hermanastro que le había procurado el destino, pero a estas alturas, lo que en un principio le había parecido una tabla de salvación para sacar adelante el reportaje que había ido a hacer a aquel país, ya no le parecía tan buena idea.

No sabía hasta qué punto estaba acertando yéndose a la solitaria sabana africana con un kikuyu al que no conocía de nada. Sólo esperaba que David no se hubiera equivocado con la elección.

Quizá fuera buena idea dejar dicho en la recepción del hotel con quién abandonaba Nairobi. Pero cuando se dirigía al mostrador para dejar una nota, recordó que Tom le había pedido que cubriera sus pasos y no dejara rastro allá donde fuera. Resignada, elevó una última plegaria al Cielo pidiendo ayuda y se olvidó de todo abandonándose, esperanzada, a la buena suerte.

Miró el reloj y decidió aprovechar el tiempo. Aún tenía que abonar su estancia en el hotel.

—Señorita De la Calle —le abordó el jefe de recepción cuando la vio, antes de que ella pudiera decirle nada—, el señor Silkford ya nos ha informado de su marcha y ha cancelado su cuenta.

—Ah, qué bien. Muchas gracias. Verá, he dejado parte del equipaje...

—Sí, sí, ya nos ha dicho el señor Silkford que nos encarguemos de ese tema y que traslademos sus pertenencias a la *suite* de él hasta que usted regrese.

—¡Fenomenal! Ya veo que son todos ustedes muy competentes.

—Le deseamos una feliz estancia en nuestro país y *Babati njema!* Buena suerte —dijo traduciendo de inmediato la coloquial frase local.

—Ha sido un placer. ¿Cómo se dice «muchas gracias» en swahili?

—*Asante sana*, señorita.

—Pues... *Asante sana*. Espero encontrarle aquí a mi regreso.

El hombre sonrió, asombrado ante el espectacular cambio de imagen que había sufrido la joven desde su llegada. La primera vez que la vio junto a David Silkford no pudo evitar fijarse en ella. Sin duda aquella delicada belleza occidental tenía los ojos más bonitos que había visto en cualquiera de las mujeres que habían acompañado jamás al guía, y eso que aquel europeo solía tener un éxito arrollador con el sexo opuesto.

Aún seguía sonriendo cuando ella se alejó al encuentro de Harry.

Mary se olvidó de inmediato del jefe de recepción y buscó sus pertenencias entre los carros de equipajes, colocados en fila junto a la puerta de cristales de la entrada. Por fin divisó a su guía, vigilándolo como un rottweiler, mientras le hacía señas con la mano.

—Buenos días, Harry. ¿Dispuesto para la marcha? —dijo colocándose sobre un hombro el pequeño macuto en el que había guardado los artículos de primera necesidad y colgándose una cámara fotográfica en el otro, a la vez que tomaba una de las bolsas de viaje.

Harry la miró, tan sorprendido como el viejo recepcionista. Aún no había conseguido sobreponerse a la impresión por el cambio operado en aquella mujer durante la noche. Cuando la vio salir del ascensor, su imagen no era exactamente la que esperaba encontrarse pero, además, esa mañana incluso hablaba diferente. No quedaba ni rastro de la joven con aspecto de ricachona caprichosa y voluntad quebradiza que le habían presentado la noche anterior.

Iba perfectamente equipada, no lucía ropas costosas ni bien planchadas y su larga melena ya no se agitaba al viento, sino que estaba recogida en un pasador en forma de pinza de cangrejo y daba la sensación de que se la había cortado. Sus delicados y cimbreados andares eran mucho más resueltos y menos elegantes bajo las cómodas botas de *trekking* y el peso del equipaje, que tomó resuelta sin esperar a que él le ofreciera ayuda. Incluso su suave voz y delicados modales se habían vuelto más enérgicos y parecían estar menos afectados.

Aun así, seguía luciendo unas curvas apetecibles, aunque ya no resultaban tan inquietantes bajo los típicos pantalones de safari y la amplia camisa beige de algodón, con enormes bolsillos que disimulaban sus generosos pechos.

¿Se habría topado, sin saberlo, con la doctora Jekyll y *lady Hyde*?

Sin dar más vueltas al tema, se dejó ayudar por ella para cargar el todoterreno, lo que consiguieron en un tiempo récord. Cada vez estaba más sorprendido, ¿de dónde sacaba la fuerza una mujer tan delgada? Había manejado las bolsas de su equipaje como si contuvieran plumas en lugar de pesado equipo fotográfico. ¡Ni siquiera sudaba!

No sólo no sudaba, sino que todavía tenía frío.

Mary se colocó la sahariana que había dejado sobre el asiento del coche y se tapó con ella cerrándosela con el cinturón, sin subirse la cremallera, mientras resoplaba como un caballo nervioso e intentaba calentarse las manos restregándoselas una contra otra. Hacía fresco, más del que esperaba. ¿O era la incertidumbre?

Estaba segura de que más tarde, cuando el sol estuviera en lo alto, estaría dispuesta a pagar por aquella temperatura, pero ahora se planteaba decirle a Harry que pusiera la calefacción.

Cierto era que todavía no había amanecido del todo. Por el espejo retrovisor podía ver la luminosidad creciente a medida que salían de la ciudad en dirección oeste por una carretera que, aunque asfaltada, había gozado de mejores días.

Nada más dejar atrás el último edificio, el paisaje cambió bruscamente en una interminable hilera de verdes colinas. Tuvo tiempo de relajarse mirando el paisaje. Harry conducía despacio. Parecía que no tenía prisa por llegar a ningún sitio.

No tenía ni idea de lo que tardarían, pero a aquel paso y por aquella ruta, sería una eternidad. Desplegó el mapa de carreteras que había cogido en la recepción del hotel.

—Supongo, Harry, que nos dirigimos al Maasai Mara, ¿no? Al menos eso fue lo que me dijo David anoche.

—Sí, señorita. El señor Silkford ha trazado una minuciosa ruta de viaje. Empezamos en el Mara y luego iremos visitando otros parques según sus intereses y necesidades si, por supuesto, sigue interesada en los servicios de la agencia.

—¿No nos acompañará nadie más? ¿Ni siquiera tienes un chófer o un cocinero?

—Claro que sí, el resto del personal, junto con el equipamiento, ha salido hace algunas horas desde nuestro campamento base; van en un camión y el viaje es más lento. Con nosotros viajan tres personas más, no se preocupe, que todo está previsto para que no le falte de nada.

Harry procuraba contagiar su alegría y buen humor, pero Mary no conseguía relajarse por completo. Nerviosa, sacó un cigarrillo del bolsillo de la cazadora con la vaga esperanza de embotar los temores con nicotina y olvidarse de las inquietantes palabras de David.

No sabía si el motivo había estado realmente en aquel desagradable vicio o en la belleza del paisaje que la rodeaba, pero afortunadamente, poco a poco, dejó de recrearse en su imaginación y empezó a disfrutar de lo que tenía delante. Habían dejado atrás las verdes colinas y se divisaba un espectacular paisaje con un profundo valle abajo, tan impresionante que a veces pedía a su chófer que bajara la velocidad para tomar alguna instantánea con la cámara que llevaba apoyada sobre el regazo.

Por fin llegaron a Narok y pararon para repostar. Estaba entumecida y empezaba a acusar el calor que horas atrás ya había augurado, así que aprovechó la parada para estirar las piernas y aligerar la ropa que llevaba encima. Soltó las cremalleras de las perneras de los pantalones, convirtiéndolos en unos atractivos *shorts*, se quitó la cazadora y se remangó la camisa.

Aquello no podía catalogarse de área de servicio. Apenas un surtidor en mitad de la nada, custodiado por un nativo sonriente que, al ritmo habitual de aquel país, se tomaba la vida con mucha calma.

Se desabrochó el pañuelo que llevaba atado al cuello y se limpió la cara con él, volviéndoselo a colocar inmediatamente; luego tomó una botellita de agua mineral de su macuto y tras beber de un trago la mitad, le pasó el resto a Harry para que apurara el contenido.

Él la miró extrañado y aceptó la invitación.

Acto seguido continuaron viaje hacia el sur, tomando una incómoda pista de arena, que se prolongó interminable dejando tras ellos una densa nube de polvo ocre que hacía irrespirable la atmósfera. Finalmente, poco después de las diez de la mañana, llegaron a lo que según su guía era el Sekenani Gate. Tenía la espalda magullada por el traqueteo.

Un guerrero maasai se acercó a ellos en cuanto les vio, con el rostro relajado en una amplia sonrisa que dejaba ver una precaria y blanquísima dentadura, en la que las mellas y las caries eran casi más abundantes que las piezas sanas.

Tenía la piel de ébano y vestía una corta túnica carmesí anudada al cuello, que dejaba al descubierto sus musculosos hombros y brazos, recogida a la cintura con un sinfín de cinturones de cuentas multicolores. Llevaba una lanza de madera con una puntiaguda punta de acero y collares y pulseras adornaban toda su anatomía con un sinfín de abalorios de colores.

Era guapo, muy guapo, a pesar de llevar el pelo casi rapado al uno y de la deformidad de sus orejas, de las que pendían dos larguísimas elipses del mismo material que sus pulseras, pero que en lugar de caer desde la parte inferior del lóbulo, lo hacían desde la ternilla superior, donde lucía dos grandes agujeros.

Le costó resistirse a la tentación de tomar la cámara y hacerle algunas fotos, pero su sentido común le dictó que no era lo más prudente; sabía que los maasai no eran amigos de las instantáneas. Prefirió esperar para mejor ocasión.

—¿Son ellos los guardianes del parque? —preguntó cuando se pusieron en marcha.

—Sí. Viven agrupados en poblados llamados *manyattas* alrededor de la reserva y cuidan de la limpieza a la vez que velan por la seguridad de los animales y los visitantes. A cambio cobran una cuota de entrada diaria, ¡y más vale que pagues si no quieres dar con tus huesos en la cárcel, acusado de ser un cazador furtivo!

—Pero aquí es muy fácil pasar desapercibido, ¿no?

Harry se rio alegremente.

—No, señorita. Aunque aquí parece que nadie repara en nosotros, todo está perfectamente coordinado y se conoce cada uno de nuestros movimientos.

—¿Son tan feroces como dicen?

—No. Sólo son gente orgullosa, pero muy amistosa. Siempre están dispuestos a enseñarte su casa, sus rebaños o su forma de vida. Son grandes contadores de historias; frente a un buen fuego relatan las mejores hazañas sobre sus guerreros o hablan de *Ngai*, su dios, que vive en el Kilimanjaro y que, aunque se llama igual que nuestro dios kikuyu, no tiene nada que ver; el nuestro habita el Monte Kenia y representa a la Madre Tierra.

Mientras charlaban fueron pasando los minutos hasta que, por fin, avistaron un campamento sobre el que se levantaban un par de tiendas de campaña, un camión y una autocaravana con el toldo desplegado sobre un costado.

—Ya hemos llegado —exclamó feliz Harry—. Ahora, si lo desea, puede descansar un rato hasta la hora del almuerzo. Krug, habrá preparado algo especial de bienvenida, como es tradición. Pero, sobre todo, —aclaró amenazador—, no se le ocurra apartarse del campamento. Hay demasiados peligros alrededor.

Cuando escuchó hablar de comida, Mary reparó en que no había desayunado nada. Sus tripas protestaron en ese instante. También tenía sed, pero ya no le quedaba ninguna de las botellitas de agua mineral que había expoliado del minibar del hotel y que había compartido con Harry.

Bajaron del coche y dos jóvenes africanos, ataviados a la europea con pantalones cortos y camisetas, se acercaron para darle la bienvenida. Harry hizo las presentaciones:

—Krug, el cocinero. Ernst es el encargado de que el campamento esté bien cuidado y listo, también es el conductor del camión.

Mary tendió su mano y recibió cálidos y entusiastas apretones por parte de ambos.

Era un campamento muy reducido, solitario y sin ningún tipo de comodidades. A falta de saber cómo actuar, decidió que ayudar a descargar el todoterreno sería una tarea bien acogida por todos.

Los hombres la miraron agradecidos. Silkford les había advertido que se trataba de una «moza malcriada» —habían sido sus palabras textuales— que no estaría dispuesta a trabajar, así que serían ellos los encargados de hacer todas las tareas o bien tendrían que pedirle ayuda y demostrarle que en esta parte del globo todo el mundo colabora sin diferencia de clases sociales.

Cuando terminaron, Harry entró en la tienda más grande, regresando con una botella de agua mineral de litro y medio y se la entregó. No estaba fresca, pero abrió el precinto y dio un largo trago mientras tomaba asiento sobre una silla de loneta plegable que había bajo la sombra del avance de la autocaravana y soltaba el macuto en el suelo con la cámara apoyada sobre él.

—Señorita, es mejor que lleve todo esto a su tienda. Procure no dejar nada al

alcance de los monos, que son unos rateros. Es la más pequeña, la que está más próxima, luego ciérrela bien —aclaró Ernst, tendiéndole un candado con el que sellar las cremalleras a fin de evitar problemas.

—*Asante sana*, —dijo agradecida, demostrando su pericia lingüística con la primera lección de swahili aprendida de boca del recepcionista del hotel—, pero preferiría utilizar uno de mis candados —dijo mientras mostraba una pequeña llave que colgaba de un cordel de pelo de elefante dentro de su camisa—. Es la única forma de no perderla o de quedarme encerrada dentro, porque tengo bastante mala cabeza para estas cosas.

El muchacho aceptó sus explicaciones con un amable gesto.

Mary se quedó un rato descansando, disfrutando el incomparable paisaje que divisaba, mientras se hacía cargo de la situación en la que se encontraba y los tres africanos se disponían a preparar una succulenta comida dejándola sola.

La calima y la humedad se elevaban en la lejanía desde la pradera, llena de paz y silencio. Unos babuinos miraban curiosos, atraídos por el olor de la comida, acercándose cada vez más. Empezó a ponerse nerviosa. Sabía que a pesar de su inofensiva imagen eran animales salvajes bastante peligrosos si se les acosaba, y recordó la regla de oro de todo viajante a África: «no provocar ni asustar a los animales; ignorarlos en caso de peligro y nunca hacer movimientos bruscos que puedan malinterpretar».

Se quedó quieta, sin mover un solo músculo, esperando que no repararan en su presencia y decidieran marcharse aburridos. Pero uno de ellos se aproximó un poco más y, con un movimiento veloz, haciendo gala de su depurada arte de rapiña, le robó la botella de agua que estaba en el suelo a menos de un metro de distancia de ella. Todo ocurrió muy rápido. Luego se marchó a la carrera seguido por el resto de sus congéneres, que se pusieron a jugar con ella bastantes metros más lejos.

Suspiró aliviada, estaba lívida. Harry se acercó despacio, desde un lateral. Asustada, dio un fuerte respingo.

—¿Se encuentra bien, señorita? Temíamos que hiciera algún movimiento brusco y tuviéramos problemas.

—Sí, muchas gracias, Harry. Estoy bien, un poco nerviosa pero no ha tenido importancia. Voy a guardar mis pertenencias y enseguida me uno al grupo para almorzar.

Entró en la tienda de campaña temblando como una colegiala. Tenía que recuperar la calma si no quería mostrarse vulnerable frente a aquellos tres hombres que no dejaban de mirarla.

Bajo la lona, el espacio era más amplio de lo que parecía. Había un colchón neumático instalado contra el lateral derecho y del techo, sujeto con tres abrazaderas de velero, colgaba un mosquitero que cubría el lecho. Junto a la pared trasera había una silla plegable y una jofaina con agua clara en el interior.

Dejó la mochila y la máquina fotográfica sobre la silla, se quitó el gorro y se lavó



la cara y las manos frotándose con fuerza. En el lateral izquierdo, los muchachos habían colocado sobre el plástico que hacía las veces de pavimento sus dos bolsas de viaje y los dos maletines con su equipo, junto a un orinal que suponía era para que hiciera uso de él si durante la noche le surgía alguna necesidad.

Se sentó sobre la colchoneta, el calor era insoportable. No hacía ni cinco minutos que estaba allí y las palabras de David ya habían resultado proféticas: «la sabana es peligrosa. Kenia no es para ti». No pudo evitar recordar, también, su otra frase: «Serás una gacela entre las garras de una leona...».

Sintió un escalofrío, pero ya no había marcha atrás. ¡Que fuera lo que Dios quisiera!, y lanzó una silenciosa plegaria al Cielo. Era consciente de que estaba sola con tres hombres a los que no conocía de nada y cualquier otro ser humano se encontraba a muchas millas de distancia.

Armándose de valor y haciendo acopio de todas sus fuerzas, para no dejarse vencer por la autocompasión, se volvió a colocar el sombrero y salió al exterior con la idea de dejar de pensar en el futuro inmediato.

*Londres, 4 de enero de 2011*

La mujer estaba inquieta. Hacía demasiados meses que esperaba aquella llamada pero, por fin, sonó el teléfono el día anterior haciendo que recuperara la esperanza. Sabía que ese amante en particular sólo recurría a ella para un polvo rápido y sacarle toda la información que pudiera, pero no le importaba. La obsesión de él también era la suya y, en la cama, aquel impresionante rubio de ojos azules no tenía parangón.

Estaba harta del pusilánime de su novio, tan atento siempre, tan complaciente... Ella necesitaba a un hombre de verdad. Un hombre como el que ahora esperaba, capaz de proporcionarle todo aquello que su cuerpo anhelaba. Él mejor que nadie era capaz de hacer que tocara las estrellas con la punta de sus dedos. Un amante con sangre caliente; exigente, posesivo, fuerte. Le gustaba el sexo duro, para qué negarlo.

Ya hubiera dejado plantado a su delicado compañero oficial hacía muchos meses si no fuera porque él era el único eslabón entre ella y la información que su amante necesitaba. Encontrarle había sido una suerte que no pensaba dejar escapar. Además, ¡era tan incauto, el pobre!

No necesitaba hacer casi ningún esfuerzo para enterarse de aquello que le permitía comprar los favores de su amante. Favores que se extendían más allá del placer. No sólo era el único capaz de hacerla llegar al orgasmo, también era la mano ejecutora a la hora de impartir daño a las personas que más odiaba. Y hacía ya demasiados años que no tenía más objetivo en la vida que ver sufrir a aquellos que tanto le habían hecho padecer.

El timbre de la puerta sonó y su cuerpo se convulsionó de anticipación.

—Te he echado de menos, rubio —dijo a modo de bienvenida—. Tengo

excelentes noticias para ti.

—¿Y eso, ratita? ¿Has localizado el paradero de nuestra escurridiza trucha?

—Lo sabrás si me complaces —se escabulló de la respuesta tirando de él hacia la habitación.

—No habrá placer si no hay respuesta. Tú eliges...

—Está bien, me darás lo que deseo igualmente. —Él arqueó las cejas en muda pregunta—. Kenia —respondió ella.

## CAPÍTULO 5

*Si no tapas los agujeros,  
tendrás que reconstruir las paredes.*

(PROVERBIO SWAHILI)

**Addis Abeba, Etiopía**— Lo sabía. Sabía que no era una buena idea aceptar el puesto del Consejo de Seguridad de la ONU y asumir la responsabilidad del grupo de inteligencia de la MINUEE (Misión de las Naciones Unidas en Etiopía y Eritrea)

Cuando sentí ese cosquilleo premonitorio en la nuca que tantas veces me ha salvado la vida tendría que haber rehusado. No lo hice y ahora tengo un grave problema, tanto a nivel militar como personal.

El pasado 11 de septiembre, durante el *Enkutatash*<sup>[\*]</sup>, al agente francés de la misión se le fue la mano con una sargento norteamericana del grupo. Y ahora, David Silkford, como el oficial de más alta graduación del grupo, se enfrenta a un juicio militar por omisión de responsabilidad.

Cualquiera que sean los resultados de la vista, no quiero a este puto franchute en mi equipo ni loco. Mañana mismo hablaré con el general Fenouillet y, o lo retira de la misión, ¡o lo retira de la misión!

*(Entrada del 16 de septiembre de 2002  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Maasai Mara, Kenia.*

*4 de enero de 2011*

Aquello era una sauna, necesitaba aire fresco.

Mary abrió la cremallera central y una sola de las laterales de la tienda de campaña. Se agachó con cuidado, para no tropezar en el viento que tensaba la lona y, antes de levantar la cabeza, descubrió ante sus ojos dos enormes botas unidas a unas largas piernas, musculosas y peludas. Eran muy bronceadas, pero el color no alcanzaba el tono ébano de las del resto de sus compañeros de viaje.

Levantó la vista despacio. Aquellas piernas se ocultaban en unos pantalones cortos color caqui, abrochados con un cinturón de cuero con una gran hebilla plateada, bajo los que se escondía una camisa beige. Dos fuertes brazos recubiertos de negro vello la atravesaban a la altura del pecho.

Siguió su ascenso visual, todavía sin enderezar la espalda, apoyándose en el

mástil de aluminio que sujetaba la tela. Por fin buscó la cara del intruso que esperaba, paciente, que terminara de salir. Su mente estaba bloqueada y sus reacciones obedecían a un acto reflejo.

Gritó asustada y dio un paso hacia fuera, precipitadamente, a la vez que el gorro, que se había enganchado en la tela de la tienda, rodaba por el suelo.

—¡Eres imbécil! ¿Se puede saber a qué estás jugando? —explotó, por fin, con la rabia reflejada en la mirada mientras recuperaba el resuello.

Sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí, se encontró propinando veloces puñetazos, aunque poco contundentes, sobre el tórax del inesperado visitante.

—*Karibu, milady*. ¿Cómo estás? ¿Has tenido un viaje agradable?

Ella no respondió y le miró con ojos furibundos.

David explotó en una sonora carcajada que retumbó en la inmensidad del paraje. Le sujetó las manos por las muñecas para evitar que continuara descargando aquella imparable tunda, mientras la apartaba un paso hacia atrás fijándose complacido en su aspecto.

—Estás muy atractiva con este atuendo. Justo el apropiado para la situación.

La soltó para agacharse a recoger el sombrero, que había empezado a rodar movido por un golpe de viento, y se lo colocó a Mary en la cabeza.

—¡Y tú pareces tonto!

—¡Siempre tan agradable...! ¿A qué se deben tus cordiales palabras de bienvenida?

—Se deben, primero, al susto que me has dado. No podía imaginarme que alguien estuviera esperando a que saliera de la tienda. Y segundo... —se paró en seco para ordenar sus pensamientos— ¿podrías explicarme a qué juegas?

—¿Cómo que a qué juego?

—¿Qué haces aquí? ¿Piensas ejercer de canguro el resto de mi viaje?

—Tenía entendido que habías contratado mis servicios e interpreté anoche que te gustaría que cediera a tus pretensiones... —repuso David en tono irónico.

Mary no recordaba haberle dado muestras de preferir que fuera él su guía en lugar de cualquiera de los otros que le presentaba, pero lo cierto es que, ahora que estaba allí, se sentía infinitamente agradecida por el giro de los acontecimientos. Se sintió fuera de juego al no saber qué contestarle.

—Si todo era una pantomima, ¿por qué me has hecho creer que Harry era mi guía y que tú te quitabas del medio?

—Porque no me gusta pasear a las mujeres por la sabana africana; ya te lo dije. Quería que te amedrentaras y, al final, cedieras y regresaras por donde habías venido sin meterte en jardines ajenos.

Aquello no era exactamente así, puesto que después de leer la carta de su padre no podía dejar que regresara a Londres, pero esperaba que se hubiera echado atrás y le pidiera hacer un safari turístico y relajado. Pero no, le había exigido una aventura. Pues bien, él le daría la aventura que pretendía.

—Te lo puse en bandeja, David. Podías haberte quitado del medio... Aunque te agradezco que no lo hayas hecho.

—Bueno, al menos eso es algo.

—¿El qué?

—Que reconozcas tus errores. Todavía estás a tiempo de dar marcha atrás.

—¿Estás loco? Salí esta mañana del hotel con un guía al que no conocía para hacer el trabajo que me han encomendado. Si no me amedrenté entonces, deberías saber que no lo voy a hacer ahora.

—¿No?

—No.

—Pero puedes conseguir las mismas fotos con un safari al uso.

—¡No quiero un safari al uso! ¡Quiero éste! Me importa poco si me guías tú o cualquier otro, pero voy a hacer lo que tengo que hacer. No te equivoques conmigo, David, tengo más valor del que supones.

David reconoció que era cierto y que valor no le faltaba, aunque estaba seguro de que éste se debía al desconocimiento de lo que tenía por delante. Ya suponía de antemano que no cedería fácilmente. Había sido así desde su más tierna infancia: terca como un búfalo cafre. Pero él también lo era.

¿Quería un trato de profesional de expediciones de alto riesgo? Pues si eso es lo que buscaba, eso iba a tener. Al él no le importaba. Podía aguantar mucho más que ella. Él no tenía nada que demostrar pero, «a ver qué hace la señoritinga...», la retó mentalmente.

Mary se arrepentiría de esas palabras. Él se encargaría de ello. Pensaba hacerle todo aquello mucho más difícil de lo que realmente era, especialmente los primeros días. A partir de ese momento sólo había dos caminos: o tiraba la toalla o le demostraba su valía. La decisión era de ella pero, cuando se diera por vencida, tendría que rogarle porque ya no habría más tablas de salvación.

Y aun así, para preservar aquella inagotable fuente de orgullo, había elegido la reserva más espectacular a fin de que no se sintiera fracasada y pudiera conseguir un buen material fotográfico capaz de ilustrar con creces un reportaje sobre el país en sólo unos días.

Aunque seguía pensando que hubiera sido mucho más fácil llevarla a su casa y encerrarla hasta que el peligro para ella pasara; secuestrarla le complicaría menos la vida que llevarla de safari.

En cambio, la miró a través de sus gafas de sol, divertido, dispuesto a hacerle pasar todos los malos tragos que tuviera a su alcance. Debía de estar volviéndose loco...

—Nos esperan para el almuerzo, espero que tengas tanto hambre como mal genio. Krug ha preparado un menú de bienvenida para ti.

Sin esperar ni un minuto más, la tomó del brazo por encima del codo y se encaminó hacia la mesa, colocada bajo la sombra de una lona que habían instalado en

mitad del campamento, en torno a la cual se encontraban los tres nativos observando la escena con la sorna reflejada en sus oscuros rostros.

Mary se zafó de la fuerte presión de aquellos dedos y se sentó en el extremo de uno de los dos destartados bancos que flanqueaban la improvisada mesa, confeccionada con tablones y caballetes desmontables, a la vez que dedicaba una forzada sonrisa al resto de los comensales. Krug sirvió el menú en el centro y tomó asiento en uno de los espacios libres, mientras David ocupaba la única plaza que había quedado vacante, frente a ella.

Todavía enfadada, se sirvió agua en el vaso de latón que tenía delante y se lo bebió de un solo trago. David se lo rellenó caballeroso y tomó con la mano un pedazo de carne asada que humeaba en la fuente, dando un bocado a la jugosa pieza, lo que pareció abrir la veda para que el resto del grupo hiciera lo mismo.

Comió ávidamente, sin cruzar ni una sola palabra con el guía; tenía un hambre felina. Una vez que acabaron, el cocinero les sirvió té e hizo un gesto a los chicos para que se levantaran y le ayudaran a lavar los cacharros. No sabía qué hacer para aliviar la tensión existente y deshacerse de la fija mirada de él, de la que siempre terminaba desviando los ojos por mucho que intentaba superarle en aquella muda batalla visual, así que pensó que lo mejor era prestarse voluntaria para ayudar a Krug.

Pero David eligió ese momento para romper aquel dilatado silencio.

—Luego podrás ayudar todo lo que quieras. Ya hemos visto que eres muy voluntariosa, algo que no esperábamos pero que todos agradecemos sinceramente. Ahora, sin embargo, creo que es más oportuno que tú y yo mantengamos una larga charla.

—¿Sobre qué?

Él rellenó las tazas con té hirviendo y le ofreció un cigarrillo que ella aceptó de buen grado.

—Hay muchas cosas que debes saber antes de iniciar esta locura, a la que todavía no sé cómo me has convencido. Quiero que sepas que espero, sinceramente, que este viaje sea lo más breve posible, pero yo ya no seré quien le ponga fin, serás tú misma cuando empieces a ver con tus propios ojos que llevo razón cuándo te digo que esto no es para una mujer.

—Mejor esperas sentado...

—Tal vez si me hubieras pedido hacer un safari en *lodges* de lujo, te hubiera dicho que sí desde el principio, pero lo que pretendes es algo para lo que no están preparados, siquiera, muchos de los más avezados aventureros. A veces hay que echar muchos cojones al asunto.

Mary observó que aunque David estaba muy serio, su cara no denotaba ni el mal humor ni la burla que habían sido característicos en todos sus encuentros anteriores.

—¿Qué es lo que te hace afirmar tan categóricamente que yo no soy una «avezada aventurera»? Te garantizo que arrestos no me faltan...

—Me lo hace suponer todo: tu aspecto, tu crianza, tu manera de actuar y tu escasa

experiencia en estas lides.

Ahora sonreía abiertamente, divertido por su susceptibilidad.

—Aunque hay que reconocer que te has comportado bastante correctamente durante el episodio del babuino —admitió finalmente.

—¿Lo has visto? —preguntó ella, incómoda.

—Sí. Estaba en la autocaravana, no iba a taparme los ojos.

—Creía que estaba sola...

—Y lo estabas, porque a partir de ahora esto ya no es un juego. Ni yo soy tu guardaespaldas ni tengo previsto inmiscuirme en tus problemas particulares con el medio. ¿No quieres un trato idéntico al que se le presta al resto de nuestra clientela...? ¿No tienes tantos arrestos...? Pues bien, tendrás que demostrarlo. Decirlo no es suficiente.

—Me parece fantástico.

—Me alegro, porque yo voy a limitarme a hacer mi trabajo y tú tendrás que convencerme de que estoy equivocado con mis escrúpulos.

—¡Haré que te los comas con patatas! Tal vez te cause algún trastorno por desconocimiento, pero te aseguro que sabré estar a la altura de las circunstancias en todo momento. O al menos lo intentaré —continuó sincera al cabo de unos segundos, bajando el tono.

—De momento, con que lo intentes me conformo. Ahora voy a darte una rápida y escueta lección de lo que debes, o no, hacer en cada situación.

Mary le miró a los ojos. Ahí empezaba su examen de reválida aventurera que ella pensaba superar con creces. Asintió con la cabeza y se quitó las gafas de sol para dejarlas colgando del cordón sobre el pecho. Apoyó un codo sobre la mesa y colocó la mano bajo la barbilla para demostrarle que le escuchaba atentamente.

Él enumeró todas aquellas absurdas advertencias que cualquier persona con dos dedos de frente ya sabría, pero utilizando una voz y un discurso tan estudiado, que no tuvo ninguna duda de que era un episodio que se repetía, sin excepción, cada vez que tomaba bajo su tutela a un cliente.

Colaboradora, se limitó a confirmar todo lo que le decía con imperceptibles gestos, mirándole fijamente a los ojos durante la hora y media que duró, aproximadamente, la sesuda conferencia.

—... Y por último, y tan importante como todo lo anterior, después de los bichos, y a veces más, el que manda aquí soy yo. Acatarás mis órdenes sin rechistar.

—*Hey, mein Führer!*

—¿Quieres hacerme ahora alguna pregunta al respecto? —le dijo, ignorando el sarcasmo.

—De momento no, has dejado todo bastante claro. Si tengo alguna duda, no temas, te preguntaré antes de dar un paso en falso.

—Me parece buena idea. —Miró su reloj de pulsera y después al horizonte—. Bien, ahora puedes ir a cambiarte si quieres, porque vamos a salir hacia tu primera

excursión. Dispones de veinte minutos para prepararte. Estaremos de dos horas a dos horas y media fuera.

—De acuerdo.

—Llévate sólo lo que necesites, sin olvidarte del repelente de insectos y la crema protectora. El resto puedes dejarlo aquí, los chicos se quedan para cuidar del campamento y preparar la cena.

David se la quedó mirando mientras se levantaba del banco y, sin decir ni una palabra, se dirigía a la tienda. Aún no podía dar crédito a tan correcto comportamiento. No había protestado ni puesto objeciones a ninguna de sus recomendaciones, por innecesarias e inútiles que parecieran, y no le había interrumpido mientras hablaba... Era la primera vez que una mujer se limitaba a escucharle sin plantear problemas continuamente.

Quince minutos después, David estaba sentado en el escalón de la puerta de la autocaravana con un vaso en la mano, esperándola, cuando los pies de Mary, envueltos en unos finos calcetines de hilo blancos, asomaron entre las cremalleras.

La miró atentamente mientras se calzaba, cogía sus pertenencias y cruzaba la corta distancia que les separaba. Se paró firme frente a él. Parecía pletórica: tenía la ilusión reflejada en la mirada.

—Cuando quieras podemos irnos, estoy preparada.

Mary se apartó hacia un lado para dejar que él abriera la comitiva hacia el todoterreno. Entonces cayó en la cuenta, ¿cuántos detalles más habían pasado por alto sus escrutadores ojos de periodista? ¿Cómo no se había dado cuenta esa mañana de que aquél era el mismo vehículo que David utilizó para ir a recogerla al aeropuerto? Se rio de su propio despiste con la esperanza de que no haber tenido ninguno más.

Esa tarde, los hombres habían retirado la lona del techo para que ella pudiera ver con detalle todo lo que ocurría a su alrededor e hiciera mejor su trabajo. Sin embargo, prefirió sentarse en la cabina, junto a David. Colocó la mochila entre sus pies, e instaló la cámara fotográfica en el espacio situado entre los dos asientos, con el monopié insertado en la rosca correspondiente.

Él se limitó a observarla atentamente mientras se fijaba en todos y cada uno de sus movimientos con la esperanza de encontrar algún detalle por el que reprenderla. No encontró ninguno. Le preocupaba que todo estuviera saliendo tan perfectamente. Algo iba a fallar.

—¿Te has duchado en repelente de insectos? ¡Qué barbaridad! —se quejó a falta de no tener otra cosa por la que hacerlo.

—No, pero casi. Me han dicho que al anochecer los mosquitos aquí son implacables, y más vale que sobre a que falte; aunque a mí no suelen picarme demasiado los bichos —contestó tranquila sin encontrar la suspicacia de las palabras de él.

—Pues si estás lista, en marcha. Una advertencia, ¡prohibido terminantemente



bajarse del coche sin mi permiso!, ¿entendido?

—Entendido.

Mary se agachó para sacar del macuto unos potentes prismáticos con los que otear el horizonte y se dispuso a disfrutar de la experiencia. Circulaban despacio, respetando los límites de velocidad.

David permitió que la muchacha se empapara de las maravillas del entorno durante un rato razonablemente largo. Sin embargo, antes de comenzar aquella larga convivencia, que se presentaba ardua, era necesario que zanjaran ciertas cuestiones de importancia que a él le preocupaban, y mucho. No hacerlo sería un error que ambos pagarían a la larga y él nunca había sido partidario de dejar enemigos a la espalda.

—Hace rato que no puedo dejar de pensar en otra cosa... —rompió David el silencio.

Ella se sobresaltó al escuchar la voz grave del hombre que estaba a su lado, callado como una tumba desde que salieron del campamento. Se le escapó un sofocado jadeo que no fue capaz de retener en los pulmones.

—¿En qué? —dijo finalmente, cuando su mente reconoció lo que era un simple intento de entablar conversación.

—¿Qué es lo que impulsa a una muchacha que lo tiene todo a arriesgar su propia vida para satisfacer un absurdo orgullo?

—¡Yo no lo tengo todo y tampoco estoy arriesgando nada!

—¿No? Pues tus gestos no se corresponden con tus palabras...

—¿Cómo?

—Cuando he hablado te has asustado como un pajarillo. Parece que esperas que te ocurra una desgracia de un momento a otro.

—Estaba absorta contemplando el paisaje. No esperaba escuchar la voz de nadie —se defendió—. No es eso.

—Ah, ¿no? ¿Entonces qué es?

»Me tienes miedo...

Mary se giró en su asiento y observó el duro perfil del hombre que miraba hacia el camino, pendiente de la conducción en actitud obstinada.

Él la acusaba de temerle, pero la dura realidad es que aquellas palabras, cuyo único objetivo era provocarla y atemorizarla todavía más, encerraban toda una defensa en sí mismas. Él era quien realmente tenía miedo. Miedo de que ella le considerara un violador en potencia.

—No te tengo miedo, David.

—¿De veras...?

—De veras. Sé que no eres ningún violador. Y también sé que ni tú ni tus chicos vais a agredirme de manera alguna ni me vais a forzar a hacer algo que no quiera.

David exhaló el aire que, sin saberlo, retenía en los pulmones. Pero aun a pesar de aquella declaración tan aparentemente sincera, necesitaba puntualizar algunos aspectos y convencerla de que, precisamente él, no era el peligro que la acosaba.

No le importaba lo más mínimo que ella le viera como un duro y despiadado cabrón. Tendría razón, lo era. Pero no podía consentir que dudara de su integridad como hombre.

—¿Cómo es que estás tan segura? Me has visto «medio violando» a tu niñera, ¿recuerdas?

—David, ya te pedí perdón por ello. Jamás debí de acusarte de algo que sabía que no era cierto.

—¡Tenías cinco años! No puedes saber qué es lo que viste...

—Seis.

—Da igual. Seis. Ella te contó que la estaba violando, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Y tú, claro, la creíste. Y desde entonces me odias y me tienes un miedo cerval. ¡Ése es el motivo por el que no te has vuelto a acercarme a mí desde aquel día!

—No, no es ése. Además, la prueba está en que estoy aquí...

David soltó una breve y fría carcajada, llena de escepticismo.

—*Milady*, estás aquí porque no sabías que ibas a encontrarte conmigo y que yo sería tu guía. Todavía puedo ver la cara que pusiste en el aeropuerto cuando me reconociste. —Sonrió.

—Deberías de haber visto la tuya.

—Sí, también fue toda una sorpresa para mí. Sin embargo estabas deseando que no aceptara el encargo y te presentara a otro compañero que ocupara mi lugar.

—Te recuerdo que fuiste tú el primero en querer deshacerte de mí. ¡Querías mandarme de vuelta en el primer avión!

—Vale, puede que tengas razón pero, de cualquiera de las maneras, tenemos por delante varias semanas en las que vamos a compartirlo todo. Estaremos juntos cada minuto del día; así que será mejor aclarar las cosas de una vez por todas.

—Todo, menos la cama.

David no pudo dejar de sonreír, ahora sinceramente, mientras movía la cabeza con resignación.

—Escúchame, *milady*. —Seguía llamándola por el apelativo infantil, aludiendo a los arrogantes aires de grandeza que tenía desde pequeña. Tampoco le molestaba que lo hiciera, no se lo imaginaba dirigiéndose a ella de otra manera—. Insinuaste que la fama que me precedía era la de un donjuán canallesco, pero a ese respecto quiero aclararte algo: no soy ningún monje, es cierto, pero tampoco el crápula que tú me imaginas. Y jamás he seducido a ninguna mujer en contra de su voluntad. ¡Ni siquiera a tu niñera!

—Lo sé, David.

—En todo caso, si alguien estaba siendo violado aquella tarde, ése era yo. Tu cándida niñera, tan pura y delicada, no había dejado de acosarme desde que llegué. Yo acababa de cumplir dieciocho años y, por Dios, tenía las hormonas en continuo estado de revista. Al principio me resistí, nunca quise saber nada de las chicas del

servicio, pero cuando me llevó al establo... No hubiera podido decirle «no» aunque hubiese querido hacerlo. No me dejó opción. No sé si entiendes lo que quiero decir...

—Sí, claro que lo entiendo. Era algo obvio. La prueba es que tus padres vieron lo mismo que yo y ellos jamás tuvieron ninguna duda.

—Pero tú sí y, por lo que he podido ver, aún la tienes. De lo contrario, no me hubieras acusado como lo hiciste ayer.

Mary percibió una extraña vulnerabilidad en las palabras de David. Como si realmente le preocupara lo que ella pudiera pensar. Como si le molestara que alguien se planteara siquiera la posibilidad de que fuera capaz de forzar a una mujer.

Podía entenderlo. Si ella fuera un hombre tampoco podría soportarlo. Él seguía con la vista fija en el camino. Necesitaba que supiera que le creía.

Soltó la cámara que sujetaba sobre el regazo y le puso una mano en el muslo. Él debió de notar la suave caricia, porque aquellos formidables músculos se tensaron como cuerdas de piano al instante. Pero se negó a aflojar la presión de los dedos y dejó que el suave cosquilleo que le produjo el contacto con el recio vello de sus piernas le ascendiera por el brazo como un reguero de hormigas.

—No, David, no la tengo. ¡Quédate tranquilo! —Calló durante un tiempo demasiado largo antes de mascullar, casi en un susurro—: Por desgracia sé que ésa no es la actitud de un hombre que viola a una mujer y, mucho menos, la de una mujer violada.

El coche se paró en seco levantando una polvareda ocre a su alrededor.

Mary sintió la sacudida y la inercia la desplazó hacia delante. En un acto reflejo, soltó la pierna masculina para evitar que la cámara fotográfica cayera al suelo, mientras un brazo poderoso se atravesó en su camino evitando que se golpeará contra el salpicadero y apretándola contra el respaldo del asiento.

—¿Qué has querido decir con eso? —dijo David tan pronto se estabilizó el movimiento.

—¿Yo? Nada... Que te creo, David.

—Sí, vale. Pero ¿qué has querido decir con eso de que por desgracia sabes que ésa no es la actitud de una mujer violada?

Mary se puso pálida. ¿Había dicho ella esa frase? Estaba segura de que sólo la había pensado.

David la miró desconcertado. La muchacha tenía la vista extraviada en la inmensidad de la pradera y sus ojos habían perdido la luminosidad que los caracterizaba. Aquellos iris gatunos, que tenían la particularidad de cambiar de color según el estado anímico de su propietaria, se habían perdido en algún punto de su memoria, completamente apagados y sin brillo.

Ella no quería o, por el motivo que fuera, no podía mirarle. Pero no tenía intención de darse por vencido tan pronto. Presionando con firmeza con un dedo sobre la parte izquierda de su mandíbula, le hizo girar la cara con determinación. Luego le sujetó, todo lo delicadamente que pudo, la barbilla. Finalmente ella cedió,

demostrándole parte de esa valentía de la que tanto presumía.

—¿Te han violado...?

Lo que pretendía ser una pregunta se convirtió en una incuestionable afirmación. No tenía ninguna duda en que, cualquiera que fuera la respuesta, él no cambiaría de opinión. Mary se dio cuenta que había dicho demasiado con una sola frase.

Sintió que el calor que se fraguaba en su pecho salía poco a poco por su piel, tiñéndola por completo de rojo carmesí. Cerró los ojos. No podía apartar la mirada de aquellos negros pozos insondables que pretendían desnudarle el alma, pero tampoco podía mantenerse.

—¡No puedo creérmelo! —explotó iracundo—. ¡Mírame! No puedo creer que te avergüences por ello.

Mary no obedeció. Tampoco hizo ningún comentario. No emitió ni un solo sonido.

—¡Joder, Mary, tú no tienes la culpa! No eres tú la que tienes que avergonzarte...

Por fin abrió los ojos. Respiró profundamente y retiró la cara del suave agarre sobre la barbilla.

—No quiero hablar de esto, ¿vale? —respondió ella con una tranquilidad pasmosa.

David la dejó escapar. No puso ninguna objeción a su distancia ni a su petición de silencio. Encendió el motor y continuó la marcha.

—Ni ahora ni nunca... —dijo Mary al cabo de unos minutos.

Él tampoco respondió en esa ocasión.

No habían recorrido muchos kilómetros, cuando ante ellos apareció en la lejanía un grupito de elefantas rodeadas de sus pequeños que avanzaban con paso tranquilo de regreso de su baño de barro vespertino. David las avistó rápidamente y aminoró la velocidad, a la vez que llamaba la atención de Mary con un suave zarandeo en el muslo, señalando acto seguido en dirección a la manada. En voz extremadamente baja le preguntó:

—¿Te interesan unas elefantas y sus retoños?

Asintió con la cabeza y le pidió que parara para trasladarse a la parte descubierta del Toyota a través de una ventanilla que separaba ambos habitáculos. Se colocó de pie en la parte trasera, agarrándose a una de las barras antivuelco de la carrocería mientras sujetaba la cámara con la otra mano para evitar que se golpeará. Avanzaron unos quinientos metros aproximadamente y tomaron una pista lateral que se internaba en el bosque. Al llegar a un claro, y antes de entrar en él, se escondieron detrás de unos matorrales. David paró el motor. Como necesitaba mejor ángulo, se subió de un ágil salto al techo de la cabina, sobre la que se tumbó para poder disparar la cámara sin obstáculos cuando pasaran por delante.

—¡Prepárate que ya las oigo! —avisó David con voz apenas perceptible.

Esperaron algunos minutos y, en la lejanía, se escuchó un seco y continuo eco

retumbante.

A poco más de veinte metros, una colosal hembra hizo aparición. Cuando parecía que iba a atravesar por delante del objetivo de la cámara se entretuvo, ramoneando, a la espera de que la manada se reagrupara. Era la jefa. Unas quince elefantas y otros tantos cachorros fueron pasando ante ellos sin reparar en su presencia. Mary accionaba el disparador de la cámara como loca pero, de repente, un brusco cambio en la dirección del viento les jugó una mala pasada.

La enorme paquiderma que daba las órdenes al grupo percibió algo especial, levantó la cabeza y empezó a agitar la trompa oliscando el aire. Enseguida les localizó. Desplegó sus enormes orejas y empezó a levantar el polvo con las patas mientras un barrito rasgaba el silencio.

—¡Bájate de ahí, que nos vamos! —gritó David sobresaltado.

Arrancó el motor e hizo un giro completo en sentido contrario al que estaban los animales, alejándose a toda velocidad.

Mary no dejó de disparar la cámara tan pronto se sintió más o menos segura, arrodillada sobre los asientos traseros para no perder pie. Necesitaba plasmar en imágenes la insólita persecución.

David aceleró a fondo y recuperó la amplia pista que antes habían abandonado, dejándola atrás. Ella ya no hacía fotos, se había quedado sin memoria en la tarjeta, y jadeaba recostada en el asiento, mirando hacia donde habían perdido de vista a la manada. Todo estaba nuevamente en calma. Él suspiró aliviado, y aminoró la marcha.

Cuando consideró que el peligro había pasado, paró el coche y miró a la muchacha, desconcertado. Mary no había abierto la boca en ningún momento, comportándose como una auténtica profesional. Le sonrió cuando ella le miró a los ojos.

—Reza para que te hayan salido bien, porque no creo que vuelvas a tener otra oportunidad como ésta. Hemos estado, realmente, en peligro —comentó mientras le tendía un cigarrillo.

—Eso me ha parecido. —Aceptó el pitillo y sacó un mechero del bolsillo de su camisa para ofrecer fuego a David tan pronto estuvo sentada junto a él de nuevo—. He pasado miedo, pero no podía despegar el dedo del disparador.

—Ya lo veo —repuso él en tono guasón—. No puedo encender el cigarrillo con tanto tembleque como tienes en las manos.

Ella sonrió intentando disculparse y él tomó su mano para intentar aplacar el vaivén de la llama. Era cálida y estaba firme.

—No te preocupes, hubiera sido una soberana tontería no tener miedo en esos momentos, yo también lo he tenido. Al principio, el ataque era un simple aviso, la elefanta ha intentado asustarnos, pero luego, cuando ha plegado las orejas junto al cuerpo e inclinado la testuz metiendo la trompa entre las patas delanteras y echando a correr tras nosotros, la cosa se ha complicado.

Fumaron despacio, sin prisa, saboreando cada calada en silencio.

Mary hizo un par de fotos de la puesta del sol con la nueva tarjeta de memoria que puso en la cámara. Sobre el horizonte, una gran bola de fuego teñía el paisaje de sangre. Las sombras se volvieron alargadas y, en pocos segundos, la luz era tan tenue que casi no se podía ver a pocos metros de distancia. Entonces sonó la hora de los mosquitos; cientos de ellos pululaban a su alrededor con intención de saciar su voraz apetito. Se bajó las mangas de su camisa abotonándolas a la muñeca.

—¿Que si me he bañado en repelente...? Creo que no será suficiente para salir airosa de este feroz ataque —protestó mientras subía la ventanilla—. ¡Son casi peores que las elefantas!

David rio relajado.

—Tienes razón, vámonos antes de que nos devoren —contestó mientras ponía el coche en marcha y encendía los faros.

Mary no podía creerlo. Había conseguido, en su primera excursión, lo que esperaba fuera uno de los mejores reportajes de todo el safari. De sobra sabía que no era tan fácil conseguir buenas instantáneas de la fauna salvaje.

Recorrieron el camino despacio, manteniendo, por vez primera en sus vidas, una larga y distendida charla acerca de lo maravilloso que puede resultar un atardecer en la sabana africana. Aquel espinoso tema del inicio de la excursión, por fin había sido olvidado. Ninguno de los dos volvió a hacer referencia a él y la tensión pareció desaparecer tan pronto se pusieron a trabajar. Era noche cerrada cuando llegaron al campamento y no había luna.

Harry, Krug y Ernst les esperaban nerviosos; temían que hubiera podido ocurrirles algo. Las brasas del fuego, cuidadas con primor, churruscaban lentamente un trozo de carne sujeto con un espetón. Al ver las luces, el cocinero había puesto una sopa a calentar que ya humeaba en los platos.

Por fin David estaba de buen humor. Ambos se sentaron hambrientos a dar buena cuenta del fantástico menú, haciendo partícipes al resto de los comensales de su aventura, mientras unos rugidos cercanos acechaban en la oscuridad del páramo.

—Creo que el día ha sido bastante largo —dijo David tras el café—, convendría que nos fuéramos a la cama. ¿No estás cansada? —le preguntó.

—Mucho, ¡estoy derrotada! Hace cuarenta y ocho horas no había llegado todavía a Kenia y en todo este tiempo no he dormido ocho horas seguidas. Además de que el día anterior me lo pasé entero en un avión. Creo que ni un búfalo podría despertarme esta noche —comentó entre risas.

—No lo diga usted muy alto, señorita, —repuso Harry supersticioso—, a veces intentan atacar el campamento atraídos por el olor a comida. Cíérrese bien por dentro con el candado y guarde todo, no vaya a tener una sorpresa.

—¡No, por Dios! Ya hemos tenido suficientes sorpresas por hoy. Me voy a la cama, ¿a qué hora tengo que levantarme?

—Tranquila, te llamaremos con tiempo suficiente para que estés lista para desayuno —terció David—. Ahora descansa que mañana tienes una dura jornada por

delante.

Mary se levantó y se dirigió a su tienda, acompañada por Ernst, que iluminaba el camino con una de las diversas lámparas de queroseno apostadas por el campamento con intención de mantener alejadas a las fieras y a los insectos.

David la siguió con la mirada hasta que desapareció bajo la exigua protección de la lona. Iluminada desde dentro, con una linterna que la muchacha colgó de un gancho que pendía del mástil horizontal, la observó en el contraluz, como si fuera una sombra chinesca, lavarse rápidamente en la jofaina y volver a embadurnarse con repelente antimosquitos. Luego, tras desnudarse y vestirse con lo que parecía un sencillo pijama, se cepilló el pelo y se metió en el saco. Acto seguido se acabó el espectáculo. Todo quedó a oscuras.

Todo no, porque desde hacía unas horas, algo en su mente había adquirido una nueva claridad: la seguridad de que defendería y protegería con su propia vida a aquella muchacha a la que siempre había visto como una «mosca molesta con la cara sucia».

No servía de nada hacerse preguntas ni buscar motivos que no iban a darle la respuesta que le gustaría, así que aceptaría esa verdad incuestionable y asumiría las tareas que el azar había puesto en su camino.

Cuando su padre le había pedido ayuda, jamás pensó que terminaría haciendo de guardaespaldas de su Némesis, pero cuando leyó los motivos que habían obligado al viejo Silkford a someterle a aquel cruel chantaje emocional, supo que sería incapaz de dejarla en manos de la voluntad de unos locos con licencia para matar.

Sin embargo, fue esa tarde cuando comprendió el verdadero alcance del valor que ella tenía y supo que jamás podría dejarla sola. Tanto empeño merecía una recompensa. Y no, precisamente, por las promesas que ella le hubiera podido hacer.

Después de una experiencia tan traumática como la que no le cabía ninguna duda ella había padecido, cualquier mujer en sus cabales se dedicaría a ir al psicólogo y apartarse del peligro como alma que llevaba el diablo. Ella, al contrario, le hacía frente metiendo directamente los dedos en las fauces del león.

Si tan pronto tuvo el suficiente sentido común como para darse cuenta de su egoísta y despiadada actitud con ella, ahora tenía un pecado más por el que resarcirla y que sumar a una ya larga lista.

Cuando maduró, lamentó haberla machacado hasta la saciedad durante años, insultándola y acosándola de ser la «asesina de su propia madre», pero él también era un niño entonces. No podía comprender que la tía Rosana, que tanto le quería y mimaba, hubiera preferido tener una hija propia y, encima, morirse por ello.

Jonathan era el mejor amigo de su padre y su padrino de bautismo. Cuando él nació, aún no se había casado con Rosana, pero no podía recordarle si no era acompañado por una joven morena que resultó ser la persona más maravillosa y divertida que hubiera conocido jamás. Casi una niña e imposibilitada para tener sus propios hijos, volcó en él todo el amor que guardaba en su enorme corazón junto con

su desmesurado instinto maternal.

Así que, durante casi doce años, el pequeño y malcriado «monstruito Silkford» había tenido la enorme suerte de contar con los mimos de dos padres y dos madres: los de sus padres biológicos y los de sus padrinos. Pero todo acabó el día que nació aquella horrible niña de ojos raros, que parecía un monito envuelto en pañales, y le arrebató lo que a él correspondía por derecho propio.

Poco después, tía Rosana murió y el tío Jonathan cambió tanto, que nunca volvió a ser el mismo.

Y por si su pérdida no había sido suficiente, aquella pequeña primate creció y se buscó un enorme hueco en el corazón de su propia madre, que siempre tenía tiempo para ella aun a costa del de su propio hijo.

«¡Por Dios, qué terribles son los celos! —pensó—. Sobre todo si son infundados».

Y ahora, a todo aquel dolor infligido gratuitamente, tenía que sumarle el que suponía le había provocado haciéndole creer que podía ser violada de manera inmisericorde por cualquiera con quien decidiera irse a cumplir con su trabajo. ¡Y además había disfrutado sometiéndola a tortura durante horas!

Una despiadada amenaza para cualquier mujer, pero un auténtico martirio para alguien que hubiera pasado por ello.

Si a todo aquello sumaba el hecho de que, durante toda la tarde, cada uno de los movimientos y actitudes de Mary le había supuesto una guerra sin cuartel contra la lujuria que, sin poder controlar, se apropiaba de todo su ser —aun por mucho que intentara convencerse de que era como su hermana—, estaba a punto de volverse loco.

El problema debía de estar en el «como».

De hecho, todavía luchaba contra la desagradable erección que no era capaz de doblegar desde que la había visto desnudarse y acicalarse al trasluz de la tienda de campaña.

El destino era justo. Le había devuelto cada uno de sus golpes multiplicados por cinco y se lo hacía pagar con un castigo realmente desagradable y humillante...

Eso sí, también le había dado la oportunidad de vengarla. ¿Quién habría sido el canalla que se había atrevido a quebrarla de la peor manera que un hombre puede dañar a una mujer? ¿Cuándo había ocurrido aquello? ¿Cómo...?

¡Vive Dios que averiguaría cada una de esas respuestas y tomaría cartas en el asunto!

Mary no quería hablar de ello y él respetaría sus deseos, pero sólo de momento.



## CAPÍTULO 6

*La lluvia moja las manchas del leopardo  
pero no las borra*

(PROVERBIO AKAN - OESTE DE ÁFRICA)

**Londres**— Dios mío, esto es de locos. ¿Va a ocurrir así con todo lo que planean esta panda de chalados...?

Cinco años escuchándoles hablar sobre su «Operación Telic» sin querer reconocer que, algún día, terminarían llevándola a cabo.

No quería creerles. Desde mi destacada posición en el mundo de la inteligencia internacional, sabía que los motivos que esgrimían eran falsos; jamás se han encontrado pruebas de que Irak esté en posesión de armamento de destrucción masiva. Pensaba que no serían capaces...

Sin embargo, desde ayer el mundo entero ha conocido uno de los proyectos de la «Misión Olympo», que pasará a la historia como «La Ocupación de Irak». La pasada madrugada, y sin que mediara ninguna declaración de guerra, las fuerzas estadounidenses han bombardeado Bagdad. Nosotros hemos atacado desde Kuwait.

*(Entrada del 21 de marzo de 2003  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Londres, 5 de enero de 2011*

Estaba furioso. El hombre se mesó los ásperos y rubios cabellos por enésima vez, desesperado. Llevaba horas sentado al ordenador buscando infructuosamente en las listas de pasajeros de todas las compañías aéreas que habían llegado a Nairobi en los últimos días. Sabía que algo se le escapaba pero ¿qué...?

No le había supuesto mucho trabajo *hackear* el sistema operativo del aeropuerto de Nairobi, pero encontrar el nombre de Mary Mantley entre los recién llegados al país estaba siendo una causa perdida. Ni siquiera había tenido éxito con los impresos de inmigración registrados desde el domingo. Y antes no podía haber llegado a Kenia; en la Agencia le habían dicho que el sábado habían visto a la muchacha en Londres.

¿Cómo se les había ocurrido hacer un seguimiento tan chapucero de una persona tan fácil de investigar?

Tampoco había tenido ningún éxito con las llamadas de teléfono a los hoteles más

importantes de la ciudad. ¿Por qué no había forma de dar con ella? ¡No podía haberse volatilizado!

Y si su informante le había dicho que la muchacha estaba en Kenia en viaje de trabajo, lo estaba. Jamás le había dado una pista falsa. Ella era una auténtica hormiguita.

Había pedido un informe completo de Mary Mantley a la DGSE, pero tardarían unos días en facilitárselo, así que mientras tanto tenía que intentar localizarla como fuera. Cada minuto era vital.

De pronto una entrada del Google le dio la clave. ¡Claro que sí, ¿cómo no se le había ocurrido antes?!

Poner en el motor de búsqueda «Silkford y Kenia» había sido un acierto. Allí estaba la pieza del rompecabezas que se le escapaba. Recordaba vagamente haber escuchado al general que la intención de la Agencia era amedrentar a Thomas Silkford a través de la joven, puesto que era su tutor legal. Pero él había estado demasiado ofuscado con sus propios objetivos.

A él las intenciones de la OTAN le traían sin cuidado, había aceptado esta misión porque le venía estupendamente para saldar la cuenta pendiente que tenía con el padre de la muchacha. ¡Realmente la venganza sabe a Gloria!, y más si se degusta con la cabeza fría...

Había sido un error no explorar aquel camino. Silkford no era un apellido demasiado corriente, pero nunca se le hubiera ocurrido unir el del monstruo de las telecomunicaciones con el de aquel capullo despiadado, exagente del Servicio de Inteligencia Secreto Británico. Un cabrón y frío espía inglés con el que nunca se había llevado demasiado bien, pero con el que había trabajado en misiones internacionales en África en un par de ocasiones bajo las órdenes del coronel Mantley: David Silkford.

Sabía que hacía años había dejado el servicio activo y le tenía perdida la pista. Suponía que habría regresado a su patética isla del Atlántico, pero estaba en un error. Una fría y tétrica carcajada resonó en el oscuro cubículo donde había instalado su base de operaciones.

Ahora entendía cómo el maldito coronel se enteraba siempre de sus movimientos tan rápidamente..., tenía lazos personales con su subalterno. ¡Chivato asqueroso! Mira qué bien, aquel prepotente iba a pagar muy caras sus indiscreciones. Tanto como todos los demás. ¡Esta misión empezaba a resultar una bicoca!

¡Y qué astuto el papáito del *british*! Había intuido que su niño era el único capaz de mantener a su nenita a salvo, pero había cometido un grave error: ahora él también sabía cómo localizarla. En cuanto diera con el exagente, habría encontrado a su objetivo, y el muy bobo había tenido la feliz idea de regresar al mundo de las personas legales abriendo una agencia de viajes con web propia. ¡Pan comido!

Entró en la página de compra de billetes del aeropuerto de Heathrow y compró un pasaje en el primer vuelo con destino a Nairobi.

Un movimiento en el exterior despertó a Mary. Una ligera claridad se colaba a través de la loneta. Agudizó el oído para cerciorarse de que el ruido se debía al despertar de la naturaleza y de que no corría ningún peligro.

Somnolienta, se acurrucó dentro del saco de dormir con intención de aprovechar aquellos escasos minutos de letargo antes de prepararse para la jornada. Hizo un esfuerzo con la intención de poner en orden sus ideas. No sabía lo que el día le depararía, pero auguraba que no estaría exento de emociones y fatigas.

No le importaba. Precisamente eso era lo que había elegido. Había dormido casi toda la noche de un tirón, ni siquiera había reparado en la precariedad del colchón hinchable. La pereza todavía le atenazaba los músculos, recordándole los fríos amaneceres de invierno en el internado suizo de su niñez.

Sacó el brazo de la calidez del saco, a fin de intentar ver la hora. Eran las cinco de la mañana y la temperatura era más que fresca. Se le quedó helado y volvió a guardarlo de inmediato. A su mente regresaron las imágenes vividas durante los dos días anteriores. Habían ocurrido tantas cosas y, sobre todo, tan rápido...

Un cuarto de hora más tarde, la voz de David la sacó de la modorra.

—¡Arriba, *milady*, que es hora de levantarse! ¡El desayuno te espera!

—Voy... —contestó fingiendo voz de recién despertada.

Se levantó de golpe, sin remolonear más. Se lavó presurosa con agua limpia de un bidón, se vistió y salió al exterior exultante, acercándose a la mesa donde David la esperaba frente a una humeante taza de café y una bandeja de huevos fritos con beicon. Estaba inclinado sobre un cuadernillo, en el que tomaba algunas notas, con la negra mata de pelo ligeramente rizado y húmedo.

Cuando la escuchó, levantó la mirada al tiempo que se retiraba hacia atrás con los dedos algunos rizos rebeldes del flequillo; un gesto idéntico al de Thomas. Sonrió ante los caprichos de la genética mientras él le daba los buenos días cerrando la libreta y sirviéndole café en una taza. Los minutos siguientes al despertar nunca eran los mejores del día para ella, al menos hasta que no daba buena cuenta de la dosis de cafeína necesaria para ponerse en marcha. Se sentó en silencio, llenándose los ojos de maravillosas imágenes del lejano amanecer africano que clareaba en el horizonte.

David observó con atención cada movimiento de la muchacha y el lento desperezar de sus músculos con cada sorbo de negro café, a la vez que seguía con la vista a un grupo de buitres que volaban en la lejanía en amplios giros sobre el azul del cielo. Cuando supuso que su humor estaba más templado, la abordó en tono de chanza:

—¿Ha dormido bien la señorita?

—Perfectamente. Toda la noche de un tirón.

—¿No has oído a las hienas merodear por el campamento? —preguntó extrañado.

—Pues, francamente, no. Creo que con lo cansada que estaba no hubiera escuchado ni a una manada de elefantes pasando junto a mi colchoneta —contestó disimulando como mejor pudo un respingo.

Intuía que David se empeñaba en hacerle vivir lo más duro de Kenia, así que decidió que no le daría el gusto de oírla protestar; al menos no por algo tan, relativamente, nimio.

Recordó su primera noche de acampada con los *boys-scouts*, cuando apenas contaba seis años. Era la más pequeña del grupo y había permanecido junto al fuego con los mayores durante varias horas contando leyendas e historias de miedo; luego no pudo pegar ojo en toda la noche. Pero en aquella ocasión tampoco se quejó. Siempre había odiado que la compadecieran y, aún más, que alguien pudiera reírse de su vulnerabilidad.

—¿Con qué vas a sorprenderme hoy? —preguntó intentando cambiar el rumbo de la conversación.

—Pues, he pensado que ya que nos encontramos a pocos kilómetros de la base aerostática del Mara, y como me habías dicho que querías hacer una excursión en globo, será un buen día para hacerlo y así descansar un poco; es mucho más relajado que salir en busca de fotografías en el coche.

—¡Qué bien!, me alegro de que me hayas avisado con tiempo, así podré llevar la óptica larga.

Mary se levantó inmediatamente de la mesa para ir a preparar el material fotográfico.

—¡Espera!, antes de irnos deja todo recogido, porque no regresaremos aquí. Ernst y Krug recogerán el campamento y nos esperarán en otro lugar. Harry vendrá con nosotros, él es el chófer. Llévate lo que necesites, del resto se encargan los chicos.

—¡Vale! —repuso desde dentro de la tienda.

Pocos minutos después abandonaban la explanada donde habían pasado la primera noche por una pequeña pista que circulaba hacia el sur. Mary se instaló en el asiento trasero del vehículo, recibiendo la fresca brisa de la mañana en la cara. Habían vuelto a retirar la lona del techo y unos tímidos rayos solares se colaban por el costado. Aprovechó el trayecto para aplicarse crema protectora, mientras David continuaba escribiendo en su libreta sentado en la cabina junto a Harry.

Dispuesta a disfrutar de la jornada, se colocó los auriculares del iPod y buscó música de Beethoven, al ritmo de la cual parecían saltar las gacelas que encontraban a su paso. ¡Qué alegres y ágiles eran!

Enseguida tomaron una pista más amplia y, apenas una hora más tarde, divisaron el Keekorok Lodge. Cebras y huidizos impalas se cruzaban a su paso durante todo el trayecto y, un kilómetro antes de llegar al destino, un leopardo atravesó veloz el camino de tierra a pocos metros de distancia de ellos. Aun así, no hizo ninguna fotografía, prefería disfrutar del paisaje.

Cuando llegaron a la base aerostática, el piloto, un joven alto y rubio, ya estaba

esperándoles. Tenía acento norteamericano y era de trato atento y agradable. Parecía tener una estrecha amistad con David a juzgar por la camaradería con la que se trataban y la larga charla que mantuvieron, apartados a un lado, mientras sobre la pista del precario aeródromo un grupo de africanos se afanaba en llenar de aire un montón de tela roja, azul y amarilla a base de insuflar calor con un gigantesco soplete.

No tenía intención de inmiscuirse, así que se entretuvo preparando el material fotográfico que llevaría en la travesía hasta que Paul, el piloto, la avisó para que subiera a bordo. El globo se balanceaba ligera y lentamente, sujeto por cuerdas que mantenían tensas un par de nativos. David ya estaba dentro dando calor al aire con movimientos certeros, aunque abandonó su tarea en cuanto la vio acercarse y le sujetó las cámaras mientras el norteamericano la ayudaba a entrar en la cesta.

Una ráfaga de calor la abofeteó en el rostro. Enseguida soltaron algo de lastre y lo dejaron en libertad, ascendiendo despacio, majestuosamente.

Mary había volado antes en globo, sin embargo, una vez más tuvo la misma impresión: ellos no se movían, era el suelo el que iba alejándose poco a poco de la base de mimbre. El silencio era espectacular, roto ocasionalmente por los quemadores que, como furiosos dragones, lanzaban su aliento de fuego sobre la cúpula tricolor que se abría sobre sus cabezas.

Se relajó sobre el borde del reducido compartimento y tomó la cámara para plasmar en fotogramas aquellas fuertes sensaciones que la embargaban, imposibles de describir con palabras.

Grandes rebaños de búfalos y cebras, así como un par de manadas de elefantes, atravesaban la pradera que ya empezaba a amarillear perdiendo día a día el verde colorido tras las recientes lluvias. Parecían enormes lunares móviles sobre una piel impoluta. A lo lejos se divisaba la cima de la montaña sagrada de los maasai. El paisaje parecía infinito, se divisaba todo el Mara y, al sur, parte del Serengeti.

Allí, en silencio, Mary se sentía grande, muy grande: hacía tiempo que no estaba tan en paz consigo misma.

Las corrientes de viento les alejaron despacio hasta que, al cabo de poco más de una hora, Paul empezó a liberar aire caliente para favorecer el descenso en el punto justo donde un todoterreno iría a recogerlos. Lentamente se fueron acercando a tierra, dejando atrás un pequeño poblado donde unas diminutas chozas con techo de paja asentadas sobre una verde llanura, se mimetizaban con el paisaje.

Poco a poco, la pequeña sombra del gigante que les transportaba se fue convirtiendo en la de una enorme peonza que crecía velozmente sobre la pradera libre de obstáculos.

Un *jeep* se acercaba a ellos y la barquilla golpeó con uno de los costados de la base en el suelo. La lona del globo se inclinó a favor del viento y, con otro golpe seco, la cesta se posó sobre tierra firme a la vez que el gigantesco balón perdía volumen por una válvula de escape.

Con rápidos movimientos, los dos nativos que habían ayudado en el despegue descendieron del todoterreno y ayudaron a Paul a terminar de deshincharlo, plegarlo y recogerlo. Mary no dejaba de hacer fotos, era un espectáculo digno de ser inmortalizado.

Cuando todo estuvo guardado y en orden, Paul, siguiendo lo que parecía ser ya una costumbre, les invitó a disfrutar de un succulento desayuno antes de regresar a la base. Aceptaron de buena gana. Estaban hambrientos y la experiencia merecía ser asimilada ampliamente con unos minutos de relajación antes de desandar, ahora sobre ruedas, el camino que habían hecho por los aires. Compartir el ancho cielo con las aves había sido tan maravilloso que se sentía como si formara parte de esa naturaleza salvaje que la hipnotizaba por momentos.

Eran unos instantes dignos de ser saboreados con un cigarrillo en una mano y un bote de Coca-Cola en la otra, al más puro estilo americano; como a Paul le gustaba hacer después de cada vuelo, a la sombra de alguna acacia cercana. El sol ya estaba totalmente en lo alto y el calor empezaba a hacerse notar, pero todavía era soportable.

Mary se fijó en el desgarrado aspecto del piloto, vestía pantalones cortos y una camisa raída por el uso, especialmente en la zona del cuello donde una incipiente barba rubia de dos días empezaba a crecer. Sin darse cuenta se encontró haciendo comparaciones físicas de los dos hombres que tenía delante. La ropa de David estaba polvorienta y sudada, pero se notaba nueva y de buena calidad, y su anguloso mentón lucía suave y recién afeitado.

La complexión física de ambos era, también, muy distinta. Paul no gozaba de la armoniosa conjunción de medidas que poseía su guía y, aunque tenía una musculosa espalda, sus larguiruchas piernas le daban un aspecto discordante y menos fuerte.

Ambos jóvenes se pusieron a charlar sobre personas y situaciones conocidas y ella empezó a sentirse fuera de lugar; especialmente cuando abordaron el tema de las numerosas jóvenes que los dos parecían intercambiarse para sus escauceos amorosos.

Se apartó un poco del grupo, buscando más frondosidad bajo la sombra que les cubría. Tomó su libreta del bolsillo de la cazadora y, aburrida de la insustancial cháchara masculina, se dispuso a anotar algunas de las sensaciones y experiencias vividas en las últimas cuarenta y ocho horas. Servirían para, después, a su regreso, poder redactar el reportaje.

Estaba tan absorta en su escritura que, sin prestar atención a sus actos, se despojó de las perneras desechables de sus pantalones dejando al aire sus esbeltas piernas a la altura de la mitad del muslo. Luego se quitó la cazadora y se remangó despacio la camisa.

Un grupo de babuinos jugueteaba a corta distancia sobre las ramas de un tamarindo. Se quedó mirándolos mientras se desabrochaba el botón superior y se acomodaba el pañuelo que llevaba anudado al cuello. Las madres llevaban de aquí para allá a las crías precariamente enganchadas a sus vientres o sobre el lomo. Se rio divertida de las gracias de los pequeños, que parecían estar dedicándole una sesión

privada de circo.

Pero al volver la vista hacia sus compañeros, reparó en las ávidas miradas de ambos, pendientes de su inesperado *striptease*, al parecer mucho más divertido que las evoluciones circenses de los monitos. Ya no hablaban y cada uno parecía perdido en diferentes divagaciones que prefirió no conocer en profundidad, aunque su intuición le indicó en qué consistían.

Como movida por un resorte, se puso en pie y se dirigió al *jeep* a fin de alejarse de la presión visual que aquellos dos hombres ejercían sobre su piel y que la hizo sonrojar de inmediato.

Paul la siguió con la mirada sin articular palabra, mientras ella doblaba la ropa cuidadosamente y la guardaba en la mochila. A David no se le pasaron por alto los escrutadores ojos de su amigo, que continuaban desnudando mentalmente a la joven en el punto exacto en el que ella lo había dejado, y se sorprendió al comprobar que le incomodaba muchísimo la actitud del piloto.

Era cierto que Mary gozaba de un físico atractivo y una cándida belleza que a cualquier hombre resultaría deseable. Aquellos movimientos, cadenciosos y pausados, también habían despertado su lívido, pero ella era su chica, su protegida, y no iba a permitir que nadie, y mucho menos Paul —su compañero de tantas aventuras amorosas—, malinterpretara esos inocentes y despreocupados gestos haciéndose una idea equivocada de ella.

Tan pronto se encontraran a solas le comentaría el tema pero, de momento, se limitaría a permanecer lo más cerca posible para evitar un posible abordaje por parte de su amigo que le hiciera tener que mediar en la situación. De repente se sintió inquieto y malhumorado, no tenía muy claros los motivos pero suponía que se debían al repentino cambio de actitud de Paul hacia su cliente.

Éste se había acercado al *jeep* e intentaba ayudar a Mary que, sentada en uno de los asientos traseros del Cherokee, colocados longitudinalmente a la carrocería, guardaba su material fotográfico en la maleta de zinc mientras buscaba un espacio para colocar cómodamente sus piernas entre los voluminosos aperos aerostáticos, ubicados en el suelo del todoterreno.

—Creo que es hora de que regresemos al Keekorok —protestó David—. Harry nos está esperando y quiero llegar pronto al campamento, no me gustaría que se nos hiciera de noche por el camino. Quiero pernoctar cerca de las lagunas de los hipopótamos.

—¿Por qué tanta prisa? —replicó Paul extrañado—. Siempre te quedas a dormir una noche en el *lodge* para que tus clientes descansen. Seguro que a Laura le gustará tomar un baño caliente, dormir en una cómoda cama y...

—¡Seguro! —interrumpió indignado ante la intromisión del piloto—, pero acabamos de empezar el safari y aún no le ha dado tiempo a cansarse. Además, quiere hacer demasiadas cosas; no tiene tiempo para el relajo gratuito. Y como dice que se encuentra cómoda en su tienda de campaña y que las comodidades de un hotel de lujo

la traen sin cuidado, aprovecharemos el tiempo —farfulló.

Mary observaba la discusión de los dos hombres girando su cabeza de una parte a otra del *jeep* sin entender lo que ocurría. Estaba a punto de protestar. ¡Claro que le gustaría disponer de sábanas limpias!, pero su intuición le dictó prudencia a la hora de decantarse por la proposición del norteamericano.

—Al menos os quedaréis a almorzar conmigo, ¿no? —siguió insistiendo en su empeño Paul—. Tú lo tienes fácil a la hora de acampar, el permiso que te ha otorgado el gobierno te permite hacerlo donde quieras sin tener que ir, por obligación, a alguno de los *camping* de la reserva; sigo sin entender el porqué de tanta prisa.

—Ya veremos —repuso David tajante—, pero si nos quedamos aquí discutiendo no vamos a llegar nunca.

Mientras decía las últimas palabras, dando por zanjada la conversación, David entró de un salto en el coche por uno de los laterales y tomó asiento junto a Mary, obligándola a apretarse contra la cabina con un ligero empujón de caderas.

Los demás subieron también y, rápidamente, enfilaron una pequeña trocha que acababa en una de las pistas principales del parque. Eran poco más de las diez de la mañana y el sol arreciaba sobre sus cabezas. Mary se caló el sombrero lo más profundamente que pudo y se colocó las gafas de sol. Paul se giró en el asiento de copiloto, a fin de entablar una animada conversación con la recién llegada, aderezada con un buen surtido de bromas y lisonjas. Durante largo rato charlaron sobre las maravillas de África para terminar hablando de la tierra natal del piloto.

David no intervino en la conversación. Se mantuvo distante y ausente durante la mayor parte del recorrido, sin poner atención a lo que ocurría a su alrededor. De repente, el todoterreno dio un brusco bandazo al caer de lleno en un fuerte desnivel del terreno, que hizo que todos los ocupantes saltaran en sus asientos.

Mary, que iba distraída, mirando hacia atrás a un grupo de jirafas que rumiaban parsimoniosas las hojas de unos tamarindos, perdió el equilibrio y a punto estuvo de caer por el costado del coche. Él se precipitó a sujetarla con firmeza por la cintura con ambas manos, cuando ya estaba en vuelo, haciendo gala de sus reflejos.

Paul también reaccionó veloz, agarrando a la muchacha por el brazo. El codo de ella chocó contra la carrocería que separaba la cabina de la parte trasera, recibiendo un fuerte rasponazo en recompensa.

Mary emitió un corto y estridente grito, mezcla de susto y dolor. Tenía el rostro lívido y había perdido el sombrero en el salto. Señaló con un gesto al chófer que parara el vehículo para recogerlo, mientras miraba consternada la herida que se había hecho.

—¿Te has hecho daño? —preguntaron los dos guías al unísono, al tiempo que se recuperaban de la impresión.

—No ha sido nada, sólo un pequeño rasponazo y un susto. Me he visto en tierra, si no llega a ser por ti —dijo mirando a David—, salto por la borda; creo que he sacado más de medio cuerpo fuera.



—Déjame ver —le pidió David a la vez que se levantaba para mirarle la herida—. Espero que tengas puesta la vacuna del tétanos...

—Claro, antes de venir me hice poner todas las vacunas habidas y por haber: las obligatorias, las aconsejables, las voluntarias... De algo me tenía que servir haber tenido el brazo durante una semana como el globo de Paul —recordó con un rictus de dolor—, algunas me hicieron muchísima reacción e incluso me dieron fiebre.

—Pero merece la pena —interfirió Paul—, siempre es mejor prevenir que curar. Por cierto, convendría que te desinfectaras el raspón lo antes posible.

—Pero si no ha sido nada...

—A esta temperatura, la picadura de un mosquito es motivo suficiente para que se convierta en una herida grave —sentenció David serio—. Tienes que curarte.

—Vale, vale, no os pongáis tan protectores. Si es por eso en mi mochila tengo un pequeño botiquín que nos sacará del apuro.

No tenía intención de que la discusión se convirtiera en una absurda disputa.

El coche dio marcha atrás y Paul descendió gentil para recuperar el gorro, mientras ella buscaba entre sus pertenencias la botellita de agua oxigenada, un paquete de gasas estériles y el Betadine. David la ayudó a desinfectarse la herida con cuidado y le colocó un pequeño vendaje para evitar que los insectos le molestaran.

—Si notas que se te hincha, suéltate un poco la venda y avísame —le advirtió a la vez que daba por terminada la tarea.

Siguieron camino y esta vez el chófer aceleró menos el vehículo poniendo más cuidado en la conducción, aunque para evitar que volviera a repetirse el episodio, David le pasó el brazo por encima de los hombros a fin de paliar el traqueteo. Ella agradeció el gesto y se recostó sobre él en señal de aprobación.

La conversación volvió a cauces agradables y distendidos, pero David seguía sin intervenir en ella.

Llegaron al *lodge* a la hora del almuerzo. Echó de menos sus bañadores, los había dejado junto al resto del equipaje en el campamento, pero le hubiera encantado darse un chapuzón a falta de la ducha caliente que Paul le había ofrecido. Aquél era un lugar precioso, con sus cabañas de piedra y madera de cedro, situadas en medio de un cuidadísimo jardín que gozaba de una gran piscina.

—Esperadme en el Kiboko Bar tomando una cerveza, enseguida me reúno con vosotros; voy a dejar los trastos y vuelvo enseguida —les pidió Paul.

Se dirigieron hacia allí a través de una rampa de madera que llevaba hasta una explanada desde la que se contemplaba una fantástica panorámica. A esas horas no había demasiados clientes en la terraza y se respiraba una tranquilidad fuera de lo común. Tomaron asiento en una mesa, bajo la techumbre de brezo, y pidieron dos cervezas frías. David seguía taciturno y silencioso, contestando a las preguntas con tajantes monosílabos.

—¿Ocurre algo? Pareces preocupado. ¿Hay algún problema?

—No, ninguno.

—Pues lo parece, estás tan callado que he llegado a pensar que había ocurrido algo grave...

—No, estaba pensando en mis cosas. Me estás proporcionando un montón de complicaciones y prefiero resolverlas antes de que ya no tengan arreglo.

—¿Yo? ¿Qué complicaciones te estoy dando?, si no he hecho nada... Me estoy comportando tan correctamente como pudiera hacerlo cualquiera de tus clientes, aunque fueran hombres —continuó dolida—. Espero que no me culpes por lo de la herida, ha sido fallo de Paul; si él no llega a cogerme del brazo...

—No se trata de eso, ya sé que tú no has tenido la culpa, aunque podías haber ido agarrada a algo y no hubiera ocurrido nada. Esa herida puede ocasionarnos algún disgusto —replicó, utilizando el tema como excusa sin saber qué responder exactamente.

Por un momento, cuando ella abordó la conversación, estuvo a punto de recriminar su actitud descocada frente a extraños, pero cambió de idea al comprender que no tenía ningún derecho a hacerlo e hizo gala de su sentido común.

Durante el trayecto de vuelta había estado pensando en el asunto y había llegado a la conclusión de que no había coquetería en sus acciones; simplemente se había limitado a quitarse la ropa que le sobraba a causa del calor, igual que habían hecho todos los demás.

Sus gestos no ocultaban intención alguna. Conocía de sobra a las mujeres como para saber discernir cuándo intentan provocar al hombre que tienen delante y cuándo no. En esta ocasión, ella había actuado de manera simple y mecánica. Precisamente esa sencillez fue lo que más atrajo su atención.

Lo que de verdad le molestaba era el porqué de su rechazo hacia Paul, si ambos habían reaccionado igual; porque estaba seguro que los dos habían sufrido la misma respuesta física, la lógica de todo hombre sano. La forma de comportarse del norteamericano había sido idéntica a la que él hubiera tenido en otras circunstancias.

—Estoy preocupado porque les he dicho a Ernst y a Krug que monten el campamento en un lugar donde suele haber muchos hipopótamos. Es un sitio con grandes opciones para la fotografía, pero esos animales son más conflictivos de lo que parecen.

—¿Corremos peligro?

—En principio no, pero por la noche salen de las lagunas a pastar en la pradera y, cuando las hembras están en celo, los machos se vuelven irascibles y peligrosos y atacan sin previo aviso.

—¿Por eso quieres que salgamos pronto de aquí? ¿Para evitar llegar al campamento de noche y tener algún encontronazo indeseado?

—Entre otras cosas —contestó David en un alarde de sinceridad.

—Pues qué pena, porque soñaba con la ducha caliente de la que Paul hablaba.

—¿No habíamos quedado en que tú podrías soportar las privaciones igual que

cualquier hombre?, pues un hombre no tiene necesidad de ducharse todos los días — le atacó él, encontrando un motivo para retornar a la tortura psíquica a la que había decidido someterla.

—Bueno, si es un cochino no, pero me temo que la ducha no es un capricho femenino, sino una necesidad higiénica de cualquiera de los sexos. Si es necesario puedo pasar sin ella, igual que tú; Ernst pone agua limpia en la palangana de mi tienda cada vez que la utilizo así que, aunque sea lavándome como los gatos, creo que podré mantenerme sin oler a hiena varias semanas —se conformó.

David sonrió, él gozaba de una ducha en la autocaravana y la utilizaba a diario. Reconocía que ése era uno de los lujos del que no podía privarse y el motivo principal por el que cambió su sencilla y manejable tienda de campaña por aquel trasto tan cómodo; pero ésa no era otra cosa que parte de la estrategia de desgaste para someter a Mary en el menor tiempo posible.

Era cruel, lo sabía. Cualquiera de sus ricos clientes podía contar con que, siempre que era posible, al caer la tarde iban a algún *lodge* o campamento donde poder gozar de algunos de los beneficios de la civilización: una ducha, un retrete limpio y una bebida fría; a veces hasta una piscina y guapas camareras dispuestas a satisfacer los deseos más íntimos de cualquier aventurero.

Lo último no venía al caso, pero estaba seguro de que, al cabo de algunos días, Mary daría la mitad de su patrimonio por el resto. Y quería escucharla rogar por ello.

Por eso, también, le molestó que Paul les invitara a comer y a tomar una cerveza en el Kiboko; hubiera preferido que fuera menos amable, ya que con su actitud le había hecho perder parte del camino andado. No obstante miró extrañado a Mary por su capacidad de aguante. Al principio pensó que se iba a enrabieta como una niña mimada cuando abordó el tema, pero luego se dio cuenta de que tenía enfrente a un duro contrincante, dispuesta a demostrar que tenía los arrestos que le había prometido.

—Me alegro de que te tomes tan bien las cosas, porque en cuando terminemos de comer seguimos camino.

—Como tú decidas, pero supongo que no te opondrás a que utilice, al menos, los cuartos de baño de estas magníficas instalaciones —replicó mordaz, como si intuyera sus intenciones, mientras se ponía en pie sin esperar su beneplácito.

—Claro que no —admitió condescendiente con el rostro encendido por una sonrisa—. No soy tan tirano.

Se quedó solo en la mesa, un poco apesadumbrado por la crueldad de sus actos, mientras ella se alejaba contoneando su menuda figura con paso ágil y decidido. A mitad de camino se encontró con Paul, que regresaba del aeródromo. Les vio saludarse y observó que él le brindaba instrucciones certeras para que ella pudiera alcanzar su objetivo rápidamente.

El norteamericano se había cambiado de atuendo y estaba recién duchado y afeitado.

—¡Es fantástica esta Laura! ¿De dónde la has sacado? —comentó Paul mientras se sentaba junto a su amigo con una botella de cerveza en la mano.

—De ninguna parte —respondió molesto—. Ha venido solita en un avión.

—Ya, hombre, pero..., me refiero a que si hay algo entre vosotros dos.

—Sí, somos..., —iba a decir «amigos», pero cambió de idea—, somos familia.

—¿Familia?

David supo que acababa de meter la pata. No debería haber dado aquella explicación si pretendía ocultar la verdadera identidad de Mary, pero ya no había marcha atrás. Cualquiera otra cosa sería liar más la madeja, así que decidió contar la verdad. Al fin y al cabo, Paul era un tipo inofensivo.

—Mi padre es su tutor: se quedó huérfana de madre muy pronto y mis padres se encargaron de ella —explicó él sin ilusión en la voz.

—¡Entonces no sois parientes! No tenéis ni una sola gota de sangre común en vuestras venas —repuso Paul.

¡Justo lo que faltaba que le dijeran! ¡Como si no fuera consciente de ese «pequeño detalle» que estaba intentando olvidar todo el tiempo!

—Somos casi hermanos —intentó convencerse más a sí mismo que a Paul—. Tengo la obligación de cuidarla, así que no te pases ni un pelo.

—Sí, pero falta el «casi», y yo no pretendo nada —dijo ofendido—. La chica no está nada mal, pero he sido correcto en todo momento y no me he propasado con ella, ¿o es que estás celoso?

—¿Celoso yo? A mí no me metas en esos líos, lo que quiero es que acabe pronto su trabajo y regrese junto a mi papaíto para que la cuide él, que es quien tiene que hacerlo y no yo. Pero mientras tanto, no quiero problemas con la chica ni con mi padre.

—Bueno hombre, no te pongas así, yo sólo he dicho que es fantástica; pero no te preocupes, que respetaré a tu hermanita. Ahora, reconoce conmigo que está muy bien y que es muy guapa.

—Vale, está muy bien y es muy guapa, es cierto, pero no quiero problemas. ¿Contento?

Paul no respondió. David estaba muy raro y no quería entrometerse más en sus asuntos personales. Hasta esos momentos no se había enterado de que había temas familiares por medio y algo en la actitud de su amigo le hacía suponer que a él no le hacía ninguna ilusión la visita de la muchacha.

Pensó que lo mejor era ser prudente, quizá en otra ocasión, cuando Laura ya hubiera regresado a su país, él le contara con más detalle los entresijos del asunto. Su amistad se remontaba en el tiempo, desde que él aterrizara en Kenia, hacía más de ocho años, con idea de instalarse allí. Enseguida se hicieron fieles compañeros. Acostumbraban a chismorrear sobre sus respectivos clientes y, a veces, pasaban muy buenos ratos a costa de ellos.

Pocos minutos después Mary se unió al grupo. David reparó de inmediato en que

la joven se había lavado la cara y peinado los cortos cabellos que le caían graciosamente sobre los ojos minutos antes.

—David me ha comentado —abordó la conversación Paul dirigiéndose a Mary— que en cuanto comáis partís hacia el campamento. Es una pena, porque este *lodge* cuenta con una de las mejores piscinas de la reserva aunque, si te das prisa en comer, me encantará facilitarte mis habitaciones para que tomes una ducha rápida y te refresques —le ofreció galante.

Ella estuvo a punto de sucumbir a la tentación, pero recordó las mordaces palabras de su guía y presintió que, de aceptar la atractiva proposición, tendría que someterse a las burlas de David durante varios días.

—Te lo agradezco muchísimo. Me encantaría, pero tenemos bastante prisa. David quiere marchar pronto y, por mi parte, sería absurdo hacerle perder el tiempo tontamente ya que no tengo ropa de repuesto y, total, para ponerme la misma, no merece la pena —dijo, demostrando que podía privarse de ciertas comodidades.

David acusó el golpe directo y algo en su interior se convulsionó; no sabía si de satisfacción o de remordimiento, pero sintió un retortijón al escucharla decir aquello.

Terminaron sus cervezas y pasaron al comedor del hotel para disfrutar de un sabroso almuerzo. Los tres compartieron una larga y distendida sobremesa, en la que hablaron, sobre todo, de fotografía. Lo que dio pie a que Mary descubriera que su guía era un experto fotógrafo al que le gustaba abandonarse a aquella pasión cuando no tenía clientes a los que hacer de carabina.

Durante la amena charla, ella fue conociendo un poco más a ese hombre tan enigmático puesto que, ahora que Paul sabía la relación familiar existente entre ellos, no dudaba en hacer ciertas confidencias de la personalidad de su amigo que provocaban las risas a veces y el descontento del protagonista casi siempre.

—Ya está bien de tanto cotilleo —protestó por fin David, harto de ser el centro de la conversación—. Nos vamos ya, que se nos va a hacer tarde con tanta charla y estoy empezando a cansarme de que seas tan indiscreto. Dudo que a Laura le interese nada lo que estás contando.

—Te equivocas, David —terció Mary—, estoy interesadísima. Mi opinión sobre ti está obsoleta y creo que la óptica de tu padre difiere bastante de la de Paul. Creo que necesito datos para actualizar conceptos.

—No te preocupes —replicó sonriente—, tendrás oportunidad de conocer al auténtico David durante estos días, pero no te formes ideas preconcebidas, ni mi padre ni Paul son las personas más adecuadas para hablarte de mí, ninguno de los dos me conoce lo suficiente.

Paul acompañó a la pareja hasta el aparcamiento, donde Harry esperaba el regreso de su jefe sentado en la hierba, jugando a un extraño juego de azar con otros compatriotas.

El norteamericano se despidió de la muchacha con un sincero apretón de manos, tras el que la pidió permiso para darle dos besos, permiso que fue concedido con

alegría por parte de Mary bajo la escrutadora mirada de David. De su amigo se despidió con un caluroso abrazo.

—Mucho cuidadito, muchacho, a ver lo que haces por estos parajes de Dios con mi chica favorita, que luego tendrás que dar explicaciones a tu papá —murmuró a su oído mientras le palmeaba en la espalda.

David le lanzó una mirada furiosa y movió la cabeza negativamente con gesto reprobatorio.

—¡Que te lo has creído, chaval! Cuídate. Ya hablaremos —replicó levantando la voz.

Aquella frase alcanzó los oídos de Mary, que esperaba dentro del Toyota y no entendió nada de la situación.

El camino era relativamente cómodo, la pista que habían tomado, tan polvorienta y repleta de baches como todas las demás, estaba en condiciones razonables después de las lluvias del mes anterior.

Harry conducía y David se sentó a su lado en el asiento posterior del Toyota. Y aunque partieron de Keekorok a la hora en que el calor era más fuerte, con el transcurrir de los kilómetros la temperatura se fue haciendo más soportable.

Esa tarde la suerte volvió a visitarla.

Poco rato después, cuando atravesaban un basto páramo, se cruzaron con un rebaño de gacelas de Grant, de armonioso aspecto y fabulosas cornamentas anilladas, ligeramente curvadas sobre sus lomos. La escena era típica, pero aun así pidió a Harry que detuviera el motor para hacer algunas fotos.

Una vez más volvió a encaramarse sobre el techo de la cabina del Toyota, desde allí obtenía buenos ángulos. De pronto sintió que David se instalaba a su lado. Sus movimientos eran muy lentos, para no asustar a los animales, y sin articular palabra, dirigió el objetivo de su cámara hacia dos pequeñas orejas que asomaban por encima del herbazal.

Asombrada distinguió a un guepardo que acechaba a su presa mimetizado con el entorno. Todo ocurrió rápidamente. De pronto, el felino salió de su escondrijo y cayó sobre una de las gacelas jóvenes tras una corta y velocísima carrera para clavar las fauces en su garganta, mientras el resto de la manada huía despavorida hacia nuevos pastizales.

Permaneció con el dedo sobre el disparador hasta que todo hubo terminado y captó toda la secuencia. Luego hizo un gesto a David para que le pasara el otro cuerpo de cámara, sobre el que estaba encajado un duplicador, cambió el objetivo con destreza, y acercó con el *zoom* la imagen para captar las escenas más cruentas. Su estómago entabló una dura pugna con su profesionalidad, pero una vez más ganó la fotógrafa que llevaba dentro aunque, cuando bajó de su atalaya, estaba pálida como la cera.

David observó todos los movimientos y gestos de la muchacha, admirando en

secreto su sangre fría. Era raro que alguien que veía por vez primera aquello no perdiera la calma o cerrara los ojos intentando eludir lo inevitable pero, al contrario, Mary había continuado eligiendo tranquilamente cada fotograma.

La ayudó a descender de la cabina por miedo a que estuviera un poco mareada y colocó las dos cámaras fotográficas en lugar seguro mientras ella recobraba la compostura apoyada sobre la carrocería, inspirando profundamente.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando por fin levantó la mirada.

—Sí. Sólo un poco consternada e impresionada; es la primera vez que me topo con algo como esto en vivo y en directo. Estamos hartos de ver en televisión documentales con escenas similares, pero no es lo mismo.

—No, no lo es.

—A través de la pantalla parece como si no ocurriera realmente. Hoy ha sido diferente, podía oír los lamentos de la gacela y los gruñidos del guepardo. ¡Uf!, he estado a punto de perder los nervios.

Mary se limpió el sudor que goteaba de su frente con el dorso de la mano, que curiosamente había estado firme durante la escena y ahora temblaba como una hoja.

David se desanudó el pañuelo que llevaba atado al cuello y se lo pasó para que se limpiara.

—Supongo que está algo sudado...

—No importa, gracias. —Lo aceptó y se limpió la cara con él.

—De nada, mujer —repuso con una sonrisa—. Es duro la primera vez que ves algo así, tienes razón, y bastante poco agradable; pero es la Ley de la Naturaleza y hay que respetarla.

—Ya lo sé y, además, he cruzado medio globo para esto ¿no? La supervivencia siempre es dura, eso no es ninguna novedad. Desde que somos pequeñitos nos enseñan que, cada uno a su nivel, o come o es comido.

—Me alegra que seas tan pragmática pero, lo que más me entusiasma, es que no te hayas caído redonda desde la cabina; has tenido un ratito... —comentó mientras daba órdenes a Harry de que siguiera la marcha—. ¡Enhorabuena!

—Muchas gracias, pero no es la primera vez en mi vida que veo imágenes asquerosamente duras a través del objetivo, incluso peores que ésta, y he tenido que sobreponerme al deseo de desmayarme sacando fuerzas de no sé dónde —repuso un poco dolido por el comentario jocoso.

—¿Seguro? ¿Más cruentas...?

—Seguro, David. Los protagonistas eran seres humanos y yo tampoco podía interferir en sus destinos. Mi labor se limita a mostrar al mundo lo que ocurre, si tomara partido en ello no haría las fotos y no sería una buena profesional.

David se preguntaba por qué la vida se empeñaba en enseñarle la cara más cruel a aquella muchacha que, en teoría, había nacido para tenerlo todo.

Sonrió al comprobar que, en sólo veinticuatro horas, había dejado de pensar en que era una de las pocas afortunadas del destino, a estar seguro de que apenas si había

rozado a la suerte con la punta de sus dedos. ¡Nunca hubiera creído que sus convicciones eran tan volubles!

En esos momentos el vehículo arrancó y Mary perdió el equilibrio, de pie como estaba, cayendo aparatosamente sobre las rodillas de David, envuelto en sus cavilaciones sentado junto a las cámaras fotográficas.

La sorpresa le hizo regresar de inmediato al presente. La sujetó por la cintura para que no rodara al suelo o se precipitara contra sus utensilios de trabajo.

—Vale, vale, ya sé que me perdonas —bromeó sin soltarle el talle—, pero tampoco hace falta que me abordes de esta manera para demostrármelo.

Ella se giró en redondo con ganas de abofetearle por sus mordaces palabras, pero se contuvo, poniéndose de pie inmediatamente y tomando asiento a su lado.

—Eres imbécil, no me hacen ninguna gracia tus frases chistosas. Me he caído, no esperaba que arrancara —se disculpó, ofreciéndole una serie de explicaciones inútiles, obvias por sí mismas.

David estalló en una sonora carcajada.

—Eres una niña. No te tomes en serio todo lo que te digo o antes de regresar a Londres tendrás una úlcera de estómago.

Acto seguido se recostó en el asiento, bajando el ala de su sombrero sobre los ojos e intentando conciliar una cabezada, mientras su boca mantuvo el rictus de una sarcástica sonrisa durante largo rato.

Ofendida, Mary giró la mirada hacia la izquierda, intentando sofocar su vergüenza con el verdor del paisaje, y se refugió en los sonidos que salían de los auriculares de su iPod.



## CAPÍTULO 7

*El río se llena con arroyos pequeños.*  
(PROVERBIO BATEKE - CONGO)

**Londres**— Dios del Cielo, llevo meses escuchándolos, intentando pasar por alto los desvaríos vertidos en mis «reuniones olímpicas»; pero no sé si seré capaz de terminar de escribir estas páginas sin vomitar encima... Me siento totalmente derrotado.

La impotencia ante lo que está por venir amenaza lo poco que me queda de cordura. Al parecer, a nuestros dioses de papel les sobramos la mitad de la humanidad. Y esto no es ninguna metáfora, son cifras que se manejan con tal frialdad que todavía tengo los pelos como escarpas. ¡La mitad!

El objetivo es reducir la población mundial hasta conformar un grupo controlable a través de un gobierno único totalitario con el que poder manejar fácilmente al género humano.

Después de ver lo que hicieron con Irak, sé que no hablan por hablar. Y lo peor de todo es que saben cómo conseguirlo...

*(Entrada del 15 de octubre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Maasai Mara, Kenia.*  
*5 de enero de 2011*

Enseguida llegaron al nuevo emplazamiento. Ernst y Krug ya habían montado el campamento y tenían las brasas preparadas para la cena. Deseosa de huir de aquel reducido espacio, Mary abandonó el Toyota, sin abrir la puerta, saltando ágilmente por el costado abierto.

«¡Si hubiera alguna forma de escapar también de su continuo examen...!», se lamentó en silencio.

Los chicos la recibieron calurosamente, mientras le preguntaban por las impresiones de la jornada. Ella se relajó, resumiendo las experiencias vividas.

David sacó de la autocaravana un *pack* de latas de Coca-Cola heladas. Le ofreció una a ella, cogió otra para él, y lanzó el resto a Ernst que las cogió al vuelo.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó extrañada—. ¡Está helada, qué maravilla!

—De la nevera, ¿de dónde va a ser? —contestó desenfadado, haciendo que no daba importancia a la respuesta.

—Ah, ¿pero tienes nevera?

—Tengo nevera y otras muchas comodidades dentro. Y si eres buena chica, te dejaré que te des una ducha antes de cenar —repuso jocoso poniendo un extraño tonillo en sus palabras.

Había cambiado de opinión, no era justo que insistiera en martirizarla sin facilitarla la realización de sus necesidades más básicas; además, ahora que sabía que estaba dispuesta a no asearse con tal de no darle la razón, no había motivo para que no la dejara que lo hiciera. ¡No iba a ser él menos gentil que Paul!

—Ah, ¿también tienes ducha?

—También, y otros muchos lujos, ya te he dicho —continuó socarrón—, cuando quieras puedes pedirme que te deje compartirlos conmigo, a lo mejor acepto.

—¡No seas iluso! —protestó entrando en su tienda y luchando contra los deseos de aceptar la invitación a la ducha o continuar lavándose al estilo gatuno durante no sabía cuántos días más.

—Mary —la llamó por su nombre—, tienes tres minutos para aceptar mi oferta antes de que me arrepienta y cambie de opinión. Ahora sí dispones de tiempo y ropa limpia para cambiarte. —Luego siguió amenazador—. Pero si prefieres presumir de tu jodido orgullo y cuando regrese de hablar con los chicos no estás duchada, piensa que no vas a hacerlo en mucho tiempo...

Lo tuvo muy claro. No sabía cuántos días faltaban para que regresaran a la civilización, David nunca la ponía al corriente del itinerario y mucho menos de sus planes, así que por muy fuerte que fuera la llamada de su orgullo, sucumbió a la razón. Sacó rápidamente de sus bolsas una muda de repuesto, una toalla grande, las chanclas y el neceser de aseo y cruzó de un salto la distancia que la separaba de la caravana.

Abrió la puerta despacio, con el temor de que él estuviera dentro todavía, pero sus miedos no tenían razón de ser, se había ido para ayudar a los muchachos. Todo estaba limpio y ordenado. Nada más entrar vio una pequeña portezuela que daba a lo que podía llamarse un cuarto de baño de lujo, a tenor de las condiciones en las que se encontraban. Un retrete, un lavabo sobre el que colgaba un armario-tocador de espejos y una ducha llenaban el diminuto recinto. ¿Qué más podía pedir en esos momentos?

Se moría por cotillear todo lo que había allí, pero fue fuerte y dominó su curiosa naturaleza. En caso contrario no le hubiera gustado nada que él se comportara de una manera tan innoble.

Entró en el reducido habitáculo y dejó la ropa limpia y la toalla sobre la tapa del inodoro, se despojó de la sudada y polvorienta vestimenta a toda velocidad y se coló en la ducha de un salto, cerrando la mampara para no desperdiciar ni una sola gota.

Comprobó que el depósito del agua estaba lleno y abrió el grifo disfrutando de la

sensación de sentir caer sobre su piel desnuda el tibio líquido calentado por el sol. Cerró rápidamente con intención de economizar, sabía que no debía de abusar de la hospitalidad de su dueño.

Se enjabonó furiosamente y se aclaró despacio. Luego se lavó los cabellos con champú y volvió a abrir el agua hasta dejarlos sin espuma. A pesar de que le hubiera gustado permanecer allí durante mucho más tiempo, dio por terminada la sesión y buscó la toalla para secarse, comprobando que no había utilizado ni la mitad del contenido disponible en el depósito.

Se enrolló con ella y se secó despacio, sin prisa, disfrutando cada instante como si fuera el mayor de los placeres. Se puso la ropa limpia: una camisa color marfil y unos pantalones cortos beige; se calzó las chanclas y salió a la calle con el montón de ropa sucia en los brazos y la melena chorreando sobre la espalda. Se sentía una mujer nueva.

Al bajar el escalón se dio de bruces contra David, que regresaba en su busca.

—¿Ya has terminado? —la abordó mirando fijamente a sus verdes ojos—. Has hecho bien aceptando, de no haberlo hecho no puedes hacerte una idea de los días que ibas a haber pasado sin remojarte ni un pelo —continuó amenazador.

—Gracias, has sido muy amable.

—Aprende de esta experiencia. Siempre hay que aprovechar las oportunidades que te brinda la vida si no quieres tener que arrepentirte. El orgullo no suele ser buen consejero en estos casos. Dejarse llevar por él, como has estado a punto de hacer, suele acarrear consecuencias. Y más con un tipo como yo que, como habrás podido comprobar, cambia a menudo de opinión.

Mary contó hasta diez mentalmente para no contestar. Si lo hacía, era posible que, como había amenazado, le retirara el favor.

—Gracias de nuevo por dejarme utilizar tus propiedades. —Cargó en el agradecimiento todo el sarcasmo que pudo y puso esa carita de niña buena que nadie como ella sabía utilizar tan bien en su beneficio—. Sabes cómo hacer feliz a una mujer.

Y haciendo un quiebro con la cintura, se apartó de su camino para dejarle pasar.

—¡Ya lo creo que sé hacer feliz a una mujer! —replicó irónico—. Feliz e infeliz, ¡no lo olvides! —Y cambió el tono de su voz—. Espero que te hayas dignado a dejar suficiente agua para mí.

—Creo que sí, no he utilizado ni la mitad del depósito. —La respuesta llegó amortiguada por la lona de la tienda de campaña, dejando claro que la conversación estaba zanjada.

Cuando David volvió a salir, con ropa limpia y recién afeitado, Mary estaba sentada sobre una manta en el suelo, dándole la espalda, y aprovechaba los últimos rayos de sol para secar su larga melena cepillándosela repetidamente.

Él se sentó en el escalón de la autocaravana, encendió un cigarrillo y se dispuso a observarla cuidadosamente. Había descubierto en esta práctica un divertido

entretenimiento del que no se aburría fácilmente. Se moría por poder dejar escurrir entre los dedos aquella mata de pelo, tan rebelde como su dueña.

Pasados algunos minutos, Mary sintió en la nuca la presión de una mirada y se volvió rápidamente. Aquel exhaustivo examen la incomodó, así que detuvo la tarea y se hizo un moño, que sujetó con la larga pinza de la que no había vuelto a separarse desde su salida de Nairobi excepto para dormir.

—¿Estabas ahí? Veo que has tenido agua suficiente.

—No toda la que yo hubiera querido, pero cuando no hay otra cosa, uno se conforma con lo que tiene —repuso con el mismo tono irónico que ella había utilizado.

—¡Qué conformista!

—No, no te engañes, no soy nada conformista. Ésta es una situación transitoria, pero cuando se trata de elegir para el resto de mis días procuro pensármelo antes de aceptar lo primero que cae en mis manos.

Ella presintió que la conversación iba por otros derroteros y cambió drásticamente de tema.

—Uy, los primeros mosquitos vienen al ataque...

La queja vino acompañada de un manotazo contra uno de sus muslos, retirando el cadáver acto seguido de una certera toba. Se levantó y, tras doblar la manta con cuidado para lanzarla junto con el cepillo al interior de la tienda, cogió la parte inferior de los pantalones y la pócima salvadora. Se roció con ella las piernas, la cara, el cuello y los brazos y luego la frotó vigorosamente. Cuando hubo terminado le ofreció el bote a él.

—Gracias, yo no uso de eso. A mí los mosquitos ya no me pican, hemos terminado por hacernos amigos.

—¡Dios, qué raro eres! —Se rio—. Yo, por si acaso, voy a taparme, que no me fío ni un poquito de tus amigos.

Era la primera vez que David escuchaba reírse abiertamente a Mary. Tenía una risa jovial y cantarina capaz de alegrar el alma de cualquiera. Le gustó su sonido y observó cómo repetía el ritual de la mañana al sentido inverso, produciéndole, sin embargo, la misma sensación de inestabilidad interior. Eso sí que le preocupó, ¿desde cuándo se excitaba al ver cómo se vestía una mujer? Lo contrario tenía su lógica, pero eso...

—Me gusta esa idea de los pantalones desmontables. Parece práctica.

—Sí. Es mucho más cómodo que estar cambiándome de ropa en mitad de una excursión, rodeada de hombres en todo momento.

David no quiso desengañarla y no le explicó que era mucho más devastador verla descender la cremallera lentamente, revelando poco a poco sus encantos, que observarla cambiarse de pantalones directamente. Lo segundo lo había visto hacer cientos de veces y no le llamaba la atención lo más mínimo; esto, sin embargo, era algo nuevo que producía en él efectos no deseados.

—En África nadie se asusta por ver unas nalgas al descubierto, aquí las mujeres van prácticamente desnudas, no lo olvides.

—Ya, pero yo no soy africana y no podría evitar sentirme incómoda.

—Eso salta a la vista —subrayó él—, tu piel está como si la hubieras metido en leche comparada con la de esta gente. Por cierto, ¿te has dado cuenta de que te has abrasado el pecho y los brazos? —comentó como sin dar importancia a la observación que acababa de hacer cuando se untó el repelente.

—Sí, ya me he fijado, pero no me duele. Tengo la piel dura, recuerda que tengo genes latinos. Mañana estará morena.

—Aquí el sol no es una broma. Mañana, o te tapas o te embadurnas de crema solar ¿entendido?

—Sí, *bwana*, —dijo haciendo chanza de las órdenes de él—. Oye, por cierto, ¿aquí cuándo se cena? Seguro que si vamos a ayudar a los chicos acabarán mucho antes.

—Déjalo, enseguida vienen. Siéntate un rato.

Lo hizo en la silla que él le indicó, en silencio, de cara al sol que se escondía rápidamente, repitiendo el milagro del día anterior de teñir de carmesí la cada vez más amarillenta pradera de hacía unos instantes. Minutos después, Harry, Krug y Ernst se encaminaban hacia la mesa con humeantes bandejas de succulento guisado de carne en las manos.

La cena fue tranquila y relajada y, cuando terminaron, los tres hombres se marcharon a fregar los platos en una especie de bañera que acomodaban junto al campamento.

David también se levantó de la mesa y entró en su Volkswagen dejando a Mary sola. La envolvía una negrura total, esa noche tampoco había luna y los hombres se habían llevado consigo todas las lámparas de queroseno.

A poca distancia se escuchaban los gruñidos de advertencia de los hipopótamos, que emitían sonidos similares a los de una orquesta de metal afónica y discordante. Poco a poco, sus ojos se fueron acomodando a la oscuridad y empezó a distinguir algunas sombras a poca distancia. Se sentía cómoda y decidió quedarse un rato disfrutando del entorno mientras se fumaba un cigarrillo.

Al momento regresó David. Llevaba dos vasos de cristal con hielos en una mano y una botella de *whisky* bajo el brazo.

—¿Quieres un trago? —le ofreció, mientras tomaba asiento en un sillón de loneta que colocó en mitad de la explanada que formaba el campamento.

—Bueno, supongo que no me vendrá mal, aunque yo no acostumbro a beber —contestó acercándose a él, con otro de los sillones en las manos—. Si digo alguna tontería no me hagas caso, son los efectos del alcohol.

Él le sirvió y le tendió la copa mientras se disponía a disfrutar de los minutos más relajantes de toda la jornada, sin decir ni una sola palabra. Ella tampoco tenía ganas de entablar conversación y el silencio se extendió sobre ellos como una acogedora

manta.

David regresó a las divagaciones sobre su repentino cambio de actitud. Se había aburrido del ataque psicológico y había pasado de torturarla a proporcionarle comodidades y atenciones dignas del mejor anfitrión. Y todo ello sin que ella se lo hubiera insinuado siquiera, y eso que no solía ser tan inconstante con sus decisiones.

Pero no se engañaba. No era la pena lo que le movía. Él nunca había sido un ser compasivo, ése era un sentimiento que nadie agradecía y que rara vez solía ayudar al depositario de semejante esfuerzo. Cada cual debía de superar, a solas, sus propios fantasmas; no necesitaba además bregar con actitudes bienintencionadas de nadie que pretendiera hacer méritos ante la corte celestial. En cambio, el acicate y el incentivo, solían ser revulsivos que ayudaban al final, aunque parecieran mucho más mortificantes.

Lo hacía porque, haciendo gala de su egoísta comportamiento, para él era mejor así. Estaba acostumbrado a hacer felices a sus clientes. Por otra parte, la presencia de Mary ya no le incomodaba tanto como lo había hecho tres días atrás y estaba descubriendo en ella a una buena aventurera.

Bueno, lo cierto es que ahora le incomodaba de otra manera, pero iba superándolo como podía.

Para ser una mujer con la que tenía que compartir el día entero sin que hubiera una cama como tercer protagonista del encuentro, era mejor que la mayoría de las que él conocía; no le instigaba continuamente con preguntas absurdas, no se quejaba nunca por las adversidades y parecía estar disfrutando con la situación. No era un mal principio, incluso empezaba a encontrarse seguro a su lado. Más, si cabe, que junto a algunos de sus clientes jóvenes, que parecen deseosos de salir corriendo al primer encontronazo con los problemas.

Mary, en cambio, se había zambullido en los recuerdos. Al principio sólo era un análisis mental de los resultados de su viaje, pero se encontró rememorando la última vez que había visto a David antes de aterrizar en Nairobi, hacía ya más de diez años.

Era un larguirucho muchacho roto por el dolor que le producía la muerte de su madre. Por aquel entonces, ella era apenas una adolescente y estaba cursando la primaria en el internado suizo. Había ido con su padre al cementerio para asistir a las exequias de Margareth y acompañar en esos duros momentos al viudo y a su único hijo. Pero cuando se acercaron a darles el pésame, David resultó tan taciturno y huraño como siempre y se limitó a darle las gracias, mirándola con tal desprecio... ¡Parecía que no la conociera de nada!

Lo cierto es que aquel hecho no la preocupó en absoluto. Desde el episodio de las caballerizas de Silkford Manor con su niñera, no había vuelto a acercarse a él. Antes de aquel día, cuando coincidían en vacaciones, acostumbraba a seguirle a todos lados, lo que solía acabar con una frase despechada, por parte de él, diciéndole que no era más que «una mocosa con la cara embadurnada de chocolate».

Pero desde aquel aciago día, le había rehuido como a la peste. Beatriz, su niñera,

le había hablado de él de manera bastante explícita. Su descripción, la de un chico agresivo y caprichoso que siempre hacía su voluntad sin contar con la opinión de los demás, no le había provocado otra cosa que miedo. «Procura no acercarte jamás a él o te hará daño. Te obligará a hacer “cosas de mayores” y no dudará en pegarte para conseguirlo, como ha hecho conmigo», le dijo. ¡Y ella había seguido aquel consejo al pie de la letra!

Hasta hacía tres días.

Ya hacía tiempo que sabía que David no había forzado a Beatriz, que aquello era algo que ambos consentían y que no era más que una excusa de la niñera para salvaguardar la buena imagen que la niña tenía de ella, pero aun así, Mary había estado tan convencida de que él siempre le quitaba lo que más quería, que no había podido dejar de guardarle un rencor infantil.

Él lo tenía todo y ella era una intrusa. David tenía una madre que le adoraba y a la que podía abrazar y besar siempre que quería; un padre que no estaba siempre de viaje y al que veía incluso sin que fueran vacaciones, y no tenía que ir a internados en Suiza donde todo el mundo era extraño, sino que iba a un colegio cercano a su casa y regresaba con sus padres cada noche. Tampoco tenía que soportar a unos abuelos que vivían en el extranjero y la odiaban, y que, como él, también le recordaban cada día que ella era quien había «matado» a su propia madre.

Así que, ¿por qué no iba a odiarle? ¿Qué interés podría tener en verle? Quizá sólo fueran celos infantiles, pero él jamás se había preocupado por ganarse su cariño y ella ya no lo quería tampoco.

Era cierto que su madre murió a consecuencia de tenerla a ella, pero no tenía nada que ver con cómo ellos lo veían.

A principios de 1977, su padre fue destinado a Gibraltar, donde conoció a una jovencísima gaditana de diecisiete años, de larga melena morena y arrebatadores rasgos raciales, a excepción de sus extrañísimos ojos azules que le quitaron el sentido. Y a pesar de la oposición de sus suegros, la pareja contrajo matrimonio aquel mismo año tan pronto ella alcanzó la mayoría de edad. No podían esperar, él había sido trasladado a Londres y querían irse juntos.

Su madre era una joven de fuerte carácter pero débil salud, ya que una grave cardiopatía arrastrada desde su nacimiento le había privado de casi todos los placeres y emociones de la vida. Cuando conoció a aquel apuesto inglés, se enamoró tan perdidamente de él que no estaba dispuesta a ceder más en favor de su supervivencia, sosa y aburrida, y decidió dar rienda suelta a su felicidad. Aunque antes, avisó a su futuro esposo de los riesgos que corría con su elección, dificultades que él aceptó a pesar de que, desde un principio, supo que no podría ver satisfecho su deseo de tener hijos con aquella mujer.

Y durante diez largos años su madre estuvo encantada con su situación de amante esposa; pero a punto de cumplir la treintena, el reloj biológico empezó a darle la lata y se obsesionó con aquellos deseos de maternidad fallida. Cada día sus locas ansias

de concebir eran más apremiantes y él, a pesar de que también era lo que más deseaba en este mundo, declinaba la posibilidad. Pero la situación se hizo insostenible y la joven cayó en una profunda depresión de la que nada ni nadie era capaz de sacarla, a causa de la cual empezó a despreciar a su esposo.

Juntos acudieron a los mejores especialistas de media Europa mientras ella se consumía en la tristeza y la obsesión, así que recomendados por un eminente ginecólogo, su padre cedió por fin y juntos concibieron el deseado bebé.

Fue un embarazo muy vigilado durante el cual ella recuperó la alegría y las ganas de vivir, aunque su maltrecho corazón no estaba dispuesto a concederle ningún respiro. La vida volvió a ser maravillosa durante aquellos últimos meses y ambos los disfrutaron, pero desgraciadamente también sabían que la futura mamá agotaba sus posibilidades de vida. Pero ella sólo quería poder conocer a la hija que día a día crecía en su seno, a cambio de lo cual estaba dispuesta a morir tranquila.

Y así fue. Aquel anhelo se hizo realidad con los primeros brotes de la primavera del 88, una niña sana y sin problemas, tal y como su madre había pedido con tanto fervor a San Ramón Nonato pero, desgraciadamente para ambas, mes y medio después su madre cerró los ojos para siempre, discretamente y sin ruido, pero dichosamente abrazada a su pequeña, después de haberle dado el pecho.

David y Mary volvieron a la realidad cuando Harry se acercó a ellos con una lámpara en la mano para darles las buenas noches e informarles de que él y los muchachos se iban a la cama.

David tintineó los últimos hielos que quedaban en su vaso y apuró el contenido de un solo trago, a la vez que se levantaba de la silla con ánimo de irse a dormir.

—Me parece que se nos ha hecho un poco tarde, ¿te has dado cuenta de que llevamos casi una hora aquí sentados? Deberíamos irnos también a la cama —dijo David sorprendido mientras miraba su reloj de pulsera.

—¿Una hora...? ¡Dios mío, si me ha parecido un instante! Lamento ser tan mala compañía y no saber darte un tema de conversación interesante, pero es que estaba tan a gusto, que ni me he dado cuenta —se disculpó sincera.

Recogió su silla y se la entregó a Harry para que la guardara en el camión.

—No te preocupes, *milady*, has sido la mejor compañía, yo tampoco tenía ganas de hablar —la consoló.

—Bueno, el próximo día prometo ser más charlatana.

—Tranquila. Hay conversaciones que se convierten en cotorreos si no se tiene nada que decir, en cambio, los silencios, son a veces más interesantes que las palabras.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, he de confesarte que estoy totalmente de acuerdo —replicó divertida.

—Bien, entonces vámonos a dormir antes de que el amanecer nos sorprenda aquí, amigándonos.

—¿A qué hora hay que levantarse mañana?



—Tú no te preocupes de esas cosas, cielo, que no me voy a ir sin ti a ninguna parte —contestó de buen humor.

El sonido de cientos de pájaros despertó a Mary del profundo sueño en que cayó nada más meterse en el saco de dormir. La luz se colaba tímida a través de las frágiles paredes de su tienda de campaña y comprobó, con sorpresa, que ya era totalmente de día.

Agudizó el oído para intentar escuchar algún ruido que no proviniera del afónico quejido de sus vecinos anfibios o de los gorjeos y graznidos de los abejarucos, garzas, tórtolas y estorninos que parecían haber anidado en el mástil principal de su habitación.

Distinguió la voz del guía hablando con Harry sobre la excursión que realizarían a continuación. No pudo evitar alegrarse de que él hubiera cumplido su promesa de la noche anterior, ya que su primer pensamiento, al ver que estaba tan avanzado el día, fue que sus cuidadores se habían marchado y la habían dejado abandonada a merced de los hipopótamos.

Se levantó sin prisa, mientras se alegraba de no haberse desvelado pensando en el peligro de las excursiones nocturnas de los enormes paquidermos a los que habían usurpado el terreno. Luego se lavó y vistió con la misma ropa que utilizó para la cena del día anterior y salió al campo, fresca y lozana como si hubiera estado durmiendo durante más de doce horas seguidas.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, se acercó hasta donde se encontraban los hombres preparando el desayuno. Nadie reparó en su llegada hasta que no la escucharon saludar alegremente.

—¡Buenos días, chicos! ¿Necesitáis la ayuda de una mujer en la cocina? Espero no haber interrumpido ninguna reunión masculina de envergadura.

Todos contestaron sorprendidos al unísono y Krug le pasó un plato, sobre el que titilaban nerviosos unos cuantos huevos, y un tenedor para que los batiera.

—Aquí toda ayuda es bien recibida, señorita —terció Krug—. ¿Se atrevería usted a hacer una tortilla mientras yo preparo el café?

Ella aceptó el reto mientras los demás montaban la mesa y las banquetas de bricolaje. Pero, curiosos, regresaron en cuanto terminaron para observarla mientras cuajaba los huevos y daba vuelta a la tortilla con dominio y soltura. Se sentía como un monito de feria.

David estaba sorprendido, nunca se le hubiera ocurrido que supiera cocinar, y eso que una tortilla estaba al alcance de cualquiera. Y, acicateado por las ganas de verla fallar en algo, durante el desayuno sucumbió al diablillo que llevaba dentro y puso otro reto ante la muchacha.

—En el camión tenemos una canoa. Si te atreves podemos acercarnos hasta la laguna y remar un poco para que tomes algunas fotos desde cerca, pero piénsatelo antes, porque el hipopótamo es un animal imprevisible y a veces ataca.

—¿Cuántas veces de cada diez?

—Tú siempre tan pragmática, cariño —se rio David y, arrepentido, decidió facilitarle una vía de escape sin que su orgullo se viera menoscabado.

—Ésta es una excursión que, siempre que acampamos aquí, ofrezco a mis clientes; pero la verdad es que casi nadie acepta, aunque sean hombres —aclaró por si ella pensaba que una negativa daría alas a su machismo—. Te lo digo porque me habías exigido algo que se saliera de lo normal pero, si lo prefieres, lo dejamos... ¡Tú eliges!

—¿Es muy peligrosa?

—No se trata de si es peligroso, sino de si quieres arriesgarte. Normalmente los hipopótamos no causan problemas pero, a veces, cuando sienten su territorio amenazado, atacan.

—¿Te han atacado en alguna ocasión?

—Alguna, pero no es habitual. Y nunca nos ha pasado nada ni a mí ni a mi gente —aclaró.

—¿Cómo hay que actuar si nos atacan?

—Nadando lo más deprisa que puedas. Generalmente el animal se queda revolcando la canoa obcecadamente hasta que se aburre y se marcha. Pero hace poco, cerca del Governor's, rajaron el estómago a un nativo que intentaba cruzar el Mara.

David no quería que, cualquiera que fuera la decisión de Mary, sintiera que la había engañado o le había ocultado datos.

Mary se quedó pensativa durante un buen rato, analizando todos los pros y los contras antes de dar su respuesta definitiva.

—Espero que hoy no se sientan muy agresivos, porque lo sentiría por mi cámara —dijo, por fin.

—¡Que Dios nos coja confesados! —exclamó él apurando de un trago la taza de café que tenía en la mano y persignándose cómicamente acto seguido—. ¿Sabes remar?

—No soy ninguna campeona olímpica, pero me defiendo.

—Tengo que reconocer que no esperaba que aceptaras, pero si así lo quieres, adelante.

Y, tras mirarla fijamente a los ojos durante un tiempo algo más largo del prudencial, mientras la muchacha intentaba por todos los medios no claudicar a su negra observación, terminó asumiendo en voz alta la verdad que le rondaba en la mente desde el día anterior.

—¿Sabes qué te digo? ¡Que en verdad tienes un par de cojones, Mary!

Ella sonrió, satisfecha al escucharle cómo se tragaba sus propias palabras con aquella frase lapidaria seguida de su nombre propio.

Era obvio que —salvo en dos ocasiones, que pudiera recordar—, evitaba por todos los medios llamarla Mary y se dirigía a ella con toda una retahíla de extraños apelativos de los que parecía tener una extensa colección. Generalmente no le

molestaban, aunque su favorito, «*milady*», tuviera connotaciones y le trajera recuerdos poco agradables, pero cuando la llamaba «pequeña»... ¡Ése lo odiaba con toda su alma!

Por lo tanto, si en algún momento había tenido dudas en aceptar la proposición, se alegraba de haberlas superado; la reacción había merecido la pena. Ahora sólo esperaba no tener que arrepentirse.

Tomaron el todoterreno para acercarse hasta la laguna más grande y le ayudó a botar la canoa por una zona que estaba libre de la presencia de los animales. Remaron acompasadamente y a cierta distancia de la orilla, David puso al paio la canoa para que ella pudiera hacer algunas fotos a un grupo de, aproximadamente, treinta ejemplares.

Cada cierto tiempo, alguno de sus miembros desaparecía durante largo rato. De pronto, dos machos empezaron a bufar y a gemir, amenazadores. Al momento desaparecieron, sumergiéndose. A David se le heló la sangre en las venas. Esperó durante largo rato a que reaparecieran a su alrededor, casi diez minutos que le parecieron una eternidad, y cuando lo hicieron dio por zanjada la excursión, remando en dirección a la orilla.

De repente, junto a la canoa, una enorme cabeza grisácea con manchas rosadas emergió, con claras ideas malintencionadas.

—¡Rema todo lo deprisa que puedas! —exclamó David, aterrorizado, mientras clavaba el remo profundamente en las turbulentas aguas, alejándose a toda velocidad de su alcance.

Mantuvieron un ritmo enloquecedor hasta que consiguieron alcanzar, jadeantes, la orilla. Cuando finalmente, en silencio y ayudado por Mary, logró sacar la embarcación del agua y la montó en el Toyota, se apoyó contra la carrocería del coche y sacó un cigarrillo. Mary seguía blanca como la tiza y aún le faltaba el resuello. No había dicho ni una sola palabra en todo el rato.

Lo encendió y le dio una profunda calada. Luego la miró a ella, que también se había apoyado sobre el capó, y reparó en sus labios. ¡Dios, aquella boca incitaba al pecado! Aún la tenía abierta, jugosa y trémula, a causa de la impresión y el susto.

Mary miraba, casi sin parpadear, hacia el lago. Le brillaban los ojos, grandes, rasgados y jalonados de larguísimas pestañas oscuras, con aquel extraño color azul verdoso que aparecía en ellos cada vez que se alteraba. Era del mismo tono que las aguas del océano que baña Mombasa.

Una vez que sucumbió a aquel juego, no tuvo reparos para recrearse en el resto de su anatomía, que no tenía nada que envidiar a su agraciado semblante: delgada, largas piernas, pronunciadas curvas y apetitosos pechos, grandes y duros. No creía que midiera mucho más de metro sesenta y cinco, porque apenas le llegaba al hombro, pero tenía toda la voluntad y la fortaleza concentradas; como un frasco de caro perfume. El gorro, de loneta caqui con forma de salacot, se le había ladeado sobre la cabeza y dos mechones de oscuro pelo se habían escapado de la pinza con que se

sujetaba la melena y le caían a lo largo de la curva de la mejilla.

Llegados a ese punto, ni se molestó en luchar contra la respuesta de su cuerpo. Se acercó a ella, sonrió, le colocó bien el gorro y le metió el cigarrillo entre los labios. Luego comentó lacónico:

—Ha fingido el ataque.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no nos dio alcance.

—¡Qué barbaridad! —exclamó amedrentada—. ¡Y a mí que me caían tan bien estos bichos después de ver cómo ayudan a Tarzán en las películas!

—Eres una soñadora, cielo. Yo que tú, me mantendría alejado de los amiguitos de Tarzán.

David se metió en el todoterreno desternillándose de risa y le abrió la puerta del copiloto para que entrara.

El sol atacaba a terribles dentelladas contra cualquier ser viviente que osaba salir de la sombra mientras regresaban. Cuando alcanzaron la seguridad de recinto que habían acotado, se asearon un poco y se cambiaron de ropa a fin de descansar plácidamente hasta la hora del almuerzo.

Mary estaba agotada, pero no quería permanecer ociosa o se sentiría con la obligación moral de tener que ayudar en las tareas del campamento, así que se puso a limpiar el equipo fotográfico.

Sentada bajo la escueta sombra que aportaba la lona, extendió una manta y permaneció sobre ella con las piernas cruzadas bajo sus muslos durante más de una hora, echando aire a presión de un bote equipado con una cánula o pasando brochitas de pelo adheridas a pequeñas peras de goma con las que insuflaba minúsculas bocanadas de viento a cada objetivo, utilizado o no hasta el momento. Era una tarea aburrida pero relajante.

David se puso a revisar el motor del Toyota, mientras lanzaba continuas miradas esquivas a la muchacha, que permanecía ajena a todo, sumida en su laborioso trajín, hasta que Ernst, el joven ayudante, se aproximó a ella para observar de cerca sus pausados movimientos.

—¿Por qué haces esto?

—¿El qué? ¿Limpiar el equipo? —se extrañó de la pregunta del muchacho—. Porque conviene que siempre esté todo limpio, el polvo es perjudicial.

—¿Por qué es perjudicial el polvo?

—Porque cada uno de estos objetos lleva en su interior un mecanismo muy complejo que puede verse afectado por las pequeñas partículas de polvo, y si no cuida el equipo, las fotos podrían salir mal.

—¿Es muy importante que salgan bien las fotos?

—¡Claro!, ése es mi trabajo.

—¿Hacer fotos es un trabajo?

—Sí, yo trabajo haciendo fotos.

—¿Y quién ve las fotos?

—Muchas personas. Trabajo para una revista de Londres que vende miles de ejemplares cada mes. Por eso tienen que estar bien hechas, para que la gente que no pueda venir en persona a conocer tu país, lo haga a través de las fotografías que yo lleve.

—¿En tu país son las mujeres las que trabajan fuera de casa?

—Algunas sí. Aquí también hay mujeres que lo hacen, yo he visto en Nairobi a muchas —intentó disculparse, aunque no sabía bien el porqué.

Mary reparó en algo en lo que apenas se había fijado hasta entonces: Ernst era muy joven, apenas un muchacho recién salido de la pubertad. Todas aquellas preguntas eran tan simples como la vida del propio Ernst.

—¿Y quién cuida de tu casa y hace la comida de tu hombre?

—Yo no tengo ningún hombre al que hacer la comida, Ernst, y mi casa la cuida un sirviente —intentó aclarar con una sencillez que fuera capaz de captar el muchacho.

—¿No tienes un esposo?

—No —dijo con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Por qué? ¿Tienes algún defecto? —siguió preguntando él, extrañado—. En mi poblado, ninguna mujer joven y sana estaría soltera a tu edad.

Para un nativo, que pensaba igual que sus antepasados, no era fácil entender un ritmo de vida que no acababa de asimilar.

—Pues no creo. —Sonrió—. Soy una chica normal, no me pasa nada. En mi país las mujeres nos casamos muy mayores e incluso hay algunas que no se casan nunca.

—¿Por qué? —La simpleza de la cuestión la dejó sin respuestas.

—No lo sé, Ernst. Es así, es la tradición.

—Si os casáis tarde, luego no podréis tener hijos que cuiden vuestros ganados. ¿Tu familia tiene muchas cabras?

Mary interpretó que le preguntaba por la fortuna de su familia. En Kenia, fuera de las grandes ciudades todo se valoraba de forma diferente a las costumbres occidentales.

Desde el primer momento había supuesto, a juzgar por su aspecto, que el chiquillo pertenecía a alguna tribu maasai ya que, si bien su vestimenta estaba europeizada, su porte y dignidad delataban su origen.

—En donde yo vivo no hay ganado. Es una ciudad muy grande, mucho más que Nairobi, y las vacas y cabras están fuera, en el campo. Mi familia ahora no tiene cabras, pero en su día, hace muchos años, tuvo muchas.

Pretendía que el muchacho comprendiera lo que quería decirle.

—¿Hace mucho que trabajas para el señor Silkford? —intentó tomar ella la iniciativa de la conversación.

—Desde que estoy con él han llegado dos veces las grandes lluvias.

—¿Dónde vivías antes?

—Cerca de aquí, en una *manyatta*, hacia el norte.

—¿Y cómo empezaste a trabajar con el señor Silkford?

—Él es muy querido en el poblado, mi padre le conoce desde hace mucho tiempo. Me enseñó a hablar su idioma cuando todavía era un niño. A mí me gustaba lo que hacía y le pedí que me enseñara a vivir como él, y aceptó.

¡Vaya!, resultaba que ahora su arrogante guía no sólo era capaz de cuidar a niñas desvalidas, sino que también acogía bajo su ala a adolescentes con ansia de aventura...

—Ahora cuido sus campamentos, sus propiedades y me deja conducir su casa rodante. Algún día sabré tanto como él y podré enseñar a las gentes mi tierra —soñó el muchacho.

—Eso está bien, Ernst. ¿Ahora querrías ayudarme a llevar a mi tienda todo esto?

—¡Claro señorita! ¡Ése es mi trabajo! —dijo emulando la respuesta que ella le había dado pocos minutos antes.

—Bien, pues vamos, que es posible que Krug y Harry necesiten nuestra ayuda para preparar la comida.

David, que había estado contemplando la escena y escuchando atentamente la curiosa conversación desde su atalaya preferida, bajo el quicio de la puerta de su furgoneta, salió al encuentro de los dos jóvenes con aspecto divertido.

—Creo que tienes al pobre Ernst hecho un lío. Para él es difícil comprender tu forma de vida; no entiende por qué una mujer joven y bonita, en lugar de cuidar a un marido y dos o tres hijos, se dedica a recorrer el mundo haciendo fotos para el divertimento ajeno.

—Ya, supongo que para él mi ritmo de vida no tiene nada que ver con lo que aquí hacen las mujeres. Me ha resultado bastante complicado hacer que lo entendiera.

—Pero ¿realmente crees que lo ha entendido? —contestó riéndose—. No entiende nada, acepta lo que tú le cuentas pero, con tus palabras, lo único que has hecho ha sido afianzarle en su idea de que debes de tener algún defecto y por eso no has encontrado un hombre que te procure alimento, hogar y criaturas que te cuiden el día de mañana.

Ella le miró anonadada, por un momento le pareció ver reflejada en su mirada que él también lo creía. Lo cierto es que no estaba dispuesta a perder el tiempo haciéndole cambiar de opinión. Le daba igual lo que él pensara al respecto.

—A lo mejor tiene razón —respondió con tono intrigante—, pero no creo que él llegara a comprender cuáles son mis defectos —y en un susurro, mientras tomaba el camino hacia la hoguera donde se estaba preparando la comida, sentenció sin que él pudiera alcanzar a oír lo que decía—, y tú tampoco.

Pero él sí la había escuchado.

—Mary, tú no tienes ningún defecto. A menos que no sea el de pretender que ningún hombre pueda ejercer control alguno sobre ti...

—¿Acaso querer ser libre es un defecto?

—No, siempre y cuando no confundas libertad con soledad. Quiero pensar que ése no es tu caso ni el motivo por el que no hay nadie esperando tu regreso a la fría y neblinosa Londres y, por eso, no dudas en perderte en África de la mano de cuatro hombres a los que no conoces de nada...

—Mi único objetivo es vivir la vida que quiero y, a cambio, procuro no interferir en las ajenas. Eso, y porque en Inglaterra hace años que las mujeres tomamos nuestras propias decisiones y no necesitamos carabina para ir a ningún sitio, es por lo que no tengo a ningún machista posesivo esperándome en Londres.

—¡No me creo nada de lo que dices! —y soltó una fuerte carcajada—. Tengo la sensación de que a pesar de tus discursos feministas estás deseando encontrarte con el hombre capaz de hacer cambiar tus locas ansias de aventuras por un romance tranquilo como el que tienen la mayoría de las chicas de tu edad.

—¿De verdad tengo aspecto de estar deseando que algún niño imberbe me diga lo que puedo hacer con mi vida?

—Deberías, entonces, encontrar a un hombre hecho y derecho que sujete tus impulsos. Te garantizo que hay un mundo de diferencia entre controlar tu vida y compartir tus anhelos y deseos.

—Te has vuelto loco si piensas eso de mí. Hace tiempo que dejé de soñar con cuentos de hadas. El amor no es lo que vemos en las películas, sino un sentimiento absurdo y posesivo en el que una de las partes siempre sale peor parada que la otra.

—¡Y ésa siempre has sido tú! —terminó él la frase—. Mary, o tus amores te han dado demasiados sinsabores o no has estado enamorada en toda tu vida —replicó con un extraño brillo en los ojos.

¿Qué sabía él? Un hombre que se tomaba sus relaciones con tanta ligereza... Al menos ella se las tomaba en serio, aunque cada una de las que había tenido había resultado más desastrosa que la anterior. Por eso hacía tiempo que se había propuesto no enamorarse, ¡y lo había conseguido!

—Creo que he acertado —volvió David a la carga—. Te has quedado muy callada...

—Es que prefiero no responder a opiniones absurdas y gratuitas —se defendió—. ¿En qué te basas para decir todas esas sandeces?

—En que si alguna vez en tu vida hubieras estado enamorada, no dudarías en dejarte cuidar y mimar por el hombre que quieres en vez de considerar que pretende controlarte.

—¡Eso es una tontería! —barbotó—. ¡Claro que he estado enamorada, pues ni que yo fuera un bicho raro! Lo que ocurre es que los hombres no sabéis distinguir entre las concesiones y lo que realmente deseamos las mujeres. Confundís los términos.

—¿Nosotros? ¡Ja! Yo diría que es al revés.

—Sí. Creéis que porque una mujer se enamore de vosotros podéis hacer lo que os

venga en gana sin dar ningún tipo de explicación, y mientras, nosotras tenemos que estar esperando a que os dignéis a mirarnos a la cara y os deis cuenta de que también somos personas con sentimientos propios. ¡Si eso es el amor, yo no quiero enamorarme nunca!

—Si sigues por ahí vas a convencerme de que tengo razón...

—¿Ah, sí? ¿Y qué os hace pensar que nosotras estamos obligadas a tener vuestros mismos anhelos y, sin embargo, vosotros estáis disculpados de desear lo mismo que nosotras? —bajó el tono de voz y concluyó quejosa—. Yo no estoy dispuesta a que nadie me vuelva a utilizar como un simple *kleenex*.

—¿Quién se ha atrevido a utilizarte como a un *kleenex*, pequeña? —dijo suavemente—. Ningún hombre como Dios manda lo haría. Debe de ser cierto que se trataba de algún niño imberbe; pero no te des por vencida tan pronto, no olvides que algunos nos afeitamos desde hace muchos años —sentenció David con una velada insinuación en sus palabras.

Mary se quedó muda, con la vista fija en la laguna. Sintió una náusea en el estómago. Aquella última confesión había estado fuera de lugar, debería habérsela callado. Se preguntaba por qué se sentía tan incómoda, David la inquietaba de una manera extraña y a la vez la atraía de forma especial.

*Nairobi, 6 de enero de 2011*

El hombre se estiró como un gato perezoso después de despachar un succulento tazón de leche. Por fin había conseguido instalarse y estaba muy cansado. Su avión había salido hacia Nairobi con cinco horas de retraso, tiempo que había invertido para usar todas sus influencias e investigar sobre David Silkford.

Afortunadamente, aquellas horas de demora no habían sido tiempo perdido, al contrario de lo que había ocurrido con los dos días que había estado siguiendo la pista de Mary Mantley en su ordenador. ¿Pero cómo iba a encontrar a su presa, si estaba siguiendo una identidad falsa?

¡Aquel inglés insufrible iba a pagar cara su desfachatez! Había sabido jugar muy bien sus cartas pero ¡a él con esas tretas...! Estaba listo si pensaba que podría engañarle; tenía contactos y sabía moverse.

Así que, en cuanto tecleó «Laura de la Calle» en el programa de búsqueda de las compañías aéreas, la localización fue inmediata, y antes de salir de Londres ya tenía una clara idea de por dónde empezar a buscar. El Departamento de Inmigración de Kenia ya tenía registrada su llegada y, ¡eureka!, incluso sabía dónde se alojaba: hotel Ambassadeur de Nairobi.

No obstante conseguir una habitación en aquel selecto alojamiento no había sido nada fácil. Estaba completo, pero en África todo se compra y se vende. Y por fin, tras un par de preciadas horas de regateo y un generoso soborno, estaba cómodamente



tumbado en una enorme cama de la quinta planta, después de haberse dado una refrescante ducha.

Sus pesquisas allí no habían tenido demasiado éxito, aunque ya lo tendrían. Con paciencia y dinero estaba seguro de obtener lo que buscaba.

Pero antes tenía que descansar. Seguro que la muy zorra se creía segura paseando como una turista ociosa por aquella gran ciudad y utilizando su nombre español. ¡Qué gran maniobra de despiste! Silkford era un tipo duro de pelar y muy astuto. Ni siquiera él conocía ese detalle de la doble nacionalidad de la chica, pero hasta ahí había llegado la suerte de su oponente.

«¡Tiembra, puta! Ya estoy aquí, ¿no sientes mi aliento en el cogote?».

## CAPÍTULO 8

*El dueño del perro no obedece a su perro.*  
(PROVERBIO MBUTI - R. D. CONGO)

**Mogadiscio, Somalia**— Al parecer la OTAN está muy preocupada con los resultados de las recientes elecciones generales en Somalia y quiere meter sus zarpas en el ajo. El nuevo presidente, Abdullahi Yusuf Ahmed, ha vuelto a nombrar como parte de su ejecutivo a todas las hienas sanguinarias que fueron alguien en el desaparecido NSS, el principal servicio de inteligencia y aparato de seguridad interna de represión de aquel país.

La Comisión de Seguridad quiere crear una célula de contraespionaje y yo soy el encargado de estructurarla y coordinarla pero, incluso antes de empezar, ya veo llegar los problemas.

Los franchutes de la Direction Générale de la Sécurité Extérieure han incluido en el grupo al mismo agente que casi la pifia en Etiopía. No me gusta y no me fío de él; es un exaltado, pendenciero y cruel. Sólo hay un tipo de hombre al que odio más que a un militar francés y es aquel que no puede mantener la verga dentro de sus pantalones. Este puto franchute reúne todas las cualidades.

Al más mínimo problema le jodo la vida para el resto de sus días. Lo juro.

*(Entrada del 20 de octubre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Maasai Mara, Kenia.*  
*11 de enero de 2011*

Llevaban seis días acampados en las inmediaciones de la colina Limutu observando a una colonia de leones que David había descubierto tres meses antes, cuando hizo de guía para la BBC, que pretendía hacer un monográfico sobre el Rey de la Selva.

Mary miró una vez más a su alrededor despacio, oteando el paisaje con los prismáticos, buscándolos. Esa mañana, cuando se habían puesto en camino casi no había amanecido todavía y, dos horas después, aún circulaban por un sendero arenoso dejando una estela polvorienta a su paso. Harry se había quedado en el campamento y David conducía el todoterreno.

Los primeros días le había resultado muy complicado encontrar a los felinos

durante sus siestas diarias, pero había aprendido a hacerlo después de que su guía le explicara pacientemente cómo hacerlo: había que buscar entre los pastos a los animales dormitando a la sombra de algún árbol. No era demasiado difícil, pero esa mañana los resultados eran desoladores. ¿Dónde se habían metido?

Por fin los vio. Bajo las ramas de una gran acacia estaban dos de las tres hembras con los nueve cachorrillos. Sólo faltaban *Hera* y los dos machos. Al principio había necesitado que David le echara una mano para distinguirlos, pero en los últimos días rara vez se equivocaba. Bastaba con fijarse en el número de manchas que tienen bajo los bigotes.

Y aunque David se había reído de ella, no pudo evitarlo y sucumbió a la necesidad de ponerles nombre propio, por mucho que a él le pareciera una chiquillada aquel gesto.

Efectivamente, a David aquella forma de actuar, tan común entre los clientes cuando se dedicaban a estudiar meticulosamente las costumbres y formas de vida de un grupo de animales concreto, le hacía, cuando menos, sonreír. Le parecía algo tan absurdo... Para él eran, simplemente, leones —o lo que fueran—. Al menos eso habían sido siempre hasta ahora, porque en esta ocasión empezaba a pensar en ellos de una manera muy particular.

Y la culpa la tenía la inquieta muchacha sentada a su izquierda. Con aquel deseo de involucrarle en todo lo que hacía, no había tenido mejor ocurrencia que consultar con él cada uno de los nombres que elegía para aquella particular familia felina. Y como para ello había utilizado un tema central que a él le apasionaba: la mitología griega, al final se había pasado horas enteras discutiendo con ella los nombres que mejor caracterizaban a cada cual.

—¿Qué les pasa hoy, David? Están raros —dijo mirando el inquieto descanso de los leones.

—No sé, *milady*. Presentirán que se acerca una tormenta...

Él ya lo había notado. Efectivamente se comportaban de una manera extraña, parecían nerviosos. Incluso todavía no habían salido a cazar, aunque ya empezaba a ser un poco tarde. Y tampoco se veía por los alrededores al sultán del harén de la manada ni a su *partenaire*; seguramente estarían bajo alguna sombra cercana vigilando el territorio o continuando con la labor que habían dejado a medias el día anterior.

Como cada día, habían aparcado al amparo de la maleza bajo un baobab, a unos veinte o treinta metros de distancia para no importunarlos, y se habían acomodado lo más plácidamente posible. Era una espera monótona en la que procuraban estar callados casi todo el tiempo, y lo poco que hablaban lo hacían en tono muy bajo para que su voz no llegara a oídos de los astutos carniceros.

David, aburrido, acabó inmerso en los recuerdos de la acalorada discusión de la tarde anterior:

*Hera*, una de las tres damas de la manada, había entrado en celo y *Zeus*, el macho

dominante, había estado toda la jornada cubriéndola cada media hora. La hembra había bramado por liberarse en cada ocasión, después de que él lanzara terribles y desgarradores rugidos con cada orgasmo; los cuales eran precedidos de furibundos mordiscos en el gajate de su enamorada para inmovilizarla y una gran ostentación de defensas dentales a fin de intimidarla. Todo aquello, claro está, bajo los concupiscentes ojos de *Hércules*, el segundo de a bordo, que había esperado paciente el agotamiento físico de *Zeus* para relevarlo en su tarea de inmediato.

Cuando acabó la jornada, Mary se quejó de estar agotada sólo de ver al pobre *Zeus* hacer alarde de su masculinidad y a la sumisa *Hera* dejándose vencer por la voluntad de sus dos esposos.

Él, en cambio, casi compadecía a los caballeros, aunque sólo un poco. El sufrido *Zeus* se había comportado como un campeón e, incluso, en uno de los cortos y escasos descansos, había tenido que defender a su dama del ataque traicionero de otro macho que, atraído por el rastro de la joven leona, había llegado hasta el territorio en busca de disfrute. Bien es verdad que tampoco había puesto demasiado empeño en atrapar a su enemigo que, en vista de sus pocas oportunidades de éxito, terminó por abandonar la lucha sin derramamiento de sangre.

—¡Dios mío, pobre *Hera*! —protestó Mary, solidaria con la leona, de regreso al campamento—. ¡No sé cómo no manda lejos a esos dos promiscuos y viciosos «pollosperas» que se ha echado por pretendientes! ¡Tiene que estar agotada!

Él se había reído divertido del comentario y había intentado salir en defensa del sexo fuerte.

—*Hera* es una leona feliz y bien atendida por sus hombres. Ella sabe lo que le conviene.

—¿Dónde está la conveniencia de todo esto?

—Pues en que después de cuatro o cinco días de placer desmesurado, y al cabo de un par de meses, tendrá dos o tres cachorrillos más con los que podrá engrandecer la colonia.

—Qué quieres que te diga... Sigo sin ver la felicidad por ninguna parte, ¡lo poco agrada y lo mucho enfada! Además, por muy animales que sean y por mucho que tengan que cumplir su papel con la Madre Naturaleza, no entiendo por qué ninguna hembra tiene que dejarse avasallar de esa manera por la lujuria de dos machos.

—¿Avasallar? Tengo entendido que ése es el sueño de toda mujer: dos machos vigorosos para ella sola, dispuestos a cumplir con sus obligaciones conyugales hasta caer rendidos...

—¿El sueño de toda mujer? ¿Dos tipos? ¡Quita, por Dios! Con los problemas que dais de uno en uno, ¿quién os quiere por partida doble...?

—Ya, pero todo tiene su parte buena. No sólo los problemas se multiplican, también el placer. Y según tengo entendido ésa es la fantasía femenina más extendida: ser el relleno de un bocadillo de puro músculo y testosterona.

—Las generalizaciones son odiosas. Y ya puedes ir sacándome a mí de esa

estadística...

—¡Eres una cría, Mary! —repuso acariciándola la mejilla con un dedo. Ella se retiró bruscamente; como si la hubiese quemado con el contacto—. Sin duda las estadísticas no son aptas para románticas señoritas que sueñan con príncipes azules que les juran amor eterno. Yo soy un poco golfo, es cierto, pero tú eres demasiado tradicional.

—¡Yo no soy una romántica ni creo en príncipes azules! —explotó—. Pero odio toda esta prepotencia machista y egoísta.

—Pues a *Hera* parece venirle bien. Al menos ninguno de los dos le ponen como disculpa que se encuentran cansados o estresados por su dura vida profesional. Las mujeres lo tenéis algo más crudo, porque generalmente no hay tipos tan dispuestos y, en la mayoría de los casos, su falta de interés obedece más a cansancio extraconyugal que a fatiga laboral. —Y se rio con una fuerte carcajada.

—Los hombres lo veis todo desde vuestra óptica. Tal vez algún día os enteraréis de que somos diferentes y que para nosotras el sexo no es lo más importante.

—¿No? —replicó él con una pregunta tan sarcástica que hizo que Mary se pusiera en guardia.

—¡No! De entrada, pocas mujeres aguantarían a ningún hombre capaz de tener aventuras extraconyugales que consideren que ella es una obligación marital más.

—Ya supongo que tú no, desde luego. ¡Menudo genio gastas!

—¡Ninguna mujer debería dejarse someter a cualquier tipo de vejación; salvo en el dudoso caso de que sea lo que a ella también le guste, claro está!

Aquella frase había sonado unos cuantos tonos por encima del nivel general de la conversación. David enseguida se dio cuenta y no pudo evitar ponerse alerta.

—Pero ¿por qué te enfadas? Sin duda hay gustos para todo...

—Puede, pero mira a la pobre *Hera*. ¿No veías cómo se quejaba? Estaba más que harta de los dos.

—¿De verdad crees que estaba harta? —contestó entre sonoras carcajadas—. Yo diría que estaba complacida. Si te fijas, llevaba días provocándoles.

—¿Provocándoles? ¿Cuándo?

—Te recuerdo que ayer estuvo todo el día restregándose contra *Zeus* y, por más que él le mostraba su indiferencia, no paró hasta recibir el trato que le estaba exigiendo.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso no se te ha ocurrido pensar que, tal vez, lo único que quería era recibir mimos y atenciones del orgulloso ser al que procura alimento y carantoñas sin recibir nada a cambio?

—Mary, que son leones... Esto es la ley de la selva, son animales, no tienen sentimientos... Afortunadamente para ellos, pueden entregarse a sus más bajos instintos sin tener que luchar con sesudas cavilaciones entre lo que está bien y lo que la sociedad dice que está mal.

—¿Quién habla de la sociedad? La sociedad rara vez se entera de lo que pasa en

la intimidad de una habitación. Pero ¿Cuándo, para un hombre, un «no» es un «no»?!

—¡Siempre, *misichana nzuri*! —contestó mortalmente serio.

—¡Ja, qué gracioso! Los hombres siempre veis las cuestiones desde la óptica que a vosotros os interesa.

—No, pequeña. Yo estoy hablando de leones y animales; eres tú quien está llevando esta conversación por otros derroteros.

—¿Yo? Yo sólo estoy hablando de machos prepotentes...

—No, Mary, tú estás hablando de tus propias experiencias personales.

—¡No es cierto! —respondió con una indignación tan patente que parecía echar fuego por los ojos.

—Lo es. Sé que has tenido alguna mala experiencia de la que no quieres hablar y yo lo respeto; pero no seas tan dura con el género masculino ni generalices. No nos puedes acusar a todos de algo que ha hecho sólo uno de nosotros...

—¡Qué barbaridad, que buenos parecéis todos cuando simplemente se trata de hacer demagogia! —se burló con descaro de él—. ¡Habría que verte en otra situación y haciendo campaña!

—¡Mary, domina tu lengua! No creo que te interese saber cómo son mis campañas, porque no son aptas para mujeres despechadas. No obstante, cuando consigas dar carpetazo a tus malas experiencias y encuentres al hombre de tu vida, lo sabrás y no te importará tanto lo que te dé o te quite. Aunque supongo que en tu caso tiene más que ver con el cómo que con el qué.

—¡Pero yo no quiero hablar de mí! Yo estoy hablando...

—Pero yo sí, así que, cuando estés dispuesta a hacerlo, avísame. Yo sí quiero escuchar...

¡Pobre niña inocente! Se moría por saber quién podría haberle hecho tanto daño. Le haría pagar con creces semejante barbaridad. Cada día era una necesidad más imperiosa que estaba dispuesto a satisfacer a cualquier precio.

Pero ya habían llegado a su destino y, puesto que la tensión en la muchacha era palpable, prefirió dejar el tema para más tarde. La presión en estos casos nunca era una buena táctica.

Y ella debió de ser consciente de que él tenía intención de continuar con el tema porque, tras la cena, eludió la sobremesa nocturna, momento de charla y relajación que ya se había convertido en una institución, y se fue a la cama nada más terminar de comer sin participar siquiera en las tareas comunes del campamento.

Muy a su pesar tuvo que volver a aplazar aquella investigación para mejor momento.

Pero no importaba, tenía una paciencia infinita. Tarde o temprano, terminaría enterándose de lo que quería saber. Siempre había sido así y eso es lo que le había llevado tan lejos en su anterior trabajo como espía de la Corona. No obstante, la incertidumbre no era algo con lo que él se llevara demasiado bien aunque había

aprendido a convivir con ella y a manejarla.

Lo que no quitaba que, cuando la padecía, los resultados siempre fueran los mismos: veía amanecer un nuevo día sin haber podido dormir ni cinco minutos. Por lo tanto, esa mañana estaba agotado. Llevaba varios días dándole vueltas a lo mismo.

Un movimiento, tras la espesura, más allá de la explanada en la que se encontraban los leones, atentos ahora a algún ruido extraño, le despejó de la modorra como si le echaran un jarro de agua fría por la espalda. No podía tratarse de una excursión organizada, estaban fuera de las áreas permitidas al turismo, sólo accesible con permisos especiales.

David se puso en guardia.

Un rugido rompió el silencio y, acto seguido, un disparo resonó en la quietud del páramo.

—¡Mary! ¡Sal de ahí! ¡Corre, entra en la cabina! —la apremió haciendo clic en el resorte que abría la tapadera del habitáculo secreto, entre los dos asientos delanteros.

Hacía varios años que en aquel compartimento ya sólo viajaba una escopeta de caza por si, llegado un caso extremo, tenía que defender su vida o la de alguno de sus clientes del ataque imprevisto de algún animal salvaje; aunque rezaba porque eso no ocurriera nunca, ya que las consecuencias serían nefastas para él.

Sin embargo, los acontecimientos de las últimas semanas, las amenazas veladas del departamento de turismo del gobierno keniano y, principalmente, el motivo real que había puesto a aquella especial cliente bajo su cuidado, el agujero camuflado en el todoterreno volvía a esconder su inseparable carabina M4. Un rifle de asalto que le había salvado la vida en innumerables ocasiones.

La extrajo a toda velocidad del escondite, colocó el cargador de treinta proyectiles guardado por separado; metió otros dos cargadores idénticos en los bolsillos traseros de los pantalones y, mientras colocaba con pericia y rapidez la mira telescópica, se coló por la ventana que daba al asiento trasero sobre el que Mary estaba tumbada, apuntando con el objetivo de la cámara, hacia los animales.

En menos de lo que dura un parpadeo, se desató la locura.

Frente a ellos, cinco hombres a pie —tres de raza negra y dos blanca—, armados con escopetas de largo alcance, se aproximaban al grupo de felinos a la zaga de *Zeus*, que emergió entre la maleza unos metros por delante de donde ellos se encontraban. Estaba herido.

De la derecha, por la retaguardia del león, aparecieron cuatro hombres más, todos nativos también, y dos más por la izquierda, para rodearle en una maniobra envolvente. ¿De dónde salían?, pensó David conmocionado.

Él no los había visto llegar. Debían de estar ya apostados cuando ellos irrumpieron en el páramo. Seguramente sabrían que estaban allí y, lo que más le preocupaba, es que no hubieran desistido en su empeño aun teniendo espectadores. ¡Mala señal!

—Mary, son furtivos. Tenemos que irnos de aquí. ¡Agáchate!

Pero la muchacha no se lo pensó dos veces. Haciendo caso omiso de la orden, acercó el ojo al visor y empezó a presionar el disparador como una posesa.

¡Aquél era el reportaje que necesitaba Tom! ¡Lo conseguiría a cualquier precio!

—¡Joder, Mary! Esto no es un juego, ponte a cubierto en el interior y coge el volante. Necesito que conduzcas mientras yo cubro nuestra huida.

La chica siguió sin hacerle caso y continuó eligiendo cada fotograma con salvaje determinación.

David perdió la paciencia. Se colocó a su lado, con la culata del rifle firmemente apoyada contra el hombro, apuntando hacia los hombres.

—Haz el puto favor —dijo con voz grave y letal, extremadamente baja—, de entrar en la cabina, poner el coche en marcha y salir de aquí cagando leches hacia el sur.

Mary hizo otra fotografía en respuesta, la del balazo que abatió definitivamente al pobre león que, acosado por todos los lados, había hecho frente a los cazadores.

Una de las leonas había atacado a un ojeador, derribándole en el suelo y, prácticamente, le había arrancado la cabeza de un mordisco en la yugular. Aquello parecía una carnicería.

Uno de los dos blancos, el que no había disparado a *Zeus*, abatió a la leona de un certero disparo.

—¡No! —se escuchó gritar a uno de los nativos—. ¡Las hembras no se matan!

La fotógrafa enfocó hacia aquella escena y la plasmó en una ráfaga de fotogramas, sin levantar el dedo del disparador.

David no se lo pensó más. Cogió la cámara por el objetivo, con toda la fuerza que imprimía la furia que intentaba controlar, y la despegó del rostro de la muchacha. Mary fue a gritar, pero la mirada que le lanzó fue suficiente para hacerle detener las palabras que aún no habían abandonado su garganta.

David depositó la cámara con cuidado en el suelo y, con la misma mano, la tapó la boca y la tumbó sobre el suelo del todoterreno.

—Ni una palabra, Mary. Nos estamos jugando la vida —dijo sumamente bajo—. Supongo que sabes conducir...

Ella confirmó con un movimiento de cabeza y los ojos desorbitados.

—Bien, pues hazlo. Entra ahí dentro con cuidado. Procura ponerte a resguardo al tiempo que sales de aquí, a toda velocidad, en dirección contraria a la que estamos. ¿Entendido?

La muchacha volvió a asentir con otro movimiento.

—Pase lo que pase, no levantes el pie del acelerador. Sigue la senda sin parar absolutamente para nada y, cuando llegues a la pista principal, tómala hacia la derecha hasta llegar al Serena Lodge, que encontrarás al cabo de unos kilómetros.

David retiró la mano que tenía sobre su boca y ella descubrió, asombrada, que él la había placado, tumbándola en el suelo y sujetándola contra él con todo el peso de su fornido cuerpo, que aún tenía sobre el de ella.



—¿Y tú? —dijo una vez libre de poder hablar y haciéndolo tan bajo como lo estaba haciendo él.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Yo me quedo aquí cubriendo nuestra huida. Tan pronto enciendas el motor, van a darse cuenta de nuestra presencia, si es que todavía no lo han hecho, y van a perseguirnos, así que reza para que no nos alcancen y, sobre todo, para que no nos acierten con ninguna bala. La única ventaja que tenemos es que parece que han venido andando y sus coches deben de estar lejos.

—Vale.

—¿Te sientes capaz?

—Creo que no tengo mucha opción. Lo haré lo mejor que pueda...

—¡Ésta es mi chica! ¡Con un par de cojones! Sí, señor... Luego la miró fijamente y, sin pensarlo dos veces, acercó su cabeza a la de ella y la besó con dureza en los labios. Mary no reaccionó.

Sin esperar a que ella dijera o hiciera algo, David se levantó, la tomó de la mano para incorporarla del suelo y la ayudó a entrar en la cabina.

Ella, sin mediar ni una sola palabra más, se introdujo por la ventanilla abierta y siguió las instrucciones del guía al pie de la letra.

—Mantente agachada —le pidió, al tiempo que le pasaba la cámara que había dejado antes en el suelo—. Pon esto a buen recaudo y guarda la tarjeta en un lugar seguro.

Mary sacó, tal y como él le había pedido, la tarjeta de memoria de la cámara, puso otra y ésa se la guardó en el interior de la bota, sujeta con el calcetín por debajo del tobillo.

Luego se persignó, en un acto reflejo. Se sentó en el puesto del conductor, colocó el asiento a una distancia en la que llegara cómodamente a los pedales y suspiró; respiró una vez más con fuerza y accionó el contacto.

El motor se puso en funcionamiento a la primera. Pisó el embrague y metió la marcha, acelerando todo lo que podía y haciendo un giro de trescientos sesenta grados para salir, a toda velocidad, por el mismo camino por el que habían llegado.

Entonces se desató el pandemónium.

Una lluvia de balas llegaba por todos lados, rebotando algunas contra la carrocería del coche y, otras muchas, levantando polvo y chispas en el camino por delante y detrás de ellos.

David respondía a los disparos desde la parte de atrás con un fusil que ella ni siquiera sabía que llevaban.

Siguió acelerando sin entretenerse en averiguar si les perseguían, pero era obvio que sí lo hacían. Iban a toda la velocidad que podía y seguía escuchando los tiros lo suficientemente cerca como para suponer que algún vehículo iba tras ellos, a la zaga.

David disparó y, acto seguido, Mary vio por el retrovisor que un todoterreno que minutos antes había salido de la derecha del camino intentando interceptarlos, y que ella eludió con un volantazo, daba ahora varias vueltas de campana en una nube de

polvo ocre hacia un pequeño terraplén que se abría a la izquierda de la pista.

Supuso que David le había disparado en un neumático, haciéndole derrapar y provocando que volcara debido a algún desnivel del suelo.

Elevó una plegaria silenciosa a todos los dioses, a los que hacía siglos que no rezaba, dando gracias por los resultados.

Otro coche surgió de la polvareda, algunos metros por detrás de ellos. Las balas cada vez sonaban más intermitentes y ya no escuchaba ninguna que rebotara contra la chapa. Parecía haber ganado algo de distancia a sus perseguidores.

No veía a David, pero sabía que seguía allí. De vez en cuando oía los tiros y veía el reflejo de la detonación en el espejo.

Siguió conduciendo como una loca durante lo que le pareció un tiempo infinito. Al cabo de algunos minutos, cuando los disparos dejaron de escucharse y no distinguía ningún todoterreno persiguiéndoles, bajó la velocidad. Todo parecía haberse quedado, de pronto, extrañamente en calma.

Sin detener la marcha, abrió con una mano la ventanilla de separación, que David había cerrado antes para evitar la entrada directa de alguna bala perdida, e intentó comprobar si el guía seguía indemne.

—David, ¿estás bien?

—Sí. Pero no pares bajo ningún concepto hasta que llegemos al *lodge*. Mantente alerta y en el límite de velocidad permitida. Todavía tardaremos un rato en llegar.

David tenía la voz ronca y la respiración alterada. Por el exceso de adrenalina, supuso Mary. La de ella también sonaba extraña incluso para sus oídos. Sentía la boca como si hubiera estado chupando una tiza.

Por fin, en un silencio opresivo y angustioso, después de lo que le parecieron horas aunque el reloj indicaba que sólo habían pasado algo más de cuarenta y cinco minutos, a lo lejos vio un cartel que señalaba la entrada al Serena Lodge. Tomó el desvío con un suspiro de alivio. Le dolían todos los músculos por la tensión contenida.

Sobre la arena cobriza de la carretera, un nativo vestido con camisa y pantalón verdes vigilaba una barrera móvil, que resaltaba blanca y roja a un metro de altura.

Se acercó despacio, para no alertarle, y cuándo éste la levantó, la cruzó con decisión mientras saludaba al guardia con la mano luciendo una falsa sonrisa luminosa en los labios. Todavía le temblaban las piernas por los nervios. No se detuvo.

El camino se bifurcaba y tomó el de la derecha, hacia donde un cartel indicaba que se encontraba el aparcamiento. Suspiró profundamente.

—¡David, ya estamos!, creo...

No obtuvo respuesta.

—¡David! —Silencio—. ¡¡David!! —gritó.

Frenó en seco y se bajó a toda velocidad del coche, sin pararse a cerrar la puerta ni preocuparse de que había dejado el coche en mitad del acceso al *parking*. Corrió

hacia el lateral y se asomó. David estaba tumbado en el suelo del maletero, bocabajo, y no se movía.

Abrió la puerta trasera y subió de un solo salto. No podía ser...

—¡David, por Dios, contéstame!

Le observó con cuidado, rezando para que ningún disparo le hubiera acertado. Comprobó que, al menos, no estaba en medio de un charco de sangre y aún tenía la tapa de los sesos perfectamente encajada en su sitio. Tenía la cabeza en el hueco de los brazos, estirados sobre el suelo y el rifle sujeto todavía entre las manos.

Le tomó el pulso en el cuello. Cuando sintió el movimiento rítmico y regular bajo la yema de los dedos, soltó el aire que retenía en los pulmones. «No está muerto. Respira», agradeció al Cielo.

Apartó el rifle a un lado, con cuidado, poniéndole el seguro. Su padre había sido un militar de élite y sabía lo suficiente de armas cómo para manejar aquellos chismes que, a menudo, cargaba el diablo.

Luego intentó girar toda aquella masa de músculos, precariamente tumbada en un ángulo complicado e incómodo. Le resultaba imposible, estaba prácticamente encajado en tan enjuto espacio, pero tenía que conseguirlo. De pronto, tras un último y titánico esfuerzo, casi le resultó muy fácil voltearlo y hacer que rodara hasta quedar apoyado sobre la espalda.

Sin mediar ni un segundo entre ese movimiento y el siguiente, le desabrochó la camisa y la sacó del cinturón de sus pantalones cortos.

—Por Dios, David, di algo. ¿Dónde te han herido? ¡No te atrevas a morirte, ¿me oyes?!

Arrodillada a su lado, mientras murmuraba palabras de aliento —más para sí misma que para él, que parecía estar totalmente inconsciente—, le tocaba el pecho, los costados, la cintura... Buscaba alguna herida que diera lugar a aquel desvanecimiento. Afortunadamente no había ninguna. Al menos las zonas vitales parecían sanas.

—Vas a ponerte bien, ya lo verás. Voy a sacarte de aquí sea como sea...

Las piernas también estaban bien. No había sangre por ningún lado.

Le desabrochó la hebilla plateada del cinturón y...

—Ni se te ocurra seguir si no tienes intención de terminar lo que has empezado —le escuchó amenazarla con voz grave.

Mary le miró a la cara. Estaba sonriendo.

—¡David! —Presa de la conmoción y del susto, se precipitó sobre él pletórica de alegría—. Joder, qué susto me has dado... ¿Estás bien?

David la abrazó por la cintura y la estrechó contra su pecho.

—Estoy bien, *misichana nzuri*. Tranquila —y siguió apretándola contra él, masajeándola la espalda con lentos y amplios movimientos circulares de su enorme mano abierta.

Mary se dejó abrazar durante algunos segundos. Estaba alterada y el corazón le

palpitaba de manera desenfrenada, pero a medida que el ritmo cardíaco recobraba el compás habitual, también la lucidez fue llegando a su mente. Se apartó de él con cuidado y sintió cómo una ola roja, de furia y cólera, arrasaba su razón como un huracán.

—Dios mío. ¿Se puede saber qué pretendías? ¡Tu madre era una santa, pero tú eres un hijo de la grandísima puta!

Mary se incorporó y, sin calibrar las consecuencias, le soltó una sonora bofetada con el envés de la mano derecha, mientras mascullaba las últimas palabras, imprimiendo en el golpe toda la fuerza de su pequeño cuerpo.

David retuvo con una velocidad asombrosa el recorrido del brazo de la muchacha que pretendía repetir la operación sobre el otro lado de la cara de él.

Cerró los ojos y apretó con fuerza los dedos en torno a la estrecha y delicada muñeca. Supo que estaba haciéndole daño, pero no iba a dejar que volviera a cruzarle el rostro con tal impunidad.

Sujetándola todavía, se incorporó y arrastró el trasero hasta apoyarse contra la parte de atrás del asiento. Si las miradas matasen, él hubiera acabado de apagar sus días víctima de una cruel lanza de fuego azul.

—¿Estás loca, *milady*? Ni se te ocurra volver a pegarme —sentenció amenazante, apretando los dedos un poco más.

—¡Tú, estás loco! ¿Te ha parecido muy divertido? ¿Crees que era momento para bromitas? Pensaba que te habían matado...

David se la quedó mirando. Tanta furia encendía aquel delicado rostro como una candela. Respiraba entrecortadamente. Tenía los exuberantes labios entreabiertos, la nariz y la barbilla elevadas en un mudo desafío y los ojos brillantes. Muy brillantes. ¿Eran lágrimas lo que los empañaban?

Sin poder remediarlo, tiró del brazo de ella, atrayéndola, al tiempo que inclinaba la cabeza y posaba sus labios, poderosos, sobre aquella boca jadeante, exigiendo con una fuerte presión que se rindiera a él.

Ella se separó bruscamente sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir. Era la segunda vez que lo hacía ese día.

—¿No te ha enseñado nadie a besar, *milady*?

Soltó su brazo y la cogió por el cuello de la camisa, volviendo a atraerla hacia él y besándola con pasión sin esperar a que ella contestara.

Contra todo pronóstico, Mary respondió en ese segundo intento a su ímpetu abrasador. El anhelo y el deseo contenidos eran mayores de lo que él esperaba y notó aquella lengua, húmeda y suave, explorar en su interior y enredarse con la suya en una dura pugna por la supremacía del dominio.

La sintió tambalearse por el arrebató y abandonarse al deseo cuando, instintivamente, ella subió una mano hasta su nuca para equilibrarse y sujetarse con la otra contra sus pectorales.

Aquel movimiento voluntario le hizo perder la compostura. Cada músculo de su

cuerpo reaccionó de inmediato. Estaba duro y tenso como la cuerda de un arco. Podía perder la cabeza en cualquier momento y eso no era bueno. Él había iniciado aquella locura y él tendría que detenerla.

Se retiró despacio de aquellos labios que le atraían como un canto de sirena y colocó la cabeza de ella en el hueco de su hombro. Esperaba su reacción de un momento a otro, pero ésta parecía no llegar. Realmente la tensión y los nervios del momento habían conmocionado a Mary.

—Estaba dormido —contestó por fin David a la pregunta que ella le había formulado—. Lo siento, no quise asustarte. Llevaba dos días sin pegar ojo y, cuando todo pasó y dejaron de perseguirnos, me tumbé para estabilizar los nervios y, supongo, que al cabo de un rato de traqueteo me rendí al sueño. Me he despertado cuando intentabas darme la vuelta, pero estabas tan encantadora preocupándote de mí...

Mary se separó lentamente de él. Tenía las mejillas del color de la grana.

—Estamos interrumpiendo el paso, he dejado el coche tirado en mitad del camino —dijo saltando fuera del maletero—. Voy a aparcar.

Cuando entraron en el Serena, David se quedó hablando con el recepcionista, un hombre de avanzada edad que parecía conocerle muy bien. Se saludaron efusivamente y tras una pequeña charla en maasai, el hombre les acompañó hasta el restaurante para que pudieran disfrutar de un opulento y sabroso almuerzo.

Ya había pasado el horario habitual de comidas y estaban prácticamente solos. El entorno era maravilloso. Las sensaciones de la última hora habían sido tan fuertes que Mary se sentía revitalizada y como si tuviera el mundo a sus pies. Allí, sobre la ladera de la colina Limutu, veía serpentear en el fondo, a través de un gran meandro arbolado, la corriente del río Mara, infestada de cocodrilos e hipopótamos.

David y ella apenas habían hablado desde que bajaron del coche. Comieron en silencio, cada cual centrado en sus pensamientos.

Todavía no podía creerse que *Zeus* y *Hera*, que hacía menos de veinticuatro horas retozaban felices y tranquilos en la sabana, ahora no fueran más que despojos sanguinolentos de un ataque furtivo.

Hasta donde ella sabía, la caza estaba prohibida en toda Kenia, y por eso, tan pronto vio a dos hombres de raza blanca comandando lo que tenía todo el aspecto de ser una cacería al rececho, supo que ésa era una de aquellas operaciones furtivas de las que Tom le había hablado. Su ego periodístico estaba por las nubes porque, aunque pareciera imposible, había conseguido el reportaje completo, aun sin proponérselo siquiera. Tom estaría encantado en cuanto se lo dijera; aunque lo mejor era no informarle del riesgo que tanto ella como su hijo habían corrido.

Era muy posible que su tutor sufriera un pasmo, como mínimo, si le contaba que, para conseguir esas fotos, se había visto inmersa en una persecución a vida o muerte, seguida de un tiroteo cruzado en el que David parecía haber llevado la voz cantante.

Sólo lamentaba que, después de aquello, su aventura en Kenia tocaba a su fin. Ya no tenía ninguna excusa para seguir paseando por los parques nacionales de aquel país como una turista ociosa torturando a su guía con algo que éste no quería hacer.

Y volviendo a él... ¿Cómo era que David llevaba consigo un rifle de asalto digno de un militar de las fuerzas especiales de cualquier ejército de un país desarrollado? Y lo más intrigante de todo: ¿por qué lo llevaba encima? Se supone que la gente normal no va con carabinas del ejército disparando a los furtivos...

Había vivido lo suficiente entre militares como para saber que nada de lo que había ocurrido minutos antes era normal. David parecía desenvolverse demasiado bien en aquel papel tan atípico.

Nunca se había preocupado por saber qué era ni a qué se dedicaba el hijo de su tutor. Creía recordar que en algún momento había oído decir a su padre que se había enrolado en el ejército, pero jamás había registrado aquella información como interesante, así que, simplemente, la había obviado.

Ni siquiera sabía que él vivía en Kenia y, mucho menos, que era guía turístico. De todo aquello se había enterado cuando aterrizó en Nairobi unas semanas atrás. Thomas rara vez hablaba de él y ella se limitaba a escucharle cuando lo hacía. Lamentaba que estuvieran tan separados, pero aquél era un problema exclusivamente entre padre e hijo, así que no interfería.

Jamás preguntaba. Nunca había tenido la más mínima curiosidad por él. Pocas personas en el mundo podían traerla más al paio.

Ahora, sin embargo, sentía no haberlo hecho. Quería saber. Necesitaba saber.

Tom echaba de menos a su hijo y tenía un montón de fotos de él guardadas en un cajón; a veces le había pillado observándolas. Quizá ése era el motivo por el que se había limitado a guardarle un profundo rencor. No podía perdonarle que, con su distante actitud, hiciera sufrir a la persona que a ella más le importaba en esta vida.

Pero, sin duda, nada era como había creído durante años. Al parecer, Thomas hablaba con David más de lo que pensaba y, de alguna manera, en esa truculenta trama política, en la que no sabía cómo se había visto inmersa, ambos estaban involucrados.

Estaba claro que David tenía conocimiento de aquellas cacerías ilegales sobre las que Tom pensaba escribir y que él era el contacto que su tutor mantenía en Kenia. También estaba segura de que la vida del guía corría peligro y de que su padre era consciente de ello.

En estos momentos, si tuviera a Tom cerca, podría decirle unas cuantas cosas. Eso ganaba, porque a él no le gustaría nada escucharlas. Estaba profundamente dolida.

Siempre había sabido que Thomas Silkford era un hombre introvertido, manipulador y lleno de profundos secretos y silencios, pero después de que ella se quedara huérfana y estrecharan sus relaciones, había llegado a creer que él le había abierto su corazón y no le ocultaba sus sentimientos. Evidentemente estaba equivocada.

—David, cuéntame qué es lo que ha pasado. Explícame alto y claro qué eres y qué es lo que pinto yo en todo esto —dijo Mary rompiendo finalmente el silencio.

El tema no dejaba muchas vías de escape, así que no había posibilidades de que David se engañara sobre lo que le exigía. El tono hablaba también por sí mismo.

—¿Qué parte quieres que te explique primero?

Mary había visto demasiadas cosas claras de pronto. Era consciente de que aquel beso no había sido más que una maniobra de despiste para evitar una conversación que, seguramente, él no quería mantener; pero no pensaba caer en aquella trampa tan burda.

Él le devolvió una mirada pícaro que confirmaba todas sus sospechas. Pero si pensaba que con un cebo tan infantil iba a silenciar su curiosidad, estaba muy equivocado.

—Como puedes imaginar, no soy tan lerda como para no darme cuenta de lo que ha ocurrido con la última parte. Hasta ahí llego: nos hemos besado; lo que no tiene nada de extraordinario teniendo en cuenta de que somos un hombre y una mujer jóvenes que llevamos conviviendo casi quince días.

—Ah, así que lo ves lógico...

—Lo sería si no fuera porque ambos deberíamos de haber tenido en cuenta que ese beso es, casi, incestuoso.

—¡Y un cuerno! Que yo sepa ni Thomas ni Margareth Silkford han tenido nada que ver en tu concepción, cariño. Por nuestras venas no corre ni una sola gota de sangre común. Y no ha sido un beso, han sido dos. Bueno, tres...

Decirlo en voz alta le había liberado.

—Mira David, me da igual. Como si hubieran sido media docena. Ahora mismo ese tema me importa una mierda. Será algo sobre lo que hablaremos más adelante, no lo dudes, pero ¡ni se te ocurra creerme tan imbécil como para pensar que un simple beso te servirá para despistarme de lo realmente importante...!

Él la miró sorprendido. ¿Un simple beso? ¿Despistarla? Jamás se le hubiera ocurrido que podría haber servido para tal fin; aunque con otra mujer que contara en su haber con experiencias tan traumáticas como las que ella parecía haber vivido, quizá hubiera sido la manera perfecta de eludir el tema central. Aun así, nunca con ella, eso lo tenía claro.

No, lo cierto es que aquel beso no había sido más que una total y absoluta pérdida de control por su parte.

De cualquier forma, tenía razón. Sobre ese beso ya hablarían más adelante, porque ahora necesitaban mantener otra conversación mucho más urgente. Ahora era necesario que le explicara, claramente, el peligro que corría. No servía de nada mantenerla en la ignorancia.

—¿Y qué quieres que te cuente de lo que ha ocurrido antes del beso?

—Todo, David.

—Es largo y complicado, cielo. Creo que te llega con saber que estar conmigo es

peligroso, pero que todavía lo es más si te alejas de mi lado.

—Que es peligroso estar contigo es algo de lo que soy plenamente consciente. Lo que quiero es saber el porqué. Y, por supuesto, me acabas de dejar muy intrigada con lo último que has dicho. Así que, como tenemos tiempo, expláyte y no me prives de los detalles.

David se la quedó mirando durante un largo tiempo. Conociéndola, daba por sentado que aquella frase no aplacaría su curiosidad y que cualquier excusa no sería suficiente, pero lo cierto es que no tenía mucha idea de cómo conseguirlo. O sí. Sólo había una forma de satisfacerla y hacer que colaborara, y era contándole la verdad.

Era eso o esperar que en cualquier momento sacara todo su genio y se marchara de la misma manera que había llegado: de repente y sin previo aviso. Lo cual era algo impensable y que no podía permitir. Ya era demasiado tarde para que desapareciera de su vida. Y, aunque hubiera querido, tampoco podía dejarla marchar.

Aquel pequeño incordio de ojos inquisitivos tenía demasiados frentes abiertos y ni siquiera lo sabía. Pero lo peor de todo era que, la única forma de que pudiera seguir respirando era no separándose de su lado. Si alguien podía salvarla, era él.

—La verdad, Mary, es que no tengo ni idea de cómo ni por dónde empezar a explicártelo...

—A ver, una ayudita: en este país se están llevando a cabo cazas furtivas para millonarios y políticos británicos auspiciadas por un gobierno keniano corrupto. Tú les has descubierto y ellos lo saben. Y aquí, donde es fácil que se pierda cualquier cosa, un guía inglés menos no se notará mucho. ¿No es eso?

—¡Joder! ¡Qué poder de síntesis, hija!

Mary no pudo evitar reírse.

—Verás —continuó David—, en realidad no todo el gobierno es corrupto, sino sólo algunos miembros de él. Que yo sepa hay uno o dos involucrados. Pero sí, más o menos es lo que tú has dicho. Y al estar conmigo, tú corres mi misma suerte...

—Ya supongo.

—Ahora sólo tenemos dos opciones: o te la juegas, y te pegas a mí como una lapa, o te pongo a buen recaudo en algún lugar seguro adonde ellos no puedan llegar.

—No te preocupes por mí, creo que tenemos una tercera opción.

Si pensaba que volver a Londres era una tercera opción válida, estaba muy equivocada. Pero sabía cómo quitársela de la cabeza: retarla era la mejor fórmula para que hiciera algo que no tenía ni siquiera pensado hacer.

—Creí que esa tercera opción no estaba en tu lista de posibilidades. Entonces, ¿te has acojonado y te vuelves a Londres?

Mary le miró con la sorna reflejada en la cara. No iba a darle ese gusto...

—David, no te voy a decir que no he pasado miedo, porque además de que no ibas a creerme, estaría mintiendo como una bellaca. Pero ése no es el motivo de que vuelva a Londres. El miedo no me retuvo allí y el miedo no es lo que me hace volver. ¡A nada, David!



El guía leyó entre líneas con facilidad. Sabía a lo que se refería con aquel «¡a nada!»; a él, tampoco.

—¿Entonces...?

—Creo que ya no tengo nada que hacer aquí. Es necesario que me vuelva a Inglaterra, entregue mi trabajo y, luego, me dedicaré a rezar para que tu padre sea capaz de salvarte el pellejo.

—¿Qué tiene que ver mi padre con que yo siga o no con vida?

—Es obvio. Si publica el reportaje, como quiere hacer, la comunidad internacional tomará cartas en el asunto y tú dejarás de ser el objetivo de los que no quieren que esto salga a la luz.

—¡Qué graciosa! Justo para empezar a serlo tú porque has sido quien lo ha publicado y has hecho esas fotos...

—No, porque éste no es ni reportaje, yo sólo soy una fotógrafa pagada, es el de tu padre.

—¿De qué estás hablando, Mary?

—Del motivo por el que estoy aquí. Supongo que sabes que, además de hacerte entrega del famoso «sobrecito de papi», tenía que hacer una serie de fotos de animales para ilustrar el reportaje que Tom y tú os traíais entre manos, ¿no?

David estaba pálido. ¿Sería posible que no tuviera ni idea de lo que su padre pretendía y todo lo ocurrido no fuera más que una pura casualidad?

—¿Un reportaje a medias con mi padre? A ver, Mary, dime para qué cuernos te ha mandado aquí mi padre...

Mary observó detenidamente la cara de David. Evidentemente no tenía ni idea de qué le estaba hablando.

—No te enfades... Creo que, llegados a este punto, es mejor que hablemos claro de una vez por todas.

—No, no es mejor. ¡Es imprescindible! ¡Desembucha!

## CAPÍTULO 9

*No hay donde ocultarse en la superficie del agua.*

(PROVERBIO AFRICANO)

**Mogadiscio**— Lo sabía. Sabía que el gabacho iba a darme problemas... No ha tardado ni quince días en cagarla.

¿Acaso pensaba que no iba a tomar cartas en el asunto y pasaría por alto que golpeará y torturará hasta la muerte a un chavalillo de nueve años cuyo único delito era repartir propaganda subversiva? ¿Pero qué pensaba que sabía el crío? Por Dios, sólo estaba ganándose unos chelines para mantener a una familia de siete hermanos...

No me gustan sus métodos y no me gusta él. Por lo visto yo tampoco le gusto a él, ¡me alegro! ¿Pensaba que me iba a quedar de brazos cruzados y que no denunciaría sus hazañas ante el general Fenouillet? A su general tampoco le ha hecho ninguna gracia; lo ha retirado de la misión y le han abierto expediente.

Consecuencia: Hoy he recibido una agradable llamada del expedientado agente. ¡Menudo problema tengo yo con sus absurdos insultos y coacciones!

*(Entrada del 2 de noviembre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Maasai Mara, Kenia.*

*11 de enero de 2011*

La conversación tenía muchas más implicaciones de lo que David se había imaginado. Y cuando por fin la muchacha terminó de contar lo poco que sabía, él ya se había hecho una composición de lugar bastante certera de todo el entramado: su padre había manipulado los hilos para conseguir que Mary hiciera lo que él había esperado desde el principio. Aquello le dio mala espina. Algo le hacía sospechar que él también había sido utilizado de alguna manera.

Y odiaba ser el títere de nadie, sobre todo de su padre. Tomó una decisión de la que esperaba no arrepentirse, pensaba quedarse con muy pocos ases en la manga. Contaría a Mary toda la historia.

Además, ella estaba empezando a hacer preguntas que, lógicamente, no eran fáciles de contestar con verdades a medias.

—Voy a contarte la historia de mi vida, *milady*. Pero vamos a ponernos cómodos...

Salieron a la terraza que, rodeada de *bungalows* que se mimetizaban con el paisaje, contaba con una limpia y enorme piscina de redondeadas formas que invitaba al baño.

Mary se había dejado el bañador en el campamento, así que a él no le quedó más remedio que intentar gestionarle uno entre las camareras del hotel. Pero cuando regresó a los pocos minutos, con un par de toallas en una mano y un minúsculo bikini en la otra, la cara que puso la muchacha era de todo menos de agradecimiento.

De acuerdo que el único traje de baño que había sido capaz de conseguir para ella no tenía suficiente tela ni para poder llamarlo así, pero cuando se lo ofrecieron en lo único que había podido pensar era en que merecía la pena poner aquel reto ante Mary. A ver si ése también era capaz de sortearlo con tanto orgullo y empeño como había hecho con todos los demás.

—Es todo lo que he podido encontrar, espero que sea de tu talla o tendrás que resignarte a quedarte sin baño —le dijo entregándole la pequeña prenda—. Me lo ha dejado una amiga, pero pienso que no serás capaz de ponértelo porque, me temo, es un poco escueto para ti —la atacó con una sonrisa irónica.

Mary se limitó a cogerlo y observar, aterrorizada, la minúscula porción de tela sin decir palabra. Miró a su alrededor, la mayoría de las turistas que en esos momentos estaban en la piscina llevaban bañadores tan ridículos como aquél. Y sabía que, si se negaba a utilizarlo, él se reiría de su mojigatería; gusto que no pensaba darle. Envalentonada, se dirigió a los vestuarios.

David extendió las toallas sobre las tumbonas que acababan de traerles los camareros del hotel y esperó su regreso elucubrando cómo se tomaría ella la noticia de que él, al igual que su padre, habían sido agentes del Servicio Secreto de Inteligencia Británico.

Mary no tenía cabeza en esos momentos para pensar en otra cosa que no fuera que tenía que salir de allí con aquello puesto. Volvió a mirarse en el espejo del vestuario y resopló. No se reconocía con aquel minúsculo dos piezas cuya parte inferior, en forma de tanga, apenas la cubría el vello púbico y un sujetador, tan escueto como la braguita, que dejaba ver más de lo que escondía.

Pero no pensaba declararse vencida por exhibir un trozo de carne más o menos. No sabía quién era la propietaria de tan atrevido traje de baño, pero demostraría a David que ella podría lucirlo tan bien como lo haría su descarada amiguita.

Se colocó la camisa desabrochada sobre el cuerpo con la esperanza de cubrir un poco su desnudez sin resultar gazmoña y salió descalza a la terraza. Él la vio acercarse decidida, contoneando la figura, y reparó en las atractivas curvas de la joven y la perfección de su silueta.

—Veo que, por fin, te has decidido a ponértelo —la abordó—. ¿No es un poco descocado para ti?

—Pues, francamente creo que sí, pero si otras lo llevan —dijo señalando a una joven rubia que se lanzaba al agua frente a ellos en esos momentos—, creo que yo

también puedo.

—Eso no lo pongo en duda, sólo que creía que no te atreverías. ¿Quizá por eso no te has quitado la camisa? —la provocó.

Ella no respondió, aunque no pudo evitar el sonrojo que arrasó su cara. En cambio, haciendo acopio de toda la fortaleza de ánimo de la que solía hacer gala, se zambulló en la complicada conversación que habían dejado en suspenso minutos atrás.

Al final, dos botellines de agua, una Coca-Cola y dos horas más tarde estaba al cabo de la calle de que David había sido compañero de fatigas de su propio padre —cuyo cometido en el ejército conocía de antemano, ya que se había enterado por casualidad antes de que falleciera—, de toda la parafernalia política sobre los cazadores ilegales y de un montón de detalles que, paradójicamente, apenas si la sorprendieron. Entre ellos, que David sí sabía cómo ponerse en contacto con su padre en caso de necesidad extrema.

Después de lo cual tampoco se extrañó cuando se enteró de que Thomas conocía las actividades de David durante todos aquellos años. Ahora podía encontrar más lógico que no hubiera hablado con ella del tema.

Pero lo que David no fue capaz de contarle, era que su llegada a Kenia era para alejarla de otra amenaza mucho más urgente y cruel. De momento, y hasta ver cómo se desarrollaban las cosas, era preferible que no supiera nada a ese respecto.

Eso sí, la había convencido de que era mucho más seguro que nadie supiera que ella estaba allí y, ya que Tom se había tomado tantas molestias para mantener en secreto su verdadera identidad, seguirían utilizando el nombre español. Ella estuvo de acuerdo de inmediato.

David sacó un móvil vía satélite que llevaba en el bolsillo de su camisa y rebuscó un papel. Llamó a aquel número de teléfono y esperó que descolgaran al otro lado.

—Papá...

—¡David!

—¿Puedes hablar?

—Sí, dime. ¿Estáis bien los dos?

—Sí. Pero necesitamos un FTP seguro adonde poder enviarte un reportaje que es necesario que publiques lo antes posible.

—¿Qué reportaje?

—El que al parecer estás preparando sobre caza ilegal en Kenia. Mary ha hecho unas fotos fantásticas que lo dicen todo. Yo te mandaré toda la información que necesitas para escribirlo. Si paras esta barbarie, tal vez consigas de paso salvarnos la vida...

—¿Qué ha pasado? No habrás dejado que esa loca te convenciera para hacer ninguna tontería, ¿verdad? ¿No se te habrá ocurrido poner vuestra vida en peligro para conseguir esas fotos?

—Es largo de contar, pero cuando lo veas podrás hacerte una idea.

—Bien, en media hora te mando un SMS con las claves del FTP. Procura enviármelo desde alguna cuenta segura. ¡Por Dios, que Mary no utilice la suya!

—Lo haremos desde la mía, no te preocupes... Te avisaremos en cuanto estén subidas, para que las descargues y las elimines de inmediato.

—De acuerdo.

—¿Cómo están por ahí los demás temas? —preguntó David a su padre.

—Parece que un poco más tranquilos. De momento no he vuelto a recibir ninguna amenaza. ¿Está Mary contigo?

—¡Claro!

—Bien, ahora me la pasas. Tengo que hablar con ella porque, si ha hecho el reportaje que dices, querrá volver de inmediato y, ahora menos que nunca, no es prudente que regrese a Londres.

—No te preocupes, no dejaré que lo haga hasta que no deje solucionado este y el otro tema. Estoy en ello, pero necesito tiempo.

—Claro. Pero mientras, pégate a ella como una lapa, David. No te despegues de Mary ni para dormir.

David no pudo evitar la carcajada que se fraguó en su pecho.

—Supongo que eso que has dicho es una frase hecha, ¿verdad? Porque me temo que, por mucho que yo me empeñe, ella no va a estar muy de acuerdo.

—David, por Dios, ¿dónde has dejado tu legendario poder de convicción con las féminas?

—¡Papá...! Llevas veintitantos años diciéndome que tengo que tratarla como a una hermana pequeña, ¿qué me estás proponiendo?

David se había apartado lo suficiente como para que Mary no pudiera escuchar esta parte de la conversación, pero no tardaría en acercarse. Si se imaginaba siquiera lo que su padre le estaba diciendo, Troya sería un paseo dominical comparado con la que se iba a armar allí.

—David, déjate de pamplinas. Eres, o has sido, un agente secreto. Supongo que no es la primera vez que tienes que tirarte a una tía para conseguir tus objetivos. Me importa un carajo lo que tengas que hacer para salvarle la vida a Mary, pero hazlo. Me parece que es lo suficientemente guapa como para que no pongas demasiados reparos a la hora de meterla en tu cama.

—¡Que Dios me ampare! —musitó—. Mira, papá, creo que tarde o temprano hubiera intentado hacerlo con o sin tus bendiciones pero, te agradezco que aligeres el peso de mi conciencia —admitió riéndose.

—No tienes, David, así que no pretendas cargar la mía. Ponme con ella, anda...

David se acercó a Mary, todavía riéndose, y le entregó el móvil sin mediar palabra.

—Hola Tom, ¿qué tal estás?

—Bien. Escúchame, David tiene todas las instrucciones. No utilices tu cuenta

para enviarme esas fotos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y no te separes de David hasta que todo esto pase y esté resuelto, por favor.

—Tom... no te preocupes. Volveré a Londres en el primer vuelo que encuentre. Antes de lo que esperas me tendrás allí sana y salva.

—¡Ni se te ocurra! No puedes regresar a Inglaterra hasta que yo no te avise. Cuando esto se publique se va a armar un revuelo terrible. Tú has hecho esas fotos y hay mucha gente gorda implicada en eso; van a ir a por ti como una plaga. Tu vida corre peligro. David es el único que puede mantenerte viva. —Ella hizo un elocuente gesto, ya que ahora sabía el porqué de semejante afirmación.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Que no puedes volver hasta que el peligro haya pasado.

—Tom, aquí también corro peligro y yo ya he hecho mi trabajo...

—¡Pues tómate unas vacaciones pagadas!

—Pero... no puedo. No puedo hacer que David siga paseándose por Kenia. Él tiene que trabajar y atender su negocio y yo no puedo obligarle a hacer algo que, te garantizo, no tiene ningún deseo de seguir haciendo.

—¡Convéncele!

—¿Qué le convenga...? ¿Cómo? Si ni siquiera tengo ya fuerza moral, ¡mi trabajo está hecho!

Mary había terminado hablando más alto de lo que era su intención y David la miraba con una cínica sonrisa en los labios.

—¡Tú sabrás, Mary! Utiliza tus armas de mujer...

—¿Pero te has vuelto loco? Qué me estás diciendo, ¿que me acueste con tu hijo para que me mantenga segura a su lado?

—Si es necesario...

Aquello era demasiado para ella. Sin poder evitarlo, explotó. Sabía que sus gritos iban a poder escucharse en kilómetros a la redonda, pero no pensaba callarse. Le daba igual.

—¡¿A qué estás jugando, metiche metomentodo?! ¿Cómo he estado tan ciega? Ahora lo veo todo muy claro...

David pensó que a su padre le faltaba algún tornillo. No había escuchado lo que el viejo había propuesto a la muchacha, pero por la respuesta y la cara que ella ponía, y a tenor de lo que acababa de decirle a él, podía hacerse una idea bastante exacta.

Aquello era todo un espectáculo. Mary estaba fantástica, con toda la furia saliendo despedida como si cada poro de su piel se hubiera convertido en un géiser emocional. Suerte tenía el viejo de no estar sometido a la mirada que irradiaban aquellos ojos o hubiera terminado petrificado como si se hubiera expuesto a la reencarnación de Medusa.

—¡Ni te imaginabas que yo iba a conseguir el reportaje! ¡Lo único que querías es que me tirara a tu hijito y regresara después a tu lado con un nietecito de pura cepa,

¿verdad?!

—No, Mary, lo único que quería era salvarte la vida...

—¡Mentiroso! ¡Hasta hace unas horas no había ninguna vida que salvar...! Te creía más listo... ¿Eres incapaz de enterarte de que estamos en el siglo XXI y los matrimonios concertados acabaron hace mucho tiempo en Inglaterra?

—Mary...

—¡Ni Mary ni nada! Si por ti fuera hubieras concertado éste cuando yo cumplí seis años, pero claro, aunque tú no te resignes a ello, la Edad Media acabó hace siglos, Tom. ¡Hoy las mujeres somos libres de elegir cómo, cuándo y, sobre todo, con quién nos vamos a la cama!

—Escúchame...

—No, Tom. ¡Escúchame tú a mí! Y entérate de una vez por todas: Yo ya tengo una edad en la que no necesito Celestinos mamporreros para irme a la cama con un hombre si es lo que quiero hacer. Así que, déjame en paz y, a poder ser, ¡vete a la mierda de paso! —Y colgó.

»¡Y tú —dijo dirigiéndose a David acto seguido—, cierra la boca o te entrará alguna mosca!

Él obedeció y soltó una carcajada que resonó en el páramo.

—Por Dios... Tanto dinero malgastado en internados suizos para acabar escuchándote hablar como un estibador del puerto —replicó David no pudiendo decir algo más contundente.

—¿Sabes qué te digo, David? ¡Que tú también te vayas a la mierda!

Y, sin mediar más palabras, se quitó la camisa de encima de aquel escueto bañador y dándole la espalda, se lanzó de cabeza a la enorme piscina con un grácil e impecable salto.

David estaba seguro de que se había vuelto a quedar boquiabierto cuando la vio ponerse en pie y dirigirse ligera y resuelta hacia el borde luciendo sus redondeados y prietos glúteos, que quedaban totalmente al descubierto. Tal y como era de esperar, su cuerpo respondió de inmediato, por lo que optó por seguir los pasos de la joven y entrar en el agua antes de que no pudiera moverse de la hamaca en un largo rato.

Mary necesitaba aplacar la rabia y la ira que empañaban sus sentidos y el agua no estaba suficientemente fría como para hacerlo.

Con una necesidad imparable de hacer algo que le permitiera volver a sentirse dueña de sus acciones, nadó como una posesa hasta que empezó a notar que los músculos se le atenazaban por el esfuerzo. Aun así, siguió haciéndolo. Llevaba más de media hora atravesando la piscina, una y otra vez, a un ritmo rápido y constante sin parar a descansar en ningún momento.

Su mente era un caleidoscopio de sensaciones encontradas. Se sentía el juguete de todo el mundo.

Tom lo único que pretendía, una vez más, era meterla en la cama de alguien que fuera capaz de darle el nieto que tanto deseaba; su heredero. Y esta vez se había

asegurado de que el cachorro tuviera el pedigrí que más le convenía. El resto no había sido más que una excusa para lograr sus objetivos.

Sin duda había pensado que la mejor manera de conseguirlo era ponerla en el camino de un hombre terriblemente atractivo el tiempo suficiente como para que al final se dedicara a llevar a cabo una seducción voluntaria. De ahí el amplio margen de trabajo y los fondos ilimitados para gastos, el absurdo y elegante vestuario que le había hecho llevar para un safari en mitad de la selva —de sobra sabía él que las posibles entrevistas oficiales no se darían jamás— así como la prohibición de ponerse en contacto telefónico con Londres y las órdenes de dejarse asesorar por el guía que le habían buscado.

Tal vez David no había sido más que otro de los peones del enorme tablero de ajedrez en el que su padre acostumbraba a jugar con las vidas ajenas, pero él también había sabido sacar partido al asunto. Al final había optado por relajarse y divertirse a su costa.

De acuerdo que él no sabía con quién iba a encontrarse en el aeropuerto. Que lo último que imaginaba era que iba a ser una mujer y que no había demostrado ningún afán por hacer aquel trabajo. Que hasta ese día siempre se había comportado como un caballero y no había manifestado el más mínimo interés en su persona, tratándola como el hermano que se suponía que era pero...

¿Qué pasaba con ella? ¿Qué ocurría con sus sentimientos? Como siempre, ella había sido la perjudicada.

Tocó con una mano la pared esmaltada de la piscina. Tomó aire, se dobló sobre la cintura y volteó el cuerpo bajo el agua, una vez más, para retomar el furioso ritmo del *crawl* en sentido contrario.

Y lamentablemente, como él había dejado muy claro esa misma mañana, entre ellos podía darse cualquier tipo de relación, pero nunca serían hermanos. Habían pasado por un sinfín de etapas: enemigos enconados durante años; conocidos indiferentes durante más tiempo todavía; compañeros cordiales desde hacía un par de semanas; amigos, tal vez, desde unos días atrás pero, hermanos... Jamás lo habían sido y jamás lo serían. Y menos ahora.

Incluso era posible que a estas alturas David estuviera empezando a plantearse la posibilidad de, por una vez en la vida, hacer lo que su padre pretendía, porque si no, ¿a qué había venido el beso —o mejor dicho, los besos— de aquella mañana?

Beso al que había respondido encantada. ¡Dios del Cielo!

Una vez más, había llegado al otro extremo de aquel ridículo estanque. Otro largo.

Todavía no estaba preparada para hacer frente a David. No tenía ni idea de cómo encararle. Sabía que él había escuchado su conversación con Tom y que éste le había prohibido regresar a Inglaterra. Y aunque era cierto que su vida no valdría ni un penique en cuanto se supiera que iba a poner en jaque a los poderes fácticos británicos y que permanecer allí era la forma más segura de estar relativamente a



salvo, no había manera de que pudiera hacerlo.

No podía convencer a David para que siguiera cuidándola y paseándola como a una mascota inquieta por toda Kenia. Ya no tenía ninguna excusa para utilizar sus servicios ni para permanecer allí ni un día más, por mucho que lo deseara. Y desde luego, no tenía ninguna intención de conseguirlo metiéndose en su cama, como su tutor le había propuesto. Su sentido común le decía que lo más apropiado era que saliera de allí como alma que lleva el diablo.

Sin embargo, lo que realmente le apetecía era seguir conociendo aquel maravilloso país que le había cautivado y estrechar lazos —sólo amistosos, eso sí—, con aquel hombre que, contra todo pronóstico, había demostrado ser el único capaz de escucharla sin cuestionarla y tener el suficiente carácter como para no sentirse ridiculizado ante lo que todo el mundo denominaba sutilmente como su «arrolladora personalidad».

Sin duda había sido una sorpresa que aquella musculosa mole de machismo fuera capaz de alentar sus locas ansias de aventura e incluso, le incitara y acompañara en la realización de las mismas.

No. No quería irse. Pero tendría que hacerlo...

De nuevo aquella molesta pared de azulejo. Sin demasiadas fuerzas, dio otra voltereta dispuesta a hacer el último largo. Ya se sentía algo más tranquila.

Pero un brazo, fuerte y poderoso, paró el avance de su primera brazada sujetándola por la cintura. En lo que dura un parpadeo, en vez de nadar veloz sobre la superficie, pataleaba sin moverse junto al fornido tórax del hombre que en esos momentos ocupaba todos sus pensamientos.

—Basta, *milady*. Estoy agotado sólo de verte.

—¡Suéltame! —explotó indignada.

Él obedeció al instante y ella se hundió en la transparente superficie al quedar sin apoyo de ningún tipo.

Pataleó, emergió elegantemente y se sujetó del borde de la piscina sin ningún esfuerzo con la sana intención de decirle cuatro verdades a aquel machito prepotente.

Pero él se le adelantó.

—Tranquila Mary. No tendrás que hacer nada que no quieras para convencerme de que siga siendo tu guía. Me encantará llevarte por todos los parques y reservas que quieras conocer.

—¿Por qué? Ni se te ocurra creer que voy a seguir los consejos de tu papaíto... ¡No pienso meterme en tu cama!

—¿Quién te lo ha pedido?

—Por si acaso...

—La verdad es que no me importaría que lo hicieras, pero es obvio que no tienes ninguna intención. De todas formas estaría dispuesto a hacer lo que fuera por la única persona capaz de hacer callar al viejo como tú lo has hecho. ¡Ha sido sublime, por Dios! ¡Qué satisfacción! Incluso estaría dispuesto a pagar...

Mary leyó la sinceridad de aquellas palabras en esos negros pozos que la miraban con algo que se parecía mucho a la admiración.

—David, no puedo dejar que sigas dedicándome un tiempo que necesitas para sacar adelante tu negocio. Yo ya tengo poco que hacer en Kenia...

—Divertirte, Mary. Puedes divertirte y relajarte. Hacer fotos por deporte y disfrutar de este maravilloso país. Y no te preocupes por mí. Yo también necesito unas vacaciones, así que utilizaremos esa excusa para dar esquinazo a nuestros perseguidores y que en Inglaterra no te despellejen, ¿te parece?

—¿De verdad mi vida está en peligro?

—De verdad, *misichana nzuri*. Será mejor que me dejes cuidarte una temporada...

—¿Qué significa eso?

—¿El qué?

—¿Misi-no-se-qué...?

—Ah, es un piropo swahili. Sirve para muchas cosas que quieras decirle a una mujer; guapa, chica bonita, preciosidad... Tómatelo como quieras —respondió riéndose y saliendo del agua impulsándose sobre los brazos y alcanzando tierra firme.

Se puso en pie y ofreció la mano a Mary, todavía en el agua. Ella la tomó y se dejó arrastrar a la superficie como si fuera una pluma. Parecía una sirena, emergiendo con la suave piel brillante y las gotas resbalándole por el cuerpo con una cadencia que hizo que toda la sangre se le acumulara en un solo punto de su anatomía.

Luego se quedó rezagado. Aquellos prietos glúteos, tersos como los de un bebé y duros como piedras, merecían otro buen vistazo.

Mary corrió hacia la toalla, al parecer consciente de nuevo de su desnudez, y se hundió en ella simulando que se secaba. Llevaba la melena chorreando sobre los hombros. Observó sus movimientos, divertido y excitado, mientras ella contemplaba absorta la planicie que se extendía fuera, hasta el fin del mundo, sobre la que la furiosa bola roja impregnaba de matices sanguinolentos el entorno.

—*Milady* en cuanto dejes de sacarte brillo, tenemos que enviar esas fotos a Londres y largamos de aquí —la sacó de su contemplación—. Los chicos nos esperan a un par de kilómetros.

Ella obedeció de inmediato, se colocó nuevamente la camisa y puso en marcha el ordenador portátil que llevaba en la mochila. Buscó la conexión a Internet que les habían facilitado en recepción y, cuando lo consiguió, introdujo los códigos que David le dio esperando, ansiosa, que todas las fotos alcanzaran su destino en el menor tiempo posible.

Bastantes minutos después, David se quedó confirmando con su padre que había recibido todo sin problemas mientras ella se dirigía a los vestuarios. No tenía ninguna intención de volver a hablar con aquel viejo cizañero. Ni siquiera quería escucharle la voz o volvería a perder los papeles.

David la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. Enseguida la vio

regresar, enfundada en sus polvorientas ropas, con la melena ondeando al viento. Cogió la cámara fotográfica del macuto de ella y le hizo una fotografía.

—No he podido resistirme —dijo entregándosela—. ¡Estás muy atractiva hoy!

—¡Payaso! —respondió cogiéndola con una sonrisa.

—¡Mojigata!

—¡Imbécil! —Este último insulto tenía un tono mucho menos jocoso.

David dejó escapar la carcajada que burbujeaba en su pecho.

El nuevo campamento estaba realmente cerca, lo que Mary agradeció infinito puesto que, tan pronto salieron de la relativa seguridad del *lodge*, no pudo evitar que sintiera una mano invisible que apretaba su corazón y la llenaba de aprensión. ¿Estarían esperando los malos a que salieran de allí para despacharlos a mejor vida?

Pero nada parecía haber cambiado con respecto al día anterior. Como cada jornada, al regreso de la excursión de turno, se zambulleron en la plácida rutina y disfrutaron de una agradable cena bajo la tímida luz de la luna que, después de tantas noches oculta, iniciaba su aparición mostrándose como un gajo de naranja recortado en el cielo.

David observaba el firmamento, plagado de estrellas, mientras ella ayudaba a los muchachos en las tareas de recogida y fregado de la vajilla.

Al rato escuchó aproximarse a Mary que, con paso cadencioso y rítmico, regresaba con una lámpara en la mano canturreando a media voz. Cuando llegó a su altura, y antes de que entrara en la tienda, la llamó.

—Mary, ¿puedes venir un momento? Tengo una curiosidad que quiero que me desveles.

—¿Todavía estás levantado?

Se había sorprendido al oír aquella ronca voz y un nerviosismo extraño se alojó de inmediato en la boca de su estómago. Esperaba que no se le ocurriera abordar el tema que, con maestría, habían eludido durante toda la jornada.

Sintió deseos de decirle que no, que no podía ir, pero hubiera sido una cobardía que no estaba en su forma de ser admitir.

Se aproximó despacio hasta la silla, colocada en mitad del páramo. Él contemplaba las estrellas con la cabeza sobre el respaldo y los pies sobre el otro asiento.

—Tú dirás —respondió sin saber si había sido capaz de ocultar la alarma que le producía tanto formulismo.

—¡Siéntate! —ordenó, más que pidió, retirando las piernas del sillón que tenía en frente y acercándolo al suyo—. ¿Quieres un *whisky*?

Mary decidió aceptar el trago. Mucho se temía que la conversación iba a alcanzar cotas que necesitarían de ayuda extra para poder ser salvadas.

—Si me lo mezclas con una Coca-Cola, lo acepto. ¡Por cierto!, ¿has visto mi tabaco?, lo dejé sobre la mesa cuando me fui a fregar los platos y no sé dónde lo ha

dejado Harry cuando la ha recogido —gritó para que él pudiera escucharle desde el interior de la caravana. Necesitaba un cigarrillo. ¡Madre del Amor Hermoso, qué nervios!

—Coge del mío, está encima de mi silla. Mañana pregúntale a él, yo no lo he visto.

Le ofreció el vaso y le encendió el pitillo, a la vez que ella abordaba la conversación.

—Y bien, ¿qué quieres saber?

—Me tienes estupefacto, *milady*.

—¿Por qué?

—Todavía no salgo de mi asombro al ver cómo tienes al viejo comiendo en la palma de tu mano y encima...

—No te hagas falsas ilusiones... Tu padre tiene demasiadas caretas.

—Vale, pero, aun así, ¿podrías decirme cómo has conseguido ganarte el cariño de mi padre, con lo frío y distante que es, hasta el punto de que no sólo deja que le chilles, sino que además te ha regalado su recuerdo más preciado?

Mientras hacía la pregunta, David buscaba en la base del cuello de la muchacha el escudo de los Silkford que colgaba escondido entre los pliegues de su pañuelo.

Automáticamente ella se echó mano al pequeño colgante turquesa que pendía de una corta cadena de oro en su garganta, tocando al tacto su conocida silueta y dando gracias por no haberlo perdido.

Había procurado no lucirlo desde su llegada a Kenia e incluso durante su estancia en Nairobi, cuando el calor la obligaba a llevar vestidos escotados, se lo había quitado a fin de que él no lo viera. No sabía en qué momento lo había descubierto, pero hubiera preferido que no lo hubiera hecho.

Se puso a la defensiva. Estaba segura de que no le agradaría que luciera las joyas de su madre.

—¿Cuándo lo has visto? —contestó con otra pregunta.

—Antes, en el Serena.

—¿Te molesta? —dijo temerosa.

—En absoluto. Sólo me sorprende que, con lo obsesionado que mi padre estaba con ese objeto, se haya deshecho de él.

—¿Por qué?

—Cuando mi madre murió, él me entregó todas sus joyas como parte de mi herencia, para que pudiera regalárselas a mi futura esposa como regalo de bodas el día que la encontrara; pero se quedó con una, ese colgante que tú luces con el escudo nobiliario de la familia.

—Oh, no tenía ni idea.

Mary se echó inmediatamente las manos a la nuca para desabrocharlo y entregárselo a su legal propietario. Él se lo impidió.

—Déjalo donde está —replicó cortante—. No puedes hacerte una idea de lo poco

que me importa el joyero de mi madre salvo porque es un recuerdo de ella. Pero comprenderás que me extrañara que él quisiera quedarse con algo, así que le pregunté el porqué.

—¿Y te contestó?

—Sí. Me contó que ese colgantito fue el regalo que le hizo a mi madre el día que se le declaró y que lo quería como recuerdo. Me pareció bonito y romántico, la verdad.

Mary conocía la historia, pero no tenía idea de que él lo hiciera.

—Tu padre me lo entregó el día que me licencié. Estaba tan contento de que al fin alguien hubiera seguido sus pasos, que dijo que Margareth, desde el Cielo, también tenía que sentirse muy feliz, y que serviría para que ella me diera suerte y me protegiera en mi carrera profesional.

—¡Qué tierno por parte del viejo armadillo!

—¡No voy a consentir que te rías de un gesto tan maravilloso y desinteresado!

—No lo hago, Mary. Sólo me sorprende.

—Bueno, a mí también me sorprendió. Al principio no quería aceptarlo, era un presente demasiado valioso por el significado sentimental que tenía para Tom... Además, creía que no era la persona apropiada para lucirlo, pero él insistió hasta que me convenció. Desde entonces no me lo he quitado más que en contadas ocasiones; es mi amuleto, no estoy cómoda cuando no lo llevo, y no sé si será superstición, pero creo que me trae mala suerte dejarlo. Jamás salgo a trabajar sin él.

—En Nairobi no lo llevabas —aseguró él.

—Es verdad, lo guardé en el bolso. También me lo hubiera quitado hoy si no hubiese sido porque...

—¿Por qué?

—Bueno, supongo que no reparé en él. Forma parte de mi anatomía. Y los nervios de la jornada...

—Ya, los nervios... —repitió con un gesto irónico en la cara—. ¿Por qué tendrías que habértelo quitado de haber reparado en él?

—Supongo que porque hubiera pensado que no era una buena idea llevarlo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Imagino que no te hará ninguna gracia que una desconocida luzca con descaro las joyas de tu familia.

—Bueno, es cierto que tú y yo apenas nos conocíamos hasta ahora, pero no te considero precisamente una desconocida. Y, para tu tranquilidad, te diré que puedes dejarlo donde está y lucirlo sin recato. Es obvio que mi padre te adora y a mi no me molesta.

—Gracias. Para mí es un honor lucir el apellido Silkford. Tu padre siempre me ha cuidado como si fuera su auténtica hija y lo más parecido que he tenido a una madre ha sido Margareth. Mi abuela me odiaba...

—Lo siento, cariño.

—Tu madre fue la única que se ocupó de darme el cariño y las atenciones que me faltaban cuando era niña, especialmente cuando mi padre, a causa de su trabajo, no podía dedicarme todo su tiempo y tú no estabas allí para reclamarla. Entonces iba a verme al internado, me mimaba, me compraba el uniforme, los libros... en fin, todo eso que hace una madre...

Mary miraba hacia el cielo y tenía los ojos inundados de lágrimas que, él sabía, no iba a permitirse el lujo de derramar bajo ningún concepto. Lamentó haberla presionado en ese sentido. No quería hacerla sentir mal.

Lo malo es que ahora no sabía cómo salir del atolladero en el que se había metido él solito. Desconocía que Margareth hubiera dedicado tanto tiempo a la hija de los Mantley y tampoco se imaginaba que ella hubiera crecido tan necesitada de atención. Cambió el tono de su voz.

—¡Mi madre siempre tenía tiempo para hacer feliz a todo el mundo! ¡Era una gran mujer!

—Sí lo era. De todas formas —zanjó el tema, antes de que pudiera escapársele de las manos— yo no quiero que interpretes que me tomo unas atribuciones que no me corresponden o que intento apropiarme de algo que es tuyo, puedes quedártelo.

Con pulso firme, Mary retiró el dorado escudo de la base de su garganta y se lo tendió con cuidado.

—¡Tú estás loca! —exclamó él hecho una furia—. ¡Me gusta que lo lleves! Además es tuyo —prosiguió mucho más calmado, colocándoselo de nuevo en el cuello—. No cuestiono que estés en tu derecho a lucirlo, ni tampoco he pensado que no te corresponda hacerlo, sólo me ha extrañado que ese objeto esté en tu poder. Cuando mi madre murió, el viejo se pasaba horas enteras mirándolo pendular en su dedo colgando de la cadena.

—Yo también le recuerdo haciendo eso...

—Debes de ser una personita muy importante para mi padre cuando te regala algo tan íntimo. No sé cómo lo has conseguido, pero creo que eres el único ser que ha logrado abrir huella en su férreo corazón. Siempre estuve convencido de que no ha querido a nadie; salvo a mi madre, claro.

—Te equivocas, Tom es una persona sensible y cariñosa, lo que le pasa es que no sabe exteriorizar sus sentimientos, pero eso no quiere decir que no los tenga. ¿Acaso piensas que a ti no te quiere?

—Pues, la verdad, pienso que no —contestó sincero.

—Cometes un error. Tú eres lo más importante de su vida y te quiere por encima de todas las cosas, lo que ocurre es que se lo has puesto muy difícil y él es demasiado cabezón para confesártelo.

—Vamos Mary, que ya he crecido... No tienes que consolarme —dijo risueño.

—No estoy intentando consolarte. Le he pillado cientos de veces mirando a hurtadillas tus fotos.

—¿Mis fotos?

—Sí, tiene cajas enteras de ellas.

—Jamás lo hubiera creído...

—Pues créeme. Es una pena que prefirieras enfrentarte a él y la distancia entre los dos sea cada vez más insalvable.

—No sólo es culpa mía, Mary. Fue él quien me cerró todas las puertas. Como hombre ya no lo necesito, pero como hijo me hubiera gustado, en otro tiempo, poder contar con él. Ahora ya no me importa, estoy acostumbrado a su falta de apoyo.

—Juraría que sigue importándote, o no hubieras respondido a su llamada de auxilio cuando te la ha hecho.

David bebió un largo trago de su *whisky* y encendió un pitillo que, tras dar una profunda calada, le pasó a ella. Luego encendió otro y empezó a fumarlo con la mirada perdida y el rostro pensativo.

Al cabo de unos segundos, rompió el silencio que Mary había respetado.

—Tú, quizá, hayas descubierto a otro Thomas Silkford diferente al que yo conozco. El mío es un padre exigente y autoritario, incapaz de escuchar otra voz que no sea la suya. Él quería que yo fuera su vivo reflejo, que hiciera lo que a él le gustaba, que heredara su nombre y su fortuna y que pasara el resto de mis días encerrado en un despacho pegando fotografías en papel cuché para el disfrute ajeno.

—David... —Mary estiró la mano y la colocó sobre la de él, crispada sobre el reposabrazos de la silla.

Él hizo caso omiso del gesto y continuó con voz monocorde.

—Y eso no es lo que yo quiero, Mary. Mis aspiraciones son otras. Yo quiero vivir mi propia vida y equivocarme o acertar solo. Por eso me fui de Londres y me alisté en el Servicio Especial Aéreo del Ejército. En Londres nunca hubiera dejado de ser el hijo de Silkford; sin embargo aquí soy feliz, hago lo que me gusta y soy una persona respetada por mí mismo. Aquí Thomas Silkford no existe.

David estaba enojado. Escupía sus acusaciones con ponzoña en la voz, exponiendo sentimientos y sensaciones que creía superadas hacía muchos años, jamás había confesado su necesidad de poder contar con el visto bueno de su padre en alguna de sus acciones, ni siquiera había sido consciente de que alguna vez la hubiera tenido; pero algo dentro de él se rebeló al escuchar las palabras de Mary.

—¿Dijiste eso alguna vez a tu padre? —preguntó de sopetón.

—¿Para qué? ¿Tú crees que hubiera servido de algo explicárselo?

—Depende de cómo lo hubieras hecho —contestó Mary—. Si no se lo hubieras impuesto, si hubieras escuchado toda su perorata en contra sin interrumpirlo y luego le hubieras pedido que oyera tu opinión, es posible que, aunque al principio no le hubieras convencido, al final hubiese cedido; dudo que quisiera hacerte la vida imposible —le defendió—, sólo pensaba que eso era lo mejor para ti y que tú no tenías ninguna otra alternativa válida para tu vida.

—Eso es lo que tú crees. Para ti habrá sido muy fácil hacerle cambiar de opinión, pero yo no tenía opción: o aceptaba todo lo que él proponía, sin rechistar, o me

enfrentaba a él.

—¡Y entonces todo se acabó! Lo vuestro no tiene solución, sois los dos igual de cabezones y vuestro absurdo orgullo os impide hacer concesión alguna. ¿No existen, acaso, los términos medios? —propuso con cautela.

—¿Términos medios para quién?

—Para los dos, David.

—Tú lo simplificas todo. Pero yo no tenía tus ojos verdes y tu carita de niña buena para hacer que al viejo se le cayeran los calzones. Conmigo era diferente. Todo era por imposición suprema y había que acatarla o irse. Y yo me fui.

—Tú huiste —le rectificó—. Para mí tampoco ha sido fácil, incluso yo diría que ha sido mucho más difícil de lo que nunca pudo haber sido contigo. Yo no soy un hombre y me cuesta muchísimo convencer a tu padre de casi todo, pero con paciencia y buenas palabras voy consiguiendo ganar terreno.

—Yo no he huido jamás de nada en la vida —se quejó rabioso—, lo que ocurre es que me cansé de luchar.

—Entonces te diste por vencido. El caso es que él ganó la guerra. Lo único que tuve yo a mi favor es que, gracias a ti, en la refriega sus huestes quedaron esquilmadas y los flancos descubiertos. Yo me voy haciendo con el terreno porque no pretendo ganar la guerra, me conformo con vencer en alguna que otra batalla y, entre una y otra, le dejo que se recupere para que no se sienta derrotado por completo —confesó su estrategia.

David estaba asombrado de la capacidad y rapidez mental de Mary. Estaba a punto de reconocer que sus argumentos no estaban escasos de razón, pero no se sentía capaz de manejar con tanta maestría la voluntad del viejo.

Siempre había sabido que las mujeres son mucho más calculadoras y racionales. Él, a su edad, no había sabido jugar sus cartas. Creyó que el orgullo y la rebeldía serían sus mejores armas, pero ahora, más cerca ya de los cuarenta, estaba por admitir que éstas se habían vuelto contra él y que ahora era demasiado tarde para hacer las paces. Mary, sin embargo, lo había conseguido y no había duda de que le tenía comiendo en la palma de su mano.

La prueba estaba en que, aquella tarde, cuando había hablado con él por segunda vez, su padre estaba muerto de risa por la reacción que había tenido la muchacha y se había limitado a prevenirle contra su mal carácter: «Ten mucho cuidado con esa fierecilla, chico. Átala corto y mantente lejos de su afilada lengua, o te destrozará la vida y el corazón sin que te des siquiera cuenta». Estaba claro que no le guardaba rencor a pesar de los duros insultos que le había dedicado.

Por otra parte, hasta ahora nunca le había preocupado, ni siquiera se había planteado hacer las paces con su padre; igual que nunca su padre le había insinuado jamás que tuviera intenciones de llegar a un entendimiento. No acertaba a comprender por qué se estaba ahora cuestionando ese asunto al que, hacía ya demasiados años, no había dedicado más de cinco minutos seguidos.



¿Y por qué había hecho a Mary todas aquellas confidencias que no había sentido necesidad de hacerle a nadie jamás?, ni siquiera a sí mismo. Vio que el tema se desbordaba y pensó que sería mucho más prudente recapacitar en solitario sobre el asunto.

—Mira Mary, no sé cómo hemos llegado a este punto con la conversación. Te prometo que voy a pensar sobre todo lo que me has dicho, pero no esperes demasiado de mí; yo también soy un Silkford y he heredado su orgullo. De todas formas, gracias por tus consejos.

—Haz lo que quieras. A mí me da igual, yo no tengo nada que ver en vuestros asuntos, sólo te he ofrecido mi experiencia por si te sirve de algo. No he pretendido darte consejos, entre otras cosas porque no soy quién para darlos y, mucho menos, para reprenderte por algo.

—Pues tengo la sensación de que el tema no te es totalmente indiferente, ya que de serlo no lo habrías abordado.

—Te recuerdo que has sido tú quien lo ha hecho —se defendió ella—. Yo sólo intento hacerte ver que no tienes por qué sentirte celoso de mí. A mí me quiere como a una hija, pero tú eres su hijo.

—¿Celoso de ti por el cariño de mi padre? ¿A estas alturas? —estalló en una carcajada—. Podrías ponerme celoso, pequeña, pero nunca, por el amor del viejo —sentenció mientras se levantaba.

Mary se quedó boquiabierta sin saber qué contestar.

—¡Vámonos a la cama, que mañana hay que madrugar y hoy ha sido un día muy duro! —ordenó David.

—¡Hasta mañana! —contestó ella mientras le ayudaba a recoger las cosas que había por medio.

## CAPÍTULO 10

*Un tigre no necesita proclamar su fiereza*  
(PROVERBIO WOLE SOYINKA - NIGERIA)

**Londres**— Ahora resulta que Hitler era una Hermanita de la Caridad comparado con estos locos prestidigitadores del destino ajeno, que no se arredran ante nada. Cada mes salgo con peor cuerpo de la reunión...

Su siguiente paso para reducir al personal que consideran sobrante es usar agentes biológicos que se propaguen a velocidad alarmante. Un virus genético que permita elegir a las víctimas a exterminar. Nada nuevo si recordamos el genocidio nazi, sólo que ahora la ciencia se lo ha puesto mucho más fácil. Lo único que tienen que hacer es elegir a un grupo común, aislar las generalidades gracias a su cadena de ADN y, una vez identificadas, fabricar un virus capaz de matarlos rápidamente. La medicina crea retrovirus para curar determinadas enfermedades o hacer vacunas, por lo tanto, ¿qué les impide hacerlos para matar? Medios no les faltan.

Lo ideal para ello es un ataque genético de tipo racial y, por desgracia, ya han elegido al ganador de su cruel ruleta olímpica... China será la agraciada con tan funesto premio, un país que no está dispuesto a cooperar en los planes globales.

¡Claro, los chinitos son muchos y, además, molestan...!

*(Entrada del 19 de noviembre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Maasai Mara, Kenia.*

*11 de enero de 2011*

David se quedó mirando la retirada de Mary. Cuando ella entró en la tienda de campaña, cogió el rifle que en todo momento había tenido a mano, escondido en las sombras, y colocó el sillón al amparo de la carrocería de la caravana. Preparado para una larga noche, se dispuso a observar a la muchacha tras la lona que, iluminada por la luz de la linterna, se disponía a descansar. Como cada noche, le resultaba imposible resistirse a aquel espectáculo.

Vislumbrar la silueta de Mary recortada contra la luminosidad del interior era la mejor atracción de aquel safari. La vio despojarse de toda la ropa, despacio; y recreó su imagen en aquel cuerpo desnudo velado por la penumbra. Luego observó cómo se lavaba en la pequeña palangana de agua limpia, se frotaba enérgicamente con el

repelente antimosquitos —que él daría media vida por aplicar—, y se enfundaba en el pijama.

Esta noche había algo diferente en sus movimientos. Eran más metódicos, más pausados.

Mary se soltó la larga melena y se dispuso a cepillarla lenta y cadenciosamente durante más de un cuarto de hora, hasta que, supuso, habría quedado como hilos de seda que le encantaría dejar escurrir entre sus dedos. Después se metió en el saco y apagó la luz tiñendo de negro el entorno.

A falta de entretenimiento visual, se dedicó a dejar que su imaginación vagara por terrenos arriesgados en los que, por un momento, dudó si estaba dispuesto a aventurarse.

Su mente era una vorágine de escenas, rememorando frases y situaciones aisladas, vividas desde el mismo momento en que ella descendió del avión en Nairobi. Sólo habían transcurrido quince días y sus sentimientos hacia ella habían pasado por todas las etapas.

Desde la sensación de repulsa que le inundó cuando supo que tendría que hacer de guía a una niña mal criada, que por ende era la protegida de su padre, hasta los arrebatos de pasión que había sentido poco después y contra los que había luchado con todas sus fuerzas; pasando por la admiración y el afecto que, sin saber cómo, Mary había sabido ganarse día a día a base de comportarse como hasta ahora ninguna mujer lo había hecho en su presencia.

Analizó con cuidado la personalidad de Mary. Sabía que estaba mediatizada por alguna tormentosa y negativa relación amorosa que la había predispuesto contra el género masculino. Desconocía los detalles, pero era fácil adivinar que su mojigatería no era más que un ancho y duro muro de desprecio erigido ante su vulnerabilidad. Una vulnerabilidad que él estaba dispuesto a derrumbar con paciencia.

No quería dañar sus sentimientos, pero se había fijado como meta alcanzar la dulzura de aquella mirada y esperaba poder perderse algún día en sus verdes y soñadores ojos. Su rudeza no era real, sabía por la forma que tenía de comportarse que era sensible y amable y que, tarde o temprano, sucumbiría a la presión de sus insinuaciones. Ella también tenía derecho a conocer la calidez de un amante y perder ese miedo cervical que demostraba por el sexo.

Pero no tenía prisa, la tenacidad era la mejor de sus armas. Jamás le había fallado en sus anteriores conquistas.

Recapacitó. Nunca había tenido necesidad de utilizar ningún arma. Lo cierto era que conseguía sus propósitos con bastante facilidad y, a decir verdad, hacía muchos años que no se lanzaba al juego del enamoramiento; tantos, que casi se le había olvidado. Sus escauceos amorosos desde la adolescencia no habían sido más que simples flirteos con un único objetivo: el sexo.

El chillido cercano de una hiena le sacó de sus cavilaciones. Miró el reloj y se quedó perplejo al comprobar lo tarde que era. Mejor, así la guardia sería más

llevadera.

Desgraciadamente aquella noche no podía permitirse el lujo de dormir. No estaba nada convencido de que no intentaran cazarles a ellos como habían hecho con los leones. Desde luego hubiera sido mejor que Mary durmiera en la autocaravana, pero al darle aquel beso desenfrenado, lo había hecho inviable.

Cambiar la rutina hubiera dado lugar a suspicacias y malos entendidos. Pero eso era algo a lo que, sin duda, tenía que poner remedio. Necesitaba dormir.

Amanecía ya cuando, por fin, decidió entrar en la Volkswagen, darse una ducha y cambiarse de ropa. En pocos minutos se levantarían los muchachos y no quería que se alarmaran al verle y se dieran cuenta de que no se había acostado todavía.

Mary se despertó con las primeras luces del alba. Los gritos del amanecer traspasaban el silencio: la fauna se desperezaba despacio y la sabana entera resucitaba.

Escuchó cómo se ponía en marcha la naturaleza salvaje y sintió unos deseos irrefrenables de salir al aire libre. Agudizó el oído en busca de los característicos ruidos domésticos de cada mañana, pero no obtuvo respuesta. Sabía a ciencia cierta que no debía abandonar la tienda hasta que no la avisaran, pero algo dentro de ella la impulsaba hacia el exterior.

Se vistió despacio y abrió sigilosamente la cremallera. Antes de salir miró hacia fuera para averiguar si algún visitante indeseado había decidido inspeccionar el campamento. No había nada extraño alrededor y, por fin, se aventuró. Un cosquilleo nervioso en el estómago la mantenía alerta, pero poco a poco fue tranquilizándose y todos sus miedos quedaron olvidados al observar el maravilloso paisaje que se extendía a su alrededor.

La temperatura era muy baja, así que se abotonó y levantó el cuello de la cazadora para protegerse de la brisa. Estaba hipnotizada, nunca antes había tenido una sensación parecida: se sentía el único ser humano en muchos kilómetros a la redonda. Era como si, de pronto, algo o alguien la hubiera transportado por arte de magia hasta un lugar paradisíaco ubicado en un cuadro natural inolvidable.

Miró hacia el río, que se deslizaba a pocos metros atravesando un bosque de baobabs. En la orilla opuesta, una manada de antílopes y gacelas saltaba alegremente ajenas a la llegada de un grupo de cebras mimosas y juguetonas, mientras un hipopótamo de rosados flancos abandonaba el lecho del río en busca de su desayuno.

Un cielo grisáceo, que se iba tiñendo de malva al ritmo de millones de inauditos gorjeos y trinos, le daba los buenos días. Un sueño en el Jardín del Edén.

Por fin, la tienda de los muchachos se abrió y Harry salió de ella abrochándose la camisa y rompiendo el encanto.

—Buenos días, señorita, ¿qué hace aquí sola?, ¿no sabe que la sabana es muy peligrosa al amanecer? —preguntó alarmado ante la arriesgada actitud de la muchacha.

—Buenos días, Harry. Acabo de salir y estaba contemplando el maravilloso

paisaje que puede disfrutarse tan de mañana. Me desperté y pensé que ya estabais todos levantados, así que vine para ayudar a preparar el desayuno, pero creo que he madrugado demasiado.

El chófer no contestó y se encaminó hacia el camión seguido de Krug y Ernst, que ya habían abandonado sus respectivos sacos de dormir.

—No es una buena idea que vuelva a salir de la tienda antes de que nosotros estemos ya levantados —la riñó Harry—. Si el señor Silkford se entera de que lo ha hecho se enfadará mucho con usted y es posible que tenga problemas —la previno.

—Pues creo que será mejor que no se lo contemos —dijo poniendo una irresistible sonrisa, en busca de la complicidad de los tres ayudantes de David.

Los muchachos se miraron entre ellos y cruzaron algunas frases en su lengua.

—No se apure, señorita, no diremos nada al señor Silkford; pero proméтанos que no volverá a hacerlo —la consoló Ernst.

Asintió con la cabeza, dedicándoles la más cándida de sus sonrisas, a la vez que les lanzaba un beso con la punta de sus dedos.

Los muchachos sonrieron, felices de complacer a la joven a la que habían tomado cariño con el paso de los días, y se dispusieron a acometer las tareas para la puesta en marcha de la jornada que tenían por delante.

Media hora después, David seguía sin abandonar la caravana pero, como la comida ya estaba preparada, desayunaron sin esperarle para que no se les enfriara, charlando y bromeando al tiempo que daban buena cuenta de los manjares.

Mary apartó la parte que correspondía al jefe de la expedición y la tapó con platos. Luego, los muchachos se fueron a lavar los cacharros y ella aprovechó para hacer la colada en la pileta y la tendió en el interior de la tienda para evitar que algún babuino entrometido le arrebatara alguna prenda.

No tenía mucho más que hacer y notó que todos empezaban a incomodarse. Estaba ya bien entrada la mañana y David aún no había aparecido. Según le explicaron, esa actitud era insólita, ya que él era uno de los primeros en levantarse y casi siempre estaba en pie cuando ellos salían de su tienda.

Los hombres no se atrevían a despertarle y cuchicheaban entre ellos sobre si le habría ocurrido algo. Contagiada por el nerviosismo general, decidió salir de dudas. Se dirigió a la puerta y golpeó repetidamente con los nudillos.

—¡David!, ¿estás bien?

Él se despertó sobresaltado. Escuchó a Mary que volvía a repetir la pregunta y se extrañó al oír su voz. Miró su reloj y se sentó en la cama, asustado, golpeándose la cabeza contra el techo de la caravana. ¡Dios, se había quedado dormido!

Se había sentado un momento en el colchón para cambiarse de ropa y, sin darse cuenta, sucumbió al terrible cansancio de una de las peores noches de su vida. Aquélla era su tercera noche en vela. La vigilancia, junto con el aullido de las hienas, no era un cóctel por el que estuviera dispuesto a apostar para la noche siguiente.

—¡Sí, sí, estoy bien! —contestó, por fin, elevando la voz a la vez que se vestía

apresuradamente y abría la puerta de la *roulotte* con la camisa en la mano.

Mary tuvo que echarse hacia atrás para no parar el impulso con la cara. Frente a ella se encontraba un David ojeroso y despeinado. Observó su torso desnudo y una sensación de alegría la inundó el ánimo al saberlo sano y salvo. ¡Estaba imponente recién levantado!

—¿Qué te pasa? —le preguntó mirándole fijamente a los negros ojos—. Estábamos preocupados. Los muchachos dicen que eres muy madrugador y que nunca habías tardado tanto en levantarte.

—Nada, *milady* —replicó sonriente—, me he quedado dormido. He tenido una mala noche. ¿De verdad estabas preocupada por mí?

—¡Claro!

—¡Dios! Podría acostumbrarme a esto y es muy peligroso...

—¿A qué? ¿A que me preocupe por ti?

—No sabes cómo me gusta que cada vez que me duermo, tú seas la encargada de despertarme. No hay nada mejor en esta vida que abrir los ojos y ver o sentir a una guapa mujer a tu lado —continuó en tono guasón a la vez que se ponía la camisa.

Ella prefirió no hacer ninguna observación al respecto. Era más prudente callar que dar explicaciones sobre el motivo de su preocupación.

Porque, aunque algo más tranquila, tras la experiencia del día anterior su estado de ánimo aún acusaba los estragos y se sentía vulnerable. Lo ocultaba bajo actividad continua, evitando así que los recuerdos regresaran a su mente, pero lo cierto es que no se sentía capaz de enfrentarse a ninguno de sus quisquillosos comentarios; a nada que pudiera hacerle mella y le hiciera perder los estribos. Él siempre parecía tener un buen surtido dispuesto a salir de su boca.

En realidad no sabía qué era lo que le ocurría, pero cada vez que él la miraba con aquellos penetrantes ojos, tenía la sensación de que podía leer en lo más recóndito de su ser como si de un libro abierto se tratara. Como si desnudaba su alma y la dejaba sin protección alguna. Su férrea seguridad en sí misma se veía, desde hacía algunas jornadas, lo suficientemente bombardeada como para permitir que los recios pilares de su vida se vinieran abajo con un simple soplo.

Necesitaba sobreponerse a ese malestar a cualquier precio. Era una sensación que nunca hasta ahora había experimentado y a la que no estaba dispuesta a ceder de ninguna de las maneras.

Sonrió ante el comentario de David, intentando demostrarle con un amable gesto que no estaba por la labor de protestar y agradeciéndole el cumplido por dirigirse a ella como una «guapa mujer». Al fin y al cabo era normal que ella se preocupara por él, del mismo modo que él lo había hecho por ella desde que aterrizó en Nairobi. Si él quería sacar punta al tema, allá él.

En todos aquellos días había aprendido que, cuanto más se encolerizaba con sus agudas provocaciones, más parecía disfrutar David sacándola de sus casillas. Y, al final, terminaban discutiendo sobre aspectos que entraban en un terreno de arenas

movedizas, en las que ella siempre estaba en desventaja mientras que él salía, invariablemente, como triunfante vencedor.

—Será mejor que desayunes —dijo Mary a la vez que le daba la espalda—. Nosotros ya lo hemos hecho hace un par de horas y la tortilla debe de haberse quedado helada. Le diré a Krug que te caliente el café —continuó resuelta mientras desaparecía tras el camión de provisiones en busca del cocinero.

David la vio alejarse con paso rítmico y regresó a la autocaravana para despejarse con una rápida ducha de agua fresca. Cuando salió de nuevo, recién afeitado y peinado, vestido tan sólo con unos pantalones cortos, Mary atravesaba la explanada con una humeante cafetera de latón en su mano derecha y un vaso de zumo de naranja recién exprimido en la izquierda.

Dejó el zumo sobre la mesa y le sirvió café en la taza que reposaba boca abajo contra el tablero. Él no se opuso a sus atenciones y la dejó hacer, observándola fijamente.

—¿Sabes, *milady*, que el desayuno se hace más agradable si eres tú quien me sirve, en lugar de Krug? He de reconocer que eres mucho más atractiva que ese viejo cocinero cascarrabias, que protesta siempre que le hacemos trabajar doble.

—¡Normal!

—¿El qué es normal? ¿Que seas más atractiva o que Krug sea un protestón?

—Las dos cosas —replicó Mary con una sonrisa—. De momento creo que soy la única chica en unos cuantos kilómetros a la redonda, así que, por poco que lo sea, debo parecerte la más atractiva; pero además, lo que es inevitable es que a Krug, como a todo ser humano, le moleste que le hagamos trabajar gratuitamente.

—Seguro que tú, con tus selectos modales de internado suizo, te has encargado de agradecerérselo por mí, ¿a que sí?

—¡Naturalmente! —repuso un poco enojada por el doble sentido que entrañaba la referencia al lugar donde había estudiado.

—No te enfades, que estaba bromeando. —Ella sonrió aceptando las disculpas—. Por cierto, quiero aprovechar para agradecerte que te estés portando como una activa colaboradora de la expedición. Los chicos también te lo agradecen. Están encantados contigo porque siempre estás dispuesta a ayudar sin tenértelo que pedir. Además, apenas si les has dado trabajo adicional, algo que ninguno de los cuatro esperábamos de ti, si he de serte sincero.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —preguntó asombrada.

—Porque la gente, cuando llega a Kenia, se siente transportada al siglo pasado y se cree con derecho a tratar a estos hombres como si fueran sus esclavos. Incluso en más de una ocasión han pretendido hacerlo también conmigo.

—Cosa que tú has consentido sin rechistar... —dijo sarcástica.

—¡Seguro! —Se rio—. No sabes cómo disfruto poniendo al turista díscolo en su lugar. Especialmente cuando pretenden tratarnos como a su servidumbre.

—Bueno, pues me alegro de haberme librado de la bronca.

—La verdad es que todos esperábamos que tú fueras una más de la larga lista de personas a las que ha habido que explicarles que esto no es su casa y sólo nos pagan por enseñarles el país, no para ejercer de criados.

Mary se sentó despacio en el banco que había frente a él mientras escuchaba su inesperado reconocimiento. David le tendió una taza de café caliente y encendió un cigarrillo que hizo girar sobre sus dedos, sujetándolo por la base del filtro con las yemas del pulgar y el corazón, a fin de colocárselo con toda la suavidad del mundo entre los labios mientras exhalaba el humo contra su cara.

Ella sintió un aguijonazo de simpatía por el hombre que tenía enfrente. Abrió sus labios para tomar el pitillo y guiñó un ojo a modo de agradecimiento a la vez que aspiraba una profunda calada que dejó escapar despacio a los pocos segundos.

—¿Es por eso por lo que no te gusta llevar a mujeres en tus expediciones?

—Entre otras cosas —repuso él con rapidez.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que, después de lo que acababas de decirme, había superado la prueba y que ya no estabas enfadado por tener que hacer de guía a una mujer... ¿Cuáles son las otras cosas?

David la miró profundamente, sin contestar, y ella volvió a tener esa incómoda impresión de que estaba adivinando sus pensamientos.

—¡Eres una cotilla incorregible! —la recriminó con una sonrisa—. ¿De verdad quieres saber cuáles son las otras cosas? ¿O sólo estás interesada por conocer los defectos que te encuentro para tratar de subsanarlos y ganar la guerra con batallitas aniquiladoras?

Mary se maldijo a sí misma por haber sido tan charlatana la noche anterior. Él se había percatado de que le estaba tratando como a su padre. Le estaba bien empleado, ¿quién la mandaba revelar su estrategia al enemigo?

—Aquí no hay ninguna guerra que ganar, David. Sólo era una curiosidad —contestó mientras sentía que, a pesar de todo, las mejillas estaban a punto de explotarla de calor—. No he querido parecerte una cotilla ni tampoco me estaba sometiendo a un autoexamen; simplemente quería entablar una conversación.

—Tranquila, que hoy no tengo ganas de discutir, así que aprovecha —replicó sonriente.

—Pues mira, ya que me brindas la oportunidad en bandeja...

—¡Dios, qué miedo me das, preciosa! A ver...

—David, tenemos un problema.

—Tenemos muchos, *milady*. ¿Pero a cuál te refieres?

—A que sé que has dejado de trabajar por ayudarme y que para ti no soy más que una carga, pero aunque intento hacerlo lo mejor que puedo, lo de ayer lo complica todo.

—¿Qué, exactamente, de todo lo que ocurrió ayer?

Mary hizo caso omiso a la insinuación nada velada del tema del beso, que había quedado en compás de espera y que, por supuesto, ella no sería quien lo sacara a



relucir. Al menos de momento.

—Que ahora tengas que hacer, además de guía, de mi guardaespaldas. Supongo que estás deseando verme coger el vuelo de regreso a Londres y lo entiendo. Una cosa es pasearme y otra muy diferente cuidar de mi y salvarme la vida. No quiero abusar de tu hospitalidad y de tu paciencia, así que deberíamos de hacer algo para resolver el asunto.

Él la miró fijamente. No estaba preparado para hacer frente a esa cuestión.

—Mary, yo no te paseo; no eres un perrito al que hay que sacar a que haga pipí. Y lo de guardaespaldas, tomémoslo como un intercambio de servicios mutuo: tú has hecho las fotos que van a salvar mi vida y yo te protejo para que no te quiten la tuya.

—Me parece que el cambio no es nada equitativo.

—No te martirices, por favor. Deja el tema como está. Ayer ya quedamos de acuerdo sobre lo que íbamos a hacer, ¿no?

—Vale, pero quiero que sepas que procuraré estar a la altura de las circunstancias. Si fallo, tienes permiso para zarandearme, aunque suelo responder bien a las situaciones límites y, como tú dijiste, «echarle cojones».

—Sí, ya voy dándome cuenta y, bueno, ayer no lo hiciste nada mal. Te lo garantizo.

—Gracias, pero eso ya es agua pasada y soy consciente de que, a partir de ahora, las cosas no van a ser más fáciles.

—Ya veremos. No pienses en eso, Mary.

—Ya. El caso es que hasta ahora no estaba preocupada, porque sabía que podía competir con cualquier aventurero mediocre de esos que acostumbran a contratar guías particulares, por mucho que a ti te parezca que hay que ser varón para merecer semejante beneficio. Estoy tan preparada como cualquiera de ellos, o incluso más, pero sin duda no lo estoy para enfrentarme a asesinos a sueldo.

—Ya me he fijado que te has entrenado a fondo para este viaje. No lo esperaba, la verdad —reconoció David, intentando llevar la conversación por otros derroteros.

—¿Que yo me he entrenado para este viaje? —se rio—. A mí me gusta el deporte, cualquier deporte, y cuanto más arriesgado, mejor. Así que no he tenido que hacer nada de lo que insinúas. Lamento desilusionarte, pero físicamente este safari es, para mí, un paseo.

—Ah, ¿un paseo? —replico escéptico.

—Sí, David. Das demasiado bombo a pasear en todoterreno y dormir en una tienda de campaña... ¡Ni que estuvieras hablando de un *trekking* en el Himalaya!

—¡No me digas...! ¿Y cuáles son esos deportes tan arriesgados que te hacen estar tan preparada? —la azuzó irónico.

—Pues aparte de ir al gimnasio dos horas diarias, practico esquí, escalada, tiro deportivo, submarinismo, parapente, *rafting*... Incluso en una ocasión hice *puenting*, que dudo mucho que vuelva a repetir porque me pareció de lo más absurdo lanzarme al vacío sujeta por una cuerda a los tobillos.

—¿Sólo esos? —replicó mordaz, un poco incrédulo.

—No, también he hecho cursos de pilotaje de avionetas, helicópteros y globos aerostáticos. Y, como sabes, monto más que notablemente a caballo. Además, como puedes suponer, hago natación, tenis, y todo eso que hace la gente normal. ¿Ha quedado satisfecha tu curiosidad?

David no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Suponía, por su forma de moverse, que era una buena deportista, pero nunca hubiera podido imaginar que dedicara tantísimo tiempo a mantenerse en forma, y menos aún a esas prácticas tan arriesgadas que ella había enumerado sin alterar el tono de su voz.

—¿Y para qué tanto esfuerzo, *milady*? ¿No tienes nada mejor en lo que gastar las energías?

—Para mantenerme en forma y por placer.

—Te garantizo que hay placeres más relajados y reconfortantes —replicó con una sonrisa pícara.

—Ya, pero para todo hay tiempo en la vida, ¿no?

—Con ese palmares, dudo que encuentres fácilmente a alguien que te siga el ritmo, cariño.

—Tampoco lo busco, David. De cualquiera de las formas, tanto esfuerzo inútil, como tú crees que es, tal vez nos venga bien ahora. Tengo la sensación de que el tema ha tomado un cariz preocupante.

—Mary, déjalo ya. No va a pasar nada.

—Pasará lo que tenga que pasar. No creas que me estoy quejando. La vida es para vivirla...

—En eso tienes toda la razón.

—Pero a lo que viene toda esta cháchara es para decirte que, por favor, no estés en guardia permanente contra mí. Ya no tenemos tiempo para seguir jugando a una lucha de voluntades absurda. Si quieres algo, pídelo y, si está en mi mano, lo tendrás. Pero no me trates como a una damisela caprichosa en peligro. Olvida que soy una mujer y trátame como a una persona.

¿Olvidar que era una mujer? Dudaba que pudiera hacerlo.

David estaba realmente alucinado con lo que acaba de oír. No esperaba, y mucho menos en el desayuno, una conversación tan sincera y profunda.

Tenía que reconocer que al principio había estado actuando a la defensiva por su condición femenina, pero hacía ya días que no lo hacía. Mary estaba mucho más preparada que cualquiera de esos «aventureros mediocres» de los que hablaba y, desde luego, superaba con creces al más avezado de sus clientes.

Sin duda, cuando las cosas se habían puesto feas de verdad, había respondido muchísimo mejor de lo que hubiera podido esperar de cualquier persona no adiestrada en esas lides, ya fueran hombres o mujeres.

Además, él ya no quería que se fuera. Ni siquiera se trataba de que no podía dejar que regresara a Inglaterra, el tema era que se encontraba realmente a gusto con ella y

no estaba dispuesto a perderla tan pronto.

Cuando le había dicho que se plantearían el resto del viaje como unas vacaciones, lo había hecho en serio. Esperaba poder dar esquinazo sin problema a los furtivos y disfrutar del viaje. Realmente él también necesitaba descansar de «niñatos ricos», como ella los denominaba, y estaba contento de poder dedicar a Mary todo el tiempo que necesitara.

Pero ¿cómo decírselo sin ponerla en guardia?

La miró enternecido por aquella confesión, que era todo un alegato a la sinceridad. Pensó que lo mejor era responder en la misma línea de confianza que ella misma acababa de trazar.

—No te apures, Mary, estoy encantado de tenerte aquí conmigo. Es cierto que, al principio, pensé que serías una carga y que actuarías como una malcriada dispuesta a darme un montón de problemas, pero he de confesar que has pasado todas las pruebas con éxito y que mereces una puntuación de sobresaliente —admitió mientras le retiraba un mechón rebelde que colgaba sobre sus ojos.

—Oh, ¡gracias! —repuso sorprendida.

—Te juro que no tengo ninguna prisa por verte coger el avión de regreso. —Y después de dejar un incómodo silencio que ella no interrumpió, continuó—. Como bien has dicho, es posible que si te marchas tenga que aceptar a algún cliente dispuesto a hacerme la vida imposible, mucho menos colaborador que tú.

Mary no sabía qué contestar a todo aquello. La profunda mirada de David había adquirido una rara tonalidad antracita y sintió un cosquilleo que empezaba en los dedos de los pies y llegaba hasta la raíz de su cabello.

—En fin, *milady*, ya hemos hecho nuestro acto de contrición. Ahora, muévete, que no vamos a permanecer aquí toda la mañana de parloteo. Será mejor que te prepares para salir a trabajar y, si sigues tan interesada por conocer mis pensamientos, durante el trayecto te prometo contestar sincero a todas tus preguntas.

Mary no se hizo rogar. Se levantó para hacer lo que él le pedía, encontrando un enorme alivio al no tener que continuar sosteniendo su penetrante mirada y poder seguir con la conversación mientras fueran en el coche, donde él tendría que estar pendiente del camino y no sentiría cómo desnudaba su alma.

—¡Dame cinco minutos! —replicó alegre mientras alcanzaba con ágiles zancadas la cremallera de su tienda de campaña.

—¡Tómame algo más de tiempo! Recoge tus cosas. Acabas de dar por finalizada tu etapa de tienda de campaña. Puesto que tú misma has abordado el tema de nuestra seguridad, espero que entiendas que, a partir de ahora, ya no es nada prudente que duermas con la única protección de una lona.

—¿Y dónde voy a dormir?

—Compartiremos la autocaravana.

—Pero...

—No hay peros, *milady*. He dicho que compartiremos la autocaravana, no la

cama. Salvo que tú quieras, por supuesto... —aclaró socarronamente al cabo de unos segundos.

—¡David!

—¡Era una broma, mujer! La autocaravana tiene dos camas: hay una sobre la cabina, que es donde yo duermo, y la zona de estar se convierte en otra.

Ella no respondió. Acababa de ofrecerse a aceptar lo que le pidiera si estaba en su mano, así que se dispuso a hacer el equipaje.

Salió al cabo de unos minutos con las bolsas en los hombros y el saco de dormir, recogido, en una mano.

—¿Dónde dejo esto?

—Dentro. Los chicos nos llevarán la furgoneta hasta nuestro próximo emplazamiento, cercano a un campamento maasai.

—Vale —respondió sumisa.

—Mary, entiende que esto no es un capricho. Necesito descansar, no puedo seguir así o nos sorprenderán. No puedo velar eternamente tu tienda; en la caravana estamos todos más seguros.

—De acuerdo —aceptó dándose cuenta, de pronto, del peligro que entrañaba dormir sola en mitad del páramo, amenazada por un grupo de cazadores furtivos. Y supo, sin que él tuviera que confirmárselo, por qué esa mañana se había quedado dormido.

El sol estaba muy alto cuando llegaron a la explanada donde se alzaban las lujosas tiendas del Governor's Camp. Tenía el aspecto de ser un oasis de paz y tranquilidad.

En cuanto llegaron, una mujer guapísima se acercó a ellos. Era una dama elegante envuelta por cierto aura de misterio. Mary sintió un cosquilleo en la nuca y un inmediato rechazo hacia ella, incluso antes de que David la saludara demasiado efusivamente.

Él no había tenido el más mínimo reparo en cogerla de la cintura y darle un caluroso beso en la boca. No un tórrido beso de lenguas y pasión desenfrenada, sino uno largo y cómplice, de labios cerrados y promesas ocultas. En ese instante tuvo la absoluta seguridad de que compartían algo más que amistad y conversaciones alegres. Y, aun sin motivo, una rabia irracional se apoderó de todo su ser.

—¿Quién es esta belleza? —preguntó a David la mujer, mirándola a ella con descaro, sin soltarle la cintura mientras le acariciaba insinuante los pectorales con la otra mano—. ¡No puedo creer que hayas aceptado a una mujer por cliente!

—Pues ya ves... Es Laura de la Calle, pero no es mi cliente sino alguien con quien mantengo una antigua relación —explicó, sin soltar el estrecho talle, dirigiéndose a Mary acto seguido—. Té presento a Hellen, la directora del complejo hotelero, una fantástica colega y una buena amiga.

Con una sonrisa, Mary tomó la mano que Hellen le tendía, aceptando el descarado examen al que era sometida y ocultando la molestia de aquel escrutinio. Respondió

en los mismos términos.

Hellen era mucho más alta que ella, debía de medir cerca del metro ochenta, y tenía una inquietante mirada ambarina y unos espectaculares cabellos del color del cobre bruñido. Con un cuerpo delgado, recio y tonificado y unos pechos no excesivamente generosos pero bien puestos, tenía la figura de una modelo a pesar de que era obvio que ya no cumpliría los treinta y cinco.

Se sintió como una adolescente que, de pronto, descubre que su profesor de biología, el adalid de sus solitarias noches, tiene una novia más acorde con su edad y su forma de vida.

—Sí, Paul estuvo aquí hace dos días y me contó que te había visto muy bien acompañado, aunque no entró en detalles —replicó Hellen ignorando a Mary y sacándola de sus divagaciones—. Nunca pensé que tu compromiso fuera a alargarse tanto.

Mary observó que David se puso inmediatamente en guardia. No le había hecho ninguna gracia aquel comentario aunque no dijo nada al respecto. También le extrañó que, teniendo como parecía tanta confianza con aquella mujer, mantuviera la estrategia sobre qué y quién era ella realmente.

Hellen les acompañó al recinto e hizo prometer al guía que compartirían con ella la mesa a la hora de comer.

David aceptó, pero ella hubiera preferido poder encontrar alguna excusa para declinar la invitación sin quedar como una grosera. No encontró ninguna fórmula que la sacara de aquel apuro con cierta dignidad, así que se resignó.

Se sentía fuera de lugar. Los turistas que contrataban los servicios de hoteles de aquella categoría acostumbraban a lucir sus mejores galas para las comidas y cenas. De hecho, Hellen llevaba unos pantalones pitillo de color beige y una floreada camisa de seda, sin mangas, en tonos naranjas y amarillo que resaltaba el fulgor de su rebelde melena al viento y el delicado bronceado de su pálida piel.

No entendía por qué se estaba midiendo con aquella mujer, pero tenía la necesidad de hacerlo.

Para remate, esa mañana, en vista de que no saldrían a trabajar y que tenía toda su ropa de trabajo a medio secar, se había vestido con unos minúsculos vaqueros a los que ella misma había cortado las perneras dejando los bajos deshilachados y una blusa de batista blanca con florecitas turquesas, atada con un nudo por encima del ombligo y que la hacía parecer aún más joven de lo que ya era.

No pudo evitarlo, pero tampoco iba a ponerse a analizarlo en esos momentos; ya habría tiempo para arrepentirse de ello después... Y sacando parte de ese absurdo orgullo que a veces la poseía, dejó que su sombrero australiano se fuera hacia atrás colgando sobre la espalda y se soltó la larga melena oscura que bajaba hasta más allá de la cintura, acompañándola de un rápido movimiento de cabeza, al tiempo que se colocaba bien visible el colgante con el escudo de los Silkford sobre el hueco de su garganta.

David esbozó una sonrisa ladina.

Se quedó rezagada unos pasos y dejó que la pareja entrara delante de ella a la carpa de lona en la que se encontraba el restaurante. Era impresionante. Estaba repleta de sugerentes mesas con fabulosos candelabros, cuyas velas ahora estaban apagadas, vestidas con cubertería de plata y vajillas de porcelana, jalonadas por expertos camareros para hacer que los clientes se sintieran como en una película de Hollywood.

Los siguió hasta una mesa, estratégicamente situada en mitad del recinto, y se sentó en el único hueco que había libre, alejado de ellos dos, junto a un turista francés.

Después de brindar a la salud de la vida del safari, cada cual estableció una alegre charla con sus compañeros más próximos, así que se dedicó a aceptar los halagos del joven Pierre, junto al que pudo recordar su época de universitaria en La Sorbona; mientras David se abandonaba al flirteo con su amiga Hellen.

Cuando terminó el almuerzo, aceptó la invitación en la terraza de su recién conocido galán a la vez que observaba cómo su guía desaparecía del entorno, arrullado por los susurros y carantoñas de la guapa anfitriona, sin reparar en que ella ya se había marchado.

Un mal humor incontrolable inundó su espíritu y tardó un buen rato en reconocer que tenía un grave ataque de celos. Y llegó a esa clara conclusión, cuando divisó entre las tiendas, antes de perderse en una de ellas, la silueta de David estrechamente abrazado a la atractiva Hellen. Paraban a cada paso para besarse y acariciarse.

Indignada regresó a la charla con el franchute y se autorecriminó seriamente por su curiosidad. No debería haberse dejado llevar por ella, sólo para cerciorarse de lo que su sexto sentido ya le había confirmado. Al menos no hubiera visto su autoestima tan mal parada; ahora, además, se sentía estúpida.

Una hora después, él regresó. Solo. Sin mediar palabra, se sentó en la butaca que hacía pocos minutos había dejado libre aquel insufrible francés en busca de su excursión de la tarde y pidió una cerveza. Huraño y con mal genio, apenas contestaba a las preguntas con monosílabos por mucho que ella simulaba estar alegre y dicharachera.

Tras varias intentonas de entablar una conversación, no pudo aguantar más. Ocultando el mal talante que la embargaba, procuró utilizar la suave y melodiosa voz de siempre.

—¿Qué te ocurre? Estás de un humor endiablado.

—Nada. Estoy cansado. Eso es todo —respondió sin mirarla.

—Sí, ya sé que has pasado una mala noche por mi culpa y que la jornada te está resultado trabajosa, pero de la segunda parte yo soy inocente, ¡lo juro!

Por fin la miró y sonrió. Aquella insinuación nada velada no dejó de hacerle gracia.

—¿Vamos a quedarnos todavía un rato aquí? —preguntó Mary con tono

desenfadado, como si fuera lo que más le apeteciera hacer en su vida, ante el silencio sarcástico con el que él respondió.

—No, nos vamos enseguida. Voy a hacer unas llamadas y después cruzaremos el río, hasta el Lilltle, donde los chicos han llevado la furgoneta. Tómate algo mientras me esperas.

Sin esperar respuesta, apuró el botellín de cerveza y se levantó. Luego se agachó y se despidió con un cariñoso beso en la frente.

—No des demasiadas vueltas a esa cabecita, *milady*, ni saques conclusiones precipitadas...

Mary no supo qué contestar, así que no lo hizo. Se sirvió otro té del recipiente que tenía sobre la mesa y sacó su libretita del bolsillo para tomar algunos apuntes.

David estaba enfadado. Mucho. No debería haberse dejado llevar por la impotencia y sabía que tendría que haber jugado mejor sus cartas pero, simplemente, no fue capaz. Hellen era una mala enemiga, pero no estaba dispuesto a dejarse manejar por una mujer posesiva y celosa a la que no tenía ninguna intención de atarse para siempre.

Pero ahora tenía un problema mucho más importante que solventar. Tenía que hablar con Dann sobre los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, ya que era más que posible que Kiruki y sus secuaces intentaran tomar represalias contra ellos ahora que sabían que habían sido descubiertos con las manos en la masa. Esperaba que no imaginaran que habían fotografiado toda la operación o estarían metidos hasta el cuello en un auténtico lío.

Tanto él como Dann eran capaces de hacer frente a la respuesta, pero ambos tenían a su cargo una mujer a la que proteger y su socio, además, un niño.

Había intentado localizarle la noche anterior en el móvil, pero estaba fuera de cobertura y, cuando habló con Evelyn en su casa, ésta le dijo que no llegaría hasta esa tarde.

Continuó andando hacia el todoterreno. Necesitaba un lugar desde donde poder hablar, seguro de que sus palabras no serían interceptadas por ningún oído curioso.

Dann contestó al tercer timbrado.

—Hola socio, te estaba esperando. Me ha dicho Evelyn que ibas a llamarme.

—¿Estás solo, Dann?

—Sí. ¿Ocurre algo? —respondió alarmado ante la precaución de David.

—Ocurre mucho, y nada bueno —respondió fatalista.

David se explayó acto seguido en las explicaciones sobre lo que había ocurrido la tarde anterior. Era necesario que Dann supiera a qué atenerse y estuviera alerta.

—¿Teníamos algún safari contratado para estos días, Dann?

—No, ninguno. Ya sabes que yo prefiero tomarme mis descansos y acabo de llegar, y como sabía que tú no estarías disponible...

—Me alegro, quédate con Evelyn y el niño.

—Pero la semana que viene necesitaré la avioneta y está en el Intrepids.

—Yo te la llevaré.

—Bien, en ese caso dedicaré todo mi tiempo al tema de tu padre. He leído la copia de los diarios del coronel Mantley en el CD que me pasaste. Todavía no doy crédito.

—Yo tampoco, Dann.

—El coronel era una buena persona, ¡joder!, no se merecía esto.

—Lo era, socio, pero aunque hubiera sido un cabrón, tampoco lo hubiera merecido.

—Para mí sólo era mi superior y, aunque uno de los mejores que he tenido en toda mi vida militar, supongo que no tiene nada que ver con lo que tú sientes; para ti era casi un padre. A pesar de todo, David, quiero vengar su muerte. ¡Cuenta conmigo!

—Es complicado, Dann, ya lo sabes. Dudo que lo consigamos pero, haremos lo que podamos. Y aunque agradezco tu ayuda, no quiero que te pongas en peligro; ahora tienes vidas que proteger.

—Tranquilo, no lo haré, David. Me cubriré las espaldas, pero quiero que estos hijos de puta de la Agencia muerdan el polvo.

—También yo, socio.

—Voy a ponerme en marcha para ver qué podemos hacer con el laboratorio de mierda que ha descubierto tu padre. Por cierto, del tema de tu hermanastra, no he conseguido averiguar todavía quién se encarga del seguimiento, así que sigue ojo avizor.

—Ya lo estoy, amigo, porque creo que ya nos han encontrado. Alguien ha estado preguntando a Hellen por mí, pero la muy zorra no ha querido decirme nada más.

—¡Joder! ¿Por qué?

—Ya sabes cómo es, está celosa de Mary. Y aunque no creo que me haya delatado, tampoco tiene mucho que decir, no me fío. Mira a ver si te enteras de algo en Nairobi. El que haya llegado hasta aquí ha tenido que hacer preguntas también allí.

—Vale, me pondré ahora mismo con ello. Quizá alguien pueda darnos alguna pista sobre el agente que te sigue.

—Sí, y pregunta también a Paul. Al parecer estuvo hablando con él y, ya sabes, el yanqui es más simple que una mata de habas; es posible que él sí haya dicho más de lo necesario.

—De acuerdo. Le llamaré a la base aerostática.

—Bueno, te dejo con la tarea y te mantendré informado. Yo estaré moviéndome a diario, apartado de las zonas acotadas al turismo para evitar un encontronazo indeseado, así que habrá días que no tenga cobertura en el móvil.

—Muy bien, David. ¡Y cuídate la espalda, socio!

David colgó. Tenía un regusto amargo en la boca. La experiencia le decía que el baile acababa de empezar pero, lo peor de todo, es que no sabía la música que tocaba.

Mary estaba enfrascada en la escritura, así que no vio aproximarse a la atractiva



gerente del establecimiento hasta que la escuchó hablar. Se había cambiado de ropa y tenía el pelo húmedo. Estaba claro que acababa de ducharse. Una rabia que casi no podía contener hizo que le temblaran las manos de frustración.

—Señorita De la Calle, ¿puedo sentarme?

Mary miró hacia su interlocutora y observó las profundas ojeras que circundaban sus ojos. Estaba sin maquillar y se dio cuenta de que su rojiza y frondosa cabellera peinaba algunas canas. No era tan joven como había pensado en un principio, posiblemente había cumplido ya la cuarentena.

—¡Por supuesto! —contestó cortés, sin demostrar la inquina que le profesaba—. Pero, por favor, llámeme Laura —pidió al darse cuenta de que David no le había dicho el apellido de ella—. No es necesario tanto formulismo y, si lo desea también puede tutearme. Creo que todavía soy lo suficientemente joven como para ello —dijo con una velada insinuación a su diferencia de edad.

—Eres muy amable. Lo haré si tú me correspondes en la misma medida. ¡Yo tampoco soy tan vieja! —recogió el dardo venenoso.

—¡Por supuesto que no!

—Eres una mujer afortunada —inició Mellen la conversación—. Todavía no sé cómo has convencido a David para que te haga de guía, él es muy exigente con sus clientes.

Enseguida comprendió que se refería a su condición de mujer e interpretó la insinuación como una acusación de algo totalmente incierto. Recordó que David le había dicho que no era una cliente.

—Para ser una cliente tendría que pagarle, y no lo hago. Tampoco he tenido necesidad de convencerlo, nos conocemos desde hace mucho tiempo —replicó molesta—. Y puesto que quería visitar Kenia, lo más inteligente era recurrir al mejor guía de la zona, que da la casualidad de que es David, ¿o no estás de acuerdo?

—Sí, claro, ya me ha dicho que lo vuestro es una amistad de toda la vida; lo que os convierte, casi, en hermanos...

—¡Eso es mucho decir! —replicó tajante—. David me conoce desde que nací, pero nos habíamos visto en contadas ocasiones. Se puede decir que, prácticamente, David y yo éramos dos perfectos extraños hasta hace poco.

—¡Ah, qué curioso! Yo hubiera jurado que entre vosotros existía una estrecha amistad a juzgar por la confianza con la que os tratáis. De hecho, por eso le pregunté. Además, cuando he visto que llevabas un colgante con su escudo nobiliario pensé que incluso había algo más.

«¡Y por eso te lo has tirado, so puta!», pensó acariciando la cadena que colgaba de su cuello. ¿A qué jugaba esa mujer? ¿Estaba cotejando datos y comprobando que lo que ella le decía coincidía con lo que le había contado David? Le incomodó esa actitud.

—¿Y él qué te contestó cuando le preguntaste? ¿Te contó por qué luzco su apellido? ¿O no le preguntaste nada al respecto?

—Sí se lo pregunté, pero la verdad es que no recuerdo lo que me respondió. Supongo que estábamos ocupados con otros temas.

—¡Ya! —sonrió maliciosamente—. Deberías de volver a preguntárselo ahora que estáis más relajados.

—¡Mujer, no estés en guardia contra mí! ¡Sólo es una simple conversación!

—No estoy en guardia —replicó con voz dulce—. ¿Tendría que estarlo?

—No, pero me pareció que te molestaba que te preguntara.

—¡En absoluto! Este colgante —dijo a la vez que lo colocaba a poca distancia de su cara—, perteneció a la madre de David y ahora me pertenece a mí. Por cierto —recalcó poniendo en sus palabras toda la ponzoña que había guardada en su corazón—, ¿lo tuyo no es el turismo?, nunca supuse que fueras una experta en heráldica.

Hellen acusó el golpe y contestó en los mismos términos.

—Y no lo soy. Efectivamente lo mío es el turismo, pero he visitado a menudo a David en su casa donde, por todas partes, hay escudos idénticos a ése. Está muy orgulloso de él.

—¡Yo también lo estoy, por eso lo llevo!

En esos momentos apareció el disputado guía, que se acercó cauteloso a la mesa temiéndose que Hellen se hubiera enzarzado en alguna disputa con Mary que la hubiera puesto en un aprieto, a juzgar por el semblante rígido y encolerizado de la muchacha.

—¿Ocurre algo, señoritas? —preguntó conciliador.

—¡Nada, teníamos una amigable charla! —respondió sonriente Hellen.

—Sí, una agradable y animada conversación sobre heráldica —sentenció Mary con furia en la mirada—. ¿Nos vamos ya? —Y sin esperar la contestación de él se levantó de su asiento—. Con vuestro permiso, os dejo un ratito a solas. Mientras voy al baño, quizá David pueda explicarte ahora la historia de su escudo mucho mejor que yo —repuso dirigiéndose directamente a la mujer.

Dicho lo cual, se retiró sin dar opción a que ninguno de los dos retomara la palabra.

## CAPÍTULO 11

*Quién dice la verdad nunca se equivoca.*

(PROVERBIO SWAHILI)

**Mogadiscio**— En medio de la locura, la vida a veces concede placeres... Nunca son gratuitos, pero aun así merece la pena correr el riesgo. En esta ocasión, además, tenía una obligación con mi país, la humanidad y mi propia conciencia.

Hoy, de vuelta a Somalia —porque estos cabrones del SIS no están dispuestos a darme ni un ligero respiro—, tenía sobre la mesa el informe resolutorio sobre el expediente sancionador de las transgresiones del puto gabacho. Realmente, Dios existe.

Pensé que la DGSE se limitaría a darle un buen tirón de orejas e inhabilitarle para el servicio activo durante una buena temporada, pero los hados han estado de mi parte. La Corte Marcial nombrada para tratar este asunto ha sido rápida y efectiva; la sanción, definitiva: Degradación militar.

Casi no puedo creérmelo. Desde ahora, el teniente Augain será el alférez Augain, ¡jajajaja!

Hacía mucho que no me reía, ¡joder!

*(Entrada del 22 de noviembre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Maasai Mara, Kenia - Governor's Camp.*

*12 de enero de 2011*

«¡Por fin!», había gritado triunfante el rubio agente de la DGSE cuando vio que David y Mary se aproximaban al comedor acompañados de Hellen.

Llevaba dos días esperándoles. La directora le había asegurado que, tarde o temprano, se dejarían caer por allí. Él había estado haciendo averiguaciones y no cabía ninguna duda de que estaban en ese parque pero, era tan amplio, que hubiera sido una locura lanzarse a la aventura sabiendo que ellos no se privarían de la visita al Governor's.

Al principio no había sido fácil descubrir por dónde comenzar la búsqueda. La muy víbora de Mary se había alojado en un hotel diferente al que había reseñado en los impresos de inmigración. ¡Eso también se lo haría pagar!

Aquel engaño le había hecho perder un valiosísimo tiempo en búsquedas

infructuosas y un buen puñado de chelines aunque, afortunadamente, la patraña no le había servido de mucho, su protector era demasiado conocido y enseguida localizó su pista en el Hilton.

Pero tarde. Cuando obtuvo esa información ya hacía días que habían abandonado la ciudad y estaban perdidos por algún lugar de aquel vasto territorio. El cabrón de David era demasiado hermético y cubría bien sus pasos. Tardó dos días más en reducir las posibilidades y desplazarse hasta el terreno.

Por suerte, su chófer era más extrovertido y, aun así, fue complicado encontrar a la persona que supiera hacia dónde habían partido. Localizarlos en el Maasai Mara fue casi igual de peliagudo.

Durante dos días les había seguido los pasos, pero se le escurrían como agua entre los dedos. Que Silkford pudiera transitar fuera de las áreas acotadas al turismo y levantar el campamento donde le apeteciera, era el más grave de todos los inconvenientes.

Pero la fortuna estuvo a su lado cuando localizó a Hellen.

La había conocido en una de las operaciones conjuntas que había llevado a cabo con el que hoy era su oponente. La mujer les había facilitado importante información del enemigo. En su día resultó una ayuda muy valiosa, pero en esta ocasión no parecía dispuesta a colaborar.

Le había costado convencerla de que localizar a David era vital, pero apelando a una estrecha amistad —relación que nunca había existido entre ellos pero Hellen parecía desconocer—, se había enterado de algunos datos valiosos. Al principio, desconfiada, no había querido hablar —al parecer había algo entre Silkford y ella— pero, como siempre, los celos habían resultado el mejor antídoto contra el silencio.

En cuanto le contó, confidencialmente, que su queridísimo David andaba paseándose por el país con una atractiva muchacha con la que mantenía una estrecha relación, no había tardado mucho en soltar la lengua. Por suerte, aquel mismo día había llegado por allí un desgarbado norteamericano que, inocentemente, no dudó en confirmar a Hellen que el inglés estaba enseñando la reserva a una guapísima joven.

Aquel territorio era extenso, pero los cotilleos volaban a la misma velocidad que en un pueblo pequeño.

Y allí los tenía ahora, a los dos, sentados en la terraza, descansando y disfrutando del paisaje.

Las órdenes recibidas eran claras y tajantes: tomar fotos de la pareja y esperar nuevas instrucciones. Aun así, había estado tentado de abordar a la chica en las dos ocasiones en las que se quedó sola. Finalmente había decidido acatarlas. Tampoco tenía tanta prisa. El placer iba a ser igualmente suyo y disponía de una paciencia infinita.

De momento aquellos dos no iban a salir de la reserva y tenía claro cómo llevar a buen término sus proyectos. Ya tenía una idea de dónde y cómo abordar al enemigo.

Se retiró de la cara la cámara fotográfica. Estaba feliz, tenía un material de

primera para enviar al general, tal y como éste le había pedido.

La espera no era tan mal aliciente, siempre había acicateado sus anhelos. Y, si tenía suerte, quizá todo se desarrollara mucho más rápido de lo que esperaba y aquella zorrilla malcriada sería suya antes de que se pusiera el sol. Pero, si no...

¡No importaba! Cuánto más le hicieran desearlo, más dura y satisfactoria sería su venganza. ¡Y peor lo iba a pasar la señoritinga!

De momento iba a divertirse observando cómo se desenvolvían aquellos dos en la fiesta de bienvenida que les tenía preparada.

Mary observó, llena de aprensión, la pequeña y poco estable balsa que atravesaba la peligrosa corriente amarrada a una cuerda que unía las dos orillas del río Mara. Un hombre, al que ayudaban otros dos, cada uno en un extremo del cabo, se encargaba de gobernarla. Enfrente, un nutrido grupo de gigantescos cocodrilos, alguno de los cuales podría medir siete metros, observaba sus movimientos con atención.

Se le puso la carne de gallina, pero no pensaba acobardarse ni hacer ningún comentario, y menos ante los atentos ojos de Hellen, que les había acompañado hasta allí.

Saltó a la barca con agilidad y esperó al guía que, tras despedirse de Hellen con un sencillo «hasta la vista», la siguió y se colocó junto al barquero para conversar plácidamente en maasai con él.

El sol ya no era tan potente como en las recientes horas del mediodía y, en aquella penumbrosa orilla, la temperatura era muy agradable. Los animales empezaban a desperezarse de su siesta diaria. Cientos de primates gritaban, escondidos entre el follaje, rompiendo el silencio junto al trinar de millones de aves en un discordante concierto, atractivo y monótono.

Un hipopótamo de lustrosos lomos abandonó la orilla. Sus pasos resonaron como tambores al ritmo de la desmesurada corpulencia antes de que se precipitara al agua, desapareciendo en el cauce turbulento.

Aquellos bichos ya no le caían tan simpáticos como antes.

De repente, un crujido puso a todos en guardia. La cuerda con la que la barca se sujetaba a la soga fija que unía ambas riberas, se rompió. La corriente, poderosa, hizo que la pequeña embarcación se deslizara incontrolada hacia los cocodrilos.

Todos retuvieron el aire en sus pulmones.

Mary ahogó un resuello al contemplar, asombrada, como David sacaba la pistola, oculta en la cinturilla de los pantalones y, desde el otro extremo de la balsa, la encestaba en el interior de su macuto para, en una reacción de alarde suicida, lanzarse de cabeza al agua en busca del cabo.

Se hizo con él a la primera y lo lanzó contra el barquero que, sorprendido, reaccionó tarde y fue incapaz de evitar que escapara de sus manos. David volvió a repetir la operación mientras era arrastrado por la fuerza de las impetuosas aguas. Hombre y soga se hundieron en un remolino durante unos segundos.

Cuando emergieron, el guía llevaba el extremo de la cuerda en su mano derecha. Volvió a lanzarla sobre la tablazón. En esos momentos la balsa corcoveó en una hoya y al joven maasai se le escurrió, otra vez, de entre los dedos. Girando como una culebrilla, el cáñamo saltó y se retorció, dando tumbos sin orden ni concierto y cambiando de dirección, hasta llegar al borde.

Mary no podía permitir que volviera a caer al agua, así que, en un placaje digno de un jugador de rugby de primera división, se lanzó contra ella para aprehenderla, lo que consiguió sólo segundos antes de que se zambullera una vez más en las turbias aguas.

Enseguida, y ayudada por el joven maasai, consiguieron atarla y estabilizar la barca mientras David se aferraba al lateral para no ser arrastrado por la corriente.

Ella necesitaba comprobar que su guía estaba bien y, cuando miró en su dirección, le vio respirar entrecortadamente intentando recuperar el ritmo. Pero ¡qué horror!, la superficie del río había cobrado, de pronto, un movimiento infernal.

Inmediatamente, se agachó en el inestable suelo de la balsa para intentar subir a David a base de fuerza bruta. Tiró de él sin ningún éxito.

—¡David, por Dios, sube ya! ¡Los cocodrilos!

Él se impulsó sobre los brazos, pero las fuerzas le fallaban tras la lucha contra el impetuoso curso. Un bicho, enorme, se acercaba veloz hacia él desde la orilla opuesta.

—¡Por favor, David, inténtalo otra vez! —chilló mientras tiraba de él con todas sus fuerzas.

Lo intentó por segunda vez y consiguió superar el cuerpo sobre la borda, pero aún seguía sumergido de cintura para abajo. Sin pensarlo ni un minuto, ella introdujo los brazos en el agua, cogiéndolo por una pierna, y tirando hacia arriba con un ímpetu que no se correspondía con su endeble complexión física.

El cuerpo de David giró sobre un costado, impulso que ella aprovechó para coger la otra pierna, todavía hundida, y meterla dentro de la barca antes de que el cocodrilo llegara a su altura.

Una fuerte sacudida convulsionó el maltrecho cascarón cuando él dejó caer su metro noventa contra las tablas.

Todos estaban lívidos. El héroe salvador tosía medio incorporado sobre los maderos, con el corazón palpitando a toda velocidad.

Mary se agachó junto a él para ayudarle a incorporarse, pasándole un brazo por detrás de la espalda y sujetándolo fuertemente contra su hombro, mientras con la mano que le quedaba libre le desanudaba el pañuelo que llevaba atado al cuello y le impedía respirar con soltura.

Le retiró el pelo de la cara y le secó el agua que le resbalaba por las mejillas con las palmas de las manos mientras le preguntaba cómo se encontraba.

David no respondió. Era incapaz de moverse. Sólo podía ver los grandes ojos de ella, que le miraban asustados y llenos de impaciencia. Sus ropas estaban, casi, tan

empapadas como las de él.

¡Dios!, parecía una ninfa salvadora recién salida de las aguas. Podía oler su angustia y el miedo que todavía corría por sus venas mezclado con el aroma de su gel de baño. El deseo y la excitación se apoderaron de todo su ser. Tenía que controlarse o daría un espectáculo a la vista de todo el mundo.

Se sentó despacio y esbozó una tímida sonrisa.

—Bien, *milady* —contestó suavemente a la vez que se acercaba más a ella—. Creo que algo menos asustado que tú.

Luego la acarició la mejilla con infernal lentitud, con la palma de la mano abierta, girándola al llegar al mentón. Después, sin prisa, utilizando sólo dos dedos, los deslizó por su cuello y puso derecho el colgante con el escudo de los Silkford. Sonrió.

Ella suspiró.

Debería de oponerse a esas caricias tan íntimas, pero algo se lo impedía. Incluso, si no fuera tan mojigata y cobarde, olvidaría que él acababa de acostarse con Hellen y se abandonaría en el tórrido beso que le reclamaba su deseo.

Pero no podía. No podía olvidarlo y, ahora que el peligro había pasado y su cabeza empezaba a funcionar con cierta lógica, el enfado regresó a la misma velocidad que se acercaba la orilla. No podía consentir que él pensara que estaba a su merced y que aceptaría las migajas de su atención, así que se zafó de aquel abrazo con toda la delicadeza que pudo y, con la excusa de buscar en su macuto una sahariana seca, se levantó.

Al momento regresó y se la echó a David por los hombros. ¡Estaba ridículo!

Ya habían atracado, así que no tuvo necesidad de alejarse de la penetrante mirada de él, que parecía traspasarla con esa terrible seguridad en sí mismo que tanto la desasosegaba. ¡No era justo que él se sintiera tan tranquilo mientras su mente era un torbellino!

Recogió todas sus pertenencias sin hacer ningún comentario y saltó a tierra firme. El suelo parecía seguir tambaleándose a su paso.

A lo lejos reconoció la apuesta y musculosa figura de Ernst, hablando con otros nativos y divisó, junto a las lujosas tiendas, el camión y la autocaravana que habían sido su hogar durante días. David ajustó su paso al de ella hasta ponerse a su altura.

Nerviosa y un tanto desconcertada, no quiso hacer ningún comentario por miedo a que él acabara riéndose de ella, como solía ocurrir siempre que conseguía hacerla perder la compostura. Continuaron andando con paso firme y en silencio hasta llegar a la altura de la Volkswagen.

—Necesito cambiarme de ropa antes de que me dé una neumonía. ¡Me has puesto perdida de agua! Y tú deberías hacer lo mismo, estás empapado, te vas a quedar helado.

—Te juro, *milady*, que en estos momentos siento de todo menos frío —respondió con una voz tan grave que provocó en ella un estremecimiento que le recorrió el cuerpo. Y, desde luego, tampoco era de frío.

Entró en la autocaravana sin hacer más comentarios, cerrando tras de sí, mientras escuchaba la mordaz risa de él a sus espaldas.

Se cepilló vigorosamente la melena y dejó que el pelo cayera suelto sobre sus hombros como una cascada. Sacó unos vaqueros que había metido a última hora en las bolsas y se ajustaban especialmente bien a su contorneada silueta y los conjuntó con una camisa de manga larga blanca que resaltaba el bronceado adquirido durante su estancia en Kenia, dejando los primeros botones desabrochados, entre los que pendía, orgulloso, el escudo de armas de aquel hombre. No pensaba volver a ocultarlo.

Se miró al espejo. No estaba mal. Se aplicó repelente antimosquitos, se calzó unas zapatillas blancas de deporte y salió decidida a enfrentarse a su oponente, que reclamaba su presencia desde el exterior.

—¡Santo Cielo! —exclamó al verla aparecer—. ¡Estás preciosa!

Ella agradeció el piropo con una amplia sonrisa mientras sentía que el rubor le subía hasta la frente.

—¿Te has podido enterar de qué ha pasado? —cambió de tema.

—Nos han tendido una emboscada —dijo con una seguridad fulminante mientras entraba en la furgoneta para ponerse ropa seca.

Salió al cabo de diez minutos, duchado y limpio, con unos vaqueros y una ajustada camiseta blanca.

David la tomó del brazo por encima del codo, con delicadeza, y la empujó suavemente hacia la terraza del *lodge*. Aún era temprano. Podían disponer de unos minutos para relajarse con una cerveza y, sobre todo, darle a ella la oportunidad de calmar los nervios que aún hacía que saltara cada vez que él hacía un movimiento.

Apartó una butaca para que se sentara y ocupó otra a su lado.

Era curioso cómo reaccionaba aquella chiquilla. Daba la sensación de que, en los momentos clave, nada era capaz de quebrarla y actuaba como un torbellino sacando fuerzas de no sabía dónde pero, cuando todo pasaba, parecía que iba a desmoronarse y se dejaba arrastrar por los nervios.

Algo le decía que, llegado el caso, al final tampoco se permitiría que la sinrazón tomara el mando, pero no tenía ningún interés de esclarecer esa duda. No era necesario ponerla a prueba. En cualquier caso, no tenía ningún inconveniente en ser él quien la tranquilizara.

—¿Por qué has dicho antes que nos han tendido una emboscada? —abordó Mary la conversación que habían dejado interrumpida.

Precisamente esa respuesta no iba a ser la que la tranquilizara en esta ocasión, pero no había forma de enmascararla con medias verdades. Engañarla no era la solución, necesitaba que Mary estuviera al corriente del peligro que ambos corrían; lo contrario no ayudaría a ninguno.

—Porque el cabo había sido manipulado.

—No entiendo.



—Tenía un corte limpio. El cáñamo no estaba deshilachado por el uso, sino que estaba parcialmente cortado con un cuchillo.

—¿Quién ha podido hacer eso?

—Francamente, Mary, no lo sé. Posiblemente los mismos que intentaron matarnos ayer. Es más fácil eso que un tiro.

—¿Pero podían haber matado a cualquier otro turista que no fuéramos nosotros?

—Seguramente nos vigilan. Debieron de hacerlo en el momento que nos vieron dirigirnos al embarcadero y lo dejaron de manera que pareciera un accidente. Quien fuera que lo haya hecho, pretendía que terminara de romperse al primer embate del agua.

—¿Para qué?

—¿Para que fuéramos la merienda de una pandilla de cocos? —respondió, utilizando su habitual ironía.

—¡Claro!, un accidente es algo fácil de explicar. Un tiroteo...

—Efectivamente, *milady*. Ya te he dicho que aquí los accidentes no son tan raros. ¿«Un paseo», dijiste? —Y se rio.

Mary no contestó y se quedó mirando, pensativa, el cauce del río que parecía tranquilo allá abajo. Él dejó que digiriera la información que acababa de darle.

—Lo que quiere decir que nos siguen y nos han encontrado...

—Es posible. Lo primero es enterarnos de quién y para qué; así que de momento iremos con mil ojos e intentaremos ponérselo difícil. Esta noche, al menos, estaremos seguros.

—David, ¿vamos a dormir en el Governor's?

Lo había preguntado con un rictus de disgusto. Al parecer, la posibilidad de tener que volver a encontrarse con Hellen le gustaba aún menos que enfrentarse a sus enemigos.

Aquél era un buen tema para llevar sus pensamientos fuera del círculo de terror en el que él pretendía que no cayera. Uno sobre el que, además, tenía intención de hacer hincapié.

—¿Por qué? ¿Prefieres la incomodidad de nuestro campamento portátil, a pesar de que aquí puedes disfrutar de una cama con sábanas limpias, aseos y duchas?

—Me atraen muchísimo todas esas comodidades y el sitio es maravilloso, pero hay otras cosas que no me gustan tanto —replicó sincera.

—¡Déjalo estar!

—¡No me amences! —protestó, dejándose llevar por el resquemor que aún la embargaba—. Si alguien tiene derecho a estar molesta y enfadada soy yo. Allá tú y tus malos rollos, al fin y al cabo a mí ni me van ni me vienen, pero no me provoques porque, a lo mejor, el que sale peor parado eres tú.

—¿Yo? ¿Estás segura de eso, Mary?

Ella agradeció que ambos llevaran puestas las gafas de sol, así no tendría que someterse a su mirada.

—¡Mira, pequeña!, ya tenemos suficientes problemas como para, encima, ir a la búsqueda de más.

—¡No vuelvas a llamarme «pequeña» en toda tu vida!

El odio que irradiaban sus ojos era mucho más explícito que sus palabras, dichas con lentitud y una amenaza oculta en cada sílaba.

—¡Jesús, qué carácter! —replicó él con tono burlón.

—Y esos problemas a los que tú haces referencia, no soy yo la que los busco, así que no te quejes.

—Ah, no, ¡claro! Entonces, ¿por qué tuviste que seguirle el juego a Hellen? Que yo sepa nadie te obligó a hacerlo.

Mary decidió hacer frente al tema. Por escabroso que en principio pudiera parecer, nunca había sido partidaria de dejar que los malos entendidos crearan lagunas de distanciamiento entre ella y las personas con las que mantenía cualquier tipo de relación.

—Ni siquiera sé por qué te doy tantas explicaciones, pero voy a contarte mi versión. Me da la impresión de que tienes los datos incompletos.

—Inténtalo, a ver si eres capaz de hacerme cambiar de opinión...

David se repantingó en el asiento y encendió un cigarrillo con estudiada indiferencia. Ese aire indolente la sacaba de sus casillas.

—Ella vino a mi mesa a hacerme preguntas que sobrepasaban los límites de la mera curiosidad. ¡Nunca pensé que un simple colgante pudiera traerme tantos calentamientos de cabeza! —se lamentó en voz baja.

—Bueno, cuando una mujer hace alarde de que pertenece a un hombre delante de otra, se atiene a las consecuencias...

—¡Yo no pertenezco a nadie! ¡Y no he hecho alarde de nada!

—Ah, ¿no? —Quedaba patente que seguía opinando lo contrario.

—¡No! Y si así hubiera sido, está clarísimo quién es la que se lleva el gato al agua, así que no entiendo nada la postura de esa mujer. Mi colgante y yo somos totalmente inofensivos para ella.

«¡Desde luego! Está claro y meridiano», no pudo evitar pensar David.

—¡Pues al parecer has atacado como una pantera en celo!

—¿Yo...? ¡Lo que me faltaba por oír! Hellen se porta como una quinceañera. Utiliza una técnica muy gastada, intentado contrastar tus palabras para pillarte en una mentira. Me ha parecido de muy mal estilo y es tan infantil...

—¡Pobrecita niña inocente! ¡Ella no tiene culpa de nada! —ironizó—. ¡Pues no es eso lo que ella me ha contado!

—Ya supongo... Por curiosidad, ¿qué te ha contado?

—Que eras tú quien se ha comportado como una colegiala celosa y que le pediste todo tipo de explicaciones.

—¿Qué yo le he pedido explicaciones porque estaba celosa...? —replicó con una carcajada—. ¡Qué barbaridad!

—O sea, que no estás celosa...

—¡Yo no tengo motivos para estar celosa de nadie, y menos de ella! Pero, si ése fuera el caso, que no lo es, ¿me crees tan estúpida como para demostrarlo ante mi contrincante y darle esa satisfacción?

—Tienes razón, no tienes ningún motivo para estar celosa de Hellen —corroboró él en voz baja. Mary simuló no haberle escuchado y se mantuvo en silencio a pesar de la punzada de dolor—. Pero lo que dices es mera teoría, cuando uno se enamora es casi imposible no dejarse llevar por los arrebatos.

—Bueno, pues ése es su problema, no el mío. Quizá tengas razón y ella no ha podido evitar perder los papeles; la verdad es que he sido bastante grosera, pero no me ha gustado su forma de actuar. Siento haberte causado algún trastorno, David —dijo contrita.

—¡No seas tonta, Mary! A mí no me has causado ningún trastorno. Conozco a Hellen y sé que es una mujer posesiva y celosa. ¿Crees que es la primera vez que monta una escenita de éstas?

—Está bien, los celos son una enfermedad así que, aunque no me hace ninguna gracia disculparme con ella, lo haré en cuanto vuelva a verla. ¡Pero que conste que lo hago por ti...!

«Ay, pobre, ¡por mí! Si ella supiera cómo me molesta la absurda actitud de Hellen...».

—¡Ni se te ocurra hacerlo! Mejor mantente alejada de ella; es un consejo. Y por mí no te preocupes, no me quitan el sueño sus celos.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta, David? Deberías de preocuparte más por los sentimientos de tu pareja.

No podía creerse que ella estuviera convencida de que Hellen era su pareja. ¿Acaso no tenía ojos en la cara?

—¿Quién te ha contado que ella es mi pareja? ¿Me crees capaz de ir por ahí besando a dulces chiquillas inocentes si tuviera una pareja estable?

Mary sintió un vacío en la boca del estómago. Sabía que se refería al episodio vivido el día anterior e intentó salir airoso del tema sin demostrar que se había dado por aludida.

—Yo no sé lo que tú haces por ahí.

—Parece, pequeña, que sufres algo de amnesia —replicó sonriente, mientras comprobaba por el color de sus mejillas que realmente no había olvidado absolutamente nada de lo ocurrido.

En esta ocasión ella no protestó porque la hubiera llamado «pequeña» y trató de zafarse de su mirada cogiendo la cámara para refugiarse tras el visor haciendo fotos.

David estaba dispuesto a sincerarse con Mary. Merecía una explicación. Él no era ningún seductor sin escrúpulos, capaz de ir destrozando corazones indiscriminadamente a su paso.

Siempre había tenido muy presentes los deseos de sus amantes y pocas veces se

lanzaba al juego del amor sin medir antes sus pasos. Era cierto que no quería relaciones serias, pretendía ser tan libre como los animales con los que compartía su vida, pero jamás las había ofrecido.

Ni siquiera a Hellen quien, a pesar de conocer bien las reglas, se empeñaba en conseguir algo que él no iba a concederla jamás. Tenía cariño a la directora del Governor's, pero nunca había estado enamorado de ella. Si no quería darse cuenta, era su problema.

—Hellen y yo tuvimos un romance cuando me instalé en Kenia, pero acabó casi tan rápido como empezó; aunque ella nunca se resignó y no puede evitar los celos — le explicó con voz queda.

Mary apartó la cámara de la cara y le miró con un extraño gesto.

—Pues perdona que te sea tan franca pero, si lo que dices es cierto, ¿por qué eres tan cruel?

Él compuso una mueca de incompreensión.

—Sí, ¡no pongas esa cara de inocente! Si sabes que ella pretende reiniciar vuestras relaciones fallidas, ¿por qué sigues alimentando su esperanza y te la llevas a la cama?

Nada más terminar de decir la frase le hubiera gustado morderse la lengua. Llevada por una absurda reacción de solidaridad femenina, se había quedado atrapada en sus propias palabras.

—¿De dónde sacas que yo la he llevado a mi cama? —preguntó divertido ante el nuevo descubrimiento. «¿Así que sí hay algo de celos por tu parte...?». Y esta vez, aquel pensamiento le calentó la sangre en lugar de molestarle.

—Bueno, me limito a pensar lo obvio: risas, susurros, paseo romántico y ducha al cabo de una hora... —Para qué intentar engañarle. Al fin y al cabo es lo que había pensado ella y el resto del campamento.

—Ya te he dicho que procures poner coto a esas conclusiones precipitadas que siempre sacas.

—Mira, David, me da igual. Dejemos el tema. Evidentemente, a mi no tienes que darme ninguna explicación.

—Evidentemente... Pero —dijo retomando el tema, a pesar de que no era lo que ella quería hacer—, me alegro de que no aceptaras el reto que te tendía Hellen.

—David, si no lo hice no fue por no aceptar un reto, te lo garantizo.

«Eso seguro. Basta con poner uno frente a tus ojos para que te zambullas en él hasta el cuello. Si quiero que hagas algo, sólo necesito arrojar el guante».

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque me molestó que dudara de tu palabra. Ésa es la actitud de las mujeres que hace que los hombres tengáis tan mal concepto de nosotras.

—No pretenderás hacer cambiar la forma de pensar del género masculino tú sola, ¿verdad?

—No. Pero actúo como me dicta mi conciencia.

—Y tu conciencia te dictó no contarle la verdad sobre el colgante...

—Tampoco le conté ninguna mentira, David. Además, supongo que tú ya lo habrás hecho, pero aceptar ese desafío te ponía a ti en una situación dudosa.

—¿A mí? ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros mirando hacia el paisaje, ansiosa por terminar con la conversación.

—¿Por qué me ponías en dudosa situación? —insistió David ante el mutismo de ella.

—Porque sí. Helen pretendía ponerte a prueba y, si está tan enamorada de ti como parece, debería creerte sin necesidad de cotejar nada, ¿no?

—Debería...

—Lo siento. Vas tener razón en que soy una soñadora, pero no puedo entender esa clase de amor basado en la desconfianza.

—¿Quieres decir que tú creerías todo lo que yo te dijera si estuvieras en su lugar, a pesar de la fama que me precede?

—No sé lo que haría si estuviera en su lugar, porque no lo estoy. Pero nunca podría enamorarme de un hombre en el que no confío. La confianza es el pilar de cualquier relación.

—¿Nunca te has sentido engañada por un hombre, Mary?

—Creo que no, al menos de la manera que insinúas. De todas formas me parece que es una cuestión de conceptos. Yo lo único que sé es que nunca buscaría los celos donde no los hay, porque opino que es la mejor manera de fomentarlos y, para ser sinceros, a mí no me gusta sufrir...

—Como hace Hellen —terminó él la frase que, evidentemente, se había quedado colgando en los labios de la muchacha.

Precisamente ése fue el principal motivo por el que nunca se planteó una relación seria con ella.

—Mira, deja en paz el tema de Hellen. No quiero seguir hablando de ello —zanjó resuelta—. Siento haberme dejado llevar, de verdad. Y aunque dices que no es necesario, en cuanto la vea otra vez pienso contarle, con todo lujo de detalles, cómo llegó a mí el colgantito de marras. No quiero estar en la mira de una mujer celosa. Punto.

—No lo hagas, Mary —la petición sonó como una orden tajante.

—Vale, pues no le diré nada. ¡Pero no me compliques más la vida, David! Dime lo que quieres que haga y lo haré.

—Umm ¡Demasiado fácil, *milady*!

Mary se dio por vencida. Frustrada y totalmente derrotada, se echó hacia delante y se sujetó la cabeza con las manos mientras negaba incrédula. La negra mata de pelo cubría sus rasgos como una cascada de brillante petróleo.

—¡Vas a volverme loca, David! ¿Qué quieres de mí?

Se había quitado las gafas de sol e, incorporándose de nuevo, le miraba tan

intensamente que pareciera querer adivinar lo que pensaba sólo a base de fuerza de voluntad.

La respuesta a aquella pregunta no era alguna que pudiera ofrecerle tan fácilmente. «¡Quiero devorarte viva!».

—*Misichana nzuri*, aléjate de Hellen todo lo que puedas —dijo en tono conciliador—. No le cuentes nada de tu vida ni te enfrentes a ella. Eso es lo único que quiero. —«De momento...».

David se agachó delante de ella y le encerró la cara entre sus grandes y huesudas manos. Luego le dio un beso en la punta de la nariz y se apartó.

—Tú sígueme la corriente, ¿vale?

Mary entrecerró los ojos, desconfiando.

—¿Qué le has dicho, David? No le has contado la verdad, ¿no es cierto?

Umm, le había calado demasiado rápido. Se obligó a ser sincero con ella.

—No. No lo he hecho. Le he dado a entender que tú y yo teníamos una relación algo más que, digamos, cordial. Que entre los dos hay sentimientos más profundos que los que corresponden a un guía y su cliente y, por supuesto, no le he dicho nada de nuestro nexo familiar —confesó.

—¿Tú estás loco? ¿Por qué le has dicho eso? ¡Eres un inconsciente poniéndome en semejante situación! —Su ira resultaba tan patente que David no pudo evitar la risa.

Mary pensó que estaba metida en un buen lío. Entre las insinuaciones de David y lo que ella misma se había permitido el lujo de dar a entender, o al menos de no refutar, aquella mujer tenía todos los motivos para estar celosa. Ella también lo estaría de estar en su pellejo.

—¿En qué situación te he puesto?

—¡En la peor! ¡No sé cómo pudiste contar semejante barbaridad ni qué más atrocidades dijiste, pero eres un auténtico...!

—¿Qué me ibas a llamar? —la interrumpió él sonriente.

—¡Me parece mentira que necesites valerte de mí para deshacerte de tus amantes molestas! Primero te acuestas con ella y luego pretendes quitártela de encima sin importarte nada sus sentimientos. ¡Es muy poco honrado por tu parte, pero al fin y al cabo, no eres diferente al resto de los hombres!

—¿Acaso me habías imaginado diferente?

—¡Déjame en paz! ¡No quiero seguir hablando contigo hasta que se me pase el cabreo!

Mary sentía una profunda impotencia.

—Me parece perfecto, pero quiero que sepas una cosa: No me he acostado con Hellen.

—¡Me importa un pito lo que hayas hecho!

—Lo que no he hecho —recalcó silabeando—. Y, créeme, tengo mis motivos para decirle lo que le he dicho que, desde luego, nada tiene que ver con intentar

deshacerme de una amante molesta. Has dicho que confiarías en mí ciegamente, ¿no? ¡Pues demuéstalo!

Ella iba a preguntarle cuándo había dicho semejante frase y aclararle que sólo había dicho que confiaría ciegamente en el hombre del que se enamorara, pero finalmente prefirió guardar silencio. No quería seguir profundizando en un tema que, mucho temía, iba a volverse contra ella en cualquier momento.

—Mary, dame veinticuatro horas. Te prometo que, en cuanto tenga claras una cuantas cosas, te lo explicaré todo.

Ella se soltó de su agarre y se levantó sin hacer ningún comentario. A pesar de todo, confiaba en él, claro que lo hacía; pero él se empeñaba en ponérselo difícil.

Estaba dolida. Primero la besaba y luego, delante de sus propias narices, se ponía a flirtear con otra mujer a la que decía que no se había llevado a la cama, pero tenía toda la pinta de haberlo hecho; más tarde tenía que aguantar las acusaciones de Hellen y, por último, se enteraba de él que la había utilizado para provocar los celos de su ex amante.

Además estaba enfadadísima consigo misma. ¿Cómo podía haberse dejado llevar por los sentimientos que él había despertado en ella? Debía de haberse vuelto loca por haber pensado que David era distinto al resto de hombres que había conocido.

David miró a Mary y sonrió como lo haría un padre comprensivo ante un hijo díscolo y caprichoso. Harry había colocado la capota al todoterreno y conduciría hasta su próximo destino. Y ella, sentada en el asiento trasero, se mantenía ocupada escribiendo en su libreta; al parecer no tenía ganas de charla. ¡Con evasivas a él!

No tenía que pedir permiso para sentarse donde quisiera así que, por supuesto, no lo hizo. Sin más ceremonia abrió la puerta de atrás y se quedó mirando el asiento, estratégicamente ocupado por los trastos de la muchacha, con un gesto lo bastante elocuente como para que ella no tuviera más opción que acatarlo sin rechistar.

Mary pareció resignarse, retiró el macuto y le hizo un hueco, dejando la cámara entre medias de los dos para mantener las distancias.

Sonrió y se sentó en el espacio libre, poniéndose cómodo. Colocó una rodilla sobre el asiento y apoyó el codo contra el respaldo, mirándola fijamente.

Que ella volviera el rostro hacia el otro lado, fingiendo estar interesada en el paisaje que corría veloz a través de su ventanilla, no le engañó en ningún momento, pero tampoco la presionó.

Salieron de la reserva por la puerta de Ooololo y, finalmente, después de varios kilómetros, decidió ser él quien rompiera el silencio.

—Mi pistola —exigió David tendiendo la mano.

Mary rebuscó en el macuto y se la devolvió sin hacer ningún comentario. Él se la guardó nuevamente en la cinturilla de los vaqueros, a su espalda, y esperó un rato más a ver si, por fin, se decidía a volver a hablarle.

—¿Va a pasar mucho más rato hasta que se te pase el cabreo?

A veces parecía muy madura, pero otras no era más que una chiquilla. Siguió sin mirarle ni contestarle.

—Bien, en ese caso no querrás que te cuente adónde nos dirigimos ¿no? Luego no digas que no te he avisado...

Alarmada, se giró hacia él y, por fin, terminó con su mutismo.

Él sonrió. Sabía cuál iba a ser su reacción. Cuando le explicó que aquella noche era la que la tribu maasai había asignado para la fiesta a la que les habían invitado, palideció. Parecía que ella se hubiera olvidado del tema.

La semana anterior, uno de los días que no habían ido a observar a los leones, preparó una excursión a las lagunas saladas. Allí encontraron a un grupo de mujeres maasai con sus respectivos chiquillos que, entre risas y alegrías, recogían sal mientras tres jóvenes guerreros, enfundados en sus típicas túnicas rojas, vigilaban que no fueran atacadas por ningún animal.

Él reconoció a los guerreros morrais y se acercaron a ellos.

Mary estaba totalmente desubicada, sin saber cómo actuar y, con muy buen criterio, optó por imitarle y copiar sus gestos y palabras como un monito de repetición. Sin duda su pronunciación era horrible, pero el esfuerzo merecía un reconocimiento.

«*Itinga da nale...*», repitió lo más fielmente que pudo el saludo, luciendo una amplia sonrisa y estrechándoles la mano; lo que provocó un coro de risas y su propia carcajada, por mucho que intentó evitarla.

«*Sidainale*», le respondieron ellos, enseñando su mellada dentadura.

Mary, se ruborizó como una colegiala por la reacción de los hombres, lamentando, sin duda, haber dicho alguna inconveniencia. Ante su infantil reacción, decidió tranquilizarla.

«No temas, *milady*. Les has preguntado “¿cómo estáis?” y ellos te han contestado educadamente que “muy bien”», le aclaró, todavía riéndose.

La respuesta de aquellos hombres hubiera sido la misma si se hubiesen encontrado maltrechos y medio moribundos, pero ella no tenía por qué saberlo. Ni tampoco lo extrañados que se quedaron aquellos tres muchachos, a los que él conocía desde hacía años, cuando por primera vez en su vida le vieron acompañado de una mujer, a la que tomaron por su esposa.

Lógicamente, aquella suposición derivó en una muy masculina conversación con la que Mary, cansada de mirar de uno a otro sin entender absolutamente nada y sintiéndose ignorada —lo que evidentemente no era cierto, puesto que ella era el tema central de la misma— debió de comenzar a aburrirse. Tanto, que optó por pedir permiso a los guerreros para ir a ayudar a las mujeres.

Los jóvenes, extrañados, aceptaron la ayuda de inmediato, y las muchachas todavía mucho más; así que, sin reparar en el olor nauseabundo y amoniacado que emergía de la fangosa superficie salada y sirviéndose de un machete que le prestó una de ellas, puso manos a la obra ante los atónitos ojos de los morrais y, especialmente,



de los suyos.

El trabajo era más duro que lo que parecía, pero ella pareció ignorarlo y se dejó contagiar del espíritu festivo que la rodeaba. Así que antes de que pudiera darse cuenta, la vio reírse, jugar y salpicar a los pequeños, ajena a todo lo demás.

Él también estaba contento. Más que eso, ¡estaba entusiasmado!

Cuando descubrieron a los miembros de la tribu maasai, estuvo en un tris de avisarla de que se comportara como una sumisa mujercita y dejara todo el peso del encuentro en él para evitar la suspicacia y el machismo de los morrais, pero finalmente no lo hizo porque sabía que aquella prevención a lo único que daría lugar sería a una sonora discusión que era mejor evitar en esos momentos. Si había suerte, a lo mejor utilizaba su gran inteligencia y se comportaba ante los hombres de acuerdo con sus tradiciones.

Y, para su sorpresa, lo hizo. En realidad, hizo mucho más que eso, porque jamás se hubiera atrevido a pedirle que actuara como lo había hecho. Con su actitud había pasado a ser una leyenda para aquella tribu: «la de la mujer blanca del *bwana* Silkford que sabía comportarse como la buena esposa de un morrai» y él, a su vez, había ganado un montón de puntos ante los ojos de aquellos orgullosos guerreros.

Al final de la jornada, Mary estaba exhausta pero feliz. Y él la admiraba con toda su alma.

Los guerreros estaban tan complacidos, que les habían invitado a visitar su *manyatta*, donde harían una fiesta en honor a Mary en señal de agradecimiento. Honor que, por supuesto, él había aceptado de buena gana en su nombre.

Y en eso estaban ahora, de camino a aquella pequeña aventura. No obstante, sabía que ella se abochornaría y preocuparía; odiaba ser el centro de atención. Por eso tenía que ponerla sobre aviso antes de llegar.

—Por favor, David, no me hagas esto —le pidió con voz entrecortada—. No tengo ni idea de cómo actuar. No conozco nada de sus tradiciones y te pondré en evidencia.

—No lo harás. Tenemos un largo camino por delante, que aprovecharemos para ponerte en antecedentes sobre la historia de ese pueblo y sus costumbres. Luego tú utilizarás tu gran sentido común para estar a la altura de las circunstancias. ¿De acuerdo?

Y sin esperar su respuesta empezó a hablar. Le habló de *Ngai*, el dios maasai que vive en el Kilimanjaro, y que al principio de los tiempos, creó el mundo y a todas sus criaturas.

—Después de poner al hombre sobre la tierra —relató con voz de profesor universitario—, decidió que debía de premiarlo. A unos les dio miel y caza para su subsistencia, a otros grano y simiente y, por fin a sus hijos predilectos, los maasai, les concedió el ganado. Complacido con su obra, hizo descender enormes rebaños a través de un arco iris que unía el cielo y la tierra para ellos, pero el pueblo que había recibido la miel, loco de envidia, rompió el acceso celestial. Sin vínculo divino, los

hombres se vieron obligados a penar y errar en busca del sustento que antes recibían sin esfuerzo, teniendo que luchar contra la enfermedad, los insectos y los animales salvajes. Por eso, los maasai piensan que todo el ganado del mundo les pertenece por derecho divino y no dudan en apropiarse del ajeno; de ahí la principal causa de sus luchas y la fama que se han ganado como terribles guerreros.

Y así siguió hablando durante más de una hora de las costumbres y leyes de aquel pequeño pueblo africano que se creía con derecho a sentirse el ombligo del mundo.

—Siempre hay que tratar con cortesía y reconocimiento al *oloiboni*, el jefe espiritual del clan, que aunque no tiene autoridad real ni jurídica, goza del respeto de toda la comunidad y es el experto en rituales.

Mary, acunada por aquellas roncadas palabras y absorta en las explicaciones, que escuchó atentamente sin interrumpir ni en una sola ocasión, sintió que su enfado y preocupación desaparecía, junto con los kilómetros.

Por fin llegaron junto a la autocaravana. Estaba en el perímetro exterior de un pequeño poblado formado por unas quince cabañas rodeadas de un cercado, en el que pacían un centenar de ovejas y cabras y algunas vacas cuernilargas.

David la ayudó a bajarse del todoterreno y la apremió para que se preparara y no tuvieran que esperarles.

## CAPÍTULO 12

*El mal penetra como una aguja  
y luego es como un roble.*

(PROVERBIO ETÍOPE)

**Mogadiscio**— Tras la última reunión de la «Misión Olympo», he hecho algunas averiguaciones y he atado algunos cabos. Y cada vez estoy más horrorizado.

Esta gentuza tiene previsto lanzar un supositorio biológico sobre China, un virus genéticamente dirigido parecido al de la gripe, diseñado para propagarse a velocidad de vértigo y cargarse de un plumazo a un montón de gente; personas inocentes, ancianos, niños... ¡A todos!

Los muy cabrones se reían mientras hablaban de ello. «China se resfriará», decían. Yo, por mucho que lo intento, no le encuentro la gracia al tema.

¿Han pensado que cuando este virus esté en el aire, antes o después, terminará mutando? Si ya de por sí la idea es una locura, cuando esto ocurra se desatará una pandemia que se propagará por el mundo entero. Dudo que puedan prever las consecuencias ni el número de afectados... Si existe la Justicia Divina espero que ellos sean de los primeros afectados.

*(Entrada del 25 de noviembre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Londres - Oficinas de Silkford Ediciones.  
12 de enero de 2011*

Thomas Silkford soltó un improperio que resonó en las paredes de su despacho.

Eran las cinco de la tarde y acababa de regresar de la reunión de contenidos que había mantenido con la redacción del periódico vespertino que editaba Silkford Ediciones.

La tarde anterior, el diario había publicado, en portada, la noticia sobre la caza ilegal en Kenia. Un hombre blanco, al que no se le distinguía la cara, porque había sido estratégicamente pixelada, abatía a un león de un certero disparo bajo la mirada complacida de un nativo cuyo rostro, perfectamente identificable, correspondía a un alto cargo del gobierno keniano.

Y por si quedaba alguna duda, en el pie de foto aparecía el nombre del corrupto político: Patrick Kiruki, director de una de las áreas del Kenya Wildlife Service, un

organismo creado para administrar los parques y reservas nacionales que asegurara la vida de la fauna y la conservación de la misma, apoyado por las autoridades locales y el gobierno del estado. El tema era rocambolés.

El revuelo que se había montado era impresionante.

El texto de aquel reportaje dejaba entrever, a su vez, una serie de implicaciones políticas y financieras con personalidades británicas, aunque no daba nombres concretos y todo parecía muy ambiguo.

Thomas se había asegurado de que se despertara la curiosidad del lector sin dejarle, apenas, probar más que un pedacito del succulento pastel. Prometía, asimismo, un amplio reportaje en una de las revistas de actualidad semanal que editaba el grupo, con un gran despliegue fotográfico. El Gran Silkford había sabido asegurarse las ventas, como siempre.

La UNESCO y un sinnúmero de organismos ecologistas internacionales se habían solidarizado con la noticia dejando prácticamente sin capacidad de reacción al gobierno keniano. El presidente y el ministro de turismo de ese país habían tenido que comparecer públicamente para acallar el clamor, garantizando la detención y encarcelamiento de Patrick Kiruki y explicando el tipo de acciones legales que llevarían a cabo para llegar al fondo del asunto.

Todo era demasiado público para que no lo hicieran. Otros se ocuparían de que cumplieran con su palabra, él se limitaría, a partir de ahora, a recoger los beneficios de esa descomunal, exclusiva.

Pero lo más importante de todo es que ello aseguraba, al menos en parte, la vida de sus hijos. Era evidente que nadie iba a atacarlos directamente por denunciar algo a todas luces ilegal. Jugar ahora con la vida de dos ingleses, uno de ellos legalmente afincado en aquel país —y que paradójicamente llevaba el mismo apellido que el hombre que había sacado todo a la luz—, que además estaba acompañado por una turista, cuyo tutor legal era el mismo hombre, era demasiado evidente.

Casi estaba seguro de que más bien se encargaban de cuidarles las espaldas para que eso no ocurriera. David era capaz de hacerlo por sí mismo, pero él procuraría que nadie lo intentara, por si acaso.

Y si la cosa se ponía difícil, Thomas guardaba un excelente as en la manga, tenía la relación de la mayoría de los cazadores británicos implicados. Ése sería el verdadero seguro de vida de los muchachos.

Había sentido una extraña euforia durante todo el día, mientras movía sus hilos cerciorándose de que las vidas de aquellas dos personas estaban más seguras que las joyas de Su Majestad la Reina. Hacía años que no estaba tan contento.

Y ahora todo se había esfumado como si hubiera sido un sueño.

Según entraba en su despacho y tomaba asiento en el cómodo sillón envolvente de cuero, en la pantalla de su ordenador apareció la señal luminosa de que había recibido un *e-mail* en su cuenta de correo particular. Cuando lo abrió, sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor.

Sólo fotos, pero sabía quién era el remitente anónimo. El mismo que le había enviado un montón de amenazas para que detuviera la investigación sobre la «Gripe China».

Él lo había hecho. No había vuelto a publicar nada de aquel tema y todo parecía haberse diluido en el olvido. Había creído estar libre de amenaza mientras se atuviera a su juego. Sin embargo ahora, sin motivo ni razón, volvían a la carga.

Y aquel correo electrónico era más que un aviso. Las fotos eran recientes. Estaban fechadas esa misma mañana, aunque no hubiera sido necesario datarlas, porque era imposible que hubieran sido tomadas muchos días antes.

En la primera de ellas se veía a Mary con David. Los dos estaban plácidamente sentados en unas sillas de lona y madera, admirando un paisaje manifiestamente africano. Ella llevaba unos minúsculos pantalones tejanos y una blusa atrevida y alegre. Él tenía el gorro sobre la cabeza de manera que sombreaba sus facciones, pero aun así era legible el rictus de preocupación. Mary sonreía. Estaba guapísima.

En otra estaba sola, escribiendo algo en una libreta, sobre una mesa con mantel blanco y una tetera muy historiada a la derecha. Bebía la infusión enfrascada en la tarea que tenía entre manos.

En una tercera, Mary encabezaba una marcha. Llevaba el macuto colgado de uno solo de sus hombros y la cámara, con un objetivo grande, en el otro. Estaba de espaldas. David, detrás de ella, la admiraba apreciativamente a sólo unos pasos de distancia.

Había una cuarta imagen, pero en ella no aparecía ninguna persona. Era una silueta de Kenia y tenía dentro un mensaje: «LA HEMOS ENCONTRADO. EL MUNDO NO ES SUFICIENTEMENTE GRANDE PARA OCULTARLA».

¿Qué hacía ahora? ¿Qué pretenderían? Tampoco le decían qué hacer para salvarla...

De cualquiera de las formas tenía que poner a David sobre aviso. Tenía que hacerlo ya. En Kenia serían ahora las ocho de la noche.

Volcó las cuatro imágenes en un *pendrive*, que se guardó inmediatamente en el bolsillo, y cerró el ordenador. Llamó a su chófer y salió de la oficina precipitadamente.

*Cerca del Kichwa Tempo, Kenia - Manyatta Maasai.*

*12 de enero de 2011*

Mary no tenía ni idea de cómo vestirse para semejante evento, así que eligió de entre sus escasos conjuntos algo rojo que no destacara demasiado con el atuendo de sus anfitriones: una camiseta de tirantes anchos y pronunciado escote redondo y los mismos vaqueros ajustados.

Se peinó hacia atrás, engominándose el pelo con espuma, y se sujetó la melena en

una alta coleta que prendió con un pasador de rayas rojas, blancas, azules y amarillas. No tenía joyas que lucir, pero el colgante color turquesa y sus reducidos pendientes, dos pequeños brillantes engarzados en oro blanco, destacaban sobre su piel bronceada.

Se quitó el reloj, que aunque ya no era aquél tan costoso que le regalara su padre sino uno de acero mucho más deportivo, seguía quedando demasiado occidental para aquella fiesta. Luego se calzó las deportivas blancas y se maquilló levemente los ojos con una raya de kohl con el lápiz que, por casualidad, guardaba en uno de los bolsillos de su macuto. Se miró en el diminuto espejo de la puerta del aseo de la caravana y agradeció estar fuera de aquellas monótonas ropas de aventurera.

Esa tarde ni se planteó coger una cámara. Sería una descortesía para la gente que la homenajeara, así que salió a la pradera.

David la sorprendió desde atrás mientras ella miraba extasiada los juegos de los niños en la distancia.

Se aproximó a ella despacio, dejando que el olor a vainilla del gel de baño que usaba inundara sus fosas nasales. Se moría por estrecharla entre sus brazos, abandonarse en el hueco de su cuello y hundirse entre sus piernas. Una apremiante necesidad se apretó contra la ruda tela de sus pantalones.

No intentó reprimirla. Sabía que, como siempre, perdería la batalla, así que mejor ni molestarse. Mary tenía la facilidad de hacer tambalear los pilares de su contención sin siquiera mirarle. Bastaba su presencia o una de sus encantadoras sonrisas, para que él perdiera el control de su cuerpo.

Pero no podía precipitarse. Tenía que ir con cuidado o ella se revolvería como un gato. En el fondo, él también disfrutaba con aquella lenta seducción.

Se puso detrás de ella y la tomó por la cintura, acercándola a su pecho pero sin apretar las caderas contra su trasero o en un instante se daría cuenta de su estado y saldría corriendo. Colocó la barbilla contra la coronilla de la joven y dejó que el aroma que desprendía se le colara en cada poro de la piel. Aspiró hondo.

Mary se dejó abrazar y relajó los hombros contra aquel duro pectoral. Permanecieron así algunos instantes, contemplando el ocaso. Luego ella se separó lentamente.

—Es precioso, ¿verdad?

Él se limitó a sonreír. Estaba guapísimo. Aunque los pantalones cortos le sentaban mejor que un frac hecho a medida, agradecía el cambio. Aquella sencilla camiseta de algodón blanca que, ajustada al torso resaltaba cada curva y cada plano de su escultural musculatura, le hacía parecer aún más atractivo.

—¿Estás lista? —preguntó mirándole descaradamente el escote.

Ella estuvo a punto de colocarse la mano sobre él en un acto reflejo, pero reprimió el impulso a tiempo de no quedar como una mojigata aunque, una vez más, no pudo evitar ruborizarse.

—Cuando quieras, ¡pero estoy aterrada!

—No te preocupes, no vas a estar sola, yo estaré a tu lado. ¡Estás preciosa! Ese peinado te queda muy étnico, aun teniendo en cuenta que las mujeres maasai se afeitan la cabeza —la alentó.

—Gracias. Ya imaginé que mi melena no sería lo más apropiada para el caso, pero busqué a Ernst para que me aconsejara y no lo vi.

—Ernst nos espera. Está con su familia, ahora le verás.

Cuando entraron en el poblado, fueron conducidos hasta la choza del *oloiboni*, frente a la que se levantaba un fuego junto al que estaba sentado un anciano envuelto en una manta de lana. Las llamas iluminaron sus ornamentos de cobre y perlas multicolores, así como los enormes pendientes que caían hasta los hombros, alargando exageradamente los lóbulos de sus orejas.

David agachó su cabeza en señal de respeto y el venerado anciano estiró su rugosa mano para darle la bendición. Ella imitó los gestos y el viejo agradeció su cortesía con una desdentada sonrisa, a la vez que decía unas ininteligibles palabras y le tocaba el pelo.

Poco a poco fueron aproximándose al fuego el resto de los moradores del poblado. Los guerreros morrais, engalanados y maquillados para la ocasión, fueron los primeros en llegar. Luego lo hicieron los ancianos y, por último, las mujeres, que llevaban interminables collares de cuentas sobre sus pechos semidesnudos y docenas de pulseras y brazaletes.

La carne se asaba en una hoguera cercana, acunada al ritmo de danzas y cantos, para celebrar el acontecimiento. Dos muchachas jóvenes, que posiblemente no habían cumplido la quincena, fueron a buscarla. Angustiada, miró a David que reía divertido ante su queda llamada de auxilio.

—Te piden que las sigas —tradujo—. No olvides que esta fiesta es en tu honor. Te están acogiendo en su tribu.

Mary se levantó del duro suelo y se dejó conducir por ellas hasta una choza cercana.

La vistieron con toallas multicolores, pero antes le quitaron la camiseta, para embadurnarla, de cintura para arriba con un aceite que apestaba y que extendieron, también, por la cara y el pelo. No se quejó, aunque ganas no le faltaban. Luego colocaron sobre su cuello un enorme collar de cuentas blancas. ¿No pensarían que iba a salir de aquella manera?, así que las detuvo para ponerse la camiseta a pesar de las protestas.

Y salvo por su negativa a pasarse el resto de la noche con un pecho al descubierto, igual que llevaban ellas, se dejó hacer.

La ornamentaron con joyas maasai hasta que casi no tenía ni un trozo de piel al descubierto. El collar pesaba una tonelada y se sentía ridícula con tanto abalorio y brazaletes.

De pronto apareció el *oloiboni*, quien tomando un sorbo de leche de una calabaza que había en el suelo, se aproximó a ella y le escupió el líquido en el cuello. Mary

resistió a duras penas el gesto de repulsa que le produjo aquel gesto y sonrió. No entendía nada de lo que le decía el viejo, pero cuando le ofreció una larga vara de pastoreo, a la que llamó *fimbo*, y la empujó hacia el exterior, obedeció sin rechistar.

Pensó que David se moriría de la risa cuando la viera aparecer.

En el exterior hacía frío, pero la vergüenza le aportó el calor que necesitaba. Todos aplaudieron encantados cuando llegó junto al fuego, batiendo sus palmas abiertas y lanzando exclamaciones.

Él le hizo un gesto para que se sentara a su lado y ella lo hizo con la esperanza de que las tímidas llamas calentaran su pringosa piel. Enseguida, con una tierna sonrisa en los labios, él le ofreció una vasija finamente decorada para que bebiera la leche sanguinolenta que contenía.

Su estómago dio un vuelco, pero consiguió sobreponerse al asco sin llamar la atención. Tenía un sabor repugnante y salado y, sobre el borde del vaso, vio cómo David se reía, divertido de verla compartiendo aquellas extrañas costumbres.

Cuando se la devolvió, él también bebió y se la pasó a los niños que estaban sentados a su alrededor. Luego tocó el turno a los hombres que, una vez dieron su primer trago, compartieron la bebida con las mujeres. Después comieron la carne de cabra, acompañada por tortas de harina hecha pan mezcladas con huevos. Esa parte no le desagradó tanto.

Poco a poco, empezó a relajarse y a perder la inseguridad que tanto le molestaba. No podía saber si se debía a algo que había bebido o comido, o simplemente al ritmo cadencioso de la música de los tambores al que todos se abandonaron, pero estaba agradecida de que hubiera ocurrido.

Los guerreros bailaban dentro del círculo que habían formado entre todos. David demostraba una gran pericia, saltando rítmicamente con los pies juntos a la vez que serpenteaba el cuerpo de cintura para arriba. La felicidad se reflejaba en sus brillantes ojos negros; parecía que lo hubiera estado haciendo toda la vida.

Por supuesto, cuando tocó el turno de las chicas, fue invitada al corro de inmediato. Se sentía algo embriagada y aceptó el reto; nunca había sido tímida y tenía que demostrar su agradecimiento. Por otra parte, podía ser tan diestra como cualquiera de las muchachas, aquello no era mucho más difícil que la tabla gimnástica de su clase de aeróbic.

Miró un momento cómo actuaban el resto de las bailarinas y dejó que el ritmo inundara su cuerpo. Se dejó llevar por la música y saltó durante minutos, mientras que el pesado collar se balanceaba arriba y abajo al son de sus pechos. En cualquier otra ocasión se habría sentido avergonzada, no llevaba sujetador, pero en esos momentos estaba extrañamente desinhibida y alegre.

Ya no tenía frío.

La hoguera perdió vitalidad y los maasai fueron retirándose a sus chozas. Ya no quedaba casi nadie cuando David fue en su busca. Ella reía, felizmente divertida, compartiendo una conversación con Ernst y otro joven morrai que hacía grandes



esfuerzos por explicarse en un inglés incomprensible.

Sin mediar palabra, la levantó del suelo y la cogió por la espalda cuando trastabilló. Realmente estaba agotada y, ¿qué le habían dado? Estaba como borracha. Aceptó la ayuda, sujetándose con fuerza de la cintura de David.

—¡Vamos, *misichana nzuri*. Es hora de irse a la cama! —la apremió delicadamente—. Has sido muy buena chica. ¿Ves como no ibas a dejarme en ridículo? ¡Lo has hecho incluso mejor de lo que yo esperaba!, y eso que nunca dudé de que lo harías estupendamente. Todo el poblado está encantado contigo —le agradeció con un dulce beso en la mejilla.

No protestó. No dijo nada y se acurrucó contra él, dejándose conducir durante el corto paseo hasta la furgoneta, que habían dejado próxima al cercado.

Los tambores retumbaban todavía en sus oídos, extendiéndose como niebla sobre la llanura. Había una enorme luna llena que iluminaba el páramo. Sintió frío en sus hombros desnudos y empezó a tiritar.

—¡Por Dios, estás helada! —dijo a la vez que abría su cazadora y la abrazaba tapándola con ella a fin de proporcionarle más calor con su propio cuerpo.

Parecía que la dicharachera Mary había perdido, de repente, su don de palabra. Y eso que él no se atrevió a confesarle que aquella fiesta no había sido otra cosa que su propia boda maasai. Para él también fue una sorpresa, pero no tuvo valor para decirle al *oloiboni* que no iban a prestarse a ello. Por otra parte, no era más que una pantomima sin ningún valor jurídico.

En realidad pretendían hacerles un honor aceptándoles en su tribu como miembros de pleno derecho y hubiera sido una terrible descortesía negarse, sobre todo después de que el jefe espiritual se había encargado de hacer el papel de padre de la novia.

La miró a los ojos. El lápiz negro que se había aplicado esa tarde se le había corrido por la cara debido al aceite con que le habían untado las mujeres. Le retiró los churretes de sus mejillas con la yema de sus dedos y la abrazó con más fuerza con el otro brazo.

Desde luego no iba a decirle que, ante los ojos de aquella orgullosa tribu que la había adoptado como una más entre ellos, ya no eran hermanastros sino esposos, pero de lo que sí tenía intención era de llevar la ceremonia a término.

Deliberadamente acercó su boca, despacio, posando suavemente sus labios sobre los de Mary. Mordisqueó ligeramente las comisuras, la lamió y saboreó y, después, la apremió poderosamente para que cediera a sus exigencias.

Y ella, cedió. Esta vez no iba a retirarse. ¡Esta vez estaba segura de que iba a conseguirlo!

Mary se abrazó apasionadamente a él y dejó que la besara cuantas veces quiso. Un sentimiento de placer inundó su cuerpo y cerró los ojos, mientras él movía sabiamente las manos por su pecho y espalda. La luz de la luna se reflejaba en el rostro del hombre que la sujetaba entre sus brazos, bañándolo de una tonalidad y un

brillo diferente.

De pronto un miedo incontenible se apoderó de todo su ser y, sintiendo todavía el dulzor de los labios de David en los suyos, se separó bruscamente.

—David... no, por favor... —le imploró—. ¡No puedo! ¡No sería justa contigo! —dijo echando a correr hacia la caravana.

Él salió detrás de ella apresándola a los pocos metros. La tomó del brazo y la besó suavemente.

—Está bien, cariño, pero no hace falta que huyas. No ocurrirá nada que tú no quieras. Tranquilízate —la calmó.

Llegaron abrazados en silencio hasta la Volkswagen.

David abrió la puerta y la obligó a sentarse en un sofá. Tomó una botella de *whisky* y lo sirvió en dos vasos. Mary aceptó el trago y empezó a llorar lánguidamente, sin ruido. Las lágrimas la quemaban el rostro y él se agachó frente a ella para limpiárselas.

—¿Qué pasa, pequeña?

—¡No! ¡No me llames pequeña!

—Perdona...

Aquel grito iracundo le dejó paralizado. ¿Qué había dicho? ¿Por qué se poma de esa manera cada vez que la llamaba así...? No entendía nada.

La abrazó para tranquilizarla y ella se dejó hacer. Al cabo de unos minutos, ella rompió el silencio.

—¡Lo siento! ¡No puedo, David! No me hagas daño... —dijo apartándose de él con el pavor reflejado en una aterrada mirada azul—. Sé que es mejor que no te rechace, pero no puedo. No puedo. No puedo... —repitió en una letanía.

¿Daño? ¿Pero con qué monstruo le había confundido?

—Mary, por Dios, deja de temblar. No voy a obligarte a hacer algo que no deseas. ¿Por quién me has tomado? ¿Crees que eres la primera mujer que me rechaza en la vida?

Seguía llorando. Aquellas tranquilas lágrimas horadaban la resistencia de David como lava hirviendo. Necesitaba llegar al fondo de esa escabrosa cuestión. Y era ahora, o nunca.

—Cariño, jamás haría daño a una mujer que no quiera mantener sexo conmigo, créeme.

Ella no le miraba. Sólo tiritaba como un pajarillo asustado.

—Sé que alguien te ha forzado a hacer cosas que no querías pero, mírame, yo soy David. No tengo nada que ver con el cabrón que te obligó en su día. Estás segura conmigo, ¿de acuerdo?

Le hizo girar el rostro con delicadeza. Sólo la tocaba con dos dedos, no quería asustarla más.

—Supongo —continuó él—, que me dejé llevar. Te deseaba —y seguía haciéndolo, pero estimó más oportuno hablar en pasado— y pensé que tú también te

sentías atraída por mí.

Por fin ella habló, con la voz entrecortada por el llanto.

—Y lo estaba, David. Creí que esta vez funcionaría. Quería intentarlo y, si al final fallaba, fingir; como siempre. Es lo más seguro para evitar lo peor... Pero debo de estar borracha, mi conciencia no me lo ha permitido.

Lo que estaba era loca. ¿Qué estaba diciendo de fingir y evitar lo peor? ¡Dios, iba a volverse tarumba!

—Mejor así, cielo. No me hubieras engañado y no hay nada *peor* que evitar.

—Oh, sí, ¡claro que sí! Ya lo creo que te hubiera engañado. Llevo años haciéndolo. Soy una experta en el engaño sexual, te lo garantizo —dijo con un hipo.

—¡Pero, cielo, ¿con quién cojones te has acostado tú?! ¡Tú no eres ninguna experta, sólo te has acostado con un atajo de inexpertos! O eso... —dijo después de recapacitar en sus palabras—, o le importabas muy poco al hombre que tenías encima...

David pensaba que iba a partírsele el alma. ¿Cómo podía Mary tener semejante visión sobre lo que era mantener relaciones sexuales sanas?

—Vamos por partes y empieza desde el principio —la alentó él, harto de hacer conjeturas—. Cuéntame qué te ha pasado.

—Oh, no. Es muy largo. ¡Té aburriría!

—No, no vas a aburrirme; pero ni siquiera te voy a obligar a que hagas eso si no quieres. Sólo hazlo si consideras que merezco una explicación. —Era mejor no presionarla demasiado.

—Supongo que sí...

—Bien, entonces ve a la ducha mientras te preparo la cama. Despéjate y, cuando te tranquilices, me lo cuentas —dijo llevándola frente a la cabina y abriendo el grifo—. Quítate toda esa pringue. ¡Estás resbaladiza como una perca recién pescada!

—Si no te lo cuento ahora no podré hacerlo luego...

—¡Oh, sí; ya lo creo que podrás! Ya me encargaré de que puedas. ¿Te desnudas tú o lo hago yo? —la instigó para sacarla del absurdo trance en el que estaba.

Ella cerró la puerta de un golpe y se quitó los abalorios y engrasados ropajes. Lanzó un quejido al sentir que el agua fría caía sobre su piel. Luego se enjabonó furiosamente el cuerpo y el pelo y volvió a llorar, esta vez desconsoladamente, sentada sobre el diminuto pie de ducha.

David la escuchaba, tras la puerta, con el corazón apesadado por un puño invisible. Se había roto toda la magia y desde luego no era eso lo que él esperaba de su «noche de bodas». Pero, además, si no fuera un cabrón insensible, incluso se dejaría llevar por la situación y acompañaría a aquella criatura en su desgarrador llanto. Aunque uno de los dos tenía que mantener la cabeza sobre los hombros.

Mary reaccionó cuando escuchó la voz de David.

—¡Mary, o te tranquilizas o entro a por ti ahora mismo! ¡Sal de una vez! Ya te he dicho que no va a ocurrir nada, te lo prometo.

Ella respiró hondo y cerró el grifo. Cogió la toalla que colgaba sobre la percha y se secó con ella.

—¿Puedes acercarme el pijama que hay en mi bolsa? —le pidió con voz trémula.

Al momento él le tendía la prenda a través de una pequeña rendija que abrió discretamente.

Salió aseada y descalza, enfundada en un recatado pijama de franela de cuadros escoceses rojos con camisa de manga y pantalón cortos. David había convertido la pequeña sala-comedor, tal como le había prometido, en una amplia cama. La había vestido con sábanas de color verde oscuro y un edredón de plumas sobre ellas. Ella le miró con ojos suplicantes.

—¡No me mires de esa forma o te volveré a besar! —la amenazó—. Siéntate allí, al final de la cama, y yo lo haré en esta esquina mientras me cuentas lo que te aflige. Y cuando termines, subiré a mi cama. ¿De acuerdo?

Ella obedeció asintiendo con la cabeza y acurrucándose contra el rincón más lejano al lugar en el que él estaba sentado. Ya no lloraba pero seguía temblando, aunque suponía que allí dentro hacía calor.

No sabía por dónde empezar. Él le tendió un cigarro encendido y un cenicero. Rellenó de bebida ambos vasos y la miró fijamente con una muda pregunta en aquellas terribles pupilas, negras como la obsidiana.

—Y bien... —dijo, viendo que ella no rompía el silencio.

—Pero si no hay mucho que contar...

—A ver, Mary, yo creo que sí hay mucho que contar. No hay que ser ningún lince para saber que has tenido una mala experiencia, y eso, precisamente, es lo que quiero escuchar.

—¿Qué más dan las experiencias? Eso ya es pasado, lo que importa es lo que ocurre ahora, David. El presente.

—Cariño, no hay presente sin pasado. Todos somos producto de lo que hemos vivido.

—Sí, David, pero... ¿de verdad te importa? Es un capítulo largo y aburrido de mi vida que no creo que realmente te interese. El caso es que no puedo darle carpetazo por mucho que me gustaría hacerlo y hoy tú eres el que sufre las consecuencias. Lo siento por ti.

¡Por supuesto que le importaba! ¿Cómo podía dudar siquiera?

—No tienes nada que sentir por mí. Y estás muy equivocada, claro que me interesa. Vamos, ¡cuéntamelo! No hay prisa. Tenemos una larga noche por delante.

—Me da vergüenza...

—¡No seas tonta! Soy tu amigo, no voy a hacerte daño ni a reírme de ti, ¡palabra de honor! —le prometió.

Se metió entre las sábanas y se tapó hasta la garganta. Tenía frío. Él la ayudó y le remitió la ropa bajo el colchón.

—¿Qué pasó? —la alentó—. ¿Ocurrió hace mucho tiempo?

Por fin ella empezó a hablar. Al principio no le miraba, pero todavía tenía la cara congestionada.

—Estaba en la Universidad, en París. Mi padre ya había muerto. Yo tenía diecinueve años y todas mis amigas ya habían perdido la virginidad. Había tenido algún que otro romance, pero nunca había aceptado acostarme con nadie. Y no era por problemas morales, sino simplemente porque pensaba que el día que lo hiciera tendría que ser por auténtico amor, con un hombre que me importara de verdad. Entonces todavía era una romántica. Mis amigas se reían de mí, pero me traía sin cuidado.

—Y, claro, un buen día te cansaste de que se rieran de ti...

—No, qué va. Un tarde que había ido a buscar un libro a *les bouquinistes* del Sena, conocí a un chico. Era bastante más mayor que yo. Se llamaba René y se ganaba la vida pintando cuadros. Me pareció encantador. Era galante, atento y tenía una sensibilidad muy especial. Charlamos durante horas. Me habló de su pintura, de sus cuadros, de su vida... Quedamos para el día siguiente.

—¿Y qué pasó en esa segunda cita? ¿Ya no fue tan galante?

—No pasó nada. Fuimos a cenar y no intentó sobrepasarse. Aquello era toda una novedad, mis anteriores ligues siempre pretendían llevarme a la cama el primer día. Nos estuvimos viendo durante un mes. Como puedes imaginar, por aquellas fechas, ya estaba perdidamente enamorada de él.

—Lo que se llama un tipo paciente...

—Sí. Por fin, una noche, después de cenar me invitó a tomar un café en su apartamento. Era un bohemio. Vivía en el Quartier Latín, en una buhardilla precariamente amueblada. A mí me pareció todo muy romántico, así que no tardé nada en pasar del recibidor a su cama. Yo era un manojito de nervios.

—¿Le avisaste de que eras virgen?

—¡Sí, claro! Fue lo primero que hice.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que no tuvo que esforzarse nada para convencerme de que dejara de serlo. Pero yo estaba muy tensa y a última hora intenté echarme atrás. Él insistió. Me exigió ciertas cosas y yo me negué. ¡Me daba vergüenza y estaba muerta de miedo! Entonces me recriminó mi inexperiencia, con lo que me puse más nerviosa todavía, pero me obligué a seguir adelante. Finalmente llegamos a un punto en el que yo era consciente que ya no había marcha atrás; creo que él ya ni me oía, así que me abandoné a su euforia. Fue terrible, me dolía muchísimo y él no me tuvo en cuenta. Cuando acabó, yo estaba magullada y dolorida. Empecé a llorar. No era lo que yo esperaba.

—¡Hijo de puta! —exclamó David encolerizado. Había tipos que merecían que les cortaran las pelotas a la altura de los sobacos...

—Yo sabía que la primera vez suele ser dolorosa, así que el dolor físico no me preocupaba, iba a pasarse enseguida. Pero me sentía vapuleada y utilizada. Sé que en

esos momentos los hombres no son muy racionales, pero después, esperaba que se mostrara cariñoso y comprensivo, tal y como yo pensaba que era. Pero se dio media vuelta y se puso a roncar en cuestión de segundos. Le desperté y le pedí que me abrazara. Le dije que estaba asustada.

—Espero que, al menos, eso sí lo hiciera...

—Pues no. Me miró con desdén y me dijo algo que todavía hoy repica en mis oídos: «Mira, Mary, acabas de descubrir la vida real. Déjate de tonterías y duérmete. El mundo no es una novela rosa, ¡ya es hora de que despiertes, que no eres una niña! La próxima vez, te gustará más».

—¿Pero cómo se puede ser tan cabrón...?! —explotó—. No esperarías a la próxima vez, ¿verdad?

—¡Claro que no! —Le miró directamente a los ojos. Ya no estaba avergonzada y agradecía que David estuviera escuchándola tan atentamente—. Me levanté, me duché y me marché a mi casa.

Bueno, al final no había sido nada tan traumático como él había imaginado. Desde luego era lamentable, pero no irreparable.

—Bueno, cielo, no puedes tratarnos a todos los hombres igual porque hayas tenido la mala suerte de toparte con un malnacido en tu vida...

—Ya lo sé. Soy consciente de eso y sé que no todos los hombres son iguales. Pero la cuestión es que, cada vez que intento acostarme con otro, es él el que inunda mis pensamientos y, sencillamente, no puedo seguir.

—Mary, fue una mala experiencia, pero ya pasó. Podría haber sido peor...

—¿Peor, David? Fue mucho peor. La cosa no acabó ahí —le interrumpió como trastornada.

—¿Qué quieres decir? —Por mucho que lo intentó, no pudo evitar la alarma con la que sonó su voz.

—Que ese tipo está loco. Lo normal hubiera sido que, después de aquella nefasta noche, se hubiera olvidado de mí y me dejara en paz. Pero no fue así.

—¿Cómo? —David estaba pálido. Eso ya no se lo esperaba—. ¿Quieres decir que siguió acosándote después?

—Siguió haciendo algo más que acosarme.

—Dime que no hizo lo que me estoy imaginando...

—Se suponía que no sabía dónde vivía. Yo no le había dicho nada porque no quería que viera mi forma de vida y pretendía estar segura de que me quería a mí, no mi dinero. Pero no sé cómo, al día siguiente ya me había localizado. Cuando vino a mi apartamento, todavía fue mucho menos comprensivo que el día anterior.

—¡Te violó! —confirmó él con una seguridad absoluta.

—Sí, hasta que se cansó de hacerlo. Me ató de pies y manos y... bueno, creo que las orejas fueron los únicos agujeros que ese maldito hijo de puta me dejó intactos.

David no quería escuchar los detalles, pero ella los daba con una fidelidad tan cruda que tenía ganas de vomitar. La dejó desahogarse sin interrumpirla. Dudaba que

fuera a callarse ya nada a esa altura del relato. En realidad hablaba como si él no estuviera allí. Sintió en la garganta el sabor amargo a bilis que le produjo la arcada que reprimió a duras penas.

De acuerdo que él se había prestado alguna vez al sádico juego de la sumisión, pero siempre había sido a requerimientos voluntarios de la mujer que se lo exigía y, en realidad, no lo había disfrutado tanto como se suponía que debía de hacerlo.

—Le denunciarías, ¿no?

—¿Estás loco? ¡Me hubiera matado!

—¡No digas tonterías...! Hay que tener un par de cojones para matar a alguien, cielo. O estar totalmente chalado...

—Él lo está, te lo garantizo. Y comprenderás que, después de eso, hay muy pocas cosas que puedan darme miedo.

¡Claro! Ahora entendía parte de aquella osadía absurda con la que ella hacía todo en la vida...

—Ese malasangre entró en mi vida como un vendaval y la destrozó para siempre. Nadie le ha dado permiso, pero está instalado en ella como una bacteria perniciososa que ningún antibiótico puede curar. Es un tipo raro. Igual que la malaria, regresa y me deja en paz durante meses, pero siempre regresa.

—Pero... tú eres más fuerte que todo eso, Mary. ¿Cómo le dejabas que te tratara así?

—No le dejaba, pero terminé por acostumbrarme. Por mucho que intentaba huir, siempre terminaba encontrándome. Y descubrí que si no me oponía a sus avances, no era tan bestial; así que aguantaba estoicamente lo que venía a buscar y rezaba para que acabara pronto y desapareciera cuanto antes.

—¿Estás loca! ¿Por qué hacías eso?

—David, el perfil de ese tipo es el de un maltratador físico y psicológico. Al final terminó minando mi autoestima. Me decía auténticas lindezas que he terminado por creerme, lo que le facilita mucho la labor.

—¿Cuánto duró aquello?

—Ya hace año y pico que no sé nada de él.

—Año y pico... ¿Tanto duró? ¿Te siguió hasta Londres?

—¿Por qué crees que dejé de vivir con tu padre y me fui a un apartamento?

—¿Mi padre sabe algo de todo esto?

—No. Y espero que no se lo cuentes...

—No, no lo haré. Pero dime quién es ese hijo de puta. Te juro que pienso matarle con mis propias manos y no le va a gustar nada cómo lo voy a hacer...

—¡No, David! No vas a ensuciarte las manos por mi culpa.

David soltó una cínica carcajada.

—Cariño, mis manos no entrarían en luz ni con sosa cáustica. Ya están demasiado sucias...

—Pero yo no tengo nada que ver con ello. Lo que hayas hecho en otras ocasiones

es tu responsabilidad y tu problema, no el mío. Pero éste sí lo es.

Él no iba a seguir insistiendo en aquel punto. Ya se enteraría de quién era y, desde luego, se lo haría pagar con creces.

Pero había otras cosas que le interesaban mucho más en esos momentos.

—Dime una cosa... ¿No ha habido más hombres en tu vida?

—Claro que sí. Sabía que sólo había una forma de superar mi rechazo a todo aquello. Así que me hice novia de un compañero de estudios. Un muchacho encantador y atento. Esta vez de verdad.

—Pues por lo que veo no lo has conseguido a pesar de que tienes razón en que, esa parte, no hay psicólogo que te ayude a superarla. Sólo podrá hacerlo un hombre.

—Dudo que ese hombre exista —dijo con una fría y sarcástica carcajada—. Antoine puso todo de su parte, no te creas. Siempre intentaba complacerme, pero nunca lo consiguió. Nos acostamos varias veces, pero yo no podía colaborar; siempre me venían las mismas imágenes. En cuanto cerraba los ojos, veía el rostro iracundo de René intentando abrirse paso entre mis piernas sin ningún miramiento. No pude superarlo, así que dejaba que él hiciera su parte y acabara cuanto antes. Luego le engañaba y le decía que me había hecho muy feliz.

—Pero... ¿por qué le decías eso? ¿Jamás se dio cuenta de que fingías? ¿Nunca le contaste la verdad?

—No. No lo hubiera entendido, estoy segura.

—No digas tonterías, ningún hombre cabal hubiera dejado de entenderlo... Y, supongo, que te habías dado por vencida hasta hoy, que intentaste curarte conmigo...

Su voz había surgido tensa. En realidad, más de lo que deseaba, porque no le importaba tanto como parecía que hubiera intentado hacerlo. ¡Ojalá hubiera seguido adelante!

—No. Lo he intentado más veces. En Londres me prendé de un compañero de trabajo. Al cabo de varios meses acepté irme a la cama con él. Ocurrió lo mismo. —El silencio acaparó la estancia—. Entre medias, y después, ha habido montones de episodios como el de hoy, David. ¡Pero no puede ser! Perdóname si puedes... —dijo dando por zanjada su confesión.

—¿Qué te perdone? ¡No hay nada que perdonar! Pero, esa actitud es una cobardía. Lo sabes, ¿verdad?

—Supongo.

—¿Por qué no les has contado todo esto a tus amantes y habéis intentado solucionar el problema juntos? ¿No crees que ellos también merecen una explicación y una oportunidad?

—Ellos jamás se han enterado de nada. Sólo me consideran una frígida y se marchan por donde han venido.

—¡Menuda solución! ¡Te importa un carajo lo que los hombres piensan de ti! —estaba enfadado.

—No. Sí me importa lo que piensan, pero nunca tuve valor para decírselo —



replicó nerviosa—. En una ocasión se lo conté a un amigo y me dijo que era preferible que no hablara sobre ese tema con ningún otro hombre, porque sería mucho peor el remedio que la enfermedad. La mejor solución es pasar del sexo y ¡en paz!

—Yo también soy un hombre... ¿Por qué me lo has contado?

—No sé, supongo que porque estoy borracha. Nunca bebo y hoy, con el mejunje raro de los maasai y los dos *whiskys* que me has dado tú... —contestó sonriendo ante su propia osadía.

—Bueno, pues ahora a dormir la mona, ¿vale? De todas formas, te diré que tu amigo, el que te dijo que un hombre tendría mala imagen de ti porque te sinceraras con tus amantes, era un auténtico gilipollas.

—Lo dudo. Me temo que...

—Créeme. Posiblemente lo diría ante su incapacidad de reacción. Después de semejante confesión, se lo pones bastante difícil a un hombre al que no le importes y sólo pretenda pasar un rato agradable. Pero me alegro muchísimo de que me lo hayas contado, al menos sé a qué atenerme —dijo mientras la tapaba cuidadosamente y le daba un beso en la frente.

—Gracias por escucharme y no reírte.

—¡Por Dios, Mary! Ya hablaremos más despacio pero, ésta no es una historia para reír; más bien es para llorar. Creo que es bastante patética. Ahora, duerme y descansa.

Mary cerró los ojos y se acurrucó entre las sábanas. Se sentía liberada de un gran peso. Había hecho bien sincerándose con David, su manera de escucharla había sido inmejorable. Nunca pensó que un hombre tan duro y distante pudiera actuar de manera tan cálida y tierna, ni que aceptara con tanto estilo su negativa.

Además, se acababa de asegurar que no volvería a intentar seducirla en lo sucesivo.

## CAPÍTULO 13

*Hay más sabiduría escuchando que hablando.*

(PROVERBIO KIKUYU - KENIA)

**Londres**— Sigo dándole vueltas al tema y, como es normal, cada vez estoy más mareado.

Llegados a este punto, a nadie se le escapa que los chinos, aun estornudando y con un pañuelo bajo la nariz, no van a quedarse quietos, ¿verdad? A ellos tampoco, claro. Creo que ahora entiendo algo de lo que hablaron hace unos meses. ¡Esperan las represalias!

Represalias que utilizarán en su propio beneficio porque, los chinos son muchos, sí, pero no tantos COMO la mitad de la población mundial, por lo tanto, todavía sobramos muchos.

Y esta segunda parte es casi tan escalofriante o más que la primera, pero antes de pensar en ella necesito saber en qué punto están los avances científicos. Al parecer, Inglaterra ha sido agraciada con el honor de crear semejante virus en nuestro insigne territorio.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por quién...?

*(Entrada del 26 de noviembre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Maasai Mara, Kenia.*

*13 de enero de 2011*

Cuando Mary despertó, ya había pasado el mediodía.

En la caravana el calor era insoportable. Le dolía todo el cuerpo y la cabeza estaba a punto de explotarle. Intentó averiguar la hora que era, pero no llevaba puesto el reloj. Empezaba a amanecer cuando se durmió, así que calculó que debía de ser muy tarde. Se ahogaba...

Escuchó voces fuera y se asomó a la puerta. El paisaje había cambiado. Ya no estaban en el mismo lugar donde habían aparcado la furgoneta la noche anterior y a su alrededor no quedaba ni rastro del poblado maasai. Debían de haberse trasladado mientras dormía.

David estaba sentado bajo el paraguas de una acacia, a poca distancia. Estaba absorto mirando la pantalla de un ordenador pequeño. ¡Era una pena no haber podido

superar sus temores la noche anterior!, se le veía terriblemente atractivo con esos pantalones cortos, la camisa a medio abrochar y aquel sombrero.

Como si la presintiera, levantó la vista y la miró fijamente. Debía de estar horrible, recién despertada, sin peinar y con aquel pijama tan cursi.

—¡Buenos días, *milady*!

—¿Qué hora es? —preguntó atusándose la melena con los dedos—. ¿Por qué no me has despertado antes? ¡Debe de ser tardísimo!

—Es la hora de comer —dijo acercándose a ella—. ¿Has perdido alguna cita?

Cualquier otro día se hubiera puesto en guardia contra aquel ataque verbal tan absurdo, que él sabía positivamente que no soportaba hasta que no tenía la suficiente dosis de cafeína en el cuerpo como para encajar su sarcasmo. Sin embargo, esa mañana se lo agradeció profundamente. Al menos sus pullas eran las mismas de siempre, lo que demostraba que, bajo su machista punto de vista, nada había cambiado entre ellos.

—Sí. Había quedado con un guapísimo maasai que me ligué anoche para ir a comer a Maxim's —replicó con buen humor.

—Pues lo siento por ti, cielo, pero tendrás que conformarte conmigo y con el menú de Krug —siguió la broma—. ¿Qué tal te sientes?

—¡Como si me hubiera pasado por encima una manada de búfalos! Me da la sensación de que la cabeza se me va a partir en dos y tengo agujetas hasta en las pestañas —contestó sincera.

—Yo también tengo una paliza encima y me he despertado hace un par de horas nada más.

—¿Dónde estamos?

—Muy cerca del Kichwa Tempo. Después de comer, si quieres, podemos ir a bañarnos a la piscina que tiene, te gustará. ¡Ahora a la mesa! —propuso ofreciéndole la mano para que se incorporara al grupo que esperaba ante los manjares.

—Antes debería lavarme y vestirme, ¿no crees? Tengo un aspecto un tanto patético y muy poco correcto.

—Pues aparte de las ojeras que luces, y que no disimularían ni un kilo de maquillaje, ¡yo te veo espléndida! ¡Date prisa! —cedió finalmente.

Le hizo caso y, cuando volvió a aparecer, al cabo de unos pocos minutos, parecía haber resurgido de sus propias cenizas. Se sentía como nueva, con aquellos pantalones cortos blancos de piqué y una sencilla y liviana camiseta de tirantes, amarilla limón, que dejaba su estómago al aire. La ducha y el comprimido de paracetamol habían hecho milagros.

La conversación durante el almuerzo fue alegre y distendida. Ernst estaba encantado y explicaba a todos lo bien que se había comportado y cómo había bailado durante toda la noche.

Sin embargo, de camino hacia el albergue, situado entre una umbrosa arboleda junto al río Mara, todo su mundo se desmoronó.

David se había mostrado un poco taciturno durante todo el tiempo y su alegría se notaba un tanto forzada, pero había preferido no pensar sobre el tema para no sacar una de aquellas conclusiones precipitadas de las que él siempre la acusaba.

Pero, en mitad de ninguna parte, después de que había terminado de hacer fotos a la colonia de elefantes que daba nombre al recinto hotelero al que se dirigían, él sacó un pequeño *notebook* de la guantera del todoterreno y se lo pasó sin mediar palabra.

—¿Qué hago con esto? —preguntó extrañada.

—¡Enciéndelo!

Mary abrió la tapa y presionó el botón de encendido. La pantalla se iluminó al instante —él lo había dejado en hibernación— y, una foto de ellos dos, del día anterior mirando el paisaje desde la terraza del Governor's, acaparó por completo su atención.

—¿De dónde has sacado esta foto? ¿Quién nos la ha hecho?

—Eso es lo que necesito saber, Mary. Me la ha enviado mi padre esta mañana.

A partir de ahí, tuvo la sensación de estar viviendo en una interminable montaña rusa de emociones y sentimientos.

Envuelta en una vorágine de información, que David le facilitaba con fría y metódica determinación, se enteró de toda la trama que le había llevado hasta Kenia. Cómo su tutor había manipulado la voluntad de su hijo para que la mantuviera a salvo y, lo más duro de todo, los auténticos motivos que habían llevado a Jonathan Mantley a la tumba.

Desde luego, lo que David le planteaba con todo lujo de detalles y pruebas más que fehacientes, no se parecía a la historia oficial que le habían contado desde el Ministerio de Defensa, cuando le hicieron entrega del cuerpo de su padre en un ataúd envuelto en una bandera británica como héroe de guerra.

Al parecer, su muerte nada había tenido que ver con la bala perdida de un francotirador iraquí mientras ejercía su trabajo como oficial del ejército del Reino Unido en las labores de reconstrucción y asistencia humanitaria de aquel país. Lo más seguro era que aquella bala llevara el sello de un francotirador británico, ya que lo que había descubierto era un material mucho más peligroso que los coches bomba que cada día explotaban a su alrededor.

No cabía ninguna duda, los documentos eran tan espeluznantes que tenía ganas de vomitar. Pero no era capaz de hacerlo, las lágrimas que luchaba por retener se lo impedían.

David sabía que esa conversación iba a ser dura. Quizá una de las más difíciles que había tenido que mantener en toda su vida, pero Mary merecía saber la verdad. Él, en su pellejo, no hubiera querido que se la ocultaran.

Y en cierta medida estaba asombrado, porque la muchacha estaba aceptando todo con una entereza digna de admiración. Incluso él, cuando abrió aquel CD que contenía las transcripciones de los diarios de Jonathan que su padre se había molestado en copiar, junto con los documentos escaneados que le había incluido y

verificaban lo escrito, había tenido ganas de abandonarse a la pena; suponía que para su hija estaba siendo toda una batalla no sucumbir al llanto.

Su sentido común le decía que parara el coche y la abrazara para que, como mínimo, pudiera desahogarse hasta quedarse sin lágrimas, pero la dura conversación de la noche anterior lo hacía todo mucho más difícil. ¿Cómo interpretaría ella un abrazo que, en esos momentos, no tenía más finalidad que el de un apoyo fraternal? ¿Lo aceptaría o lo malinterpretaría?

No quería dar ningún paso en falso y, sobre todo, lo último de deseaba es que ella le cogiera miedo.

Mary estaba callada como una muerta y abría y cerraba archivos de documentación con una voracidad y una rabia fuera de control. Tenía que detener aquella tortura que no la llevaba a ninguna parte pero, por otro lado, lo mejor era que asumiera todo de golpe para no tener que volver sobre ello nunca más.

Por fin, la batería del portátil se agotó y la pantalla quedó en negro. Ella podía haberlo enchufado al cargador del mechero, como hacía muchas tardes con su propio ordenador cuando regresaban de sus excursiones mientras volcaba el material fotográfico, sin embargo no lo hizo. Mantenía la vista fija en la pulida y oscura superficie, como si pudiera seguir viendo algo allí. Como si esperara la respuesta a todas sus preguntas. Pero éstas no existían, al menos hoy ninguno de ellos dos las conocía.

Sin poder resistirlo ni cinco minutos más, detuvo la marcha y se detuvo bajo la sombra de un baobab. Con cuidado, retiró el *notebook* de las manos de la muchacha, que no puso ninguna objeción, lo cerró y lo guardó en el hueco del compartimento secreto. La miró y estiró los brazos, en una muda invitación, esperando que ella la aceptara y se refugiara en ellos. Afortunadamente, no le hizo esperar. Se moría por borrar la tristeza de aquella profunda mirada a base de besos, pero se limitó a dejar que ella marcara el ritmo.

Mary se aferró a su cuello, con ambos brazos, y apoyó la cabeza sobre su hombro. Él la cobijó en su pecho, apretándola contra sí con firmeza, y la besó en el pelo. El aroma de su cuerpo, fresco y limpio, estuvo a punto de arrasar su contención.

No supo cuánto tiempo permanecieron allí, enlazados, sólo arrullados por el trinar de los pájaros y los gritos de los monos; sin moverse, sin hablar... Sintió la humedad de sus lágrimas traspasándole el algodón de la camisa, que le quemaron como si fueran de mercurio, pero no dijo nada. Ni siquiera intentó secárselas.

—Ahora entiendes por qué no puedo dejarte regresar a Londres aunque eso sea lo que tú quieres hacer, ¿verdad? —dijo antes de separarla de su cuerpo para poner el Toyota de nuevo en marcha cuando el sol empezaba a declinar contra el horizonte.

*Maasai Mara, Kenia.*

*20 de enero de 2011*

Aquella mañana Mary se había levantado de muy mal humor.

Habían pasado siete días desde aquella funesta tarde y, en todo ese tiempo, había fotografiado hasta cansarse todos y cada uno de los animales del Maasai Mara y cuantos paisajes, vivencias y puestas de sol habían pasado frente a su objetivo.

No podía saber a ciencia cierta el porqué de su malestar, pero intuía que se debía a que tenía la seguridad de que aquella aventura tocaba a su fin. Apenas si quedaba algún rincón de la reserva por donde no hubieran pasado y David le había confirmado el día anterior que el gobierno keniano había detenido a todos los implicados en el asunto de la caza ilegal; lo que venía a decir que sus vidas estaban, en ese sentido, fuera de peligro.

Por otra parte, Thomas no había vuelto a mencionarles nada sobre que en Inglaterra siguieran persiguiéndole por el tema de la «Gripe China». Nadie había atentado contra sus vidas en esa semana y ya no habían recibido más fotografías amenazantes.

Suponía que todo se había limitado a algún tipo de coacción por si el terco de su tutor se empeñaba en seguir adelante con aquella investigación. Investigación que ella se moría por llevar a término hasta las últimas consecuencias, aun arriesgando su propia vida en el empeño. Si la muerte de Jonathan Mantley no había servido para detener aquella locura, como mínimo merecía ser vengada. Pero no estaba en su mano hacer nada.

Todo ello le hacía estar convencida de que, pronto, su guía la llevaría de vuelta en Nairobi y la pondría en el primer vuelo con destino a Londres que saliera del aeropuerto. Una vez fuera de peligro, aquellas maravillosas vacaciones pasarían a ser historia. Un bonito episodio de su desagradable vida, aunque en ocasiones como aquella sólo resultara agrídulce. Desde luego era consciente de que su permanencia en Kenia no iba a ser eterna, pero... ¡había sido todo tan fantástico!

Desde que ella y David habían mantenido aquella difícil y tortuosa conversación de su primera noche en la autocaravana, sus relaciones habían cambiado de tal manera que pareciera que hubiera un antes y un después de aquella confesión. Desde entonces, él se había mostrado mucho menos quisquilloso, lo que a ella le había permitido relajarse y ser natural y espontánea. Y había sido tan caballero como para no volver sobre el tema; ¡algo digno de agradecer el resto de sus días!

Sin embargo, de lo que sí habían hablado, hasta la saciedad, había sido sobre sus respectivos padres. Curiosamente, ambos habían tenido más contacto con el progenitor contrario que con el propio, lo que ahora les permitía conocer una faceta de éstos a la que ninguno de los dos había tenido acceso.

Y ahora, después de veinticuatro años de inquina y resquemor mutuo, podía decirse que, sin darse cuenta y en apenas un mes, entre ellos se había establecido una sólida base de amistad y compañerismo y una complicidad que nunca hubieran podido alcanzar de ninguna otra manera.

De pronto eran capaces de charlar durante horas sin tapujos ni dobles sentidos. ¡Y

también callar! A menudo los silencios eran más enriquecedores y elocuentes que las palabras.

Sus charlas abarcaban desde la historia de sus respectivas vidas a los sentimientos y sensaciones de cada excursión. David la había sorprendido tantas veces..., muchas más de las que le gustaría reconocer. Era un gran conversador, con el que compartía muchos de sus gustos.

Y eso que, todavía, seguían enzarzándose en interminables disputas en las que cada uno defendía su propio punto de vista sin ceder ni un ápice en favor del otro. Lo que no era ninguna novedad, había sido así siempre. Y así seguiría siendo, podría jurarlo y no se equivocaría.

Pero lo que más la inquietaba es que, cada vez con más frecuencia, David hacía que la adrenalina de su cuerpo funcionara a toda máquina. A veces sólo era una mirada, un movimiento, una actitud... Afortunadamente no había vuelto a asediarla sexualmente.

Aquel día era uno de aquellos que apenas si habían hablado. Quizá ambos se habían levantado como el tiempo. Había amanecido con un fuerte viento que ondulaba la hierba de la pradera, semejando las olas de un mar agitado.

Tampoco habían tenido suerte con las fotos. En toda la mañana habían sido incapaces de recuperar el rastro de un rinoceronte negro al que habían estado persiguiendo y que, por último, había desaparecido entre la espesura en el sentido contrario de su marcha.

No le preocupaba demasiado. Suponía que en Londres ya no necesitaban para nada todo aquel material fotográfico que estaba haciendo, además tenía imágenes suficientes como para editar monográficos.

Por fin, prácticamente envueltos en el mismo mutismo con el que habían iniciado aquella excursión, llegaron al Mara Intrepids a la hora del almuerzo después de atravesar una planicie donde pastaban búfalos y cebras. Un poco más apartadas, varias jirafas ramoneaban las copas de unas acacias. Dos machos jóvenes, se enfrentaban en un duelo a golpe de cuello, haciéndolo oscilar sinuosamente contra el cuerpo y la cabeza de su adversario. A cincuenta metros de distancia podían escucharse sus bufidos.

—Son unos presumidos —rompió David el silencio ante su asombro—, luchan por los favores de alguna hembra coqueta. Así marcan su terreno y demuestran a su pretendida que son los más ágiles y los más fuertes.

Ella no contestó. Se entretuvieron un rato fotografiando la escena y atravesaron el primitivo puente que cruzaba el río a fin de llegar al comedor antes de que cerraran el restaurante.

Y, como si los malos episodios pudieran ser conjurados, el peor de todos los que podían ocurrir, apareció ante sus ojos.

David caminaba a su lado. Llevaba colgado del hombro el macuto de ella, que había recogido caballerosamente del todoterreno, mientras Harry, que conducía

aquella mañana, se quedaba estacionando el vehículo.

Sin poder evitarlo, se quedó parada como si la hubieran atornillado a la tierra. No había nada en este mundo que pudiera obligarla a dar un solo paso más. Estaba paralizada.

David notó, de pronto, que Mary se había quedado rezagada. Había estado todo el día ensimismado en sus pensamientos y apenas había prestado atención a lo que ella hacía. En esos momentos estaba pendiente de la amenazadora tormenta que se cernía sobre ellos. Tendrían que darse prisa en comer o no podrían salir de allí, porque tenía que llevar a Dann su avioneta y no le hacía ninguna gracia volar bajo esas condiciones atmosféricas.

Miró a la muchacha. Estaba tan pálida y sus ojos reflejaban un terror tan estremecedor, que inmediatamente supo que algo fatal la acosaba. No podía ser un animal, ya estaban dentro del recinto hotelero...

Siguió la dirección de su mirada y le vio. «¿Qué hace él aquí? ¿Cómo ha sabido Mary que él es su enemigo?».

Había trabajado con Augain en varias ocasiones en misiones comunitarias. Era uno de los principales agentes de la DGSE francesa y nunca le había caído bien. Era un cabrón despiadado y violento.

Y sabía lo que había ido a hacer a Kenia.

David se puso en tensión y se llevó la mano, instintivamente, a la cartuchera oculta bajo la cinturilla de sus pantalones.

—¡Quieto, Silkford, ni un movimiento! —dijo el intruso levantando la mano, oculta hasta ese momento, y apuntando a Mary con una pistola de nueve milímetros *parabellum*—. Un solo movimiento y la preciosa cabeza de tu hermanita hace «chof» como una sandía madura.

David bajó la mano y la dejó caer a lo largo de su cadera.

Mary seguía sin moverse. Allí delante, en mitad de la explanada, se encontraba su mayor enemigo. Parecía sólo un turista más, con sus ropas de safari y una amplia sonrisa bajo el ala de su sombrero, pero a ella no la engañaba. Era él, y se aproximaba a ellos a un ritmo implacable. Algunas hebras rubias de su larga e hirsuta melena le acariciaban los conocidos y agraciados rasgos eslavos del rostro y rozaban las pestañas que protegían sus azules ojos.

No era demasiado alto, pero era musculoso y bien proporcionado. Seguía tan delgado como la última vez que lo había visto y la piel estaba algo más sonrosada de lo habitual, aunque igual de pálida que siempre. Debía de llevar algún tiempo en África.

«¿Por qué, Dios mío? ¿No hay un agujero en el mundo donde pueda encontrarme a salvo de este gusano?».

—*Bonjour, ma petite*. ¡Cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad?! —Mary no respondió—. Ahora vas a ser una chica buena y obediente y vas a coger la pistola que tu guía lleva escondida y me la vas a dar con muuuuucho cuidado, ¿a que sí? —Ella siguió



sin moverse—. ¡Vamos!

Con fría determinación, él movió la pistola y apuntó hacia David.

—¡Deprisa o le hago saltar por los aires! Sin hacer ninguna tontería...

Mary se acercó a David. Buscó la pistola en donde sabía que la guardaba y la sacó con dos dedos. La levantó en el aire y se la mostró al agresor. Luego, como había visto hacer en cientos de películas, se agachó y la dejó en el suelo, con cuidado. Se volvió a poner en pie y la propinó una patada para apartarla lejos.

Augain se aproximó hacia el lugar donde había ido a parar el arma. Sin quitar a ninguno de los dos la vista de encima y apuntándolos en todo momento, se agachó y la recogió. La guardó en los pantalones y se acercó un poco más.

—¡Media vuelta y en marcha! Hacia el bosque...

David agarró a Mary por la cintura y la instó a caminar con un movimiento suave pero imperioso. Augain los seguía, apuntándolos, apenas a dos metros de distancia.

Atravesaron la explanada del aparcamiento y se adentraron en la espesura.

—¡Basta! —gritó el francés cuando consideró que estaban lo suficientemente alejados de miradas curiosas—. ¡Daos la vuelta!

Ambos se giraron para enfrentarse al negro cañón que los apuntaba sin misericordia.

—Por favor, René, deja que él se marche —rompió Mary el silencio—. Haré lo que quieras. Él no tiene nada que ver con esto.

—Vaya, vaya... Así que estás dispuesta a venir a mí con tal de que deje a tu hermanito libre... ¡A lo mejor hasta estarías dispuesta a colaborar en todo lo que te pidiera y a mostrarte como una hembra ardiente, por una vez y para variar! —y una risa tétrica y cavernosa resonó en la quietud del bosque que, durante unos segundos, hizo callar a los monos.

—Haré lo que me pidas. Colaboraré en todo; te doy mi palabra...

David no había emitido ni un solo sonido, pero contuvo la respiración cuando su mente ató los cabos sueltos. ¡René, el cabrón hijo de puta que la había violado sistemáticamente! ¡Por eso le había reconocido! Qué casualidad más oportuna. ¿O no?

—No, *ma petite*, ¡demasiado tarde! Claro que él tiene que ver en esto. Tú vendrás conmigo y cumplirás lo que me has ofrecido, pero él va a tener un desgraciado accidente. Lo siento, Silkford; me lo debes —dijo dirigiéndose a él.

—Por favor... déjale ir —insistió, con los ojos anegados de lágrimas.

—¡No! —grito el francés, encolerizado—. En cuatro años no he conseguido arrancarte un solo «por favor» de esa jugosa boquita, que pronto estará donde yo quiero que esté y, sin embargo, me has rogado como la puta que eres, dos veces, para salvar la vida de este chivato desalmado que me arruinó la carrera en menos de cinco minutos —ronroneó colérico—. ¿Qué hay entre vosotros? Deberías de saber que él tiene la culpa de que yo tenga que vengarme en ti en lugar de hacerlo contra tu padre. El muy gilipollas se dejó matar...

Mary intentó acercarse a René, pero David la retuvo donde estaba, cogiéndola firmemente del brazo. Augain levantó la pistola con mortal decisión y apuntó al guía.

—¡No la toques! —David la soltó—. Y tú, ¡quieta ahí! —la detuvo—. Si sueltas una sola lágrima le levanto la tapa de los sesos... ¡Jamás he conseguido que lloraras, ¿por qué lo haces ahora?! ¿Quieres estropearme la diversión?

—¿Qué quieres, René? —preguntó Mary con fría entereza, tragándose inmediatamente las lágrimas no derramadas.

—Te diré lo que quiero: primero voy a ver ahogarse en su propia sangre a este saco de mierda inglesa y luego te voy a llevar conmigo. Pero antes... Antes los dos vais a enteraros de unas cuantas cositas.

—No vas a salir vivo de Kenia, Augain —habló por vez primera David. El aludido se limitó a reír—. Al primer disparo tendrás aquí a todos los ranger que hay en el hotel.

—¡Ah!, es cierto. Se me había olvidado colocar el silenciador. Ha sido un detalle por tu parte recordármelo, Silkford.

Sacó la pistola de David de donde se la había guardado, comprobó que estaba cargada y, apuntándolos con ella, desamartilló la suya, sacó la bala de la recámara y extrajo el cargador; tras lo que se la lanzó a Mary, que la cogió en el aire. Luego sacó el mencionado silenciador de uno de los bolsillos de su pantalón de safari y se lo tiró también.

—¡Colócalo! —la urgió—. ¡Deprisa y sin hacer tonterías!

Ella obedeció con manos temblorosas y se la devolvió de inmediato. Aquel trasto descargado no les servía para nada.

—¿Tienes algún mensaje para tu papaíto metomentodo, Silkford? Espero que viva lo suficiente como para recibirlo. Aunque yo no apostaría por ello.

David se tensó como las cuerdas de un violín pero no contestó. Mary alargó su mano para coger la suya. Él entrelazó los dedos en torno a los de la muchacha y los sostuvo con fuerza.

—Porque si tus amigos del MI6 no le han matado para cuando yo vaya a entregarles a Mary, el cáncer que lo está carcomiendo por dentro se encargará de hacerlo.

Ambos se quedaron petrificados.

—¿De qué estás hablando, carroña asquerosa? —replicó David, por fin, al cabo de unos momentos de estupor.

—¡Ah, ¿pero no lo sabéis?! El Gran Thomas Silkford se muere. Tiene un cáncer hepático diagnosticado por el mejor oncólogo del Reino Unido.

—¡Nooooo! —El desgarrador grito de Mary retumbó entre los árboles y su lamento arrasó el sonido de la selva.

—¡Mientes! —replicó David, atrayendo hacia él el tembloroso cuerpo de la joven y abrazándola con fuerza sin retirar la mirada de la cara de Augain.

—¿No me crees, Silkford? Aquí tienes una copia de su expediente médico —dijo

lanzándole un sobre que David cogió al vuelo con la mano libre—. Sabía que pensarías que era un farol, pero quiero que mueras completamente convencido de que tu padre va a sufrir, y mucho, antes de reencontrarse contigo en el infierno.

Mary le quitó el sobre de la mano y lo abrió. David dejó que lo hiciera, aunque tampoco la miró en ese momento.

—Tranquila, cariño —intento consolarla sin éxito—. El viejo tiene recursos y mala leche suficiente como para matar a su propio cáncer. Saldrá de esta...

—Si se le ocurre hacer semejante cosa —le interrumpió René—, yo mismo me ocuparé de poner solución al tema. En cuanto a esa cosita bonita que tienes entre los brazos... suéltala. ¡Es mía!

David lo único que soltó fue una carcajada.

—Por encima de mi cadáver...

—¡Cuenta con ello, Silkford! Pero antes verás lo dispuesta que está la inglesita para satisfacerme. ¿Verdad que sí, pequeña?

—No-vuelvas-a-llamarme-«pequeña» —replicó ella remarcando cada palabra con voz gélida y determinante—. Jamás. En toda tu puta vida. ¡Nunca más, franchute de mierda! Nunca más...

Dios del Cielo, ahora sabía por qué Mary odiaba tanto aquel apodo, pensó David.

—¡Ven aquí! —gritó iracundo René a Mary apuntándola con el cañón.

—¡No hasta que dejes marchar a David! —contestó poniéndose delante de él y apoyando la espalda contra su pecho.

—¡Apártate de ella, Silkford!

David apretó a Mary por la cintura y permaneció donde estaba.

—Está bien, inglés. Nunca pensé que fueras un cobarde que necesitaras refugiarte bajo las faldas de una niña...

Levantó el arma unos centímetros y, con fría determinación, apuntó por encima de la cabeza de Mary, justo en mitad de la frente de David. El punto del visor infrarrojo se reflejó en la bruñida piel del guía. Sin esperar ni un segundo más, echó el percutor hacia atrás y apretó el gatillo.

Un clic sordo y ahogado se escuchó en el mortal silencio y el golpe de un cuerpo, al caer, retumbó durante unos instantes.

### *Londres - Oficinas de Silkford Ediciones*

Thomas necesitaba saber cómo alguien había podido enterarse de dónde se encontraba Mary. Sólo había una persona que estuviera enterada de aquel viaje.

Había estado pensándolo durante toda la semana y no había podido conciliar el sueño desde el mismo momento que lo vio todo claro. El cabrón de Akerman le había fallado.

Hacía ya varios meses que le había notado despistado e irascible. Cuando el día

anterior le habían pasado el informe que había solicitado a uno de los investigadores privados que trabajaba para él habitualmente, todas sus dudas habían quedado despejadas.

Akerman había vuelto a jugar.

Sus deudas eran, de nuevo, tan sustanciales como lo fueron en su día, cuando él le ayudó a salir del negro agujero en el que se había sumergido. Y aquél era el pago que ese asqueroso buitre carroñero le había dado.

Lógicamente sabía que no podría volver a contar con su ayuda. Le había avisado en su día, así que tenía que encontrar la manera de poder hacerles frente por sus propios medios. La oferta que habría recibido de los que hoy se contaban entre sus enemigos habría sido lo suficiente atractiva como para que olvidara cualquier clase de escrúpulo que hubiera podido tener.

Con el paso firme y altivo que no correspondería a un hombre de casi setenta años, salió de su despacho y se dirigió, con el informe del investigador privado bajo el brazo, a la redacción del *Intrepid*. Necesitaba escuchar de la artera boca de aquel indeseable la confirmación.

Abrió la puerta del despacho de Akerman sin llamar. Su secretaria observó con descaro la cara de odio del presidente de la compañía y no se molestó en impedirsele ni en avisarle de que, dentro, se estaba celebrando una reunión con todos los jefes de sección de la revista.

Esa mujer era una cuarentona aparentemente bien preparada para el cargo, que no le había gustado nunca. Llevaba poco menos de un año trabajando en *Intrepid*, recomendada por el propio Akerman, pero sus ojos demostraban una mirada altiva y llena de odio hacia sus superiores que a Thomas le ponía alerta. Y especialmente arrogante era la que en esos momentos le dirigía.

Siempre había sospechado que Akerman y ella mantenían una relación amorosa a espaldas del resto del personal. Y, aunque nunca le había importado lo que hicieran los empleados en su tiempo libre, la sonrisa ladina que le dedicó ella esa mañana le puso alerta.

—¡Fuera! —despidió iracundo a todas las personas que estaban en torno a la mesa de reuniones.

Tres hombres y dos mujeres se levantaron, prácticamente al unísono, y se dispusieron a obedecer con ligereza digna del mejor escuadrón de infantería.

Akerman se puso en pie, atemorizado.

—¡Siéntate, Robin! —ordenó Tom lanzando el expediente sobre la mesa, a pocos centímetros de las manos del director de la revista.

El hombre miró la carpeta alarmado. Llevaba su nombre escrito en la portada, que lucía el membrete de un reconocido bufete de investigadores privados. Sin abrirlo sabía lo que contenía.

—¿Me has investigado? —replicó ofendido, a pesar de la dudosa situación en la que se encontraba.

Thomas se dejó llevar por la rabia y la ira y se acercó al hombre, que le miraba con cierto pavor reflejado en aquellos inanimados ojos azules. Por encima de la mesa, le cogió de la pechera de la camisa y, cerrando sus fuertes dedos en torno a los botones desabrochados del cuello, lo levantó de la silla hasta ponerlo a la altura de su cara.

—¿Me has vendido para satisfacer tus deudas, Akerman? ¿Cuánto te han pagado por la información?

Akerman no respondió. No podía respirar. Los nudillos de Thomas le apretaban la tráquea; mucho menos emitir una sola palabra.

—¡Te juro por mi vida que vas a pagarlo caro, hijo de puta! —sentenció Tom.

Le soltó con fuerza sobre la silla y dio media vuelta, saliendo de inmediato de aquel opresivo despacho, que le ahogaba, sin volver la vista atrás.

## CAPÍTULO 14

*No puedes enseñar a correr a una jirafa.*  
(PROVERBIO KWANYAMA - ANGOLA)

**Londres**— Seré un incrédulo, pero no me fío de las coincidencias. Por fin en casa, ya que gozo de unas merecidísimas vacaciones navideñas, dispongo de tiempo para investigar los últimos avances farmacológicos en la Unión Europea.

Y, curiosamente, he descubierto algo muy interesante.

El pasado doce de julio se creó un organismo llamado Agencia Europea de Defensa, cuyo objetivo principal es, y cito textualmente de su acta fundacional, «el impulso de las capacidades de defensa en el ámbito de la gestión de crisis, el fomento y la intensificación de la cooperación europea en materia de armamento». ¿Curioso?

Pues más curioso es que, apenas cinco meses después, este organismo, en un proyecto común con la Agencia Europea de Evaluación de Medicamentos, han asignado jugosísimos presupuestos a un laboratorio ubicado en el Reino Unido, aún por determinar, para el estudio de enfermedades neuroinmunes.

¿Verdad que esto tiene mucho que ver con encontrar un virus que dé origen a la famosa «Gripe China»?

*(Entrada del 12 de diciembre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Maasai Mara, Kenia.*  
*20 de enero de 2011*

Un silbido apagado rasgó el silencio y Mary sintió que el mundo se tambaleaba a sus pies. Los más de cien kilos de músculo y hueso sobre los que estaba firmemente apoyada un segundo antes, la hicieron perder el equilibrio, trastabillando y arrastrándola consigo, para caer hacia adelante con una potencia infernal.

El mullido suelo del bosque no fue suficiente para amortiguar el golpe que recibió en las costillas y en el pecho provocando que, durante algunos instantes, perdiera el conocimiento.

No podía respirar. El cuerpo inmóvil que tenía sobre su espalda parecía pesar una tonelada. Trozos sanguinolentos de carne y lo que suponía era materia gris impregnaban el retazo de hierba que veía ante sus ojos. Era incapaz de cerrarlos. Sentía resbalar a lo largo de su cara un hilo de sangre espesa. Estaba segura de que no

era suya, pero aun así no podía moverse. No quería moverse. Quería morir allí mismo, bajo el peso del hombre del que, ahora lo sabía, se había enamorado.

Se sintió liviana de repente. Alguien había hecho que David dejara de cubrirla. No podía soportarlo. Necesitaba sentirle algunos minutos más.

Se negó a levantarse aunque unas manos intentaban que lo hiciera aplicando toda la fuerza necesaria para conseguirlo. Las del asesino que había acabado con la vida del único hombre que ella había amado alguna vez.

«¡No!».

Estaban hablándole. Alguien decía algo a su lado, pero ella no podía escuchar aquellas palabras. No oía absolutamente nada. Su mente había sido ocupada por un gran globo de aire que hacía que todo a su alrededor sonara hueco y vacío.

No lloraba. No podía hacerlo. Ya habría tiempo para abandonarse al dolor. Ahora tenía que matar al asesino. Debería de haberlo hecho antes, mucho antes. Años atrás. Cualquiera noche mientras dormía después de haberla violado, en lugar de huir como había hecho siempre. Como la cobarde que era.

Esta vez no huiría. Esta vez iba a asesinarle con fría determinación. Aunque aquello fuera lo último que hiciera.

Sintió que unas manos, duras y fuertes, la zarandeaban. Cerró los ojos. No quería mirarle. La había levantado del suelo y la sacudía sin piedad. Notó el impacto de una bofetada contra su mejilla. El escozor le hizo abrir los ojos. La cabeza le daba vueltas y el vaivén de su cuello hacía que todo se moviera muy deprisa. Alguien estaba gritándole.

—¡Mary! ¡Reacciona! No quiero volver a pegarte. ¡Vamos, por favor, reacciona!

Su mente le estaba jugando una mala pasada. Ante sus ojos, la cara del asesino se había convertido en la del hombre que amaba y que yacía, inerte y bocabajo, unos metros más atrás.

—Venga cariño, vuelve en ti.

Parpadeó varias veces. No podía seguir manteniendo esa alucinación. Incluso aquella parecía la voz de David.

—Déjela, señor Silkford, está en estado de *shock*.

Mary dejó que las voces se fueran colando despacio en su subconsciente y, finalmente, empezó a reconocerlas. Ninguna de ellas era la de aquel maldito francés al que tanto odiaba.

Miró al hombre que la sostenía por la parte superior de los brazos y se vio reflejada en las negras superficies de obsidiana de aquellos ojos.

—¿D... David?

—Sí, cariño. Tranquila. Ya ha pasado todo.

Ella le abrazó y David la apretó contra su pecho con una fuerza inusitada. Como si de alguna manera quisiera meterla dentro y dejarla allí alojada para siempre.

Dejó que ella fuera recuperando la calma poco a poco y que su respiración se normalizara y acompasara con el palpitar de su agitado corazón. No dijo nada. No la

apremió. No se movió. Únicamente se atrevió a acariciarla con sus ágiles dedos, que giraban despacio a lo largo de la columna vertebral, con rítmica cadencia, a fin de tranquilizarla con su breve roce.

Pasaron algunos minutos. Varios, a decir verdad. No sintió a Mary estremecerse ni llorar. Sólo notaba el vaivén de sus pechos contra el estómago y la cada vez más fuerte presión de los largos dedos de la muchacha en su espalda y nuca.

Cuando creyó que su respiración era menos errática, la besó en la coronilla y preguntó en voz baja.

—¿Estás bien, cariño?

Ella afirmó con la cabeza en silencio.

—¿Te duele algo? ¿Te he hecho daño?

En este caso el movimiento fue horizontal, en una muda negación.

—Siento haberte abofeteado, de verdad... Tenía que hacer que reaccionaras...

Mary se apartó de él unos centímetros, bajando las manos despacio hasta dejarlas apoyadas contra la cintura masculina, y le miró a la cara.

David cogió con una mano, sin soltarse de su agarre, la cantimplora que Harry le tendía y que acababa de ir a buscar al todoterreno para que el agua fresca la hiciera reaccionar. Con la otra, desabrochó el pañuelo del cuello de la joven y, mojando una de las puntas en el agua fresca, empezó a retirarle cuidadosamente las salpicaduras de sangre y restos, que Mary tenía esparcidas por todo el rostro y el pecho hasta donde empezaba a abotonarse la camisa. Ella se quedó quieta, sin apenas respirar, mientras le dejaba hacer sin mover ni un músculo.

Cuando hubo terminado le acercó la cantimplora a los labios y la instó a que bebiera. Ella lo aceptó sin rechistar. Luego tomó él un largo trago, por encima de la cabeza de ella, mientras hacía que la muchacha volviera a apoyarse contra su pecho.

—Ya ha pasado todo, cariño, —dijo devolviendo el recipiente metálico a Harry.

Mary le miró desde abajo.

—David —dijo por fin—, ¿puedes hacerme un favor? Bésame —le pidió sin esperar respuesta.

—Oh, cariño, eso no es un favor, es un placer...

Se aproximó a sus labios y le dio un beso tan tórrido y exigente, que proclamaba en sí mismo su necesidad de absorberla entera.

Sus lenguas se enlazaron en la más carnal y violenta de las pasiones. Ambos querían más. Necesitaban más. Era la manera de saberse vivos.

Aquel beso parecía eterno. David no quería acabar, pero sabía que aquello tenía un final. No podía ser el preludio de nada más, que en esos momentos estaba seguro que ella pudiera haber aceptado sin quejas, pero aquél no era ni el momento ni el lugar. Tenían que salir de allí. El olor de la sangre podría atraer en cualquier momento a un visitante indeseado.

Se separó despacio, con varios besos cortos y prometedores.

—Mary...



—¿Está muerto?

—Sí. Ya no volverá a hacerte daño.

Mary se alejó de él y se acercó al cadáver. Estaba bocabajo. La cabeza era una masa ensangrentada y olía fatal. Aun así no sintió ni una sola arcada. Su estómago permaneció inalterable.

También tenía la camisa manchada de sangre. Pero aquello no era suficiente. Empujando con la puntera de su bota, intentó dar la vuelta al cuerpo. Pesaba mucho y no obtuvo los resultados deseados al primer intento.

—Señorita Mary, ¡no haga eso! ¡Mejor no le mire, por favor! —le advirtió Harry. Ella hizo caso omiso.

Pasó por encima del cuerpo y le empujó desde el otro lado, metiendo con firmeza el pie bajo la cintura. El desnivel del terreno facilitó la operación.

—Déjala, Harry. Necesita hacerlo —interrumpió David las intenciones de detenerla del kikuyu—. Necesita cerciorarse de que está muerto. Tiene que verlo con sus propios ojos.

Harry se quedó donde estaba.

Mary miró aquel despojo humano con fría determinación. Sus pupilas se agrandaron. Augain aún sostenía en su mano la pistola con la que había apuntado a la cabeza de David.

Se agachó y la cogió, después de que consiguió que separara los dedos de la culata. Se puso de pie, separó las piernas y afianzó los brazos, aferrándola con habilidad en el hueco de su mano derecha y asegurando ésta con la izquierda. Luego apuntó sin vacilación al corazón del fallecido.

—No hagas eso, Mary —le pidió suavemente David—. Ya está muerto y más tarde te arrepentirás.

Ella le miró. Sin duda le había escuchado, pero en ningún momento había cambiado de parecer. David se acercó con cuidado, quedando fuera del ángulo de tiro e hizo que bajara los brazos sin forzarla. Ella no se opuso. Luego, despacio, le abrió los dedos que aferraban con fuerza el arma y se la quitó. La descargó y se la guardó en la cinturilla del pantalón.

—No es necesario, cariño. No va a volver a torturarte nunca más. Se acabó para siempre, mi vida...

La abrazó y la sacó del bosque empujándola con cuidado. Ella pareció despertar en esos momentos.

—David, no podemos dejarle ahí. Alguien descubrirá su cuerpo y podemos tener problemas. No creo que los animales salvajes consigan eliminar todos los restos.

—No te preocupes, Harry se encargará de deshacerse del cuerpo. Vamos...

—¿Qué ha pasado? ¿Harry le ha matado?

—Sí. Recuerda que se quedó aparcando. Vio todo desde el todoterreno. Sabía lo que tenía que hacer y lo hizo.

El nativo había sido francotirador de élite del ejército keniano. Había trabajado

ayudando a las Fuerzas Especiales del Reino Unido desde, prácticamente, el mismo momento que David había llegado a Kenia como agente de inteligencia británico. Cuando él pidió la licencia para dedicarse exclusivamente al turismo, el kikuyu le siguió los pasos. David le había ofrecido, sin planteárselo ni un solo instante, un trabajo honrado y bien remunerado.

Harry había visto todo desde la distancia. Al menos lo suficiente como para saber que su jefe y la muchacha estaban siendo apuntados con una pistola. Se agachó cuando pasaron por su lado para adentrarse en el bosque.

Acto seguido, sacó la carabina del compartimento secreto que él también conocía, la cargó y colocó el silenciador para no alertar al resto de visitantes del *lodge*. Luego los siguió a la espesura.

El musgo amortiguó sus pasos y también sus movimientos. El francés, muy seguro de su éxito, había perdido cualquier precaución.

Mantuvo el punto de mira firmemente apuntado al cerebro del gabacho y, cuando el señor Silkford le dio la orden silenciosa, se limitó a apretar el gatillo.

—¿Tú sabías que él estaba cubriendo nuestros pasos?

—¡Naturalmente, cariño! Jamás te hubiera usado de escudo. Pretendía tenerte cerca para apartarte de una bala perdida... —La besó en el pelo y siguió andando—. Vamos, necesitamos un par de *whiskys* y un cigarrillo, ¿verdad?

Ella afirmó con la cabeza.

Desde luego, Mary no tenía estómago para comer, así que se dejó llevar hasta la terraza, donde se sentaron para pedir al camarero dos *whiskys* dobles con hielo. Aquella tarde necesitaba algo fuerte. Ahora estaba tan nerviosa que casi no podía sostener quieto el cigarrillo que él intentaba encender con su Zippo de plata.

David se dio por vencido. Se lo quitó de los labios y, colocándose entre los suyos, hizo que comenzara a arder para devolverlo, acto seguido, al mismo sitio de donde lo había retirado.

—Oh, perdona —se excusó la muchacha—. Siento haber perdido los nervios y continuar todavía hecha una piltrafa, pero...

—¿Haber perdido los nervios, Mary? —sonrió incrédulo—. Aparte de que es normal que entraras en *shock* cuando ha ocurrido todo, te has portado con una entereza que ya quisiera yo para muchos hombres que han vivido experiencias similares, a pesar de que no fuera ésa la primera vez y se supusiera que estaban entrenados para ello. ¡Si ni siquiera has soltado una lágrima!

—No podía llorar. Tampoco ahora. Al menos no por él. Sé que te parecerá una barbaridad, pero estoy feliz, David.

—¿Barbaridad? Me parece muy normal, cielo.

—Hubiera llorado, pero de alegría, cuando descubrí que seguías vivo; pero en esos momentos estaba paralizada. No oía, no sentía, ni siquiera veía...

—Es normal, cariño. Pero eres muy valiente. ¡Mucho!

—No, David. Lo que soy es una cobarde. Tanto, que no sabiendo cómo hacer frente a mi enemigo, estoy feliz de que esté muerto.

—Aun así, *milady*. No conozco a nadie que no haya devuelto su primera papilla la primera vez que ve a un muerto abatido a disparos, incluido yo mismo...

—Soy un monstruo...

—No. Eres maravillosa y la mujer más valiente que he conocido en mi vida. Quiero que lo sepas.

—Gracias.

David miró al cielo, intranquilo. A lo lejos, sobre el horizonte, un denso grupo de nubes oscuras dejaba atravesar nítidos rayos de luz que fulminaban la tierra allí donde caían. Giró la vista hacia Mary que, de pie, miraba absorta el sobrecogedor claroscuro del cielo. Un espectacular arco iris coronó el entorno.

Aquella tormenta la atraía como un imán. No pudo quedarse sentada cuando vio, recortado contra el horizonte, el primer rayo y escuchó el trueno lejano. Un repentino golpe de viento la avisó de que la lluvia era inminente y un embriagador olor a paja y tierra húmeda la envolvió. Cerró los ojos y aspiró profundamente, llenándose los pulmones hasta hacerlos casi reventar. Cuando los abrió, todo se había vuelto gris sobre su cabeza. Salió a campo abierto al mismo tiempo que otro relámpago rasgaba el oscuro manto que había caído sobre la planicie.

Empezó a llover torrencialmente, como ocurre siempre en los trópicos. En un instante estaba calada hasta los huesos, pero no pudo resistirse a la tentación de sentir como el agua le resbalaba por la cara y los brazos desnudos. Necesitaba esa ducha natural y purificarse con el agua que caía del cielo.

Oyó a David llamándola. Hizo oídos sordos y permaneció, impassible, bajo la cálida lluvia.

Enseguida se acabó todo.

Con las últimas gotas, él acudió en su busca. Mary tenía la ropa pegada a la piel y sus pezones se transparentaban a través de la tela de la camisa. De la nariz y el pelo, que él había soltado de la pinza restrictiva mientras la abrazaba en el bosque, caían pequeñas gotas que acababan perdiéndose de vista en el canal de su pecho.

David sintió cómo su cuerpo respondía a la insinuante y sensual imagen que tenía ante él, envuelta en la luz dorada que sigue a la tormenta.

—¿Te has vuelto loca? —la regañó, estudiando detenida y descaradamente los pujantes brotes que luchaban por escapar de la tela—. ¿Quieres provocar una conmoción general? —dijo a la vez que se quitaba la camisa y se la ponía por encima.

Ella se miró e, instintivamente, cruzó sus brazos sobre los senos.

—Y-yo. D-David, yo... Necesitaba purificarme... —Se sentía ridícula diciendo aquello y le miró a la cara con ojos suplicantes.

—Si me sigues mirando así, te volveré a besar y esta vez dudo mucho que sea capaz de pararme después.

La voz había sido demasiado melodiosa para los oídos de Mary, aun cuando sólo

pretendía ser una amenaza, mientras él la tapaba con su propia camisa y la empujaba delicadamente hacia un lugar donde guarecerse.

—¿Y ahora qué? —la increpó a la vez que le proporcionaba calor con su propio cuerpo. Ella había empezado a temblar. Supuso que de frío—. ¿Qué te vas a poner ahora para el viaje? ¡Estás empapada!

—¿Qué viaje? ¿No dormiremos por aquí? —se sobrepuso.

—¡No nos quedará más remedio! —respondió David resignado—. No sé cómo vamos a arreglarnos, porque ya he enviado a los muchachos de regreso y en la autocaravana va toda tu ropa. Nosotros íbamos a volver en avioneta. Además, el *lodge* está completo.

—L-lo siento —intentó disculparse—. Me pondré al sol para secarme. La lluvia ya ha amainado. En mi macuto tengo una cazadora y...

—Anda, sí ¡ponte al sol! —la interrumpió con una sonrisa—. ¡Parece que te empeñas en ponérmelo difícil! —la amonestó propinándole un cariñoso azote a la vez que la empujaba fuera de la sombra—. Voy a las pistas a comprobar si podemos salir y a enterarme del parte meteorológico. ¡Y procura no meterte en ningún lío durante mi ausencia!

—¡Eh! ¡Toma tu camisa!

Él regresó sobre sus pasos y la obligó a ponérsela nuevamente.

—¿Quieres tener a un montón de moscones a tu alrededor en cuanto me vaya? —replicó mientras se la remangaba hasta que aparecieron sus manos—. ¡Vuelvo enseguida!

—¡Tengo una cazadora! —protestó mientras él se alejaba en dirección al aeródromo con su musculosa espalda al descubierto.

David tardó cerca de una hora en regresar. Cuando lo hizo, las ropas habían empezado a secarse y la camisa de él colgaba del respaldo de una silla.

—¡Vamos! Tenemos que darnos prisa si queremos salir de aquí. No hay ninguna tienda libre y no podremos volar si esperamos más rato, o se nos hará de noche —la apremió a la vez que se vestía—. Despidete del Mara. ¡Nos marchamos!

—¿Adónde vamos? —preguntó nerviosa.

—¡A mi casa!

Ella no se quejó. Sintió que su ánimo mejoraba. ¡De momento no iban a Nairobi!

Aquel reducido aeropuerto parecía de juguete. No había torre de control y toda la seguridad corría a cargo de un rapaz que les indicó que podían despegar.

Mary analizó cuidadosamente la Piper L18 que había sobre la pista; posiblemente contaba con más de diez años de antigüedad. Conocía perfectamente el modelo y sabía que era un aparato seguro puesto que, a pesar de su reducido tamaño, aquella máquina podía mantener una velocidad muy baja. Incluso por debajo de sesenta kilómetros por hora si sacaba todos los alerones y entraba en pérdida, por lo que podía mantenerse a menos de setenta metros del suelo si la conducía un buen piloto.

Estaba segura que David lo era, había pertenecido a las SAS, así que podrían volar por debajo de la tormenta y viajar seguros.

—¿Vas a pilotar tú la avioneta? —preguntó Mary.

—¿Prefieres hacerlo tú?

—No, gracias. Creo que no es el momento más oportuno para que te pongas en mis manos y, me temo, que por hoy ya has estado demasiado cerca de la muerte, ¿o es que no tienes aprecio a tu vida?

—¡Ya veo que tú sí se la tienes a la tuya! No te preocupes, que lo tendré en cuenta —replicó David sin poder evitar una sonrisa.

Mary se ajustó el cinturón con manos expertas y se arrellanó en el asiento cuando el pequeño aparato adquirió velocidad por la pista terrosa, levantando oscuras nubes de polvo que ascendían hacia las nubes tras ellos.

En un centenar de metros estaban en el aire. El viento había amainado y, a esa altura, la visibilidad era muy buena.

La lluvia había despejado la bruma del horizonte. En el exterior de la cabina la temperatura era muy agradable. El termómetro indicaba 25° C.

Poco a poco fueron alcanzando altura y ella se relajó mientras dejaban atrás la pequeña silueta del *lodge* y, bajo el fuselaje, se extendía la inmensidad del Maasai Mara.

Se sintió, como le ocurría siempre que volaba, en perfecta armonía con la Naturaleza y, aunque no era nada religiosa y sus creencias le daban pocos quebraderos de cabeza, en esos momentos siempre pensaba que Dios estaba cerca, muy cerca.

Ese día todavía estaba más de acuerdo que nunca. Dios le había regalado un ángel negro, como los de la canción de Antonio Machín, un cantante que recordaba de aquellas únicas felices vacaciones en España, con sus bisabuelos. Ellos no la odiaban y la hacían sentirse importante. Solían bailar durante horas, a ritmo de bolero, en aquel enorme salón con suelo de terracota, con la música de los antiguos discos de vinilo que sonaban en un tocadiscos pasado de moda. Era muy divertido.

David hizo un vuelo rasante sobre la vertical del río Mara a poco más de una decena de metros de altura, y la sacó de sus recuerdos. Las impetuosas aguas, infectadas de actividad a esas horas de la tarde, se ondularon a su paso. Era un lujo volar sin ningún obstáculo artificial a la vista: ni líneas de alta tensión, ni edificios, ni puentes, ni chimeneas... Ante ellos se extendía una inagotable masa de árboles y kilómetros de pastos verdes repletos de vida salvaje.

Miró hacia su izquierda. Allí estaba David, tan seguro de sí mismo; como si no acabara de estar con un pie más cerca del otro mundo que de éste. Desdeñaba el peligro. Casi disfrutaba con él.

No tenían ningún parecido físico pero, mientras hacía un picado hacia una laguna provocando que una nube de aves alzara el vuelo, no pudo dejar de compararlo con Robert Redford y sentirse Merryl Street en *Memorias de África*.

—¿Es tuyo este aparato? —preguntó elevando la voz por encima del ronroneo de los motores.

—No. Es de Dann, mi socio. Tengo que llevárselo a casa porque tiene contratado un safari aéreo dentro de quince días y lo necesita.

—Y sabiendo pilotar, ¿cómo es que no tienes uno propio?

—Lo tengo, ya lo verás. Seguro que te gustará. Es un biplano que sólo uso para mi propio divertimento, ya que no es muy apto para llevar a mis clientes. Éste es mucho más seguro y cómodo.

—A mí me hubiera encantado hacer este viaje en el biplano.

—Claro, como no... —se rio, y las arrugas de sus sienes se dulcificaron ante la ofendida expresión de la muchacha.

Acunados por el rugido monótono y apagado del aparato, ambos se abandonaron a sus respectivos pensamientos. Ella estaba disfrutando muchísimo de aquel viaje. David a veces interrumpía sus divagaciones para hacer referencia a los accidentes geográficos que se extendían a sus pies o llamar su atención sobre algún detalle.

—¿Dann vive contigo? —preguntó ella de pronto.

—No. Dann vive en su casa, con su mujer y su hijo recién nacido. Pero somos vecinos.

—¡Qué pena! Me hubiera encantado conocerle.

—Les conocerás; a todos. El domingo es el bautizo del pequeño y estamos invitados. Yo soy el padrino.

—¿Y qué pinto yo en ese bautizo? —preguntó acobardada.

—¡Serás mi pareja!

Iba a protestar pero prefirió callarse. No era nada cómodo hablar a voz en grito. Ya tendrían tiempo de discutir aquel tema una vez que estuvieran en tierra firme.

Superada la tormenta, volaron en línea recta hacia Narok y de ahí hasta una ciudad que David dijo que se llamaba Nyeri. Lo hacían a buena altura y velocidad, por encima de algunos cúmulos nubosos. Pasaron por encima de una población y cambiaron de rumbo, hacia el Norte, bordeando el parque nacional de los Aberdares. Volvieron a descender y disminuyeron la velocidad de la marcha a unos ciento cuarenta kilómetros por hora. La temperatura en la cabina había alcanzado ya los 35 °C y empezaba a ser agobiante.

Pequeños retazos algodinosos se abrían ante ellos de vez en cuando para dejarles entrever, bajo las alas, el recto discurrir del cauce de un río bordeado de árboles que les marcara la ruta.

De pronto, ante su vista, en dirección Nordeste, Mary distinguió la majestuosa cima del Monte Kenia, con su cumbre coronada de nieves perpetuas que se abría paso entre las nubes.

—¡Es impresionante! —exclamó ella llena de júbilo—. ¡La vista desde la cumbre debe de ser maravillosa. Estar allí tiene que ser como coronar el mundo y sentir que lo tienes a tus pies! —Sonaba emocionada.

—Algún día te llevaré a escalarlo, *milady* —prometió.

—¡Sí, por favor! —le imploró—. ¿De verdad me llevarías?

—Claro. Pero no podrá ser en este viaje, porque tenemos encima las lluvias largas. Cuando pasen, te reservaré unos días libres para llevarte hasta la cumbre de tu primer cinco mil, ¡palabra!

Eso le daba una nueva oportunidad para regresar a Kenia. Deportivamente, era todo un reto. ¡El segundo pico más alto de África, después del Kilimanjaro!

Durante el resto de la travesía no quitó los ojos de la imponente cima, coronada con tres picos desde los que discurrían las lentas lenguas de los glaciares. El sol poniente lanzaba lánguidos rayos trazando largas siluetas umbrías y tiñendo el paisaje de oro y miel.

Al cabo de media hora él hizo girar el timón y la avioneta viró, nuevamente al Oeste, dejando la gran mole rocosa a cola, al tiempo que empezaba a descender despacio. Era la hora bruja, esos escasos minutos en los que uno no sabe si es de día o de noche y la luz decrece a velocidad de vértigo. En la distancia, Mary distinguió una gran casa blanca con tejado rojo situada sobre una pequeña colina bordeada de césped y frondosa arboleda.

Una reducida pista de aterrizaje, tan precaria como todas las que había visto en los últimos días, acogió con estruendo y polvo los tres saltos que la Piper dio, hasta que empezó a rodar con firmeza, levantando una neblina ocre a su alrededor.

—¡Ya estamos en casa, *milady*! —dijo David a la vez que soltaba el arnés de Mary—. ¡A esto se le llama puntualidad británica, unos minutos más y hubiéramos tenido que aterrizar de oído! —exclamó mientras señalaba la pequeña semicircunferencia ambarina que se ocultaba tras una lejana colina.

Ella sintió un escalofrío. Una rara angustia se apoderó de ella y tardó unos instantes en abrir la minúscula portezuela y retirarse el casco de la cabeza.

—¡Dame el macuto! —le pidió él desde fuera, a la vez que le tendía una mano para que saltara a tierra firme.

—¿Está muy lejos tu casa?

—No. Vamos a tomar un viejo Land Rover que guardo en el hangar y enseguida llegaremos. Espero que te guste. Al menos puedo ofrecerte todas las comodidades de la civilización: luz eléctrica, agua corriente, internet, una mullida cama con sábanas de lino y una rebosante bañera de agua caliente...

A Mary se le iluminó la cara con todas aquellas promesas.

—¡No es Silkford House, pero es acogedora y apacible! Seguro que, en el peor de los casos, podrás descansar del trasiego de este mes; además podrás caminar en libertad sin miedo a encontrarte con ningún animal al acecho. ¡Toda una ventaja por estos lares!

—¡No me sigas haciendo el artículo! —le rogó alegremente—. ¡Seguro que me va a encantar!

Entraron en un cuidado edificio de cemento con techo de uralita, donde una

flamante Renegade Spirit color amarillo reinaba en mitad del almacén.

—¡Qué preciosidad! —exclamó exultante—. ¿Puedo verla?

—Mañana, de día. Ahora vámonos antes de que se nos haga de noche —la apremió a la vez que la cogía por el codo para aproximarla al coche.

Mary obedeció y se sentó a su lado, absorbiendo con curiosidad lo poco que podía vislumbrar del panorama que la rodeaba. Circulaban por un cuidado camino de tierra, junto al que se alineaban extensas plantaciones de café. En la lejanía titilaban las luces y, a medida que iban aproximándose, frente a ellos se podía distinguir la alta silueta de una valla de piedra cubierta de hiedra, sólo interrumpida por una majestuosa puerta de forja de sinuosas formas.

David paró el vehículo a menos de dos metros de ella, para alumbrarse con la luz de los faros. Observó que los retorcidos hierros formaban, con impecable perfección y nitidez, el mismo escudo de armas que ella tan bien conocía y que había llevado colgado del cuello durante el último año y medio. Éste se partió en dos para dejarles paso y, una vez dentro, su propietario bajó de nuevo para cerrarlo.

Un camino asfaltado, sin árboles, atravesaba lo que prometía ser un cuidado jardín de esponjoso césped verde adornado de setos que las tímidas luces de unos farolillos, situados a ras del suelo, invitaban a seguir.

A unos cuantos cientos de metros, una casa blanca de dos pisos coronaba el collado. Un ábside acristalado semicircular, con columnas de mármol, sobresalía del porche de madera blanca y teja de barro que bordeaba todo el edificio. Lamentó que no fuera de día para disfrutar de la visión.

Rodearon un estanque, cubierto de nenúfares con un enhiesto surtidor, situado en mitad de la rotonda que había frente a la puerta principal, y aparcaron el maltrecho todoterreno a un lado. Un par de sirvientes se acercaron solícitos al patrón.

David les habló en su lengua y, tras una corta conversación, la presentó ceremoniosamente.

—La señorita Mantley. De vosotros también depende, en parte, que se sienta feliz con nosotros aquí. Espero que la cuidéis tan bien como habéis hecho conmigo hasta ahora —les dijo en inglés.

Una mujer madura, que todavía no habría cumplido la cuarentena, vestida con las típicas y coloridas ropas kikuyu y un recatado pañuelo sobre sus cabellos, se aproximó rauda a dar la bienvenida a la joven. Acto seguido se acercó un hombre, de aproximadamente su misma edad, que le tendió su rugosa y encallecida mano.

—Son el matrimonio Gatawa, Karen y Joseph. Mi mayordomo y mi ama de llaves; gracias a quienes puedo irme de casa con toda tranquilidad y encontrar todo en orden a mi regreso. No podría vivir sin ellos.

Dos blancas dentaduras iluminaron el entorno, agradecidas, antes de ponerse en marcha. La mujer desapareció veloz en el interior de la casa mientras que el hombre tomó el macuto del hombro de David, quedándose rezagado.

Ella se acercó a su anfitrión que, dispuesto a hacerle los honores, la cogió de la



mano y la hizo pasar. Aquélla era una bienvenida muy distinta a la que recibió de la misma persona a su llegada a Nairobi; ahora parecía entusiasmado de tenerla como invitada.

—Ven, te enseñaré tu habitación y después te mostraré el resto de la casa.

Cuando entraron se sintió minúscula en medio del enorme *hall*. Sobre su cabeza, una lámpara de cristal de La Granja, que colgada de una larga cadena con más de cuarenta bombillas encendidas, amenazaba con desplomarse desde el piso superior. Altísimas puertas de madera de caoba, con elegantes y anchas embocaduras, daban paso a alegres salones de amplios ventanales. Una escalera de mármol con pasamanos de forja negro ascendía al piso superior, en forma de balconada circular. Por todos los rincones, las plantas explosionaban en un alarde de vida y color.

David entrelazó los dedos con los suyos en un gesto íntimo y posesivo. Ella los apretó con firmeza mientras caminaban por un larguísimo pasillo de suelos de mármol cubierto de alfombras, al que se abrían, cada pocos metros, puertas blancas de doble hoja.

Había jarrones artesanales con flores naturales encima de costosas consolas y mesas: orquídeas de todos los tonos, aterciopeladas y olorosas rosas y otras muchas especies que desconocía por completo. Valiosos cuadros llenaban de colorido los blancos muros.

Giraron a la izquierda. En esa dirección el corredor era más corto y sólo había dos puertas: una al fondo y otra a la derecha. Él se soltó de su mano para adelantarse y abrir la primera de ellas, taponando la entrada con los brazos en cruz. Luego se apartó caballerosamente para que ella entrara.

—Tu habitación. Exceptuando la mía, es la mejor de todas; pero si lo prefieres puedes elegir la que más te guste. ¡Tienes la casa a tu disposición!

David entró hasta el fondo para retirar las cortinas, de alegres y étnicos colores, y abrir las cristaleras y contraventanas exteriores que daban salida a la terraza que circundaba toda la mansión.

Miró encantada a su alrededor. Le gustaba todo lo que veía, especialmente la descomunal cama, con un mullido edredón de plumas blanco que invitaba al descanso.

—Aquí tienes la bañera que te prometí —le ofreció David abriendo la puerta más próxima a la terraza.

Alicatado hasta el techo en mármol rosa y blanco, y adornado con un gran despliegue de plantas verdes, contaba con todo aquello que ella pudiera soñar: acogedoras toallas y un albornoz de rizo americano, una bañera de estilo Victoriano y un lavabo encastrado en un mueble de obra.

David se acercó a ella y la sacó de aquel reducto de civilización que se moría por disfrutar. Sonriendo, abrió otra puerta.

—¿Qué hacen aquí mis cosas? —preguntó asombrada, hablando por vez primera desde que entró en la casa.

Allí, en el vestidor, colgaban impecablemente planchados y colocados todos aquellos absurdos trajes que Thomas había hecho que llevara a África «por si tenía que hacer para él gestiones especiales» y que ella había dejado empaquetados en el Hilton.

—¡Ah, sí! Se me había olvidado decírtelo. Como Dann tuvo que ir esta semana a Nairobi, cuando hablé con él por teléfono le pedí que trajera tu equipaje. Supuse que te haría ilusión poder usar otra ropa diferente a la que has llevado todo el tiempo en el safari.

—¡Claro que sí! ¡Muchas gracias! —repuso sincera y emocionada ante el detalle—. Al ver tu casa me he abochornado al pensar que no tendría una vestimenta adecuada. Ahora, gracias a las malas mañas de tu padre, podré ponerme algo más acorde con el entorno.

—Bien, pues hazlo. Tienes una hora para prepararte para la cena, pero no vayas a vestirte de gala, que sólo se trata de una cena íntima e informal —le dijo con mirada pícara, saliendo de la estancia.

Se quedó a solas. Volvió a examinar cada rincón de aquel maravilloso paraíso; después de tantas noches de tienda de campaña y autocaravana, aquello era la gloria. Abrió el grifo del agua caliente de la bañera y salió a la terraza mientras esperaba que ésta se llenara hasta los bordes.

La luna menguante apenas permitía vislumbrar el amplio jardín que se extendía al frente, en mitad del cual se adivinaba una piscina de fabulosas dimensiones. Apoyada sobre la balaustrada, encendió un cigarrillo y sintió el frío de la noche, pero prefirió aguantar y disfrutar del instante. Los rugidos lejanos de un león rasgaron el silencio, recordándole en dónde se encontraba realmente.

No le había escuchado y se sobresaltó al percibir su presencia. David se acodó en la baranda junto a ella.

—¿Qué haces aquí? ¿No te morías por un baño caliente antes de la cena? —preguntó al mismo tiempo que le quitaba el cigarrillo de los dedos para fumárselo él.

—¡Eh! ¡Devuélveme mi pitillo y no vuelvas a asustarme! —Él se limitó a reírse—. ¿De dónde has salido?

—De mi cuarto.

Mary miró en la dirección hacia donde él señalaba, distinguiendo la luz que se colaba a través del ventanal vecino.

—¿En esta casa no hay privacidad?

—En esta casa no estamos más que tú y yo. Las habitaciones del servicio no dan a este ala —repuso jocoso—. De todas formas creo que los muros de mi casa son mucho más discretos que la lona de tu tienda de campaña, así que no te quejes. ¡Al menos no son traslúcidos...! —continuó socarrón.

—¿Cómo que no son traslúcidos? ¿Quieres decir que te has pasado medio viaje espiándome en las sombras de mi tienda de campaña?

—Lo que quiero decir, es que si no te das prisa en bañarte, llegarás tarde —se

escabulló del interrogatorio haciéndola girar sobre sus talones y empujándola dentro de la habitación—. ¡Si a las siete y media no estás en el comedor, empezaré sin ti!

No volvió a salir. En lugar de eso, se despojó de sus sudadas y polvorientas ropas de aventura, todavía manchadas de sangre, y se metió en la bañera a toda prisa. Aquello era una bendición. Allí podía sentirse como en su propia casa, pero no disponía de demasiado tiempo para dedicarse a soñar, no sería de buen gusto hacerle esperar la primera vez que se dignaba a invitarla a una cena seria.

Enfundada en el blanco y suave albornoz, buscó sus enseres de aseo. Necesitaba acicalarse con la lógica coquetería de una veinteañera. Después de tantos días de duchas rápidas y ropas mal lavadas y sin planchar, quería disfrutar de un atuendo sencillo pero de corte caro y exclusivo.

«¡Gracias, Tom, por ser un cabrón manipulador!», pensó enfadada consigo misma. Jamás hubiera apostado ni un penique por ser capaz de expresar, ni siquiera para sí misma, esas palabras.

Se miró en el enorme espejo de la pared. La piel de su rostro, a pesar del favorecedor bronceado, estaba maltratada por el sol y el aire y mostraba múltiples imperfecciones que fue tapando, despacio, con un ligero maquillaje dorado que le aportó una nueva luminosidad. Se aplicó una suave sombra marrón en los párpados, una fina línea de kohl negro y curvó aún más sus larguísimas pestañas con rímel. Luego se pintó los labios en color anaranjado y espolvoreó colorete tostado bajo sus pómulos.

Todavía era temprano cuando se secó, alisó y remitió las puntas de la melena, dejándola suelta sobre los hombros. Volvió a contemplarse en el espejo, en el que no tenía que mirarse por partes, y se dirigió al vestidor.

Eligió un vestido de finísimos tirantes de seda salvaje color marfil. Era elegante a pesar de la corta falda y su simplicidad estaba en que el único adorno era un escote drapeado en uve, del que colgaba la tela recta, que se pegaba a su silueta. Buscó unas sandalias a juego de tacón alto y se colocó las pocas joyas que había traído consigo: una fina pulsera de oro blanco y brillantes, el reloj de oro y el ya conocido colgante. Ya eran más de las siete y cuarto.

Se perfumó ligeramente y salió decidida en busca del comedor.

Una vez en el *hall* se dio cuenta de que, finalmente, David no le había enseñado el resto de la casa, así que no tenía ni idea de dónde se encontraba el lugar de la cita. Agudizó el oído y distinguió la voz de David, lejana, que provenía de la derecha.

Abrió una puerta de doble hoja que llegaba hasta el alto techo y se encontró en una amplia biblioteca, repleta de libros a lo largo de toda la pared, colocados en interminables estanterías de madera de ébano. Del fondo salía una suave luz y le podía escuchar nítidamente. Flanqueó una amplia mesa de madera maciza que estaba en mitad de la sala, sobre una gran alfombra oriental, y se asomó a la habitación colindante con sigilo.

Allí estaba él, cómodamente sentado en un sillón giratorio de piel frente a una

mesa de despacho, rodeado de cientos de papeles y carpetas y sujetando el auricular del teléfono con el hombro mientras tomaba notas en una libreta y, con la otra mano, buscaba algo entre el caos de correspondencia que tenía delante.

Al verle tan ocupado se sintió una intrusa, invadiendo su privacidad sin invitación previa. Pidió disculpas apresuradamente y emprendió el regreso, tropezando contra uno de los diez sillones regencia que jalonaban la mesa de la biblioteca.

—Espera un momento Dann, enseguida vuelvo —le escuchó decir—. ¡Mary! ¿Adónde vas tan deprisa? —dijo a la vez que la ayudaba a colocar la silla que había estado a punto de tirar.

—¡Perdona!, no sabía que estabas ocupado. Escuché tu voz y pensé que el comedor estaba por aquí. No he querido interrumpirte.

—No me interrumpes. ¡Ven!, hablaba con Dann —continuó tomándola de la mano desenfadadamente y llevándola de nuevo hacia su despacho—. Enseguida termino e iremos juntos. Siéntate, en un minuto estoy contigo —sonrió, separando uno de los butacones que había frente a la mesa.

Cohibida, aceptó la invitación pero seguía sintiéndose una entrometida y no sabía cómo actuar. Empezó a mirar a su alrededor con el ánimo de no prestar atención a la conversación telefónica. La sala estaba flanqueada por estanterías repletas de libros y escaleras apostadas sobre ellas para acceder a los anaqueles más altos. Tras la mesa de David había una puerta cerrada. «Su habitación», especuló.

De día, aquella casa tenía que ser una explosión de luz y color. Kenia al completo debía colarse por todos los ventanales. Sacó un cigarrillo del bolso y le pidió permiso, con un gesto, para encenderlo.

El ambiente emanaba la fuerte masculinidad del propietario. David sacó un mechero de oro blanco y laca del bolsillo de su pantalón y le dio fuego a la vez que se despedía de su socio.

—Sí, perdona Dann, no te había escuchado. Creo que será mejor que hablemos mañana más tranquilamente. Dile a Evelyn que el sábado iré a almorzar con vosotros y que llevaré conmigo a una invitada. ¿De acuerdo?

Mary no supo lo que Dann Warter le decía al otro lado del cable, pero escuchó una sonora carcajada de David.

—Ya lo sabrás. Adiós, hasta mañana. —Y colgó a la vez que se la quedaba mirando fijamente a los ojos con una traviesa sonrisa.

—Creo que he interrumpido tu trabajo —se excusó ella—. Hubiera podido esperarte fuera para que hablaras más tranquilamente con tu socio.

—Estabas muy bien ahí, aunque, sin duda me hubiera centrado mucho más en mi conversación de no haberte tenido delante, porque he de reconocer que estás radiante con esta nueva imagen. No sabes hasta que punto has conseguido desconcentrarme.

Mary sintió calor en sus mejillas, pero no contestó. Acto seguido él se puso en pie y rodeó la mesa hasta colocarse a su lado, mientras se abrochaba los botones de la chaqueta azul marino que resaltaba contra el beige de los pantalones y el blanco de la

camisa. Ella le siguió con la mirada. Estaba muy atractivo. Aceptó el brazo que le ofreció y salieron juntos.

Después de atravesar varios salones, lujosamente amueblados, llegaron hasta el comedor donde les esperaba una mesa vestida con mantel de hilo, bajoplatos y cubertería de plata, vajilla de porcelana inglesa y cristalería de Bohemia. Un formidable centro de flores y candelabros con velas encendidas aportaban un ambiente íntimo.

Cenaron copiosamente, regando con abundante vino de Rioja las carnes que Joseph iba sirviéndoles. A los postres ambos se sentían alegres y distendidos, haciendo planes para la jornada de descanso que disfrutarían al día siguiente.

## CAPÍTULO 15

*La espina saldrá por donde entró.*  
(PROVERBIO BAMILEKE - CAMERÚN)

**Londres**— Es asombrosamente terrorífico comprobar con qué precisión unos pocos, desde sus despachos, mueven los hilos de un montón de jefes de estado que se creen los artífices del destino de sus países y que, sin embargo, no son más que marionetas dirigidas por titiriteros mucho más poderosos que ellos.

Y si lo que hicieron con la ocupación de Irak daba miedo, que se prepare el mundo. La nueva «Misión Olympto» es mucho más pavorosa. Lo que ahora están pergeñando para cuando China deje de estornudar —bueno, realmente llevan un montón de meses haciéndolo— no es otra cosa que la III Guerra Mundial. El único problema es que tienen que conseguir que todo esto sea creíble sin que se les vea el plumero.

Como siempre, soltarán sus hediondos excrementos lejos de casa, claro está. Y ya tienen decidido dónde instalarán el próximo vertedero, en esta ocasión Irán ha sido agraciado con el premio gordo de la lotería.

*(Entrada del 15 de diciembre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Silkford Lodge - Kenia.*  
*20 de enero de 2011*

—Tomaremos el café en el salón —dijo David a su mayordomo a la vez que separaba la silla de Mary para que se levantara y dirigirse ambos hacia la habitación colindante.

La sala era enorme. Amplios ventanales bordeaban la estancia que estaba situada a dos alturas. Él la condujo frente a la chimenea que había en la parte baja, donde Joseph colocó el servicio de café sobre una pequeña mesa de cristal, retirándose a continuación.

La temperatura era agradable, pero aun así David se dispuso a encender los leños que estaban preparados. Enseguida crepitaron con un alegre chisporroteo.

Mary le observó repanchingarse, relajado, en el medio del cómodo sofá color burdeos al tiempo que con un pie acercaba el escabel de una butaca orejera que había al lado y colocaba las piernas encima. Cerró los ojos y se aflojó el nudo de la corbata.

Se le veía tan dueño de la situación como siempre. Daba igual que estuviera sentado en un salón que haría las delicias del británico más estirado y exigente, dando órdenes a un grupo de eficientes sirvientes, que en mitad de la sabana africana, rodeado de incomodidades y dando cuenta con las manos de un poco elaborado menú que él mismo había ayudado a cocinar.

Era como un camaleón. Tenía el poder de adaptarse a las circunstancias con una seguridad absoluta... Le admiró en silencio.

Disfrutando de aquella cómoda escena hogareña, se arrodilló sobre la alfombra y sirvió dos tazas de humeante café negro. En la suya puso tres terrones y echó sólo uno en la de él, removiéndolo con una cucharilla mientras se la tendía con una alegre sonrisa.

Él abrió los ojos para cogerla antes de que ella dijera ni una sola palabra mientras hacía un elocuente gesto con la otra mano.

—Ven, siéntate aquí y ponte cómoda. Ha sido un día duro, ¿verdad?

Ella tomó asiento a su lado, justo donde él le había indicado, con un movimiento envarado; apoyándose sólo ligeramente en el borde, sin relajarse contra el respaldo. Cogió la taza y sorbió un trago. El líquido, hirviente, le hizo dar un respingo.

—¿Tienes frío? Enseguida habrá un buen fuego.

—No, estoy bien, pero me encanta que hayas encendido la chimenea... Todo esto es tan acogedor después de tantas noches a la intemperie.

—Bien. Me alegra que estés cómoda, quiero que te sientas tranquila y relajada. Voy a poner música, que dicen que amansa a las fieras —bromeó, dirigiendo un mando a distancia hacia un mueble donde, al parecer, se ocultaba un equipo musical del que empezaron a brotar los acordes de un grupo de folklore del país—. ¿Te gusta esto?

—Sí. Así no me olvido de que estoy en Kenia.

—¿Qué tiene de malo Kenia?

—Nada, ¡me encanta! Lo que ocurre es que me ha sorprendido tanto tu casa..., no esperaba que fuera así.

—¿Cómo la esperabas?

—No sé. Más africana, menos inglesa. Quitando tu toque personal, diría que ésta podría ser la propiedad de cualquier británico. ¡Incluso tu padre se sentiría a gusto aquí!

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

—¡En la Gloria! —repuso sin pensárselo dos veces—. Es un lugar encantador donde cualquiera podría perderse el resto de sus días.

—¡Perfecto! Entonces relájate y disfruta —dijo, tirando de ella hacia atrás hasta que consiguió que su espalda se apoyara contra el respaldo—. No estés tan tiesa, mujer...

Mary se dejó llevar. Había sido un día muy difícil. Todavía tenía los nervios a flor de piel y la cercanía de David la ponía especialmente nerviosa. Lo que no era extraño

si tenía en cuenta que, en un ataque de sinceridad, esa misma mañana había reconocido ante sí misma que estaba enamorada de él. Algo que sabía desde hacía días pero que no se había atrevido a admitir hasta que no creyó que le habían matado.

¿Y qué hacía ahora con esa impactante información? Cerró los ojos y suspiró.

David le quitó la taza de las manos.

—Creo, *milady*, que no es buena idea que tomes este café. Se te ve nerviosa y cansada. Si te bebes ese brebaje no vas a pegar ojo en toda la noche.

—No estoy nada segura de que vaya a poder hacerlo de todas las maneras.

—¿Por qué?

—Demasiadas emociones para un solo día —repuso sincera—. Es cierto que estoy nerviosa. Nerviosa y extraña.

—Es normal. Matar dragones no es un trabajo fácil, cielo. Ven —dijo girándola por los hombros y obligándola a que se recostará sobre el brazo del sofá—, vamos a hacer que desaparezcan parte de esos nervios.

—¿Qué vas a hacer?

La mirada de Mary era de alarma total. Él se limitó a sonreír y a agacharse para cogerle las piernas y hacer que las subiera sobre sus rodillas.

—Darte un masaje en los pies.

Tenía unos pies pequeños, delgados y huesudos; suaves como los de un bebé, con las uñas de los dedos recortadas y pintadas de rojo pasión. Después de tantos días sin haber registrado en Mary ni un solo signo de coquetería femenina, que esa tarde se hubiera maquillado y hecho la pedicura era algo que no sabía cómo reconciliar con la nueva personalidad que había descubierto en ella.

Desde luego no podía decir que le desagradaba. Siempre le habían gustado las mujeres que se preocupaban por agradar al hombre que tenían cerca, aunque la faceta salvaje y natural de Mary le había subyugado totalmente.

Desabrochó las tiras de las elegantes sandalias de altísimo tacón de aguja y la escuchó suspirar aliviada mientras comenzaba a darle un relajante masaje.

Le envolvió el pie derecho con una mano, presionando con el pulgar sobre los huesos superiores, al tiempo que con la otra lo masajeaba, de abajo arriba, demorándose en la punta de cada uno de los finos y delicados dedos de la joven.

—Ummm, qué gusto... —Cerró los ojos—. ¡No tenía ni idea de que tuvieras estas capacidades secretas, David!

Y tenía más capacidades que ella desconocía pero que estaba dispuesto a demostrarle enseguida.

Lo cierto es que no sabía cómo iba a tomarse lo que pensaba decirle. Le daba pavor la respuesta, tanto si aceptaba su propuesta como si se oponía a ella totalmente.

Llevaba todo el día dando vueltas al asunto. Buscando la mejor fórmula para planteárselo, pero aún no había dado con ninguna idónea y el tiempo se acababa. Era una cuestión difícil para ambos. Sin embargo, para Mary era imprescindible que ese paso lo diera hoy; el mismo día que había visto morir al demonio que le había



destrozado la vida y antes de que descubriera si Augain sería capaz de regresar a sus sueños aun después de muerto.

Dejarlo siquiera un día más sería un error que tarde o temprano pagaría. Lo harían ambos, puesto que él se había empeñado en ser la persona que le ayudara a recorrer aquel camino tan complicado.

Llevaba varios minutos aplicando aquel masaje y Mary había perdido parte de la rigidez de su rostro. Sonreía y respiraba con tranquilidad. No tenía ni idea de en qué estaba pensando, pero parecía algo agradable.

Dejó los dedos y comenzó a trabajar los costados de los pies, aplicando sabias rotaciones ascendentes que alternaba con estudiadas presiones y pellizcos en el tendón de Aquiles con el índice y el pulgar.

—*Misichana nzuri* —interrumpió la placidez del momento con voz ronca— hay algo más que deberías hacer esta noche...

—Umm.

—Cariño, hoy has cerrado la puerta de un triste episodio de tu vida para siempre, pero todavía no le has dado carpetazo.

Mary se puso en tensión. Lo notó bajo sus dedos.

Colocó las manos a ambos lados del tobillo y empezó a dibujar pequeños círculos con los pulgares, friccionando de adentro hacia afuera, hasta que notó que volvía a relajarse de nuevo. Subió por el empeine, haciendo pequeños surcos desde el dedo gordo hasta el tobillo y volvió a masajear en el talón.

—¿Qué quieres decir?

—Que sabes que aún te queda un último dragón que matar y que lo mejor es que lo hagas hoy. No sería nada inteligente por tu parte dejar que siga creciendo.

—No te entiendo —intentó escabullirse Mary del tema—. Hoy no estoy ni para matar mosquitos, así que mejor me voy a la cama.

Sujetó el pie, abarcándolo con una mano y presionando nuevamente los dedos, de uno en uno, con la otra; era como si estuviera dándoles cuerda.

«¡Oh, qué placer!». Pero... ¿no podía estar insinuando lo que pensaba! —meditó medio abstraída por el bienestar que proporcionaban aquellas manos—. No pretendería que se fuera a la cama con él, ¿verdad?

—Oh, oh... ¿Me vas a obligar a que te lo diga con todas las letras, Mary? ¿O me estás diciendo que lo has entendido y que mejor discutimos los términos en la cama?

—David... —El nombre sonó trémulo.

—Escúchame, cielo —dijo sin soltar su pie y presionando en los puntos que él sabía que darían los resultados que pretendía—, no voy a engañarte y a decirte que no me muero por ser yo quien atravesase este puente contigo, pero de todas formas no tienes a otro hombre a mano y es imprescindible que lo hagas hoy. Dudo que Karen te deje a Joseph —sentenció, procurando quitar hierro al tema y bromeando.

Ella intentó incorporarse pero, desde luego, él no tenía ninguna intención de dejar que lo hiciera, porque siguió martirizándola con aquel decadente masaje, tan

aparentemente inocuo pero que había despertado en ella un cosquilleo extraño en ciertas partes de su anatomía, que aún no sabía si calificar de inquietante o de desagradable.

El miedo le atenazaba el estómago y, aunque de alguna manera sabía que él tenía razón, no era capaz de reaccionar ante semejante propuesta. Lo cierto es que le costaba trabajo, incluso, enlazar varias líneas de pensamiento sin que se abandonara al bienestar que estaba sintiendo.

«¡Por todos los santos!, si es capaz de hacer esto tocando uno solo de mis pies, ¿qué me estoy perdiendo? ¡Qué dedos! Lo mismo acabo derretida como un helado en el microondas...».

La verdad es que, después de su autoconfesión, había llegado a plantearse ser ella la que le hiciera aquella proposición, pero su cobardía se lo había impedido. Y eso que se había atrevido a pedirle un beso. El primero que ella había solicitado a un hombre en toda su vida. ¡Y Dios era testigo de que lo había disfrutado!

¿Pero sería capaz de llevar a buen término lo que él le proponía?

En otras ocasiones se había obligado a irse a la cama con algún hombre y lo había conseguido sin hacer ningún tipo de escena. Al cabo de un rato, éste había acabado satisfecho y convencido de que ella había alcanzado el séptimo cielo. ¡Qué magnífico paripé! Sin embargo los resultados reales habían sido tan desalentadores y la habían dejado con un regusto tan amargo en la boca, que no quería que le ocurriera lo mismo con David.

Suponía que ya no había marcha atrás y que lo mejor era abordar aquella conversación con toda la sinceridad de la que disponía en su franco corazón.

—Está bien, hablemos sin tapujos, David —dijo por fin sacando fuerzas de flaqueza y haciendo gala de toda su valentía—, sé que lo mejor es que hoy, cuando todavía el cuerpo de mi violador está caliente, acabe con todos mis fantasmas y mantenga relaciones sexuales y, a ser posible, que sean satisfactorias.

Intentó incorporarse una vez más y él volvió a impedirselo.

—No, quédate donde estás. Sabes que no voy a hacer nada que tú no quieras; pero este masaje te gusta, ¿verdad?

—Sí, me gusta.

—Bien, de momento sólo estamos hablando, así que puedes seguir haciéndolo tumbada.

Acto seguido, David extendió sus enormes manos y aferró con suavidad todo el arco de pie moviendo los huesos suave y rítmicamente.

«Ohhhhhh», cerró los ojos y se deleitó en la sensación.

Estaba segura de que, si no fuera porque no dudaba ni un minuto que era la frígida irredenta que siempre le habían acusado ser, quizá podría haber disfrutado el primer orgasmo de toda su vida. E incluso, tal vez lo hubiera hecho si no fuera por el vergonzoso tema que estaban tocando.

—Como quieras, David. Pero esta conversación es, como mínimo, incómoda. Si

te soy sincera, yo misma he pensado hoy en proponértelo, pero tú sabes tan bien como yo que lo más fácil es que ambos salgamos malparados de esto.

—Bueno, preciosa, eso es algo a lo que yo estoy dispuesto a arriesgarme. Sólo falta saber si tú tienes de verdad esas agallas de las que tanto presumes.

Había aprendido que retarla era la mejor manera de que tomara decisiones precipitadas. Y en ese momento le interesaba que no pensara demasiado en las consecuencias.

—Creo que en este caso no es cuestión de agallas...

—Claro que sí. Sólo tú puedes tomar esta decisión y sabes que necesitas a un hombre para conseguirlo. Un psicólogo puede ayudarte a acercarte a la persona con la que lo puedas compartir, pero nunca hacer la parte que a éste corresponde. Me encantaría que me dejaras ser ese hombre...

—¿Y si me quedo bloqueada en el camino, como siempre me ha ocurrido?

—Paramos.

—No serás capaz.

—¡Ponme a prueba!

—David, es un riesgo innecesario.

—Verás, vamos a hacer una cosa... ¿Sabes lo que es una palabra segura?

—Sí. —Él arqueó las cejas esperando que se lo explicara para estar convencido de que sabía de qué hablaba—. La única palabra que yo dijera que te haría detenerte inmediatamente.

—Exactamente. Me detendré en el momento en que tú la digas, estemos en el punto que estemos.

—¿Y si no paras?

—Pararé. ¿Cuál es esa palabra?

David decidió dar un empujón a la balanza a fin de inclinar el fiel en la dirección que él quería. Completamente decidido a ganar, optó por una apuesta arriesgada: arqueó la espalda y se aproximó a aquellos dedos tan apetecibles. Luego subió a su boca el pie de la muchacha y, antes de que ella fuera capaz de averiguar qué pretendía, abrió los labios y empezó a succionar aquel dedillo gordo de uña manicurada que empezaba a volverle loco.

«¡Virgen Santísima! ¿Qué me estás haciendo?», gritó Mary mentalmente.

Sentía el lametón y aquella lenta y sinuosa succión en otras partes de su cuerpo que no tenían nada que ver con el lugar donde él las estaba aplicando. Un dolor sordo y anhelante, que partía de algún punto intermedio entre sus muslos, se extendió por todo su cuerpo como si fueran picotazos de cientos de abejas.

Empezó a sudar. Necesitaba algo. Necesitaba más. Se sentía más frustrada que un vagabundo en el desierto y necesitara un oasis para sobrevivir.

—¡Desierto! —dijo, inconscientemente, aceptando el reto.

David respiró aliviado al comprobar que, por fin, Mary estaba dispuesta a arriesgarse. No se había dado cuenta de lo expectante que se había quedado tras

formular la última pregunta hasta que no escuchó la respuesta y exhaló.

—Bien, entonces cuando digas «desierto», yo me detendré. Te lo prometo. Mientras, digas lo que digas, seguiré avanzando hasta que consigas un orgasmo, ¿de acuerdo?

—Tengo miedo, David.

—Y yo, cielo —reconoció.

Mary no quería pensarlo mucho más rato. Si lo hacía se echaría atrás y saldría corriendo a esconderse, como siempre, incluso de sí misma.

—¿Vamos ahora? ¿En mi habitación o en la tuya? —dijo Mary haciendo acopio de valor. Los malos tragos, mejor pasarlos cuanto antes.

Él no pudo evitar reírse.

Siempre haciendo frente a los retos con aquella irresponsable impetuosidad. Pero no. Ahora no podía dejar que ella empezara a ver aquella cuestión como si fuera una mártir esperando a que el verdugo prendiera la pira a la que había sido atada.

—Relájate, *misichana nzuri*. Sabrás cuándo y dónde, te lo juro; pero ahora no pienses en ello. Puede que sea ahora, dentro de una hora, mañana o nunca. Dale una oportunidad a la improvisación, cielo. Éste es un camino que hay que recorrer despacio y sin un plan de ruta marcado.

—David, cuanto antes lleguemos al final del camino, mejor. No sirve de nada hacer un calvario de algo que sabes que tienes que recorrer tarde o temprano.

—Pero, es que es muy posible que ni siquiera lleguemos al final la primera vez, cariño. Cálmate y deja que sea yo quien me encargue de todo, ¿de acuerdo? Yo sólo necesito tu permiso y tú la seguridad de que tienes la clave para detenerlo cuando quieras.

—Vale. —Su voz sonaba casi avergonzada al cabo de unos segundos.

Ambos se quedaron en silencio. Las notas de la música tribal retumbaron en el ambiente, sumergiéndoles en sus respectivos pensamientos.

Tenía que convencerla de que aquella misión no requería de un éxito absoluto. Que creyera que ni siquiera intentar terminar la tarea era la mejor manera de hacerlo. Entre otras cosas, porque era muy posible que realmente no pudieran acabarla.

—¿Y si todo falla? —rompió Mary el silencio al cabo de unos minutos.

—Si falla no pasa nada. Dormiremos abrazados y lo intentaremos otro día. Cualquier otro día. Quizá no mañana, ni pasado; sólo otro día en el que ambos queramos volver a probar.

—¿Por qué haces esto, David? Arriesgas demasiado...

—Mary, te mentiría si te dijera que no hay un componente egoísta en la respuesta. Y porque, aunque es cierto que me matas de deseo, hay una parte que tiene muy poco que ver sólo con, perdona que sea tan vulgar, follar, y sí mucho con que yo también tengo un dragón al que matar, cariño.

—¿Un dragón, David? ¿Tú?

—Todos los tenemos, cariño. El mío tiene mucho que ver con el motivo por el

cual no quiero llevar mujeres a mis safaris. ¿Quieres conocerlo?

David ignoraba el motivo por el que iba contarle aquel episodio tan desafortunado, pero era el único que le venía a la cabeza y, en el fondo, uno que quería relatar y con el que estaba seguro que ella dejaría de pensar que iba a ser seducida en cualquier momento.

No quería que estuviera tan tensa.

Mary tenía que relajarse o aquello no funcionaría jamás. Además, aunque quisiera, él no podía abordar aquello de una manera fría y calculada. Ambos necesitaban partir de un punto más reposado.

Aquél era el episodio perfecto. Un cebo lo suficiente atractivo como para que la muchacha picara y un recuerdo lo bastante desagradable y desasosegante para que, cuando terminara de relatarlo, quisiera olvidarse de todo en los brazos de una mujer infinitamente menos cizañera.

Si lo que estaban por hacer era una ablución y él iba a ser el maestro de ceremonias, sería bueno que también resultara purificadora para él mismo.

Necesitaba a una mujer que le hiciera olvidar la maldad que entraña el alma de algunas personas, cualquiera que fuera su sexo, cuando se trata de establecer relaciones a un plazo algo más largo de veinticuatro horas.

No sabía cómo no se le había ocurrido aquella solución después de tanto tiempo. Quizá porque jamás se había planteado buscarla.

Habían pasado cuatro años desde que todo aquello ocurrió, pero desde entonces, cada día estaba más convencido de que una mujer era incapaz de otorgar a otra persona, salvo a sus propios hijos, algo puro a cambio de nada.

Y teniendo en cuenta que él jamás había pretendido amor ni tampoco hijos, todo el sexo que ellas le habían ofrecido había sido aceptado y satisfecho con el mismo pago. Ése era el único intercambio que aceptó de las féminas a partir de aquel día. El resto no valía la pena. Y desde ese momento, la carga de una mujer en sus expediciones era impensable.

Ella le miró escéptica. ¿Se habría dado cuenta de lo que pretendía? Era muy posible. Pero también podría apostar, y ganaría, que iba a caer en la trampa.

—Claro que quiero conocer el motivo pero ¿por qué, precisamente ahora, me lo cuentas sin que yo te pregunte después de todas las veces que lo he hecho y tú me has negado la respuesta?

—Porque ahora quiero responder.

—Y porque sabes que soy una cotilla y tu único objetivo es entretenerme y que deje de pensar, ¿verdad? —sonrió.

—No sólo por eso. —No se molestó en negar la evidencia—. Pretendía ponerte en antecedentes sobre el lugar de partida donde me choqué de bruces con mi propio dragón...

—Ah, vaya —aceptó la explicación, confusa—. Pues si crees que la localización de tu propio dragón nos pilla de camino en la búsqueda del mío, ¡adelante!

Se arrellanó en el sofá para mantener aquel conato de absurda conversación, todavía tumbada, y retiró el pie que hasta hacía pocos minutos él había devorado para ofrecerle el otro.

Él la miró complacido y se dispuso a satisfacerla.

—Supongo que la culpable de todo es una mujer en concreto, ¿verdad? —le incitó a que empezara el relato.

—Sí. Una alemana llamada Ingrid que, con su actitud, consiguió matar a su marido y casi acabar con la vida de todos los que íbamos en aquella expedición.

Y, sin apenas darse cuenta, mientras continuaba con el imparable masaje, se abandonó a los detalles. Hacía años que no se lo contaba a nadie, pero aquellos recuerdos regresaban a su mente, y sobre todo a sus sueños, con mucha más frecuencia de lo que a él le hubiera gustado.

La historia de aquel matrimonio de zoólogos alemanes, que habían contratado sus servicios para hacer un estudio exhaustivo sobre el elefante africano y su hábitat en el Parque Nacional de Tsavo, de alguna manera le había marcado para siempre.

Ingrid era apenas una veinteañera de apariencia agradable y hechos sombríos, que había buscado medrar a la sombra de un eminente catedrático de la Universidad de Hamburgo que ya había cumplido la cincuentena y gozaba de gran reputación. El hombre cayó en la trampa del tálamo nupcial bajo el influjo de aquellos enormes y fríos ojos azules.

Él, Walter Hoffman, era un hombre honorable a pesar de aquel aspecto de ratón asustado, de pelo ralo y ojillos parduscos, que había sucumbido al deseo y abandonado su metódica vida, dedicada al estudio, para complacer a una falsa valquiria artera y ladina.

Para David todo resultó demasiado obvio desde el principio y, casi como una premonición, supo que aquel trabajo acabaría mal cinco minutos después de haber firmado el contrato de servicios. Pero, en aquella época, tanto él como Dann aceptaban o desestimaban los trabajos según éstos les facilitaran sus respectivas misiones para el Servicio de Inteligencia Británico. Y aquél le venía muy bien.

Las intenciones de los Hoffman eran una locura, puesto que el área que habían elegido era muy insegura debido a la continua guerra entre los cazadores furtivos somalíes y el ejército keniano. Lo que no hizo cambiar de opinión a la calculadora Ingrid, que era la clásica mujer capaz de explotar su condición hasta la saciedad, para forzar a su esposo a hacer su voluntad.

Levantaron el campamento al norte del río Galana, donde encontraron una manada que cumplía con los requisitos de los zoólogos. Cada día escuchaban los tiros de las carabinas somalíes con la esperanza de que se mantuvieran tan lejos como parecían estarlo, pero la diosa Fortuna no quiso acompañarles y, una noche mientras dormían, llegaron a pocos metros de sus tiendas.

Aquella vez tuvieron suerte y no fueron descubiertos pero, al amanecer, el panorama era tan desalentador que David todavía podía sentir el hedor de la sangre y

ver, en el reflejo de las llamas de la chimenea, la maleza teñida de rojo y las enormes moles de más de una docena de animales yaciendo esparcidas por el suelo. Se habían llevado los colmillos y habían dejado allí sus cadáveres para que las fieras y los carroñeros se dieran un succulento festín.

Cualquiera con dos dedos de frente hubiera regresado a Mombasa de inmediato. Cualquiera menos Ingrid, que supo los resortes que tenía que apretar para convencer a su marido para quedarse allí.

Pero convencer al guía era algo más complicado, así que no dudó qué armas utilizar para conseguirlo. Y, aquella noche, mientras permanecía acostado en la parte trasera del camión sin poder conciliar el sueño —después de que él hubiera enviado de regreso a sus ayudantes—, apartó con sigilo la lona del remolque y llegó desnuda hasta su lecho, altiva e insinuante, con la intención escrita en el rostro.

—¡Hombres...! —interrumpió el relato, anonadada, Mary.

La mirada de David estaba perdida en el infinito. Su rostro era una mueca indescifrable que reflejaba el dolor padecido en aquellos momentos. Su voz, más ronca y profunda de lo que ya era de por sí, relataba los hechos con una frialdad que hubiera helado la sangre en las venas a un esquimal.

—Todavía no puedo entender cómo me dejé persuadir, pero el caso es que caí en la tentación —continuó—. Dos horas más tarde, mientras todavía permanecía abrazado al cuerpo sudoroso de ella, el crujir apagado de la maleza me despertó. Hice a un lado una esquina de la cubierta y distinguí a un hombre que entraba en la tienda donde Walter dormía ajeno a nuestra traición y que ella había dejado abierta hasta su regreso.

—¡Qué horror!

—Un grito rasgó la noche y todo quedó en silencio al instante. Luego pude ver cómo un nativo, ataviado a la europea, arrastraba hasta el exterior el cuerpo sin vida del profesor alemán. Yo salté a la cabina del camión todo lo deprisa que pude, puse en marcha el motor, encendí las luces y nos dimos a la fuga a toda velocidad seguidos por los disparos de tres somalíes iracundos.

Mary no sabía qué decir. Había escuchado en silencio, acunada entre el horror que le provocaban las rudas palabras de David y el placer que estimulaba su cuerpo a través de las sensaciones que él despertaba con aquel cadencioso masaje que no había dejado de aplicar mientras hablaba.

Sentía una profunda pena en el alma. Por los animales tan brutalmente masacrados, por la reputación herida del guía, por la innecesaria muerte del eminente y traicionado catedrático de zoología y, sobre todo, por el mal lugar en el que la egoísta alemana había dejado al sexo femenino.

Ahora entendía un poco mejor la prevención que David tenía contra las mujeres en los safaris y comprendía algunas cosas. Quería consolarle, pero no sabía cómo hacerlo.

Se incorporó en el sillón. Encendió un cigarrillo y se lo puso en los labios. Luego

rellenó el vaso con la botella de *whisky* que Joseph había dejado en la bandeja, se lo tendió y le cogió la mano.

—Aquello ya pasó —intentó sacarlo de la vorágine de desagradables recuerdos —, y supongo que tuvo que ser muy duro para ti. Ingrid era una mujer ambiciosa y sin escrúpulos, pero no todas somos iguales.

—¡Afortunadamente, *milady*! —dijo acercándola a su cuerpo con un brazo y acariciándole el pelo con una amarga sonrisa.

Mary se asombró al comprobar que se había acercado tanto a él. Estaba prácticamente encima de su regazo pero, lo más curioso de todo es que aún no le parecía que estuviera suficientemente cerca. David ya no le masajeaba los pies, había apagado el pitillo en el cenicero, dejado el vaso sobre la mesa y subido su mano a las piernas, donde ahora hacía torturantes círculos en sus tobillos, en las pantorrillas y en las corvas.

Suponía que él no era muy consciente de lo que hacía, parecía estar envuelto en aquello que le atormentaba y ella quería que sólo estuviera centrado en ella. No iba a dejar que la tal Ingrid ocupara ningún espacio esa noche entre ellos dos. Ni Ingrid ni ninguna otra mujer. Y supo qué tenía que hacer para conseguirlo.

Haciendo palanca con los talones, se ayudó con los brazos y se subió a sus piernas para arrellanarse entre ellas y cogerle la cabeza con las manos para hacer que se aproximara a su boca.

David se la quedó mirando, confuso primero y divertido después. Dejó que le besara y respondió a su oferta, excitado como pocas veces lo había estado en su vida. Aquella reacción había sido toda una sorpresa y muy, pero muy agradable.

Después de todo lo que le había contado, esperaba cualquier cosa menos su consuelo.

—¿Qué haces aquí, *milady*? —preguntó, totalmente repuesto, cuando ella dio por finalizado aquel beso que él dejó que liderara.

—Um... Creo que es obvio. Te estoy besando.

—Sí, ya me he dado cuenta, cariño. Y tengo intención de aprovecharme de la situación, pero sólo te hago ver que te has encaramado solita en mi regazo y no pienso dejarte ir, claro.

—¿Te ha molestado?

—Me ha encantado, Mary. Puedes seguir besándome todo lo que quieras. —Pero él ya se había hecho con el control de la situación—. ¿Quieres hacerlo de nuevo?

Ella lo hizo y él se limitó a responder a aquel beso, tímido al principio pero que, poco a poco, fue cogiendo confianza hasta amenazar con la contención que tenía. Cuando terminó, ella le había besado como si estuviera muerta de hambre y aquél fuera su único alimento. Probándolo, degustándolo y estirando la sensación hasta que ya no quedaba posibilidad de alargarlo ni un segundo más. Luego había vuelto a empezar.

David sintió que los pilares de su existencia se estremecían. Tenía los dedos de



una mano curvados sobre su largo y sedoso pelo y con la otra acunaba uno de los pechos, rozándole el pezón con el pulgar.

De pronto escuchó un gemido ahogado que salía de la aquella pequeña boca torturadora. Se apartó de ella con cuidado.

Notaba el calor del cuerpo de la joven, traspasando el tejido del vestido y calentándole la sangre y el alma. Había sido toda una conmoción comprender que no llevaba sujetador. Tenía que mover la mano de allí o aquello iría demasiado deprisa y la asustaría.

No necesitaba recurrir a los lugares más obvios para excitarla. Él sabía que había otros puntos, igual o más erógenos que aquéllos, que permitirían que Mary se creyera más segura con las sensaciones hasta que fuera demasiado tarde. Hasta que necesitara más. Hasta que pidiera más.

Bajó la mano con la que moldeaba aquella curva irreverente para dejarla abierta sobre el estómago. Era tan menuda que casi podía cubrir por completo el abdomen con sus largos dedos.

Encontró el hueco del ombligo e introdujo el meñique. Lo moldeó con cuidado, rodeando el hueco y haciendo que la yema del dedo se demorara en los bordes. Soltó el mechón de pelo que sujetaba con la izquierda, dejándolo escurrir como agua tibia, y arrastró el pulgar por el contorno de la mandíbula hasta rozar la comisura de la boca. Dibujó con la uña aquellos labios, exuberantes e inflamados por los besos, y la miró a los ojos. Eran azules, con pequeños reflejos de verde que parecían fundirse con el color dominante hasta darle ese matiz, casi turquesa, de las profundas aguas del océano.

No reflejaban ningún temor, sólo anhelo y expectación intentando averiguar cuál sería su próximo movimiento. ¡Perfecto! Así justo es como él la quería, centrada exclusivamente en sus caricias.

Mary sintió aquel roce en lo más profundo de su alma. Un calor casi insoportable que la instaba a abrir la boca y dejar que el fuego de su interior saliera de ella con un gutural sonido de complacencia. Pero no podía permitirse hacer ningún ruido, rompería el hechizo. Lo retuvo en su pecho con una fuerte inspiración.

Los párpados le pesaban y sentía que las pestañas tiraban de ellos sin poder retenerlos por más que David la tenía casi paralizada con aquella mirada profunda que, de nuevo, había adquirido el color de la antracita.

Aquella caricia, junto a la intrusión que notaba en su abdomen, iba a hacerle perder la compostura. ¡Dios, necesitaba respirar!

Y lo hizo. Con un fuerte jadeo, que escapó antes de que pudiera detenerlo cuando, despacio y sin perder el contacto con su cuerpo, él bajó la mano desde su cara a lo largo del cuello y la pasó por el valle entre sus pechos, rozando apenas con la punta de un dedo uno de sus descarados pezones que, de pronto, habían decidido tener vida propia y se erigían desafiantes contra la seda del vestido mortificándola con el suave contacto.

Se rindió y cerró los ojos, recreándose en las sensaciones. Él había cambiado el tacto de aquel dedo explorador en su boca por otro más húmedo, más caliente. Ahora dibujaba el contorno de su sonrisa complaciente con la punta de la lengua.

—Eres preciosa, *milady* —dijo por fin con voz rasposa—. Voy a ahogarme, me quitas la respiración —susurró mientras tiraba del ya flojo nudo de la corbata con la mano.

Alternaba las palabras con suaves toques de su lengua, húmeda y resbaladiza, seguidos de delicados mordiscos en la blandura de su labio inferior.

Estaba enloqueciéndola. ¿Por qué no la besaba de una vez? ¿Y por qué no seguía acariciándola con la mano que acababa de quitar de su cara? Lo que le hacía en el ombligo y en el estómago era maravilloso.

Si le ayudaba acabaría antes y podría volver a sentir ambas manos. Estiró las suyas y las llevó a aquel nudo de seda que tanto incordiaba. Él echó la cabeza hacia atrás y se dejó hacer con una sonrisa embelesada en los labios.

Ella desató la tela, rozándole la piel del cuello con sus largas uñas. Despacio primero. Cuando sintió que él movía la mano de su estómago y sustituía las caricias del meñique por el pulgar, empezó a ir más rápido. Había bajado los dedos y la palma presionaba sobre su vientre. Sentía calor allí, mucho. Estaba ardiendo.

Y cuando aquel meñique inquisitivo rozó el borde superior de su tanga, de pronto tuvo prisa. ¿Por qué no se soltaba aquella corbata de una vez?

Tiró de uno de los extremos y lo sacó por completo. ¡Por fin! Apartó la prenda a un lado y le desabrochó dos botones.

David suspiró y sintió un nuevo tirón de la ingle. La errática respiración de la muchacha, exhalada trabajosamente sobre el pequeño retazo de carne que iba dejándole al descubierto, le provocó una convulsión general.

Mary ya había notado antes la presión de la erección contra su muslo pero, de pronto, aquello pareció adquirir vida propia. Algo lo había hecho saltar y crecer. Lo supo tan pronto percibió el nuevo empuje contra la parte inferior de su nalga. Parecía acero hirviente. Y ella había sido quien lo había inducido. Debería haberse alarmado pero, contra todo pronóstico, se sintió complacida y... oh, sí, eso también, ¡poderosa!

De pronto sintió la necesidad de tocar aquella piel morena que había visto cientos de veces acariciada por el sol. ¿Estaría tan caliente como la suya?

Metió los dedos entre la tela y los desplazó sin prisa sobre la parte superior de los pectorales. David jadeó. Envalentonada con los resultados, y pensando que necesitaba más espacio sobre el que pasear su curiosidad, desabrochó dos botones más.

Él no pensaba detenerla, pero tampoco quería arriesgarse a que quisiera parar cuando se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Mejor entretenerla.

Llevó sus manos de nuevo a la cabeza y le frotó la nuca. Rozó delicadamente con las uñas la base del pelo y la atrajo hacia él para poder recorrer la curva de aquel largo cuello con la boca, hasta detenerse sobre la oreja. Mordisqueó el lóbulo y respiró sobre ella, humedeciéndola con los labios, contorneándola y, por fin, haciendo

que la lengua penetrara con suavidad en el interior. Se apartó un poco y sopló despacio.

—Me vuelves loco —susurró—. Quiero besarte hasta dejarte anhelante y ansiosa. Saborear cada centímetro de tu piel y mirarte a los ojos mientras lo disfrutas.

Mary soltó un pequeño quejido áspero. Escuchar esas palabras iba a hacerla perder la razón. Nadie jamás le había dicho nada similar. Quiso recompensarle de alguna manera. Nerviosa, le rozó una tetilla con dedos temblorosos.

—¡Oh, cariño! Para. No me toques o no duraré mucho, y necesito que dure para disfrutar de tu tacto hasta que esté ahíto. Mientras, relájate y siente. Sólo mírame. No dejes de hacerlo. Tus ojos son más poderosos que ninguna otra caricia, y quiero ver en ellos lo que sientes.

Por Dios, ¿qué le estaba diciendo? Ningún hombre había sido capaz de excitarse sólo acariciándola y mucho menos mirándola. Siempre pedían que hiciera algo; que los tocara, que los besara... Se sintió liberada.

De pronto notó que una de aquellas grandes manos había subido por las piernas, desnudas, y provocaba su reacción con suaves toques en las rodillas, en las corvas, arañando con suavidad la parte interna de los muslos, y...

—Por favor... —susurró sin darse cuenta de que había pensado en voz alta.

No podía ser, de nuevo bajaba las manos en recorrido inverso. No quería que volviera a hacer el mismo camino. Necesitaba que siguiera ascendiendo, más arriba, más al centro... Se quedó parado a escasos centímetros de la meta que ella anhelaba. ¿Por qué?

—¿Qué, mi vida? ¿Por favor qué?

Mary respondió con un suspiro.

—¿Te gusta esto?

Había detenido los dedos muy cerca de la ingle y ahora los movía en círculos cada vez más amplios. Ella abrió todavía más los ojos, expectante, deseando... Sabía lo que deseaba, pero jamás lo diría con palabras. Podía morir de vergüenza si lo hacía. Ni siquiera se atrevía a pensarlo.

—Ah, perdona. Creía que te gustaba —dijo David retirando de golpe la mano de donde la tenía.

¿Se había vuelto loco? ¿Qué hacía?

David sonrió. Tarde o temprano terminaría diciéndoselo, era cuestión de tiempo y él tenía mucha paciencia.

## CAPÍTULO 16

*Una tormenta de arena pasa;  
las estrellas permanecen.*

(PROVERBIO DORZE - ETIOPIA)

**Londres**— Se han vuelto locos...

Dicen que, aproximadamente en siete años, conseguirá su objetivo. Israel atacará a Irán.

*(Entrada del 17 de diciembre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Silkford Lodge - Kenia.*

*20 de enero de 2011*

Mary miró a su alrededor recuperando el ritmo de la respiración. No tenía ni idea de cómo ni cuándo había llegado hasta allí, sólo sabía que había tocado la luna y caído en picado desde las alturas perdiendo todo tipo de contención en el camino. Había gritado de tal manera que todavía le dolía la garganta.

David estaba tumbado a su lado y la miraba apoyado sobre el codo, con la camisa abierta pero todavía vestido —aunque en algún momento se había deshecho de la chaqueta—, con una sonrisa de complacencia masculina en los labios.

Los dos estaban bajo el etéreo mosquitero que caía desde el dosel de aquella cama y que, desde luego, no era en la que había pensado que dormiría. Bajó la mirada a su propio cuerpo. Salvo unas minúsculas braguitas —tenía debilidad por aquellas prendas decadentes que la hacían sentir muy femenina a pesar de que no las fuera a ver nadie— estaba desnuda. Notó algo parecido al pánico. ¿Qué le había ocurrido?

—Has tenido tu primer orgasmo, cariño —contestó aquella voz que reconocería en cualquier lugar del mundo, como si hubiera formulado la pregunta en voz alta; aunque sabía que no lo había hecho.

Recordaba vagamente que le había rogado que siguiera acariciándola, incluso había llegado a suplicarle más. Él la había provocado para que detallara sus anhelos y sensaciones y ella había respondido con súplicas que, en cualquier otra situación, le hubieran sonrojado de pies a cabeza pero que, sin embargo, lo único que habían provocado era su excitación.

En todo momento la voz susurrante y melodiosa de David le había impedido

pensar. Sólo la incitaba, la acicateaba, le hacía implorar. Aún sentía el hormigueo que él había despertado en su cuerpo haciendo que cada una de sus células clamara por más.

David la miraba con la respiración alterada, aunque era evidente que intentaba controlarse. Se había apartado de ella hacía unos segundos, cuando ella volvió en sí y casi le obligó a hacerlo, a pesar de que ahora echaba de menos aquel abrazo. Notaba el deseo de él en su agitado aliento, en el movimiento de las aletas de la nariz, dilatadas por el esfuerzo que le suponía contenerse.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó Mary por fin.

—¿Andando, *milady*? —sugirió él con su habitual sarcasmo—. Por mucho que me hubiera gustado, te garantizo que no tengo el don de la teletransportación... —respondió divertido.

—¿Estoy...?

No fue capaz de acabar la frase que, obviamente, ni siquiera tendría que haber expresado como una pregunta, mientras se cubría el pecho con los brazos.

—¿Desnuda? —terminó él por ella—. No, cariño, todavía no, pero me encantaría que me dejaras quitarte lo que todavía tienes encima.

No sabía si quería que lo hiciera o deseaba pedirle que parara pero, sin duda, lo que no pensaba hacer era salir corriendo de allí.

David había anticipado cada uno de sus movimientos, cada caricia, cada roce; alargándose en amplias explicaciones mientras lo hacía y obligándola a mantener los ojos abiertos. Por el motivo que fuera él no quería que dejara de mirarle.

—Pero tú todavía estás...

—¿Vestido? ¿Preferirías que me quitara la ropa?

—Sí. Me siento en inferioridad de condiciones.

Él no había querido alarmarla con su desnudez y por eso se había quedado con la camisa, aunque estuviera totalmente desabrochada y fuera de los pantalones, que también llevaba puestos.

—Mary, si me querías desnudo no tenías más que decirlo o, mejor, pon remedio tú misma al asunto. Puedes hacer lo que quieras, no tengo intención de oponerme, te lo prometo.

David comprobó que ella estaba un poco abochornada y fuera de lugar. Afortunadamente para ambos, aún no era muy consciente de lo que le había pasado. Él prefería que no pensara y evitar que la magia se acabara.

La vio incorporarse y tirar de la camisa, que se resistió ante la postura que mantenía aún, medio tumbado. Le había concedido aquel permiso que ella, sin duda, había decidido aprovechar.

Inhaló profundamente, iba a volverle loco. Se revistió de fortaleza, estiró el brazo y permitió que Mary le sacara la manga. Su lentitud le resultó insoportable. Se rio al ver que se había olvidado de desabrocharle el botón del puño dejándole prácticamente atado con el tejido. Ahora, aunque quisiera, no podría ayudarla; iba a

ser interesante ver cómo salía de aquel lío.

Mary le miró con frustración. Él se limitó a sonreír en respuesta y se dejó caer sobre la espalda cuando ella le empujó con suavidad. La muchacha pasó una pierna sobre sus caderas y se sentó en sus muslos. Le cogió la otra mano y, esta vez sí, desabrochó primero el puño para, acto seguido, hacer que se incorporara y pasarle la tela por la espalda. Con aquel movimiento se acercó a él peligrosamente hasta rozarle con uno de sus pechos desnudos.

El aire se volvió sofocante y David casi no pudo respirar. Creyó que toda su fuerza de voluntad estallaría en mil pedazos si dejaba que ella continuara con aquella tortura. No podía recordar haberse sentido más excitado bajo las manos de una mujer. Aquélla le parecía la experiencia más erótica de toda su vida.

Por fin ella fue capaz de quitarle la camisa y se centró en los pantalones. Los desabotonó con manos firmes y tiró de la cremallera hacia abajo. Sabía que la muchacha era consciente de que la bragueta contenía su excitada erección y el tenue roce de los dedos de Mary le ponía la piel de gallina. ¿Cuánto tiempo más tendría que contener sus deseos antes de poder abandonarse a ellos y aplastarla contra la cama con su cuerpo?

En cambio levantó las nalgas para facilitarle la tarea y ella metió las manos con decisión bajo la cinturilla y tiró del pantalón arrastrando a la vez el *boxer* de *lycra* blanco que, como era de esperar, se quedó enganchado en su miembro.

—¿Y ahora qué, *milady*? —dijo muerto de risa.

Ella le miró a la cara y, sin pararse a pensarlo dos veces, liberó el calzoncillo y siguió deslizando las prendas por las piernas.

—Tú no has...

—¿Alcanzado el orgasmo? —David sonrió—. Bueno, es evidente que no, pero no te preocupes por mí, cielo, hoy es tu día. Yo ya lo he conseguido muchas veces antes y volveré a hacerlo después.

—Pero... Yo podría... Sé cómo hacerlo —dijo ruborizada hasta la raíz del pelo.

David no sabía si reír o llorar. No pensaba dejar que ella le devolviera los servicios prestados. O sí, pero sería bajo sus términos y ambos disfrutarían con ello.

No había querido seguir adelante cuando ella alcanzó el primer orgasmo porque se había propuesto que Mary fuera totalmente dueña de su razón cuando por fin hicieran el amor y, hasta ese momento, la joven había estado en una nube. Ahora había aterrizado y él sabía que empezaba a sentirse culpable. Desde luego tenía que hacer algo.

Ella miraba alarmada aquella parte que, bajo aquellas felinas pupilas, no podía evitar que se estremeciera a su antojo. Creyó detectar un ligero temor y, al mismo tiempo, una osadía que le hizo temblar.

Vio con sorpresa que alargaba la mano y recorría la longitud con el dedo, llena de indecisión. Cuando llegó a la punta, su miembro brincó y ella retiró la mano, asustada, como si le hubiera dado calambre.

—Oh...

—Vamos Mary, cariño, no muerde —dijo con voz ronca y un tono que sonaba sospechosamente a risa—. Ven.

Tomó una de las manos de la muchacha y le guio los dedos hacia aquella parte que, a pesar de todos los esfuerzos, Mary era incapaz de tocar. La escuchó suspirar y contener el aliento antes de comenzar a acariciarle como si aquello fuera una tarea y no algo que deseara hacer.

Cerró los ojos ante la sensación que le produjo el roce de su palma, rodeando la erección con aquellos dedos suaves y pasando el pulgar por la punta para extender la gota de líquido preseminal que no pudo evitar que apareciera.

Alterado, la sujetó suavemente por la muñeca. No podría resistirlo mucho más tiempo.

—Para, Mary.

—¿Por qué? Quiero que tú también... —se quejó y dejó la frase inconclusa.

—Sí, cariño, pero lo haremos a mi manera, ¿vale?

David no esperó a que le respondiera. La hizo rodar sobre el colchón y se puso encima, colocando una pierna entre los sedosos muslos, mientras devoraba sus labios con pasión y la abrazaba con ternura. Ella se quedó paralizada pero él insistió, saboreándola hasta que notó que se rendía y se abandonaba a él.

—David... —susurró mientras él recorría la curva de su cuello con la lengua de manera lenta y sinuosa.

Él pensó que se desintegraría de gozo al escuchar, por vez primera, su nombre sin que él se lo hubiera pedido previamente. Durante todo aquel tiempo había estado intentando que continuamente supiera quién la tenía entre los brazos. Le había pedido que repitiera su nombre y ella, a veces, sólo a veces, le había obedecido.

—Sí, cariño. Vamos a disfrutarlo juntos. Mírame, no va a pasar nada malo. Lo sabes, ¿verdad?

La observó asentir, aturdida y mareada, mientras le abrazaba; acariciándole insistentemente y recorriendo con los dedos los tensos músculos de su espalda al tiempo que él se movía, obstinado y exigente, hacia sus pechos.

Besó, lamió y mordisqueó durante todo el recorrido hasta que alcanzó lo que buscaba. Abrió los labios y tomó una de aquellas rosadas cúspides, endurecidas por la pasión, en el interior cálido de su boca. La sorbió y rodeó con la lengua, aplicando pequeños golpes pertinaces hasta que, después de un suave soplido, continuó con el otro pecho.

Mary comenzó a jadear, estremeciéndose, intentado retener su cabeza donde estaba.

—¡No! —pidió—. Sigue, por favor...

—No voy a ir a ninguna parte, cariño. Sólo voy a devorarte viva y a besar cada centímetro de tu cuerpo. ¿Me dejarás?

—Sí, David... Por favor... —pidió desesperada.

Trató de controlarse. Tenía el pulso disparado y no sabía cuánto tiempo más sería capaz de mantenerse firme y no abandonarse a la pasión.

Deslizó la mano hasta cubrir la suave cima que acababa de abandonar su boca, ocupada ahora en la gemela, y rozó el erguido brote mientras con la punta de la lengua trazaba un húmedo círculo alrededor del otro pezón. Notó que Mary se tensaba.

—¿Quieres que siga? —preguntó al cabo de unos minutos eternos, dándole la última oportunidad de escapar.

—No pares... Oh, sí...

Con un cálido beso en la boca, dejó que sus dedos discurrieran despacio a lo largo de todo el abdomen, dirigiéndolos directamente a la tira del tanga.

—Ahora soy yo el que está en inferioridad de condiciones, Mary. —Hizo que el elástico se resbalara hacia abajo—. Y eso no es justo, voy a quitarte este trocito de tela tan encantador, ¿te parece?

Mary no respondió pero era obvio que no tenía ningún inconveniente puesto que le ayudó y movió las piernas para facilitarle la labor cuando notó que él llevaba la prenda hacia abajo empujándola con uno de sus enormes pies.

—Eres preciosa, Mary —dijo mordisqueándole el lóbulo de la oreja y acercando aquellos dedos inquisitivos a esa parte que ella se moría porque rozara—. Eso es, cariño, ábrete para mí.

Mary se sobresaltó y se tensó.

—Vamos, cielo, este camino ya lo hemos andado antes y ha sido bueno, ¿verdad? No voy a hacerte daño. Déjame tocarte.

Volvió a besarla hasta que Mary se relajó en sus brazos, momento que aprovechó para rozar con delicadeza la parte que ella parecía temer y desear que tocara a partes iguales.

La muchacha levantó las caderas, rendida, cuando notó el contacto.

—Te deseo, Mary. Quiero hacerte el amor. Déjame, por favor...

—Oh. Yo... —Le levantó la cabeza y le miró a los ojos—. Yo también quiero pero dudo que pueda... Eres demasiado...

David sonrió.

—Déjame a mí, *misichana nzuri*. Tú no te preocupes de nada.

Y sin esperar su conformidad, empezó a cubrirla de húmedos besos. Los dedos de él jugueteaban entre sus pliegues, apenas rozando y explorando el ansioso nudo de placer, hasta dejarla trémula y ahogada en un torbellino de sensaciones. Mary sucumbió a la pasión hasta que, sorprendida, fue capaz de comprender adónde le había llevado el lánguido recorrido de aquella boca.

—¡Espera! —chilló Mary levantándole la cabeza con las manos—. No vas a hacer eso...

—¿Cómo que no? —rio David—. Ya lo creo que sí. Me muero por saborearte y tú vas a permitírmelo, ¿verdad?



—¡No! Eso no.

Sintió que Mary se estremecía cuando él soltó una última carcajada sobre los hinchados pliegues de su sexo, que separó con suavidad antes de rozar con los labios, arrastrando con la lengua cualquier oposición que ella pudiera haber tenido.

Finalmente, se dio por vencida y acompañó sus embates con sinuosos movimientos de caderas. Si ella no se quedaba quieta él iba a explotar, así que le puso las manos sobre las nalgas y guio su ritmo, dejándola derretida y temblorosa. Y justo, cuando notó que comenzaban las contracciones que la llevarían al clímax, levantó la cabeza y se colocó sobre ella.

—¡Dios, David, por favor, no pares ahora...!

—No tengo intención, mi vida.

David arqueó las caderas y comenzó a penetrarla. Mary gritó, dolorida pero ansiosa, contrayendo los músculos internos ante la intrusión. Intentó moverse para aceptarle, pero no parecía que fuera a tener éxito. Abrió los ojos y, bajo el reflejo vidrioso de sus iris gatunos, apareció un atisbo de miedo.

Él la sujetó por las caderas, inmovilizándola, al tiempo que la besaba en la boca.

—Relájate, cariño —susurró sobre sus labios—. Tranquila, no voy a hacerte daño. Puedo parar cuando tú me lo digas... Tienes la clave.

Se separó ligeramente para que pudiera enfocarle e introdujo una mano entre sus cuerpos. La penetró lenta y cadenciosamente, cada vez más profundamente, al tiempo que la acariciaba con delicadeza.

Mary jadeaba, reprimiendo lo mejor que podía los gritos que pugnaban por salir de su garganta, a veces sin éxito. De pronto consiguió hundirse totalmente en el aterciopelado interior de la joven, llenándola por completo.

—No te muevas —le pidió, sujetándola contra la cama—. Tranquila, Mary, date tiempo para aceptarme. ¿Quieres que pare?

No respondió. Él se acercó a su boca de nuevo y ella le devolvió el beso, con una intensidad tan arrebatadora que estuvo a punto de hacerle perder el control. Como si en esos momentos no existiera para ella más que su cuerpo, masculino y sudoroso, en el que clavaba las uñas sin piedad.

Él se movió con precaución hasta casi salir de ella por completo y volvió a penetrarla con desesperante lentitud. Rozándola, acariciándola con su propio cuerpo en la fricción.

Mary se estremeció y comenzó a mover las caderas al ritmo de las largas y pausadas embestidas, cada una de las cuales era acompañada por un gemido entrecortado que no podía contener.

—Por Dios, David... No seas tan delicado, muévete más... Oh... ¡Deprisa!

—Chssss. Dale tiempo al tiempo, mi vida.

David apagó sus lamentos a besos, pero ella se agitó moviendo la cabeza hacia los lados. No podía soportarlo más.

—¡Más deprisa! ¡Más fuerte! —exigió.

Él obedeció cuando notó que los primeros espasmos le apretaban en su interior exprimiéndole la esencia de la vida.

Ella gritó.

—¡Di mi nombre! —le ordenó David sin delicadeza—. Quiero que sepas quién te da placer —la voz sonaba rota por el esfuerzo de no dejarse llevar él mismo por el éxtasis.

—¡David! —chilló en medio de un mar de convulsiones y jadeos—. David... David...

Él gruñó, se aferró a sus caderas y se abandonó al placer. Sintió que Mary gemía y convulsionaba al llegar a un segundo clímax y la estrechó entre sus brazos, besándola tiernamente.

—Ya, cariño. Tranquila. Respira —la reconfortó, cuando por fin fue capaz de hablar él mismo.

Ella tenía la mirada perdida y se estremecía de deleite.

El calor despertó a Mary. Sentía como si tuviera una estufa pegada en la espalda y tenía la piel pegajosa por el sudor. Y, aun sin despabilarse del todo, a su mente acudió como un relámpago lo ocurrido la noche anterior y comprendió que el aumento de temperatura provenía del fornido cuerpo de David, que la mantenía abrazada como si tuviera miedo de que saliera corriendo en cualquier momento. ¡Como si tuviera intención de hacerlo!

Se giró en sus brazos y aspiró profundamente el olor que exhalaba su piel, una mezcla de tabaco, sudor y virilidad. Observó su rostro anguloso y moreno enmarcado por el cabello negro que le caía sobre los ojos. Sus poderosos pectorales se movían rítmicamente al compás de una pausada respiración y sintió deseos de jugar con el suave vello de aquel pecho, pero se resistió a la tentación para no despertarle.

Necesitaba analizar todo lo que había pasado y, sobre todo, la maraña de sentimientos y sensaciones que crecían en su interior y no sabía cómo manejar. Estaba hecha un lío.

Volvió a moverse, despacio, y miró a su alrededor. La curiosidad femenina la impulsó a aplazar aquellos complicados pensamientos para abandonarse en la mundana contemplación de la habitación donde estaba. Era una estancia muy amplia, cómoda y emanaba la masculinidad de su ocupante. A pesar de la sobriedad de los muebles de caoba, el cuarto tenía un aspecto juvenil y alegre gracias a la tapicería de lino y seda en color crudo y a las paredes pintadas en tonos ocres, que resaltaban contra las alfombras Aubusson que acogían toda la gama del burdeos y que daban vida al frío mármol blanco del suelo.

Se deslizó con cuidado bajo su brazo y se levantó poco a poco. Necesitaba ir al cuarto de baño. No sabía cuál de las cinco puertas cerradas daba entrada al mismo y prefería no equivocarse. Estudió con detenimiento la distribución: había dos puertas situadas a la derecha de la gigantesca cama y otras tres al frente. Se orientó en

función de la salida al jardín y optó por alguna de las que estaban en el lateral, pero no acertó, ya que la que abrió daba a un amplísimo y bien surtido vestidor. A la segunda oportunidad tuvo más suerte.

El baño era enorme, moderno y funcional. A dos alturas, un *jacuzzi* redondo ocupaba la parte superior. Resistiéndose a la tentación, se metió en la cabina de obra, cerró la mampara de cristal y optó por una rápida ducha de agua tibia. Cuando regresó a la habitación, David todavía dormía.

El chapuzón la había despejado, pero no se había llevado consigo ese sentimiento de extrañeza y confusión. Tenía un insólito cosquilleo en todo su cuerpo y era como si su sangre circulara mucho más deprisa de lo habitual. Además seguía dolorida y, a pesar de todo, una rara placidez la embargaba.

No había dormido mucho. Recordaba que el cielo empezaba a clarear y los pájaros lanzaban sus alegres trinos en el exterior cuando finalmente se relajó entre los brazos de David, que con ternura la había acunado negándose a mantener cualquier tipo de conversación e instándola a descansar con la promesa implícita de abordar el tema que le preocupaba a la mañana siguiente. Un fuerte aroma a paja y tierra húmeda inundaba la habitación, mezclándose con el dulzón olor almizclado del ambiente. Él la había tapado con las sábanas, tras cerrar la puerta del jardín, y le hizo apoyar la mejilla contra su pecho. Mecida por los latidos de su corazón, cerró los ojos, tuvo la sensación de que flotaba y... Ya no recordaba nada más.

Era la primera vez en muchos años que había dormido de un tirón sin que las pesadillas la despertaran.

No tenía suficiente experiencia como para analizar la categoría de David como amante, pero desde luego había sido muy diferente a cualquiera de los hombres con los que había compartido nunca una cama. Él se había tomado aquella tarea con una calma y un control tan absolutos, que no le cabía ninguna duda de que cada una de sus acciones estaba previamente estudiada; pero lo cierto es que no le importaba en absoluto. Si para David había sido un trabajo o un disfrute, le importaba poco; al parecer él también había ganado algo con ello, así que no tenía por qué martirizarse.

Y lo mejor era que había conseguido que ella se olvidara del tiempo que aún faltaba para que todo acabara, haciendo que sólo pudiera pensar en cuál iba a ser el siguiente movimiento. Lo más asombroso de todo: ¡que lo estuviera deseando! En sus anteriores relaciones ellos siempre habían sucumbido al desenfreno llegados a un punto, cuando se convertían en alguien totalmente desconocido para ella. Eso no había sido así con él y se alegraba. Tendría un recuerdo que atesorar para el resto de sus días, porque mucho se temía que David la había dejado incapacitada para volver a sentir algo similar.

No tenía ni idea de si aquello había sido un hallazgo o un nefasto descubrimiento que le pesaría toda la vida, pero hoy tenía otros problemas por los que preocuparse.

Y el principal de todos era que no sabía qué iba a hacer con sus sentimientos. Hubiera sido mucho más fácil si aquello hubiera resultado ser el mismo desastre de

las veces anteriores; irse de allí sería entonces menos duro, pero ahora...

Envuelta en una toalla de rizo blanca buscó su ropa. Al final prefirió coger la camisa de él y, absorbiendo el peculiar aroma de su primer amante auténtico —un olor que la acompañaría para siempre—, se enfundó en la fresca seda y salió a la terraza.

Se apoyó con los brazos sobre la barandilla. No sabía qué hora podía ser, pero suponía que muy tarde a juzgar por la situación del sol y la actividad que había fuera; donde tres jóvenes se encontraban arreglando y limpiando las plantas y la piscina. Tenía que regresar a su cuarto para vestirse, pero se demoró en sus pensamientos admirando el paisaje.

Desde luego no soñaba con que aquello fuera a ser eterno. Sabía que David era un hombre que huía de las relaciones duraderas y que se vanagloriaba de disfrutar de lo que la vida ponía a su alcance, especialmente de las mujeres. Y no es que se lo criticara, pero bien sabía Dios que no tenía ni idea de cómo actuar a partir de ahora. Desde luego, aunque estaba segura de que aquello sería efímero, puesto que en unos días estaría de vuelta en Londres, y que pasarían muchos años hasta que sus vidas volvieran a cruzarse, lo que terminaría ocurriendo tarde o temprano, tenía intención de seguir la filosofía de su acompañante: iba a disfrutar de todos y cada uno de los minutos que el destino había puesto a su alcance.

Lo malo es que él era un hombre curtido en estas lides, pero ella... Ella era un total y absoluto desastre en lo que a las relaciones sexuales respectaba. ¿Cómo comportarse a partir de ese momento en presencia de David? ¿Cuál sería la actitud de él a partir de ahora?

Sabía que era lo suficiente caballero como para no reírse de su inexperiencia, pero se sentía igual que la primera vez que un chico la besó, en la escuela primaria, y no sabía qué decirle a la mañana siguiente y estuvo eludiéndole durante días; lo que ahora era de todo punto imposible. Primero porque ninguno de los dos eran ya niños; segundo, porque para David lo que acababa de ocurrir era tan natural como la vida misma y, tercero, porque ella se sentía feliz y llena de esperanzas ante el descubrimiento de que podía ser una mujer tan normal como cualquier otra, siempre que el hombre fuera el adecuado.

Y ése era el problema. David no era el adecuado, pero era del que se había enamorado, un sentimiento que estaba segura no era correspondido. ¿Sería capaz de encajarlo? Esperaba serlo.

David abrió los ojos y buscó ansioso la pequeña silueta de Mary, pero ella ya no estaba allí. Había dormido poco, disfrutando de cada uno de sus inquietos movimientos nocturnos; los típicos de una mujer que no está acostumbrada a compartir su cama, pero había sido un sueño tranquilo. Nada que ver con las pesadillas que solían visitarla habitualmente y que conocía por las noches que compartieron alojamiento en la autocaravana. En más de una ocasión había acudido a consolarla, aunque ella nunca se había despertado lo suficiente como para recordarlo

al día siguiente. Pero esa mañana todavía tenía el brazo dormido por el peso de haberla sujetado contra él durante horas. Así debería haber sido siempre.

Se asomó al jardín y la vio de espaldas, acodada contra la barandilla de la terraza. Tan sólo llevaba puesta la camisa blanca de seda que había usado él la noche anterior. Le quedaba muy grande y se había remangado para dejar las manos al descubierto. La brisa de la mañana hinchaba la tela, haciendo que tan pronto ésta se alzara provocativamente dejando al aire su desnudez, como se pegaba contra su cuerpo realzando su figura.

Sintió una súbita excitación que apenas pudo reprimir. Reparó en su mirada perdida y en esa cara de ensoñación que tienen las mujeres satisfechas a la mañana siguiente de una tórrida velada de amor. Sonrió quedamente y no pudo soportar las ganas de abrazarla. Ella estaba tan centrada en sus pensamientos, que no le escuchó aproximarse. La cogió de la cintura, atrayéndola hacia él, le retiró la melena y la besó en el cuello suavemente percibiendo aquellos duros y musculosos glúteos contra su cuerpo desnudo.

Ella se volvió lentamente, con un ligero rubor en las mejillas, y le dedicó la sonrisa más amplia y luminosa que nunca le hubiera regalado mujer alguna.

—Buenos días —saludó tímidamente.

—Buenos días, *milady*. ¿Cómo te sientes?

—¡En las nubes! —respondió sonrojada como una manzana de abril ante la personificación de sus temores.

David se estremeció frente a aquel rubor, tímido y refrescante como el de una adolescente. No podía recordar cuánto tiempo hacía que una mujer se mostraba así después de una noche de sexo y lujuria. Aquella reacción le resultó tan gratificante que no pudo evitar besarla con ternura en los labios a la vez que la hacía girar por completo para colocarla frente a él.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? Que todavía sigues poniéndote colorada, como ahora mismo, cada vez que te miro o te toco —confesó con una alegre carcajada.

—¡Eres tonto! —se molestó, sonrojándose más todavía—. Yo soy así, no puedo evitarlo. Siento no estar a la altura de tus descaradas amiguitas, pero tú eso ya lo sabías antes...

—Precisamente ése es el motivo por el que estoy aquí contigo y no con una de mis descaradas amiguitas, mi pequeña celosa.

—¡No soy celosa! —dijo separándose bruscamente de su abrazo y reparando en ese momento en su desnudez—. ¡Pero... ¿tú te has visto?! ¡Estás desnudo!

David estalló en una carcajada.

—¿Cómo quieres que esté?, si acabo de despertarme después de pasar la noche a tu lado.

—¡Puede verte cualquiera! —contestó ruborizada hasta las cejas.

—Estoy en mi casa y nadie, salvo tú, puede recriminarme nada. ¿A ti te molesta?

—se defendió con el mismo tono de burla que usaba cada vez que quería sacarla de sus casillas.

—¡Descarado! —le regañó tirando de él hacia el interior—. ¡Ponte algo ahora mismo, antes de que Karen entre y nos encuentre en semejante situación!

—Vale, puedo empezar por ponerme mi camisa.

Sin esperar a la queja que estaba seguro que vendría a continuación, comenzó a desabrochar con habilidad los botones, dejando que sus pechos escaparan de la suavidad de la tela antes de que pudiera reaccionar.

—¡Ni se te ocurra! —Forcejeó con él mientras intentaba recuperar la compostura—. ¡No pretenderás que sea yo la que vaya desnuda hasta mi cuarto!

—Es que no pretendo que te vayas, sino todo lo contrario —contestó volviendo a desabotonar los dos ojales que ella había vuelto a prender, desperejados, mientras la besaba apasionadamente, acallando cualquier protesta.

—D... David, por favor, ¡van a pillarnos en cualquier momento!

—Tranquilízate, nadie entra en mi habitación sin mi permiso.

Ella sintió que volvía a perderse en su atrayente mirada y cedió en la inútil lucha contra sus fuertes brazos, que la inmovilizaban mientras la besaba de manera tan arrebataadora que le impedía pensar con claridad.

Mary sintió que flotaba y la tierra firme se hundía bajo sus pies. No podía ignorar la boca de él; el tacto duro de su cuerpo, tan pegado al suyo que una brizna de aire no tendría por donde pasar; las manos que la recorrían sin pausa dejando una estela de sensaciones, tan vívidas y extrañas como si en su interior un cable de bajo voltaje le aplicara pequeñas descargas nerviosas en mil lugares ocultos al mismo tiempo. La pasión era tan ardiente que mareaba.

No supo cuándo la alzó en brazos y la depositó sobre la cama.

Una hora después, fue ella quien rompió el silencio, exultante de intimidad erótica.

—Supongo que debería darte las gracias —le susurró quedamente al oído.

—Déjame que sea yo quien te las de a ti, cielo —contestó con una tierna sonrisa—. Me alegro que me hayas dejado, precisamente a mí, demostrarte que tienes derecho a ser feliz.

—Lo único que lamento es no haberte dejado antes —repuso coqueta con una alegre risotada—. Eres un hombre terco y paciente, muy paciente. Merecías una recompensa.

—No lo lamentes —murmuró volviendo a besarla—. Ya procuraremos recuperar el tiempo perdido —dijo aplicando a sus palabras las acciones precisas para demostrarle que estaba dispuesto a volver a empezar.

—Oh no, David. Ahora no. ¡Ahora estoy muerta de hambre! —Le apartó la mano juguetona.

—Bien, entonces comamos. ¡No hay prisa!

Sin mediar más palabras, David tomó el telefonillo interior que había sobre la

mesilla de noche para llamar a Joseph y solicitar dos servicios completos de desayuno con zumo de naranja, huevos revueltos con beicon, fruta, té y bollos. Mary se acurrucó como un gatito meloso entre sus brazos, mirando absorta los dibujos de la lámpara de bronce y cristal de Bohemia que colgaba del techo.

Luego se quedó quieta mientras él rozaba débilmente con las yemas de los dedos la suave curva de su cara y las negras pestañas que enmarcaban sus ojos verdes.

Finalmente le miró. Si no se apartaba de él, nada impediría que volvieran a empezar. Pero ella tenía otros planes. Le besó con delicadeza en la mejilla y se incorporó.

—¿Adónde vas?

—A mi habitación. Necesito ponerme algo adecuado para desayunar. ¡No voy a comer así...!

Él rio ante la timidez de la muchacha. Seguía comportándose tan cándida e inocentemente como en los primeros días de su estancia en la sabana, siempre pendiente de no hacer algo que pudiera molestar. Como el día que la obligó a ponerse un bikini tan escandaloso que incluso se olvidó de que llevaba puesto el colgante de su madre.

«El colgante», pensó, y recordó cómo le excitaba verla con ese único complemento cubriéndola la piel. Como si proclamara a los cuatro vientos que era propiedad de un Silkford.

No es que él considerara que una mujer fuera propiedad de nadie, pero en esos momentos, Mary era exclusivamente suya. Algo con lo que había soñado casi desde el primer momento que la volvió a ver.

Mary tardó menos de cinco minutos en regresar junto a David, ataviada con unos tejanos blancos y una camisa sin mangas de alegres cuadros naranjas, verdes y amarillos. Cuando lo hizo, el servicio de desayuno reposaba en la mesa de cristal y enea de la terraza. Él la esperaba pacientemente.

—Y bien, ¿qué tienes pensado que hagamos hoy? —comentó Mary tras unos minutos de silencio mientras daba cuenta de un apetitoso bollito relleno de mantequilla.

—¡El amor!

—¡Y un cuerno! ¿No pensarás pasarte el resto del día comportándote como un león en celo...?

—Te recuerdo que los leones nunca están en celo, son las leonas las que lo están —repuso jocoso—. Y tampoco creo que pudiera estar a la altura de ellos, ¡ya sabes cómo las gastan!, aunque te prometo intentarlo —terminó la frase con un arrebatador beso.

—¡Para! ¡Al menos déjame que termine de desayunar! Además, David, creo que tenemos que hablar...

—¿Antes, después o durante?

—Antes, David. Creo que Augain y el resto de secuaces no son tema para el después y mucho menos para el durante...

—Termina de desayunar —repuso con una seriedad mortal.

Minutos después atravesaban la pradera, sin detenerse a observar los macizos de flores multicolores, los setos perfectamente podados ni la piscina azulada rodeada de tumbonas blancas y sombrillas cerradas. En cambio siguieron caminando en silencio hasta donde la planicie iniciaba un desnivel al final del cual había un mirador de balaustres blancos con bancos de madera pintados a juego. David la hizo sentar en uno de ellos.

Se temía lo peor.

Resignada a escuchar lo que auguraba un sapo difícil de tragar, se abrazó las rodillas con los brazos y colocó los pies descalzos sobre la madera del asiento, dejando que sus ojos contemplaran, extasiados, la magnífica cumbre del Monte Kenia. La única excusa válida que tenía para regresar algún día a aquel país y, de alguna manera, a los brazos del único hombre que había sido capaz de hacerle olvidar todos sus miedos; al menos momentáneamente.

Porque aunque en las últimas veinticuatro horas habían derrotado a un par de dragones juntos, presentía que lo único que habían conseguido con ello había sido que éstos se reencarnaran en otros tan temibles o más que los anteriores. Y a tenor del gesto adusto que lucía David, estaba segura de que se disponía a hacer las presentaciones.

Y todas sus sospechas se hicieron realidad.

David no había intentado engañarla. Se había limitado a pulir la aspereza de las respuestas con abrazos cariñosos y envolventes besos consoladores, pero había sido cruelmente sincero.

«Mary, no sé si matar a Augain te deja libre de amenaza pero, sinceramente, me temo que no. Al menos no de todas, porque tu vida sigue corriendo peligro», dijo con una franqueza tan sobrecogedora que ella no pudo reprimir el escalofrío que le recorrió el cuerpo.

Evidentemente cuando vieran que ese agente no regresaba con éxito de su misión, mandarían a otro, y luego a otro, y a otro... Hasta que apareciera aquel que consiguiera el objetivo.

Ella no quería pasarse la vida huyendo. Hacerlo no solucionaba nada, pero los enemigos eran demasiado peligrosos y no podía esconderse detrás de David para siempre. De eso también era consciente.

Según sus propias palabras, muchos de los europeos afincados en Kenia ayudaban o trabajaban para la agencia de inteligencia de algún estado amigo o enemigo. Precisamente aquél había sido el motivo por el que le pidió que se mantuviera apartada de Hellen. Ella no era una agente, pero colaboraba con ellos. De hecho así había sido como él la había conocido a su llegada a Kenia.

Y Paul, el piloto de globos aerostáticos, el único del que hasta el momento David



no había sospechado, empezaba a hacerle dudar también.

¿Qué tipo de vida le esperaba en cuanto regresara a Inglaterra? Y, sobre todo, ¿durante cuánto tiempo?

Por mucho que David había intentado convencerla de que dejara de pensar en esas cosas y que ya encontraría la fórmula para que quitaran de encima de su cabeza la espada de Damocles que tanto la acuciaba, no podía dejar de preocuparse. Auguraba para sí misma un futuro bastante oscuro y, lo que era peor, exiguo.

En fin, no tenía ni idea de por qué el destino se cebaba con ella, pero al menos le había dado una oportunidad de alargar sus contados días conociendo el placer y, desde luego, pensaba aprovecharlos. Se moría por tomar la mano de David cada vez que él se aproximaba, hundir la cabeza contra su pecho en un estrecho abrazo cuando la prevenía contra algún posible peligro o retirarle los rebeldes rizos de su negro pelo cuando se le venían a la frente.

Y eso, precisamente, es lo que pensaba hacer mientras pudiera.

De lo único que tenía intención de preocuparse era de que él no se diera cuenta que se había enamorado, porque aquello sí que le provocaría la risa; además de, posiblemente, el pánico.

—¿Cuántos días tenemos hasta que se den cuenta de que René no va a regresar llevándome de una oreja, David?

—No tengo ni idea, cariño. No sé cómo trabajaba en este caso; pero solía ser poco comunicativo, así que supongo que disponemos de varias semanas hasta que intenten ponerse en contacto con él y descubran que tienen un agente menos en sus filas.

—Bueno, algo es algo... ¿Y cuánto tardarán en enviar al siguiente?

—Pasarán días hasta que lo hagan y, rezaremos para que Augain no haya dicho en dónde estabas, así dispondremos de otras cuantas semanas más hasta que te localicen.

—Bien, en ese caso estoy de enhorabuena. Desde luego tu padre sabe hacer las cosas a lo grande. Recuérdame que le llame y le dé las gracias —dijo con una resplandeciente sonrisa.

La muchacha parecía estar hablando totalmente en serio. ¿Cómo podía ponerse a pensar en Thomas Silkford en esos momentos? Lo lógico era que se hubiera derrumbado ante el complicado futuro que le había pintado.

¿Y él se había planteado dar al tema una capa de barniz y ser más delicado...? Debería de haber sabido que era innecesario. De cualquier forma no podía engañarla; era preciso que conociera los riesgos y se mantuviera alerta.

Por supuesto había afrontado las noticias con aquella entereza con la que siempre desafiaba al destino. ¿Cómo pudo alguna vez haber dudado de su valentía? Era casi una niña, pero su vida la había convertido en una mujer mucho antes de tiempo.

Y, ¡maldita fuera!, a él le estaba volviendo loco.

—¿Las gracias? —David había perdido el hilo del humor negro de Mary—. Pero si él tiene la culpa de que te veas en esta tesitura...

—Sí, puede que me vea en éstas por culpa de tu padre, pero no te olvides que el

motivo era vengar la muerte del mío; razón suficiente para que celebre su actitud y asuma los riesgos. Y, reconoce conmigo que, al menos, el hombre me ha gratificado por las molestias, ¿no?

—Supongo que no estás hablando en serio...

—Muy en serio. No siempre se tiene la suerte de contar con unas vacaciones pagadas antes de morir y un guardaespaldas macizo del que aprovecharse. ¡Me lo ha puesto en bandeja!

—¡Estás loca!

—Para nada, David. Todo en esta vida tiene un coste. No está en mi mano elegir el de esta venganza, pero sí reconocer que unas vacaciones y un guía de La Luz de Kenia han sido el pago que han dado cierta luz a mi vida.

¿Pero qué le pasaba a esa mujer? Si seguía diciendo semejante sarta de barbaridades iba a conseguir hacerle perder la entereza.

Se había preparado para consolarla, pero jamás pensó que su reacción le provocara tal dolor y confusión que podría incitarle a cometer una locura.

—¡Maldita seas, Mary! ¡No digas esas cosas! No voy a consentir que te des por vencida y asumas una muerte que no te corresponde.

—No me doy por vencida, David. No creas que voy a ponérselo fácil al que sea. Voy a luchar hasta el último minuto. Pero la muerte no es lo más terrible de esta vida, porque te garantizo que hay muchas formas de morir cada día y quedarte en este puñetero mundo para seguir haciéndolo cada vez que un desalmado se acuerda de que existes.

—¡Cállate, joder! ¡No vas a morir! La única muerte que vas a encontrar en Kenia va ser la que recibas de mis manos. ¿Sabes lo que es *la petite mort*?

—¡Enséñamelo, Zeus!

## CAPÍTULO 17

*Un amigo es una fuente de agua  
en un largo viaje.*

(PROVERBIO KIKUYU - KENIA)

**Londres**— No puedo soportarlo ni un día más. Presiento que éstas serán mis últimas Navidades porque acabo de enviar la dimisión como asistente a las reuniones de la «Misión Olympto». No van a perdonarme ni a darme la carta de libertad, lo sé. Sólo hay una manera de quedar libre de todo esto y pasa por un hoyo excavado muy hondo en la tierra.

Espero que gracias a la carta que escribiré en unos días a Thomas, con la contraseña y las instrucciones en clave de la caja de seguridad del banco suizo donde depositaré este diario junto con los documentos que salvaguardarán el futuro de Mary, todo esto no quede impune.

Querido Thomas, si lo has averiguado, cuando leas estas líneas sé que ya estarás tan horrorizado como yo. Confío en ti y en tu buen hacer. Cuida de mi niña como tú sabes y, ante cualquier eventualidad, recurre a tu hijo. David ha seguido mis pasos y sabe bien lo que hacer en estos casos.

Nunca nadie tuvo mejor amigo y hermano que yo.

*(Entrada del 22 de diciembre de 2004  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Nyeri, Kenia*

*22 de enero de 2011*

Al día siguiente, Mary entró en el despacho de David y le encontró totalmente concentrado escribiendo algo en un ordenador portátil. Creyó leer un rictus de preocupación en su rostro que, milagrosamente, desapareció como por ensalmo tan pronto se sintió observado y la descubrió bajo el umbral de la puerta abierta. Enseguida le dedicó una sonrisa de bienvenida.

No respondió a su gesto. Todavía estaba un poco enfadada. En la cama David era el hombre más seductor, servicial y maravilloso que una mujer podía desear, pero fuera de ella seguía siendo el impenitente manipulador sarcástico y machista de siempre. Y esa mañana se había empeñado en, prácticamente, obligarla a hacer dos de las cosas que menos le apetecían.

En primer lugar una excursión ecuestre; precisamente ese día, cuando todavía estaba intentando reconciliarse con determinadas partes de su maltrecho cuerpo. La tarea no resultaba exactamente agradable. Se sentía tan dolorida y magullada que dudaba que pudiera subirse siquiera a un *pony*.

Y para remate, quería llevarla de visita. ¡Con lo que odiaba los compromisos sociales! Si alguna vez había pensado que Tom era la persona más embaucadora del mundo para arrastrarla hasta los actos protocolarios más peregrinos, estaba comprobando que su querido hijo le superaba con creces.

David era el hombre más tenaz que había conocido jamás.

—Ummm, *milady*, ¡estás guapísima!

Él la observó detenidamente con esa profunda mirada de depredador frente a su presa que hacía que se sintiera débil y vulnerable. Aunque en esa ocasión, su nueva faceta de mujer licenciada le hizo sentirse poderosa y coqueta.

David estaba prendado. No podía quitarle la vista encima. Su cuerpo no debería de haber respondido como lo estaba haciendo después de la maratón sexual del día anterior, pero no podía evitarlo. Mary lucía ese resplandor que emanan las mujeres satisfechas y, además, su aroma a vainilla y aquella ropa tan sugerente no contribuían a impedirlo.

Los pantalones de montar se le ajustaban como un guante a la silueta y la camisa blanca resaltaba el tono bronceado de su piel que, a conjunto con unas botas negras que llegaban hasta la rodilla, hacían que pareciera mucho más alta de lo que realmente era. ¡Dios, aquello superaba su compostura! Estaba perfecta. No, ¡Mary era perfecta!

Y, ¡maldita fuera!, le estaba volviendo loco.

—Gracias, tú también estás muy guapo —respondió ella con una mirada lobuna ante el atractivo porte que le confería aquel atuendo de jinete tan similar al que ella misma llevaba.

Porque aunque el escritorio le impedía poder demorarse en los poderosos músculos de sus piernas y el prieto trasero, marcados bajo la *lycra* del pantalón de montar, sabía de sobra lo que disfrutaría en cuanto se levantara de la silla, ya que no había podido evitar fijarse en ello cuando había ido a despertarla.

—Pasa, que ya estoy terminando y enseguida nos vamos.

Tenía que terminar de escribir aquel maldito correo electrónico y dejar resuelto el tema. Jamás creyó que fuera a ser aquella mocosa, a la que había odiado desde la primera vez que la escuchó respirar, quien le impulsaría a tomar esa decisión. Debería matar a su padre por incitarle a hacer algo que de otra manera no hubiera hecho jamás, poniéndola a ella en su camino...

—David, ¿de verdad es imprescindible que te acompañe a la comida en casa de tu socio?

—No; pero quiero que lo hagas.

—¿Y sigues insistiendo en hacer el trayecto a caballo?

—¿Todavía sigues dolorida? Una buena la ducha caliente contra las agujetas debería haberte aliviado —replicó con evidente preocupación.

En realidad lo había hecho. Ya no estaba tan magullada como cuando se despertó, menos después de haber seguido sus consejos y tomado un comprimido de ibuprofeno con el desayuno. Los resultados habían sido fulminantes, nada que no pudiera soportar, pero su malestar lo originaban otros motivos.

—No, no es eso, ya estoy mucho mejor. Tenías razón, la ducha hace milagros —le tranquilizó—. El tema es que no puedo seguir apartándote de tus quehaceres, David. Aquí estoy segura aunque me quede sola; no es necesario que cargues conmigo todo el día.

—Es que no pienso cargar contigo. Tengo una cuadra llena de caballos, creo que cualquiera de ellos podrá hacerlo sin problemas.

—Aun así...

La miró de soslayo fulminándola con sus profundos ojos e interrumpiendo su diatriba.

—Mary, no quiero que te sientas responsable de mi tiempo. Vamos a aclarar esto de una vez por todas. Estaba previsto que atendiera al reportero de mi padre durante una buena temporada, así que me tomé unas merecidas vacaciones para ello; nadie contaba con mi presencia aquí durante algunos meses y Dann está haciéndose cargo del negocio. ¡Deja ya de preocuparte!

—Pero es que no quiero entretenerte...

—¡Por Dios, Mary! Te prefiero cuando te pones en plan orgulloso, eres mucho más divertida. Además, me encanta cómo me «entretienes», sobre todo en las últimas horas. Es una pena que hoy tengamos compromisos adquiridos y no podamos seguir «entreteniéndonos» mutuamente.

«Mejor no contestar», pensó Mary. Y, en su lugar, le ofreció una cautivadora sonrisa.

David envió aquel correo electrónico envenenado y se levantó de la butaca para aproximarse a ella sigilosamente.

Mary aceptó la mano que le tendía. Prefería no saber qué opinaría de ella el personal de David, seguramente estaban acostumbrados a que el patrón llevara allí a menudo a sus conquistas; sería otra más de una larga lista. A pesar de ello, se sintió cohibida cuando, ya en el exterior, Karen les despidió luciendo una blanquísima hilera de dientes en su oscuro rostro mientras les decía adiós con su pálida palma; como si fueran dos niños de escuela a punto de salir de excursión.

Aquel espíritu casi infantil de los kenianos la subyugaba por completo. Nunca podría imaginarse a la señora Mawson, el ama de llaves de Tom, despidiendo a su patrón con tanta algarabía en el jardín. No pudo evitar emularla, agitando el brazo libre por encima de su cabeza, mientras rodeaban el estanque y giraban a la izquierda. Sintió el fuerte apretón de los dedos de David que, sonriente y divertido por su

respuesta, le dio un beso en la mejilla y saludó también.

—Adiós Karen. Sé buena y cuida de que nadie se desmande. Y no nos esperes a comer, vamos a casa de Dann y Evelyn —la puso David al corriente de sus planes con una informalidad tan inusual como la actitud de ella.

Ese hombre era una mezcla de caracteres tal, que nunca sabía a cuál se enfrentaba en cada momento. Pasaba en un parpadeo de la flema británica que generalmente regía sus actos a la espontaneidad keniana.

Despacio y en silencio, caminaron disfrutando del paisaje. Sobrepasaron el edificio destinado a las cocheras y tomaron una vereda que se adentraba en un pequeño bosque de hayas. Minutos después, en mitad de una explanada, apareció un picadero y unas grandes y bien cuidadas cuadras.

En aquella zona había una actividad infernal. Varios mozos daban cuerda a los jamelgos, mientras que otros lavaban y cepillaban cuatro espectaculares pura sangre ingleses. Los chiquillos de la zona jugaban a la guerra junto al abrevadero, llenando de gritos y algarabía el lugar.

David se entretuvo hablando en kikuyu con el capataz, un hombre de aproximadamente treinta y cinco o cuarenta años, que gozaba de una formidable complexión física y que se encontraba herrando un potro joven en la forja colocada a la sombra de un chamizo de madera y brezo. La negra piel de su musculoso torso, desnudo, brillaba bajo los efectos del sudor. Era bien parecido y sonrió alegremente cuando el jefe les presentó.

Luego se internaron en el edificio. Rody, el capataz, les siguió pocos pasos por detrás para hacer entrega a David de una serie de documentos, que él firmó tras una rápida lectura, apoyándose en una bala de heno.

—¿Están preparados ya nuestros caballos? —le preguntó después en inglés, devolviéndole los contratos cumplimentados.

—Sí señor. Le he dicho a un mozo que enjaezara y tuviera listas las dos monturas, la suya y la otra que usted me indicó —contestó en la misma lengua.

—Bien. Entones voy a enseñarle a la señorita Mantley las instalaciones y enseguida nos vamos. Por favor, ¿puedes decir que los aten fuera mientras tanto?

—Claro, señor Silkford —dijo retirándose de inmediato.

Mary se había apartado de los hombres mientras ellos mantenían aquella conversación, claramente laboral. Nunca hubiera podido imaginarse que David fuera tan emprendedor y que, además de la agencia de viajes, tuviera la espalda cubierta con tal retahíla de bien gestionados negocios paralelos. Estaba claro que aquellas cuadras se dedicaban a la importación y exportación equina.

No pudo evitar recordar la última vez que le había visto en un lugar similar. Sonrió. Su porte y seguridad era, ahora, muy diferente. También su propia situación había cambiado; ya no era la intrusa, sino la invitada. ¿Cómo sería hacer el amor con David entre la paja? El objeto de sus fantasías se aproximó desde atrás devolviéndola a la realidad.

A través de la cristalera del patio de exhibición, distinguió dos magníficos ejemplares. Eran espectaculares. Aristocráticas cabezas, grandes ojos y cuello arqueado. ¡La delicia de cualquier jinete!

Un escalofrío la recorrió cuando aquella intensa voz se coló melosa y susurrante en su cerebro, mientras apretaba el musculoso cuerpo contra su espalda.

—Tu caballo es el castaño. Se llama *Halifa*, que significa rebelde en swahili. Tiene tres años y es el primer vástago de *Gumu*, el mío.

—¿Siempre montas el mismo?

—Siempre. Es mi preferido. Es un animal muy nervioso, de ahí su nombre. *Gumu* en swahili significa difícil u obstinado. No te puedes imaginar lo que me costó domarle, pero al final lo conseguí.

—¡Es precioso! Me encanta su pelaje negro y me parece que el nombre le viene de maravilla. Tiene todo el aspecto de ser un animal tan difícil y terco como su amo.

—¡Casi! —replicó irónico—. Tampoco te fíes demasiado de *Halifa* es joven y por tanto, un poco desobediente, pero es uno de los mejores ejemplares de la cuadra. Sólo falta demostrar si tu habilidad está a la altura de la montura. Si consigues dominarle te gustará.

Mary no respondió. Se limitó a arquear una ceja desafiante.

—Ven. Te haré un *tour* rápido por el resto de las instalaciones para poder marcharnos antes de que se nos haga tarde —dijo dando por terminada la conversación y cogiéndola del brazo para salir.

Pese a las dudas de David, no tardó mucho en hacerse con el animal que le había asignado. Lo cierto es que el jamelgo había intentado tirarla poniéndose de manos, pero no dudó en ejercer toda la destreza de sus muchos años de aprendizaje y entrenamiento para demostrarle quién era la que mandaba en aquel equipo.

David sonrió alborozado ante los esfuerzos y la pericia de Mary.

—Desde luego, *milady*, no hay nada como plantearte un reto para que saltes como una espoleta bien engrasada...

Mary no quería entrar en una de sus batallas dialécticas, así que se limitó a hacerle un infantil gesto de burla.

Una vez puestos en marcha, no tuvo más remedio que abandonarse al placer de aquel paseo. Largos campos de cafetales les dieron la bienvenida, aportándoles frescura con su resplandeciente verdor. En la mayor parte de ellos, las mujeres faenaban alegres plantando nuevos cafetos o recogiendo el grano ya maduro.

Cabalgaron sin prisas durante kilómetros, hasta llegar a los silos y el tostadero, parándose en cada nuevo cuadro para que David hablara con el encargado. Llamaba a cada uno por su nombre y —según le explicó después, puesto que no comprendía nada de su ininteligible parloteo—, se preocupaba por el estado de la producción, no sin antes haberse interesado por las familias y la vida particular de cada uno. *Pole, pole* —despacio, despacio—, al más puro estilo de la tradición keniana.

Finalmente llegaron a una alta alambrada que limitaba las propiedades y que

evitaba que los elefantes y demás animales salvajes irrumpieran en la plantación destrozando la cosecha. Ésta, al mismo tiempo, servía de línea divisoria entre las tierras de los Warter y las suyas, dejando entre medias una zona yerma, donde se extendía la pista de aterrizaje y el hangar de las avionetas. A partir de ahí, el panorama volvía a ser muy similar al que habían abandonado.

Finalmente, media hora más tarde, llegaron al pie de una colina, desde la que divisaron la propiedad del socio de David y su familia.

Durante todo el camino pensó en una estrategia para zafarse de la inminente invitación que estaban a punto de hacerle. Sabía que David tenía intención de que fuera su acompañante en la fiesta de bautismo del recién nacido Warter y suponía que aquella visita era, entre otras cosas, para que los padres refrendaran la convocatoria, tanto por educación como por complacer al padrino del bebé.

Y aunque hasta ahora había creído posible poder convencerle para que no la obligara a asistir, e incluso tenía preparada una táctica que pensaba haber llevado a cabo tan pronto se enteró de sus intenciones pero que, evidentemente olvidó tras lo que ocurrió después, si dejaba que Evelyn se lo planteara ya no podría negarse. Necesitaba tener al propio David como cómplice de su no asistencia.

—David, te propongo una carrera hasta la valla de entrada a la casa. —Le tendió la trampa.

—Has demostrado ser muy buena amazona, pero por el hecho de que *Halifa* no te haya tirado de la silla no pensarás ganarme ¿verdad? —aceptó jocoso.

—Estoy tan segura de poder hacerlo que hasta estoy dispuesta a apostar.

—¿Qué interesante! ¿Qué quieres apostar?

—Pues... —e hizo como que pensaba—. Si yo gano, me ayudarás a eludir el compromiso de asistir a la fiesta de tu ahijado, y si pierdo...

—Si pierdes, que vas a perder —la advirtió antes de aceptar—, yo diré cuál es el pago por tu derrota.

—¿Vale! Tú dirás...

—Té lo diré cuando tengas que pagar.

—No. ¡Las apuestas hay que conocerlas de antemano!

—¿No estás tan segura de que vas a ganarme? ¿Qué más te da mi pretensión?

—¿Está bien, pero estás haciendo trampa!

Pararon las cabalgaduras y al grito de «ya» emprendieron la loca galopada. La distancia que los separaba de la meta era superior a un kilómetro y medio. Salieron a la par. A los pocos metros, ella tomó la delantera seguida de cerca por su contrincante. David la adelantó limpiamente a la mitad del recorrido y luego volvió a dejar que le alcanzara y le sobrepasara un par de cabezas. Así permanecieron durante, aproximadamente, doscientos metros más, momento en el cual él clavó sus talones sobre los flancos de *Gumu*, llegando con sobrada ventaja a la verja.

Ambos estaban congestionados por el esfuerzo. Él reía divertido y animado por el triunfo alcanzado mientras observaba cómo ella intentaba aparentar que encajaba



bien la derrota, pero la expresión de su rostro delataba a todas luces lo contrario.

—*Milady*, ¡has perdido! Antes de apostar deberías de haber conocido mejor tus armas. Ahora tendrás que venir a la fiesta y, además, me debes la apuesta.

Se mordió el labio para no responder. Sabía que había intentado manipularle y le había salido mal; no podía culparle a él de las consecuencias de su osadía.

—Tienes razón, has ganado tu apuesta. Tú dirás. ¿Un beso...? —concedió sumisa.

—¡Oh, no! El beso me lo darás de todas formas.

Dicho lo cual, acercó su caballo y, cogiéndola por la cintura, la hizo descabalgarse como si pesara menos que una pluma y la sentó en su regazo para propinarle el beso más arrebatador que le hubieran robado jamás.

—¡Tranquila! —dijo sentándola en la grupa y bajándose él del caballo—. La apuesta, de momento, continúas debiéndomela. Pero no te preocupes, que serás la primera en saber cuál será el pago tan pronto lo haya decidido —zanjó abriendo la puerta de acceso al jardín de los Warter.

La casa era preciosa; casi tan impresionante como la de David, al más puro estilo colonial, rodeada de verdes y cuidados jardines. Entraron al paso en silencio, a fin de que su alocada respiración recuperara la cadencia normal, y sin que él pudiera dejar de dibujar una divertida mueca que intentaba disimular para no despertar la ira que, sabía, tarde o temprano terminaría por desatarse.

Un momento antes de llegar a la puerta principal, no pudo resistir más su curiosidad y le increpó furiosa.

—Desde el primer momento sabías que ibas a ganar ¿verdad? Has jugado conmigo todo el tiempo, ¿o crees que no me he dado cuenta?

—Has corrido muy bien, pero deberías haberte acordado de que tu caballo era muy joven. ¡Te lo advertí! La próxima vez no seas tan impulsiva.

—¡Eres un tramposo! ¡Esto no se hace con una señorita!

—¿Dónde están tus aires de feminista? Creo que Kenia terminará convirtiéndote en toda una mujer.

—¡Prepotente! —le acusó tajante, en voz baja y amenazadora, al comprobar que no podían seguir discutiendo, ya que un sirviente se acercaba para sujetar las riendas de los caballos.

Dann y Evelyn les esperaban en el porche de entrada. Ella estaba cohibida y fuera de lugar. Podía notar las miradas y le hubiera gustado desaparecer por arte de magia; no estaba de humor para enfrentarse a una sesión de cortesía y buenos modales. Sin embargo, tras cálidos abrazos de bienvenida y a medida que fueron transcurriendo los minutos, la tensión inicial fue cediendo. Los Warter parecían una pareja muy agradable.

Evelyn se colgó del brazo de David y Dann, un tipo apuesto y fornido, de rubia y tupida cabellera, ojos azules y piel morena, le ofreció cortésmente su compañía. Su esposa, por el contrario era menuda, de dulces rasgos, piel clara y negros ojos que

hacían juego con una larga melena azabache que llevaba suelta sobre los hombros y la confería un aspecto aniñado que minimizaba su edad, muy próxima a la treintena.

Al final se habían demorado en los campos más de lo que creía, así que rápidamente pasaron al comedor para dar cuenta de un succulento asado aderezado con toda clase de ensaladas y salsas típicas del país y regado con vino de Borgoña.

Evelyn, a pesar de su aspecto frágil, demostró tener una fuerte personalidad y una arrobadora alegría, que consiguió que en sólo diez minutos se relajara y se sintiera cómoda. Y antes de darse cuenta, ambas lideraban una conversación netamente femenina. La joven hacía tiempo que no había tenido la oportunidad de hablar con ninguna mujer sobre lo que ocurría fuera de África.

Los hombres aprovecharon la oportunidad y, tan pronto terminaron el postre, excusaron su presencia y se trasladaron a una salita contigua para tratar sus asuntos.

—Tengo que darle el pecho a Mickel. ¿Quieres acompañarme? —ofreció Evelyn a Mary.

—Oh sí, me encantaría conocerle. ¿Qué tiempo tiene?

—Acaba de cumplir tres meses y es tan intranquilo como su padre. Por eso no quiero que al despertar y notar el hambre, se sienta abandonado; porque entonces monta un escándalo que revoluciona toda la casa.

—¿Ya estás más tranquilo, socio? —preguntó David tan pronto se quedaron a solas en el despacho.

—Bueno, ha sido sorprendente cómo se ha resuelto el tema de la caza ilegal pero... ¿qué parte has tenido tú que ver en todo esto?

David sabía que su amigo no iba a creerse que el hecho de que todo el tema saliera a la luz había sido algo fortuito. No era ningún advenedizo que no supiera de qué iban aquellos asuntos. Diez años al servicio de la Corona como agente de inteligencia le incluía dentro de ese reducido grupo de personas que conocen a la perfección cómo se mueven los hilos del poder.

Tampoco pretendía engañarle.

—Todas las partes, Dann.

—Lo suponía. Hubiera sido demasiado bonito que las cosas se resolvieran solas pero, gracias a Dios, has parado esa locura.

—No sé por cuánto tiempo —replicó David más frustrado que satisfecho—. Sabemos que habrá más Kirukis dispuestos a todo...

—Claro, siempre hay más, y cuando dos elefantes luchan, es la hierba la que sufre. Esto es África, no lo olvides.

—No lo hago, amigo. Por cierto, ¿alguien ha vuelto a intentar entrar en tus propiedades después de que todo se paralizara e intervinieran los gobiernos extranjeros?

—No. Nunca más. Y el último, ya te dije, cantó *La Traviata*.

—Sí, nos vino de perillas esa información.

—Lo que todavía me tiene alucinado es cómo has conseguido que todo saltara a la luz pública internacional de manera tan rápida. La información siempre es útil, pero a veces es mucho más complicado demostrarla que obtenerla.

—En eso sí que no he tenido nada que ver. Ha sido labor de mi padre.

David le explicó con detalle cómo Mary, ante el encontronazo con los furtivos y la oportunidad de poder hacer un reportaje fotográfico que resultara incuestionable ante los ojos del más neófito, había conseguido las pruebas irrefutables que hicieron que todo saltara por los aires en cuestión de horas.

—Bueno, una curiosa manera de cobrarte un favorcito que te ha pedido tu padre... Eso de que una mano lava la otra, en tu caso ha sido algo más que un dicho.

David rio relajado. Nunca terminaba de acostumbrarse al afán de los africanos por los proverbios aunque, como siempre, la sabiduría popular nunca se equivocaba.

Lo malo era que, a estas alturas, el tema ya no era sólo una cuestión de pagos. El «favorcito» al que se refería Dann no quedaba zanjado apartando del punto de mira de los poderosos a su padre y a Mary, lo que había estado dispuesto a hacer desde el principio aun sin saber que ese servicio le serviría también para asegurar su propia vida, sino que el tema iba mucho más allá.

Por un lado estaba Jonathan Mantley, quien no sólo había sido su padrino, su mentor en el ejército y su superior en la agencia de inteligencia, sino alguien que, durante la mayor parte de su existencia, había sido más importante para él que su propio padre. Y como Mary había dicho el día anterior, vengar su muerte era motivo suficiente para poner la suya al servicio de los resultados.

Pero además, estaba la vida de Mary. En lo que a él se refería, ya no era sólo una cuestión de venganzas, pues había quedado muy claro que la muchacha no se enfrentaba a unas simples amenazas para obtener el silencio que deseaban de su padre, sino que tenían la intención de borrarla directamente del mapa.

Y ella no había hecho nada por lo que tuviera que pagar. No tenía la culpa de ser hija de quien era y estar tutelada por el mayor metomentodo de la historia. Sin embargo, sus posibilidades de envejecer tranquilamente habían desaparecido si, de alguna manera, él no obtenía un compromiso de libertad para ella. Afortunadamente, tenía un arma poderosa en sus manos para conseguirlo. Y ya había dado los primeros pasos.

No obstante, necesitaba tener guardados unos cuantos ases en la manga por si algo fallaba.

—Y, hablando del «favorcito», Dann, ¿cómo va el tema?

—Va, socio. Ya está todo en marcha, tal y como te expliqué ayer por teléfono. Mañana será el gran día. Vamos a hacer que coincida con la fiesta por el nacimiento de Mickel, para que nadie pueda poner en tela de juicio tu intervención. Aquí estarán todos los peces gordos y tú serás uno de los protagonistas de la velada, así que nadie se cuestionará qué estabas haciendo mientras ese maldito laboratorio ardía por los cuatro costados.

—O sea, que tengo que exhibirme...

—Sí, más o menos. He invitado al general McCallan y me ha dicho que estará aquí.

—¿Viene McCallan? Socio, nunca pensé que tuvieras tanto poder... Invitar al responsable del MI6 en África Oriental es muy ambicioso... —respondió admirado por la osadía de su amigo.

—Me debe demasiados favores, David. Hubiera sido una descortesía denegar la invitación. Sólo un asno da las gracias a coces.

—Ya. ¿Se sabe algo sobre si ya están al tanto de la muerte de Augain?

—Que yo sepa, no tienen ni idea. Al parecer aún no le han echado en falta.

—Tengo que averiguar quién le informó de dónde estaba Mary y, a la vez, a quién puso él al corriente del tema y si es que lo hizo. Me temo que mi padre tiene al enemigo en casa.

—¿Pero no decías que sospechabas del tipo ese que envió a Mary a Kenia? ¿Que él, aparte de tu padre, era el único que sabía dónde estaba?

—Pues al parecer no es él. Mi padre pensaba que había sido Akerman, pero el viejo lo tenía bajo vigilancia por otros asuntos antes de que Augain apareciera por aquí. Los informes que le han pasado demuestran que no ha tenido contacto con el gabacho ni con nadie que pudiera habernos vendido, aunque... nunca se sabe. Necesito tener una amigable conversación con él.

—¡Pobrecito! ¡Que Dios le pille confesado! ¿Cuándo? —dijo con una sonrisa ladina.

—Iré a Londres la próxima semana, así que tendrás que cuidar de Mary en mi ausencia.

—¡Vaya, vaya, socio! Te veo muy protector con tu hermanita...

—¡Vete a paseo, Dann! No saques las cosas de quicio.

Warter no pudo evitar soltar una alegre carcajada. Se conocían demasiado bien como para que pudiera engañarle esgrimiendo simple desvelo familiar en la preocupación que tenía por la chica. Mirarles a ambos en la mesa habría sido suficientemente esclarecedor si además no supiera que David era extremadamente celoso de su intimidad y que ésta era la primera vez que invitaba a una mujer a su casa. Y el hecho de hacerla partícipe de sus compromisos sociales, lo corroboraba aún más.

Su perplejidad llegó al sùmmum cuando minutos antes dijo que Mary sería su pareja en el bautizo de Mickel. Si quería protegerla lo más lógico era alejarla de la guarida del león, no llevarla a una fiesta donde se encontraría con la mayor concentración de potenciales enemigos de toda Kenia.

Porque cubrirle las espaldas con un simulacro de despiste utilizando su nombre español no era suficiente. ¡Y eso David lo sabía de sobra! Cotejar ambos nombres y encontrar la relación, no llevaría ni veinte minutos a alguien con los recursos suficientes para hacerlo; y todos los que estarían allí al día siguiente los tenían.

Además, ¿a cuántas mujeres ajenas a la profesión había confesado David que había sido espía? ¿A cuántas había presentado a su socio? ¿Con cuántas se había mostrado con esa naturalidad y desinhibición con la que actuaba con Mary?

Sin duda, desde que él le conocía, a ninguna. La auténtica realidad era que estaba encantado manteniéndola pegada a sus pantalones cada minuto del día. Tal vez ese testarudo y frío inglés de pacotilla aún no lo supiera, pero estaba metido en un buen lío...

Después de permanecer durante un buen rato más estructurando los detalles de la operación del día siguiente, ambos hombres subieron a la planta superior a buscar a las mujeres y al pequeño.

Las jóvenes se entretenían a su femenina manera.

Mickel ya estaba despierto cuando ellas llegaron a la habitación del niño. Retozante y feliz, se chupaba furiosamente los puños en brazos de su niñera; preludio de que la llantina no tardaría en llegar si su madre se demoraba un poco más en darle la toma.

—¡Es precioso! —exclamó Mary al contemplar a una criaturita tan espabilada y llena de energía—. ¿Puedo cogerle en brazos?

—¡Claro!, así yo voy preparándome mientras Runa trae los pañales y las cosas de aseo —dijo poniendo al bebé en su regazo.

El pequeñín, encantado con las inexpertas carantoñas, le dedicó una cándida y alegre sonrisa que la emocionó en lo más profundo de su alma.

—¿Tú no tienes hijos? —le preguntó Evelyn, curiosa.

Quería saber algo más sobre la vida de Mary que aquello que David les había contado escuetamente y que se limitaba a su supuesta relación familiar. Ahogó un quejido cuando puso el pecho en la boquita del niño y éste se aferró a él con fuerza.

—No. Los niños me gustan mucho pero, por no tener, no tengo ni novio con el que proyectar una familia.

—Ah, no te preocupes, eres muy joven. Estoy segura que pronto tendrás la casa llena de chiquillos que te harán añorar tus tiempos de libertad.

Ella no respondió al asunto. Tampoco tenía por qué ir dando explicaciones sobre su incierto futuro a todo el mundo y mucho menos sobre sus inalcanzables deseos y sentimientos. Y, ante su mutismo, como no podía ser de otra manera, la conversación terminó centrada en la próxima fiesta de bautismo que tendría lugar al día siguiente.

Por la mañana sería la ceremonia religiosa, y sería muy íntima. La fiesta importante se celebraría por la noche. El papá de la criatura había invitado a lo más granado de la sociedad keniana y africana.

—No sé qué pinto yo en esa fiesta, Evelyn. No conozco a nadie. Creo que sería suficiente con que viniera al bautizo por la mañana.

—David quiere que le acompañes y será divertido. ¿Por qué no vas a venir? Ya nos conoces a nosotros y eres la invitada personal del padrino, ¿te parece poco?

—No es eso, Evelyn, pero...

—No hay peros, Mary. Por favor... Si no lo haces por David, hazlo por mí. Echo tanto de menos compartir mi tiempo con otras chicas de mi edad, que si no fuera por lo feliz que me hace Dann hubiera regresado a Montreal hace ya algún tiempo —le confesó espontáneamente.

—¿No tienes amigas?

—Sí, pero no con las que hablar de temas que no tengan algo que ver con Kenia y la sabana. Las pocas damas no nativas con las que me relaciono son las esposas de los diplomáticos aquí destinados y las de algunos terratenientes, pero son mucho más mayores que yo y no hacen más que presumir.

—Puff, de verdad, que poco halagüeño...

Ambas se rieron. Lo cierto es que el trato con esas mujeres no era demasiado divertido.

—Por suerte no las veo demasiado. Fechas claves y fiestas o acontecimientos sociales a los que acompaño a Dann que, por otro lado, suelen ser un agradable cambio en mi forma de vida.

—¡Nunca pensé que un guía turístico tuviera tanta vida social! —bromeó.

—Mary, voy a hacerte una confidencia que no puedo decirle a nadie más en este mundo, ni siquiera a mi familia. Aunque Dann dice que ha dejado la Agencia, y es verdad que ya no trabaja para ella a tiempo completo, sé que sigue manteniendo el contacto y colaborando a tiempo parcial, por mucho que me lo niegue para mi tranquilidad.

—Bueno, ya sabes... Un espía nunca puede dejar de serlo por completo. Ellos no lo permitirían. Te lo digo por experiencia.

—¿Experiencia? ¿Tú también...?

—¡Oh, no! —se rio—. ¡Dios me libre! Pero mi padre lo fue durante toda su vida.

—Ah, no sabía. Pero, por favor, no le hables a David de esto. Se lo diría a Dann y se preocuparía.

—Gracias por hacerme partícipe de tus temores —reconoció, emocionada—. Y no te preocupes, tu secreto está seguro conmigo. Al fin y al cabo, David y yo tampoco tenemos tanta confianza y mi permanencia en este país será corta.

Evelyn elevó una ceja cuestionando aquella última frase.

Conoció a David al mismo tiempo que Dann. Acababa de llegar a Kenia con una beca de estudios tras su licenciatura en biología. Entre ellos nunca hubo más que una fuerte amistad, pero había sido testigo de cómo revoloteaban a su alrededor las mujeres.

David era frío y distante con ellas. No las engañaba, tomaba lo que le ofrecían y en todo momento dejaba claro que aquello era una relación temporal y que por su parte no había lugar para los sentimientos; sólo buscaba sexo. Por lo que sabía, aquellos encuentros solían limitarse a una noche y, como mucho, algún que otro escarceo más; jamás nada público sobre lo que la gente pudiera opinar. Y nunca,

nunca, hablaba de ellos con nadie.

Si ella estaba al corriente de su forma de actuar era porque muchas de sus amigas habían caído en sus redes; él era tan cerrado con su intimidad como una ostra. Así que hasta ahora nunca le había visto esa mirada, ardiente y devastadora, que había lucido durante todo el día. Ni tampoco que le costara tanto mantener las manos quietas.

Pero cuando él y Mary estaban juntos, entre ellos saltaban chispas. Dios, ¡si casi habían provocado un incendio entre los dos durante el almuerzo!

—¿Seguro que vas a volver a Inglaterra?

—¡Claro! En cuanto se agote mi visado turístico, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites. Aquí o en Londres, no tendrás que hacer más que una llamada telefónica y me tendrás a tu lado siempre que quieras...

Evelyn no pudo evitar enlazarse en un caluroso abrazo con aquella muchacha. Esperaba que no tuviera razón y que David fuera lo suficientemente valiente como para retenerla a su lado.

—Pues quiero que mañana estés conmigo por la noche —pidió llorosa.

—Lo estaré. Te lo prometo —se dio por vencida con un efusivo beso en la mejilla—. No me perdería por nada del mundo esta ocasión tan importante para ti. Pero tendrás que ayudarme con la etiqueta local, no tengo ni idea de por dónde piso aquí.

—Por supuesto, aunque seguro que tú estás mucho más al corriente de la moda que yo. Hace dos años que no salgo del país y las conversaciones con mis amigas, que son las nativas que viven por aquí, no admiten este tipo de temas. Ellas tienen una forma de pensar y vivir muy diferente a la nuestra. De hecho, mi vestido lo he encargado a Paris por catálogo. ¿Quieres verlo?

—Sí, así me hago una idea de lo que debo ponerme.

Evelyn depositó al pequeño en brazos de su niñera y ambas mujeres se trasladaron a la habitación colindante donde ya estaba preparado un elegante vestido de noche color marfil con corpiño de pedrería.

Y en ésas estaban, en animada charla sobre moda y diseño sin darse cuenta de que las horas pasaban rápidamente, cuando la conocida voz de David las sacó de sus divagaciones.

—¡Qué barbaridad! ¿Os queda algo que contaros? —les espetó desde la puerta—. No quería interrumpiros, pero llevo toda la tarde esperando que bajas a mi ahijado para verle y si no subo yo... —amonestó a Evelyn cariñosamente a la vez que la abrazaba por la cintura.

—¡Oh, perdona que te haya robado a Mary durante toda la tarde, pero es tan encantadora, que parece que nos conociéramos de toda la vida! —se excusó ella dándole un convincente beso en la mejilla.

—Si me lo pides así —le devolvió el cumplido—, no me quedará más remedio que perdonarte. ¡Pero que no se vuelva a repetir! —exclamó alegre enlazando a ambas mujeres por el talle y saliendo al encuentro de Dann.

—No le hagas caso —salió en su defensa Mary—. David siempre quiere ser el centro de toda reunión, pero yo me he divertido muchísimo olvidándome, por una vez en todo este tiempo, de sus opiniones machistas. Tú también eres encantadora.

—Dos mujeres para mí solo, y de vuestro carácter, es una empresa demasiado arriesgada, así que voy a pedir ayuda a mi socio. ¡Dann! —llamó, haciendo que todos se abandonaran en una alegre carcajada.

Tras tomar el té en el saloncito, David y Mary se despidieron hasta el día siguiente y emprendieron el regreso.

La vuelta fue mucho más rápida, ya que al no detenerse en los campos de cultivo y llevar a sus caballos en un trote rápido, apenas si tardaron una hora en llegar hasta la casa. El día había sido largo y no había estado exento de emociones, por lo que casi no hablaron en el camino de retorno, saboreando los minutos en los que el sol se despide de la jornada cubriendo los campos de una melosa luz ambarina.

Ella ya había olvidado lo incómoda que se había sentido al mediodía, cuando perdió una apuesta que podía haberse ahorrado de haber sabido lo agradable que le resultaría el trato con el matrimonio Warter. Ahora ya no tenía ninguna duda de que se divertiría en la fiesta y de que nadie la pondría a prueba; a excepción de David, claro, pero incluso a esos exámenes había terminado por acostumbrarse y empezaban a dejar de preocuparle.

El único quebradero de cabeza que ahora tenía era cuál sería la prenda que él reclamaría en pago por su derrota, pero prefería no pensar en ello hasta el último momento, ya que fuera cual fuera, pagaría sin rechistar.



## CAPÍTULO 18

*La pasión y el odio son hijos  
de bebidas que embriagan.*

(PROVERBIO AZANDE - CENTRO Y NORTE DE ÁFRICA)

**Nairobi**— Uff... ¡Qué mal les ha sentado mi dimisión! Sé que me lo van a hacer pagar, pero la han aceptado. Realmente un regalo de año nuevo de lo más agradable e imprevisto.

Bien, asumo mi destino. Estoy seguro que no tardará en llegar, pero de momento me he librado de las reuniones de la «Misión Olympo». Prefiero no saber nada, al menos así podré dormir.

Sólo espero que me den el tiempo suficiente para terminar de arreglar mis asuntos económicos. Bueno, los de mi hija, porque supongo que no estaré ya aquí para vivir la crisis económica mundial que han previsto desatar en 2008, pero a mí no me van a pillar en ésas. Me he asegurado de tener las espaldas cubiertas para cuando eso ocurra y, de paso, hacer que a mi gente no le pille con el culo al aire.

Thomas apenas podía creérselo, pero al final ha claudicado y me ha hecho caso. Seguiré mis indicaciones y todo estará atado de manera que, tanto él como Mary, pasen el bache sin grandes pérdidas colaterales.

*(Entrada del 5 de enero de 2005  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Silkford Lodge - Kenia.*

*23 de enero de 2011*

Mary cerró los ojos e hizo varias aspiraciones seguidas. Necesitaba tranquilizarse, estaba hecha un manojo de nervios.

Si ya por la mañana se había sentido extraña y un poco desplazada, esa molesta presión en la boca del estómago estaba ahora a punto de desbordarla. De nada servía que todo el mundo la considerara una mujer muy segura de sí misma, porque lo cierto era que, a la hora de establecer nuevas relaciones sociales, se venía abajo con el primer soplido como un castillo de naipes. Había aprendido a disimularlo pero ¿aprendería algún día a superarlo?

Era una reacción muy curiosa. Cuando se trataba de enfrentarse a un grupo o a una persona que no conociera de nada, o cuya opinión le importara un pimiento,

entonces no había ningún problema; la cuestión empezaba a tomar un cariz diferente cuando se sabía objeto del examen de la gente. Odiaba los juicios públicos y había pasado por suficientes como para saber que nunca salía bien parada de ellos. Normalmente los demás solían valorarla en función de las acciones de aquellos que la rodeaban sin tener en cuenta que ella era un ente pensante con sentimientos propios. Y estaba harta de tener que demostrar quién era o qué hacía.

Primero habían sido sus abuelos, que la juzgaban por las decisiones que tomaron sus padres; luego los conocidos del coronel Mantley, un personaje con demasiada relevancia social, y ella, como hija, tenía que estar a la altura; después los de Thomas Silkford, un peso pesado dentro del mundo de la comunicación y con una notoriedad pública apabullante y, ahora, había recorrido medio mundo para tener que enfrentarse a los de David... Lo suyo era una cruz. Arrastraba toda una vida de vivir a la sombra de alguien. Siempre era igual. Y lo peor era que, si hacía algo mal, pagarían por sus actos las personas que quería.

Bien es verdad que esa mañana todos sus celos habían sido infundados, puesto que la familia Warter era encantadora. Sin embargo, ahora tendría que enfrentarse a toda la comunidad keniana, donde David Silkford era un peso específico. No quería dejarle en mal lugar.

Apenas quedaban un par de horas para la fiesta de los Warter y el día estaba siendo muy largo y extenuante. Había empezado con una ceremonia religiosa, íntima y muy emotiva, que había tenido lugar poco antes del mediodía en uno de los salones de la casa, que los anfitriones habían acondicionado como si fuera una capilla.

David había estado fantástico en su papel de padrino; tan elegante, con su traje gris claro y su camisa azul, y tan seguro de sí mismo. La madrina fue la hermana gemela de Evelyn, Susan, que llegó desde Canadá, junto a Ronald, su esposo, poco después de amanecer. Dann había tenido que ir a recoger a sus cuñados al aeropuerto de Nairobi en la avioneta para que pudieran llegar a tiempo.

Al principio se había sentido como lo que era: una extraña. Intentado pasar desapercibida, se quedó rezagada escabullándose entre los sirvientes, ya que todos habían sido invitados al evento, pero Dann acudió en su busca y la obligó a ocupar un asiento junto a ellos y el marido de Susan en la primera fila. Por suerte, el celebrante, un arzobispo muy serio que resultaba ser el cabeza de la Iglesia Anglicana de Kenia, fue todo lo breve que se puede esperar en estos casos.

Sin embargo, cuando la incluyeron en la sesión fotográfica, estuvo a punto de darle un pasmo. Vale, se ganaba la vida haciendo fotos pero ¡cómo odiaba que se las hicieran a ella!

Todo mejoró a la hora del almuerzo. Sin duda los canadienses son mucho menos prosaicos y más divertidos que los británicos. Al final resultaron casi tan bulliciosos y alegres como sus medio compatriotas españoles. ¡Y hasta el mismo reverendísimo acabó muerto de risa y dando un espectáculo al hacer un sifón con su bebida!

Pero el reloj, que no se detiene ante nadie, les recordó a media tarde que tenían

que regresar a casa a vestirse para la cena de gala de la noche.

Y, una vez más, su vida se repetía. No podía fallar a David. Ni a Evelyn. Ni a sí misma... El caso es que allí estaba, en mitad de un relajante baño de espuma, infundiéndose valor para lanzarse de cabeza a la vida social de aquel país. Tenía que ponerse en marcha o entraría David a sacarla de allí de una oreja.

Pero quien entró fue el ama de llaves, que eligió ese momento para atenderla, con una enorme toalla en las manos, dispuesta a hacerle las veces de doncella. No la esperaba; siempre le había incomodado que la servidumbre la tratara como a una niña de principios del siglo pasado. Ella era mucho más independiente que todo aquello y normalmente se zafaba educadamente de aquellas actitudes tan trasnochadas, pero a Karen parecía que incluso le hacía ilusión; era como si se sintiera útil e importante. No tuvo corazón para decirle que se marchara.

Suponía que la criada estaba acostumbrada a las otras mujeres que el patrón llevaba a la casa, quienes habituadas a vivir en aquel continente, desfasado en el tiempo con respecto al suyo, exigían ese trato. Su situación ya era lo suficiente precaria como para no ser además la comidilla del personal pareciendo una prepotente malcriada, así que se dejó hacer.

—Señorita Mary, ¿ha pensado ya el vestido que va a ponerse para esta noche? —preguntó en un inglés bastante correcto.

—No tengo demasiada elección, Karen. Sólo he traído un vestido de gala. ¡Y de milagro!

—¿Quiere que mande que se lo planchen mientras se peina y maquilla? —se ofreció.

—No, no creo que sea necesario. Por cierto, no he tenido la oportunidad de agradecerle que todas mis pertenencias estuvieran tan bien preparadas a mi llegada.

Llevaba días para decírselo, pero no había encontrado la oportunidad. Ésta era perfecta, porque nunca podría reconocérselo bastante. Era una gozada tener todo el equipaje limpio y planchado, dispuesto para ser usado en cualquier momento.

Se maquilló despacio, con la puerta del cuarto de baño abierta, mientras Karen colocaba con cuidado el vestido y todos los complementos que iban a ser utilizados esa noche sobre la cama. Era encantadora y muy dicharachera.

Desinhibida y alegre, tardó poco en empezar a darle explicaciones de cómo se habían conocido ella y Joseph, los problemas que habían encontrado al principio de su relación y cómo escaparon de las estrictas leyes tribales para casarse en secreto en Nairobi.

Karen era la nieta menor de la hechicera del poblado y se había criado a caballo entre las dos culturas, la occidental y la étnica. Aprendió sus primeras letras en la misión de la zona y, más tarde, fue enviada a la escuela de la capital, lo que no era óbice para que siguiera manteniendo las tradiciones de su pueblo.

Joseph y ella habían crecido juntos. No recordaban desde cuándo eran amigos y todo el mundo daba por hecho que algún día formarían una familia. Él, sin embargo,

era mucho menos tradicional debido a su educación y a sus profundas creencias religiosas y desdeñaba algunas de las costumbres que todavía se guardaban celosamente; especialmente las que, tras el ocaso del colonialismo, emergieron con renovado ímpetu recuperando los hábitos más ancestrales.

—Yo había cumplido trece años —continuó Karen—, y ya era un poco mayor para celebrar mi «Gran Día», pero la fecha había sido retrasada ya que el Gobierno había prohibido la celebración de ritos iniciáticos entre las mujeres; especialmente la circuncisión femenina.

—Yo creía que ya no se practicaban esos ritos en Kenia —la interrumpió Mary, intentando disimular el terror que las últimas palabras habían despertado en su ánimo.

—No es legal —aclaró la mujer—, pero en los poblados pequeños y, sobre todo en las familias de arraigada estirpe, se practica a escondidas. Esto sigue siendo Kenia, señorita, y nuestra forma de pensar ha evolucionado muy poco en los últimos siglos, especialmente en una familia como la mía.

—¿Y tú estabas de acuerdo con ello? —preguntó incrédula.

—No se trataba de si yo estaba, o no, de acuerdo. Es la tradición y un honor para toda mujer kikuyu. Mi madre, la madre de mi madre y todas las mujeres de la familia habían sido sometidas a esta práctica desde el principio de los tiempos —se defendió.

—¿Y qué pasó?

—Joseph no estaba de acuerdo. Él había sido criado por los misioneros desde su nacimiento, ya que su madre murió en el parto, tenía ocho hermanos mayores y su padre no podía hacerse cargo de él; e intentó convencerme de que no me sometiera a aquello. Yo estaba en un conflicto, amaba a Joseph pero era una deshonra para mi familia negarme.

—¿Y...?

—Tuve que elegir. Joseph me amenazó con abandonarme si lo hacía, así que la noche antes me escapé y nos marchamos a Nairobi, donde en secreto nos casamos en una iglesia católica y buscamos trabajo.

Mary lanzó un mudo suspiro de alivio. La ablación era, bajo su punto de vista, una costumbre bárbara y desfasada. Se alegraba de la decisión de Karen, aunque prefirió callar su opinión. No tenía derecho a inmiscuirse en sus creencias.

—¿Qué tal peluquera eres? —le preguntó, intentando cambiar el ritmo de la conversación.

—No se me da mal. Mi primer empleo fue de doncella de la esposa de un diplomático europeo. La señora era una francesa muy joven y guapa. Su marido daba grandes fiestas para que ella se sintiera feliz aquí. Creo que podré hacerle un bonito peinado, señorita Mantley —contestó empezando a cepillar con energía su melena.

Antes de que pudiera darse cuenta, Karen había elaborado un moderno y juvenil peinado: un recogido bajo del que dejó escapar algunos mechones sobre la cara que le daban un aire alegre y desenfadado. No pudo evitar una sonrisa. Los resultados eran incluso mejores que los que le hubieran proporcionado en cualquier salón de belleza.

Además tenía su nota étnica: una diminuta guirnalda de florecidas recogidas en el jardín, que la mujer trenzó hábilmente para envolver el moño.

Luego le ayudó a ponerse el vestido. Un exclusivo modelo confeccionado en seda salvaje y gasa, de vivos colores tornasolados que cubrían toda la gama del azul al verde y que compró en su día pensando en que conjuntaba con sus ojos. Ajustado al cuerpo como una segunda piel hasta medio muslo, tenía un corpiño drapeado, de amplio escote en pico, sujeto con finísimos tirantes, y una vaporosa falda de gasa transparente en la misma tela que caía hasta los pies en quillas traslúcidas. Unas altísimas sandalias de fino tacón completaban su atuendo. A simple vista parecía diez centímetros más alta.

Se colocó el brazalete y los pequeños pendientes de brillantes y se deshizo del reloj de pulsera. El escote era demasiado generoso para su pequeño colgante, pero no le quedó más remedio que conformarse. No había traído ninguna de las joyas de su madre, así que lo dejó caer sobre el hueco de la garganta.

Se miró al espejo. Se encontraba perfecta. Volvió la vista hacia Karen, esperando su aprobación y ésta dejó ver su blanquísima dentadura. La mujer la cogió de las manos y la obligó a girar como si bailara, a fin de que el vuelo de la falda hiciera efecto de abanico. Ambas estallaron en una alocada carcajada que les impidió escuchar los insistentes golpes que daban en la puerta.

Por fin el ama de llaves reaccionó y atendió la llamada. Un David impaciente y elegantemente ataviado de esmoquin, esperaba fuera.

—¡Mary, si no te das prisa llegaremos los últimos! ¿Te falta mucho? —dijo sorteando a la criada que le franqueaba la entrada.

—¡Ya estoy lista! ¡Enseguida salgo! —contestó mientras se dirigía al cuarto de baño para darse el último retoque en los labios y perfumarse ligeramente.

Él entró en la habitación y despidió con un elocuente gesto a Karen.

Con lo primero que se topó al salir fue con la mirada anhelante y complacida de David. Encogió los dedos de los pies. Él estaba sentado en una butaca, a los pies de la cama, pero al verla se puso en pie, despacio, con una sonrisa lobuna en los labios y una intrigante mueca en el rostro. Se sintió poderosa.

—¿Qué te parece? —dijo cogiendo el vuelo de su falda y girando sobre sus talones tarareando un vals.

—*Misichana nzuri...* —contestó con un hilo de voz cuando paró frente a él—. ¡Voy a ser la envidia de todos los hombres! —dijo tomándola de ambas manos y separándola de él todo lo que pudo sin soltarla.

Sintió ese rubor incontrolable que la abordaba cada vez que él la miraba con aquel brillo especial en los ojos, que la calaba hasta lo más hondo de su ser.

—Tú también estás muy guapo con el esmoquin —replicó sin saber qué contestar, notando un ligero temblor en los dedos que todavía sujetaba él firmemente—. ¿Nos vamos? —preguntó angustiada y un poco perdida.

—Enseguida. Espérame aquí un momento, he olvidado algo. —Y salió de la

habitación como un torbellino sin que a ella le diera tiempo a reaccionar.

Necesitaba hacer algo mientras esperaba. Encendió un cigarrillo. Estaba tan nerviosa como una adolescente el día de su puesta de largo. David regresó en cuestión de minutos, le quitó el pitillo de los dedos, lo apagó en el cenicero y la empujó frente al espejo del tocador, colocándose tras ella.

Apenas le llegaba a los hombros, pero hacían una pareja perfecta.

—Esta noche yo te guardaré el colgante de mi madre —dijo desabrochándolo suavemente y guardandoselo en el bolsillo de la chaqueta.

Mary sintió una punzada en el estómago; primer error de la velada. Hubiera sido demasiado descarado lucirlo de forma tan llamativa en esa ocasión. Se autorecriminó por no haber reparado en el hecho de que era el apellido de él y podría dar lugar a malas interpretaciones por parte de sus amistades, aunque para ella no significara más que su amuleto y el regalo de Tom. La vergüenza por el desliz la hizo sonrojarse hasta límites insospechados.

Bajó los ojos y se llevó su mano al pecho intentando buscar una excusa válida y convincente. Pero cuando levantó la mirada, lo que vio ante ella hizo que las palabras no pudieran salir de sus labios y abrió la boca en un ahogado grito.

—¡Oh, no! ¡Por favor David, no puedo!

Intentó parar el avance de sus manos sujetándole las muñecas, que se cernían en torno a su cuello apresando los dos extremos de un impresionante collar de esmeraldas que ella conocía de sobra.

—¿Por qué? —repuso sonriente haciendo oídos sordos a sus quejas y cerrando el seguro del broche con cuidado.

—Es el collar de tu madre. Es demasiado valioso y demasiado... —se calló buscando la frase adecuada.

—¿Qué? —la apremió sugerente.

—¡Es la joya de las mujeres de tu familia desde los tiempos de Isabel I! Cualquier británico conoce la historia y tu madre lo lleva puesto en todos sus retratos. ¡Alguien podría reconocerlo! —se quejó girándose frente a él y haciendo intención de quitárselo.

—¿Y...? —Comprendió lo que ella intentaba decirle y soltó una carcajada—. No intentes quitártelo o me enfadaré —dijo sujetándole las manos—. Esta gargantilla queda perfecta con tu vestido y conjunta con tus ojos. Me da igual lo que pueda pensar la gente —dio por zanjado el tema sin aceptar ni una sola queja más, cogiéndola por la muñeca y arrastrándola hacia el pasillo—. ¡Llegaremos tarde!

—¡Espera! —replicó tirando de él en sentido contrario y tomando un chal de gasa de la misma tela del vestido. Tenía tiempo de seguir con la discusión en el coche, de camino a casa de los Warter.

Se encontró con la cómplice mirada de Karen en el *hall* de entrada, que le ofreció un gesto reverencial a modo de despedida seguido de una luminosa sonrisa. Joseph esperaba fuera con la puerta del coche abierta. La ayudó a subir y luego cerró la

puerta de su patrón. Pensó que los Gatawa eran un matrimonio encantador.

La verja de entrada estaba abierta y encaminaron la carretera a toda velocidad y en silencio.

—David, no seas terco. Comprende que no puedo llevar esta gargantilla a la fiesta de tus amigos.

—No comprendo nada. Si te avergüenzas de llevar las joyas de mi familia, puedes quitártela, pero quiero que sepas que me sentiré muy ofendido por tu desaire.

Estaba tan serio que, bajo el resplandor de la luna que acababa de aparecer entre un jirón de nubes en el oscuro cielo tormentoso, pudo ver su fuerte mandíbula contraída en un rictus de orgullo herido. Sintió una punzada de temor en la boca del estómago.

—¿Cómo puedes decir eso? —explotó, controlando las lágrimas que luchaban por estropearle el maquillaje—. Me enorgullece lucir las joyas de los Silkford, de hecho lo hago a diario, pero esto es demasiado. No pretendo ofenderte, pero esta gargantilla sólo la han llevado las mujeres de tu familia.

—¿Acaso no eres tú la mujer de la familia...? Te voy a decir algo Mary —continuó al cabo de unos segundos—, o luces tú esta joya o no la lucirá nadie.

—Tus amigos podrían pensar que yo..., que tú... —y volvió a callarse. No encontraba las palabras adecuadas.

—Podrían pensar que yo, ¿qué? ¡Que piensen lo que quieran, a lo mejor tienen razón! ¿Vas a hacerme este honor o no?

Mary le miró a la cara. Tenía el ceño fruncido y se le notaba enfadado. Supo que iba a ceder, pero él no sabía lo que estaba haciendo. No era consciente de las consecuencias. Si una sola foto salía en los periódicos de Inglaterra, los rumores se dispararían como un cohete.

—Tu abuela debe de estar revolviéndose en su tumba, ¡que lo sepas! —le advirtió—. Pero sí, te haré este honor.

David sonrió. Había ganado otra batalla. Con el paso de los días había llegado a la conclusión de que el fuerte temperamento de Mary sólo podía ser doblegado con una voluntad más fuerte todavía, y él hacía gala de un coraje fuera de lo común. Estaba dispuesto a ganar esa guerra y ella misma le había dado la clave. Se lo había dicho una noche en la sabana y él no lo había olvidado.

—De todas formas, no te preocupes demasiado. Entre mis amigos hay muy pocos británicos; así que nadie se va a percatar del tema.

—Pero muchos habrán visto el cuadro de tu madre que tienes en el despacho...

—Muy pocos, y dudo que nadie se haya fijado en el collar. Además, ¿a ti qué te importa, si no los conoces de nada?

—¡Tienes razón! ¡Si a ti te parece bien, a mí también! —dijo convencida—. ¡Será un honor para mí!

Él volvió a sonreír. Ahora era sincera.

—Estoy nerviosa y confusa —dijo Mary de pronto—. ¿Me ayudarás?

—¡Claro!, pero ¿por qué? —El confundido en esos momentos era él—. No pareces tan tímida a primera vista. ¿Por qué estás nerviosa? Es una simple fiesta y estás harta de ir a cientos de ellas.

—Sí, pero aquí soy la novedad. Tú eres una persona notable en esta comunidad y hoy voy en calidad de tu acompañante. Esta gente está aburrída y supongo que su mayor entretenimiento son los chismorreos, así que seré el centro de las miradas de todos.

—Por supuesto que lo serás. No podría ser de otra manera. Estás preciosa y cualquiera querría ser tu pareja. ¿Es por eso por lo que quisiste eludir tu presencia y te lo apostaste en una tonta contienda? —preguntó aun sabiendo que acababa de dar con la clave de la cuestión.

—Sí —confirmó sin rubor—. No me gusta ser la protagonista de los cotilleos de nadie ni me agrada poner a los amigos en absurdos compromisos. ¡Y no soy tímida!

—¡Ya me parecía a mí! —contestó con su habitual ironía, encaminando el último tramo del trayecto, una vez que habían traspasado los muros de la propiedad de los Warter.

Todas las luces de la casa estaban encendidas y a su alrededor había una actividad inusual. Todavía no habían empezado a llegar los invitados, pero la servidumbre ya estaba apostada a la entrada para darles la bienvenida. David aparcó su Toyota y esperó a que Mary se pusiera a su altura para entrar. Dann y Evelyn salieron a saludarles.

En pocos minutos la casa se llenó de invitados. Evelyn le dijo que habían convocado a unas cien personas, así que mientras David tomaba su lugar en el besamanos de bienvenida junto a Susan y los papas, ella se retiró al salón con Ronald. El cuñado de Dann tampoco era muy dado a las parafernalias.

Ambos mantenían una animada conversación en francés con un apuesto diplomático que se había autopresentado como el embajador de Francia, cuando recibió la primera sorpresa de la noche. Venía de la mano de una voz de mujer, a su espalda.

—¡Laura! No te hacía en Kenia todavía... ¡Qué sorpresa! —dijo Hellen besándola en la mejilla amablemente, como si se conocieran de toda la vida.

El saludo era amable, pero la mirada que le dedicó a continuación era de lo más descortés. La observó con un descaro tan evidente, que pudo sentir cómo Roland se envaraba a su lado. Se demoró en todos y cada uno de los detalles de su vestuario, desde las flores del pelo hasta las tiras jalonadas de pedrería de sus sandalias, sin excluir, por supuesto, el costoso aderezo de esmeraldas del cuello.

—¡Estás guapísima! —continuó ante el mutismo de ella—. Me encanta tu vestido y tu collar. ¡Sí que has venido bien preparada para unas vacaciones en la sabana!

La frase estaba envenenada. Quería responderle como se merecía, pero recordó que David le había dicho que no se enfrentara a ella y se apartara de su camino; que



no era de fiar.

—Gracias Hellen —repuso con falsa camaradería—. Tú también estás espléndida.

No sabía cómo hacer para zafarse de aquel desagradable e inesperado encuentro. Afortunadamente, Dann acudió en su ayuda.

—Hola Hellen —saludó alegremente antes de darle un beso a ella, y un apretón de manos al embajador—. Perdonadme que os robe un momento a Laura, pero quiero presentarle a una persona —dijo tomándola por la cintura y arrastrándola con él hacia el otro extremo del salón.

—Te ha enviado David, ¿verdad? —le preguntó Mary tan pronto se apartaron unos metros.

Dann contestó con una divertida carcajada. Evidentemente la muchacha conocía demasiado bien a su socio para hacer tan poco que se habían reencontrado.

—Aunque no lo hubiera hecho hubiera acudido de inmediato. ¡Ésta es mi casa, Mary! No puedo permitir que salga ardiendo por algunas de las chispas de vuestras llameantes miradas...

—Lo siento, Dann. Yo...

—No digas nada. Todos conocemos a Hellen. Relájate y disfruta.

Pero lo cierto es que aquella mujer le había amargado la noche. Era normal que los Warter la invitaran, al fin y al cabo era colega de Dann, pero no se había planteado volver a encontrársela. Afortunadamente pareció darse por satisfecha con aquel primer ataque y haberla dejado en paz.

Tenía la sensación de que el protocolo era más estricto que en Buckingham Palace. Durante la cena tampoco pudo estar con David, ni siquiera con los Warter, que ocupaban la mesa principal con los padrinos y el arzobispo. Por suerte, Evelyn se había preocupado de sentarla junto a Ronald, a su derecha, y al ministro de turismo keniano, a la izquierda, con quienes entabló una fluida y distendida conversación que consiguió relajarla.

A los cafés, por fin la anfitriona acudió a rescatarla y pudo escaparse con ella y su hermana al piso superior para que Evelyn diera la última toma al homenajeado. Un rato de asueto que las tres aprovecharon para dedicarse mutuos elogios sobre su vestuario y chismorrear sobre el ajeno. Fue divertido y Mary encontró a las gemelas maravillosas, pero el encanto del momento fue interrumpido por Dann que subió a llamarlas para dar inicio al baile.

No podía empezar sin la presencia de la madre y la madrina y, como cualquier fiesta que se preciara, tras la cena la Orquesta Nacional de Kenia amenizaba la velada.

Como siempre, el *Danubio Azul* abrió la kermés. Dann bailaba con Evelyn y el padrino lo hacía con la madrina. Pasados algunos compases, Ronald, gentil, sacó a Mary, que aceptó gustosa.

Cuando terminó la pieza, David se acercó a ella.

—¿Cómo va todo, *milady*? —preguntó complaciente—. Veo que te desenvuelves

muy bien y no me has echado demasiado de menos —la zahirió a propósito dispuesto a recibir alguna de sus mordaces réplicas.

—Te dije en una ocasión que procuraría estar a la altura en todo momento, David —repuso en voz baja mientras aceptaba su abrazo para salir a la pista—. Tengo la suficiente confianza contigo para exponerte mis temores pero, ni sueñes que me voy a dejar llevar por ellos.

—Nunca lo he dudado —la tranquilizó él—. Yo también te dije una vez que a la hora de elegir, no me conformo con cualquier cosa y que soy un hombre muy exigente —le recordó. El brillo de sus ojos aludían a una elección diferente que la de acompañarle a un baile.

—¡Eres incorregible! Pero te perdono por haber tenido la gentileza de enviarme a Dann para librarme de Hellen.

Iba a negarle haber hecho semejante cosa, pero hacía días que le había pedido confianza y ella se la otorgaba sin paliativos. ¿Para qué engañarla? No tenía nada que ocultar y hacerlo hubiera sido tirar piedras contra su propio tejado.

—¿Acaso habías pensado que te había abandonado a tu suerte? Aunque no esté contigo no creas que te has librado de mí. Nunca te fíes de lo que parece que hago y límitate a observar los resultados.

—Desde luego no eres precisamente humilde. La palabra presunción adquiere un nuevo significado contigo.

—No soy presuntuoso, sólo un tipo seguro de sí mismo.

—¿No hay nada que te saque de tus casillas, David?

—Tú.

Afortunadamente, la música había cesado y no tuvo necesidad de responder al directo que acababa de propinarle. Ambos se separaron y, sintiéndose liberada, se dirigió a Dann.

—¿Podría tener el honor de bailar con el padre de la criatura? —solicitó el permiso de Evelyn, que aceptó encantada el cambio de pareja.

Mary sentía sobre su nuca la mirada de David. Tenía la sensación de que estaban apagándole un cigarrillo en el cogote, sin embargo pudo resistirse a la tentación de volverse y continuó enlazada al socio de él, sin dirigirle ni una sola ojeada furtiva, mientras charlaban animadamente de las bondades de África y las maravillas de su fauna salvaje.

Cuando las notas de la polca que estaban interpretando tocaron a su fin, se vio arrastrada de los brazos de un invitado a otro durante más piezas de las que le hubiera gustado bailar. No pudo dar descanso a sus doloridos pies hasta pasada la medianoche y sólo durante un breve momento que aprovechó para sentarse a tomar una copa de excelente *champagne* francés junto a los ministros de agricultura y turismo y sus respectivas esposas; unos de los pocos matrimonios de color que habían asistido a la velada.

Al final se lo estaba pasando bien. Llegó un momento en que se olvidó de todo y

empezó a disfrutar de la fiesta. Acababa de bailar un chachachá con Paul, el piloto, que había sido desternillante. El tipo era realmente patoso, pero nadie podía negar que resultaba de lo más divertido y alegre. Al final medio salón estaba pendiente de ellos y a David se le saltaban las lágrimas de risa cuando terminaron y él, gentilmente, la llevó de vuelta junto a su pareja.

—Muchacho, aquí te devuelvo a tu chica. Es una excelente bailarina pero, de verdad, yo no estoy a la altura de vuestras trasnochadas costumbres de alta burguesía británica. ¿Dónde aprendéis a hacer esos movimientos tan raros?

David la tomó de la cintura. Casi no podía contener la hilaridad. Ambos se miraron y prorrumpieron de nuevo en carcajadas.

—¿Es algún chiste privado? —preguntó Paul, confuso.

—No exactamente. De pequeños siempre nos quejábamos por tener que aprender a bailar estas danzas tan rancias, pero mi madre siempre me decía que un caballero que se preciara tenía que saber conquistar a una dama en la pista de baile, así que nos obligaba a dar clases. Teníamos un profesor —continuó David, riendo—, un franchute mariquita de lo más estirado. Yo odiaba aquello pero ¿ves? Ahora no hubiera hecho tu papel ahí en medio...

—Sí, *monsieur* Blanchard —recordó Mary—. A mí me decía tu madre que una señorita como Dios manda tenía que demostrar a los caballeros cómo era capaz de moverse en la pista porque, aunque no lo creyera, a ellos les daba ciertas pistas importantes para cuando acababa el baile.

—¡Qué sabia era mi madre, joder! ¿Ves como no es ninguna tontería, Paul? Dime ahora dónde está el punto trasnochado. Y que te conste una cosa, ¡mi madre era norteamericana!

Los tres reían cuando se acercó a ellos Hellen. Mientras Paul se despedía, Mary tuvo la sensación de que podía escuchar el cascabel de su cola avisándola de su letal presencia.

David la tranquilizó haciendo que se apretara más contra él.

—Os veo divertidos, chicos. Desde luego —dijo dirigiéndose a David—, da gusto mirarte. Hacía años que no te escuchaba reírte tan relajado.

—Será que últimamente se han preocupado de demostrarme que la vida también tiene su parte agradable, Hellen —replicó recuperando la seriedad y lanzando un dardo tan envenenado como el que ella le había dedicado.

—Bueno, nada es eterno. Todo se acaba tarde o temprano.

—¿Lo dices por experiencia? Porque eso sólo ocurre cuando te equivocas en la elección.

—Hay veces que el destino elige por ti, no creas.

—Pero, para eso estamos, Hellen. Para poner trabas al destino si no es el que te agrada.

—¡Ummm, qué buen consejo!

Mary estaba alucinada. El cruce de amenazas no era nada velado. Un ciego podría

verlo a kilómetros. Notaba un sabor amargo en la boca y quería que todo aquello parara, pero no sabía cómo conseguirlo. David le había dicho que ella colaboraba con la red de espionaje internacional, así que teniendo en cuenta que era su cabeza la que estaba en busca y captura y su más férrea enemiga por la zona estaba en disposición de delatarla, se estaba tomando aquellas palabras como una seria advertencia.

Desde luego no pensaba darle el gusto de darse por aludida, pero la mujer tenía una lengua pérfida y dañina. ¡Que hiciera lo que quisiera, pero que la dejara en paz y se marchara por donde había llegado, por favor!

—Y tú, Laura, ¿qué opinas del destino? —se enfrentó Hellen a Mary.

—Yo no creo en el destino, así que no me preocupa. Procuro vivir el presente y sacar el mayor partido posible.

—Haces bien. Y por lo que veo, tu día a día en Kenia te está resultando de lo más beneficioso.

—¿Beneficioso?

—Sí, primero consignes que nuestro inalcanzable guía te regale un colgantito para proclamarte como su propiedad y ahora lo sella con el inigualable collar de esmeraldas de su madre.

David sintió a través de los dedos la tensión de la muchacha. Estaba demudada y se había quedado sin voz. Sus ojos le miraban gritando un «te lo dije» tan claro como el agua de un manantial. Boqueaba como un pez fuera del agua.

—Hellen, lo que acabas de decir es una grosería de tal calibre, que espero que te disculpes inmediatamente —le exigió David. Su mirada era hielo puro. Incluso Hellen perdió la seguridad en sí misma.

—Bueno, no he querido ser grosera. Perdóname, Laura. Realmente lo que David haga con las joyas de su familia es cosa suya —claudicó, falsamente abochornada.

—¡Por supuesto que lo es! —replicó él—. Lo que yo haga con mi vida o mis propiedades ha sido algo sobre lo que tú jamás has tenido potestad, Hellen. —Su voz no se había elevado ni medio tono. Era comedida e imperturbable, pero cada palabra era una sentencia—. Deja de comportarte como una cría y de tomarla con Laura. Ella no tiene culpa de nada, si acaso págalo conmigo.

—Lo siento, David. Es que... bueno... A mí jamás me regalaste nada —reconoció con lágrimas en los ojos—, y tampoco hiciste pública nuestra relación como lo estás haciendo con ella... ¡Sólo te falta besarla en público y poner un cartel!

David no se lo pensó dos veces. Si quería provocarle lo estaba consiguiendo. Sin mediar palabra, miró a Mary, que todavía no había recuperado el color, puso delicadamente una mano en su nuca y se agachó para cubrirle la boca con el más ardiente de los besos que jamás hubiera pensado dar en público.

Ella estaba paralizada, pero sabía que aquello era un desafío, así que se olvidó de los prejuicios y se abandonó a las demandas de aquel hombre. Ya lidiaría con las consecuencias más tarde.

Cuando se separaron, medio salón estaba mirándolos. Hellen no había sido capaz

de moverse de donde estaba. Parecía de piedra.

—El cartel lo mandaré hacer a Nairobi y me lo colgaré del cuello cuando me lo envíen, como un perrito faldero. Y entérate de una vez por todas, Hellen, nosotros nunca hemos tenido una relación. Lamento muchísimo que te hicieras ilusiones, pero pasar por mi cama no significa alcanzar mi corazón y tú lo sabías de antemano. No es ninguna novedad para ti que hace años tienes la batalla perdida. No entiendo a qué ha venido esta escenita de celos.

Dann apareció de inmediato como salido de la nada.

—Con tu permiso, socio, este baile lo tengo comprometido con Laura —dijo arrebatándosela de los brazos. David la dejó ir sin oponer resistencia.

—Por Dios, Dann, sácame de aquí. Me voy a morir de la vergüenza.

—Ah, no, amiga mía. Tú aquí a aguantar el tirón, como has hecho hasta ahora. Quiero verte sonreír de oreja a oreja y bailar como si fuera el último día de tu vida.

Haciendo acopio de fortaleza, convirtió su rictus en una falsa mueca que, esperaba, los demás interpretarían de alegría.

—Te juro que no sé si podré. Esa mujer... Yo no he hecho nada. Sólo quiere provocar a David.

—Oh, sí, cariño. Claro que has hecho. Una gesta casi imposible. —Se rio—. No pasaba nada mientras no había rival declarada, pero verlo con sus propios ojos ha sido demasiado para su orgullo. Hellen siempre ha estado locamente enamorada de David y jamás aceptó que él no cayera fulminado por su belleza. Pero el hombre sabio es consciente de que la piel del leopardo es bella, pero su corazón es malvado.

Mary sonrió, ahora sinceramente, ante sus crípticos proverbios. Su padre había tenido también aquella manía, debía de ser una antigua costumbre africana. Y no cabía duda de que Dann era un buen amigo. El mejor que David podía tener, y se había tomado el bienestar de ella como si fuera algo personal.

¡Y pensar que en algún momento dudó sobre si quería conocerle...! Si hasta merecía la pena todo lo que había ocurrido aquella noche que, por otra parte, tampoco era tan malo.

Puede que David le hubiera besado a resultas de una provocación, pero lo cierto es que a ella, como mujer enamorada, casi se le salió el corazón del pecho cuando vio su respuesta. Por supuesto que aquello no había sido una declaración velada y que ella tenía tantas posibilidades de conseguirla como Hellen, pero puesto que su amor era algo tan secreto que sólo ella conocía, de la misma forma podía interpretar en su interior aquella acción como más le gustase. Nadie iba a cuestionar si era una quimera o una realidad con certificado de calidad.

Lo cierto es que hacía tanto que no soñaba, que ahora estaba dispuesta a hacerlo todo lo que pudiera. Vivir durante cinco años pensando en cuándo va a regresar a tu vida el cabrón que te la ha destrozado, es muy duro. ¡Y siempre volvía! Pero ya no iba a hacerlo nunca más. David se había ocupado de ello igual que también había sido el encargado de triturar el resto de sus miedos.

Tener a ese hombre de aliado merecía celebrar la vida, así que no pensaba perder ni cinco minutos más fustigándose por Hellen. Tenía intención de seguir disfrutando de la fiesta de sus amigos, ¡y que la gente pensara lo que le diera gana por el beso que él le había dado! Así la ilusión de su mente era más completa.

—Lo que no entiendo es por qué me ha besado así —dijo en voz alta—. ¡Delante de todo el mundo! ¡Qué bochorno!

—No lo sé, Mary, pero confía en él.

—Si lo hago, Dann, pero ahora somos la comidilla de toda la fiesta...

—Bien. Nos viene de perlas a todos.

—¿Qué dices?

—Confía en David y relájate. Siempre confía en él —insistió.

Alegre de nuevo como un cascabel, volvió a la rutina de la noche tan pronto Dann y ella se separaron. A los pocos minutos, daba la sensación de que bailar y charlar con extraños era lo que más le gustaba hacer en su vida. Y ahora, después de aquel inusual espectáculo público, parecía ser la atracción de la fiesta.

Odiaba aquello, pero si David y Dann querían que actuara así, ella no tenía ningún inconveniente. Como bien había dicho el primero cuando se encaminaban hacia allí, a ella qué más le daba, si no conocía a nadie. Cuando saliera de Kenia lo más seguro es que no volviera a verlos en su vida. Además, la gente había visto lo que había ocurrido entre David y ella, pero no lo que lo había provocado. Aquella discusión había sido llevada de una manera tan discreta, que no podrían ni haberse enterado aunque estuvieran a dos metros de distancia.

Vio que el guía salía de la sala acompañando a Hellen y al rato regresaba solo. Suponía que todo lo gentilmente que le caracterizaba la había puesto de patitas en la calle. ¡Fenomenal!, un frente menos.

Se encaminaba hacia él con una radiante sonrisa en los labios cuando un joven al que David le había presentado en Nairobi, y del que no recordaba su nombre pero sí que era francés y tenía una importante agencia de viajes, se dirigió a ella para invitarle a bailar un tango.

Aceptó al mismo tiempo que observaba cómo su acompañante era abordado por un general ataviado con el uniforme de gala y que juntos abandonaban el salón. Aquél militar inducía respeto y rezumaba poder, había crecido entre hombres como aquéllos y sabía captar quién era y quién parecía. Éste, un poco más joven de lo que sería su padre, era de los que eran.

—Bien, Silkford. Tú dirás, muchacho.

—¿Sigues interesado en que le cubra la misión de la que me habló a finales de año?

—¿A cambio de qué, Silkford?

—Siempre hay algo a cambio, general.

El general McCallan se puso inmediatamente alerta. Durante la mañana del día

anterior había recibido un correo electrónico de David Silkford que hubiera sido lo suficientemente atractivo como para ir a esa fiesta aunque no tuviera intención de hacerlo de antemano.

Llevaba meses detrás de él intentando convencerle para que le hiciera un último servicio. Warter y él siempre habían sido los mejores haciendo aquello, pero hasta ahora Silkford se había negado en rotundo y no podía pedírselo a Dann, era demasiado arriesgado para un hombre con una esposa y un hijo a su cargo.

Desde que ambos habían dejado el Servicio de Inteligencia Secreto británico habían seguido colaborado esporádicamente para la OTAN en algunos asuntos puntuales a cambio de su libertad, sobre todo en la localización de información, pero tras la última operación, hacía ya casi un año, el inglés les había dejado muy claro que no volvieran a contar con él bajo ningún concepto. Decía que se había ganado la libertad para toda la eternidad.

Y razón no le faltaba. No se habían portado bien con él. Le habían enviado a una misión arriesgada en la que salvó el pellejo sólo gracias a su gran experiencia y el Alto Comisionado le había dejado con el culo al aire. Por supuesto, el joven no tenía constancia de que había sido traicionado, pero tenía sospechas bien fundamentadas que avalaban el hecho de que no quisiera volver a saber nada de ellos.

—¿Tiene algo que ver con la vida de tu padre y tu hermana?

—Veo que está bien informado.

—Son dos vidas, Silkford. Eso implica dos favores.

—Necesito garantías. ¡Todas las garantías, general!

—Y yo compromisos adicionales.

—Mande sus garantías, detalle sus compromisos y dispondrá de mis servicios.

—¿Sin preguntas, Silkford?

—Sin preguntas McCallan.

Ambos hombres se estrecharon la mano.

—Tienes mi garantía desde este momento, pero te haré llegar la del Comisionado. Recibirás órdenes en breve. Por supuesto, sin éxito en tus misiones los resultados serán totalmente los contrarios a los que hemos pactado.

—Por supuesto.

David no sabía si había firmado su sentencia de muerte o la de su familia, pero para averiguarlo no le quedaba más remedio que seguir adelante con aquella estrategia. Sólo podía encomendarse a la suerte y rezar por que ésta siguiera acompañándole un poco más.

El general ya comenzaba a abandonar la biblioteca cuando él le formuló una última pregunta.

—¿Cuándo, general? Necesito tiempo para dejar arreglados mis negocios.

—Aproximadamente mes y medio.

Y el hombre salió por la puerta sin girar la cabeza. Su rostro lucía una ancha sonrisa que David no vio.

Los compromisos hubieran sido suficientes, le debían aquello; pero no podía perder la oportunidad de recuperar a uno de sus mejores agentes y él estaba dispuesto a venderse barato.

¡Había sido una gran noche!

—¡Ah, Silkford! —dijo volviendo sobre sus pasos desde el umbral de la puerta—. Deshacerte de Augain no ha sido una buena idea; aunque bien sabe Dios que el muy cabrón se lo merecía.

David había desaparecido de la sala apenas unos minutos, pero cuando regresó Mary observó que lucía una extraña cara de satisfacción, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Pero incluso durante todo el tiempo que él no estuvo allí, se sintió segura. Dann la vigilaba como un dóberman. Al más mínimo indicio de peligro, hubiera estado a su lado en un parpadeo.

Tras su vuelta, David no se había acercado a ella. Podía verle participando en animadas conversaciones con altos dignatarios y distintas personalidades del país que, a tenor de su gran experiencia como relaciones públicas redundarían en el buen nombre y el fortalecimiento de La Luz de Kenia. Estaba al corriente de la etapa que habían atravesado antes de resolver el asunto de la caza ilegal y sabía que aquella fiesta no era más que una excusa para paliar los daños colaterales. Estaba segura de que ése había sido el motivo de su marcha con el general. Una de esas «informales entrevistas sociales» en las que los caballeros resuelven sus vidas.

Durante el resto de la velada, sólo en contadas ocasiones pudo verle evolucionar sobre la pista de baile, y en todas ellas tuvo la delicadeza de dedicarla una sonrisa y una mirada cómplice, demostrándola que seguía protegiéndola y que consideraba su actitud más que satisfactoria.

Precisamente estaba enfrascado en una de esas sesudas y aparentemente inocuas conversaciones con el director del programa de la Conservación de la Naturaleza cuando Evelyn acudió a rescatarle.

—¿Me concede este baile, señor Silkford? —le abordó protocolariamente después de compartir un rato de charla con ellos—. Creo —dijo con cautela tras los primeros pasos de la danza—, que deberías dedicar algo más de tiempo a tu acompañante.

Él aceptó la regañina poniendo un mohín burlón. No lo consideraba un atrevimiento, su amistad era sincera y profunda desde los primeros días en que se conocieron. A pesar de todo intentó defenderse.

—No te preocupes por ella, mírala, es un camaleón. Sabe desenvolverse demasiado bien en este ambiente. Desde niña ha acudido a cientos de fiestas similares a ésta. Y no temas, la vigilo de cerca, no voy a dejar que le ocurra nada.

—¡Como si tuviera alguna duda! Eres el perfecto guardaespaldas, pero a lo que me refiero es que te comportes como el hombre que le ha invitado a esta fiesta. Lleva toda la noche aguantando a un montón de pelmazos que no conoce de nada mientras tú desertas de tu compromiso con ella.



—Evelyn, aunque a ti te parezca que como hombre no le hago caso, te garantizo que no es así.

—Ya sé que le haces caso como hombre. La demostración de hace un rato nos lo ha dejado muy claro a todos los aquí presentes, pero no me refiero a esa clase de atención puntual, sino a un interés más profundo. Está claro que ella es alguien especial para ti, pero si no te aplicas en demostrárselo, pondrá tierra de por medio.

—No es tonta, Evelyn. De hecho es tan lista, que sabe que lo mejor para ella es alejarse de mí.

Se sorprendió tanto de que él reconociera que estaba interesado en Mary que perdió el paso. David la sujetó y sonrió condescendiente; como si supiera exactamente lo que estaba pensando su amiga.

—Es una muchacha maravillosa, David. Sería una pena que la dejaras escapar.

—No puede escapar, Evelyn. —Se rio—. Recuerda que soy un profesional y que, aunque no fuera así, siempre sabré dónde encontrarla; tenemos un padre común. Diferente es que yo la deje ir.

—¿Por qué David? Nunca te habría imaginado un cobarde.

—No es cuestión de valentía. Lo que Mary necesita en estos momentos no es un hombre, sino un futuro. Y eso es lo que voy a proporcionarle dejándola marchar.

Evelyn sonrió. Era la primera vez en cinco años que veía a su amigo preocupado por los sentimientos de una mujer y el cambio la llenaba de satisfacción. Tal vez él no supiera todavía que estaba loco por compartir con Mary ese futuro que decía iba a proporcionarle, pero ya se daría cuenta. Empezaba a ser el momento de que el alocado y aventurero David Silkford sentara la cabeza.

## CAPÍTULO 19

*La boca hace deudas,  
pero los brazos pagan.*

(PROVERBIO EWÉ - GHANA)

**Nairobi**— En unos días abandonaré África para siempre. Mi tarea en este continente ha terminado; acabo de recibir el despacho más desalentador de toda mi vida. Mucho me temo que también será el último.

No por esperado resulta menos funesto. Casi he escuchado tañer las campanas a medida que lo leía.

En fin, tengo quince días para incorporarme a mi nuevo destino. En apariencia he sido ascendido, incluso me han dado una condecoración, por los servicios prestados —que servirá para que la pensión que reciba mi hija sea un poquito más jugosa—, pero yo sé lo que esconden estas nuevas órdenes. ¡Hipócritas!

Tengo poco tiempo para dejar todo atado.

*(Entrada del 14 de enero de 2005  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Silkford Lodge - Kenia.*

*2 de marzo de 2011*

Los días que siguieron a la fiesta pasaron tranquilos entre jornadas de abandono y sábanas húmedas y otras de ferviente actividad recorriendo parajes y parques nacionales en el todoterreno, la autocaravana o la avioneta de David. Sin duda en Silkford Ediciones iban a tener el mejor archivo fotográfico del mundo sobre Kenia.

Aquella mañana Mary despertó temprano. Había dormido toda la noche de un tirón, con un sueño profundo y dulce que la hacía sentirse como un bebé después de una siesta. Pero batallar con el porvenir era más difícil. Dejar de tenerlo presente, casi imposible.

Saberse libre de la amenaza que le había perseguido durante meses había sido toda una bendición. Cuando David le informó de que la orden de búsqueda y secuestro contra ella, así como la amenaza de muerte a Thomas había sido revocada, casi no podía creérselo. Entró en un estado de euforia tal, que aún no se había bajado de la nube. Se lo hubiera comido a besos. Bueno, de hecho lo intentó —lo intentaba siempre que surgía la más mínima oportunidad—, pero él siempre le devolvía el pago

con intereses.

Sabía que aquel estado de felicidad no podía ser eterno, pero se dejaba llevar sin remordimientos por ese bienestar pictórico, disfrutando de todo lo que la vida, por una vez, parecía poner a su alcance. ¡Ya era hora!

Su anfitrión había insistido en que agotara su tiempo de vacaciones alegando que ambos se lo merecían, y ella se dejó convencer con una facilidad que asombró al propio David.

Pero las hojas del calendario caían con más velocidad de lo que hubiera deseado. Saber con certeza absoluta el día que tendría que dar carpetazo a su felicidad era muy cruel. No se merecía un destino tan desalmado como el que le había tocado en suerte.

No se engañaba. David Silkford había vuelto su vida del revés y jamás volvería a ser la misma. Estaba locamente enamorada de él y era consciente de que alejarse no conseguiría que lo olvidara. Nada lo haría, pero el hecho de saber que tarde o temprano sus caminos volverían a cruzarse, lo hacía todavía más duro. Ni siquiera podría anhelar el olvido refugiándose en brazos de la ignorancia; el hecho de que ahora David y Tom hubieran retomado sus lógicas relaciones entre padre e hijo, haría que estuviera al corriente de todos los avatares de su vida. Al menos de los más importantes.

Pero permanecer a su lado era algo inviable. Él no se lo permitiría nunca y, aunque lo hiciera, ella tampoco lo aceptaría. Si no era ella quien pusiera la distancia entre ambos, no tardaría mucho en ser él quien lo hiciera.

Por desgracia David no era hombre de una sola mujer. Nunca lo había sido y no iba a ser ella quien cambiara aquella costumbre tan arraigada. Además, sabía que si apuraba el vaso hasta el final, cuando él le planteara la separación corría el riesgo de que su corazón se rompiera para siempre. Y aquello llegaría. Era algo tan cierto y previsible como que las grandes lluvias asolarían el país en unas semanas.

Podía intentar ser egoísta y estirar la situación al máximo, pero su orgullo jamás se lo permitiría. Hacer la vista gorda sobre los primeros escauceos de David, que por cierto le extrañaba que no hubieran empezado a producirse ya, no era algo que pudiera asumir; estaba segura de que no lo soportaría. Jamás sería capaz de saber a David en brazos de otra mujer y esperar que tuviera a bien ofrecerle las migajas, y aceptarlas.

Le miró. Dormía a su lado, desnudo sobre las sábanas, relajado y satisfecho como un dios pagano. Las tupidas y arqueadas pestañas que jalonaban sus párpados arrojaban una tenue sombra sobre los pómulos. El mentón ensombrecido por la barba. Y con cada profunda respiración exhalaba aquel olor característico que le acompañaría hasta el día de su muerte; una mezcla de loción de afeitar, jabón de baño, café, tabaco y virilidad que se confundía con el aroma de la tierra húmeda y fértil que pisaba. ¡Dios, ¿qué iba a hacer cuando ya no lo tuviera cerca?!

Era temprano y la luz del amanecer se colaba a raudales en la habitación. Todavía seguían durmiendo con los postigos abiertos para que la oscuridad no llevara a su

imaginación por caminos indeseados, infectados de malos recuerdos. Él quería que siempre tuviera presente quién era el hombre que la poseía y le daba placer, ¡como si pudiera olvidarlo!

Una lágrima rebelde resbaló por sus mejillas.

Se zafó como pudo de aquel abrazo protector y se dirigió al cuarto de baño de su habitación. Aquella que nunca había usado más que para cambiarse de ropa.

La ducha, aun larga, no consiguió llevarse consigo a través del desagüe los nefastos pensamientos que la asolaban. Pero algo tenía que hacer. David estaba curtido en esas lides y leía en el alma humana mejor de lo que debiera estar permitido.

Si él veía el aspecto que tenía no tardaría en darse cuenta, ¡y eso sí que no podía permitirselo! Ya no por cómo pudiera sentirse él al tener que batallar contra los sentimientos de una muchacha encaprichada, que con aquello tenía experiencia, sino porque ella jamás iba a consentir que él supiera que había caído en sus redes.

No era una cuestión de amor propio, era un problema de supervivencia. Podía soportar el rechazo, pero nunca la lástima.

«Fingimiento» era su segundo apellido. Llevaba toda una vida haciendo creer al mundo que estaba en posesión de una felicidad que nunca había sentido. Seguir haciéndolo ahora no iba a suponerle ningún problema.

Se maquilló ligeramente para borrar las huellas de su tristeza y eligió una vestimenta alegre y colorida para que diera luz a sus apagados ojos.

Rojo. El color que impulsa la fortaleza.

Sin valor aún para enfrentarse a David, llamó por el interfono a la cocina para que le subieran un termo de café a la habitación. Karen lo hizo en pocos minutos, junto con un desayuno completo.

La negra tez de la mujer reflejaba la extrañeza ante aquel primer desayuno solitario, pero no dijo nada. La filosofía africana era sabia y ancestral.

Pero, a pesar de lo que David le había hecho creer, no dormía. Sólo fingía una respiración constante y un estado de relajación que no sentía. Se tumbó boca arriba contra el colchón y se colocó las manos enlazadas en la nuca mientras dejaba que su vista se perdiera en los intrincados dibujos de los hilos del mosquitero que pendía sobre su cabeza.

Hubiera tenido que estar ciego y sordo para no ser consciente de la desolación que, a medida que pasaban los días, amenazaba con triturar la resistencia de Mary. Ella era fuerte, mucho, y sabía que jamás se permitiría el lujo de derrumbarse en su presencia, pero las lágrimas que habían surcado su rostro aquella mañana habían estado a punto de destruir cada uno de los muros que con esfuerzo había erigido para salvaguardar aquel pequeño corazón.

¿Cómo era posible que esa mujer, que no había movido ni un solo dedo para seducirle, le hubiera hecho perder el sentido de semejante manera? ¡Él, que estaba

acostumbrado a capear los más fuertes temporales, había sido abatido por una tormenta de verano!

Todo había ocurrido despacio. Sin artificios. Sin darse cuenta.

En realidad sólo hacía dos meses que sus vidas habían sufrido un brutal encontronazo, pero no se habían separado para nada desde entonces y, a esas alturas, se conocían tal y como el destino había determinado para ellos; incluso mejor, puesto que éste los había elegido hermanos, no amantes. Ahora eran lo que siempre debieron de haber sido: amigos. Hasta el punto de que si alguna mujer había llegado a conocerle un poco, ésa era, sin duda, Mary Mantley.

Cuando llegó, ella había procurado establecer entre ambos una distancia prudente que hizo que sus relaciones fueran cada vez más amables, dando paso a una sincera amistad con el transcurrir de los días. Evitaba el contacto físico y ni siquiera en las largas veladas en la sabana —cuando se quedaban a solas durante horas hablando de cualquier tema que dos personas adultas e inteligentes pudieran abordar—, se había permitido hacer el más leve signo de coquetería femenina. Su comportamiento fue en todo momento intachable y no dejaba lugar a la duda.

No fueron sus pretensiones, sino su actitud.

Mary no cometía las típicas torpezas femeninas. Sabía guardar los silencios más elocuentes en los instantes oportunos o se abandonaba a una alegre y arrebatadora cháchara cuando la situación lo permitía. Si abordaban el tema de sus comunes relaciones familiares, jamás intentaba hacerle cambiar de actitud, sino que se limitaba a dar su propio punto de vista sin pretender que él lo adoptara; sólo en un par de ocasiones se atrevió a darle consejos a este respecto y matizó los detalles de tal manera que parecía que lo último que esperaba es que él fuera a aceptarlos.

Al principio pensó que era una muchacha experimentada y vivida, a juzgar por su forma de actuar y de hablar, pero no tardó mucho en percatarse de que poseía una gran inocencia y que su mundano comportamiento era fruto de una cuidada y estudiada fachada. Conocer los auténticos motivos había sido un hierro candente aplicado directamente sobre su corazón.

Y a partir de ese momento había puesto tanto empeño y paciencia en conquistarla para demostrarle lo que se estaba perdiendo, que al final lo consiguió. Que ella estaba absolutamente enamorada de él podía incluso olerlo, sus maravillosos ojos se lo gritaban cada vez que la miraba; sin embargo tardó bastantes días en darse cuenta de que, por primera vez en su vida y a resultas de tanta dedicación y esfuerzo, él había caído en su propia trampa. Se había convertido en el cazador cazado.

Mary había ido volviéndole loco poco a poco.

Pero, aun en contra de su voluntad, iba a hacer lo que tantas veces había hecho sin remordimientos, sólo que en esta ocasión no quería hacerlo. Daría cualquier cosa por no tener que hacer añicos el corazón de esa mujer única.

Pero no ocurriría hoy. Aquello aún podía esperar unos días. No tenía prisa, entre otras cosas porque sabía que el suyo tampoco iba a salir indemne.

Mary encontró a David en mitad de la pradera hablando con Joseph. Sus modales eran suaves y pausados pero no cabía ninguna duda sobre quién era el patrón y quién el sirviente. Él mandaba con una autoridad callada, sin excesos, y Joseph escuchaba paciente y asintiendo con la cabeza. A sus oídos no llegaba el ruido de la conversación y esperó que ésta terminara.

Él miró de pronto hacia la casa y la saludó con la mano desde la distancia. Enseguida dio por zanjado el diálogo con el mayordomo y se aproximó a ella con paso ágil.

—Buenos días, *milady*. ¿Dónde te habías metido?

—Hola David —saludó sin moverse.

—¿Has desayunado ya?

—Sí. ¿Y tú?

—También.

David se sentó frente a la mesa de cristal y enea que había bajo el porche y encendió un cigarrillo que enseguida le pasó a ella.

—He estado pensando que a lo mejor te apetecería ir a almorzar a las cataratas Thompson.

—¡Oh, claro que sí! —contestó de inmediato, pletórica de entusiasmo.

La miró. Qué fácil era hacerla feliz. Tan pronto le proponía hacer cualquier plan, por pequeño que fuera, parecía una colegiala complacida. Nada había cambiado en su optimismo natural y, al contrario que las mayorías de las amantes que había tenido — que a la segunda noche no tenían otro objetivo que manejar su vida y sus decisiones —, ella se limitaba a disfrutar con lo que quisiera ofrecerle sin exigir nada a cambio.

—Bien, entonces voy a preparar la excursión. Tómate tu tiempo para arreglarte.

Poco después partían en el todoterreno por el camino arenoso que les llevó hasta la carretera que conduce a Nyahururu. Mary, cómodamente repanchingada a la izquierda del conductor, canturreaba al ritmo de la música de moda que sonaba en la emisora local de la radio del coche, mientras absorbía con ojos ávidos las maravillas del paisaje.

El tráfico de la carretera era considerable. Los chiquillos los saludaban con sus manos de chocolate y nata desde las ventanillas de los autobuses locales que se cruzaban en el camino, y muchos de los destartados vehículos hacían sonar su bocina a modo de despedida. La hospitalidad keniana que tanto la asombraba se dejaba sentir en cada curva del camino.

En poco más de una hora abandonaban el Toyota en la explanada del Thomson's Falls Hotel, donde también había aparcados un par de autobuses que habían diseminado una barahúnda de turistas que paseaban por la zona.

Llegaron al comedor del hotel antes de la hora habitual de comida, aunque el personal no puso pegas en atenderles y servirles una apetitosa comida llamada *irio* — una especialidad kikuyu a base de guisantes, patatas y maíz hechos puré, y carne a la

parrilla, cuya procedencia no supo, ni quiso, averiguar—, acompañada de maíz asado y plátano que regaron con vino del país. Tampoco faltó el negro y reconstituyente café local.

—David, me gustaría que me dejaras pagar esta comida —dijo a la vez que tiraba de la manga de su camisa y le apresaba las manos, que sujetaban fuertemente la cartera.

—Otro día, cariño —replicó rehusando su ofrecimiento categóricamente y dedicándole una mirada que no admitía queja alguna.

—Me siento fatal. Me siento una mantenida caprichosa.

David soltó una carcajada. Pagó al camarero y la cogió por la cintura para salir del pequeño restaurante.

A excepción de la seguridad que emanaba el guía en su paseo hacia el camino que les llevaría hasta el borde de las cataratas, nada les distinguía del resto de europeos que deambulaban por los alrededores con cara de asombro.

—¡Hacía mucho que no tenías ninguno de tus ataques feministas! —volvió a reírse, ya en el exterior.

—No empieces con tu letanía —le reprendió soltándose de su abrazo—. Hoy no tengo el ánimo para amargarme el día con inútiles controversias sobre lo que yo opino que es igualdad y tú consideras feminismo mal entendido.

—Estoy seguro, *milady*, que eres una de esas mujeres que nunca dejas que los hombres te inviten a cenar y te empeñas en pagar tu parte. ¿A que sí?

—Pues estás muy equivocado. Sin embargo, no me parece nada bien lo que estoy haciendo contigo.

—¿Ah, no? —Y dejó un silencio incómodo, que llenó con su habitual sonrisa, burlona y cínica—. ¿Qué es lo que estás haciendo conmigo? —dijo por fin, viendo que ella no continuaba hablando.

Caminaron durante poco más de un minuto hasta llegar al mirador desde el que se contemplaba una espectacular caída de agua de más de setenta metros, que levantaba bruma y cargaba de humedad el ambiente.

—Estoy esperando —la pinchó de nuevo—, ¿qué es eso que estás haciendo, tan mal, conmigo?

Mary pensó que se había precipitado con aquellas palabras, pero ya era demasiado tarde para eludirlas y no quedaba más remedio que afrontarlas e intentar aclarar, de una vez por todas, las inquietudes que hacía días la abordaban.

Observó cómo él se disponía a escuchar atentamente, incitándola y mirándola directamente a los ojos, de espaldas a la cascada. Apoyó los codos hacia atrás sobre la barandilla y flexionó una pierna descansando el talón encima de los maderos. Se sintió turbada y, a fin de escapar de su escrutinio, se acodó junto a él simulando que contemplaba atentamente el paisaje.

—Hace días que pienso que estoy abusando de tu confianza. —Le miró de reojo y continuó—. El hecho de que seamos amantes no quiere decir que tengas que trastocar

tan drásticamente tu vida. Me consta que por mi culpa dejas muchas cosas por hacer e incluso estoy segura de que, si no fuera porque me llevas todo el día pegada a tus talones, harías cosas que conmigo podrían resultar un poco incómodas.

—¿Cómo qué?

—Pues, como quedar con tus amigos y hacer tu vida habitual.

—No sé lo que quieres decir —la interrumpió—. Tendrás que ser más clara, porque no sé adónde quieres ir a parar.

Su rostro era una mueca demasiado burlona como para no haber comprendido lo que ella intentaba decirle.

—Pues..., que tú tienes tu vida y yo, de una manera u otra, te la estoy coartando.

—Mi vida es pasear a turistas curiosos por todo el país, para que hagan fotografías y luego presuman de ellas cuando regresen a sus casas. ¿Dónde está la diferencia?

—Dime, ¿si yo hubiera sido un turista normal, me hubieras alojado en tu casa, presentado a los Warter e invitado al bautizo de tu ahijado?

—No.

—Entonces, ¿qué hubieras hecho conmigo?

—Te hubiera dejado en el hotel de Nairobi para que descansaras y me habría ido a mi casa solo, con la excusa de tener que resolver unos asuntos privados. Luego hubiera reaparecido para continuar con el safari, tal y como estaba previsto. ¿Satisfecha tu curiosidad?

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Mary, ¿de verdad quieres saber por qué no lo he hecho?

Ante su silencio hizo que girara la cara hacia él sujetándole la barbilla con sus largos dedos. La miró fijamente, con una sonrisa en los labios con la que intentaba transmitirle demasiadas cosas e incitándola a una respuesta. Ella sólo movió la cabeza afirmativamente.

—Te podría dar un par de respuestas pero, como no estoy muy seguro de que quieras escucharlas, te diré que, de haber actuado así, mi padre me mataría por ser tan descortés con su niña. ¿Contenta?

—No —replicó deshaciéndose de la presión de su mano con un brusco movimiento de cabeza—. No estoy contenta pero capto la indirecta.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Pero bueno, aunque sé que no es tu estilo, me consuela saber que desde que estoy en tu casa no habrá sido tan urgente incluir en tu plan de trabajo alguna que otra visita extralaboral.

—¿Cómo cuál?

—¡Ya está bien, David! —explotó harta de que jugara con ella—. ¡Sabes, perfectamente a qué me refiero!

—No tengo idea —contestó con una terrible indolencia.

Mary estaba perdiendo la paciencia. Contó mentalmente hasta diez para no



dejarse llevar por el mal humor.

Como no decía nada más, fue él quien abordó el tema de pleno.

—¿Te refieres, por casualidad, a que, por tu culpa, no puedo frecuentar la compañía de otras mujeres?

—¡Éste es mi David! —estalló colérica—. ¡Hipócrita y mordaz! ¿Cómo puedes ser tan falso? Sabías a qué me refería desde el primer momento —reconoció a la vez que esperaba una de aquellas sarcásticas carcajadas que tanto la molestaban.

Pero en esta ocasión David no se rio, sólo sonrió quedamente, sujetándola firmemente por los dos hombros y obligándola a mirarle a los ojos.

—El hecho de que tú estés aquí, no me impediría, si yo quisiera, visitar a alguna de mis amigas. Si no lo hago es porque no quiero, no porque no pueda. ¿Está claro?

Mary se puso del color de la grana y bajó los ojos al suelo.

—¡Mírame! —dijo imperiosamente—. ¿Pero tú quién te crees que soy? ¿Casanova? —Ella le miró azorada—. Voy a decirte algo. Efectivamente, cuando termino mi trabajo, acostumbro a tomarme unos días de descanso que a veces, no siempre, comparto con alguna o algunas muchachas generosas que están dispuestas a dedicarme su tiempo y sus caricias. Con ello no hago ningún daño a nadie; soy joven, soltero y no tengo que dar explicaciones de mis actos. Ellas también lo son y todos estamos de acuerdo. Pero ¿acaso piensas que no puedo vivir sin saltar de cama en cama continuamente?

—Es que..., —contestó nerviosa, buscando las palabras adecuadas—. No quiero que cambies tu forma de vida por mi culpa. Lo que intento decirte es que soy consciente de que soy otra más. No quiero que pienses que he malinterpretado esta relación nuestra.

Fue entonces cuando David soltó la carcajada. La atrajo contra él y la apretó fuerte contra su pecho, propinándole un tierno beso en la frente.

—¡Mi pequeña inocente! ¿Crees que porque me echas en brazos de otra mujer estarías a salvo de lo que puedas sentir? ¿No conoces esa frase que dice que «la razón tiene razones que el corazón no entiende»?

—Es al revés, David. Si citas a Pascal hazlo correctamente.

—No en nuestro caso, cariño.

—Te complico demasiado la vida, ¿verdad? No te preocupes, dentro de pocos días saldré de tu vida de la misma manera que entré en ella: de repente y sin previo aviso.

—¡No, joder! Ya que no contaste conmigo para entrar, al menos espero que tengas la delicadeza de hacerlo para salir —esbozó una sonrisa que si había salido tan falsa como la había sentido, era toda una declaración de intenciones.

Mary se quedó pensando. Realmente no sabía cómo el tema había derivado hasta aquel punto, no quería haberlo hecho hasta que fuera totalmente imprescindible, pero una vez que estaban ahí, iban a abordarlo.

—David, pensaba dejar esta conversación para más tarde, pero puesto que ha

surgido, vamos a tenerla ahora de una vez por todas. Después no quiero volver sobre el tema jamás.

—¿Jamás no es mucho tiempo?

—Jamás es *jamás*.

—¿Y qué conversación es ésa?

—Quiero que sepas que yo no soy Hellen. Que...

—¿No me digas? Te juro, mi amor, que de eso ya me he dado cuenta.

«Mi amor». Le había llamado mi amor y se había quedado tan tranquilo. Era una frase hecha, lo sabía; uno de los muchos apelativos cariñosos con los que la llamaba, pero si supiera lo que había sentido su alma al escucharlo...

—No me interrumpas, por favor. Y deja el sarcasmo para luego, a ser posible para cuando estés a solas. Te decía que no soy ese tipo de mujer y soy consciente de que, por muy maravilloso que sea para mí estar entre tus brazos, no tengo la exclusividad.

—De momento no te he dado ningún motivo para te hagas esos planteamientos. Es obvio que no hay ninguna otra —por una vez, su voz se delató dolida. Mary lo supo.

—David, no te estoy acusando de nada, porque además sería injusta. ¡Claro que lo sé! Y tampoco te pido explicaciones ni promesas que sé que no están en tu mano hacer. No lo hago hoy ni lo haría nunca.

—¿Entonces?

—Nada. Sólo que si hubiera otras mujeres lo entendería. —David estaba boquiabierto. Tanto que no respondió y ella se vio obligada a llenar el incómodo silencio—. Aunque, mi orgullo no soportaría ser plato de segunda mesa.

—¿Crees que tengo alguna duda?

—No, supongo que no. De la misma manera que yo tampoco la tengo de que, antes o después, se dará el caso. Aunque, no me malinterpretes, pero no quiero estar informada del tema por mucho que lo asuma.

—¿Celos?

—Espero que no, ¡joder!

Él se rio. No esperaba una verdad tan directa.

«¿Cómo puedo ser tan mentirosa? —pensó Mary—. Tantos que me moriría a causa de ellos. Acepto cualquier muerte, pero ésa, no».

—¿Y adónde quieres ir a parar con esta conversación, *milady*?

—A ninguna parte. Sólo dejo constancia de que para mí, lo que ha pasado entre nosotros es maravilloso y jamás podré olvidarlo. De hecho, si tú no tienes inconveniente, pienso exprimir esta naranja hasta que ya no quede ni una sola gota de zumo, pero...

—¿Pero...?

—Una vez que me haya ido de Kenia, se acabó. Para siempre. Nunca más.

—Un minuto, que voy a recapitular. Déjame saber que no me he perdido por el camino... ¿Me estás diciendo que piensas seguir haciendo el amor conmigo hasta que

te vayas pero que, después, nunca más volveremos a hacerlo?

—Exacto. Si tú no tienes inconveniente, claro.

—¿En qué? En lo primero, en absoluto. En lo segundo... En fin, esto son siempre cosas de dos. Si tú así lo decides...

—Gracias.

—Espera, que sigo haciendo el resumen, para que ninguno de los dos digamos luego que no hemos entendido algún punto.

—Adelante. —Mary sentía que su mundo se desmoronaba, pero tenía que ser valiente. Ella había empezado aquello.

—Que entiendes que haya otras mujeres, incluso ahora, pero que si las hay no quieres enterarte.

—Eso es.

—Que tengo tu permiso para fo..., perdón, salir corriendo a buscar a una amante y que no vas a pedirme explicaciones ni a montarme ninguna escena —continuó David implacable.

—Eres hábil, ¿eh? ¡Las pillas al vuelo!

—Mary, el del sarcasmo soy yo. ¿Recuerdas?

Ella levantó la mirada, se puso de puntillas y le obligó a bajar su cabeza para besarle en los labios. Si no supiera que era imposible, hubiera jurado que estaba dolido.

—Falta algo —dijo, volviendo a acurrucarse entre sus piernas abiertas y aferrándose a su cintura.

—Tú dirás.

—Que me voy dentro de veinte días, David. Que lo haré sin adioses, sin reproches y, te prometo que mientras pueda evitarlo, sin lágrimas. —Le miró a los ojos desde abajo.

—¡Que podrás! Te lo garantizo. Tú no tienes corazón, Mary. Tienes una piedra alojada en el pecho.

Lo cierto era que aquella conversación le había dejado hecho cisco. ¡¿Cómo era posible que ella le diera permiso para acostarse con otras con tanta frialdad?! Había sido un gilipollas prepotente, completamente convencido de que Mary se había enamorado de él. Pero era imposible, no podía haberlo hecho. De otra manera, o conocía muy poco a las mujeres o esa actitud le rompía todos los esquemas. Mary no le plantearía semejante cuestión si de verdad sintiera algo por él. ¡Era la primera vez que se le presentaba una circunstancia como aquélla!

El caso es que debería de estar contento. Sabía que aquel romance tocaba a su fin y no veía la manera de romperlo sin destrozar al tiempo el único corazón femenino que le había preocupado en sus treinta y cinco años de vida. Y Mary se lo había puesto en bandeja, incluso le pedía no volver a hablar de ello y que el día que se marchara no hubiera despedidas, ¡pero que le mataran si no se sentía como una mierda!

¡No quería que se fuera, joder! No quería a ninguna otra en su lecho. No quería falsas sustitutas... No sabía lo que quería. ¡Él sí que estaba hecho un lío! ¿Qué le estaba pasando? ¡Lo que quería era que se quedara con él para siempre!

Lo peor de todo es que sabía que era imposible. Mary le había prometido una despedida sin lágrimas, pero presentía que sí las habría, y muchas. Tal vez no fueran de ella, pero dudaba poder retener las propias.

O controlaba la situación, o perdería su propia autoestima.

—Una última cosa, Mary.

—Dime.

—¿Tampoco quieres volver a hablar conmigo cuando te vayas?

—¡No! ¿Cómo no voy a volver a hablarte? Pensé que, además de amantes, éramos amigos...

—Yo también.

—Entonces, seguiremos siéndolo. David, entiéndelo, puedo soportar tu amistad, pero no que me rompas el corazón.

—¿Acaso está en juego?

—No quieras saberlo, cariño —replicó Mary repitiendo una de las sarcásticas y acuñadas frases de David.

David sonrió. Era una mueca fría y exenta de alegría, pero con aquella frase acababa de darle una pequeña esperanza. No sabía si era peor aquello que lo anterior, pero sabía que Mary no habría recurrido al sarcasmo, utilizando una de sus frases, si no entrañara alguna verdad.

Era demasiado inteligente como para caer en la autocompasión. Sabía que no le serviría de nada y, si alguien tenía que salir airoso de aquello, su orgullo no le permitiría que fuera otra que ella misma.

Pero ella no tenía ninguna experiencia en aquel juego. El deporte del amor y, sobre todo el del desamor, requería práctica. Especialmente si pretendías tirarte un farol. Y cierto era que aprendía rápido —a todos los niveles, por cierto—, pero no para medirse con él. A favor de su conciencia, o su falta de ella, podía decir que él tenía demasiada experiencia en ese sentido.

La tomó de la mano y echó a andar por la explanada. Ella aferró sus dedos con fuerza, como si temiera que fuera a salir corriendo después de lo que le había dicho.

El entorno, a pesar de aquella preciosa cascada, nada tenía que ver con otros que habían visitado. Una fila de pequeñas cabañas de *souvenirs* habían borrado de un plumazo ese aspecto salvaje y natural de la Kenia que paso a paso se había colado en su alma.

Los lugareños exponían su mercancía llamando la atención de los transeúntes para que no se marcharan sin su recuerdo: *batiks* multicolores de dibujos geométricos, vestidos *kangas* alegremente decorados con proverbios swahili, bolsas multiusos confeccionadas con fibra de sisal y todo tipo de figuritas de madera toscamente esculpidas.

Mary hubiera parado en cada puesto para regatear por cualquiera de los objetos expuestos, si no hubiera sido porque David tiraba de ella con férrea determinación. No le gustaban esa feria ni sus feriantes.

Sabía que no podía fiarse de ellos, ya que podría conseguir cualquiera de esas baratijas a menos de la mitad del precio, pero le costaba resistirse. Consiguió detenerse frente al solitario tenderete de un hombre enjuto de frondoso y ensortijado cabello blanco que sacaba brillo, a pleno sol, a la talla en ébano de un león de tamaño algo menor que una cantimplora. Una veintena de figuras abstractas del mismo material delimitaban el espacio que le correspondía.

Se quedó prendada de una de ellas, de casi un metro de altura, llena de curvas y agujeros. No era capaz de encontrar ningún significado al diseño, pero le atrajo de inmediato.

—Son *makondes*, lo más parecido al arte escultórico que puedes encontrar en África —le explicó divertido, ante sus gestos y movimientos de cabeza—. Aunque no es artesanía autóctona, son muy populares en todo el continente.

El viejo, atraído por el idioma y el aspecto de sus posibles compradores, levantó la cabeza de su quehacer con una encantadora y mellada sonrisa.

—¡Ébano auténtico *bwana*! ¡Comprar para su guapa esposa! ¡No *ghali*. Mucho barato! —gritó con voz cascada, chapurreando el inglés e intentando venderles el artículo, mientras raspaba la base de la escultura con una puntiaguda lezna—. ¡Sólo veinte mil *shilling*!

David hizo una rápida operación matemática mental, para convertir los chelines kenianos en libras esterlinas. Le pedía aproximadamente, cien libras. No era una cifra elevada, pero no tenía intención de comprarla; lo más probable era que se tratara de una falsificación del ébano, cualquier otra madera de peor calidad teñida con cera negra. En cualquier caso la factura de la estatuilla era impecable. Mary le miró intrigada.

—No nos interesa, gracias. Es muy pesada para ir de viaje. Tal vez en otra ocasión —replicó amablemente en inglés—. Pero te compro el *simba* por cincuenta mil *sentí* —dijo hablándole en centavos mientras lo cogía del suelo, donde el viejo lo había depositado sobre un sucio paño, a la vez que lo daba la vuelta en sus manos intentado vislumbrar cualquier resquicio de tinte bajo la panza del animal.

—¡Oh, no, *bwana*! ¡El *simba* son doscientos mil *sentí*!

Ella observaba divertida el regateo. Al cabo de un largo rato, que llegó a parecerle interminable, ya que consideraba que el precio era bastante bajo para el trabajo que conllevaba, el anciano aceptó vender el león por cien mil *sentí*. Mientras David sacaba los mil chelines kenianos, el nativo entregó el animal a Mary envuelto en un arrugado y sucio papel color marfil a la vez que les deseaba todo tipo de parabienes, eternamente agradecido.

Un grupo de pintarrajeados bailarines, atraídos al ver que acababan de comprar al escultor, les abordaron en un intento por conseguir unos cuantos centavos a cambio

de dejarse fotografiar con ellos.

David, que no estaba de humor, fue mucho menos paciente y, en pocos segundos se encontraba inmerso en una agria discusión en swahili, de la que ella no entendió absolutamente nada, pero que quedó zanjada al instante tras lo que pareció, por el tono, una clarísima amenaza. El pobre viejo asistía atónito a la escena ante la pericia lingüística del europeo que minutos antes se había comportado tan correcta y turísticamente con él. Ella, se refugió temerosa contra el pecho de su acompañante que la apretó con fuerza por el hombro en protector abrazo.

Abandonaron el lugar precipitadamente para tomar el sendero que bordeaba las cataratas y el camino que descendía a la base, sin mediar palabra. El piso era empinado y resbaladizo. Ya no quedaba rastro de la horda de turistas ni de los vendedores ambulantes cuando ella reparó en que, todavía, llevaba en la mano la estatuilla recién adquirida.

Minutos más tarde, David paró en un repecho para contemplar el paisaje. La fotógrafa que Mary llevaba dentro no pudo resistirse a tomar una instantánea del arco iris que enmarcaba la caída torrencial, a pesar de que había decidido no coger su equipo profesional de fotografía y tan sólo se había provisto de su pequeña Leika de óptica fija.

David se sentó en una roca al borde del camino, a esperar pacientemente que ella terminara con su trabajo, dejando que la quietud recién recuperada aplacara su furia.

Cuando ella regresó había controlado parte de su ira y el escandaloso silencio de la selva les rodeaba de nuevo. Mary se sentó a su lado para reacomodar la cámara en el macuto y fumar el cigarrillo que él le ofrecía, mientras cogía el león del suelo, donde lo había abandonado para ir a hacer la foto, desenvolviéndolo con cuidado.

—¿Por qué has regateado tanto con ese pobre hombre? —preguntó de repente mientras lo miraba atentamente—. Es precioso y nada caro. En Londres te hubiera costado tres o cuatro veces más.

—Posiblemente no sea de ébano —repuso—, pero no importa, lo he comprado porque está muy bien hecho; aunque no pienses que he engañado al viejo. Le he pagado un tercio de lo que él considera un sueldo más que decente —se defendió mientras arañaba la base de una pata con una pequeña navaja que sacó del bolsillo, para cerciorarse de la autenticidad del material.

—Veo que a ti tampoco te han engañado. Parece ébano, porque por mucho que rascas no consigues descascarillarlo. ¿Quieres que te lo guarde en la mochila? Así no nos estorba al andar —replicó dando por zanjado el tema.

—Puedes hacer lo que quieras con él. Es tuyo. —Y se lo devolvió.

—¿Mío? ¡De ninguna manera! ¡Lo has comprado para ti! Quedará muy bonito en tu casa.

—No, *milady*, tú lo querías. Lo he visto en tu mirada. Lo he comprado para ti, para que lo tengas presente y recuerdes que uno de ellos nos dio la pauta sobre cómo comportarnos durante los dos meses siguientes y que ante su triste cadáver te di el

primer beso. ¡Quedará más bonito sobre tu escritorio!

—Oh, David, ¡no me digas eso, por favor! —Sorprendido él vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Mary no sabía cómo darle las gracias. Evidentemente lo deseaba con toda su alma. Optó por levantarse y darle un cálido beso en los labios que demostraba su aceptación. Él respondió con un abrazo y, antes de que ninguno de los dos pudiera darse cuenta, la pasión volvió a desatarse.

David la arrastró fuera del camino hasta que quedaron ocultos de la vista de los excursionistas por una cortina de helechos. Las mandíbulas le dolían por la fuerza con la que apretaba los dientes para no gritar. La empujó con furia y le torturó la boca sin ningún miramiento, sin importarle que sus dientes chocaran al introducirle la lengua hasta el fondo. Aquello no tenía nada que ver con los besos cálidos y generosos, llenos de pasión y entrega, de los días anteriores. Era una pasión desatada, sin control; la obtención de simple placer sin conceder nada a cambio.

La sangre corría por sus venas como lava hirviente. Las manos le ardían. Quería que sus dedos dejaran una huella indeleble en la piel suave y limpia de Mary.

Necesitaba poseerla salvajemente, como la bestia irracional en que le habían convertido las palabras que ella le había dicho sólo unos minutos antes. Entonces intentó controlarse y casi lo consiguió. Sólo casi, porque aquel beso de gratitud que ella le había dado en el camino, había roto todas sus barreras.

Ahora iba a marcarla para siempre. ¡Era suya! Se hundiría por completo en ese pasadizo suave y cálido y luego comenzaría a embestir cada vez con más fuerza y no se detendría hasta que ella gritara su nombre.

Le mordió el labio inferior. Escuchó el gemido de Mary y, sin poder contener la ira, le levantó la camiseta y tiró del sujetador con ambas manos hasta que el elástico cedió entre las copas. El rasgón de la prenda bajo sus pulgares resonó en el silencio.

Mary ahogó un grito. Sus pechos saltaron del encaje y David los amasó con premura, atormentándolos; apretando los pezones entre los dedos. Estaban duros y enhiestos. Los arañó sin cuidado mientras la empujaba hasta que la espalda de ella chocó contra el tronco de un árbol.

Sin darle tiempo para que pudiera quejarse, bajó las manos al botón de los pantalones a la vez que la mordía en la tierna piel del cuello. Ella levantó la cabeza y le ofreció la garganta para dejarle más espacio. Debía de estar lastimándola con la barba, pero no quería detenerse. No quería pensar. No le importaba si estaba haciéndole daño. Sólo quería poseerla —ya, en ese instante—, tanto si ella estaba preparada como si no.

El botón no cedía y tiró con fuerza. Un plop y el golpe sordo que recibió contra su abdomen le hizo saber que había conseguido su objetivo. Abrió la cremallera de los pantalones de un tirón, prácticamente en el mismo movimiento en que bajaba la prenda haciendo que se deslizaran hasta el suelo ayudándose con el pie.

Se agachó para obligarla a sacar una pierna y, al subir, su boca se detuvo a la

altura de los senos. Apresó un pezón con los dientes y apretó; no demasiado fuerte, pero lo suficiente para que ella protestara.

No podía detener las manos, apartó a un lado la tela del diminuto tanga y, sin quitárselo, la llenó con sus dedos. Aunque no lo esperaba, estaba húmeda. La sintió arquearse contra la palma de su mano.

Curvó los dedos y los sumergió en su interior hasta encontrar el punto exacto que buscaba, frotándolo despiadadamente. La muchacha gimió y se aferró a sus hombros.

«Oh, por Dios, David. ¿Qué me haces?», quiso gritar Mary, pero las palabras nunca abandonaron su boca. Se limitó a mirarle a los ojos llena de necesidad.

Los de David brillaban con algo parecido al odio. Ella debería sentir miedo, aquella furia apenas contenida debería asustarla. Tendría que intentar detenerle, continuar era una locura, aunque sabía que no le haría daño. En esos iris del color de la obsidiana descubrió algo que la paralizó.

Había desolación. Había soledad.

Y aun en medio de toda aquella furia, sentía que David todavía se controlaba. Sabía el porqué de todo aquello: de alguna manera ella le había hecho daño y él quería hacérselo pagar; pero no iba a conseguirlo porque, sencillamente, estaba disfrutando con lo que le hacía.

Notaba que David tenía los músculos en tensión, estaba duro por todas partes, especialmente en aquella que apretaba contra el hueco de su cadera; empujando, friccionado...

Inspiró su aroma. Si al menos pudiera percibir un olor diferente para exigirle que se detuviera, pero era el mismo de siempre: a limpio, a algo bueno..., a David.

Mary dejó caer las manos por la espalda de él, arañándole por encima del polo de algodón hasta tropezar contra la cinturilla de sus vaqueros. Le rodeó la cintura y le empujó hasta poder meter las manos entre el cuerpo de ambos para desatar los botones de la bragueta. Estaban tensos y casi saltaban de los ojales.

No le costó nada liberarle de la presión y alcanzar el elástico del *boxer*. Lo ahuecó y dejó que aquella fuerza incontrolable saltara libre de obstáculos. Él la detuvo, sujetándola las muñecas. Le subió las manos por encima de la cabeza y las apresó con una sola de las suyas.

—¡Quieta! —gruñó.

Ella no se movió. Aquélla era la primera vez que una palabra salía de sus labios en todo aquel tiempo. David siempre le hablaba; continuamente. Adelantando cada uno de sus movimientos, cada una de sus caricias; explicándole cada anhelo y exponiendo con dulzura su cruda necesidad. Le encantaba escuchar sus susurros, sus ruegos.

Ese día todo era silencio, sólo roto por guturales quejidos y ahogados bramidos que ocultaban maldiciones masculladas entre dientes. Pero aquello era justo lo que ella deseaba. No necesitaba palabras, sólo su fuerza. Su furia.

Estaba excitada. Mucho.



Sintió aquellos dedos poderosos, largos y fuertes en su interior. «¡Oh, no... ¿qué haces?! ¡Sí, por favor...!» No podía hablar. Tenía la lengua de David tan profundamente en su boca que no debería resultarle tan placentero, pero sólo le provocaba deseo. Devolvió aquel beso abrasador.

Las piernas le fallaban, necesitaba un apoyo. De pronto notó el vacío cuando la intrusión de sus dedos salió de golpe. ¡No! Necesitaba que se quedara allí, un momento, sólo un instante más y ella... ¡No podía ser! Iba a explotar... Pero no podía.

«¡Todavía no, maldita sea! ¡Me esperarás! ¡Lo haremos juntos!», pensó David en una niebla de confusión mientras entraba en ella con un solo envite.

Él percibió que Mary arqueaba las caderas, acercándose, y empujó con fuerza. Sin darle un respiro, sin esperar ni un segundo más, se hundió de golpe. Duro, fuerte, hasta el final. Luego le soltó las muñecas para tomarla con fiereza de las nalgas. Apenas podía pensar, sólo actuaba.

David la observó. Parecía que las piernas no pudieran sujetarla, iba a caerse, pero ella se afianzó contra sus hombros. Mary tenía los ojos abiertos y vidriosos, eran azules como el Caribe.

«¡Ódiame! —le pidió en silencio con la mirada—. ¡Pídeme que me detenga! ¡Di algo! ¡Di no!».

Ella calló y se abalanzó contra su boca. No podía soportarlo más. La alzó sobre su cadera, sujetándola por el trasero para hacer que enroscara las piernas en torno a su cintura. Suya, sólo suya. Ahora y siempre. Bombeó en su interior y se dejó ir. Supo que ella le acompañaba en su ascensión a las estrellas, pero algo dentro de él se desintegró.

¡Dios! ¿Qué había hecho?

Se apartó con cuidado e hizo que ella bajara los pies al suelo. Mary se tambaleó y tuvo que sujetarla para que no se cayera. Luego la soltó despacio. No podía mirarla.

Se volvió de espaldas para abrocharse. Ni siquiera tenía el niqui fuera de los pantalones. De refilón vio cómo ella se deshacía del sujetador, roto sin remedio, y se bajaba la camiseta. Buscó los pantalones, los sacudió con fuerza, guardó la prenda destrozada en un bolsillo y se los puso, saltando a la pata coja.

No había dicho ni una sola palabra. Ni un ruido ni un quejido había salido de su boca.

¡Quería morirse! ¡Se sentía una mierda! «¡Soy una mierda!».

Un escozor casi insoportable arrasó sus ojos. ¿Por qué se había comportado de aquella manera? ¿Por qué con Mary? Jamás había actuado así con ninguna mujer en toda su vida. ¡Nunca!

Y las otras ni siquiera le importaban...

## CAPÍTULO 20

*Cada hombre deja sus huellas.*  
(PROVERBIO KIKUYU - KENIA)

**Londres**— De nuevo en casa, pero por poco tiempo. Apenas si dispongo de unos días para prepararme para mi nuevo destino, y esta vez todos mis temores se han visto confirmados. No me gustaba África, pero menos me gusta Oriente Medio.

Esta mañana me han hecho entrega de la maldita condecoración, la Cruz Victoria, por mi buen hacer en tierras africanas y mi servicio a la patria. Como si me hubiera servido de algo.

Encima tuve que venirme sin poder despedirme de David, que estaba en una misión en Etiopía. Dejé una carta para él al general McCallan, mi sucesor, pero lógicamente no he expuesto en ella mis temores.

Antes de partir para Bagdad pasaré por Suiza y disfrutaré de mis últimos días con Mary en Gstaad. Pediré unos días de vacaciones para ella en el internado. Afortunadamente en Le Rosey son bastante comprensivos con estas cosas.

Hija, ¡qué sola te voy a dejar!

*(Entrada del 2 de febrero de 2005  
del diario del coronel Jonathan Mantley)*

*Thomson Falls, Kenia.*  
*2 de marzo de 2011*

David salió de aquel reducto de soledad hacia el camino que habían abandonado sólo unos minutos antes y se sentó en la misma piedra sobre la que había esperado mientras Mary tomaba sus fotografías. Necesitaba unos minutos a solas y ella, de alguna manera supo lo que deseaba y se los concedió.

Afortunadamente nadie había pasado por allí en todo aquel tiempo. El macuto de Mary estaba apoyado contra la roca. A ellos no les hubiera visto nadie, pero ella hubiera perdido parte de sus pertenencias.

Mary salió de entre el follaje sacudiéndose las arrugadas ropas de briznas de hierba y restos de hojas. Le vio allí, sentado, desolado. Tenía los codos apoyados en las rodillas y se sujetaba la cabeza con las manos. Le temblaba la espalda y se estremecía a cada respiración.

Se acercó despacio y se agachó frente a él. David no levantó la cabeza. No la

miró, en cambio ocultó la cara entre las manos.

—David, mírame —dijo sujetándole las muñecas e intentando separárselas del rostro—. Todo está bien.

—Lo siento... —murmuró al cabo de unos segundos.

Tenía los ojos vidriosos y empañados de lágrimas cuando por fin dejó que ella le apartara las manos. Se controlaba a duras penas.

—De verdad, David. No ha pasado nada. Está bien.

—¡No, joder! ¡No está bien! —explotó—. ¡Me he comportado como un salvaje! Yo, jamás, jamás...

Intentó levantarse pero ella se lo impidió.

—David, ha sido fantástico. No quería mimos, ni cuidados, ni nada. Necesitaba justo lo que me has dado. De verdad, créeme.

Ella se abalanzó contra él, abrazándole y besándole en la boca, en las mejillas, el pelo, los ojos, la nariz, otra vez en los labios.

—Por favor, hazme caso. Mírame, estoy bien.

David se aferró a ella. Era su balsa en un mar turbulento, pero no ahora, que necesitaba cualquier cosa menos su consuelo. ¿Por qué no lo odiaba?

—David, escúchame. —Su voz sonaba opacada al emitirla contra su pecho—. Quizá te parezca una chorrada lo que voy a decirte, pero me has hecho un favor enorme.

—¿Favor? ¡No me jodas, Mary!

—¡Sí, favor! Tu comportamiento hasta ahora ha sido impecable, maravilloso, fantástico; el mejor. El que necesitaba para dar ese gran paso que tenía que dar, ¡pero ahora es cuando has matado a todos mis dragones!, no antes.

—¡¿Pero qué gilipollices estás diciendo?!

—Verás... —Se sentó en sus piernas y le abrazó, apartándose lo justo para que él pudiera verla la cara—. Necesitaba saber si podía enfrentarme a una sesión de sexo puro y duro, y eso sólo tú podías conseguirlo.

—No lo dices en serio...

—Claro que sí. ¡Palabra!

—He sido una bestia. No pensaba. No sabía lo que hacía...

—Pues lo has hecho estupendamente.

—Sí, muy bien —la sorna se podía palpar—. Casi tanto como Augain...

—¿Pero tú eres bobo? ¿Cómo puedes decir eso?

—No veo la diferencia entre él y yo por ningún lado.

—Mira, David, ¡ya está bien! Tal vez tú no la veas, pero te garantizo que yo sí. Tanta, que no podrías ni llegar a imaginarte. Tú no me has violado, él lo hacía sistemáticamente.

—Por mucho que lo digas, Mary, sigo sin ver la diferencia.

—Hubiera bastado con que te dijera «no», y tú hubieras parado. Nada paraba a Augain.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho?

—Porque no quería que pararas, David. Me has hecho ver el cielo.

—Me alegro si es así, *milady*, porque te juro que yo sigo todavía en el infierno — dijo con la voz rota por la pena.

Mary le levantó. Le sujetó la cara con las manos y le dio otro beso en los labios. Luego le cogió una mano y tiró de él con suavidad para que se pusiera en pie. Él se dejó hacer.

Se agachó para recoger su macuto y le arrastró hacia el camino. Siguieron bajando. Ella delante y él detrás. La senda era empinada y peligrosa y tirar de David estaba siendo una carga que cada vez le complicaba más la marcha. Él caminaba como un *zombie* recién salido de la tumba.

Recapacitó sobre lo que había ocurrido. Nunca hubiera podido imaginar que podría dejarse vencer por la urgencia del deseo hasta el punto de olvidarse de sus más preciadas propiedades, incluida su cámara de colección, en mitad de un camino y en plena naturaleza.

Cuando llegaron a la base, el sol lucía en lo alto. Los rayos se filtraban por la angosta garganta paralizando las gotas de agua en su caída, sacando cientos de matices y colores a la pared irisada. Los pájaros trinaban enloquecidos y los monos gritaban en la espesura del bosque, pletóricos de deliciosa actividad.

Se sentaron a descansar junto a la orilla, frente a un remanso de agua donde la espuma de la caída perdía poco a poco su consistencia convirtiéndose en plácidos remolinos de agua clara, bajo los que las truchas buscaban su almuerzo entre las plantas acuáticas. Al cabo de un largo rato de contemplación silenciosa, retomaron el camino de regreso por el mismo lugar por el que habían bajado, sólo que ahora, cuesta arriba, el escurridizo sendero era bastante más tortuoso.

Mary despertó al día siguiente cuando el sol estaba muy alto y se colaba a raudales entre las rendijas de las contraventanas, inundando la estancia con esa maravillosa luz de Kenia que tanto la subyugaba. Miró su reloj de pulsera y vio sorprendida que eran más de las nueve de la mañana, demasiado tarde para los usos horarios de un país que se pone en marcha con el amanecer.

Pero no era de extrañar, David y ella habían pasado casi toda la noche hablando. Bueno, no sólo hablando. Primero tuvo que convencerle por otros medios que lo de la tarde anterior no tenía ninguna importancia. Tomar la iniciativa sexual había sido un poco complicado al principio, pero al final le había gustado la experiencia. Pensaba repetirla.

Él no debía de haber dormido absolutamente nada. Estaba sola en la cama y el lado de las sábanas de David ya estaba frío. Debía de llevar tiempo levantado. Al final había conseguido que él recuperara parte de su autoestima, pero le había costado muchísimo esfuerzo y, aunque volvía a ser el mismo capullo sarcástico de siempre, había algo en sus ojos que le preocupaba.

Seguía insistiendo en que se sentía un violador. ¡Si él supiera la diferencia que había existido entre su comportamiento y el de René, ni siquiera se lo plantearía! En fin, ya se le pasaría.

Se levantó y se dio una rápida ducha. Luego se puso un liviano y cómodo vestido de algodón y salió a su encuentro. Estaba extrañada de que no hubiera ido a despertarla con la bandeja del desayuno que les preparaba Karen.

Empezó a recorrer las dependencias. No aparecía por ningún lado. Esperaba encontrarlo en el despacho, pero la habitación estaba desierta y sin asomo de actividad. Regresó a su cuarto con la esperanza de que estuviera en el jardín, pero a la única persona que vio fue a Joseph colocando las colchonetas de las tumbonas y abriendo las sombrillas que rodeaban la piscina.

Se acercó a él en busca de alguna señal sobre el paradero del patrón.

—El señor salió muy temprano y no ha querido despertarla a fin de que descansara. Ha dejado recado de que estará un par de días fuera, que iba a la ciudad —contestó Joseph sin asomo de extrañeza. Debía de ser algo que hacía a menudo.

Mary se sintió sola en la inmensidad de la casa, pero rápidamente pensó que sería una inmejorable oportunidad para hacer la cantidad de asuntos pendientes que había ido relegando desde su llegada, como descargar las tarjetas de fotos en su ordenador portátil, escribir a su tutor ahora que sabía que ya no estaban en peligro y nadie la perseguía o limpiar su material de trabajo.

Suponía que David necesitaba espacio. Que quería estar solo para poder asimilar lo que había pasado la tarde anterior. Lo entendía, así que aprovecharía también ella para recapacitar sobre su futuro en la placidez de la soledad en tan incomparable marco. Aun así, le fastidiaba perder dos de los escasos días que le quedaban para disfrutar de la compañía de él.

Desayunó en el jardín con la vista fija en su misteriosa y anhelada cumbre del monte que daba nombre a todo un país, dejando que sus pensamientos vagaran por todas las experiencias vividas en el último mes. Sabía que su vida estaría, desde entonces, marcada por un antes y un después de Kenia y que ya nada volvería a ser igual. Como persona se sentía mucho más grande y empezaba a dar valor a cosas y actitudes que hasta entonces habían pasado desapercibidas para ella debido a su desafortunada forma de vida.

Fiel a lo que acaba de asumir, pasó la mañana dejando que el tiempo transcurriera sin prisa, tumbada al sol o refrescándose de cuando en cuando en las transparentes aguas de la piscina. A la hora de la comida, sin embargo, notó que su soledad pesaba como un fardo. El mismo comedor donde había compartido las cenas con su anfitrión era ahora mucho más grande; las ventanas se le antojaban enormes y los muebles parecían bailar en la amplia sala. No quería aceptarlo, pero la ausencia de David empezaba a resultar incómoda.

Regresó a su habitación y se entretuvo limpiando su equipo de fotografía y separando las imágenes en carpetas, por temas; hizo tiempo escribiendo una larga

carta a Tom, contándole las maravillas que acababa de descubrir y empezó a redactar el texto del reportaje en su portátil, ayudándose con las notas que había ido tomando en su pequeña libreta.

Cualquier persona que haya estado alguna vez en ese país, soñará el resto de sus días con regresar. Kenia es inolvidable. El espíritu de África se cuela en el alma del viajero tan pronto se ve inmerso en alguno de sus maravillosos y multicolores paisajes vírgenes, de infinita belleza, donde viven los más majestuosos animales del planeta en perfecta simbiosis con las gentes más alegres y hospitalarias que puedan encontrarse en parte alguna...

Tan ensimismada estaba en su escritura, que apenas si se dio cuenta de que las sombras de la noche se habían ido apoderando del entorno sin previo aviso y no recibía más luz que la de la pequeña pantalla de su portátil. Se había preparado un improvisado despacho sobre el escritorio del salón cuando el calor exterior era todavía tan fuerte que hasta los pájaros mitigaban sus trinos, y se sobresaltó cuando escuchó al mayordomo que le invitaba a pasar al comedor para la cena. Las horas habían pasado tan rápidas como un pestañeo. En todo ese tiempo, inmersa en su trabajo, no había echado de menos a David.

Desde que empezó a relatar, como si de un pequeño diario de a bordo se tratara, todas las experiencias vividas desde que abandonó el Nairobi Hilton hasta su llegada a la casa de su anfitrión; no había apartado los dedos del teclado para nada, rellenoando un total de veinticinco páginas en un tiempo récord. Tendría que resumirlas si no quería recibir una buena reprimenda de su editor.

No sentía el cosquilleo del hambre en el estómago. Siempre que se sentaba a escribir le ocurría lo mismo, y estuvo a punto de pedir a Joseph que no la molestara con nimiedades como la comida. Luego reparó en el hecho de que, realmente, la hora habitual de la cena había pasado hacía ya algún tiempo. Se levantó de la silla con desgana a la vez que ejercitaba los músculos del cuello y postergó su tarea para más tarde, caminando tras los pasos del enjuto kikuyu que encabezaba la solitaria comitiva.

*Londres, 3 de marzo de 2011*

David aterrizó en Heathrow. Eran casi las seis de la tarde y el avión había llegado con cuatro horas de retraso sobre el horario previsto y, aunque había recuperado tres con el cambio horario, ya era demasiado tarde. Desde luego a la persona a la que tenía que visitar no le iba a gustar nada ser quien pagara las consecuencias de aquella demora. Estaba de un humor de perros. Había tenido que modificar todo el plan de trabajo.

De entrada ya no podría ir a presentarle sus respetos en la oficina, como en un principio había pensado, y tendría que hacerlo en su domicilio particular. Hubiera preferido evitar las consecuencias legales de irrumpir en una propiedad privada, si bien no le cabía duda de que, si sabía lo que le convenía, el visitado callaría de cualquier manera.

Se dirigió a la cinta de equipajes. Aunque apenas si había llevado una bolsa con sus pertenencias, que hubiera podido meter en la cabina, había sido imprescindible que la facturara. No había forma de pasar un arma por el control de viajeros sin montar un escándalo y él no tenía tiempo para eso. Prefería arriesgarse escondiendo la suya entre la ropa y rezando para que no se perdiera. El paso por aduana no le preocupaba, viajaba con pasaporte británico.

Cuando vio aparecer el bolso respiró. Hubiera sido complicado hacerse con una pistola en el mercado negro, ya que no disponía de tiempo para hacerlo de manera legal. Lo recogió, comprobó que los candados no habían sido forzados y se dirigió a la fila de taxis.

Una vez en el hotel se aseguró de que todo estaba como esperaba. Efectivamente nadie había estado hurgando entre sus pertenencias. Hizo algunas llamadas telefónicas y se dio una ducha rápida.

Mientras esperaba la respuesta a las gestiones que acababa de llevar a cabo, se tumbó cómodamente sobre la cama y abrió el *The Guardian* que había comprado a su llegada a Londres.

No pudo evitar una sonrisa ladina cuando se topó con un artículo que le llamó poderosamente la atención. Las consecuencias que habían provocado un incendio en el Phenix European Institute (PEI), en Hertfordshire, cerca de Londres, habían sido nefastas para la comunidad científica.

Al parecer, aquel laboratorio de investigación sobre enfermedades neuroinmunes había ardido hasta los cimientos durante la noche del domingo veintitrés de enero. El incendio, cuyo origen se desató a las veintidós horas y no había podido ser sofocado hasta quince horas más tarde, había originado un terrible paso atrás en los avances de una vacuna dentro del campo de la neumología humana.

Según Elizabeth Elliot, directora médica del PEI, las pérdidas eran irreversibles. Especialmente en lo que se refería al estudio de una vacuna para paliar el virus de la gripe estacional destinada a la población de riesgo, puesto que el incendio había provocado daños totales de infraestructura y también en el equipamiento, los materiales y los documentos de investigación, cuyos daños estaban valorados en varios millones de libras.

«Nos encontrábamos en el proceso de digitalización, por eso el siniestro nos afectó tanto, porque perdimos el material base de nuestra investigación; casi tres años de trabajo. Afortunadamente el Dr. Kubrik, se ha preocupado por nuestra situación y nos ha ofrecido su laboratorio en California para recuperar parte de la investigación experimental perdida», recogía la noticia sus declaraciones.

Bien, se habían quitado un muerto de encima, lo que no significaba que hubieran resuelto el problema. Si bien ahora la ubicación del laboratorio no se encontraba en el Reino Unido, igualmente lograrían crear el maldito retrovirus de la «Gripe China» en California. Y era consciente de que, si consiguieran anularlo allí también, lo harían en cualquier otro sitio.

De cualquiera de las maneras, había obtenido tres años de moratoria para los chinos. No estaba nada mal, y más les valía a ellos hacer ahora algo al respecto. Él estaba cansado, así que se las compusieran ellos como pudieran... No pensaba seguir trabajando en aquello, era una batalla abocada al fracaso desde el primer momento. Su padre era un iluso. Y Jonathan otro. Sólo le dolía que este último hubiera perdido la vida por nada. ¿Cuándo se iban a enterar los soñadores utópicos que los cristales nunca destrozan martillos?

Al menos nadie parecía haberle relacionado con el tema. Bien es verdad que Dann se había ocupado de que mientras el PEI ardía como una antorcha, él se encontrara exhibiéndose descaradamente en la fiesta del bautizo del pequeño Mickel y compartiendo conversación con el general McCallan para que éste pudiera cubrirle las espaldas y servirle de coartada.

Lo cierto es que era casi imposible que pudieran seguirles la pista. Había sido una terrible pérdida que no celebraba, pero la persona encargada de dejar la estufa encendida que provocó aquel desaguisado, había muerto en el empeño. Ni siquiera tenía familia a la que indemnizar por la pérdida. La broma les iba a salir gratuita.

Un problema menos del que preocuparse. ¡Ya era hora de que algo le saliera bien!, porque últimamente no tenía más que meteduras de pata. Y la más gorda, el error cometido con Mary. ¿Cómo podía haber perdido la razón de semejante manera? Aún no podía creérselo.

Era vital que regresara cuanto antes a Kenia. Aunque ella le había asegurado en más ocasiones de las que hubiera sido necesario que nada había cambiado entre ellos, y se lo había demostrado sobradamente, los remordimientos no le dejaban en paz.

Su comportamiento del día anterior había sido tan nefasto que, de no haber tenido ya los billetes para Londres, hubiera dejado el viaje para más adelante. Pero bueno, tampoco estaba mal, al menos así dejaba aire para que ambos pudieran recapacitar sobre lo ocurrido.

Encima estaba seguro de que ella interpretaría su marcha como la huida de un cobarde. No era así, pero no podía decirle adónde iba o se hubiera empeñado en acompañarle. Algo que, definitivamente, no podía permitirse.

Por fin sonó el teléfono. Mantuvo una corta conversación con su interlocutor y se puso en marcha.

Lo primero era visitar a Robin Akerman. De alguna manera percibía que él era la clave. Según su padre, sólo él sabía en dónde se encontraba Mary y de él tenía que haber partido la información que recibió René Augain.

De hecho acababa de confirmar que el franchute había partido hacia Kenia desde



Londres.

Se dirigió al 334 de Old Street. Era una zona obrera, sin pretensiones, llena de *pubs* y tiendecitas. Akerman vivía encima de una papelería. El taxi le dejó en la puerta en pocos minutos. Ya era noche cerrada y sabía que él estaba en casa porque podía distinguir las luces encendidas a través de los cristales de las ventanas desde la acera de enfrente. ¡Perfecto!

Llamó al timbre y esperó pacientemente a que salieran a abrirle. Por fin escuchó pasos tras la hoja de madera. Correspondían a los de una mujer. Al parecer había interrumpido algo; sus informes decían que Akerman vivía solo aunque mantenía una relación con su secretaria, Sandra B. Pinto, una inglesa de ascendencia española de cuarenta y dos años.

—¿Sí? —preguntó la dama según abrió la puerta.

Por raro que pareciera, mientras le miraba atentamente al rostro y antes de que él fuera capaz de responder, a ella se le desorbitaron los ojos y el gesto se le descompuso. Como si ella le hubiera reconocido y supiera que estaba en peligro.

Hizo amago de ir a cerrar, pero aquella actitud esquiva ya le había dado demasiadas pistas, por lo que tuvo tiempo de reaccionar. El rostro de aquella mujer le era ligeramente conocido. ¿Dónde la había visto antes? Metió el pie en el hueco que quedaba entre el marco y la hoja, impidiéndoselo.

—Perdone. Necesito hablar con Robin Akerman.

—¡No está!

La mujer intentó de nuevo cerrar la puerta. David empujó con fuerza. No estaba de humor para miramientos.

Ante la presión de él, ella dejó que abriera por completo y, esquivándole, intentó escapar escaleras abajo. Aquella mujer, era la clave. Y, además, sabía quién era él.

David reaccionó y la cogió del brazo antes de que empezara a bajar las escaleras, deteniendo su loca carrera.

—¡Quieta! —exigió David empujándola contra la pared.

Sabía que aquella conversación no podía tener lugar en el portal, así que aferrándola con fuerza por encima del codo, la obligó a entrar de nuevo en el apartamento y cerró la puerta tras él.

—¡Bea... ¿quién es?! —se escuchó la voz de un hombre que salía de la habitación.

¡Bea! Claro, ¿cómo podía no haberla reconocido? La luz se hizo en la mente de David como si hubieran apretado un interruptor.

—Vaya, vaya, lo que tenemos aquí —dijo con sorna—. Señorita Pinto, cuánto tiempo sin verla...

La mujer no respondió. Akerman entró en la sala donde ellos se encontraban, abrochándose los pantalones.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Quién es usted?! —preguntó alarmado.

David sacó la pistola que llevaba en la espalda, sujeta con la cinturilla del

pantalón.

—Quieto Akerman. Ni un paso más —dijo apoyando el cañón contra la sien de la mujer—. Un movimiento en falso y ella salta por los aires.

El hombre se paró en seco.

—Vamos —dijo separando unos centímetros el frío metal de la cabeza de la amenazada—. Sentémonos y mantengamos una cordial charla.

Ella se dio la vuelta y se dirigió a la sala, abrazada a su amante. Estaba amueblada con corrección y tenía un sofá con un espantoso tapizado de flores. David apuntaba a ambos por detrás desde la distancia.

—Sentaos los dos —ordenó. Ellos obedecieron, tomando asiento uno junto al otro, demudados por el espanto y el miedo—. La señorita te va a explicar quién soy, ¿verdad que sí? —exigió apoyándose contra la pared opuesta en actitud relajada y segura.

—Es... es...

—Venga, Bea. No es tan difícil. Explícaselo a tu amante.

—Él es... David Silkford, el hijo de Thomas Silkford... —repuso tartamudeando a causa de los nervios.

—¿Y qué hace él aquí? ¿Por qué nos apunta con una pistola? —preguntó Akerman totalmente confundido.

—Aquí las preguntas las hago yo, Akerman —contestó David—. Háblame de René Augain.

—¿René Augain? ¿Quién es? No conozco a ese caballero.

—No es ningún caballero y me parece que mientes.

Miró a la mujer que, tras dar un respingo en su asiento, jugueteaba con el cinturón de la bata con la que cubría su desnudez. Cada vez estaba más pálida, si es que aquello era posible.

—¿Y tú, Bea?

—Tampoco sé quién es ese señor.

—Bueno, está claro que, como mínimo, uno de los dos miente y no tengo intención de irme de aquí sin las respuestas correctas. —Con un suave movimiento hizo que una bala pasara desde el cargador de la Browning a la recámara—. ¿Quién quiere morir primero?

Y sin esperar respuesta, apuntó y apretó el gatillo. Un sonido apagado, de la bala atravesando el silenciador, rompió el silencio y un grito femenino resonó en la sala.

Akerman y la mujer se miraron. Ambos estaban en perfectas condiciones, pero la pared que estaba a sus espaldas lucía un aparatoso agujero a través del cual podía verse la luz que salía del dormitorio.

—Uy, se me ha ido un poco la bala —comentó David como si no le importara haber fallado—. La próxima vez apuntaré mejor. ¡Hablad!

Ninguno de los dos abrió la boca.

David disparó de nuevo. Esta vez sobre el sofá, a la izquierda de Akerman, a

pocos centímetros de la pierna de éste. Una nube de polvo, goma espuma y serrín se expandió a su alrededor.

—A la tercera va la vencida —les amenazó con el mismo tono de voz que utilizaría para pedir un café en el bar—. ¿Ninguno va a decirme lo que necesito saber?

Ambos siguieron sin responder.

Un tercer silbido opacado resonó en el ambiente. Esta vez seguido del desgarrador grito de un hombre. Estaba descalzo y la sangre salía a borbotones del pie izquierdo, manchando la alfombra. El dedo meñique era una pulpa.

—Ya voy afinando la puntería, la próxima vez me acercaré más.

David levantó la pistola de nuevo y apuntó.

—¡Eres un hijo de puta, David! —explotó Bea, por fin—. ¡Déjale, él no sabe nada!

—O sea, que tú sí...

Los gritos de Akerman impedían poder escuchar correctamente. David se aproximó a ellos en un parpadeo y, propinando al hombre un fuerte puñetazo en la mandíbula, le dejó sin conocimiento. Al menos no sufriría.

—No deberías de estar aquí, René me prometió que te mataría —lloriqueó ella llena de furia, mientras él la cogía por el cuello y le aproximaba el cañón a la cabeza.

—¡Habla!

—Robin no sabe nada. Él es inocente, jamás hubiera traicionado a tu padre. ¿Por qué le has disparado?

—Por ser tan gilipollas como para enrollarse contigo. ¿Cuánto tiempo llevas planeando esta traición, Bea?

—¡Toda la vida! Desde que tu padre acabó con mi carrera y mis ilusiones.

—Eso ocurre cuando intentas tirarte al hijo del jefe, guapa. Cuando te pillan, te despiden.

—Tú me violaste y luego no hiciste nada para salvar mi reputación. ¡Y la puta de tu hermanita, tampoco!

—Yo no te violé. Y aquí sólo hay una puta, Bea: tú. Si vuelves a decir algo contra ella te dejo el cerebro hecho papilla.

—Ambos lo pagaréis, David. René va a encontraros. Ella va a recibir más de lo que ya ha tenido durante los últimos cinco años y luego, puf —dijo en un característico gesto—. Y tú vas a morir de inmediato.

—Puede que yo muera en breve, Bea, pero no será a manos de Augain, te lo garantizo...

Ella leyó en la mirada de David lo que insinuaba, tan claramente como si lo hubiera escrito en letra de molde.

—¿Qué has hecho con él?

—¡Puf! —emuló su expresión.

—¡Noooooooooooo! —gritó.

—¿Por qué, Bea? ¿Por qué no pudiste asumir tu error y vivir tu vida? ¿Eras tú la que ponías a Augain en el camino de Mary?

—¡Sí! Siempre, desde la primera vez, cuando estudiaba en París.

—¿Qué te había hecho ella? —David casi no podía hablar. Estaba cegado por el dolor que le producía aquella confesión.

—Ser la niña de los ojos de Thomas Silkford, ¿te parece poco?

—¡Eras su niñera! —Apretó más los dedos que tenía en su garganta, intentando controlar el deseo de disparar la pistola que tenía apoyada contra su cabeza.

—Ella no me creyó. Se puso del lado de tu padre, y él tenía que sufrir como yo lo hice. La mejor manera era haciéndole daño con quien más quería. No sabía dónde estabas tú, así que no podía vengarme contigo. Pero cuando él la envió a Kenia con tanto secretismo y René me dijo que allí estabas tú, lo vi todo claro. Iba a matar dos pájaros de un solo tiro. Él me garantizó que lo haría por mí.

David la soltó y se separó. Estaba totalmente loca. Apoyándose de nuevo en la pared opuesta, sacó el móvil y marcó un teléfono.

—Soy el agente Silkford... 334 de Old Street. Segundo piso... Daos prisa.

»Debería matarte, perra. Y quizá lo haga, pero antes vas a pagar caro lo que has hecho, puedes estar segura. No podrás escapar.

Dicho lo cual, dio media vuelta y desapareció cerrando la puerta de la calle cuando salió.

Había dejado a Beatriz en manos del SIS, el Servicio Secreto de Inteligencia británico. Ellos se encargarían de acusarla de espía y le harían pagar por todos sus errores. También se harían cargo de que Akerman mantuviera la boca cerrada y de curarle la herida.

Durante toda la mañana había estado reunido con ellos dejando su futuro y el de las personas que quería bien atados. David había firmado por una misión doble y esta vez se había encargado de que todo fuera legal. No iba a dejar que se desentendieran como hicieron la última vez. Ahora estaba reenganchado oficialmente al servicio hasta que terminara el trabajo que le habían asignado.

Después de comer, mientras se dirigía al Royal Alarsden Hospital, en Fulham Road, no podía quitarse de la cabeza la conversación de la noche anterior con aquella niñera despechada que había sido capaz de destrozar la vida de su pupila. Apenas había podido dormir unas horas.

Acababa de abandonar las oficinas del MI6, donde le habían asegurado que todo había sido ya correctamente dispuesto y que la mujer pagaría con creces todo el daño que había infligido en su vida, pero lo que su estómago le pedía era haber podido apretar aquel gatillo. El dedo todavía le quemaba por el esfuerzo que tuvo que hacer para resistirse.

Pero ahora tenía que centrarse en la siguiente entrevista. La tarde anterior había concertado una reunión con el doctor Patterson, el eminente oncólogo que había

tratado a Thomas Silkford desde que descubrieran la dolencia hepática que le aquejaba y con el que estaba en contacto telefónico desde que Augain le puso al corriente de los hechos.

No iba a conformarse con la información que le facilitara su enemigo, necesitaba tener datos de primera mano.

Hora y media después salía del despacho del médico, esperanzado y desolado a partes iguales. El doctor Patterson no se había entretenido en poner paños calientes, había sido claro y conciso.

«Como sabe, su padre tiene un cáncer en grado cinco que afecta al hígado. Ha esperado demasiado para operarse, pero afortunadamente, cuando abrimos ayer, hemos visto que el tumor está localizado y no ha afectado a ningún otro órgano. Hemos limpiado y, creemos que, con un tratamiento de radioterapia y quimioterapia podremos parar el avance».

El viejo era un terco. Ocultárselo a todo el mundo y seguir con su descuidada forma de vida no había facilitado las cosas.

Empujó la puerta de la habitación y el alma se le cayó a los pies. Allí estaba Thomas Silkford; apenas una imitación de lo que había sido. Dormitaba, enganchado a un montón de vías intravenosas y sondas. Su fuerte y musculosa corpulencia se había reducido y debía de pesar quince o veinte kilos menos de como él le recordaba. El recio y rizado pelo, idéntico al suyo y antaño negro como la pez, estaba ahora jalonado de canas.

Sintió una pena profunda. Aquella tonta rencilla le había impedido observar todos aquellos cambios. ¡Qué pérdida de tiempo tan absurda e irrecuperable! Esta vez no pensaba dejarse zarandear por su lengua afilada y su frío alejamiento.

Ahora sabía lo que el orgullo hace en la forma de actuar de las personas y lo que les aleja de los auténticos sentimientos. Ser un jodido británico flemático no facilitaba las cosas.

Pero pensaba seguir los consejos de Mary y recuperar lo que era suyo por derecho: el amor de un padre.

Tom eligió ese momento para abrir los ojos. Se lo quedó mirando y su expresión fue de auténtica sorpresa.

—David...

—Hola papá, ¿cómo estás? —dijo aproximándose a él y dándole un beso en la mejilla.

Quizá el primero que le daba desde hacía treinta años. No podía recordar la última vez que tuvo un gesto cariñoso con su padre. Suponía que después de los seis o siete años redujo todo tipo de muestras de afecto hacia él.

—Oh... No... No quiero que me veas así —respondió trémulamente, sorprendido por el gesto.

—Pues lo siento, ya te he visto. Ya no tiene solución, así que no pienso taparme los ojos.

—No deberías de estar aquí...

—Soy tu hijo, ¿recuerdas? Los hijos suelen ir a visitar a sus padres cuando les operan de cáncer fulminante.

—¡Oh!

—He hablado con el médico.

—¿Que has hecho qué?

—Hablar con el doctor Patterson. Es otra de las cosas que suelen hacer los hijos, ¿sabes? Y me ha dicho que toda tu jodida mala leche te ha servido incluso para mantener a raya al cáncer.

—Ya.

—Que esta vez parece que tampoco podrán contigo y que dentro de un par de meses volverás a estar martirizándonos a todos. Si no sigues haciendo idioteces, claro, y te sometes al tratamiento y acatas los consejos de los médicos.

—Esta vez lo haré, David. Te doy mi palabra.

—Bien, eso espero.

—¿Cómo te has enterado de todo esto? —David no contestó. Se limitó a levantar una ceja y sonrió. Thomas supo qué quería decirle con aquel gesto. —Supongo que me tienes controlado, ¿verdad?

—Más o menos. Aunque de esto no me había enterado hasta hace poco más de un mes, si he de serte sincero.

—¿Mary sabe algo?

—¡Claro! Que yo sepa no es ninguna deshonra ser víctima del cáncer...

—¡Es ser débil!

—Todos los somos en algún sentido, papá. Es Ley de Vida.

—No la habrás traído, ¿verdad? No quiero que me vea así.

—¿A Mary? No. Está todavía en Kenia.

—¿Sola? ¿Cómo has hecho eso?

—Papá, yo cuido de mi gente. Está totalmente segura. Además, ya no tenéis ninguna amenaza sobre vuestras cabezas; ni ella ni tú. Ambos estáis libres, siempre y cuando dejes de hacer idioteces.

—¡No puedes estar seguro! Esta gente...

—Lo estoy, papá. Te lo garantizo. He conseguido vuestra libertad, pero me han pedido unas garantías de las cuales, algunas sólo tú puedes responder. Y piensa que ahora no se trata sólo de tu vida. Me encargaré de que cumplas tu parte, no estoy dispuesto a que Mary sea la víctima inocente de tus locuras.

Thomas sonrió. Aquella frase era toda una declaración de voluntades.

—¿Qué te han pedido a cambio? —preguntó por fin Tom.

—Tendrás que vender la editorial y dejar de meterte en jardines ajenos.

—¿Vender? No puedo, tú tienes una parte importante de la empresa.

—Aquí tienes un poder de venta —le dijo entregándole una escritura fechada esa misma mañana—. Tienes poderes solidarios para hacer con la empresa lo que estimes

conveniente. Quiero que la vendas cuanto antes. Si lo prefieres, en unos meses yo volveré a Inglaterra y me haré cargo de la operación, pero preferiría que lo hicieras tú.

—Pero... Es vuestra herencia, David. Vuestro futuro; el tuyo y el de Mary.

—Yo tengo resuelto mi futuro, papá. Mary es muy capaz de resolverse el propio, además de que no necesita trabajar para vivir. Jonathan dejó todo bien atado y tú te has encargado de que su capital aumente día a día. Además, sabes que ésa no es la vida que queremos ni Mary ni yo.

—Ya, pero ¿yo qué hago?

—Vivir, papá. Tu salud no te permite seguir con este ritmo de vida y ya es hora de que te jubiles. Vas a cumplir setenta años. No hay excusas... Tu futuro y el de Mary pasan por esa venta. Yo me he comprometido en tu nombre.

—Está bien, hijo. Supongo que tienes razón. Sé que Silkford Ediciones no es lo que queréis ninguno de los dos, así que me plegaré a los deseos de esta gentuza y me dedicaré a vencer al cáncer.

—Gracias —respondió escuetamente.

La conversación se alargó durante mucho más tiempo del que David esperaba. Su padre tenía demasiadas cosas sobre las que hablar, y algunas no eran agradables; pero había que darles carpetazo para poder retomar una relación que, durante años, había sido prácticamente inexistente.

Thomas estaba agotado. Debería descansar, pero se negaba a hacerlo. Hubo un momento en que la fatiga y la medicación le vencieron, y él esperó a que se despertara. Había tenido que aplazar su regreso a Nairobi hasta el día siguiente y no encontraba mejor manera de pasar el tiempo que acompañando a su padre.

—¿Volveré a verte pronto, hijo? —preguntó cuando ya se despedían.

—Claro, papá. Antes de lo que te imaginas. No tendremos que esperar otros once años para reencontrarnos. Además te llamaré a menudo.

—¿Cuándo veré a Mary?

—Pronto. Antes de un mes la tendrás de vuelta para que sigas mangoneándola a tu gusto.

Tom compuso un rictus de desaliento. Aquélla había sido otra de sus arriesgadas apuestas y, esta vez, había perdido.

Quería tenerla cerca, pero también esperaba que entre David y Mary hubiera saltado la chispa.

David sonrió, sabía lo que estaba pensando su padre y alzó una ceja en un claro gesto sarcástico.

—Supongo que no hay ninguna esperanza de que dentro de unos meses tenga un nieto moreno y de ojos verdes correteando por Silkford House, ¿verdad?

—Ninguna papá. Al menos, no en los próximos doce.

David recordó la conversación que al respecto había tenido con Mary al día siguiente de que hicieran el amor por vez primera. Él no había tomado precauciones.

Aun siendo consciente de las repercusiones que aquello podía traer, sabía que en esa ocasión no podía permitirse el lujo de pasar por el frío momento de los preservativos. Además, tampoco le importaban las consecuencias.

Ella, sin embargo, fue pragmática y demoledora cuando le explicó los motivos por los que no se las había exigido.

«No te preocupes, David. Esto no traerá consecuencias indeseadas. Yo estoy totalmente limpia, me hago análisis periódicos y lo sé. En cuanto a la descendencia, llevo un DIU. No te olvides que he sido violada sistemáticamente; no puedo asumir riesgos. Si tú estás sano, todo está bien».

Y él tenía que estarlo. Jamás hasta ese día se había acostado con una mujer sin condón.

—Mary regresa en unos quince días. Ya te avisaré con la fecha exacta —confirmó finalmente David.

—¿Quiere eso decir que al final no seguiste mi consejo de vigilarla incluso en la cama?

—Eso, papá, sería algo que te contestaría el David que tú crees que soy, pero nunca lo haría el auténtico David Silkford.

Su padre rio, aguantándose con la mano la costura del abdomen.

—Venga, papá, recupérate cuanto antes. Nos veremos pronto. ¡Y cuida de Mary!

—Se acercó a la cama y le estrechó en un sentido abrazo que fue correspondido de la misma manera.

—Lo haré, hijo. Cuídate tú también. ¡Y no rompas el corazón a mi niña!

David sonrió. Mucho se temía que ya no podía hacer nada al respecto. ¿Nadie se iba a preocupar de cómo se había quedado el suyo?



## CAPÍTULO 21

*Si tienes mucho, da parte de tus posesiones;  
si tienes poco, da algo de tu corazón.*

(PROVERBIO DORZE - ETIOPIA)

Bagdad (Irak), 22 de febrero de 2005.

Querido Tom, sólo unas letras desde este inmundo vertedero al que me han destinado, para despedirme. Esta carta te llegará con mis pertenencias y mi cadáver en mi último viaje a Londres y, espero, tardes mucho en recibirla. Aunque, francamente, lo dudo.

No llores por mí. Yo esperaba este desenlace tarde o temprano. Por favor, cuida de mi pequeña. Tú eres mi única esperanza. Transmítele mi deseo y mi lucha por que algún día este mundo sea un poco mejor. Tú eres el único que puedes hacerle llegar estos valores por los que yo me he jugado la vida.

Dile que la quiero con toda mi alma y que estos seis últimos días que pasamos juntos en Gstaad me supieron dobles, aunque escasos. Fueron los mejores «*promenade*», como ella llamaba a nuestros paseos, de toda mi vida. Que allí dejé algo más que mi corazón. Dejé mis miedos, mis anhelos y esperanzas, mis deseos y mis sueños.

Dile que no esté triste, que voy a reencontrarme con su madre, a la que he echado muchísimo de menos. Casi veintitrés años de espera: 8317 días, 5 horas y 48 minutos. ¡Demasiado tiempo!

Pero ha merecido la pena sólo por haber podido disfrutarlos con ella y, también amigo mío, contigo y tu familia.

Os llevo en mi corazón. Sé que no me olvidaréis,

Jonathan Mantley

*Sil克福 Lodge - Kenia.*

*5 de marzo de 2011*

—¿Ha llamado el señor Silkford para avisar de cuándo regresaba? —preguntó Mary con la esperanza de que él se hubiera acordado del hecho de que tenía una invitada en su casa.

—No, señorita —respondió Joseph con cautela—. El señor no ha llamado, pero ya es tarde y suele ser habitual que en sus viajes a la ciudad esté varios días fuera.

Mary no insistió en su interrogatorio. Aceptó las explicaciones del hombre y ocupó su lugar en la mesa para la cena, servida con el mismo primor que las veces anteriores.

Llenó su estómago con idéntica desidia a como lo había hecho el día anterior y esa misma mañana, de manera rápida y frugal. Desestimó el postre, aun siendo de chocolate, y aceptó en su lugar una taza de humeante café. Por primera vez en todo aquel tiempo, echó de menos una televisión o un periódico con el que ponerse al día sobre los acontecimientos ocurridos en el mundo. Llegó a la conclusión de que estaba aburrida.

¿Dónde diablos se había metido David? ¿Habría seguido sus consejos y se habría ido a olvidar su pena en brazos de otra mujer? Una oleada de mal humor le inundó el alma.

Aquella noche, el café y los últimos pensamientos la desvelaron.

Despertó tarde al día siguiente y se levantó con la esperanza de que él ya hubiera regresado. Pero la casa seguía tan silenciosa y vacía como los dos días anteriores.

Dedicó la mañana a seguir escribiendo el diario de campaña de su estancia en Kenia y, cuando estaba a punto de salir a hacer una excursión a caballo por los campos de cafetos, Joseph le hizo cambiar de idea.

—Señorita, tiene una visita.

—¿Yo? —La alarma se apoderó de ella de inmediato. ¿Quién podía ir a visitarla a ella allí?

—Sí, la señora Warter está aquí con su hijo.

—Oh, hágala pasar de inmediato —dijo pletórica.

La recibió en la piscina, donde se encontraba leyendo.

Evelyn, tan alegre y maravillosa como siempre, no tardó en explicarle que se había enterado por casualidad, a través de Dann, que estaba de safari con unos clientes, que David no estaba en casa y había dejado a Mary sola.

Había encontrado la ocasión maravillosa para que ambas pudieran pasar una tarde de chicas que acortaría la espera de ambas.

Se lo pasaron realmente bien, riendo y compartiendo juegos con el pequeño Mickel. Y también tuvieron tiempo para charlar. Como no podía ser de otra manera, David era el tema central de aquella conversación.

Mary se quedó estupefacta cuando Evelyn, en un arranque de confidencialidad, hizo que algunos de sus temores salieran despedidos de su mente como barridos por un viento huracanado.

—¿Muchas mujeres aquí? —preguntó incrédula la señora Warter—. Oh, no, Mary. David jamás ha traído aquí a mujer alguna. Al menos a ninguna de sus conquistas. Que yo sepa su hogar sólo está abierto a los amigos.

—Habría jurado que el servicio está muy acostumbrado a presencias similares a la mía.

—Pues te equivocas. David nunca tiene invitados y aquí sólo recibe a los extraños

por asuntos de negocio o cuando da alguna de sus escasas fiestas. Y pocas de sus amantes han debido de venir a alguna; jamás mezcla trabajo y pasión, créeme.

—Una fiesta implica siempre diversión, Evelyn.

—No para David. Te garantizo que hasta ahora, las fiestas y reuniones que han tenido lugar en esta casa no han sido otra cosa que trabajo.

—David tiene una vida sexual activa.

—Claro, muy activa, pero lejos de su casa. Esto es su reducto privado, su intimidad. Poca gente tiene acceso a ella.

La muchacha no entró en detalles. No tenía derecho a hacerlo y, si Mary era tan espabilada como parecía, aquella información era suficiente.

A media tarde tuvieron que despedirse. Evelyn tenía que regresar a su casa para bañar al chiquitín y acostarle, así que ella volvió a quedarse sola en la inmensidad de aquella casa; acogedora, sí, pero terriblemente vacía. Tenía la sensación de estar perdiendo un tiempo valiosísimo que hubiera podido compartir con el hombre de sus sueños.

Cenó sola de nuevo y luego, fue a su alcoba para buscar el *eReader* con la esperanza de que los minutos pasaran más rápido inmersa en la novela que estaba leyendo. Regresó al salón y se instaló cómodamente en la *chaise longue*. Decididamente había sido un día muy provechoso, pensó antes de zambullirse en la literatura relajada y amena.

No se dio cuenta de en qué momento se había quedado dormida. La última vez que había mirado el reloj eran más de las once, pero no quería irse a la cama por si David tenía a bien regresar esa noche.

Ni siquiera escuchó a Karen cuando advertía al patrón de que ella estaba esperándole ni sus sigilosas pisadas sobre la tarima. Cuando Mary abrió los ojos, tenía el rostro de aquel hombre tan próximo, que no pudo reprimir un grito, pequeño y agudo, que asustó al propio David.

—¡Me has asustado! —le reprendió excusando su reacción—. ¿Qué miras?

—¿Qué haces levantada a estas horas? —contestó con una pregunta cogiendo el lector electrónico que se había caído de su mano sobre la alfombra.

—He debido quedarme dormida mientras leía —dijo tomando el aparato que él le tendía, apagándolo e incorporándose en el asiento.

—Es muy tarde, deberías estar acostada.

Mary sintió deseos de hacerle un sinfín de preguntas y exigirle respuestas sobre dónde había estado y por qué se había marchado sin avisarla, pero algo en su interior la previno de que debía de actuar con cautela si no quería parecer una niñaata despechada y celosa.

Eran las dos de la madrugada y, sin embargo, lo único que se le ocurría a David era echarle una bronca porque se había permitido el lujo de esperarle levantada. Ni siquiera parecía tener intención de disculparse por haberla dejado sola durante tres días sin previo aviso. Estaba furiosa consigo misma. «¡Eres una idiota, no se lo

merece!»), se autorecriminó.

Se puso en pie. Estirándose las perneras de sus estrechos pantalones de lino blancos, cogió el paquete de tabaco y el *eReader* que había depositado sobre la mesa y se encaminó hacia el pasillo con un escueto «Hasta mañana».

David se quedó atónito. No era posible que, después de haberle esperado hasta tan tarde, se fuera sin decirle nada.

—¿No me vas a preguntar en dónde he estado? —dijo justo en el instante que ella estaba a punto de abandonar la estancia.

—No.

—¿No te interesa?

—No es de mi incumbencia lo que tú hagas con tu tiempo libre. Lamento que te haya molestado haberme encontrado levantada —replicó con rabia, girando sobre sus talones y retomando la marcha.

—¡Espera! ¿Adónde vas?

—A mi cuarto. Y tú vete pronto a la cama también, tienes aspecto de cansado —dijo estableciendo las distancias.

Él sonrió. Lo estaba, era cierto. ¿Pero cuáles creía ella que eran los motivos?

—Ya que me has esperado levantada, sé una buena chica y prepárame una copa.

Estuvo a punto de hacer oídos sordos e irse definitivamente, pero eso hubiera sido demostrarle que realmente estaba enfadada. Se dirigió al bar, tomó un vaso bajo de *whisky*, puso dentro tres cubitos de hielo que extrajo del congelador y vertió un generoso trago. Luego se acercó al sofá sobre el que él se había tirado descuidadamente, haciendo tintinear el hielo contra el cristal, y se lo ofreció con una fría sonrisa.

—Fúmate un cigarro conmigo —le pidió divertido—. ¿No vas a ponerte otra copa para ti?

—Es tarde para copas —respondió, pero aceptó el pitillo encendido que él le ofreció.

Un incómodo silencio se instaló entre los dos, que fue roto por él.

—Si no vas a hablar conmigo y no me vas a preguntar dónde he estado, ¿por qué me has esperado levantada?

—Pensé que llegarías antes y decidí hacer tiempo, pero me dormí. Eso es todo. Nunca imaginé que te lo tomarías a mal —se defendió ella.

—No me lo he tomado a mal. Es, sólo, que no estoy acostumbrado a este trato; aunque he de reconocer que es muy halagador. ¿A qué te has dedicado estos días? —dijo cambiando de tema.

—A descansar, a bañarme en la piscina y a hacer un montón de cosas que tenía pendientes. Hoy ha venido Evelyn a visitarme —replicó Mary encontrando un tema de conversación con el que no tuvieran que discutir.

David se estaba divirtiendo. La muchacha hacía verdaderos esfuerzos por no dejarse llevar por la ira y disimular los celos, lo que le parecía un coraje digno de

mención. Y, una vez más, descubrió con sorpresa que no tenía ningún inconveniente con ellos.

—¿De verdad no quieres saber en dónde he estado?

—No creo que sea asunto mío, David. Lo que sí que te agradecería es que la próxima vez que vayas a Nairobi me avises. Tengo que cerrar mi vuelo de vuelta a Londres, y aunque ya tengo la reserva hecha por Internet, quizá puedas hacerme la gestión y ahorrarme un viaje —replicó sin poder reprimir su desilusión al ver que él no negaba haber permanecido tres días en la ciudad.

—¿Te molesta que vaya a Nairobi? —preguntó mordaz.

—¡En absoluto! ¿Por qué habría de molestarme?

—Me extrañaba, porque tú misma me lo recomendaste ¿recuerdas?

—Me alegra que seas tan obediente. —Y una punzada de furia le heló la sangre en las venas al saber despejada su secreta sospecha—. Ahora sé igual de disciplinado y vete a la cama tan pronto termines el *whisky*. Yo, si no necesitas nada más, me marcho ya.

—Desde tu estricto punto de vista, ésa es una frase muy poco afortunada.

—Tienes razón. Es desafortunada, pero siempre tengo la posibilidad de decir «no».

—Bien, en ese caso, te contaré lo que he hecho mientras me termino la bebida y luego nos iremos, juntos, a la cama.

Le contó el episodio con Beatriz, ahorrándole sólo el método que utilizó para que confesara, y su visita al hospital: la entrevista con el médico y el reencuentro con su padre.

Mary estaba consternada y complacida al mismo tiempo. Al menos Thomas se había vuelto un hombre razonable y, aunque le hubiera gustado estar presente en esa entrevista, sabía que era algo que tenían que hacer padre e hijo a solas. Se alegró por ambos.

—Venga, termínate esa copa y ven pronto a la cama. Te estaré esperando —dijo finalmente con un tierno beso en los labios, lleno de promesas. Era consciente de que él necesitaba espacio para asimilar todo lo que acababa de confesarle.

David se quedó solo en la sala.

Sonrió al comprobar lo fácil que le resultaba manejar el estado de ánimo de Mary. Sabía que había conseguido sacarla de sus casillas en dos o tres ocasiones. Había adivinado que ella se moría de ganas por preguntarle dónde había estado, y le extrañó que no sucumbiera a sus instintos femeninos. ¡En verdad era toda una dama!

Entonces reparó en el ordenador que había sobre el escritorio. Estaba encendido y sobre la pantalla, un velero surcaba las aguas de un infinito océano una y otra vez. Él resultó mucho más curioso, aunque la fama de cotillas radique siempre sobre las mujeres, y no pudo resistirse a la tentación de leer lo que ella había escrito. Presionó el cursor y desapareció la pantalla protectora. Se colocó al inicio del documento, que estaba abierto, y empezó a leer con fruición. «Cualquier persona que haya estado

alguna vez en ese país, soñará el resto de sus días con regresar. Kenia es inolvidable...».

Cuando terminó, casi una hora más tarde, estaba asombrado al comprobar que Mary había plasmado, con simples palabras, la esencia del país que él había abierto a sus ojos. Incluso a él, que conocía como la palma de su mano todo lo que había descrito con tanta sutileza, había conseguido retenerle en los detalles y había logrado que captara matices que hasta entonces le habían pasado desapercibidos. Pensó que, si con la cámara era la mitad de buena que con la pluma, su padre habría logrado el reportaje de su vida.

Le hubiera gustado volver a leer todo, pero era demasiado tarde y Mary le estaba esperando. El cielo mostraba esa absoluta oscuridad que precede al alba africana. Cerró el documento y apagó el ordenador. Aunque no podía decir que había leído su reportaje sin su consentimiento, ella no recordaría que se había olvidado de desconectarlo; porque si podía jactarse de algo, era de saber que nunca lo hubiera dejado a su alcance. Mary seguía temiendo tanto su análisis como él las reacciones de ella, aunque ambos sabían sobreponerse a sus temores con dignidad.

*25 de marzo de 2011*

Las lágrimas no le dejaban ver lo que estaba haciendo. Mary se había jurado que no iba a derramarlas, pero el fatídico día había llegado y no podía detenerlas.

Casi le había resultado imposible deshacerse de Karen para poder hacer el equipaje pero, aunque la pobre mujer insistía en ayudarla con toda la buena intención del mundo, ella no podía permitirse la debilidad de que nadie viera en qué estado estaba.

Sabía que iba a ser duro. Estaba convencida de ello desde el momento en que fue consciente de que se había enamorado de David, y más aún cuando finalmente había sido capaz de mantener una relación más íntima con él, pero nunca imaginó que fuera a serlo tanto.

Todo había sido muy rápido e intenso, pero desde que él regresó de Londres, las dos semanas que aún tenía para disfrutar de sus limitadas vacaciones, habían pasado con la velocidad de un ciclón.

Cerró la tapa del baúl metalizado con el material fotográfico y un hipo desgarrado hizo eco con el clic metálico de la última cerradura.

No podía seguir así, debía de tener la cara descompuesta e hinchada por el sofocón. No iba a poder disimularlo y si, por casualidad David entraba, pasaría un mal trago. No habría nada que pusiera en duda en qué situación se encontraba.

Afortunadamente, él llevaba varios días encerrado a cal y canto en el despacho. No es que la relación entre ellos se hubiera enfriado y no compartieran la mayor parte de las horas, que sí lo hacían, pero habían reducido las excursiones y ambos

buscaban, a ratos, la soledad. Parecía que tácitamente estuvieran preparándose para una terapia de desintoxicación. Aclimatándose a no estar las veinticuatro horas del día juntos.

A partir de la mañana siguiente aquello sería un hecho. Ésta era su última noche, y ella tenía que sobreponerse a aquella absurda congoja o echaría todo a perder.

Ya había guardado casi todo, sólo quedaban fuera de las bolsas el vestido que se pondría esa noche y la ropa que utilizaría para el viaje. El vestidor era el presagio de lo que estaba por venir. Vacío y pulcro, parecía el cementerio de lo que había sido su estancia en aquella casa, repleto de hileras de perchas vacías se imaginó las cruces de las lápidas de un camposanto.

Miró el reloj. Eran las siete de la tarde y necesitaba una ducha antes de poder presentarse en el comedor para la cena. Y tendría que ser una bien fría, que mitigara la inflamación de sus párpados y borrara del rostro las huellas de lo que había estado haciendo durante toda la tarde: llorar.

Finalmente lo había conseguido. La ducha resultó un bálsamo para su alma y un catalizador para su aspecto que, aunado con un cuidado maquillaje, consiguieron anular la mayor parte de los vestigios de su pena. Ahora tenía que seguir haciendo su papel de muchacha alegre y superficial; ya tendría tiempo de lamerse las heridas más tarde, cuando estuviera en Londres.

Se pasó por la cabeza el vestido de la primera noche, se calzó uno de los tres pares de sandalias de tacón y salió a la terraza. Todavía era pronto y tenía tiempo de ver, por última vez, el ocaso del sol en Kenia.

Se acomodó sobre la barandilla y encendió un pitillo con toda la solemnidad del momento. Aspiró profundamente y dejó escapar el humo en volutas lentas y perezosas.

No le escuchó acercarse. Siempre era igual de sigiloso, pero percibió su presencia e inhaló su aroma. David también acababa de ducharse.

Se puso a su lado, sin tocarla, y echó el cuerpo hacia delante apoyándose en la balaustrada. Ella se giró y le dedicó una luminosa sonrisa. O al menos intentó que lo fuera.

—Hola, *milady* —dijo quitándole el pitillo de los dedos y llevandoselo a los labios—. ¿Qué haces aquí tan callada?

—Viendo la puesta del sol. Es preciosa. ¡Y devuélveme mi cigarrillo!

—La misma de todos los días... ¡Enciéndete otro!

—Más o menos, pero la mía a partir de mañana será fea, fría y neblinosa. No creo que me entretenga siquiera en mirarla. ¡Y no, quiero el mío!

—Tampoco lo haré yo. No pienso devolvértelo. Si quieres lo compartimos.

Le pasó el pitillo para que diera una calada.

—Será porque no quieras hacerlo, David. —Y volvió a hacerle entrega del cigarrillo.

—Será, *milady*... —También David aspiró con fruición.

Ambos se quedaron en silencio. De pronto no tenían nada que decirse.

¡Dios!, si pudiera desaparecer como por encanto y ahorrarse las últimas horas, lo haría. Aquello era una agonía. Le encantaría cerrar los ojos y, cuando los abriera de nuevo, estar ya en Londres. Sin adioses, sin despedidas... No servía para aquella pantomima ni tenía humor para continuarla.

—Voy a echarte de menos, Mary —dijo David de pronto.

—También yo a ti. Han sido unos meses maravillosos. Supongo que éste es el momento adecuado para darte las gracias por todo lo que has hecho por mí, ¿verdad?

—Mejor no lo hagas, o me vería en la obligación de dártelas yo a ti también y me niego a entrar en ese juego.

—Pero yo lo estaría diciendo en serio.

—Ya. ¿Y qué te hace suponer que yo no?

Mary no contestó. Si lo hacía sabía que se le rompería la voz.

—Dime una cosa, Mary, ¿sigues totalmente convencida de que después de esta noche, esto se ha acabado?

Ella se giró para mirarle a la cara. Aquella pregunta sí que la había sorprendido por completo.

Respiró hondo. Tenía el corazón partido por la mitad y él parecía empeñado en seguirle dando tajos indiscriminados. No se sentía capaz de continuar con ese falso peloteo verbal. ¿Por qué se empeñaba en alargar aquella tortura? Ambos eran conscientes de que, tan pronto su avión despegara de Nairobi, él tardaría un par de días en olvidarse de todo. No era tan tonta como para forjarse falsas ilusiones.

Ni para asumir que, si él se lo proponía, no tardaría demasiado en sucumbir. Y aunque tarde o temprano volverían a encontrarse, esperaba que hubiera pasado el suficiente tiempo como para ser capaz de mirarle desde otra óptica.

Pero si aceptara volver a verse en un futuro inmediato, estaba segura de que él pretendería retomar su relación en el punto donde la habían dejado, y eso era algo que no podía permitirse. Una vez podría superarlo, pero jamás resistiría un segundo asalto.

«¡Para esto ya, por favor, David!». ¡No podía derrumbarse en su presencia! Se lo había prometido a él y, sobre todo, a sí misma.

—David, ya hemos hablado de esto ¿verdad? Estábamos de acuerdo en que ésta sería nuestra última noche.

—No, *milady*. Tú estás de acuerdo, yo no he dicho nada al respecto.

—Si fuera Dann te contestaría que para subir a una palmera hacen falta dos manos...

—Afortunadamente no eres Dann. ¡Nunca me iría a la cama con alguien tan peludo y musculoso!

Ambos rieron intentando quitar hierro al asunto.

—No vamos a desperdiciar nuestra última noche discutiendo temas absurdos que los dos sabemos que nunca podrán ser, ¿verdad, David?



—No, cariño. No tengo ninguna intención.

—Bien, me alegro. De esta manera ambos tendremos una bonita aventura para recordar algún día; aunque es posible que mañana, cuando mi avión despegue, tú ya te hayas olvidado de ella.

—¡Me encanta la alta opinión que tienes de mí! —explotó irónico—. Vamos, que pasaré a los anales de la historia como David «el Desvirgador de Kenia», justo detrás y en la misma página que Jack «el Destripador de Londres».

—Oye, que yo no era virgen cuando llegué aquí, así que yo no te voy a servir como damnificada de tu selecta hazaña.

—Oh, claro que lo eras, cariño. De hecho eres la primera de mi lista.

—Te recuerdo...

—¿Qué? ¿Acaso piensas que es una absurda membrana lo que hace la diferencia?

—Oh, oh. No pienso entrar al trapo, David.

«¡Santo Cristo, qué difícil me lo está poniendo!».

—Mary, sé que voy a arrepentirme por lo que voy a decirte, pero no voy a olvidarme de esta aventura tan fácilmente ni estoy emocionado porque se acabe.

—Tampoco yo, David, pero ambos sabemos que es algo que tenía fecha de caducidad desde el primer momento. Todo lo bueno se acaba...

¿Por qué tenía que decirle aquello? ¡Qué difícil era todo! Estaban estropeando sus últimos minutos con una conversación que no iba a llevarles a ninguna parte. Si seguían por ese camino iba a cometer la tontería de declararse a David y, desde luego, aquello era lo último que tenía intención de hacer.

Era necesario que salieran de ese círculo vicioso. Jamás podría soportar ver el rictus de sarcasmo que sin duda le produciría a él su confesión.

—¿Sabes, *milady*? Tienes razón, incluso esta noche se acabará. Mañana tenemos que salir muy temprano hacia Nairobi, así que quizá sea mejor dejar la conversación y prescindir de la cena.

—Me parece una idea fantástica. Las palabras no van a llevarnos a ningún buen puerto.

—Desde luego, *misichana nzuri*. Entre otras cosas, porque lo más seguro es que a ninguno de los dos nos dejara satisfecho lo que el otro dijera, por mucho que fuera justo, lo que quisiéramos escuchar.

David despertó, solo, en su *suite* del hotel en Nairobi. La habitación olía a perros muertos y la cabeza amenazaba con partírsele por la mitad como una sandía madura.

Miró la esfera del Rolex que llevaba en la muñeca. Eran las cuatro de la tarde y habían pasado tres días completos desde que vio desaparecer en el cielo el avión que, implacablemente, le separaba de Mary para siempre.

Se habían dicho adiós a pie de pista con una falsa sonrisa en los labios y un tórrido y prolongado beso. Luego ella se había girado, sin emitir ni una sola palabra, reteniendo a duras penas las lágrimas que anegaban sus ojos y, sin volver la vista

atrás, había desaparecido en el interior de aquel artefacto del diablo que se la arrebatara sin ningún tipo de remordimiento.

No era muy consciente de cómo había llegado al hotel, ni siquiera sabía cómo era posible que lo hubiera hecho sin tener un accidente, porque no era muy capaz de ver la carretera. Una película acuosa velaba su visión.

Luego se había derrumbado en aquella enorme cama *king size* y había dado rienda suelta a sus sentimientos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se había permitido abandonarse a ellos? Demasiados años, tantos que casi no se acordaba.

¿Y desde cuándo por una mujer?

¡Jamás!

Haber sucumbido al llanto no era lo que más le preocupaba. ¡Joder, él también era humano!, sino haberlo hecho por la única mujer a la que tenía que dejar salir de su vida. No podía retenerla a su lado aunque quisiera.

Le hubiera gustado poder expresarle sus sentimientos pero ¿de qué hubiera servido? Le hubiera hecho un flaco favor. Sin duda los de ella le correspondían, o conocía muy poco la naturaleza femenina, pero nunca se permitiría anteponerlos a lo que estaba segura que no podría durar para siempre.

Y lo cierto es que ni siquiera él estaba seguro de que, efectivamente, lo que hoy provocaba en su alma esa muchacha no fuera a desaparecer con el uso. Por otro lado, tampoco podía hacer otra cosa, tenía compromisos que afrontar y en ellos no cabía el corazón de una mujer. Sería demasiado peligroso para ambos.

De alguna manera Mary intuía todo aquello. No era una mujer que aceptara las sobras de nadie y estaba convencido de que él tendría la absurda necesidad de esparcir su lujuria en la mitad de las camas de Kenia. ¡Pobre inocente! Él no era un santo, pero tampoco el sátiro por el que le había tomado.

Pero claro, ella no iba permitir que su orgullo se mostrara vulnerable ante nadie. Tenía que ser ella la que pusiera el punto final a aquello, o al menos eso creía, antes de consentir que ningún hombre la trajera de vuelta de las nubes con un estrepitoso batacazo del que no pudiera recuperarse jamás.

Se levantó despacio. El dolor de cabeza le estaba matando y tenía ganas de vomitar. No podía volver a hacerlo en la moqueta, aquello estaba hecho un asco. Tenía que abrir las ventanas de inmediato o iba a morir de asfixia.

Tropezó con las tres botellas de McCallan vacías que había a los pies de la cama y casi no pudo soportar la arcada que acudió a su garganta. No era la marca que habitualmente consumía, aunque no le desagradaba por completo, pero lo había elegido aquella tarde, cuando regresó del aeropuerto, porque tenía el mismo nombre que el hijo de puta que había impedido que todo aquello se desarrollara de la manera que a él le hubiera gustado llevar las cosas. Incluso su color, en el vaso, era del mismo tono que los despiadados ojos del hombre que le apartaba de su felicidad.

La resaca que tenía ahora era terrible, pero la borrachera había sido memorable.

Algo que podría relatar a sus nietos si algún día los tenía.

Se rio de su propia hipocresía en voz alta. Una carcajada que retumbó fría y carente de humanidad en la habitación.

Pero ya estaba bien de lamentaciones. Ahora tenía que ponerse en movimiento, cuando pudiera, claro, y afrontar todo lo que tenía por delante. Se daría una ducha bien fría y luego llamaría al general McCallan. Sin embargo, el teléfono sonó antes de que pudiera llevar a cabo ninguna de sus buenas intenciones.

«¡Por todos los Santos! Va a triturarme el cerebro...».

Lo cogió, más por evitar que siguiera sonando que por enterarse a quién pertenecía la inoportuna voz que osaba inmiscuirse en sus miserias.

—¿Qué ha pasado, David? —la voz de su padre retumbó como un trueno rebotando en las paredes de su cerebro.

—Habla bajito, papá, por favor, se me parte la cabeza.

La voz de David sonó pastosa y las palabras se atascaban entre sus labios.

—¿Estás borracho?

—Como una cuba.

—¿Desde cuándo estás así?

—Desde que aterricé en el infierno.

La carcajada de Tom tuvo el mismo efecto de una bomba de relojería.

David soltó el teléfono y se precipitó en el cuarto de baño. Cuando regresó, limpiándose la comisura de la boca con una toalla húmeda, el intermitente y agudo sonido del teléfono indicaba que la comunicación había sido interrumpida.

Marcó el número de su casa sin necesidad de mirarlo en la agenda. Necesitaba saber si la llamada de su padre sólo era para regodearse por su mala suerte o si es que a Mary le había ocurrido algo.

—Papá —dijo cuando escuchó que descolgaban al otro lado del hilo telefónico—. ¿Mary está bien?

—No, David. Está fatal, parece un *zombie*, pero presiento que tú no estás mucho mejor.

—¿Qué ha ocurrido?

—Supongo que nada que el tiempo no cure, tranquilo.

—¿Pero ha llegado bien?

—Sí. No sé mucho de ella. Se ha ido a su casa. Sólo vino a verme y no quiso quedarse aquí. Supongo que necesita estar a solas.

—Vale. ¿Tú también estás bien?

—Sí, mucho mejor. La semana que viene empiezo el tratamiento de quimioterapia, pero estaré bien. No te preocupes.

—¿Y para qué has llamado entonces?

—Tenía una malvada curiosidad, pero ya está desvelada. Duerme esa mona, muchacho. Ya hablaremos.

*Tres meses después...*

*Eyl, Somalia*

David se despertó al sentir el nervioso recorrido de una cucaracha en el hueco del cuello, junto a la clavícula. Levantó la mano, reprimiendo el grito de dolor que le producía el calambre que le recorrió el brazo al moverlo, y aplastó al insecto contra su piel.

Abrió los ojos despacio. O al menos lo intentó; apenas eran dos ranuras pulposas y tumefactas producto de los golpes recibidos durante los días que llevaba encerrado en aquel inmundado agujero.

¿Cuántos? No lo sabía. ¡Muchos! Demasiados...

Era de noche y los tímidos rayos de una luna casi llena se colaban entre los barrotes de su prisión e iluminaban tenuemente el jergón sobre el que le habían abandonado sus captores.

¡Por fin! Esperaba que, después de aquella especial y dura sesión de interrogatorio, volvieran a dejarle descansar durante unos días.

Siempre era igual. Jugaban al agotamiento físico y psicológico esperando que se derrumbara en cualquier momento. Luego dejaban que se recuperara y vuelta a empezar. De momento no había flaqueado y esperaba poder aguantar lo suficiente hasta que McCallan se dignara a hacer algún movimiento y le rescatara.

Si es que lo hacía...

Mientras tanto, sólo disponía de sus recuerdos para no perder la cordura, a los que se aferraba como un naufrago a un trozo de madera. No sabía cuántas horas había permanecido colgado por las muñecas del garfio de una grúa para manipular carga. Ésta no era la primera vez y sabía lo que vendría a continuación. Hizo acopio de valor y recurrió a la experiencia, se refugió en sí mismo e invocó la presencia suave y cálida de una mujer morena con los ojos del color del índico que en esos momentos veía desde la ventana.

Se reía por algo que él le había dicho antes, con ese sonido chispeante que era lo único que calentaba su alma. Le había inmovilizado con suaves ataduras de seda que había trabado a los barrotes de la cama por encima de su cabeza y le martirizaba con su sexualidad provocadora. Estaba desnuda y se acercaba a él con los movimientos sinuosos de una pantera al acecho hasta acercarse lo suficiente como para poder sentir su respiración ardiente sobre la piel. Le provocaba, le revitalizaba y le hacía querer superar cada minuto para poder alcanzar la recompensa que sutilmente le ofrecía y le negaba al mismo tiempo.

Sonrió. Aquel juego era muy agradable. Una fantasía que pondría en práctica tan pronto escapara de su prisión.

El gesto no debió de complacer a sus captores, que seguramente lo interpretaron como una muestra de rebeldía. Por fortuna su cuerpo no respondió al deseo que sentía circular por las venas, sus fuerzas estaban demasiado mermadas como para ello. Y

menos mal, porque estaba desnudo y no podría haberlo ocultado. En ese caso, la reacción de aquellos hombres hubiera sido mucho peor. Aun así, en ese momento dio comienzo la sesión de golpes y puñetazos acostumbrados hasta que, finalmente, perdió la consciencia. Y mientras, se había aferrado una y otra vez a sus recuerdos y fantasías, en las que sólo había cabida para una única protagonista.

¡Maldita misión y malditos resultados! En fin, tenía que resistir. Si estaba allí era por ella, y tenía que aguantar si no quería que todo fuera un esfuerzo baldío. De alguna manera tenía que asegurar el futuro de Mary Mantley, aunque fuera a expensas del propio.

Aquella fue la condición que le puso McCallan para darle la carta de libertad y él la cumpliría con el último aliento si era menester.

Su misión era infiltrarse en una célula de piratas somalíes en Eyl, una aldea de la costa que se mantenía principalmente con esta nueva faceta a la que ahora se dedicaban los pescadores de la zona. Tenía que averiguar quién les pasaba información de primera mano para perpetrar sus fechorías; un británico, suponían.

Él nunca había tenido duda de que hasta cierto punto al pueblo somalí no le había quedado más remedio que recurrir al pirateo para salvaguardar sus costas, convertidas ahora en el vertedero nuclear de la mayor parte del Primer Mundo, que además esquilaban sus reservas pesqueras, pero secuestrar más de cien embarcaciones y poner en peligro a su tripulación no era la fórmula.

Había otros medios, la OTAN tarde o temprano tendría que tomar cartas en el asunto, porque esto ya se les había ido de las manos. Al final, como ocurre siempre, los pingües beneficios que sacaban con las recompensas por devolver los barcos que apresaban sólo habían dado lugar al caciqueo de unos cuantos, que vivían como auténticos reyes en un país en el que tener para comer era casi un milagro.

Infiltrarse no le resultó complicado. Se había hecho pasar por un gestor que les proveería de material tecnológico de última generación. Cualquiera diría que allí, donde el agua potable era un lujo, unos cuantos dispusieran de telefonía vía satélite, GPS, radares y un largo etcétera de comodidades prácticamente inalcanzables para países mucho más ricos.

Y al principio todo había ido sobre ruedas. Desde su primera entrevista con el líder de la organización pirata, Abdulahi Waabberi, la comunidad le acogió sin ningún problema. Poco a poco fue atando cabos y apenas un mes más tarde ya tenía todo más o menos claro, sólo a falta de averiguar el nombre de la persona que pasaba esa información privilegiada, al que ya tenía localizado aunque no identificado. No dudaba que sería cuestión de días y, luego, podría regresar a su vida. Retomar aquello que había dejado en un compás de espera y que se moría por agilizar.

En cuanto consiguiera el nombre en cuestión, pasaría la información a McCallan, junto con la lista de los abordajes que los piratas tenían previstos para los próximos meses, y retomaría su vida en el punto que la dejó, con la seguridad de que las vidas de su padre y de Mary ya no corrían ningún peligro.

¡Pero se las componía muy felices! Porque, cuando menos se lo esperaba, se dio de bruces con los problemas.

Aquel día tenía una reunión con las altas esferas de la organización. Al entrar en la casa de Abdulahi se encontró de frente con un hombre. Uno que conocía. ¿Qué pintaba Killian allí?

De pronto una luz se alojó en su cerebro, iluminándolo todo. Acababa de encontrar al hombre que buscaba. ¡Y sabía su nombre! Killian Sinclair, un irlandés al que hacía más de cinco años que no veía. Un antiguo compañero del MI6 que se licenció con un alto cargo dentro de la Agencia Británica contra el Crimen Organizado y se trasladó a vivir a Marbella, España. Dudaba que siguiera haciendo trabajos de espionaje para la Agencia y la SOCA pintaba poco en casa de uno de los piratas más notorios de Somalia.

Sinclair era el enlace de Abdulahi. Nadie mejor que él para disponer de información de primera mano y utilizarla en su propio beneficio.

Pero las cosas se habían complicado. Sin duda, aquel maldito irlandés se hizo las mismas preguntas y llegó a conclusiones tan rápidas y efectivas como las que él había asumido. Además, su antiguo compañero ni siquiera sabía que él había dejado la Agencia tres años antes, luego su información era que estaba ante un espía de la Corona; como en realidad era.

Y ahí acabó su suerte. En breves minutos había informado a Abdulahi de quién era él y lo que pretendía, sin darle tiempo a escapar de allí. Ahora sólo le quedaba una esperanza, aunque cada vez la veía más remota.

Harry, su incombustible compañero de fatigas; el hombre que le había salvado la vida en más de una ocasión —la última asegurándose también que Mary seguiría unos días más en este mundo—, le había acompañado aquella tarde, en calidad de chófer, y se había quedado junto al todoterreno esperándole.

Estaba seguro de que, al ver que él no regresaba, removería cielo y tierra con tal de informar al general McCallan de su secuestro y que éste tomaría cartas en el asunto. Sin embargo ya habían pasado demasiados días. No sabía cuántos, pero muchos más de los que le hubieran gustado. A estas alturas, cualquier persona con dos dedos de frente pensaría que él ya no estaba entre los mortales para contarlo. Nadie aguanta el asedio de los piratas somalíes durante tanto tiempo salvo que éstos pretendan negociar con su vida, pero eso era algo incuestionable después de la primera semana. Si no habían entablado el contacto entonces, jamás lo harían.

Por otra parte, le suponían en posesión de unos datos demasiado valiosos. Y en éstas estaban, Abdulahi y su gente querían saber, exactamente, cuál era la información que obraba en su poder.

De momento había resistido refugiándose en el recuerdo de Mary. Creando fantasías que le alejaban de la realidad y le permitían mantener la cordura pero ¿cuánto tiempo lo aguantaría?

Estaba cansado. Mucho.

Un sopor pesado le sumió de nuevo en la bendición de la nada, trayendo consigo la ausencia de dolor y el regreso de los sueños.

Mary estaba sobre él, cabalgándolo con tal furia, que todo su cuerpo se estremecía por los envites. Pero...

¡Joder, era demasiado brusca! Quería su dulzura, sus susurros... No esa voz ronca y lacerante que llegaba a su cerebro obligándole a despertarse. ¡No quería despertar! Él estaba maltrecho, le habían golpeado demasiado fuerte esta vez.

—Mary... —gimió.

—¡No, joder, David! No soy Mary. ¡Despierta de una puta vez o seremos dos los que vamos a tener problemas! —replicó susurrante una voz imperiosa—. Vamos, ¡apóyate en mí y salgamos de este asqueroso agujero antes de que vuelvan Abdulahi y sus secuaces!

David abrió las rendijas de su cara a duras penas, recuperando poco a poco la consciencia.

—Dann... ¿Qué haces tú aquí? Si se entera Evelyn...

—Cállate y ponte de pie, tío. Pesas una tonelada a pesar de que te has quedado en los huesos. Intento poner a salvo tu maldito culo... El general McCallan y sus hombres nos esperan fuera.

David reaccionó y se incorporó a duras penas. Perdió el pie al ir a levantarse y cayó de nuevo, como un fardo, contra el jergón. Unas manos amigas le sujetaron de las axilas y le prestaron un hombro en el que encajar su osamenta.

Salieron despacio. Casi arrastras. Cuando el aire fresco y salino de la noche le golpeó en la cara, nuevas manos vinieron a ayudarlo. No recordaba nada más.

Se había desmayado.

## CAPÍTULO 22

*No puedes esconder el humo si encendiste fuego*  
(PROVERBIO DE BURUNDI)

*Londres, 16 de septiembre de 2011*

Mary miró hacia la sala. Estaba nerviosísima y, ahora que ya no había marcha atrás, le parecía una locura. Pero tenía que hacerlo, se lo debía a sí misma. Aquello era lo que le había mantenido en pie desde que había vuelto de Kenia y lo que impedía que cayera en la autocompasión.

Se miró las manos y tableteó sobre el atril de metacrilato con sus largas e impecables uñas de manicura francesa. Se había preocupado de que su aspecto fuera inmejorable aquella tarde, aunque malditas las ganas que tenía de arreglarse y exhibirse delante de nadie; pero cuando la vida no te sonrío, lo mejor es poner tu mejor cara y que todos piensen que no podría irte mejor.

Ése era el motivo por el que lucía aquel ridículo vestido con alegres flores estampadas en verde mar a juego con una gabardina forrada con la misma tela y unos altísimos zapatos de tacón. Un patético conjunto que había tardado una eternidad en encontrar; ninguno de los que tenía en su armario le quedaban bien. Había perdido más de cinco kilos en todos esos meses. Afortunadamente el dibujo de la tela le ayudaba a disimularlo con bastante éxito. También el nuevo corte de pelo.

Dicen que cuando una mujer cambia de peinado es que no está conforme con su vida y quiere dar un giro drástico a su destino, y algo de verdad debía de haber en ello aunque siempre había pensado que era una tontería. Pero esa mañana se dejó llevar por un impulso y su larguísima melena quedó alfombrando el suelo del salón de belleza cuando lo abandonó.

Ahora llevaba un corte moderno, que le hacía parecer más mayor y resaltaba sus grandes ojos, unos centímetros más abajo de los hombros con mechones desfilados sobre el óvalo de la cara. Además estaba liso y moldeado; nada de aquel grueso rizo natural tan cómodo que siempre la había acompañado.

Y lucía una amplia sonrisa en los labios. Como si estuviera dispuesta a comerse el mundo, cuando lo que realmente quería era esconderse en algún rincón y esperar a que pasaran los meses y con ellos su desasosiego.

Pero no podía permitirse esa debilidad. ¡Jamás! Iba a luchar contra el desaliento y a retomar las riendas de su existencia. Ya no tenía nada que temer, ni tampoco nada que demostrar.



Volvió a mirar hacia la sala. Estaba abarrotada de público. Nunca pensó que hubiera tanta gente dispuesta a apoyarla e interesada por su trabajo.

Cuando regresó de Kenia, con un ordenador portátil lleno de las fotografías más maravillosas que había sido capaz de hacer en toda su vida, se planteó qué hacer con todo aquel material. Tenía montones de ofertas, pero fue Thomas, como siempre, quién le dio la idea.

—¿Por qué no haces un libro fotográfico? Si publicas todas esas fotos por entregas, perderá todo el encanto y la homogeneidad.

Y lo hizo. Había invertido en aquel proyecto más de tres meses. Noventa y pico días en los que había recuperado la ilusión intentando mostrar al mundo la esencia de aquel lejano país que le había abierto los ojos a una nueva dimensión. Sabía que no sería un *best-seller*, nunca lo eran los libros de ese estilo, pero no le importaba en absoluto. Su objetivo no eran las ventas, sino ponerlo al alcance de la mano de aquel que estuviera interesado en conocer Kenia.

Pero en contra de las estadísticas, el libro se había vendido muy por encima de lo que se esperaba. Tanto, que una productora cinematográfica le había propuesto hacer un documental con aquellas fotos.

Esa tarde era la presentación. ¡Y tenía los nervios a flor de piel!

Cruzó una mirada con Thomas, sentado en la primera fila, junto con el embajador de Kenia y varias personas más a las que se suponía que tendría que hacer la pelota después, puesto que muchos de ellos habían patrocinado el proyecto. Él la alentó en silencio con una amplia sonrisa.

Las luces del patio de butacas se apagaron y sólo una parte del escenario quedó iluminada, justo la que ella ocupaba, con un pequeño foco cenital que arrojaba un escupitajo luminoso sobre su cabeza.

La pantalla cobró vida y apareció el anagrama de la productora. Ella tenía que empezar su discurso de presentación, pero las palabras se agolpaban en su garganta y no era capaz de dejarlas salir.

Por fin, abrió la boca y saludó a los asistentes.

—... Es para mí un honor contar con todos ustedes hoy en la sala. Un apoyo indiscutible, tanto a nivel personal como profesional. Pero no sería justa si no dijera que este proyecto es el resultado del esfuerzo de muchas personas; la mayor parte de ellos hoy nos acompañan, otras están ausentes.

La pantalla empezó a moverse. Habían ensayado aquello hasta la extenuación y todo estaba milimétricamente estudiado. Una acacia solitaria ocupaba la parte derecha de la imagen, recortada contra un nítido cielo naranja, casi rojo, en el que no había ni una sola nube; sólo un resplandeciente sol blanco que iniciaba el ocaso contra la sabana, ya oscurecida por completo, y de la que se elevaban los vapores de la típica calima del crepúsculo africano.

—A todos ellos quiero agradecerles su apoyo y aliento pero, sobre todo, me gustaría dedicar este trabajo al hombre que puso al alcance de mi objetivo todas estas

maravillas, la persona gracias a la que he podido descubrir esa *Luz de Kenia* que da título a este documental.

Las letras aparecieron sobre la imagen poco a poco hasta quedarse allí impresas.

—A David Silkford. Él fue mi guía y a él va dedicado de una manera muy especial.

Una fotografía de medio cuerpo del mencionado guía sustituyó la anterior toma. Estaba de perfil y miraba hacia el infinito. Mary se negó a girarse hacia la pantalla, pero podría dibujarla con los ojos cerrados. Esa foto era preciosa y él estaba guapísimo en ella; sus negros ojos reflejaban, sin lugar a dudas, el amor que sentía por aquellas tierras.

—También quiero mencionar al hombre que me empujó hacia allí, mi mentor y tutor, Thomas Silkford. Sin ti, Tom, esto nunca hubiera ocurrido. Gracias por no darte nunca por vencido.

»Y por último, a los productores, directores...

La lista de agradecimientos se extendió algunos minutos más, antes de que la música, hasta entonces tenue, comenzara un lento *in crescendo* y su propia voz, ahora *off*, comenzara a sonar permitiéndola callarse para poder intentar tragar el enorme nudo que tenía en la garganta.

Cualquier persona que haya estado alguna vez en ese país, soñará el resto de sus días con regresar. Kenia es inolvidable. El espíritu de África se cuele en el alma del viajero...

Mary no podía soportarlo ni cinco minutos más. Necesitaba salir de allí o todo el mundo se daría cuenta de que estaba llorando. Afortunadamente el foco que la iluminaba se había apagado, pero el reflejo de la pantalla era lo suficientemente potente como para que, si alguien se fijaba, viera lo que estaba ocurriendo. Como pudo se apartó del atril y se escabulló entre las cortinas que rodeaban el escenario. ¡Necesitaba aire!

Gracias a Dios no había nadie entre bastidores. Se apoyó contra la pared y respiró hondo. Durante algunos minutos forzó a su corazón a que detuviera aquel loco galopar a base de profundas respiraciones y mantuvo los ojos cerrados en un esfuerzo supremo por retener las lágrimas que luchaban por derramarse. No podía dejarlas ir o se desmoronaría.

¿Dónde demonios había dejado su bolso? No tenía ni un solo *kleenex* que llevarse a los ojos.

Emergiendo de ninguna parte, un blanco pañuelo apareció frente a su cara. Parpadeó y dos limpios regueros rebosaron tranquilamente de su confinamiento y resbalaron despacio por las mejillas.

—Vamos, *milady*, cógelo o se te estropeará el maquillaje.

Mary ahogó el grito que pugnaba por abandonar su pecho. Ambos se miraron

durante lo que pareció un tiempo infinito y, finalmente, se precipitó en aquellos fuertes brazos que tanto había echado de menos.

David la apretó contra su pecho y luego, lentamente, hizo que ella levantara la cara y acercó sus labios a la boca jadeante de la muchacha, que lo recibió sin poner ningún impedimento.

Aquel beso, que podría haber durado una eternidad, terminó siendo más breve de lo que cualquiera de los dos hubiera deseado, pero Mary de pronto recuperó la cordura y se apartó.

—Da... David, ¿qué haces tú aquí?

—¿Cómo que qué hago? Para una vez que me dedican algo en mi vida, no iba a perdérmelo...

—Pero ¿cómo te has enterado?

Él se limitó a levantar una ceja en muda respuesta.

—Vamos, cariño —dijo secándole las lágrimas, que todavía humedecían su rostro, con las yemas de los pulgares—, tienes que estar ahí dentro. Ya hablaremos más tarde.

Se volvió a agachar y, dándole un beso en la punta de la nariz, la separó de su cuerpo para girarla en redondo y empujarla de vuelta al escenario, propinándole una palmada en el trasero.

—¡Estás preciosa, *milady*! Demuestra a todos quién eres...

Mary se volvió, enjugándose todavía el llano con las manos.

—Estoy horrible. Todo el mundo se va a dar cuenta de que he llorado.

—Bueno, es la emoción. A nadie va a parecerle mal. Nos vemos después.

Y lanzándole un beso desde lejos con la punta de los dedos, desapareció por donde había llegado.

Mary apartó las cortinas y se situó de nuevo frente al atril. A los pocos minutos, David se acomodaba en un asiento vacío de la primera fila, junto a su padre, que le miró sonriendo. Él no había estado allí antes, estaba segura. Había mirado en aquella dirección infinidad de veces. Le hubiera descubierto de haber sido así.

Casi una hora más tarde, la voz en *off* se silenció al tiempo que la música aumentaba y la pantalla se oscurecía con la imagen de un arrebatador crepúsculo africano, hasta que quedó totalmente en negro y empezaron a salir los títulos de crédito.

El aplauso del público fue ensordecedor. Las luces de la sala se encendieron y su sorpresa fue mayúscula cuando se dio cuenta que la mayoría de las damas enjugaban sin recato sus lágrimas —sin olvidarse de algunos que otros caballeros, que no tenían reparo en mostrar la vulnerabilidad de su alma y también lo hacían, aunque bien es cierto que se comportaban con toda la discreción que podían—. Ella ya hacía tiempo que se había dado por vencida en su lucha particular contra los sentimientos, así que llevó a sus ojos, sin tapujos, el pañuelo de David que aún sujetaba entre sus dedos.

Aspiró profundamente y un conocido olor inundó sus fosas nasales amenazando

con destruir cualquier tipo de contención que aún pudiera erigir en torno a su maltrecho control.

¡David! ¿Qué iba a hacer ahora?

No sabía si estar pletórica al saber que él había atravesado medio globo sólo para estar con ella ese día, o llorar por la frustración que le provocaba el hecho de que él se hubiera presentado ante ella tan pronto. Aún no estaba preparada para volver a verle.

Prueba de ello era el hecho de que, cuando se había dado cuenta de quién era quien la consolaba, se había precipitado a refugiarse entre sus brazos y había sido la primera en tomar la iniciativa en aquel tórrido beso de reencuentro. ¿O no?, quizá había sido él quien la tomó, pero daba igual. No se había negado, que es lo que hubiera tenido que hacer si pretendía establecer una distancia física entre ellos.

El infierno que había atravesado durante los seis meses que ya habían transcurrido desde que regresó de Kenia, y lo que había tenido que luchar para mantener la cabeza sobre los hombros durante todo aquel tiempo, no había servido para nada. Su presencia allí lo había borrado de un plumazo situándola de nuevo en la línea de salida de aquella loca carrera contra sí misma.

Aun así estaba contenta. Era un sueño hecho realidad al que no se había atrevido a darle forma ni siquiera en la más secreta de sus fantasías, para no tener que despertar. Mañana se lamentaría, pero hoy iba a disfrutarlo.

Escuchó la voz del productor invitando a los asistentes a pasar a la sala anexa para tomar un aperitivo mientras ella atendía a la prensa. ¡Jamás se acostumbraría a ser la entrevistada en lugar del entrevistador!

Hora y media más tarde, Mary respiraba hondo, agradecida de que por fin aquello hubiera terminado. Al parecer había sido un éxito. Los implicados estaban felices con los resultados y, ¡para qué engañarse!, ella no cabía en sí de gozo.

Pero ahora necesitaba aire. Unos minutos a solas en los que asimilar todo lo que había ocurrido esa tarde y, especialmente, para pensar cómo afrontar a David.

No es que no hubieran vuelto a hablar desde que se encontraron detrás del escenario, porque él estuvo en todo momento a su lado durante el encuentro con la prensa y después en el cóctel, mientras departían con productores e inversionistas.

Incluso cuando recibió dos ofertas en firme para hacer una continuación del documental en la zona norte del país; una por parte de la embajada de Kenia y otra de un mayorista de hoteles que estaba afincándose en aquella zona. Pero lo que temía era encontrarse a solas con él. De sobra sabía que tarde o temprano iba a ocurrir. ¿Y qué le iba a decir entonces?

No tenía ninguna duda de que su actitud era la de una quinceañera apocada, pero tenía que reconocer que enfrentarse a sus temores era todavía mucho más difícil de lo que había supuesto. Y después del beso de esa tarde, David seguro que había sacado conclusiones erróneas.

Lo mejor sería marcharse a su casa y dejar el encuentro para el día siguiente,

cuando no se sintiera tan vulnerable y estuviera preparada mentalmente, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo sin ofender a todo el mundo. Si se iba ahora, dejándole allí, no se lo tomaría demasiado bien y daría la impresión de que estaba huyendo.

Fue precisamente Tom quien vino a sacarle de aquel atolladero.

—Cariño, estoy muy cansado. Me voy a casa y, si te parece, mañana hablamos.

—Claro, Tom. Muchísimas gracias por venir, no deberías de haberte quedado tanto tiempo, todavía estás convaleciente.

Su tutor no tenía mal aspecto, pero aún mostraba los rastros de su enfermedad. La quimioterapia había dejado sus huellas, aunque lucía su calvicie con mucha dignidad, y estaba mucho más delgado que antes de todo aquello. Sin embargo los últimos análisis, que les habían entregado precisamente la semana anterior, habían arrojado unos resultados fantásticos y muy esperanzadores.

Por otro lado acusaba los estragos que en su estado anímico estaba suponiendo la venta de la empresa. La operación no estaba cerrada por completo, pero ya estaba muy avanzada y Thomas, como no podía ser de otra manera, no lo había llevado demasiado bien.

Quizá mejor de lo que ella misma esperaba, pero aun así, para el Gran Silkford aquello era dar carpetazo a toda una vida de ilusión y esfuerzo.

—¿Vendrás mañana a comer a casa, Mary?

—¡Por supuesto! A las doce estaré allí. Puntual como un reloj. Y así podrás explicarme por qué no me has dicho que David vendría a la presentación.

—Ah, eso puedo contestártelo ahora mismo —se rio desenfadado—. Él me prohibió que lo hiciera.

—Pues podías ser igual de obediente para todo —se quejó ella—. También yo te prohibí que le contaras nada sobre mis proyectos, y eso incluía esta presentación.

—Y te obedecí, cariño. Yo no le dije nada.

Sin esperar respuesta, Thomas se agachó para darle un beso de despedida y se marchó.

—¡Espera, te acompaño!

—No, tú atiende a tu gente. Ya le acompaño yo —terció David saliendo, como era su costumbre, de ninguna parte.

—Bien, en ese caso, mañana nos vemos —aceptó inmediatamente, viendo resueltos todos sus problemas—. ¿Comerás mañana con Tom y conmigo, David?

—Seguro, *milady*. —Y sin más, le dio un beso en la mejilla dando por zanjada la conversación—. ¡Hasta pronto!

Mary, al final, se había demorado una hora más. Despedirse de todo el mundo había sido una tarea muchísimo más ardua de lo que había imaginado. ¡Y estaba agotada! Se moría por llegar a su casa, desnudarse y darse un relajante baño de espuma.

Aparcó en su plaza de garaje y se encaminó hasta el apartamento. Tras la típica lucha buscando las llaves, que nunca era capaz de encontrar a la primera en el bolso,

entró y se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada. Era una costumbre adquirida de la época oscura de su vida. Luego entró al salón, quitándose la gabardina y deshaciéndose de los altos zapatos de tacón a patadas. ¡Menudo día!

Algo la detuvo según traspasó el umbral de la sala. El presentimiento se materializó antes de que su mente pudiera dar forma a la imagen que sus ojos le enviaban.

Sentado en el sillón, un hombre en mangas de camisa y con la corbata floja, bebía un líquido ambarino mientras sujetaba un cigarro entre los dedos con indolencia. El grito que surgió de su garganta rasgó el silencio.

—¡No! ¡Nooooooooo!

Él se puso inmediatamente en pie y acudió a consolarla.

—¿Qué ocurre, *milady*? ¿Estás bien? ¿Te he asustado?

Mary le miró a la cara, respiró hondo y se refugió en sus brazos temblando. No era capaz de detener los nervios y mucho menos las lágrimas, que brotaron descontroladas antes de que fuera capaz de recuperar el dominio de sí misma.

David la dejó desahogarse, abrazándola, mientras lamentaba la decisión de haber forzado la situación hasta tal límite. Jamás pensó que ella pudiera desmoronarse por el mero hecho de encontrarle allí. ¿Qué había pasado con aquella aplastante seguridad en sí misma?

Tomándola por la cintura, la acercó hasta el sofá y la hizo sentar, agachándose frente a ella entre sus piernas.

—Lo siento, cariño. No era mi intención darte este susto. Toma, bebe —dijo pasándole el vaso de *whisky* del que él bebía sólo algunos instantes atrás.

Ella lo cogió, con la mano aún trémula, y se lo llevó a los labios. Intentó serenarse, respirando profundamente, y volvió a tomar un trago que dejó un rastro de lava en su estómago.

—No pasa nada, David. Perdona tú, pero es que me has dado un susto de muerte —dijo ya más tranquila—. Cuando te he visto ahí sentado... Bueno, en realidad no te he visto a ti.

David supo, de pronto, lo que ella quería decir.

—¿A quién viste? ¿Es así como te abordaba Augain?

Mary se limitó a confirmar con un movimiento de cabeza, y dejó que David la abrazara nuevamente, contrito.

—Lo siento, cielo. No tenía ni idea. Pero pensé...

—¿Todos los agentes secretos sois igual de irrespetuosos con la propiedad privada? ¿No podéis llamar a la puerta como las personas normales? —la voz de Mary entrañaba censura.

—¿La hubieras abierto, Mary?

—¡Por supuesto! No pensarías que iba a negarte el paso, ¿verdad? ¿Tan desagradecida me consideras que crees que no iba a invitarte a mi casa después de que me abrieras de par en par las puertas de la tuya?

—No. No es eso. Sé que lo harías, pero no hoy. Y, cuando lo hicieras, ¿cuántas personas más estarían incluidas en la invitación?

—¿Cómo? No entiendo lo que me quieres decir, David.

—Que sé que no quieres encontrarte a solas conmigo y que procurarías que siempre estuviéramos rodeados de gente; pero tenemos que hablar. Solos tú y yo.

—Bien, hablemos. No creo que haya nada que decir, pero jamás he eludido una conversación; así que, adelante. Cuanto antes, mejor.

Mary se miró los dedos de los pies, descalzos, sólo cubiertos por la fina seda de las medias, mientras él se incorporaba y se sentaba a su lado. Se temía lo peor. Sabía que esa conversación tendría que llegar algún día, pero nunca imaginó que pudiera ser tan pronto. Había ensayado aquel discurso en su mente cientos de veces, pero ahora le sonaba falso y carente de sentido. De cualquiera de las formas pensaba zambullirse en él y, si al final resultaba precipitado, que fuera lo que Dios quisiera.

—Escúchame, David —dijo tomando la iniciativa—, realmente no sé de qué quieres que hablemos. Creo que ya dijimos todo lo que teníamos que decir la última vez que nos vimos y las cosas quedaron lo suficientemente claras.

—Ah, ¿sí? —repuso arqueando una ceja—. ¿De qué crees que quiero hablarte?

Armándose de valor, respiró hondo y escupió las palabras que había preparado cada noche durante los últimos seis meses.

—Supongo que de lo que pasó entre nosotros en Kenia, ¿no?

Él sonrió sarcástico. Aquella actitud de David, que siempre parecía totalmente seguro de sí mismo, la desestabilizaba como nada en el mundo.

—No le des más vueltas, David. Lo que pasó, pasó y fue maravilloso, pero ya está. Estamos en pleno siglo XXI, los chicos y las chicas tienen relaciones y luego, cuando se acaban, siguen siendo amigos y pasan la página. Tú no vas a darme ninguna explicación y yo no te la voy a pedir; entre otras cosas porque no hay nada que explicar. Las cosas siempre han estado muy claras entre nosotros.

—¿Seguro, *milady*?

—Por supuesto, David. No tienes nada que temer por mi parte. No creas que voy a malinterpretar que vinieras hoy a la presentación del documental. Somos amigos y, ¿no es eso lo que hacen los amigos?

—¿Qué hacen los amigos?

—Se apoyan mutuamente. No sabes cómo agradezco que estuvieras ahí.

—Demuéstrame cuánto...

—Ya te lo estoy diciendo —replicó Mary un tanto alarmada por la clara insinuación.

—¿Podrías ser un poquito más explícita?

—David... —se quejó con tono admonitorio.

—Vamos, un besito de agradecimiento por lo menos...

—Ya te lo he dado antes, y más caluroso de lo que debía.

—No estoy de acuerdo.

—David, has dicho que estabas aquí para hablar. Hagámoslo, porque lo demás está fuera de toda discusión. Ya sabes mi opinión. No estoy interesada en ningún otro tipo de demostración mutua.

David no tenía pensado ponerse a polemizar. Se limitó a llevar la mano hasta el rostro de la muchacha y se acercó a ella, insinuante, hasta que los labios quedaron a escasos milímetros de su boca. Podía sentir su aliento calentándole el alma.

—¿Seguro que no deseas esto? —preguntó haciendo que las palabras hormiguearan sobre la piel sonrosada y obligándola a retener la agitada respiración para que él no captara la obviedad de sus sentimientos.

—¡Seguro! —respondió, echando la cabeza hacia atrás y empujándole ligeramente con la mano en el hombro.

David no tenía intención de darse por vencido tan rápido. Aquella oposición no era todo lo firme que debería de haber sido si realmente ella quisiera que él no siguiera adelante con sus avances. Y ésa hubiera sido la única razón que le hubiera impedido forzar las tuercas al máximo.

—David —dijo Mary con la voz grave y entrecortada—, habíamos quedado en que, una vez en Londres, nuestra relación sería únicamente fraternal y amistosa.

—Yo jamás me comprometí a nada... —Se paró para darle un erótico lametazo en los labios—. Conociéndome deberías saber que, como mínimo, voy a intentar hacerte cambiar de idea.

—No vas a conseguirlo, David. Soy tan terca como puedas serlo tú y tengo muy claro lo que quiero hacer y lo que no.

Quizá Mary, capaz de razonar hasta lo irrazonable, supiera lo que quería su cabeza, pero su cuerpo tenía voluntad propia. Él pensaba demostrarle lo equivocado que estaba su cerebro, pero no iba a forzarla. Tenía la llave para que fuera ella quien tomara la iniciativa y, una vez dado el primer paso, del resto ya se encargaría él.

Porque ante todo, era una mujer honrada que jamás faltaría a una palabra dada. Y el compromiso, en su pragmatismo femenino, era lo primero. Antes de prometerle que no se volvería a acostar con él una vez que dejara Kenia había adquirido otras obligaciones que él, un tramposo consumado, no tenía ningún reparo en volver contra ella.

—Una última vez, Mary —pidió.

—Imposible, David.

—¿Por qué? Dame una razón válida y me lo pensaré.

Mary pareció querer eludir aquella respuesta pero, después de pensar durante algunos minutos, presionada por aquella inquisitiva mirada que a él le había costado toda una vida aprender a manejar en su beneficio, se dio por vencida.

—David, hay que poner un principio y un final a las cosas. Si ahora cedo, por mucho que en un futuro quiera no volver a hacerlo, nada me impedirá reincidir en las siguientes ocasiones. Y eso, justo, es lo que no tengo pensado hacer. También tengo mi orgullo.



Aquél era un sendero por el que no tenía ninguna intención de internarse. Era demasiado peligroso para su maltrecho corazón y no tenía intención de pasarse la vida esperando a que él entrara y saliera de su cama a voluntad propia, dejándola ansiosa y desesperada por un regreso que, algún día, dejaría de producirse.

Tendría que estar mal de la cabeza si continuaba con ese juego. Eso o ser masoquista, y no creía que ninguna de las dos opciones fuera su caso. Llevó las palmas de las manos, abiertas, hasta los fornidos pectorales y empujó sin fuerza pero con decisión. Él no se apartó ni un milímetro.

—Ah, claro, me olvidaba de tu orgullo. ¡Luego dices del de los Silkford!, pero... ya que apelas a ese hipervalorado proceder, te diré que el orgullo de una inglesa de pro jamás dejaría sin pagar una apuesta...

—¿Una apuesta? —preguntó perpleja.

«¡Claro!, le debía una; pero su caballerosidad jamás le permitiría utilizarla para obtener lo que ahora deseaba... ¿O sí?».

—Tienes una pendiente. ¿Lo recuerdas, *milady*?

—Sí, claro pero... No vas a intentar cobrártela en carne, ¿verdad?

—¿Por qué no? Soy un amoral. No hace falta que te lo explique, ya lo sabes.

—Me estás tomando el pelo —replicó un tanto alarmada por el cariz que estaban tomando las cosas.

—En absoluto. ¡A pagar! Puedes empezar por un beso.

David se repantigó en el sofá y esperó a que ella tomara la iniciativa.

Mary le miró incrédula. No podía ser. David no era así... Pero su actitud era tan clara y, como él sabía de sobra, su orgullo tan grande, que entró al trapo como un toro frente al envite de un capote rojo.

—Está bien, un beso.

—De momento.

—No obtendrás nada más, David.

Mary se arrodilló y se acercó a la sonriente y jactanciosa cara.

—Pero uno de verdad, *milady*. ¡Que te conozco!

Ella le taladró con la mirada. Y luego, sin mediar ni una sola palabra, se apoderó de su boca y exigió, en silencio, la respuesta que, sabía, él estaba deseoso de darle pero que se negaba a concederle. Quería hacerla morder el polvo y que se ganara el beso que él había exigido como pago. No había que ser ninguna experta para ser consciente de que sin embargo estaba deseando sucumbir a su petición; bastaba con mirarle.

Presionó de nuevo los labios contra los de él, obligándole de algún modo a ceder y, tan pronto encontró una grieta, se deslizó delicadamente en aquella cueva, caliente y dulce.

Cuando David sintió la intrusión de esa lengua que exploraba entre sus dientes, abriéndose paso con determinación, decidida y pecaminosa, supo que había ganado la partida. Y, que Dios le amparara, pero deseaba aquello con toda su alma. Odiaba

utilizar aquellas triquiñuelas, pero la maldita canija que tenía entre sus brazos era demasiado terca para su bien.

Ya la convencería después de que todo había sido una treta, pero ahora necesitaba su cuerpo y su alma por encima de todo. Tomó entonces la iniciativa e inició un sinuoso y húmedo recorrido contra el paladar, al que siguió un jadeo involuntario de Mary que hizo eco en su interior. Aquello le perturbó por completo y, aun así, insistió. Siguió besándola, ofreciendo ahora, sin exigir, envolviéndola en una turbia niebla de deseo y lujuria.

Y Mary sucumbió.

Fue consciente del momento en el que perdió el control. Se moría por aquello, con o sin apuesta de por medio, y sabía que todo lo demás vendría a continuación como una marea imparable. Nada retendría ahora a David y ella ya no estaba segura de querer que se detuviera.

Elevó una de las manos que tenía sobre el tórax y la llevó a la desnuda nuca de él. Tenía el pelo más corto que antes, pero era la misma seda espesa escurriéndose entre sus dedos; el mismo aroma a hombre, a deseo y a tierra salvaje e inexplorada; la misma piel caliente con sabor a crema de afeitar, tabaco y *whisky*.

Rozó con las uñas los fuertes músculos del cuello y se apretó contra él con decisión al tiempo que respondía, por fin, a aquel conmovedor beso con un ansia que no creía poseer. Un gesto que hablaba por sí mismo y que borró de un plumazo las exclusas de su contención.

Sabía que lo que estaba haciendo era una locura. No debería de haber cedido, pero era evidente que su cuerpo y sus temores no tenían la misma opinión y, quisiera hacerlo o no, le deseaba. Además, la maldita apuesta era una buena excusa para su orgullo. Deseaba a David con toda su alma. Había echado tanto de menos aquellos largos y firmes dedos sobre su piel, irradiando un calor que sólo podía ser comparado al de sus besos, que supo que no iba a seguir resistiéndose.

Sin apartarse de su boca, la mano de David recorrió su cuerpo lentamente a lo largo de la curva de su pecho, rozando con ligereza la cintura y deteniéndose en la nalga, para volver a trazar el mismo camino en sentido inverso en una infinita cadencia que amenazaba con derretirla.

Quería sentir aquellas caricias en su piel desnuda y, a su vez, rozar con los dedos la firme y cálida corpulencia de él que, cada vez más cerca, la apretaba contra el respaldo del sofá inmovilizándola casi por completo. ¿Cómo había llegado hasta allí, si era ella la que estaba besándole a él? Daba igual, necesitaba tocarle.

Echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndole la tersa columna de su cuello y aprovechó la distancia para, con dedos torpes por la impaciencia, desanudarle la corbata y desabrocharle la impoluta camisa de seda.

—¿Tengo que seguir mucho tiempo más para dejar saldada la apuesta? —preguntó con la voz ronca por el deseo.

—Puedes parar cuando quieras, *milady*. Tu apuesta está cubierta. Pero supongo

que ahora no pretenderás que yo me detenga, ¿verdad?

Ella se apartó del mordisco ligero que recibió en el labio inferior tan pronto David terminó de hablar, al tiempo que sintió que una de sus manos incursionaban por la parte interior de sus muslos demorándose contra la liga de encaje de las medias. Sintió un escalofrío de placer.

—¡Oh! —gimió sorprendida—. Deberías hacerlo. Has pedido sólo un beso —protestó débilmente.

Mary le sacó la camisa de los pantalones y la retiró de su cuerpo por la espalda. Él se dejó hacer y sonriendo, soltó los botones de las mangas y se la quitó, tirándola al suelo.

—Ya, pero veo que no opones demasiada resistencia al resto...

—Como si fuera a servir de algo —repuso por fin con esfuerzo, apresando el lóbulo de la oreja de él con los dientes.

—Puedes intentarlo si quieres, *milady* —la alentó—, aunque ésta no es la mejor manera...

—Ahí está lo malo, cariño, no sé lo que quiero.

Ella enroscó los dedos en el vello del pecho y luego le acarició con ternura la ardiente piel del estómago. David se estremeció ante el fresco roce de los dedos y estranguló un jadeo que abandonó sus pulmones con un silbido entre los dientes.

—Yo, sí... Yo sé... lo que quieres, mi amor. —David casi no podía ni respirar—. Déjame enseñártelo —imploró guturalmente al sentir que ella desabotonaba la cinturilla del pantalón.

Él se levantó del sillón y tiró con ímpetu de la mano de Mary para que se pusiera también de pie. Aquel vestidito tan provocativo, que se ajustaba a las curvas de ella como un guante, resultaba encantador para contemplarla en público, pero era una auténtica tortura para hacer el amor. Necesitaba, quitárselo con urgencia o terminaría arrancárselo por la fuerza.

Desabrochó lentamente la larga cremallera de la espalda y lo hizo resbalar hasta el suelo, retirárselo de los hombros y besando cada milímetro de piel que dejaba al descubierto. Luego, cogiéndola con ambas manos de la cintura, la sacó del charco de tela y la besó con avidez en la boca, manteniéndola todavía en el aire. Un beso que era una mezcla de adoración, ternura y lujuria. No iba a poder resistirlo mucho tiempo más.

—Vamos, cariño, pídemelo —suspiró entre sus labios, depositándola de nuevo en el suelo—. Déjame saber que quieres que te lo muestre —rogó mirándola a los ojos con hambre—. Sé lo que necesita tu cuerpo...

Apartó la tela del tanga con un dedo al tiempo que rozaba delicadamente la carne que acababa de descubrir. Ella emitió un jadeo que no se molestó en ocultar.

Lo que su cuerpo necesitaba era más que evidente, pero en esa ocasión era menester que él la escuchara también decir lo que quería su alma. La quería entregada por completo. Suya en el más amplio sentido de la palabra. Y tenía que oírlo de sus

labios.

—David... —jadeó aferrándose a sus hombros. Tenía las piernas de gelatina.

—Dímelo, mi vida. Pídeme que te haga el amor.

Mary se apartó lo suficiente como para que ninguna parte de sus cuerpos se rozaran y le cogió la mano. Luego se giró con determinación, tirando de él y obligándole a seguirla.

—Sé que me voy a arrepentir de esto más tarde —dijo encaminándose hacia la habitación—, pero ahora mismo lo único que deseo es que me beses, me comas viva y me poseas hasta dejarme sin sentido, David. Por favor...

«¡No! Ésas no son las palabras». No era eso lo que David quería escuchar. Se paró en seco en el umbral de la puerta del dormitorio.

—Mary, pídeme que te haga el amor —exigió.

Ella se giró y le miró a los ojos. Aquellos negros pozos insondables estaban turbios de deseo y lujuria, pero había en ellos algo distinto. Una vulnerabilidad que jamás creyó poder encontrar ahí, mezclada con un hambre voraz que a duras penas era capaz de contener. También había decisión.

—David, hazme lo que quieras, cariño. Incluso el amor...

Él no necesitó nada más, tiró de la mano que aún tenían enlazadas y la acercó a su pecho. Atrapó la boca de Mary con ansia y la exploró a conciencia con la lengua, al tiempo que la levantaba en el aire asiendo las suaves curvas del trasero y obligándola a enroscar las piernas en torno a su cintura.

Mary se sintió flotar, hasta que notó que su espalda chocaba despacio contra el edredón de la cama. Se miró el cuerpo. En algún momento del corto recorrido que habían hecho enlazados, David se las había apañado para deshacerse de su sujetador y ahora la había soltado sólo para quitarse los pantalones y los calzoncillos con una premura que hubiera superado cualquier récord Guinness.

No tuvo tiempo de pensar nada más. Se habían acabado los prolegómenos. Antes de que pudiera darse cuenta, David rompía las débiles tiras laterales del tanga y se instalaba entre sus piernas para invadirla de un solo envite. Fuerte, profundo. Parecía que quería alcanzar su alma.

Con un ritmo paciente y lento, inició una danza ancestral que la elevó por encima de las nubes, apoyándose sobre sus fuertes antebrazos a ambos lados de su cabeza mientras le devoraba la boca.

Mary no supo en qué momento perdió la contención y cuando comenzó a emitir guturales palabras de aliento y deseo, de anhelos y sentimientos... Quizá cuando David empezó a decirle dulces frases en swahili que no entendía, pero que ella interpretó y tradujo como aquello que quería escuchar.

—*Ninapenda wewe!* —grito David.

Y el mundo estalló sobre ellos y los envolvió en un caleidoscopio de colores. A Mary no le hubiera importado que allí hubiera acabado todo, pero aterrizó de golpe cuando se escuchó a sí misma.

—¡Te amo!

Lo peor de todo es que sabía que no era la primera vez que lo decía. ¡Maldita fuera él y toda su estirpe por arrancarle lo que nunca debiera haber dejado salir de sus labios!

David tiró hacia arriba del edredón para envolverlos a ambos en un cálido capullo de plumas y sábanas limpias, antes de abrazar con fuerza el trémulo cuerpo de Mary, que todavía se convulsionaba entre sus brazos.

No era frío lo que le obligaba a tiritar como un perrillo abandonado. Ni tampoco el calor que presagiaban sus sonrosadas mejillas. Sabía que lo que sentía, además de debatirse todavía contra los vapores del clímax, era la vergüenza de haber desnudado su corazón en un alarde de inconsciencia febril.

Pero él no lo lamentaba. No es que se hubiera extrañado, porque de sobra sabía cuáles eran sus sentimientos, pero necesitaba oírse los decir y, por fin, había conseguido arrancarle aquellas esquivas palabras. Él también las había dicho, pero en su cobardía no fue capaz de hacerlo de manera que ella las entendiera, aunque estaba dispuesto a recompensar su esfuerzo.

Mary se rebulló entre sus brazos, intentando apartarse para levantarse.

—¿Adónde vas, *milady*?

—A ducharme.

—Todavía no. Tenemos que hablar.

—¿Como antes, David? Porque antes hemos acabado muy malamente y la única que he hablado, más de la cuenta —murmuró—, he sido yo.

—Ah, no. Yo también he hablado.

—Pero no se te entendía...

—¿Quieres saber lo que he dicho?

—Déjalo, David. Cualquier tontería de esas que se dicen cuando te dejas llevar por los placeres del orgasmo. No merece la pena.

—De eso nada, *milady*. Yo soy muy consciente de lo que digo en todo momento. Y tú, ten cuidado y no vayas a decir ahora algo de lo que después puedas arrepentirte.

Mary se le quedó mirando fijamente. Sabía que David la había escuchado. Hubiera tenido que estar sordo para no hacerlo, porque lo había repetido alto y claro, pero si tenía alguna duda, aquella advertencia no dejaba cabida a la fantasía de que hubiera sufrido hipoacusia momentánea.

Hubiera preferido que él no se enterara jamás, pero lo había dicho y ella siempre había asumido las consecuencias de sus actos o sus palabras y ésta no sería la primera vez que eludiera su responsabilidad. No, no pensaba desdecirse. Eso sería una cobardía que no se perdonaría en la vida y si a David no le gustaban sus sentimientos, peor para él. Nadie le había pedido que viniera a investigarlos y menos aún que incluso la coaccionara para volver a meterse en su cama.

En su día le brindó la oportunidad de salir indemne de todo esto y no había

querido aprovecharla; él sabría los porqués. Incluso el día antes de regresar a Londres, fue el propio David quien dijo que era mejor que no hablaran porque posiblemente no quedarían satisfechos con lo que escucharan. ¿Quién le había mandado, ahora, venir a meter la mano en la boca del león?

—No, David, lo siento por ti, pero no tengo nada de qué arrepentirme. Ni antes ni ahora.

—Me alegro mucho, Mary.

—Yo, no, David; pero qué le vamos a hacer. Es lo que hay...

—¡Eh, un momento! ¿Qué tengo de malo? Creo que todavía no me han salido ni los cuernos ni la cola de cabra...

Mary no pudo evitar la carcajada. En esta ocasión nadie le estaba llamando sátiro ni nada por el estilo. El problema estaba en ella, no en él. En realidad él no tenía la culpa de que ella se hubiera enamorado, de hecho David siempre le había dejado las cosas suficientemente claras.

—Ése es el problema, David, que no te veo nada malo. Lo siento.

—¿Entonces...? ¿Por qué lo sientes?

—Ah, ¿no lo sabes? —dejó unos segundos que él no aprovechó para contestar—. Lo siento por mí, no por ti. En lo que a ti respecta, lo único que lamento es que te hayas enterado, pero no porque ello te haga sentir incómodo, que sé que no lo hace, sino porque yo no voy a estar demasiado relajada en tu presencia.

—Es que no tengo por qué sentirme incómodo, Mary. Lo que no entiendo es por qué te lo hace sentir a ti.

Ella levantó una ceja que dejaba claro lo que pensaba. No todo el mundo podía presumir de tener un pedazo de hielo en el lugar donde debiera de haber un corazón de sangre caliente.

—Ya sé que estás acostumbrado a dejar una estela de corazones rotos a tu paso, David, pero no opinarías lo mismo si fueras el que padecieras las consecuencias. Enamorarte de quien no debes no es nada agradable, ¿sabes?

—¿Por qué no debes enamorarte de mí?

—David, esta conversación es absurda. Tú y tus porqués... Me pones nerviosa.

Volvió a incorporarse con la intención de salir de la cama. Él la empujó contra la almohada y, acto seguido apresó su pequeño cuerpo entre los brazos impidiéndola escapar.

—¡Quieta!

Ella intentó apartarle de un empujón que, por supuesto, no le movió ni un milímetro.

—¡Eres un machista prepotente, frío y calculador! Jamás pensé que disfrutaras con esto, David. ¿A qué coño has venido? ¿Te gusta ver sufrir a tus víctimas? —Al final había perdido la calma. Ya no podía soportar ni cinco minutos más esa agonía—. Deberías de haberme avisado —dijo con sarcasmo—, ya que de haberlo sabido te lo hubiera dicho incluso antes de que nos acostáramos la primera vez.

—¡Cállate! —el tono era imperioso, pero la voz no se había elevado ni una nota.

—¡No quiero callarme! ¿Quieres oírlo? ¿Quieres la verdad? ¿Es eso lo que quieres?

—Sí, pero no antes de que me escuches tú a mí, Mary.

—No tengo nada que escuchar. No quiero tus excusas ni necesito saber por qué narices has tenido que venir a hacer que dijera lo que he estado callando durante meses. ¿No podías haber dejado las cosas como estaban y ahorrarme el bochorno?

—No, no podía dejar nada como estaba, Mary. Hubiéramos mantenido esta conversación antes si no hubiera tenido que irme a una maldita misión con la que comprar tu vida y la de mi padre; meses de infierno y locura en los que lo único que me mantuvo cuerdo fue saber que podría venir a buscarte cuando todo acabara.

«¡Dios del Cielo, ¿qué está diciendo este hombre?!».

—¿Crees que de no haber sido por eso te hubiera dejado venirte a Londres de rositas? ¡Eso fue una de las cosas más difíciles que he hecho en toda mi vida! Pero lo hice porque nada garantizaba que regresara con vida y no había ninguna necesidad de hacerte sufrir gratuitamente. Aquí estabas segura y en tu ambiente; pero si antes de salir de Kenia te digo que me he enamorado de ti y después me matan en acto de servicio, te hubiera costado mucho más olvidarme.

—No puedes estar diciéndome que estás enamorado de mí... —replicó incrédula.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Estás de broma, David...

—¡No! No estoy de broma, jamás en mi vida he hablado más en serio. Mientras tú intentabas olvidarme, yo estaba en una prisión inmunda, sometido a tortura física y mental, de la que me he salvado por los pelos y en la que no me he trastornado para siempre sólo aferrándome a tu recuerdo. ¿Dónde está la gracia de todo eso, Mary?

Seguía reteniéndola en el hueco que dejaban sus brazos tensos, a ambos lados de su cabeza, aplastándola contra el colchón con su cuerpo. Sus ojos irradiaban ira y rabia contenida.

—¡Te juro que jamás me he ganado mejor el amor de una mujer! —explotó.

—Por favor, David, no digas nada más.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas dejando un rastro de fuego en su alma.

—Ah, no, cariño; ahora vas a escucharme tú. ¿Qué te hace pensar que soy ese bicho raro del que hay que salir corriendo? ¿Ese ser cruel que se complace rompiendo corazones y regodeándose con ello?

—David, yo...

—¿Te avergüenzas de haberte enamorado de mí? —continuó implacable—. Yo no me avergüenzo de haberlo hecho de ti y lamento mucho que no estés contenta con los sentimientos que nos profesamos mutuamente, pero esto sí que «es lo que hay». Yo puedo vivir con tu amor, ¿puedes hacerlo tú con el mío?

Mary no sabía qué hacer. No podía ser cierto lo que David le estaba diciendo, pero él nunca mentiría en ese sentido. Sabía que las mujeres le habían acusado a lo

largo de su vida de cientos de cosas —y seguramente tenían razón en todas e, incluso, en alguna más—; pero ninguna podría decir jamás que él le había declarado su amor y luego la había dejado tirada.

—Me muero por vivir con tu amor, David —dijo por fin, haciendo un esfuerzo supremo para hacer que él doblara los brazos y cayera, literalmente, sobre ella.

Cuando lo consiguió, apresó su boca y le dio el beso más dulce que nunca pudiera ofrecerle mujer alguna. Un beso con sabor salado, porque las lágrimas entraban en sus bocas y enjugaban sus lenguas.

—Te amo, David.

—Yo también a ti, cariño. *Ninapenda wewe*, Mary. Te amo. Eso es lo que te decía mientras hacíamos el amor, así que no pienses que has sido la primera en declararte —dijo sonriendo.

—Supongo que para ti nunca ha sido un secreto que estaba enamorada, ¿verdad?

—No, mi vida. Gracias a Dios nunca lo ha sido. Pero por la cara de sorpresa que has puesto, sí lo ha sido para ti que yo lo estuviera...

—¡Enorme, David! Ni en mis más inconfesables fantasías hubiera soñado con algo parecido, pero estoy encantada. Y me da igual el tiempo que dure, porque pienso disfrutarlo.

—También yo. No te puedo prometer que vaya a durar toda la vida, porque nunca antes me he visto en éstas, pero lo que sí puedo prometerte es que haré todo lo posible porque así sea.

—Con eso me sirve, David.

—Ahora puedes irte a la ducha, *milady*.

—¡Ah, no! Ahora voy a violarte. Ya iré después a la ducha.

—Lo dudo, cariño —replicó con una carcajada envolviéndola con su cuerpo.

—¡Un momento! —lo retuvo—. Antes tienes que explicarme eso de la misión en la que casi pierdes la vida por mi culpa.

—No, mi amor; una misión en la que salvé la vida por tu culpa. Y de eso hablamos luego. Antes has prometido «violarme».



## EPÍLOGO

*Un hombre sin hijos es como un arco sin las flechas.*

(PROVERBIO KIKUYU)

*Newmarket, Suffolk (Inglaterra)*

*Siete años después.*

—¡Estás loco, David! ¿No pretenderás que hagamos el amor aquí?

—¡Cállate, *milady*! Y bésame.

—David, tenemos una habitación enorme y preciosa en la casa... ¡Suéltame! — Mary se bajó la camiseta que él había subido por encima de sus pechos—. Puede venir alguien en cualquier momento...

—Chsssssss. Ámame, *milady*.

Mary sucumbió a los besos y a la pasión de su marido. Hacía siete años habían contraído matrimonio en aquella finca, en la capilla de Silkford Manor, y todavía no podía creerse que aún siguieran escapándose para hacer el amor en las caballerizas a la hora de la siesta. ¿Pero cuál era la fijación que tenía David con aquel lugar?

Entonces no hubiera apostado ni un penique a que aquel matrimonio fuera a durar mucho tiempo, pero había aceptado casarse porque no quería privarse de nada. Aquellos días vivía en una nube de felicidad. Además, estaban en el siglo XXI y un divorcio no era algo inusual. Pero de momento, y contra todo pronóstico, todo seguía igual que entonces. Seguían amándose con locura.

David se lo había propuesto a la mañana siguiente de haberse declarado, cuando ella le confesó que tenía una mala noticia para él. Y no es que las posibles consecuencias de aquella información le preocuparan lo más mínimo a su entonces novio, pero había sido la excusa perfecta. O al menos eso le había dicho el día después de que celebraran la boda, cuando también le confesó que ya llevaban casi un año casados por el rito maasai.

Lo cierto es que cuando despertó al día siguiente, después de aquella agitada y extraña declaración de amor y, por fin, entró en la ducha, se dio cuenta de algo en lo que hasta entonces no había reparado. David y ella no habían tenido la necesidad de usar métodos anticonceptivos antes, puesto que por miedo a las repercusiones que pudiera conllevar el trato que recibía de Augain se había puesto un DIU, pero cuando regresó a Londres, liberada por fin de aquella amenaza y con la seguridad de que pasarían muchos meses antes de que volviera a acostarse con ningún otro hombre, había ido a la consulta del ginecólogo y le había pedido que se lo retirara.

La tarde que David apareció en Londres a buscarla, no había vuelto a acordarse de aquel pequeño detalle. Y cuando lo hizo y lo comentó con él, a su marido casi le dio un ataque de risa, pero zanjó el tema proponiéndole, inesperadamente, que se casara con él para evitar los problemas. Ella no lo dudó ni un minuto y aceptó encantada antes de que él se arrepintiese de haberlo hecho.

No hubiera sido necesario, porque aquel día no se quedó embarazada, ni tampoco lo estaba cuando dio el «sí, quiero» dos meses más tarde, por mucho que el hipócrita de su suegro-tutor hubiera aprendido a rezar para que aquello ocurriera cuanto antes.

Bien es verdad que Thomas era consciente de que no podría disfrutar de sus nietos todo lo que a él le hubiera gustado, porque aunque pasaban seis de los doce meses del año en Inglaterra, David y ella seguían afincados en Kenia.

Sus vidas estaban en aquel maravilloso país, en donde ella hacía documentales por encargo y David seguía encargándose de su agencia de viajes y sus negocios.

Miró a su marido, sonriente, que jugueteaba con el colgante con el escudo nobiliario que pendía en el valle de sus pechos.

—¡Eh, quieto! ¡No vas a volver a empezar! —le recriminó cuando las manos dejaron la pequeña joya para ir a colocarse en lugares menos inocuos.

Estaban tumbados sobre un montón de heno y a ella empezaba a picarle todo el cuerpo.

—¡Calla, *milady*! Mira, tengo otro colgante Silkford para ti...

—¡No seas descarado! —se quejó.

De pronto, el ruido de unos pasos ligeros puso a ambos en guardia.

—Hola caballito —canturreó una voz infantil—, ¡mira lo que tengo para ti!

—¡Dios del Cielo! —chilló David poniéndose en pie inmediatamente y colocándose los pantalones como podía, al tiempo que ella se bajaba la alegre minifalda de flores y se colocaba la camiseta amarilla a toda prisa—. ¡No puede ser!

—¡Calla, David, que va a escucharnos!

—¿Quién está ahí? —preguntó la niña.

—Schssssss. Quizá no nos vea —le tapó la boca David con la mano.

—¡Que te lo has creído! —replicó Mary resignada.

De pronto, una carita bronceada por el sol en la que resaltaban unos grandes ojos gatunos verdeazulados, enmarcados por dos alegres trenzas del color del carbón de Escocia, asomó en el hueco que dejó la puerta del box al abrirse.

—¡Igualita que tu madre, hija! —rezongó David—. Anda, ven —extendió los brazos.

—¡Papi! ¿Pero qué hacéis aquí? Estáis llenos de paja.

David cogió a su hija en brazos y le dio un cariñoso beso en la coronilla del pelo.

—Limpiando la cuadra, cariño.

—¿Eso no lo hacen los empleados?

—Sí, cielo —respondió Mary, muerta de risa—, pero a tu padre le gusta mantener este box especialmente limpio y no se fía de nadie.

—Mami, te están buscando. Jonathan se ha despertado y no quiere su papilla si no se la das tú. Tiene un berrinche. ¿Yo también era igual de caprichosa con dos años?

—Más o menos, cariño. Pero ahora ya eres una mujercita, Margareth. Has cumplido seis años, así que por eso ya no lloras por tonterías, ¿verdad?

—Claro que no, mami.

Mary ya había terminado de sacudir todas las briznas de heno que David tenía en el pelo y la ropa y se había adecentado todo lo que había podido.

—Bueno, cariño, vamos a la casa antes de que tu padre se presente aquí y, viendo el panorama, consigamos en cinco minutos lo que no consiguió el cáncer en su día —dijo a su marido.

—No, que va, mi amor. Se sentirá rejuvenecer —contestó David riendo.

—Tú tuviste la culpa, David. Si me hubieras dicho a mí lo que has dicho a tu hija, todo hubiera sido más fácil.

—Sí, *milady*, quizá lo hubiera hecho si no hubiera tenido dieciocho años y tú hubieras llegado un poquito más tarde.

—¿Qué es lo que hizo papá cuando tenía dieciocho años, mamá?

Ambos se rieron.

—Limpiar el establo con otra chica, cariño, en vez de esperarme a mí.

—¡Mary! —se quejó David—. Desde luego...

—Tienes una paja aquí —dijo la niña quitándole a su madre una de la cabeza, que localizó desde la alta atalaya de los brazos de su padre.

—¿A quién habrás salido, hija? —La sujetó con fuerza David.

—¡A su padre! —replicó Mary.

—Sí, porque su madre era más inoportuna todavía.

Y los tres salieron de las caballerizas en dirección a la casa en busca del pequeño Jonathan, estrechamente enlazados y riéndose ante las explicaciones que tendrían que facilitar al orgulloso abuelo.

Tom les esperaba en la puerta, con una mirada de reproche en los ojos y un lloroso diablillo de ojos negros en los brazos.

—¡Os juro por Dios que haré que derriben las cuerdas! —bramó.

Un coro de carcajadas acogió el rugido.

## AGRADECIMIENTOS

Sobre todo, a mi familia: a mis padres, por su apoyo incondicional cualquiera que sea el proyecto que aborde desde mi más tierna infancia; a mi tía Carmen, que cuida de ellos para que yo disponga de tiempo y pueda dar rienda suelta a la imaginación, y a mi hermano, que me descubrió el mundo de los sueños a través de las páginas de un libro; él puso el primero en mis manos. También a mi suegra y mi cuñada, que nunca dudaron de los resultados mientras entretenían y cuidaban de mi hijo durante mis largas horas frente al ordenador.

Pero no puedo dejar de nombrar a María José Losada y Mar Giménez Cuello, sin quienes Mary y David no existirían; ellas soportaron todas mis neuras capítulo a capítulo y me obligaron a seguir adelante.

A Sofía Tineo, porque sin ella los diarios del coronel Mantley nunca hubieran visto la luz. A Maribel Díaz, que se sentó junto a mi teclado hasta que consiguió que pusiera el fin a mi primera historia. Y a Raquel Barco, que me demostró que con estudio y tesón todo es posible.

A Nieves Calvino, Mari Peralta, Eva Pérez, Alex Rey y todas las chicas de La Lobera —generalizo porque si no la lista sería interminable—, que me leyeron y animaron a dar el paso definitivo: compartir el resultado de interminables noches de insomnio.

Y, por supuesto, a Ángel Jiménez, mi editor, que apostó por mí y especialmente por estas páginas que nunca fueron escritas para ser publicadas.

Gracias a todos por vuestro cariño y amistad, pero sobretodo, por creer en mí.



LUCÍA DE VICENTE BARROS. Periodista madrileña.

Si bien en un principio su labor profesional se encaminó hacia los medios de comunicación, siendo directora y propietaria de la agencia de prensa Orvi Reportajes, dirigiendo durante tres años el suplemento V.S. de edición semanal en el periódico *La Razón* y ejerciendo como colaboradora de la revista *¡Hola!* durante doce años; abandonó su profesión para dedicarse a aquello que más le gusta: la Literatura.

En un intento por conciliar la vida profesional y familiar inició una nueva andadura como correctora literaria *freelance*, tarea que completó impartiendo cursos de comunicación escrita y técnicas narrativas para prestigiosas empresas e instituciones españolas, tanto presenciales como *on-line*.

En sus ratos libres se dedica a escribir novelas y relatos. *Cuando pase la Tormenta* (octubre de 2011) y *Lazo Eterno* (octubre de 2012) son sus dos novelas.

Además ha colaborado en cinco antologías: *Ese amor que nos lleva*, *100 mini-relatos de amor... y un deseo satisfecho*, *Mundo paralelo*, *Epidermis* y *La mujer suave*.

# Notas

[\*] En la mitología celta las *banshees* son espíritus femeninos que se aparecen a las personas para anunciar con sus gemidos la muerte de un pariente. (*Nota de la Edición Digital*). <<

[\*] El *Enkutatash* es el día de Año Nuevo en el calendario etíope, correspondiente al 11 de septiembre del calendario gregoriano. (*Nota de la E. D.*). <<